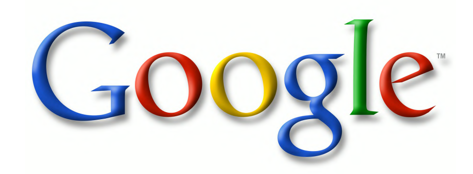


DIEGO DE ROSALES

HISTORIA GENERAL

DEL

REYNO DE CHILE





HISTORIA GENERAL

DE EL

REYNO DE CHILE.

HISTORIA GENERAL

DE EL

REYNO DE CHILE

FLANDES INDIANO

POR EL

R. P. DIEGO DE ROSALES,

DE LA COMPAÑIA DE JESUS:

DOS VECES V. PROVINCIAL DE LA V. PROVINCIA DE CHILE, CALIFICADOR DEL SANTO OFFICIO DE LA INQUISICION Y NATURAL DE MADRID

DEDICADA AL

REY DE ESPAÑA D. CARLOS II

N. S.

PUBLICADA, ANOTADA I PRECEDIDA DE LA VIDA DEL AUTOR I DE UNA ESTENSA NOTICIA DE SUS OBRAS POR

BENJAMIN VICUÑA MACKENNA.

TOMO III.

VALPARAISO
IMPRENTA DEL MERCURIO.

1878.

LIBRO VII.

DEL GOBIERNO DE FERNANDEZ DE CÓRDOVA

AL DE

LAZO DE LA VEGA.

1625--1639.

LIBRO SEPTIMO.

HISTORIA GENERAL DEL REYNO DE CHILE

Y NUEVA ESTREMADURA.

En que se trata cómo el Gobernador Don Luis Fernandez de Córdova y Arce comenzó a hacer la guerra a los indios y les convidó con la paz, y habiéndosela venido a dar ciento diez caciques los envió disgustados; y cómo su Magestad del Rey Felipe Cuarto, el Grande, habiendo sido informado que se perdia tiempo en vano en la guerra defensiva y paz de los indios chilenos, mandó se les hiciese guerra ofensiva a sangre y fuego, y que los apresados en la guerra fuesen esclavos. Cómo se les publicó a los indios la guerra y todos querian la paz y la vinieron a dar y no se les admitió si no se desnaturalizaban de sus tierras, por lo cual volvió la guerra con variedad de sucesos, buenos y malos, de entrambas partes. Refiérense las memorables batallas de don Luis de Córdova y Arce y de don Francisco Lazo de la Vega, hasta las pazes generales del marques de Baides.

CAPITULO I.

Haze la guerra el Gobernador y no admite la paz de los caciques porque no dejan sus tierras. Publica la guerra ofensiva y la esclavitud por orden de su Magestad, y los sucesos de las armas.

Año de 1625.—Recíbese por gobernador Don Luis en la Concepcion.—Socorre el egercito mui a gusto. — Agasajo y socorro a los indios. — Embia a coger lengua a las tierras del enemigo —Hazen buena suerte. — Da libertad a un cacique y a unos indios embiados por mensageros para que den la paz. — Baja a Santiago y deja las armas a Don Fernando de Cea. — Entra el Maestro de campo a Elicura y haze poco por ser sentido.— Sale el Sargento mayor a moloca y es sentido y da en Utanlebo. — Entran los de la costa y de Elicura con una junta. — Encuéntrase con ellos el Capitan Morales y pelea. — Victoria insigne del Capitan Morales.— Perdió solo un buen soldado, Diego de Araya. — Celebró el Gobernador fiestas en Santiago a la buena nueva. —Manda su Magestad al Gobernador Don Luis Fernandez de Córdova que vuelva a hazer la guerra. — Que se vuelva a renovar la cédula de esclavitud. — Manda el Rey que haga consulta sobre la esclavitud y la guerra. — Son todos de parecer que se haga la guerra y se publique la esclavitud; y publícase. — Házelo publicar en las fronteras. — Socorro de 184 soldados. — Previene lo necesario para la guerra y puebla a Talcamavida. — Reconoce el Maestro de campo Don Fernando de Cea su firmeza y recibe gran contento.— Avisa el Maestro de campo al Gobernador de las embajadas de paz. — Hecha consulta, responde el Gobernador que vengan todos los caciques a la Concepcion a darle la paz. — Mensage de Anganamon dando la paz.— Da aviso de cómo quieren entrar ladrones a hurtar. — Que lo mismo hazia él antes para desacreditar a los caciques. — Que procure coger a los ladrones y ahorcarlos. — Sale verdad el aviso. Entran a hurtar caballos y quítaselos el Maestro de campo Bernardo de Amaza. — Entran como amigos a feriar y rescatar cautivos.— Dice mal de las pazes el cacique Curapil, que salió de cautiverio. — Lleva mal el Maestro de campo Don Fernando de Cea que se contradigan las pazes. — Insta al Gobernador en que no oiga a los que dicen mal de ellas, sino que las reciba. — Junta a consejo el Gobernador para determinar si aguarda a los caciques o les hará la guerra. Son todos de parecer que se les aguarde ocho dias. — Vinieron ciento diez caciques mas principales a dar la paz. — Parlamento de los caciques ante el Gobernador. — Díjoles el Gobernador que les admitia la paz con tal que se vengan a nuestras tierras; y si no, no. — Suplican sobre esta pesada condicion los caciques: que el Rey les concede sus tierras. — Dícenle que no dude de su firmeza, y que si quiere pueble en sus tierras. — Despídelos el Gobernador con que dejen sus tierras o tomen las armas y amuelen las lanzas.

A veintiocho de mayo de mil y seiscientos y veinticinco llegó al puerto de la Concepcion el gobernador don Luis Fernandez de Córdova y Arce, enviado del marques de Guadalcázar, su tio, de cuya nobleza por ser tan conocida y de casa tan ilustre estoi escusado de tratar aqui, por haber tanto escrito de su novilisima estirpe. Vino con un copioso socorro de plata y ropa, con que el reino se alegró en estremo, y luego que fué recibido del cabildo y rejimiento de aquella ciudad, con el aplauso que a tan gran persona se debia, trató de las materias de gobierno y procuró adquirir las noticias necesarias para su buena espedicion, ocupándose en lo politico por ser imbierno y no dar las lluvias y las crecientes de los rios paso para lo militar. Halló vaca la plaza de correjidor de la Concepcion y proveyóla en la persona de Don Francisco de Buendaño, caballero de mucha nobleza y de

loables costumbres. Informóse de su antecesor y de las personas mas prácticas de la guerra y del estado en que estaba, pesaroso de que el tiempo con sus lluvias le impidiese la entrada a las tierras del enemigo y el hacer ostentacion de sus brios y valentia. Y mientras se hacia tiempo de reconocer las fuerzas del enemigo, su modo de hacer la guerra y los sitios donde se fortalecia, trató de dar vista a los tercios, reconocer los fuertes de los españoles y de socorrer al ejército.

Subió a este efecto con todos los capitanes reformados de su compañia por el mes de agosto a los tercios y halló a toda la milicia pobrisima y desnuda y asi mismo descontenta por los malos socorros pasados. Mas él los socorrió de su mano mui a gusto y con abundancia, con que quedaron contentisimos y diciendo que no habia habido tal gobernador: que el soldado en vistiéndole y matándole la hambre está contento y cobra grande amor a su jeneral, que aun a Dios le decia Jacob que le tendria por su Dios si le diere de comer y de vestir. A su venida le salieron a recibir los caciques y toquis jenerales de todas las reducciones amigas, ofreciéndole sus camaricos y dones ordinarios de los frutos de la tierra, a los cuales agasajó y habló con mucho amor, y despues de hablarles, oido sus propuestas y despachado sus demandas, mandó al fator que socorriese a los caciques y capitanes de los indios con socorro abentajado, y a los indios soldados con el ordinario de capotillos, sombreros, añil, cuchillos y otras cosas de su estimacion. Hizo muestra jeneral de los soldados españoles y halló que tenia el ejército mil y trescientas y noventa y cuatro plazas efectivas, porque muchos habian borrado sus plazas y se habia disminuido el número de los soldados. Y reconociendo que los pocos soldados que habia estaban repartidos en muchas compañias, reformó siete en el tercio de Arauco y de Yumbel por ahorrar a su Magestad de los sueldos aventajados de los oficiales, reduciendo todas las que habia en el reino a solas veintidos.

Habiéndose huido poco antes a la tierra de guerra cuatro yanaconas, se determinó a enviar a cojer lengua, receloso de que no viniesen con alguna junta, como suelen los huidos, y hiciesen algun daño en las rancherias de los amigos o en los potreros; y para esto envió al capitan Juan de Morales, lengua de los amigos de Arauco, con cuatrocientos araucanos y treinta españoles para su resguardo a tierra de Elicura, donde se acojian, como en la sauceda, los indios retirados, y cojió hasta treinta piezas de toda edad, y mató a catorce enemigos que se le opusieron. Y asi mismo cojió sesenta caballos y algun ganado y se retiró sin recibir daño, con que los españoles y los indios amigos vinieron victoriosos y contentos con la presa.

Supo de los cautivos como el enemigo con los rigores del imbierno estaba encojido y descuidado, pero que no se olvidaba de las armas para sustentar la guerra y ver si con los despojos de ella podia hacer rescates y redimir sus prendas. Y como entendiese esto y que en las provincias de la Imperial estaban algunas señoras cautivas vecinas de las ciudades perdidas, celoso de su remedio y de que estos naturales saliesen de su ceguedad y obstinacion, envió por la costa un cacique de Calcoimo y a otros dos indios de cuenta que estaban presos, libres a sus tierras, para que publicasen y diesen a entender a los indios de guerra la piedad del rei, y que les dijesen de su parte que tratasen de su sosiego y se dejasen de guerrear, pues les estaba bien, con que tendrian fácil entrada para rescatar ellos sus cautivos y nosotros

los nuestros, y que bastase la sangre vertida de entrambas partes, que de andar las armas no se escusaban muchas muertes y desdichas que causa el furor de la guerra, justificando con esto su causa y convidando a los indios con la paz y con los medios suaves que su Majestad repetidamente mandaba, a que no respondieron.

Despues de estas dilijencias dejó encargada la guerra al maestro de campo del reino don Fernando de Cea, a quien hizo su antecesor maestro de campo a lo último de su gobierno y le conservó Don Luis de Córdova en el puesto conociendo la importancia de su persona para él. Y bajó de lijera a los fines de noviembre a la ciudad de Santiago a recibirse de presidente, por haber tenido muchas cartas de la Real Audiencia que le llamaban. Con su ausencia el maestro de campo procuró amedrentar al enemigo haciendo entradas en los valles de Elicura, porque venido que fuese el gobernador a la guerra, si quisiese entrar en lo interior de ella (como era su intento, por ver que no tenia respuesta de sus mensajes) hallase castigado a los naturales de estos valles y avierto el camino para lo mas interior de la tierra. Salió con todo su tercio y con quinientos amigos araucanos, y siendo sentido se hubo de volver porque todos se echaron al monte, contentándose con haberles quemado muchos ranchos y muértoles tres indios.

El sarjento mayor Don Alonso de Figueroa, que gobernaba el tercio de Yumbel, habiendo salido a Puren con el mismo designio, fué tambien sentido de las centinelas que Anganamon tenia a lo largo; pero aunque fueron sentidos, dieron los amigos en Utanlebo y cojieron cinco piezas en un bosque donde toda la jente se habia escondido, y degollaron un cacique que no se quiso dar sino pelear hasta morir. Cojiéronse algunos caballos y ganados, con que se volvieron.

Los caciques naturales de toda la costa y los de Elicura que con ella vecinan, viendo que los españoles daban en maloquearlos y en picar alli mas que en parte alguna, como lastimados hicieron junta de toda su jente y determinaron de entrar en nuestras tierras y maloquear en Arauco las reducciones de nuestros indios amigos. Salieron doscientos y treinta caballos a esto a primeros de enero de 1626 y por cabeza de ellos Guenumal, cacique natural de Elicura, pero no pudieron hacer lance porque fueron sentidos de las centinelas. En esta sazon el capitan Juan de Morales, que salia con cuatrocientos araucanos y cuarenta españoles a maloquear a Elicura, topó el rastro y viendo ser mucho siguió la güella hasta Quiapo, donde encontró con todo el cuerpo de la junta y determinóse a acometerla mediante los buenos soldados que llevaba y la ocasion lo pedia; y animando a su jente, que era hombre de mucho corazon y de grandes brios, se los puso mayores a todos y les acometió con tan grande furor que los hizo huir a los primeros encuentros y meter en un monte. Cerróles por todas partes las salidas del monte y cojiéndolos como en red, mató ciento y cincuenta indios, aprisionó cuarenta y tres, y cojió mas de trescientos caballos ensillados y enfrenados, con los que el enemigo traia de remuda, sin perder mas de un soldado que le mataron, llamado Diego de Araya, que era mui valiente y temido entre los indios, y sintió mucho el capitan Morales esta pérdida, que un buen soldado se debe estimar mas que una victoria. Fué mui señalada esta y causó muchas lagrimas en tierra del enemigo por haber quedado muertos y cautivos cerca de doscientos indios, los mas valerosos y guerreros de aquellas provincias,

y de mucho gusto para el tercio de Arauco por haber domado con ella la altivez de aquel enemigo.

Tubo el gobernador esta nueva en Santiago y celebróla aquella ciudad con muchas fiestas y regocijos, dando al gobernador muchos parabienes. Corrieron toros, jugaron cañas, representáronse comedias y hubo otros festejos con que la nobleza y la plebe dieron al gobernador muestras del grande gusto que habian recibido con los buenos sucesos y principios de su gobierno y de lo mucho que se prometian en lo de adelante. Y con liberalidad (como lo suele hacer aquella nobilísima ciudad de Santiago) le ofreció su ilustre cabildo una buena cantidad de caballos, que pasaron de mil, para que llevase a la guerra y los repartiese entre los soldados. Y demas de eso hizo buena provision de cuerda y de lo demas que habia menester la milicia, y trató de dar vuelta a las fronteras a disponer la entrada a las tierras del enemigo a molestarle en ellas antes que él entrase en las nuestras, como lo intentaban los de Elicura lastimados del golpe pasado.

Luego que entró a gobernar don Luis Fernandez de Córdova y Arce, a los seis meses y al principio del año de 1626 le vino carta de su tio el Virrey, su fecha a 3 de setiembre del año de 625, en que le avisa como su Magestad, habiendo oido los informes que de Chile le habian ido de como estos indios aunque mas les habian convidado con la paz y retenídose los españoles en la raya, sin entrarles a hacer guerra, no cesaban de hacer entradas y infestar nuestras tierras, ni querian los medios de paz, y si algunos los admitian era de cumplimiento, con ánimo finjido y con dos corazones y no duraban en la fe y en la paz prometida mas de cuanto les era de comodidad y provecho, y que con la misma facilidad que la daban la quebrantaban, tomando las armas contra los españoles por causas lijeras y por el interes del pillaje, a que eran tan inclinados, sin guardar fe, justicia, palabra ni conciertos en sus tratos de paz, como jente bárbara; y que cuando la admitian se estaban en sus tierras haciendo a dos manos, y asi que mandaba su Magestad que se les volviese a hacer la guerra ofensiva como antes y se diesen por esclavos los indios que se cojiesen en las malocas y batallas, y que se guardase en esta razon y órden la que se tubo por la cedula que publicó el Doctor Luis Merlo de la Fuente, gobernador que fué de este reino, cuya disposicion vino remitida al mismo marques de Guadalcázar como a persona que tenia desde el Perú mas presente la cosa, y asi mismo mandó que para el modo y nueva forma con que se habia de asentar esta esclavitud y hacer la guerra ofensiva, hiciese junta de todas las personas de mas esperiencia, ciencia y conciencia que hubiere en el reino, y habiendo tomado los pareceres de todos, lo firmasen de sus nombres y se los enviase para conforme a ello disponer lo mas conveniente; y para justificar esta causa y asegurar la conciencia de su Magestad y la suya, hizo luego un largo acuerdo sobre esta razon, en el cual, hallándose muchos relijiosos graves y todas las personas de mas letras y esperiencia, pareció convenir que la guerra se hiciese ofensiva y con otros términos y calidades que hasta alli y que la esclavitud se publicase, y se pusiese en ejecucion lo que el Rei mandaba y lo que el virrei ordenaba, y en cuya conformidad mandó luego publicarla, animando a todos los vecinos y caballeros de la ciudad de Santiago vistiesen todos las armas y se animasen y dispusiesen a seguirle a la guerra, y en esta conformidad y nueva órden envió

un tanto de la carta a las fronteras y a todo el ejército para que en forma de bando se diese a saber y a entender a toda la milicia como su Magestad mandaba abrir la guerra y que fuese ofensiva, y que los indios que se cojiesen en la guerra en adelante fuesen esclavos, y esto se ejecutase mientras su Magestad no disponia otra cosa.

Subió a la guerra el gobernador y llegó a primero de marzo a la Concepcion y recibió luego un socorro que le vino del Perú de ciento y ochenta y cuatro soldados, cuyos capitanes fueron Pedro Bueno Castillejo y Don Andres de los Infantes, caballero del hábito de Santiago, que los trajo a su cargo. Recibió tambien veinte mil pesos en reales y cincuenta botijas de pólvora, entre tanto que el situado llegaba. Reforzó los tercios con esta jente y fuése dilatando su entrada porque la distribucion de esta poca plata y las aguas del invierno que entraron luego no dieron lugar a mas. Despachó el gobernador embajadores por todas partes a las tierras de el enemigo haciéndoles saber a los indios la voluntad y mandato espreso de el Rei de que se les hiciese la guerra y fuesen esclavos si dentro de dos meses no arrimasen las armas y diesen la paz. Llevaron estos mensajes indios principales que estaban cautivos y presos, y con ser en su favor estas dilijencias, y los mensajes que se les enviaron tan pios y tan humanos, no enviaron respuesta, sino fué de las primeras provincias y esta fué enderesada a que les diesen los prisioneros y piezas cautivas que les habian cojido en suertes atrasadas. Pero despues vinieron los principales de toda la tierra a tratar las paces, que como no pueden tan presto convenir, se tardaron mas de los dos meses, y apresurándose el gobernador mandó prevenir lo necesario para la guerra y solicitó el cuidado en las fronteras en poner postas y cortar los caminos. Y pareciéndole que era necesario atajar el de Talcamavida y poner alli un fuerte, ordenó al sarjento mayor le poblase, el cual se levantó con título de Santa Juana de Guadalcázar, a contemplacion de la virreina, que se llamaba Doña Juana.

Con la buena suerte que se refirió que tuvo el capitan Morales en Quiapo, matando y cautivando tantos indios, temblaron las provincias que hai desde la cordillera a la costa, y por rescatar los caciques y indios de cuenta que alli se cautivaron y deseosos ya de dejar las armas y dar la paz y vivir con la quietud y favores que su Magestad les habia prometido aquellos años desde que vino el Padre Luis de Valdivia a solicitar las paces y lo que el gobernador les habia enviado a prometer con los embajadores que les despachó, enviaron embajadores a tratar de paz con muchas muestras de voluntad y deseos de quietarse de una vez, que segun se supo de personas fidedignas que en aquel tiempo se hallaron cautivas en tierra de guerra, todos mui conformes querian la paz sin doblez ni traicion. Y no quedó por ellos el darla y el sosegarse la tierra y dar fin a la guerra, sino por nosotros, como se verá.

Llegaron los embajadores al tercio de Arauco y dieron su embajada al maestro de campo jeneral del reino Don Fernando de Cea y estuvieron con él algunos dias tratando del asiento de ellas con tantas veras, que el maestro de campo estaba gozosísimo de ver que toda la tierra pedia paz, y los mayores caciques y los indios mas rebeldes y mas cosarios la abrazaban con grandes muestras de firmeza y pedian licencia para venir a darla al gobernador.

Dió aviso el maestro de campo al gobernador de todo esto y su señoria dió licencia para que los que quisiesen venir a

dar la paz, que entrasen seguros y con salvo conducto, porque aviendo hecho consejo para responder a los embajadores, todos fueron de parecer que se les respondiese que viniesen todas las cabezas, toquis y caciques de las provincias a la Concepcion para que en su presencia tratasen los conciertos de las paces con las condiciones que para el servicio de S. M. y bien del reino conviniese, y para ello les puso término de los dias en que habian de venir, a que replicaron los embajadores que no les diesen tan breve término ni se admirasen ni tubiesen a falta del buen trato el que tardasen algun tiempo mas, porque los indios no están juntos ni se convocan como los españoles al sonido de una trompeta o de una campana, porque viven en provincias distantes y se convocan con mensajeros y se juntan convidándolos a beber chicha, y todo esto y el conciliar todas las voluntades, donde no hai una cabeza, pide tiempo: con que viendo la razon se le alargó el maestro de campo y los despidió mui gustosos y agasajados.

Envió Anganamon un mensajero al maestro de campo diciéndole como él estaba desengañado de ver cuan poco medraba por la guerra y que hasta alli habia procurado estorbar la paz que todos los caciques habian dado al rei y al Padre Valdivia, y que por el enojo de no haberle dado sus mujeres habia hecho las entradas que habia hecho con algunos pocos que habia podido acaudillar; pero que ya de todo estaba arrepentido y deseoso de ser amigo, y que sabria ser tan buen amigo como habia sabido ser enemigo; que por hallarse viejo y enfermo no iba en persona a verle y a dar la obediencia al gobernador; pero que si le daba licencia y le admitia la paz, iria en su nombre a darla su grande amigo y compañero en la guerra Quenpuante, jeneral de las armas, por cuya mano aceptaria todos los conciertos y lo que se efectuase en esta razon. Avisó tambien en esta sazon al maestro de campo, de secreto, cómo algunos indios inquietos de la cienega de Puren, jente bandolera, querian entrar a hurtar caballos y llevarse, si pudiesen, alguna cabeza de español para estorbar las paces, y que viviese con cuidado y hiciese guardar los caminos para cojerlos, y entendiese que este aviso secreto nacia del amor que tenia a los españoles y del deseo de las paces y para que conociese cómo su trato era verdadero, pues le avisaba de los secretos y continuaria en darle avisos de todo cuanto se ofreciese, y que no por cuatro o seis ladrones que quisiesen entrar a hurtar caballos despreciase la voluntad con que él y todos los caciques le daban la paz, ni entendiese que nacia de ellos sino de la mala inclinacion de algunos ladrones; que a él le habia sucedido lo mismo, que con los bandoleros que acaudillaba hacia sus entradas sin dar parte a los caciques y antes guardándose y recatándose de ellos, y que cuando él estaba ofendido por sus mujeres procuraba poner con sus entradas mácula en la fidelidad y buen corazon de los caciques, para que los españoles no creyesen que querian paces de verdad, y que lo mismo harán ahora otros y no por eso se deben alterar los españoles y tenerlos a todos por traidores, sino procurar cojer a los ladrones y ahorcarlos y acabar esta mala semilla, que por eso les envia este aviso.

Conocióse el buen corazon de Anganamon y la fidelidad con que dió este aviso, porque dentro de seis dias se conoció su verdad, porque vinieron al estado de Arauco algunos indios bandoleros y se llevaron hasta veinte caballos que pacian en la campaña, y como el maestro de campo Don Fernando de Cea estaba con cuidado

por el aviso que le habia dado Anganamon de su venida, despachó al maestro de campo de el tercio, Bernardo de Amasa, a que les cojiese el paso, y hízolo tan a tiempo que les quitó los caballos y puso en huida a los indios, que como habian remudado caballos lijeros se escaparon de sus manos por pies.

Con estos mensajes iban y venian los indios a nuestros fuertes a feriar y contratar como amigos y se hacian algunos rescates de cautivos de una y otra parte, y por haber entendido el gobernador que los soldados feriaban con los indios cosas de yerro y caballos, ordenó al capitan del fuerte de Lebo, Diego Fernandez de Cuestas, que no consintiese que se les diesen cosas que nos pudiesen dañar y rejistrase lo que llevaban, encargando lo mismo a todos los capitanes de los fuertes. Rescatóse en este tiempo el cacique Curapil, que estaba cautivo en tierra de guerra desde el tiempo del gobernador Don Lope, y dijo que las paces de los de la tierra de adentro no eran verdaderas y que no habian de tener firmeza, y mandó el gobernador tomar su dicho; pero se entendió que hablaba como apasionado y que su dicho era de lo que antes que viniesen a tratar de paces solian platicar o de la variedad de pareceres que siempre hai en semejantes casos, como entre nosotros, que unos quieren que haya guerra y otros desean la paz, y los indios amigos hacen lo mismo, y por sus intereses quisieran siempre tener guerra con los de la tierra adentro y dicen mal de ellos.

El maestro de campo Don Fernando de Cea, que sabia bien el fundamento de estas paces y cuan de voluntad las deseaban los caciques, como persona que tantos años habia militado y tratado a los indios, perdia el pie de ver las desconfianzas de el gobernador y de algunos, y que por el dicho de un indio falso quisiesen poner estorbo a una cosa tan de el servicio de Dios y de el rei, y sustentaba la paz y que era buena y se debia admitir y no poner en ella dolo ni duda, porque esta paz no era de ahora ni la daban solo en este tiempo, que desde que el Padre Valdivia se la ofreció, la admitieron y estubieron perseverantes en ella, y solo algunos ladrones la habian perturbado, y el principal de ellos y la cabeza, que era Anganamon, estaba ya arrepentido y se ofrecia de paz, y asi instaba y escribia al gobernador que no diese oidos a cosa en contrario, que pues se nos entraban por nuestras puertas las recibiese, que esto era lo que S. M. tanto habia deseado y procurado con la guerra defensiva y ahora se cojia el fruto de aquella sementera.

Como Torpellanca habia puesto mal al gobernador con los indios de guerra con las cosas que le habia dicho de su falso trato, que despues se vió que lo habia sido su informe, y con lo que otros hablaban sobre las traiciones de los indios y su inconsecuencia, se halló vario el gobernador y deseoso sobre si los esperaria mas o no, y juntando a consejo, en que se halló el Ilustrisimo Don Frai Luis Gerónimo de Ore, obispo de la Imperial y la Concepcion, el maestro de campo jeneral Don Fernando de Cea, los jueces, oficiales reales de la real caja y los vecinos y capitanes mas principales que se hallaban en la Concepcion, les propuso el gobernador como tenia dispuesto que el sarjento mayor hiciese una entrada con el tercio de Yumbel, que habia de ser de mucha consideracion, y que la habia detenido por nuevo plazo que el enemigo pedia para resolver la paz, y mas largo término para darles lugar a venir a darla a la Concepcion, y que se habia pasado el que se le habia dado, y que habian venido mensajeros pidiendo

nuevos términos y se recelaba que era fraude, y que se iban armando o pidiendo tiempo para cojer sus sementeras y hacer prevenciones a los daños que recelaban, para los cuales tenia vedado que no se les diesen a los que venian a rescates de las casas vedadas que nos pudieran ser dañosas, y que seria bien abreviar en hacerles la guerra que su Magestad mandaba, porque ellos no se previniesen con alguna traicion; pero que tambien le parecia que se les debia esperar algo y recibir sus paces, como tambien lo mandaba su Magestad y era justo, aunque no pareciesen tan buenas, y que le diesen sus pareceres por escrito cada uno para determinar en negocio tan grave lo que mas conviniese al servicio de Dios y de el rei.

Hubo varios pareceres y vinieron todos a conformarse y fueron de parecer que se les esperase ocho dias mas, que eran los que los mensajeros pedian, y que si dentro de ellos no viniesen a los dichos conciertos, se diese por ninguno lo tratado, y asi lo firmaron todos de sus nombres, dando sus pareceres aparte. No fueron menester mas plazos, porque los indios estaban deseosos de venir a ver al gobernador, y juntáronse a gran priesa cuando llegaron sus embajadores con el nuevo plazo, y vinieron al estado de Arauco todos los caciques, toquis y indios mas principales de la tierra de guerra, que por todos fueron ciento diez, y de los mas ancianos y de mayor estimacion bajaron sesenta a la Concepcion; y habiéndolos recibido el gobernador con mucho agasajo y con jeneral regocijo de toda la ciudad, por ver tantos caciques antes tan rebeldes entrarse por nuestras puertas a ofrecer la paz, propusieron delante del consejo y de mucha jente que se halló presente, las razones siguientes, tomando uno la mano y hablando en nombre de los demas:

"Nosotros ha cerca de ochenta años que somos fronterizos a la guerra que siempre nos han hecho los españoles y no hemos sacado de ella mas de consumirnos y menoscabarnos, porque nuestros hijos y mujeres, deudos con nuestros antepasados, han sido por ella degollados y cautivos, y los que viven la tierra adentro viven gozosos y con quietud, gozando libremente de sus mujeres y hijos, sin sobresalto ninguno, y de los despojos que la guerra les da y les ha dado, están ricos, prosperos y seguros en sus casas y tierras, y nosotros al fin gastados y disminuidos, y por ser pobres les hemos procurado comprar con algunas pagas que con grande trabajo hemos adquirido algunos españoles para rescatar con ellos nuestros parientes y hijos cautivos. Y sin mirar ni considerar que les guardamos la vida y que como en frontera recibimos los golpes que ellos habian de recibir, nos los han negado con decir que son nuestras pagas tenues y mui pocas para lo que sus cautivos valen, enviándonos de sus tierras tan desconsolados como arrepentidos. Por lo cual y principalmente porque hemos caido en la cuenta de cuan bien nos está el vivir quietos y en paz con los españoles, te la venimos a dar con buena voluntad y propósito firme de no faltar a ella. Que esta voluntad no es de ahora solo, sino desde que el rei nos envió a convidar con ella con el Padre Valdivia, haciéndonos tantas mercedes y proponiéndonos tantas conveniencias para nuestro bien y quietud. Y desde entonces no ha faltado en nosotros la misma voluntad: que los disturbios que ha habido estos años atras han sido por algunos indios forasteros y ladroncillos que se juntaban con Anganamon a vivir como bandoleros del pillaje, y siempre enviamos a decir a los gobernadores que los quietasen o castigasen, que con eso quedaria toda

la tierra en paz, que entre nosotros ni usamos castigo ni los caciques tenemos vara de justicia para castigar a los malhechores, y si lo quisiéramos hacer, habia de ser moviendo guerra y metiéndola en casa y consumiéndonos con guerras civiles. Pero ya Anganamon y los demas que habia mal contentos se han quietado y viene aqui Quempuante en su nombre a dar la paz, por estar él ya viejo y enfermo. Aqui está toda la tierra, gobernador, rendida a tus plantas: baste ya la sangre vertida, basten los desasosiegos, las muertes, los incendios y los robos: que en todo este tiempo, con el sobresalto de la guerra, ni bebiamos con gusto, ni dormiamos con sosiego; nuestra habitacion era en los montes, entre las fieras y las aves, al frio, al sol y al rigor de las aguas, mojados siempre y empapados en ellas tanto que los vestidos y las camas se nos podrian con las aguas. Y al cantar el gallo nos inquietaba y al ladrar un perro nos sobresaltaba, pensando que ya venia el español sobre nosotros. No era esta vida, sino muerte continuada, y todo esto lo sufriamos por no vernos sufriendo a los encomenderos y por gozar de nuestra libertad y de nuestras tierras; pero ya que el rei todo eso nos concede y nos libra de tanto sobresalto, muertes y trabajos, queremos la paz que nos envia de buena voluntad y la ofrecemos con la misma, y toda nuestra jente, para con sus armas y personas ir a hacer la guerra a cualesquiera otros que la contradijeren. Y pues tanto han deseado los gobernadores al capitan Marcos Chavari, que está cautivo en la tierra adentro, nosotros le traeremos o por rescate o por armas, que todas nuestras fuerzas y nuestras haciendas las emplearemos en servir a su Magestad y en lo que se nos ordenare."

Este fué el razonamiento de los caciques, y bien mostraron en estas razones como hacia tiempo que habian dado la paz y que conocian cuan bien les estaba y que la abrazaban de corazon. Y el gobernador se la admitió, pero díjoles que no habia de ser quedándose en sus tierras sino viniéndose a las nuestras, a lo cual le replicaron suplicándole que se sirviese de mirar que su Magestad les habia prometido que los conservaria en sus tierras, y que se las daba, aunque ellos las tenian heredadas de sus antepasados y defendidas a fuerza de armas. Y digeron que el inmutar ahora en eso seria causar a todos grande turbacion y dar motivo de que digesen los demas caciques y los de la tierra adentro que no se les guardaria a ellos la palabra real de dejarlos en sus tierrras, pues no se nos guardaba a nosotros, y seria grande oprobio nuestro que se digese que nos desterraban de nuestras tierras por dar la paz, cuando se nos habia de hacer algun agasajo, y gozando los amigos que estaban de paz en las fronteras de sus tierras, vendrian ellos a ser de peor condicion por dar la paz y a verse pordioseando en tierras agenas, donde siempre el forastero se mira con desprecio y si le prestan un palmo de tierra la ha de pagar y al mejor tiempo se la quitan. Que se sirviese su señoria de no ponerles tan pesado yugo, sino de usar con ellos de la clemencia que usaba con los demas amigos, y de no alterar en lo que hasta aqui se les habia prometido y les habia movido a venirle a dar la paz con tanto gusto. Y no dude, digeron, señor, en la firmeza de nuestra palabra, que en guardarla no habrá roca mas firme ni peñasco mas inmobible, y antes dejará el sol de dar vuelta a los cielos, alumbrando la redondez de la tierra (que son modos de hablar suyos), las fuentes de dar aguas y los campos yervas, que dejemos de ser constantes. Y si con todo eso no te aseguras, pon un fuerte

de españoles en nuestras tierras, que con ellos uniremos nuestras armas y sugetaremos con ellas a todos los que de la tierra adentro resistieren la paz.

Volviόles a decir el gobernador que no habian de estar de paz donde ellos quisiesen, sino donde él gustase, a fin de que estando reducidos a nuestras tierras serian mas estables que en las suyas y el rei mas servido de ellos, y de lo contrario se temia que se habian de dejar llevar de su antiguo natural y costumbre. Y que esto habian de hacer si querian paz hasta que andando el tiempo se diese otro remedio. No vinieron los caciques en ello porque no les pareció dejar sus tierras y cargar con sus hijos y mugeres a vivir en las estrañas, ni admitir pazes que no fuesen conforme se las habian prometido de parte del Rei desde los principios que se trataron las pazes. Y volvieron a replicar sobre ello, y pareciéndole al gobernador que esta resolucion de los indios y repugnancia en dejar sus tierras no era verdadera obediencia y que daban indicio de mal corazon, les dijo que se fuesen a sus tierras y afilasen las lanzas, que no queria sus pazes, y que de invierno y de verano los habia de buscar en sus tierras y echarles de ellas a fuerza de armas, pues no lo querian por la paz.

CAPÍTULO II.

Del sentimiento que tuvieron los españoles y personas graves de ver que no se les admitiese la paz a los caciques; lo que ellos lo sintieron y lloraron con toda la tierra de guerra.- Como algunos quisieron tomar las armas y los caciques no lo consintieron, diciendo que comenzase la guerra por los españoles y no por ellos.

De el gran sentimiento que los españoles hizieron de ver desechas las pazes. Lloraban muchos. — Quien mas lo sentia fueron Don Fernando de Cea y Alvaro Nuñez, que tanto habian trabajado en las pazes.—El sentimiento y lagrimas de los caciques. — Las quejas y sentimientos, y que no se quejan del Rey sino de sus ministros. — Hacen sus sentimientos y amenazas. — La falta que hizo en esta ocasion el Padre Luis de Valdivia. — El sentimiento que tubo en España cuando supo lo que pasaba y como quiso volver. — Van los caciques a dar su queja al Maestro de campo. — Quéjanse del Gobernador. — Disculpa el Maestro de campo al Gobernador. — Pídenle un testimonio de haber venido a dar la paz. — Hubo gran tristeza en sus tierras por no admitir el Gobernador las pazes. — Los valientes y mal contentos dicen mal del trato de los españoles. — Provocan a todos a tomar las armas. — Piden que salgan las cabezas de los gobernadores para beber en ellas. — Razonamiento del cacique Liempichun, señor de Puren. — Escusa al Gobernador, y reprende su inconstancia y poca fe. — Manda que ninguno tome las armas, sino que esperen a que los españoles rompan la guerra. — Firmeza de amistad de Liempichun.—Todas estas diligencias se malograron. Una maloca que hizo el Sargento mayor.

Cuanto habia sido universal el contento en todos los españoles de ver tantos caciques entrársenos por nuestras puertas a dar la paz, tanto fué el sentimiento y tan general en todos de ver que el gobernador los despidiese con tan mal espediente y les digese que afilasen las lanzas, cuando sin afilarlas nos habian dado tanta pesadumbre y turbado tanto la tierra, y todos se prometian malos sucesos, adivinando en lo que habia de parar y juzgando por castigo de Dios el no querer que haya paces en este reino, pues cuando estaban ya tan asentadas y tan generalmente recibidas de todos los indios, nosotros, que las debiamos solicitar y abrazar, las despreciábamos por una cosa que importaba tan poco, como era venirse o no a nuestras tierras cuando ellos ofrecian y pedian que poblásemos en ellas, con que se ganaba tierra y se adelantaban las armas de S. M. y se cumplia con lo que en tantas ordenes tenia mandado de que se le diesen a los indios sus tierras y se les dejase en ellas, estándonos nosotros en las que habiamos ganado. Quien mas lo sentia fué el maestro de campo general Don Fernando de Cea, que tanto habia trabajado en estas paces y deligenciado la uniformidad de las voluntades de tantos caciques y indios soldados, y el maestro de campo Alvaro Nuñez de Pineda, que aunque era tan gran soldado y tan peleador con el enemigo, como veia que por la guerra no se ganaba un palmo de tierra y que no era sino una fatiga en balde para el fin que se preten-

dia, que era pacificar y conquistar estos indios, y que en sesenta años de afanes, muertes y gastos, no se habia conseguido nada, era siempre de parecer que se dejase la guerra y se procurase reducir y ganar a estos indios por medios suaves y de paz, desagraviándolos y guardándoles la palabra real; y cuando vió el fruto de lo mucho que habia trabajado en estas paces, en tantos caciques como habian venido a darla, y que cuando se habia de coger y encerrar en las trojes, una tempestad le desgranaba y le malograba, con ser hombre tan duro para la guerra, se enternecia y lloraba viendo malograda la paz y temiendo los males que nos habian de venir por despreciarla.

Y no es maravilla que hombres de tanta razon y conocimiento sintiesen y llorasen, sin poder reprimir las lágrimas de sus ojos, el ver derribar en el suelo tan sazonados y deseados frutos por quien los debia coger y guardar; pero lo que mas admira es que los indios, siendo de tan poca capacidad, tan fieros y tan duros de natural, se enterneciesen tanto en esta ocasion que se deshacian en lagrimas y se las hacian derramar a cuantos veian aquellas venerables canas de los caciques y señores de la tierra llorar como unas criaturas y rociarlas con las lágrimas que les corrian hilo a hilo, diciendo: "Ah! que los españoles son los que no quieren la paz! y luego dicen que los indios somos los malos y que no la queremos! Ellos son causa de tantas muertes y derramamiento de sangre, y dicen que vienen a procurar nuestro bien y nuestra quietud! Cuándo la hemos tenido desde que entraron en nuestras tierras? y cuándo, antes que ellos viniesen a ellas, tuvimos nosotros guerra? No quieren sino nuestra muerte y nuestra perdicion. Bueno es su rei y bien lo manda; no nos quejamos de él ni con él tendremos guerra, sino con sus ministros, y pues lo quieren, en hora buena, que aqui les hartaremos de guerra y les haremos tanta que les pese de haberla querido. Ya de nuestra parte hemos hecho lo que debiamos a leales vasallos del Rei, sugetándonos a sus mandatos, y no podemos dejar de llorar el perder el trabajo que nos ha costado conciliar tantas voluntades, el gusto que teniamos de vernos ya de paz, seguros de sobresaltos, abrazados de nuestras mugeres y hijos, bebiendo nuestra chicha a placer y gozando del trabajo de nuestras sementeras. Mas, que los españoles lo quieren, sea asi, y trocaremos el beber nuestra chicha con beber su sangre, y en lugar de nuestros vasos entrarán sus calaberas: no estamos tan faltos de gente que diésemos la paz por necesidad; no están tan encojidos nuestros brazos ni tan flacos que nos falten las fuerzas. Nuestro bien procurábamos y en su bien haciamos, y pues no le quieren, no se quejen de el mal que les viniere."

Estas y otras muchas cosas decian los caciques y los toquis, parte enternecidos, sentidos en parte y en parte llevados de su natural altivez y soberbia, que con grandeza de ánimo hacen tan buen rostro a los trabajos y a los peligros como a los descansos y a las seguridades.

Desgraciados fueron los indios y desgracia fué de este reino que se hubiese vuelto a España el Padre Luis de Valdivia y que no se hubiese hallado en esta ocasion al lado del gobernador, que con la mano que tenia de S. M., con su autoridad y celo, hubiera, sin duda, correjido una determinacion tan arrojada y mediado un arrojo que tan dañoso fué a todo el reino, como se verá, y el gusto de ver el logro de sus trabajos y el deseo cumplido del piadoso celo de S. M., prevenido con tantas ordenes y zanjado con tantos fundamentos, le obligara a poner todo esfuerzo

para que se hubiesen admitido las paces y héchose muchos agasajos a los caciques, como juzgaban todos que se les debian hacer, quedando hechos una noche de tristeza. Pero cuando supo en España la venida de estos caciques y que toda la tierra daba la paz, viendo que los medios para conseguirla que S. M. le habia mandado poner habian ya surtido efecto y que una cosa tan grave no se consigue tan a prisa como algunos querian y como él varias veces decia, sino que el tiempo es el que sazona los frutos, quiso volver, y siempre estuvo con esos deseos hasta que se los estorbó la muerte. Y desde allá acompañaba con lagrimas a los españoles que habian sentido el ver perdida tan buena ocasion y lloraban despues los males y trabajos que les sobrevinieron, las desgracias que tuvo el gobernador en su gobierno y a los caciques que lloraban su ausencia y el no haberles querido admitir la paz el gobernador, sino desechádolos diciéndoles que amolasen las lanzas.

Salieron los caciques, con el sentimiento que se ha dicho, de la presencia del gobernador y fuéronse a la casa del maestro de campo Don Fernando de Cea y digéronle: "Cómo, maestro de campo, no se confirma el trato que tubiste con nosotros? Hai, por ventura, dos reyes? Si tú nos admitiste la paz y nos convidaste a ella en nombre del Rei, cómo el gobernador no la quiere recibir? No ves que no podemos dejar nuestras tierras ni obligar a nuestros vasallos a que dejen las suyas cuando nosotros quisiéramos? No basta que en las nuestras pidamos poblacion y demos las tierras que quisieren a los españoles? No basta que les ofrezcamos nuestras haciendas, nuestras personas y nuestros soldados para hacer la guerra a los de adelante que no quisieren la paz? Tú, que eres tan antiguo en este reino y sabes lo que nos ha costado llegar a este punto y lo que han deseado todos los gobernadores, maestros de campo y capitanes, y las diligencias que han hecho los padres en nombre de el Rei, dime, en qué se funda este gobernador, que tan descaminado va y obra tan sin razon, cuando el rei se ha fundado en ella y en que las tierras son nuestras, nos las deja para que gocemos de ella?"

El maestro de campo, viendo su sentimiento y lagrimas con que le hablaban, les dijo que el gobernador no tenia la culpa sino algunos de su consejo que decian que ellos no venian con buen corazon, pues no aceptabañ las condiciones que se les imponian, y asi que tubiesen paciencia.

Replicaron los caciques: "Danos una carta sellada y firmada de tu mano para disculparnos en qualquiera tiempo con los que gobernaren la tierra y darles a entender el buen corazon con que hemos venido a dar la paz y nuestra fidelidad, para que nos sirva en todo tiempo de testimonio y no nos hagan mal." A esto les respondió el maestro de campo que no les podia dar el papel y el testimonio que le pedian porque le podria costar la cabeza. A que dijeron: "Pues no nos le quieres dar ni el gobernador admitir las paces, no os quegeis del daño que os hiciéremos:" con que se fueron tristes a sus tierras.

Llegados que fueron a ellas, aunque les tenian muchas fiestas para el recibimiento y para celebrar los gustos de las pazes, se les aguaron a todos y se convirtieron las fiestas en sentimientos; y aunque nunca los pesares les quitan las ganas del comer ni menos las de el beber, bebieron largamente, aunque no con los bailes y regocijos que acostumbran, sino platicando entre sí del mal viage que habian hecho, del mal espediente del gobernador, de la respuesta que les habia dado, que tan clavada llevaban en el alma. No sonaban los tambo-

riles y las flautas de sus regocijos, sino que luego comenzaron a resonar sus cornetas de guerra y los apercebimientos al arma.

Los mal contentos y que rehusaban dar la paz, decian: Bien dijimos nosotros que las pazes de los españoles era una mentira disimulada y una ficcion con máscara y que no querian mas que cojernos debajo de sus armas para servirse de nosotros de dia y de noche y quitarnos la libertad. Todo su fin es sacar oro, enriquecer a nuestra costa, hacer palacios, sementeras y grangerias con nuestro sudor, y hacerse ricos y poderosos a costa de nuestra sangre. Qué presto se quitó el gobernador la mascara y dió a conocer su intento y que no queria mas paz que nuestra esclavitud, ni hallaba otras conveniencias en ella mas que sacarnos de nuestras tierras y llevarnos a las suyas para echarnos luego el yugo de la servidumbre en que tienen oprimidos a los que son sus amigos! Viva la patria y viva la libertad! mueran los que contra ella hablaren o hicieren, y mueran los españoles enemigos de nuestra quietud y sosiego. No hai que afilar las lanzas, que hechas están a matar españoles, ni es necesario amolar los toquis, que bien saben cortar cabezas de gobernadores. Buenas puntas tienen nuestras flechas, sin que sus petos acerados los hayan podido embotar. Lo que necesitan es de sangre, que los toquis y las flechas y las lanzas están sedientas de ella, como ha dias que no la beben con esta suspension de armas; y los valientes guerreros están deseosos de beber en las cabezas de los gobernadores y de los capitanes: salgan las cabezas de Valdivia y de Loyola, irritemos el apetito y la saña bebiendo en ellas. Vengan las hermosas españolas y las damas delicadas a moler y hacernos chicha y carguen sobre sus espaldas las tinajas de nuestro gustoso licor; aren y caben nuestras sementeras los hinchados y graves españoles y sepan que tenemos poder para eximirnos de servirles y dominio para hacerlos nuestros esclavos. Muera una jente estraña que por no caber en sus tierras viene a echarnos a nosotros de las nuestras, y echémoslos del haz de la tierra, pues es una jente tan mala que ni la tierra los consiente, pues de varias tierras los envian desterrados a esta.

Con esta y otras muchas razones iban los indios soldados y los que se picaban desplayando su enojo y soberbia y conmoviéndose a hacer la guerra a los demas.

Mas el prudente Liempichum, señor de las tierras de Puren, levantándose en pie hizo silencio y dijo a todos: "No es bien, valerosos soldados, consultar las determinaciones con el enojo, ni resolver las cosas de importancia con aceleracion. Esperemos a ver si las cosas se mejoran y aguardemos a ver si el gobernador toma mejor consejo, que a él le sucede lo que a vosotros: que nosotros tenemos por malos a los españoles y no son ellos los malos sino nosotros; y como entre nosotros hai buenos y hai malos, asi los hai entre ellos. Muchos años ha que deseamos dar la paz los caciques, los toquis y cabezas de personas de gobierno, y la jente moza, los presumidos de valiente, los que viven del pillage y de los hurtos, no han querido y lo han estorbado. Y lo mismo hai entre las españoles, que hai de buenos y hai de malos; y si los capitanes, los padres, los maestros de campo y personas graves quieren que haya paz, los soldados presumidos de valientes y los chapetones que no saben lo que es la guerra, y en viéndose en el aprieto o los matan o huyen, dicen que no hai tal cosa como la guerra por el pillage y piden guerra. No me admiro de que el gobernador no haya querido la paz

que le ofreciamos, pues habia muchos que le decian que éramos unos traidores, inconstantes, varios y sin palabra ni lei; y aunque los caciques procuramos ser constantes y tener lei y firmeza en nuestros tratos, la jente moza y poco sugeta a nuestros mandatos nos desacredita con su inconstancia y poca fe, y su delito nos mancha a todos, y no es mucho que los españoles digan que todos somos asi, cuando ven muchos tan mal inclinados al hurto y al robo y tan sin lei ni razon contradecir al bien comun y estorbar lo que los caciques y los padres de la patria tratan para su bien: no nos ceguemos, que nosotros tenemos nuestro merecido por no tener cabeza ni reconocer los mozos sujecion a los ancianos ni obediencia a los caciques. El gobernador es bueno y le envia el rei a componer la tierra, y nó dudo sino que lo hará y que mudará de parecer y admitirá nuestras pazes y nuestros ruegos: no seamos apresurados ni rompamos la paz; comiencen los españoles a hacer la guerra y no se diga que comenzamos nosotros y tengan ocasion de confirmarse en su sospecha y creer que era asi lo que les decian, que todos nuestros pasos eran fraude y que luego habiamos de tomar las armas. Quede por ellos y no por nosotros para justificar mejor nuestra causa, que el brazo nos queda sano y la lanza entera para jugarla cuando convenga."

Esto dijo este prudente cacique y le aprobaron todos, y asi ninguno tomó las armas ni hizo entradas a las tierras de españoles, esperando a que se mejorasen los consejos y determinaciones del gobernador. Y hizo una gran fineza este cacique, que fué demas de no consentir que indio ninguno de Puren tomase las armas contra los españoles ni que hiciese entra[das en] sus tierras, sabiendo que el gob[ernador] entraba a Repocura y pudiendo s[alir con] su gente a pelear, no lo quiso [hacer] sino que a un alojamiento, tres legu[as de] Puren, envió al gobernador un h[ijo y] dos sobrinos que le fuesen a ver [de su] parte y decirle como él no iba e[n per]sona por ser viejo y achacoso y q[ue to]da aquella tierra y provincia de [Puren] estaba a su obediencia y de paz, de[seando] su amistad, y que alli tenia quiniente[s lan]zas a punto para servirle con ellas y [acu]dir a donde les mandase; que alli hal[bia te]nido muchos dias al capitan Marcos [Cha]vari, sirviéndole y regalándole, y le [habia] dicho tantos bienes de su señoria, [que] aunque no habia comunicado jamas con gobernador ninguno, le habia cobrado grande aficion y deseaba ser amigo de los españoles. Y que viniese por alli a la primavera (que ya era invierno para hacer la guerra) y comunicaria con él muchas cosas de importancia y veria la firmeza de su amistad y la constancia de su fe; y cuando esperaba que sus finezas tendrian buena correspondencia, entró el sarjento mayor Juan Fernandez a hacer una maloca, que le sucedió tan mal, como se dirá en el capitulo siguiente, y se perturbó todo, y las diligencias de estos caciques y sus deseos de la paz se malograron, con gran sentimiento suyo y mayor nuestro por las desgracias que despues sucedieron, que si no fueron castigos del cielo fueron avisos y enseñanzas para los venideros.

CAPÍTULO III.

Trata el Gobernador Don Luis de hacer la guerra ofensiva. Hace por sí y sus capitanes algunas entradas con varios sucesos, y dizen los indios que están de paz no quieren tomar las armas los de Puren y ofrecen sus soldados.

Trata de hacer la guerra el Gobernador. — Reforma a Don Fernando de Cea por ser de contraria opinion. — Elige por Maestro de campo a Don Gaspar de Soto, y sus buenas partes. — Hace una maloca y embia al Capitan Morales a Elicura. — Hacen suerte y vienen los indios sin armas a decir que están de paz que les den sus mugeres. — Hace una buena suerte Cristóval de Osorio. — Trata de salir con todo el egercito en el rigor del invierno y repúgnanlo todos. — Pugna la entrada el Maestro de campo Don Pedro Paez y no obstante se determina. — Sale a Biobio y envió a llamar al Maestro de campo con su tercio. — Entra en Repocura y embia a correr al Capitan Domingo de la Parra. — Coge un cacique y examínalo. — Entra el Maestro de campo Don Gaspar de Soto a correr a Repocura. — No pudo pasar el rio de Tabon. — Hace el Gobernador una buena suerte con su gente. — Envíale Liempichun a dar la paz con todo Puren y no hacer hostilidad los indios.— Queda vanaglorioso el Gobernador y pareciéndole que no habia indios que se le atreviesen. — Y no pelearon los caciques por conservar la paz y no comenzar ellos la guerra.—La vana confianza y el desprecio del enemigo con las victorias son causa de desgracia. — Despacha al Perú a Don Andres de las Infantas. — Sale a una jornada con la gente de Arauco. — Cogen un cacique. — Cogen trece piezas. — Coge el Maestro de campo Don Gaspar de Soto ciento y treinta piezas. — Acometen de emboscada los indios. — Derriba el enemigo a los trompetas y al Maestro de campo. — Lanzean al Capitan Alfonso de Villanueva. — Mata el enemigo a Juan Piernas. --Júntanse algunos arcabuceros y matan treinta y cinco indios y derrotan los demas. — Hecho valeroso de una india.

Con los fervores con que el gobernador don Luis Fernandez de Córdova, como caballero tan alentado, entró de hacer la guerra y demostrar sus brios con el enemigo, trató luego de hacer en persona una campeada y de enviar mientras la disponia una maloca para hacer camino y fatigar al enemigo menudeando las entradas. Para esto reformó de el puesto de maestro de campo general a don Fernando de Cea, por ser tan defensor de las pazes y tan en abono de los indios, y por juzgar, aunque era tan valiente, tan acometedor en la ocasion y tan venturoso en las batallas, no siendo de su opinion no asentiria a sus determinaciones. Y assi elijió por maestro de campo general uno que pudiese llenar tan gran vacio, que fué a don Gaspar de Soto, que demas aver sido tres veces alferez, dos veces capitan, correjidor, capitan a guerra en Itata, sargento mayor del reino y haber en todos estos cargos dado grande satisfaccion de su persona, y en las batallas y peleas que se habia hallado habia mostrado siempre un ánimo invencible, una determinacion valiente y un corage digno de sus grandes obligaciones, matando indios y haciendo hechos hazañosos que le merecieron grande nombre. Y ardonaba todas estas bue-

nas cualidades con la mucha de su nobleza, por ser caballero conocido y hijo de algo y hijo de don Gerónimo de Soto, tesorero jeneral de la santa cruzada en el reino de Méjico, caballero de ilustre sangre. Y como a estos títulos se allegaba el estar casado con doña Maria de Córdova, señora de grandes prendas y virtud y hija por parte de padre y madre de novilisimos conquistadores del Perú y de este reino: todo esto, con su mucha prudencia y buena disposicion militar, le granjeó el aplauso comun y la voluntad del gobernador para escogerle tan a su gusto como le pudiera desear para sus intentos de hacer la guerra al enemigo sin perdonar a trabajo ni dejarle descansar, y asi le ordenó que luego hiciese una entrada por la costa, como lo hizo en Elicura y en lo de Utablame, enviando al capitan Juan de Morales, soldado valiente y de buena disposicion, a que con los amigos que regia, y al sarjento Espinal con sesenta arcabuceros buenos, diese en estas partes un Santiago, y andubieron tan buenos y tan liberales en correr, que dando el repente a una parcialidad, cogieron veintiseis piezas, ochenta caballos, doscientas obejas de Castilla, cuatro de la tierra y algunas vacas, con que volvieron gozosos otra vez a Arauco.

Saliéronles los moradores de Elicura y un cacique sin armas a pedir a sus mugeres, diciéndole que ellos estaban de paz y la habian dado al gobernador, y en todas sus tierras se habia mandado por los caciques que ninguno tomase armas contra los españoles ni hiciese guerra, y que asi lo habian observado ellos y que con la paz vivian seguros, contentos y descuidados: que no era razon que les llevasen sus mugeres y hijos, que se los volviesen; pero como ya el gobernador habia mandado romper la paz, no les volvieron pieza ninguna.

Asegundóse la suerte enviando el maestro de campo a don Cristóval Osorio, capitan de a caballos lanzas, soldado de mucho nombre, de muchas obligaciones y afamado en la guerra, el cual, saliendo a Llolleo con mayor fuerza, acollaró cuarenta piezas, algunas de ellas mujeres de caciques principales, y degolló cuatro indios y cojió sesenta caballos. Dió la vuelta con paso presuroso por lograr la buena suerte que habia hecho.

Con estos buenos sucesos trató el gobernador de hacer la campeada que habia intentado, entrando en persona con todo el ejército a las entrañas de la guerra, que sus muchos alientos y visarria no le sufrian estar ocioso ni dejar de obrar por sí haciendo daño al enemigo. Y aunque el intento era animoso, todos se lo repugnaron por ser ya entrado el invierno, proponiéndole que el mes de junio y al fin de él cuando lo intentaba era el rigor del invierno en esta tierra en que los rios venian por las nubes y las nubes descargaban rios de agua. Y con proponerle las grandes dificultades que habia en llebar por tan agrios caminos un ejército entero, no le pudieron obligar a que desistiese de ello, y a veintiuno de junio salió el tercio de Yumbel, y aunque algunos iban con gusto por el interes de las piezas y por ver que ya eran esclavas las que en la guerra cojian, lo contradijo con mayor esfuerzo el maestro de campo don Pedro Paez Castillejo con razones eficaces y fuertes, fundado en costosas esperiencias y en las que tenia de entradas tales, con los embarazos de todo un ejército en medio del invierno, espuestos a peligro y perdicion de muchos soldados y caballos, y que solo estas entradas en tiempo semejante eran para caballos lijeros.

Pero como en tales ocasiones la determinacion suele ser mas acertada y el ven-

cer las dificultades consiste en hacerlas rostro, puso el suyo a la dificultad y rompiendo por todas se determinó a entrar, no obstante las propuestas que le hacian: que los alientos son buenos y de alabanza en el que gobierna por ponerlos a todos con sus brios, pero es bien templar el fervor con el consejo, porque en esta ocasion, aunque le salió bien, aventuró todo el reino y se espuso a muchos azares.

Salió a Biobio a ocho de julio y escribió al maestro de campo que saliese a juntarse con él al Nacimiento, donde hizo alto y reseña de la gente que llebaba y se halló con seiscientos españoles y setecientos indios amigos, y mas trescientos yanaconas que tomaban armas, y con cuatro mil caballos de silla y carga.

Salió de aquel puesto a la provincia de Repocura, que significa Camino de piedra y es tierra dura de conquistar. Dejó a Puren a la mano derecha, y en tierras que llaman de Coipu acordó de echar una cuadrilla de buenos caballos a correr la rancheria con el capitan Domingo de la Parra, soldado de opinion y valiente; y habiendo salido estos corredores toparon con dos indios, el uno cacique y de quien toda aquella tierra hacia mucha cuenta por ser centinela de todas aquellas fronteras, y el otro era soldado, que por ser indio mas suelto pudo escapar por pies.

Preso este cacique, dijo en sus exámenes que la suerte era dudosa y que sin duda ninguna se erraria y no se haria cosa de consideracion en aquella tierra, porque el indio que se habia escapado habia de tocar armas en todas partes y dar aviso, y todos se habian de echar luego al monte; y aunque el gobernador le apretó en los exámenes, jamas desistió de lo que una vez dijo, porque lo ordinario es en habiendo aviso guardarse todos en lo mas oculto de lòs montes.

El gobernador, como hombre empeñado ya y discurriendo bien, como sucedió, que podria ser que el indio con el miedo se metiese en un monte o no llegase tan aprisa como nuestra caballeria, envió luego de lijera al maestro de campo Don Gaspar Soto a correr a Repocura. Salió al rendir la prima con buena órden, que era persona de grande disposicion, llevando consigo las compañias de los capitanes Don Andres de las Infantas, capitan de a caballo, la de Pedro Ramirez de Zavala, soldado de fama, y Don Alonso de Molina, de mucha opinion y gallardia, y con ramas de otras compañias y trescientos amigos empezó a correr la tierra, repartiendo en el rio de Tabon las cuadrillas, tomando por sí la que le pareció de mejores caballos, y corriendo la tierra dió el maestro de campo en vacio, porque siendo forzoso pasar el rio de Tabon le hallaron por las lluvias y avenidas tan crecido que era imposible el vadearle y se hubieron de volver los soldados maldiciendo la salida en tiempo tan riguroso y que los rios no daban vado a sus buenos deseos de mostrar sus brios.

Quedó el gobernador con el resto del egército en Coipu, y echando la jente a correr por diferentes partes donde no habia rios que impidiesen el paso, fuéle la suerte tan favorable que se cojieron sesenta piezas y un cacique mui principal, tres mil cabezas de ganado obejuno de Castilla, treinta obejas de la tierra, doscientos caballos y cuarenta vacas, y dió con esto mui ufano la vuelta sin perder hombre ni caballo, que fué cosa bien singular y para notar, pues cuando todo el reino esperaba o temia alguna desgracia o desdicha grande por ser el tiempo tan riguroso, salió con victoria, ayudándole Dios por las muchas plegarias que se hicieron en todas las iglesias y conventos, y al retirarse fué

cuando le envió el cacique Liempichun, señor de Puren, su hijo y sus dos sobrinos, diciéndole como él y todo Puren estaban de paz a su obediencia y mandado, y que allí tenia quinientos indios de lanza a su disposicion; que él no queria guerra sino paz, y hasta este tiempo se estuvieron los indios sin moverse ni hacer hostilidad por su mandado, esperando que los españoles les recibiesen la paz y no queriendo ellos comenzar abrir la guerra, que es mui de notar que se vea el deseo que tuvieron de las pazes.

Habiendo hecho el gobernador estas entradas con buenos sucesos y sin oposicion de los indios, porque observaron el mandato de los caciques fielmente de que no tomasen las armas ni hiciesen guerra a los españoles, para obligarlos con eso a admitirles la paz y para justificar su causa y que hiciese manifiesto como ellos no abrian la guerra ni probocaban a ella sino los españoles, que quizas si se hubiesen puesto en defensa, y sin quizas, de otra manera les hubiera sucedido: quedó el gobernador mui ufano y vanaglorioso, entendiendo que jamas en su gobierno habia de haber desgracias y juzgando que los indios no eran tan guerreros como se decia ni el leon tan bravo como le pintan, pues no habia visto indio que se le atreviese con lanza a ponérsele delante ni que pelease, teniendo a cobardia y falta de fuerzas el no haber salido a pelear, habiendo sido obediencia a sus caciques y deseos de la paz. Y es mucho de temer en la guerra la soberbia y demasiada confianza que las victorias suelen traer, porque a los guerreros cuando son vencedores les parece que tienen a la fortuna asida de el cabello y que siempre han de pisar sobre la rueda, no debiendo todas veces dejarse llevar de la demasiada confianza, que al mas sabio le mata por presumido y al mas confiado le derriba por incauto, y en prudencia militar de ninguna cosa se debe fiar menos que de los buenos sucesos, porque siempre la víspera de los males es el dia de los bienes, y la altivez que causan las victorias y el desprecio del enemigo que ocasionan, son causa de los sucesos adversos y de las impensadas desgracias, como lo fueron en las que adelante sucedieron.

Luego que llegó el gobernador a la Concepcion prosiguió en mandar apretar al enemigo por la parte de la cordillera, y ordenó al sargento mayor que saliese con su tercio y con toda la fuerza de indios amigos que pudiese llevar a tierra de los Coyunies, y habiendo salido a esta faccion, le fué el tiempo tan riguroso de agua, frio y vientos, que por solas quince piezas y algun ganado que cojió perdió seiscientos y treinta caballos que se le cansaron y ahogaron, y se vió en tanto riesgo con la hambre, frio y cansancio que su jente pasó, que a no dar la vuelta a los veinte y tres dias que tardó en su viaje, pereciera indudablemente toda la que llevaba, y si el enemigo le hubiera salido a algun paso sabe Dios como lo pasara.

Acabó el gobernador el invierno con los despachos que hizo para el Perú, a donde envió al capitan Don Andres de las Infantas, compatriota suyo, a dar aviso al virrey de lo que iba haciendo en servicio de su Magestad, y muchas personas escribieron al virrey dándole cuenta de los buenos efectos que habia causado la venida de su sobrino a gobernar este reino y las victorias que habia tenido, asegurándole cuán brioso caballero era y cuán a propósito para este gobierno, a fin de que su Magestad le confirmase en él, y sin lisonja lo podian escribir, porque el caballero era de grande ánimo, de buena disposicion en la guerra y de mucho trabajo y diligente para ella.

Envió a pedir gente a su tio, armas y socorro para los soldados, y como las aguas aflojasen y hubiese acabado con los despachos, viendo que era tiempo de hacer la guerra, hizo apercebimiento de sus capitanes y salió a los diez de octubre al estado de Arauco. Habló alli a la milicia y a todos los indios amigos, que de ver cuan dispuesto y agil se mostraba se holgaron mucho y le cobraron grande amor, porque estos indios estiman mucho a un gobernador que es deligente, valiente e inclinado a la guerra. Hallóse con cuatrocientos y ochenta españoles, ochocientos indios amigos y doscientos yanaconas que podian pelear, y partió con los dos campos, a veinticinco del mes dicho, a dormir a Millarapue, que significa Camino de oro. En Molvilla llamó a consejo y se determinó la jornada y sus efectos, y habiéndose acordado y resuelto que habia de ser la entrâda a Pillolcura, cuatro leguas de la Imperial, se guardó el secreto que importa mucho en estas ocasiones y marchó de trasnochada con todo el silencio posible: pasóse el rio de Paicabi con el agua a los pechos por no perder tiempo, que en la guerra por un punto se pierde mucho. Desde este rio se fué trasnochando hasta el embocadero que llaman de Juan Agustin, donde mandó tomar los pasos de Tucapel para la costa y espiar hasta la mar por ver si sus espias podian dar con alguno del enemigo y tomar lengua, y como lo imaginó le sucedió, porque las espias que a esto salieron cogieron un cacique que venia con otros indios a reconocer los caminos. Dijo este cacique en su exámen que los demas que venian con él habian echado a huir y que tocarian arma en toda la tierra, y asi que no haria efecto en su entrada. Y con todo, resuelto el gobernador con su buena fortuna mandó que se hiciese la correria, y tomó primero consejo del capitan Juan Suaso para el modo, por hombre de mucha esperiencia, y como respondiese animándolo a ello y dando el modo, volvió a examinar a la espia con tormentos y amenazas, y acordó que en las Peñuelas, dos leguas de alli, habria gente de Repocura que habria bajado por marisco al mar, que si queria cogerla se diese prisa a ello, porque sino no cogeria nada. Fué tanta la que se dió, juzgando podia ser posible que los indios espias que se habian escapado no hubiesen dado aviso, que él mismo subió a caballo y sin esperar a capitan ni alma viviente hizo oficio de ayudante en apercevir, y echó al capitan Juan de Morales con doscientos amigos a la ocasion y cogió trece piezas.

Con esta lengua y buen principio ordenó las cuadrillas y apartó él mismo la gente que habia de enviar; ordenó al maestro de campo que en persona con los capitanes de a caballo don Andres de Hermosilla y Alfonso de Villanueva Soberal, soldado de mucho valor, prudencia y ciencia militar, que despues fué gobernador de Valdivia, corriese a Pillolcura y a todos sus altos, y al capitan Gregorio Sanchez Osorio, que era práctico en esta guerra, ordenó que con una cuadrilla de gente escogida y de obligaciones corriese a Tirua, que se dejaba a una mano, quedándose el gobernador con una compañia y con la del capitan don Cristóval Osorio y con el resto de las demas alojado en el mismo rio de Tirua a la parte del norte. Dieron los corredores del maestro de campo la rienda a los caballos con recato, y les ayudó tanto la fortuna que cogieron ciento y treinta piezas en Pillolcura, cogieron mucho ganado que hallaron, saquearon las casas de todas sus alhajas, aprovechándose los amigos de ellas, y les pegó fuego a todas. Al revolver con la presa, tomaron las armas los naturales de los valles en

número de doscientos, y como eran señores de los caminos, supieron cuales eran mas a su propósito para pelear y salir al atajo. Tomaron la delantera al maestro de campo y se emboscaron en un paso acanalado y estrecho con intento de acometer a la parte donde iban las indias presas y ganarlas a punta de lanzas o morir por ellas. El maestro de campo llevaba de manguardia cien amigos y detras de ellos cuatro soldados buenos arcabuceros; iban estos por descubridores y luego venian los trompetas y su persona con algunos soldados de obligacion, y tras ellos las piezas cautivas en el batallon con buena guardia. Al pasar nuestra jente dieron los indios enemigos, saliendo de emboscada, por la parte por donde iba el maestro de campo bien descuidado de que allí hubiese celada, y acometieron todos a un tiempo y de repente: derribaron de la primera embestida a los trompetas de los caballos y apretando a los españoles derribaron al maestro de campo de la silla, y a no pelear como tan valiente caballero con una espada ancha, y a no socorrerle el capitan Fernando de Guzman y otros buenos soldados, se le llevan los indios enemigos vivo o le matan. Apretaron tambien al capitan Alfonso de Villanueva, dándole muchas lanzadas, que peleó valerosamente, y le llevaron la celada, que la traia su page de armas, que como el arma fué tan repentina e impensada no se la pudo poner.

Hicieron rostro junto a este capitan Basco Sanchez de Quiroga, que peleó valerosísimamente, don Gaspar Verdugo, que se mostró mui animoso y esforzado, los alferez don Juan de Avaro y don Luis de Lillo, Bartolomé Diaz Matamoros, Jacinto de Hermosilla, criados estos dos de el gobernador; y a no hallarse todos estos soldados cerca de la persona del maestro de campo y de el capitan Alfonso de Villanueva, no se duda sino que fuera mas el daño. Mataron al sargento Juan Piernas y hirieron al alferez Juan Lopez en la garganta junto a él, que como era el camino angosto no le pudieron socorrer y los enemigos tuvieron lugar para cortarle la cabeza y llevársela para cantar victoria. Era el paso tan angosto y entrincado que no se podian socorrer unos a otros ni juntarse la arcabuceria, hasta que habiendo peleado un cuarto de hora las delanteras pudieron irse juntando algunos arcabuceros, los cuales apretando al enemigo mataron treinta y cinco indios y los hicieron huir al monte. Con esto marchó el maestro de campo con doblado cuidado hasta llegar a donde estaba el gobernador, que le recibió con mucho aplauso por la buena suerte y por haber salido tan bien de la pelea. El capitan Gregorio Sanchez, que habia ido a maloquear a Tirua, cojió solo una india que siendo antes cautiva de los españoles anduvo tan valerosa que les quemó el cuartel y se huyó de la prision. Estaban avisados aquellos indios y asi no hallaron mas aunque hicieron muchas diligencias. Reconoció el gobernador y ojeó la tierra para su tiempo y dió la vuelta hasta Paicabi, donde se alojó aguardando asi a los caciques de Elicura que querian dar la paz; visitó el fuerte de Lebo y metióle leña, siendo él el primero en cargarla para dar ejemplo a los demas, y hecha esta faccion se metió en Arauco.

CAPÍTULO IV.

Húyense a tierras del enemigo el hijo de Pelantaro y su sobrino, ya cristianos, y cogidos les quitan las cabezas. Hacen los de Chiloé una maloca a Valdivia y piérdese el navio con trescientos indios y veinticinco españoles. Sale de cautiverio el Capitan Marcos Chavari y da razon del enemigo.

Publica la tasa confirmada por el Rey. — Manda suspender la tasa a peticion de la ciudad. — Trata de huirse al enemigo el hijo de Pelantaro y de Unabilu. — Eran ya cristianos que confesaban y comulgaban a menudo. — El Padre Valdivia los habia enseñado a leer y escribir y rezar el rosario y el oficio de Nuestra Señora. — Llámalos la patria y húyense. — Estánse un mes emboscados para divertir a los que les fuesen a buscar. — Cogen los pasos de Biobio y fué de importancia su prision. — Ponen sus cabezas en tres palos. — Tratan los caciques de Repocura de irse la tierra adentro. — Contradícelo Lientur y dice que defiendan sus tierras. — Que no hagan caso de las valentias de los españoles. — Que el Gobernador amazará los brios en peleando con él. — Aprueban todos su parecer y determinan pelear con el Gobernador. — Sale a aquellas horas con estar enfermo. — Camina en una noche once leguas y llega a Yumbel. — Retírase el enemigo y vuelve a la Concepcion. — Entran dos socorros de gente del Perú. — Envia a Don Pedro Paez a Chiloé y que maloquee en Valdivia. — Pérdida de casi trescientos indios de Chiloé y muchos españoles en una tormenta. — Sale de cautiverio el Capitan Marcos Chavari con dos señoras. — La estimacion que los indios hacian de Chavari por ser tan gran soldado y saber tan bien su lengua. — Relacion del Capitan Marcos Chavari al Gobernador. — Que los indios, aunque barbaros, son amigos de la verdad y buen trato, y por el que él hizo le guardaron la vida. — Que por faltarles a la palabra se han levantado siempre y por el mal tratamiento. — Que los ciento diez caciques que vinieron a dar la paz traian buen ánimo y él se le puso. — Que se perdió una buena ocasion para poner de paz a Chile y no han querido comenzar ellos la guerra. — Que ya Lientur y otros tratan de pelear con el Gobernador. — Que los enemigos pasaban grande hambre y no habian sembrado por las malocas, y que él se ofrecia a guiar a las que se hicieren.

Bajó el gobernador a la Concepcion para la espedicion de algunas cosas, en la cual hizo publicar la tasa que su Magestad confirmó para que no hubiese servicio personal y ordenó que los vecinos feudatarios residiesen en sus encomiendas con pena de perdimiento de ellas, cuya tasa mandó otra vez de nuevo que se suspendiese y que cesase la ejecucion por peticion que aquella ciudad metió, alegando su menoscabo, hasta que su Magestad proveyese otra cosa.

En este tiempo el hijo de Pelantaro y su sobrino, hijo del cacique Unabilu, llamados el uno Don Felipe y el otro Don Lope, de quienes dijimos arriba que se habian bautizado y casado con indias principales de la Concepcion, vivian junto a ella en una rancheria que pretendieron que fuese ciudad de indios cristianos y que a ella se agregasen otros muchos. Y el Padre Luis de Valdivia habia puesto mucho cuidado en la enseñanza de estos dos hijos de caciques tan principales, asi por

el celo de aprovecharles en el conocimiento de nuestra relijion cristiana y guarda de su lei, como por haberlos encargado tanto Pelantaro que los enseñase y cuidase de ellos como de hijos propios, enseñándoles todas las cosas cristianas, y el padre lo hizo con tanto cuidado que se dieron mucho a la virtud, confesando y comulgando mui amenudo, y los tenia enseñados y industriados a rezar su rosario y a leer y escribir y que rezasen las horas de nuestra señora.

Y despues que el Padre Valdivia se fué a España quedaron a cargo de los padres de la Compañia, continuando su buen modo de vivir, sirviendo en el colejio y ayudando a las misas, hasta que este año, en el gobierno de Don Luis Fernandez de Córdova, se juntaron con un mulato casado en la Concepcion y trataron entre los tres de irse al enemigo, porque como vieron que volvia otra vez la guerra y que se habia de cerrar la puerta con eso para volver otra vez a su tierra, aunque ya eran cristianos mui ladinos y españolados y tan devotos al parecer, el interior afecto a la patria y a los suyos les tiró, y despues de haberlo andado trazando cerca de un año, se huyeron al enemigo y a sus tierras naturales con las dos mujeres y se emboscaron en un monte, dos leguas de la Concepcion, donde estuvieron un mes entero discurriendo bien que en echándolos menos los habian de ir a buscar por todos los caminos y seguirlos, y que en perdiendo la esperanza de hallarlos y cuando ya estuviesen los españoles en persuacion de que habian ganado sus tierras, saldrian y hallarian los caminos libres de los que los buscasen, y asi salieron con buen matalotage al cabo de un mes y pasaron con seguridad el rio de Bio-Bio, que era el mayor riesgo; pero quiso nuestra ventura y su desgracia que los indios de Talcamavida hubiesen salido a una maloca de la otra banda de Bio-Bio y que cojiesen rastro de jente y siguiéndolos dieron con ellos y los prendieron. Fué esta prision de mucha importancia y de grande gusto para todos, porque habian puesto mucho cuidado con su huida por ser indios tan prácticos y criados entre los españoles, que habian guiado a malocas y si acaudillaban jente en su tierra nos podian hacer muchos daños. Mandóles cortar las cabezas el gobernador y ponerlas en tres palos, para ejemplo de los demas indios, en los altos de la Concepcion de donde se huyeron.

Los caciques y capitanes de la provincia de Repocura, viendo que estaban como piedra en el camino, que todos topan en ella, trataron de quitarse de él y entrarse la tierra adentro, y para esto hicieron un conclave de todos los caciques y propusieron: como ya los españoles habian comenzado a abrir la guerra y no les habian querido admitir la paz y que ellos estaban en el paso donde era fuerza que dieran los primeros golpes, y a poco los habian de acabar, y asi que seria bien para su conservacion incorporarse con los de la tierra adentro y juntando las armas defenderse y poder hacer mal a los que se le intentasen. Levantóse a esto el valiente Lientur, el que en tiempo del gobernador Don Cristóval de la Cerda de amigo se hizo enemigo con toda su rancheria y despues nos hizo el daño que está referido, y dijo: que no convenia retirarse sino hacer frente y poner el pecho al trabajo y hacer oposicion a los españoles; pues querian guerra, hartarles de ella; que no quisieran ellos mas que sentir cobardia en los indios y vanagloriarse de que los hacian volver pies atras, y que ya que no nos habian podido llevar a sus tierras, nos habian aventado a las agenas, donde como

huespedes y estraños seamos maltratados y peor acogidos; aqui hemos de hacer pie, dijo Lientur, y clavando la lanza en tierra la puso por termino y raya de donde ninguno habia de pasar, ordenándoles que cogiesen temprano sus cebadas y se pusiesen en campaña para esperar al gobernador y pelear con él sin dejarlo pasar de alli, diciéndoles que no hiciesen caso de su valentia y arrogancia, que ya conocia a los españoles y se habia criado con ellos y que cuando vienen de Lima vienen mui arrogantes y echando valentias contra los indios y en viéndolos pelear dicen: no entendiamos que eran tan valientes, y nos cobran miedo. Este gobernador es mozo y todo fervor y llamaradas; no se ha visto hasta ahora con nosotros ni le hemos hecho oposicion ninguna, antes le hemos rogado con la paz y dejado que nos haga guerra y que comience a abrirla, probará nuestras manos y darémosle algunos golpes y luego le vereis como deshace la rueda del Pabon, y que si la fortuna les fuese contraria entonces podrian retirarse, pero que por un golpe solo, sin haber hecho resistencia ni probado las manos con los españoles, no era bien mostrar cobardia y volver pie atras.

A todos les pareció bien el consejo de Lientur, y en lugar de tratar de la retirada, trazaron de prevenir las armas y de echar centinela a lo largo para en teniendo aviso de que viniese el gobernador pelear con él y que supiese con quien las habia y que les sobraban alientos a los indios para dar mucho en que entender a los suyos.

Entró el año de 1627 y a los dos dias de Enero llegó nueva del capitan del fuerte de San Cristóval, que lo era Francisco Hernandez Matamala, soldado de mucho cuidado y vijilancia, diciendo que estando nuestras centinelas velando sobre los pasos del rio de la Laja habia dado una tropa de cuarenta indios de a caballo sobre ella y pasado el rio de esta parte y demostrándose otra de hasta sesenta, y que queriendo los centinelas reconocer bien si eran enemigos, los apretaron tanto que los hicieron retirar al fuerte. Llegó este aviso al gobernador Don Luis de noche a la Concepcion y con estar convaleciente de una indisposicion que habia tenido grave y sangrado muchas veces, se levantó a aquellas horas y dentro de media hora ya estaba a caballo y caminando al arma y marchó toda una noche. Adicionaron la salida algunos perezosos que no quisieran dejar sus comodidades ni que los sacase de ellas tan aprisa, condenándola a precipitacion, y fué injusta esta condenacion, porque en semejantes ocasiones la presteza y la diligencia es madre de la buena ventura, y en uno que gobierna la diligencia y la audacia hace a los soldados prestos y animosos al ejemplo de su general, y su intento fué salir con el sargento mayor y su tercio en alcance del enemigo para alentar a los soldados con su presencia; pero aunque caminó en aquella noche en ocho horas once leguas, no le pudo alcanzar, porque ya habia salido con el tercio en busca del enemigo y no le pudo alcanzar, porque siendo sentido de las postas se retiró a sus tierras con solo un caballo que cojió, aunque otros dicen que con mas, en que no hubo cosa cierta. Admiróse el sargento mayor de ver al gobernador y que hubiese venido al socorro con tanta ligereza, y por estar enfermo le rogó que se volviese a la Concepcion, mas no fué posible que lo hiciese, sino que quiso asistir con sus capitanes al resguardo de las sementeras de su Magestad, hasta que la enfermedad le apretó mas y le obligó a volverse a la Concepcion a mirar por su salud para trabajar despues mas en la guerra.

Favorecíanle a este caballero en este tiempo los buenos sucesos y poníanle en la cumbre para declinar despues: que esto tienen todas las felicidades, que en llegando a lo alto de la rueda, como siempre va dando vueltas, vuelven a bajar. A los siete de enero le llegó el contador Don Pedro Arias de Molina al fuerte de la Concepcion con el real situado; recibió con él cincuenta soldados y por capitan de ellos a don Pedro de Avalos, y dentro de breves dias otra leva con el capitan Don Francisco de Mogollon, primo del marques de Montora y práctico en esta guerra, que despues fué maestro de campo por el rei en Lima. Socorrió luego a Chiloé con ropa y gente por la poca que aquella provincia tenia para su conservacion, y con ella al general Don Pedro Paez Castillejo por cabo de aquella provincia, con orden que dicen tuvo tambien del virrei de que entrase con toda la fuerza que pudiese en el puerto de Valdivia y maloquease toda aquella tierra y la atemorizase para que diesen aquellos valles la obediencia y ayuda a su Magestad para la ciudad que intentaba poblar en aquel puerto y para estorbar al ingles que no se apoderase de él, como lo intentó despues. Y por el infortunio que a Don Pedro Paez le sucedió, que fué mui grande, se discantó despues que esta jornada se habia fundado, mas en codicia de coger piezas y hacerse de esclavos, que no en conveniencias de estorbar al ingles la entrada, que esa se habia de estorbar poblando y no maloqueando. Finalmente, él vino en un navio con trescientos indios de Chiloé y muchos españoles a maloquear a Valdivia, y siendo sentido no hizo nada y de retirada tuvieron una tormenta tan grande que dió el navio a las peñas y se hizo pedazos, ahogándose casi todos los trescientos indios y veinticinco españoles, y los pocos que salieron a las peñas tan maltratados que milagrosamente llegaron a Chiloé, donde fué grandisimo el llanto por la muerte de tanta gente y por la ruina de aquella provincia.

Removió el gobernador el puesto de maestro de campo por dárselo al maestro de campo Alonso de Miranda Salon, persona cuerda y de buen gobierno en la república, y puso por sargento mayor a Juan Fernandez Rebolledo, por su buen nombre, y dió compañías de a caballo a Don Francisco Sotelo y a Don Francisco Mogollon, por honrarlos con estos puestos antes que se volviesen a Lima.

Trajeron por este tiempo unos indios del enemigo al capitan Marcos Chavari y a su hermana Doña Isabel Chavari y a otra señora llamada Doña Juana Sepeda, cosa que mucho desearon los Gobernadores y habian encargado los virreyes, solicitando su rescate. Por haber sido el capitan Marcos Chavari uno de los grandes y azañosos capitanes que tuvo este reino y que hizo famosos hechos en el alzamiento general, hasta que le cautivaron en la Villarica, y por ser hombre de tanto nombre y tan grande lenguaraz en la lengua de estos indios, le trataron en el cautiverio con mucho respeto y estimacion. Fueron parte para el rescate las muchas diligencias y las muchas pagas que el gobernador Don Luis dió a tres caciques que se ofrecieron a traerle hurtado y escondido de lo interior de la guerra, porque como los indios le querian tanto, no querian darle por ningun precio; y asi se tomó esa traza de que otros fronterizos le hurtasen, como lo hicieron por el interes de las pagas, los cuales le trageron al fuerte de el Nacimiento a escondidas, al cabo de veintiseis años de cautiverio, de donde salió ya viejo y lleno de canas, quebrantado de los trabajos y con algunos achaques, pero en su

persona mostraba sus brios y grande valor, y en su talle, que era alto y bien dispuesto, daba a entender haber sido formidable al enemigo. Tuvo el gobernador y todo el egercito grande gusto con su vista y él le tuvo mayor por verse despues de tantos trabajos con los suyos y en tierra de cristianos.

Quiso el gobernador saber dél todo lo que pasaba en tierra del enemigo y el modo que podria tener de hacer la guerra, como de persona de tanta verdad, esperiencia militar y que acababa de salir de entre ellos y tenia tan penetrados sus pensamientos y designios, y el capitan Marcos Chavari, que era hombre de mucho peso y de gran razon, la dió de todo, diciendo:

"Señor: estos indios, aunque son barbaros, son mui amigos de la verdad y de que se la guardemos en los tratos, y por haberla conocido en mí he tenido tanta cabida entre ellos, y aunque su mayor blason es matar a un capitan que reconocen que es valiente y hazañoso y beber su chicha en su cabeza, y algunos pretendieron hacer lo mismo con la mia a los principios por haberles muerto tantos indios, con todo eso, todos, los mas, me defendieron, por quererme hacer esa lisonja de decir que yo era hombre que siempre los habia tratado con verdad, y que antes era de mas estima el haber muerto a muchos, pues habia sido en la guerra y no con malos tratos. Y la causa de haberse estos levantado tantas veces, como yo lo he visto y ellos siempre han referido, ha sido por no haberles guardado la palabra en lo que les prometian en nombre de su Magestad y por malos tratamientos. Ahora, cuando vinieron los ciento diez caciques a dar la paz, es cierto, y yo lo supe mui bien, que todos vinieron con mui buen ánimo y deseo de perseverar en nuestra amistad; y en ese tiempo estuve yo en Puren y tuve a Liempichun, señor de aquella tierra, y a todos los caciques, mui sasonados y aficionados a la paz y a perseverar en ella; y entonces me digeron que ya se habia acabado la guerra y que ellos propios me traerian a la Concepcion en asentándose las pases, y que por decirles yo que se les guardaria todo lo que el rei les habia prometido, lo creian y querian venir a dar la paz, como vinieron. No se ajustó el recibírsela, y no sé por qué se perdió la mejor ocasion que ha tenido Chile de conseguir sus deseos, de ver acabada esta guerra; lo que sé es que el sentimiento y las lagrimas de los caciques fué grande, y que no quisieron ellos mover guerra, sino esperar a que se la hiciesen los españoles o que se mejorasen las determinaciones y los advirtiesen; pero como ya les han hecho algunas malocas, tratan de defenderse y de probar la mano, y están determinados de pelear con vuesa señoria para ver como les va. Los que andan mas orgullosos y fomentan la guerra, son hasta ochocientos indios, los mas forasteros y serranos, y el que los rije y capitanea es el cacique Lientur, que de buen amigo nuestro, por mal agasajado se ha hecho valiente enemigo, y que lo que ahora trataban era de que en entrando el gobernador sobre sus tierras, habian ellos de dar sobre las nuestras por saber que quedaban desamparadas y sin fuerzas, y que les seria fácil el saquearlas y robar toda la hacienda de los españoles, y que al presente pasaban grandisima hambre, porque por temor de las entradas que el gobernador les habia hecho aquel invierno, no habian sembrado, sino que todo su cuidado habia sido guarecerse en los montes y que para cualquiera entrada que su señoria quisiese hacer estaba él mui pronto y dispuesto; que aunque viejo, cano y frio, conservaba el ardor juvenil y le podia

servir mucho por saber todos sus rincones, guaridas, caminos y determinaciones."

Olgóse mucho el gobernador de haberle oido y todos los que se hallaron presentes, y agradecióle los buenos alientos que mostraba en tan crecida edad, indicios de los que habia tenido en su juventud, y aceptó su ofrecimiento para llevarle consigo a la jornada que intentaba, que dirá el capitulo siguiente.

CAPÍTULO V.

Sale el Gobernador con los tercios y hace suerte; los de Puren se le ofrecen de paz y no los admite. Hace en lo de Quempuante buena suerte, y manda que hierren los indios esclavos que se cogieren en la guerra.

Sale el Gobernador con los tercios a buscar el enemigo. — Hace una buena suerte el Sargento mayor en Virquen. —Corre el Gobernador a Repocura. — Envian segundo mensage los de Puren al Gobernador ofreciéndose por amigos y que les vaya a ver para regalarle. — Responde el Gobernador agradecido y escusando la ida. — Buena suerte de los nuestros en las tierras de Quempuante. — Húyense los guias y avisan a Quempuante. Sale Quempuante en seguimiento de los españoles con doscientos indios y mátanle ocho. — Elecciones que hizo el Gobernador. — Manda que se manifiesten y se hierren los esclavos. — Manda que no se saquen del Reino.

Queriendo el gobernador Don Luis emular los hechos de sus antepasados y dar nuevo lustre a la esclarecida fama de sus progenitores, intentó hacer una jornada con los dos tercios a las tierras de el enemigo y presentarle la batalla, si, como decia el capitan Marcos Chavari, estaba tan deseoso de probar con él las manos. Para esto ordenó al maestro de campo que viniese a juntarse con él a cierto parage señalado con todo su tercio y con los indios amigos araucanos. Alojóse en el valle de Angol, donde hizo reseña de la gente que llevaba y hallóse con seiscientos españoles, quinientos amigos, doscientos y ochenta yanaconas, todos con armas, y cuatro mil caballos de silla y carga, y arrojó hasta setecientos caballos con el sargento mayor al valle de Virquen, una legua de la Imperial, donde cogieron doscientas veinte piezas, degollaron treinta y dos indios, prendieron tres caciques principales, mataron y trageron muchos ganados y caballos, quemaron los altos y bajos del valle y se retiraron sin pérdida ninguna al sitio de Curalaba, donde se encontraron con el gobernador por haber concertado el juntarse en aquel parage.

Resolvió luego ir a Repocura, y como victorioso corrió en persona la tierra. Halló el valle como la otra vez, opulento de ganados y comida, que si el egercito quisiera alojar alli muchos dias, tenia bien que comer abasto. Saquearon los indios los ranchos y luego les pegaron fuego con todas las comidas y recojieron todos los ganados; y los indios, que estaban en los montes escondidos y a la vista de tantos daños, ardian en saña y aun dicen que algunos de sentimiento se ahorcaron de los arboles, viendo sus haciendas y casas perdidas y abrasadas. Prendióse un hijo de Paillaman, cacique y toqui del valle, y se cogieron algunas piezas, y tambien se vi-

nieron a los nuestros algunos cautivos, que digeron como estaba la tierra en silencio y descuidada.

Los caciques de Puren le enviaron segundo mensage al gobernador, demas de el que la otra vez le habian enviado, diciéndole que le agradecian que no hubiese entrado de guerra en sus tierras y que ellos estaban de paz y dispuestos a servirle con toda su gente para cualquiera faccion, y que estimarian que se llegase a su tierra para servirle con sus cortos dones y que conociese su voluntad. Y no es poco que los de Puren estuviesen tan firmes y deseosos de la paz cuando habian sido siempre los mas rebeldes.

Respondiéles el gobernador, como soldado, que él venia marchando con su egercito y no se podia divertir a otra parte; pero que agradecia sus ofrecimientos y daba por recibidos sus regalos, y no iba allá por no molestarlos; que los soldados eran belicosos y poco contenidos y quizas les harian daño en sus sembrados o en otras cosas, y que como venian victoriosos y engolosinados harian algunos desmanes que despues de hechos no los podria remediar o se veria obligado a hacer severos castigos.

Vino siempre el gobernador haciendo daño al enemigo, hasta que llegó al rio llamado Buren, donde trazó una emboscada en que se quedó el maestro de campo, y de los enemigos que venian tras su rastro se cogieron en la emboscada once y se mataron tres y un toqui general llamado Llanganao.

Consumióse con esto el verano, perdiéndose en las entradas hasta setecientos caballos, porque en sola esta, de cansados y hurtados, dejó cuatrocientos, y se retiró con sola su compañia a imbernar a la Concepcion, donde recibió muchos parabienes de las buenas suertes que todavia le iba levantando la fortuna y prosperando sus acciones, como se vió en una maloca que mandó hacer a la costa al maestro de campo, el cual envió por mayo al capitan Juan de Morales con los amigos, cuyo capitan era, y al teniente Espinar con cuarenta soldados de a caballo, los quales fueron a lo de Quempuante, señor de Elicura, indio mui valiente y de mucha opinion. Cogieron veinte piezas y entre ellas a dos hijos y dos mugeres de este cacique, y huyéronse dos indios que los españoles llevaban por guias, que eran de los indios que en otras malocas se habian cautivado, y aunque los llevaban atados dieron traza de desatarse y huirse, los quales dieron aviso a Quempuante como los españoles iban muertos de frio, mojados y sin poder jugar las armas; que no perdiese ocasion tan oportuna como la que se le ofrecia para quitarles la presa y matarlos a todos.

Salió luego Quempuante, como leon que le han quitado la muger y los hijos, con doscientas lanzas a un mal paso, y acometiendo a los españoles por la retaguardia, cuando pensó alcanzar alguna gran victoria, le sucedió mal, porque le mataron ocho indios y con sus cabezas la cantaron los nuestros y él tuvo mas que lamentar.

Contento el gobernador con estas buenas suertes, hizo mercedes y dió la vara de corregidor de Santiago al general Don Luis de las Cuevas, persona de muchos meritos por su noble sangre y muchos servicios propios y de sus antepasados que han ennoblecido este reino; a Alonso Cid hizo capitan de a caballos; a Don Jorge de Rivera, caballero del hábito de Santiago, hijo del gobernador Alonso de Rivera, que imitándole muchas obligaciones heredadas y el aficion de su padre a la guerra, servia una bandera, le hizo capitan de infanteria. Y asi hizo otras elecciones en personas de meritos y servicios; y porque algunos sol-

dados de poca conciencia, con certificaciones supuestas, vendian algunos indios y indias por esclavos sin ser cogidos en la guerra, y otros sin orden se adelantaron a herrar a los que lo eran, para ponerla en todo mandó echar bando con cajas y trompetas, asi en las fronteras de guerra como en las de paz, ordenando que dentro de tres meses que fuesen cogidas las piezas esclavas en la guerra, las manifestasen y herrasen y de ellas y sus edades se hiciese asiento en el libro de gobierno.

Y porque embarcaban los esclavos para el Perú, puso pena de quinientos pesos, y de los esclavos perdidos a los que los sacasen del reino. Y asimismo puso pena a los barberos y oficiales de esta arte, que los herrasen sin ser esclavos, de cuatro años de destierro a Chiloé y cien pesos: con que obió los fraudes y quitó los inconvenientes, porque aun a los niños pequeños que se cogian en la guerra y que no eran esclavos por la cedula de S. M., los herraban aun despues del bando; pero, llegando a noticia del gobernador, castigó a los que lo hacian, y a un criado suyo, porque herró a un muchacho que no tenia edad de esclavitud, se le quitó en pena y le dió a un convento que sirviese, que fué a la Compañia (1).

(1) Nuestros codiciosos antepasados, que eran crueles sin imajinarlo, marcaban con un fierro candente a sus esclavos en las mejillas, en la frente o los hombros, como lo hacian con el ganado. Esta horrible práctica duró en Chile hasta mediados del siglo pasado. Se encuentran de esa época muchas escrituras en el *Archivo Jeneral*, en las cuales se estampan al márjen las marcas del esclavo vendido o comprado, las cuales tenian tanta variedad como las *marcas* de cada hacienda para señalar las vacas i los potros.

CAPÍTULO VI.

Como se dificultó mucho y se ventiló si podian herrarse estos indios, y se resolvió que aunque fuesen verdaderamente esclavos no se podian herrar, y asi se prohibió por bando que no se herrasen.

Hubo mucha variedad de pareceres en la justificacion de la guerra, porque los indios dieron la paz y cesaba el orden del Rey de hacer la guerra, que fué condicional. — Los indios dieron la paz y cesaron de hacer la guerra, con que se cumplió la condicion. — Que no se les admitió la paz porque no dejaban sus tierras mandando el Rey que les dejasen en ellas. — Que manda el Rey que no se cumplan sus ordenes si son contrarias a su voluntad y servicio. — Que la guerra se ha de hacer por necesidad, no por voluntad.— Que se hizo contra la voluntad de Dios y del Rey. — Que hai circunstancias que podian cesase la guerra. — Que dió su justificacion que dudar por ser contra todas leyes. — Que si el Rey supiera que daban la paz, no mandara que les hiciesen guerra. — Que aunque la guerra sea justa y los indios esclavos, no pueden ser herrados. — Que no se ha de seguir ejemplares errados ni a los que erraron en herrar a los indios. — Razones en que se fundaron para herrar a los indios. — Vistas las verdaderas, se prohibió por Don Francisco Lazo y la Real Audiencia.— Lo mucho que obró el parecer del Padre Juan de Alvis, religioso y docto. — Es contra todo derecho afear el rostro, hecho a semejanza de Dios. — Prohiben las leyes echar hierro en el rostro por ser a imagen de Dios.— La frente es para señal de siervos de Dios, no de esclavos. — Aunque se yerre a otras naciones no se puede herrar a los indios. — Que aunque sean esclavos no se yerren. — Que el Rey solo y no otro puede mandar herrar. — Si esta cedula se hubiera visto que es ley, no se hubieran herrado. — Que si se vió y no se guardó están obligados a restitucion de los daños y agravios. — Decreto de el Concilio Limense para los conquistadores. — Que deben restituir los daños.—La Real Audiencia prohibió el herrar. — Que los indios querian herrar con rigor a los españoles en venganza.

Grande variedad de pareceres hubo sobre la justificacion de este bando del gobernador Don Luis Fernandez de Córdova y sobre su ejecucion en materia tan grave, como fué el herrar a los indios, porque aun en la justificacion de la esclavitud y de la guerra que les publicó y comenzó a hacer, se hallaron muchas dificultades y muy graves, porque aunque la publicó y la hizo por orden que le vino de S. M., fué por haberle informado que los indios no admitian la paz ni los medios de la guerra defensiva y que se perdia tiempo, y no fué tan bien informado, que se vió tan manifiestamente que requeridos los indios (por mandar S. M. en la cedula de esclavitud que se les requiriese primero, que cesasen de la guerra y se les diese dos meses de término), vinieron ciento diez caciques en nombre de todos los demas de la tierra a dar la paz: con que cesaba el orden último de S. M. de hacer la guerra, pues siempre era condicional y en caso de que los indios, requeridos, no diesen la paz ni cesasen de la guerra. Y no solo la dieron, sino que, aun despedidos, se hicieron de concierto de cesar y no comenzar a abrir la guerra, sino dejar que comenzasen los españoles para justificar su causa. Y fué público y notorio que no comenzaron, y tambien lo fué que Liempichun y los de Puren le enviaron al gobernador a

su hijo, sobrinos y otros mensageros, dos veces, a vista de todo el ejercito que habia ido a maloquear a Repocura: que alli tenian quinientos indios con que servirle y que ellos estaban de paz y la querian, siendo los indios mas belicosos y los mas rebeldes y que mas han dado en que entender a los españoles en esta guerra y muerto a dos gobernadores, y porque no se salian de sus tierras y se venian a las nuestras no se les admitió a ellos ni a los otros la paz, siendo asi que por tantas cedulas tiene S. M. ordenado que se les admita siempre que la dieren, y en todas las que espidió para los medios de la guerra defensiva, fué una el que les dejasen en sus tierras y no les obligasen a venir a las nuestras, a fin de que se consiguiese el que estuviesen de paz. Y si esto ordenó para una guerra defensiva, mejor lo querria para una paz universal como era la que vinieron a dar. Y asi no hallaban las personas doctas y entendidas cómo se pudiese justificar el no haberles admitido la paz y el hacerles guerra, pues demas de ser contra la voluntad y espresas cedulas de S. M., la misma lei de la caridad y la conveniencia del bien del reino lo dictaba; ni escusaba el recibir la paz el haber tenido orden nuevo para hacer la guerra, porque ya se sabe que S. M. tiene ordenado y prevenido eso por muchas y mui prudentes cedulas, en que dice que si se hallaren inconvenientes, o faltaren los motivos, o se conociese que es mejor y mayor servicio suyo el suspender y no ejecutar alguna cedula suya, que la suspendan los virreyes y los gobernadores y audiencias. Y por mejor servido se diera S. M. y mas conforme a su voluntad se hubiera obrado si, viendo a ciento diez caciques dar la paz, se les hubiera admitido y dejado de egecutar la cedula de hacerles la guerra. Demas de que en ella misma venia el pio mandato de S. M. de admitírsela, pues dice que se les requiera y dé término de dos meses para que cesen de guerrear y den la paz, y que si pasados no cesasen, se les haga la guerra. Luego, si a los dos meses vinieron a dar la paz y por muchos meses cesaron de hacer la guerra, no hai razon para no admitirles la paz y ni causa para hacerles la guerra.

Y allégase a esto lo que dice San Agustin y lo trae el padre Molina de Cayetano, que el hacer guerra no ha de ser por voluntad sino por necesidad: *Bellore non est voluntatis, sed necessitatis,* y si la necesidad, el motivo y el fin de la guerra es la paz y el sugetar los rebeldes, cesó aqui el motivo, y ya se habia conseguido el fin, pues todos daban la paz y se sugetaban hasta los mas rebeldes, y asi no se hacia guerra por necesidad sino por voluntad y contra la voluntad de Dios y del rei: de el rei, por haberlo prohibido tantas veces y mandado que si requeridos aceptasen la paz, se les recibiese, y de Dios, porque espresamente manda lo mismo en el Deuteronomio en el capituló veinte, donde dice: Ofrecerás primero la paz y requerirás con ella, y si la recibieren serán libres y salvos: *Offeres primum pasen et si recepcrit cuntus populos salvavitur.* Sobre cuyo lugar notó admirablemente Driedo que la guerra ha de cesar de hacerse siempre que la lei de la caridad lo pidiere, ya por la circunstancia del lugar, de el tiempo, de las personas u otras que suelen concurrir, y aqui concurrian muchas circunstancias: de estar los indios en sus tierras naturales, de no querer S. M. privarles de ellas, de ser el tiempo en que se habia de coger el fruto de tantas diligencias como S. M. habia puesto por traerlos a la paz, y que cuando el fruto llegó a sazon no era tiempo de apedrearle ni echarle egercitos que le pisasen, sino que con cuidado y aseo le cogiesen. Y en las circunstancias de las

personas se podia discurrir mucho, por ser miserables, incapaces, flacos, sin inteligencia de nuestras leyes y ciegos en el conocimiento de lo natural, todo lo cual obliga a usar con ellos de caridad y obligarlos y atraer mas con el amor que con el rigor.

Y siendo contra la lei natural, contra la lei de la caridad y contra las leyes de tantas cedulas, no haberles admitido la paz y el haberles hecho la guerra, dió, como dige, mucho que dudar la justificacion de ella y por consiguiente la legitimidad de esta esclavitud, pues no se legitimó con decir: "El rei lo manda," porque el rei lo mandó con sus circunstancias de que les requiriesen, y si requeridos aceptasen la paz, no hubiese guerra ni esclavitud, y el rei lo mandó juzgando e informado de que persistian en su rebelion y dureza, y no lo mandara si los viera humildes y rendidos, y mandado, no quiere que se egecuten los mandatos que se oponen a sus intentos, que varian las circunstancias y que se trocaron los motivos.

Pero demos caso que la guerra esté muy justificada y que sea mui justo el hacerlos esclavos a estos indios y que se les hace mucho bien en eso, porque al que se puede quitar la vida se le hace mucho favor en conservársela y que sea esclavo segun las leyes que desto tratan: con todo eso, es injusto herrar a los indios y contra todo derecho natural, divino y positivo, y si se herraron fué, sin duda, por yerro y por no haber advertido en él y salvo la intencion, aunque no puedo salvar el hecho, por ser contra todo derecho, el cual es bien que se sepa, porque suelen venir gobernadores mas soldados que letrados, mas gogollos y llevados de el celo que mirados y enderezados de la ciencia, y viendo la valentia y resistencia de estos indios no se contentan con hacerles guerra y darlos por esclavos, sino que los quieren herrar y se quieren regir por el egemplar del gobernador Merlo de la Fuente, que fué hombre docto y gran letrado, por el de nuestro gobernador Don Luis Fernandez de Córdova, que fué gran soldado y mui bien intencionado; y Merlo con sus letras y virtud y Don Luis con sus soldadezca y buena intencion, erraron gravemente en mandar echar yerro a los indios. Y los egemplares no se han de seguir cuando se sabe que son malos y errados, sino los buenos y acertados, como lo fué el del gobernador Don Francisco Lazo de la Vega, que le sucedió, que acertadamente prohibió el herrar los indios: que hasta entonces duró el error en echarles yerros y el disputarse sobre esta materia.

Porque el gobernador don Luis Fernandez de Córdova, el marques de Guadalcázar, virrei del Perú, y el conde de Chinchon, que despues le sucedió, decian: "su Magestad manda hacer la guerra ofensiva a los indios de Chile, y por cedula del año de seiscientos y ocho mandó que se hiciesen esclavos los cogidos en esa guerra de edad de diez años; luego si los pueden hacer esclavos y tambien les pueden herrar para ser conocidos, como se yerra un caballo y un carnero y como se yerran los moros y berberiscos; pero luego que vió el conde de Chinchon las razones y las leyes que lo prohibian, mudó de parecer y escribió al gobernador don Francisco Lazo de la Vega y a la real audiencia de Chile que lo mirasen bien y viesen un parecer mui docto que sobre esta materia hizo y se le presentó el padre Juan de Alviz, de la Compañia de Jesus, calificador y comisario del Santo Oficio, provincial que fué de este reino, lector de teologia y de muchas letras y virtud, el cual trabajó con grande celo en esta causa hasta que la vió consultada y determinada por la real audiencia de este reino, la cual dió sentencia

de que no se podian herrar justamente los indios. Y asi lo prohibió por público bando el gobernador don Francisco Lazo y despues acá no se han herrado.

Y lo que a ello movió fué el ser contra el derecho natural, que habiéndole hecho Dios al hombre a su imagen y semejanza y siendo la cara la principal semejanza y donde consiste la hermosura, por lo cual somos semejantes a la hermosura de Dios, era contra derecho natural y divino afear la hermosura y semejanza de Dios. Y fundado en eso dice una lei: *Defendemos, que no lo fagan, pues Dios tanto lo quiso honrar e ennoblecer faciéndolo a su imágen.* Y la glosa dice que es prohibido por derecho comun el herrar en el rostro, dando la misma causa por ser el rostro del hombre formado a la semejanza de la hermosura de Dios: *in facie que ad sinubita dinem pulchritudimis celestis formata est.* Y por eso lo prohibió el emperador Justiniano, y aunque parece que ya que se le perdona la muerte al esclavo y se le conmuta en la esclavitud, se le podia por pena herrar en el rostro, no es permitido ni por pena, porque la misma lei lo prohibe y manda que no se dé semejante pena a ninguno, diciendo: *Algunas maneras son de penas, que las non deben dar a ningun home por yerro que aya fecho, assi, como señalar a alguno en la cara, nin dándole otra manera de pena en ella, que quede señalado.* Y el título de esta lei es que a ninguno se le ha de poner señal en la frente, porque no se debe afear el rostro del hombre, que es formado a semejanza de Dios, lo cual sigue Baldo diciendo que la señal de la pena nunca se ha de poner en el rostro ni en la frente, la cual debe ser reservada para poner en ella la señal de la Cruz o la señal que dijo aquel angel que vió San Juan que detenia a los cuatro angeles que traian poder de Dios para castigar en el mar y en la tierra, a los cuales dijo: tened, no castigueis a nadie hasta que señalemos a los siervos de nuestro Dios y Señor en sus frentes. Y señal de siervos de Dios en las frentes, señal era de mucha honra y estimacion y digna de rostros hechos a su imagen y semejanza; y asi para eso se deben reservar y no afearse con la señal y yerro de afrenta e ignominia de esclavos.

Y aunque esta se ha echado a los moros y a otras naciones, herrándolas en el rostro, y de ahí quisieron hacer argumento para echarles yerro en el rostro a estos indios aunque sean a imagen de Dios, para que sean conocidos los esclavos entre los demas indios y si se huyeren se puedan coger y conocer, es prohibido por lei especial el herrar a los indios asi por derecho eclesiastico como por cedula real del año de 1532 que refiere Bolaños, impresa con las de las Indias en el tomo cuarto. Y sin esa, citan Devia y Bolaños otra cedula de la reina Doña Isabel que está impresa en el mismo tomo y en su vigor y observancia, cuyas palabras quitan toda duda por la claridad con que lo prohiben, y son las siguentes: *Por la presente mandamos y defendemos que ahora y de aqui adelante persona ni personas de cualquiera estado, preminencia o dignidad que sean, no sean osados de herrar los indios por esclavos aunque verdaderamente lo sean, sin nuestra licencia y mandato.* De donde claramente se saca que ni gobernador ni virrei puede mandar herrar los indios, pues dice que ninguna persona de cualquiera estado, preminencia o dignidad que sea, sea osado a herrar los indios sin su licencia y mandato, y esto aunque verdaderamente sean esclavos. Luego, no habiendo licencia ni mandato espreso de su Magestad, aunque le haya para que sean esclavos y aunque verdaderamente lo sean, no pueden ser

herrados los indios ni hacer consecuencia para herrarlos de que otras naciones se yerran, pues en esta está espresamente prohibido, y demas de eso pone graves penas a los que lo hicieren diciendo: *Y el que lo contrario hiciere haya perdido y pierda todos sus bienes y sean aplicados en esta manera, etc.*

Esta cedula tiene fuerza de lei y es un mandato tan espreso que no tiene escusa ni interpretacion en contrario, y juzgo que si esta cedula se hubiera visto en Chile no se hubieran hecho yerros ni echado yerros a los indios, y que se procedió con el uso comun de herrar a otras naciones sin advertir la singular prohibicion que habia en esta. Y si lo supieron y no lo hicieron y pudieron ver esta leī y no la observaron, hicieron a los indios una gran injusticia y un agravio, que están obligados a su satisfaccion y restitucion, como en caso semejante, hablando de los agravios que los primeros conquistadores les hicieron a los indios, lo resuelve el ilustrísimo y reverendísimo señor Don Gerónimo de Loaisa, arzobispo de la ciudad de los Reyes, con consulta de los prelados de las órdenes y otros muchos teologos y juristas: que en la primera resolucion, hablando de los conquistadores, dice asi: *Primeramente, todos los conquistadores son obligados a restituir todo el daño de robos y muertes que se hicieron en todas las conquistas que hasta agora se han hecho a donde ellos se hallaron, que pudieron ver la orden e instruccion de su Magestad y entender lo que en ella mandaba, a la cual debian mirar, y porque la guardaron no se pueden escusar de restituir todo el daño en solido cada uno de los capitanes, oficiales y conquistadores,* etc. De donde se colige que faltando a las ordenes de su Magestad, que pone forma en las conquistas, en la guerra y en las esclavitudes, faltando a ella, los agravios que hacen, las muertes, los robos, las esclavitudes y los yerros, son yerros que no se pueden soldar sin satisfaccion de las partes agraviadas, y yerros que conocidos se deben corregir, como lo hizo esta Real audiencia de Chile, que mandó con prohibicion real que no se herrasen en adelante estos indios aunque fuesen esclavos, asi por ser tan justo como por no irritarlos mas y ocasionar con eso a que ellos tambien herrasen en el rostro a los españoles y españolas que tenian cautivos, como ya trataban de hacerlo, no con punta de aguja y con la delicadeza que acá los herramos, porque no saben de eso, sino con el rigor de una herradura de caballo, abrasando, plantándosela en el rostro; y si prosigue el herrarlos lo hubieran hecho, como lo platicaban, vengando un rigor con otro mayor.

CAPÍTULO VII.

Hacen el Maestro de campo y el Sargento mayor diferentes entradas a tierras del enemigo: tienen con él algunas refriegas, con varios sucesos, unos buenos y otros malos.

Buena maloca del Sargento mayor. — Ofrécense por de paz otra vez los indios de Puren. — Maloca del Maestro de campo. — Hace el Gobernador Maestro de campo a Don Alonso de Figueroa. — Trata de despoblar la isla de la Mocha. — Déjanlos en sus tierras por parecer de los doctos y pios. — Trata de poblar a Yumbel. —Hace una maloca el Maestro de campo y coge algunas piezas. — Síguensele malos sucessos, y las piezas son causa de ellos. — Haze reseña de la gente sin sueldo por nueva de piratas. — Dexa la poblacion por acudir a fortificar la Concepcion.—Haze una gran suerte en la Imperial el Sargento mayor Juan Fernandez. —Logróla mal. — Vienen en su seguimiento los de la Imperial. — Avísale uno que vino de el enemigo como le ha de acometer aquella noche. — Fortificóse y dispuso bien todas las cosas. — Acométele el enemigo al cuarto de la modorra. — Echasse al monte un capitan visoño con los soldados. — Pelea valientemente el Capitan Alonso Cid con diez soldados. — Usa el Sargento mayor de una buena traza para sacar de el monte los soldados, que fué cantar victoria. — Levantan en las picas al Sargento mayor. — Los que mató el enemigo y la presa que hizo. — Cantó victoria el enemigo con las cabezas de los españoles. — No consiente Lientur que vuelvan a acometer y reprehende su codicia. — Haze el Maestro de campo una maloca. — Celebra Lientur la victoria y pide gente. — Levanta Lientur a los de Puren. — Echan de la Imperial mil lanzas a la frente de los retirados. —Señalan por generales a Lientur, Queupuante y Pailaguala. — Dividen los indios su gobierno en tres partes y fronteras de guerra. — Maloquea Lientur en Quinel y coge doce piezas. — Da el Sargento mayor alcance a veinte indios y mata los tres, y quita a todos los caballos.—Vino un rezago de el socorro, y embia a gobernar a Chiloé a Don Francisco de Avendaño.

Gastó el gobernador Don Luis Fernandez de Córdova el invierno en la Concepcion socorriendo a los soldados y disponiendo lo necesario para la guerra del verano siguiente, y asi como apuntó envió al sargento mayor a tierras de Paillaguen a coger lengua y dar cuidado al enemigo, y saliendo con su tercio cojió setenta piezas y algunos caballos y ganados que halló, y pasó a cuchillo a algunos indios que se pusieron a resistencia. No se meneó un indio de Puren con haber llegado tan cerca de sus tierras la maloca; antes habló un indio de una loma al sargento mayor Juan Fernandez Rebolledo y le dió el parabien de su buena suerte, diciendo que los de Puren eran amigos y lo querian ser del rei, y que esto le mostrarian en cualquiera ocasion, obedeciendo a cuanto les mandasen y dando gente armada al gobernador y para cualquiera parte que se la pidiesen. Y esto fué a vista de un campo entero, en que no se puede poner duda, para que se vea la voluntad que tuvieron los indios de estar de paz, pues los mas rebeldes y mas feroces estuvieron tanto tiempo perseverando en ofrecerse de paz y sin hacernos guerra, antes convidando con sus indios para seguir a los españoles para cualquiera faccion.

Apretó tambien el maestro de campo por la costa a Elicura y dióse tan buena maña que saqueó los altos y los bajos de aquella provincia y cautivó seis indios y

veintisiete mugeres, sin ocho indios soldados que mató. Supo de estos cautivos como los moradores de Repocura con la ambre andaban buscando raices y mariscos de la mar para comer, por el grande daño que el gobernador les hizo en su comida y hacienda.

Hizo el gobernador maestro de campo a Don Alonso de Figueroa por sus muchos méritos, valor, esperiencia y buen consejo y por tratarse de parientes, y trató con su consejo de despoblar la isla de la Mocha, donde están hasta trescientos indios con sus familias, por parecerle que los naturales de aquella isla daban armas y lanzas a los de tierra firme con quienes tenia la guerra. Y aunque al pasar por alli los navios se mostraban amigos y les feriaban cosas de comer, les tenian por neutrales, y lo mismo hacen con los piratas cuando llegan a su puerto, que les dan comidas y ferian con ellos lo que tienen. Ventilóse varias veces esta despoblacion y las personas pias la contradigeron con grande esfuerzo, diciendo que no era justo ni conforme a la voluntad de su Magestad desnaturalizarlos de sus tierras y ponerlos en perpetua servidumdre; y que siendo libres era un genero de cautiverio el entregarlos al servicio personal, que se debia quitar en los demas. Otros eran de parecer que era mejor sacarlos y que trabajasen en las minas y en las facciones de guerra, donde tendria el rei mas utilidad de ellos y menos enemigos, pues aunque no eran declarados, eran sospechosos. Venció la opinion pia y el parecer de los hombres doctos y desinteresados y dejaron estar a estos miserables indios en el estado en que hasta alli habian estado y en sus tierras. Ojalá se hubiera tratado de enviar quien los doctrinase y convirtiese a nuestra santa fe, que por estar en isla, apartados de tierra firme, no han podido ir a predicarles los relijiosos, sino de paso, cuando pasan los navios, y se están en su infidelidad hasta hoi; pero muestran tener buenos naturales y aficion a las cosas de nuestra relijion católica.

Deseó el gobernador pasar el tercio de San Felipe al puesto de Yumbel por hacer alli plaza de armas para hacer la guerra como antes se hacia, y aconsejáronle sus capitanes que lo suspendiera hasta ver si venia confirmado del gobierno, que entonces le podia hacer de su mano y dejarle en perfeccion, porque si venia otro y decia que no era a su gusto, le habia de mudar. Y alentábale las esperanzas de la confirmacion del gobierno el favor que tenia en el virrei y los buenos sucesos que en la guerra habia tenido. Y en este tiempo tuvo un buen suceso el maestro de campo don Alonso de Figueroa, que corriendo la playa de la costa hasta Tirua, imajinando que hallaria alli jente cojiendo marisco, cautivó diez indios principales y dos indios de cuenta que prometian buenas suertes si la fortuna quisiera y no diese la vuelta. Que hasta aqui fueron los sucesos favorables a este gobernador, siguiéndose felizmente los unos a los otros; pero como no consiste la felicidad de las armas en comenzar bien y assimismo de todas las demas cosas, sino en acabar bien, porque los fines coronan las obras y la palma no se da a quien comienza a pelear, sino a quien acaba victorioso, no consistió su fortuna en los prósperos principios que tuvo, sino en los adversos fines con que acabó, y aunque los principios merecen su loa y deben ser engrandecidos por ser muestra de su gran valor y ánimo, pero faltóles el complemento, que fué el buen fin. Hablábasse mucho entre los soldados, que siempre son agoreros y anuncian los males, que estas entradas tan a menudo y la codicia de las piezas esclavas y el interes de

ellas, avia de ser causa de algun notable suceso. Y todos los hombres entendidos y desapasionados han dicho siempre que esta esclavitud y estas malocas y el desorden de ellas por captivar esclavos que vender, ha de ser la perdicion de esta guerra y de este Reino, porque cada dia se va aumentando la sedienta codicia de los españoles y los ánimos de los indios se van endureciendo mas cada dia, y la esperiencia de los sucesos lo confirmará ser assi.

Para la consultada poblacion que deseaba hacer en Yumbel el gobernador, pasó muestra general a los treinta y uno de octubre a toda la gente que avia sin sueldo dentro de su jurisdiccion con fin de asegurar aquella ciudad y su puerto, por nueva duplicada que tuvo de el gobernador de Buenos Aires de que el holandes pasaba por el estrecho a infestar estas costas; y hallándose con doscientos hombres con armas, sin las que aquel pueblo tenia de guarnicion, previno al Probeedor general sacasse bueyes de Itata y Maule para acarrear maderas para la poblacion. Aseguraba esta determinacion que ciertos caciques habian dado la paz por la parte de la cordillera y una buena suerte que avia hecho en los enemigos serranos con quienes tenian guerras civiles; mas suspendióse todo por una nueva que tuvo de que se avian visto cinco navios de enemigos holandeses, con que ubo de dexar la poblacion y ocuparse en fortificar la ciudad de la Concepcion y su puerto, aunque despues no ubo navios.

Salió el sargento mayor Juan Fernandez Rebolledo con ordenes de el gobernador a tierras de la Imperial a maloquear y coger piezas. Sacó consigo setecientos hombres de pelea, los trescientos españoles y los demas indios; y a dos jornadas cogió dos espias de el enemigo, y con ellas y otro indio de guia de los esclavos antiguos se prometia una buena suerte. Passó el rio de Tabon y dexó su infanteria en sitio a propósito para su retirada, en un quartel bien fortificado a cargo de el capitan Diego Sarmiento Troncoso. Arrojó cuatro cuadrillas a correr la tierra, y con estar avisada hizieron una gran suerte y cogieron doscientas y sesenta piezas, y entre ellas cuatro españolas captivas y una mestiza; tres caciques principales y un toqui; quinientas bacas y muchos despoxos de llancas, que son sus diamantes, y mucha plata labrada que se halló de la que abian robado en la pérdida de la ciudad de la Imperial, hasta donde llegó una quadrilla, y se admiró ver las calles, que antes estaban tan aliñadas, hechas un bosque y habitacion de fieras; que de las casas que en otro tiempo eran palacios, solo se vian algunos paredones cubiertos de yerba y matorrales. Quemó mas de cuatrocientos ranchos, con grande cantidad de comida, y se retiró con sola la pérdida de tres hombres que halló menos cuando se recojió. Durmió aquella noche legua y media de donde maloqueó, con mucha vigilancia y con las armas en las manos, y por la mañana marchó, y si como hizo y dispuso la maloca, como tan buen soldado y vigilante, prosigue en conservarla, ubiera ganado grande fama; pero como la gracia de el saber nadar es guardar la ropa y la victoria no se canta hasta el fin, se le fué de las manos la ventura y perdió por un descuido lo que habia ganado con tantos desvelos. Y si la noche siguiente vela como la pasada, no le quita el enemigo la pressa ni le mata tanta gente como le mató por hallarle durmiendo.

Los indios de la Imperial, viendo que les trahia sus mugeres y hijos, se juntaron hasta setecientos, acaudillados de dos famosos capitanes, Lientur el uno y Leuquen el otro, y le siguieron determinados de restaurar el daño o morir, y con intento de dar en

el quartel de los españoles antes de amanecer y quando los españoles cansados estubiessen mas cargados de el sueño. El Sargento Mayor no pudo alcanzar aquel dia al puesto donde avia dexado la infanteria por traher un capitan muy enfermo y aver marchado poco a poco, y aloxóse en un quartel que hizo algo dilatado, disponiendo las postas y la vigilancia en todo como buen soldado. Y aquel dia se le vino al camino un soldado fugitivo que le vino a pedir misericordia, el qual le dixo que viviesse con cuidado, porque el enemigo le venia siguiendo con mucha caballeria, y que sin duda le avia de acometer aquella noche al cuarto de la segunda, porque venia determinado a hazerlo como lo avia tratado. Y confiado el Sargento Mayor en su buena estrella, le dixo: "Venga en hora buena, que aqui nos hallará;" y aunque puso todo el cuydado que debia en fortificarse, como los soldados estaban rendidos de el cansancio y faltos de sueño de aver velado la noche antes, se echaron a dormir, excepto las postas, las rondas y los batidores, que estos acudieron a su obligacion, pero el enemigo, al cuarto de la modorra, reconoció el aloxamiento, y hallando a los españoles en silencio, hizo Lientur un razonamiento a sus soldados infundiéndoles ánimo sobre el corage que trahian por la pérdida de sus mugeres y hixos, y díxoles que aquella era la hora mas aproposito, por coger a los españoles dormidos con el cansancio y desvelo de las noches pasadas, y repartiendo la gente por los cuatro costados, dió a un tiempo, llebándose por delante las postas, rondas y batidores con el tropel y furia con que embistió.

Tocaron arma las postas, y el Sargento Mayor salió a la estacada de la frente, que por ser flaca la rompieron los indios: con él salieron algunos reformados de obligacion, y los demas, por ser gente recien venida de el Perú, se echaron al monte, siguiendo a un capitan visoño y mozo que en lugar de salir a pelear se metió en él. Acudió al otro costado el capitan Alonso Cid, soldado viexo y animoso, con el su teniente Juan de Zamora y otros diez soldados de brio. Resistieron estos valerosamente la belicosa soberbia de el enemigo, hasta que fué alzado este capitan dos vezes sobre las picas y dexádole por muerto de nueve heridas que le dieron. Desarmáronle y dexáronle desnudo, y mataron junto a él a su teniente y a otros tres soldados. El Sargento Mayor fué llebado de los enemigos peleando y resistiendo su tropel hasta cerca del monte, llamando a los soldados, que unos estaban durmiendo y otros en el monte, tan cargados de miedo como los otros de sueño. Y viendo que no salian a su llamado, usó de una buena estratagema, que fué cantar victoria y decir: ¡victoria, españoles, victoria! ¡que huye el enemigo! y a esta fingida victoria salieron los soldados de el monte y hecho un cuerpo con ellos, fué llebando los indios por delante, peleando todos, ya puestos en el empeño con valor y saliendo todos heridos y el Sargento Mayor, que peleó con extremada vizarria y valor, levantándole los enemigos en las picas y dándole tantas lanzadas que fué tenido por muerto, pero ayudáronle valerosamente cuatro yanaconas suyos, que nunca dexaron su lado y le libraron, y assimismo otros hombres de obligacion que perecieron junto a él.

La segunda tropa de enemigos, que dió a donde la presa estaba, toda la arrancó de quaxo y se la llebó, y solo quedaron seis piezas que por ser para poco no se fueron con las demas. Murió alli el capitan de los indios Leuquen y con él muchos de sus soldados. La tropa que dió en

las bacas y en los indios amigos que estaban en su guardia, no andubo perezosa, porque de prima instancia mató cuatro indios amigos y captivó a su capitan llamado Juan Alonso. Duró la pelea hora y media, hasta que vino la mañana, y halláronse muertos veinte y ocho españoles y hasta ochenta enemigos, sin los muchos heridos que de entrambas partes ubo. Llebóse el enemigo, demas de las piezas, mucho despoxo de armas y ropa y caballos, y a no embarazarse en el despoxo y en librar sus piezas, ubieran muerto muchos mas de los nuestros. Cortó el enemigo todas las cabezas de los españoles muertos y cantó victoria a la vista del campo español, puestos en un cerrillo, disparando un arcabuzaso y llamando a pelear a los nuestros. Y como quisiessen los indios volver a dar otra acometida, los abandonó Lientur diziéndoles que eran unos cobardes y codiciosos, que por la codicia de el despoxo avian perdido aquella noche la mexor ocasion que pudieran desear, pues los avia metido en el quartel de los españoles quando estaban durmiendo y pudiéndolos aver muerto a todos no lo avian hecho, y aora que estaban despiertos y con las armas en las manos los querian acometer para su destruccion. "No lo consentiré, dixo, por quanto ay; que no me está bien a mi presuncion, ni es bien ponerme a riesgo de perder la gloria de la victoria alcanzada:" con que, volviendo la rienda al caballo, se volvió con la presa para sus tierras, y el Sargento Mayor con buen orden para las suyas, todos tristes por aver perdido la buena suerte ya ganada y los soldados y despoxo que les llebó el enemigo.

Llegó la nueva al Gobernador, que estaba en la Concepcion, teñida en sangre, que de oirla recivió gran pena, juntamente con todo el Reyno. Mandó luego a su Maestro de campo que saliesse con todo su tercio hácia Relomo y corriesse la tierra, para dar a entender al enemigo que no le faltaban fuerzas ni ánimo para oponérsele. Corrió sin recevir daño y saqueó la comarca y traxo treinta piezas; pero el cacique Lientur, luego que volvió victorioso de la suerte que tubo con el Sargento Mayor Juan Fernandez, celebró con las cabezas de los españoles una gran borrachera y las repartió por todas las provincias guerreras, provocándolas a pelear y y pidiéndolas gente para salir a la venganza contra los españoles. Y en esta ocasion hizo cargo a los caciques de Puren de que estando a las puertas de la guerra y teniendo tan buenos soldados, dexaban passar la tierra adentro a los españoles y trataban de pazes con ellos en daño de las provincias, y amenazándoles que los haria la guerra como a estraños si otra vez los dexaban entrar y no daban gente contra los españoles. Que se dexassen de paz, pues no se la querian admitir los españoles, y pusiessen centinelas en los caminos y hiziessen frente a los altos, y para obligarles a tomar las armas les presentó algunas cabezas. Dieron los de Puren sus excusas de que tenian presentes los males que los españoles les avian hecho en el tiempo en que abian sustentado la guerra y que con ella no avian medrado nada, sino consumirse y acabarse, y que ya que se vian pocos, querian conservarse y no acabarse de arruinar de todo punto. Y que si querian que hiziessen la guerra como fronterizos, se viniessen a unir con ellos a la frontera los de Quecheregua y otros que por no hazer frente se avian metido la tierra adentro de la Imperial, y viendo los de la Imperial que esta peticion era justa, echaron de sus tierras mil lanzas y mas de indios fronterizos que huyendo de la guerra se avian ido a sus tierras, y és-

tos con los de Puren se unieron, y Lientur se halló con gente con que hazer la guerra para oponerse al Gobernador si saliesse a la venganza y para infestar nuestras tierras y estancias, y le laurearon y levantaron de comun aplauso por general de las armas y caudillo de la guerra que intentaba hazer. Y de comun acuerdo repartieron los cargos de la milicia y sus fronteras en tres partes: a la parte de la cordillera pusieron al general Lientur; a Queupuante, gran soldado y capitan de mucho valor, que era señor de la costa, a la parte de la mar con toda la gente de Ilicura, Tirua, Repocura y Relomo, y a Pailaguala, capitan general de Puren, en el medio de toda la tierra y en el centro de ella: cuyas tres frentes son como tres puntas de un esquadron armado que nos las tienen puestas a los ojos y a los pechos, y abrazan toda la tierra fronteriza y la defienden, y a estas frentes y caminos llaman Utanmapu, y cada parcialidad defiende su camino, y en ocasiones de aprietos grandes se juntan todos, y este modo de gobierno han tenido para defender sus tierras y infestar las nuestras, y los gobernadores y los españoles que no saben sus usos y modo de gobierno lo han ignorado.

Salió de este parlamento Lientur muy animado, y para coger lengua y saber lo que intentaban hazer los españoles dió con doscientos caballos ligeros en Quinel y saqueó lo poco que en aquella reduccion de amigos halló, que fueron doze piezas. Salió el Sargento Mayor Juan Fernandez en su seguimiento y dándoles alcance a veinte, que los demas avian sido mas diligentes en retirarse, les mató tres y les quitó la parte de la presa que llebaban y sus caballos, porque por escaparse los dexaron y se echaron al monte, que es su sagrado y refugio. Vino a los diez y siete de Diciembre un rezago de el situado de ciento y treinta mil pesos en plata y ropa, con que socorrió el Gobernador las mayores necesidades, y embió el ordinario socorro a la provincia de Chiloé y a que la gobernasse al Maestro de campo don Francisco de Avendaño, por quexas que ubo de aquella tierra de su antecesor.

CAPÍTULO VIII.

Suceden algunas desgracias con el enemigo. Abrasa Lientur y saquea con mil indios el fuerte de el Nacimiento; defiéndense valerosamente los soldados en un cubo y mátanle doscientos indios, y pídenle en su tierra las muertes. Viene a Chillan y llévasse muchos captivos y ganados, y mata despues cuatro centinelas.

Año de 1628. — Sucede una desgracia. — Coge el enemigo 400 caballos, 10 piezas y mata un cacique. — Sale el Gobernador y no los alcanza. — Embia el Sargento mayor delante veinte corredores. — Acometen al enemigo sin orden y mueren seis. — Tienen sin razon por desgraciado a Juan Fernandez. — Quiere el Gobernador salir a campaña; resístenlo todos. — Aviso de el Capitan Juan Alonso, que se huyó de el captiverio. — Viene aviso al Gobernador de que el enemigo da en el Nacimiento. — Abrasa Lientur el fuerte de el Nacimiento y acomete con dos mil indios. — Defiéndelos Nuestra Señora de Boroa. — Defiéndense los soldados en un cubo y matan mas de doscientos indios. — Saquean la Fatoria y todo el fuerte y retíranse por ver tantos muertos. — Matan a un fugitivo español, Francisco Martin. — Va el Gobernador al socorro y honra mucho a los soldados del Nacimiento. — Piden las muertes a Lientur. — Haze Lientur un parlamento en que anima a todos. — Confedera Lientur consigo las provincias amigas. — Avisa Tarpellanca del dia en que se quieren alzar los amigos. — Averigua el Gobernador ser verdad. — No los castiga instimulado de su conciencia porque tubieron causa, sino a siete. — La cansa del alzamiento es el demasiado trabaxo y el no remediarlo el Gobernador. — Entra Lientur en Chillan. — Manda que ninguno beba vino. — Haze una gran suerte y retírase por los baños. — Sale el Gobernador y yerra el camino por donde iban los indios. — Síguelos el Capitan Juan Suazo y no los alcanza. — Vuelve el Gobernador a sosegar los amigos y promete aliviarlos y hazerles justicia. — Tiene el Gobernador aviso que viene Lientur con cuatro mil indios. — Quiere el Gobernador salir a pelear con Lientur. — Aconséxanle que conserve lo ganado y defienda las fronteras, y pide oraciones para el buen suceso. — Házense rogativas y penitencias para quitar pecados. — Deshaze Dios la junta en Angol. — Pasa Lientur con doscientos caballos el rio. — Sabe que le aguarda el Gobernador y vuélvese. — Sale a una arma el Gobernador y no alcanza al enemigo. — Embóscase en Angol y no vienen los indios.

Son las desgracias como las venturas, que suelen andar hermanadas y seguir las unas a las otras, y a la pasada del Sargento Mayor se siguió otra, y fué que a los principios de el año de 1628 acometió el enemigo a los potreros de el Rey, pareciéndole que quitando a los españoles los caballos los dejaba sin pies, y se llebó mas de cuatrocientos caballos de Lavapié y de Quinel en algunas entradas que hizo; acollaró en Quinel diez piezas y mató un cacique, en ocasion que el Gobernador llegaba con su compañia a la estancia de el Rey al reparo de las sementeras. Corrió el arma en persona ansioso de pelear, y no pudiendo dar a los enemigos alcanze por la gran ventaxa que le llebaban y tener afligidos los capitanes sus caballos, se detubo y los dexó. Ordenó al Sargento Mayor, que estaba con su tercio tres leguas mas cerca de ellos, que los siguiesse, y embió el Sargento Mayor veinte corredores con un teniente llamado Pedro Pablo, con orden de que si los topaba los entre-

tubiesse mientras él llegaba y le embiasse a avisar. El Teniente les dió vista y hallando que sus soldados tenian fatigados sus caballos y que el suyo estaba con sobrados halientos, dexó otro en su lugar y fué a dar la nueva. Mientras él fué, pareciéndole al caudillo que dexó en su lugar que ya los caballos avian descansado, acometió de hecho al enemigo, juzgando que hazia en esto alguna grande hazaña; mas, como los indios vieron que eran pocos, revolvieron sobre ellos, pensando llebárselos todos, y degollaron seis buenos soldados y alancearon otros dos, que se escaparon con los demas mal heridos.

El Sargento Mayor Juan Fernandez, quando llegó y vió el daño, no supo qué hazerse a una tan barbara determinacion y a un desorden tan grande. Y no se puede negar sino que el Sargento Mayor Juan Fernandez era buen soldado y tenia buenas disposiciones, y algunas destas desgracias le dieron nombre de desgraciado, y quando no son por culpa de el que gobierna las desgracias, no es justo cargárselas ni darle tal nombre, pero el vulgo y la envidia obran sin razon ni discurso.

Quiso el Gobernador entrar a lo interior de la guerra y castigar la soberbia de el enemigo, y entrando en consexo le digeron todos que no llebasse las fuerzas a campaña porque un captivo que se vino, que fué el Capitan Juan Alonso, hombre práctico y lengua y capitan de los indios de Arauco, dixo que estaba Lientur determinado de venir con toda su gente a destruir la Concepcion y las estancias en saliendo el Gobernador a campaña, porque sabia que quedaban sin fuerzas ni reparo. Y con este aviso suspendió el Gobernador el viage y recogió las comidas que estaban de sazon, y obedeció a su consexo, hasta que a los seis de febrero fué al Nacimiento, porque llegó nueva cierta cómo este dia al amanecer avia Lientur asaltado el fuerte de el Nacimiento y que si no le socorria luego le hallaria arrasado por el suelo, porque le dexaba ardiendo y cercado de muchos enemigos.

Affirmóse este indio en esto y fué verdad, porque aquel dia le embistió Lientur con dos mil indios y le pegó fuego por tantas partes que obligó al capitan Pablo de Junco, que le gobernaba, a retirarse con sus soldados a un cubo, donde se guareció y peleó tan valerosamente desde el cuarto del alba hasta las nueve de el dia, que de vencido fué vencedor, faboreciéndole el Alba de la Virgen Santissima y su santa imagen de Nuestra Señora de Boroa, que entonces tenian en aquel fuerte los soldados por su muro y defensa y a quien se encomendaron en tan grande aprieto, como fué ver arder todo el fuerte y al enemigo enseñoreado de él, y todos los soldados atribuyeron con razon el averse librado de dos mil leones ambrientos y furiosos y de las llamas de el fuego a esta milagrosa imagen, en que tubo mucha parte su buena diligencia, porque desde el cubo se defendieron con tan gran teson que mataron mas de doscientos indios, sin que les pudiessen ganar el cubo ni abrasársele por mas diligencias que hizieron, dándoles varios asaltos, haziendo cabas por debaxo y arroxándole fuegos arroxadizos, que por ser de paxa, como todo lo demas de el fuerte, se tubo a milagro.

Robó el enemigo toda la Fatoria y las casas de el capitan y soldados, y encarnizado Lientur no queria apartarse de alli ni dexar de dar assaltos, hasta que un capitanexo le dixo que mirasse que estaban tendidos por el suelo mas de doscientos indios muertos; que se retirasse si no queria verlos perecer a todos. Retiróse con esto y llebáronse dos piezas de bronce, que con la prisa y el repente no las pudo re-

tirar el capitan al cubo, y las echaron en una honda laguna y hasta hoy no han parecido.

Vino guiando esta junta un mal español fugitivo que avia años que se avia huido al enemigo y vivia entre los barbaros como uno de ellos, a quien conocieron los españoles de el fuerte y le digeron que era un descomulgado y que Dios le avia de castigar por sus maldades y ellos le avian de dar su merecido, y apuntóle uno tan bien que le mató, y despues, quando llegó el Gobernador al socorro, le hallaron tendido en aquella campaña entre mas de doscientos y veinte y cinco cuerpos muertos que contaron. Llamábase este desdichado y condenado christiano Francisco Martin, que no merecia que su nombre ni se supiesse en el mundo; mas, para escarmiento de algunos que sin temor de Dios se van a vivir entre infieles, es bien que se sepa para que vean en lo que vienen a parar los que dexan a Dios y a su Rey.

Quando llegó el Gobernador, aunque se dió mucha prisa, que era un fuego para estas diligencias, ya el enemigo se avia retirado, y halló al valiente capitan y a sus valerosos soldados con muchos halientos y reducidos a veinte pies de tierra, y a su alferez Baltazar Gutierrez y a diez soldados heridos, y ninguno menos. Dióles muchos parabienes por la victoria, y a un caballero llamado Don Pedro Moscoso, que se señaló entre todos, natural de Ribadeo, en Galicia, le hizo muchos fabores y le dió una alabarda de sargento. Libróles a los soldados dos mil pesos de ropa de las caxas reales para vestirlos, por averles dexado el enemigo a todos desnudos. Reedificó el fuerte, poniéndole por nombre la Resurreccion, que por aver estado perdido y resucitar como de muerte a vida, le vino bien el nombre. Súpose despues que avian ido muchos indios heridos y que avian muerto allá en sus tierras, donde ubo grandissimo llanto.

Hizo Lientur una gran borrachera para consolar a las viudas y a los padres y madres de los muertos, que todos le echaban la culpa y le pedian sus difuntos y que les pagasse sus muertes, haziéndole cargo de que él los avia puesto en tan grande empeño y a tan manifiesto riesgo; mas él, puesto en medio con su lanza en la mano, les hizo un elocuente parlamento, consolándolos a todos, diziéndoles que no se admirassen de que los soldados muriessen en la guerra, que para eso iban a ella, y que como le recevian con gusto quando volvia victorioso le avian de recebir conformes quando tubiesse alguna pérdida; que la guerra era un juego, y el que juega se ha de persuadir a que no ha de ganar siempre sino que ha de aver de todo, de pérdida y de ganancia, y que si en esta ocasion avia perdido, por eso le avia quedado el brazo sano y la lanza entera para volver a ganar; que como los vientos cada hora se mudan y tras la tempestad viene la bonanza, assi se mudan las cosas de la guerra, y tras esta desgracia esperaba tener muy buenos sucesos, porque con las veinte cabezas que avia quitado al Sargento Mayor tenia convocadas las parcialidades de Talcamavida, Gualqui y Rere, reducciones amigas de los españoles, y avian ya recevido su flecha ensangrentada y embiádole otra partida, que era señal de confederacion, y con eso les quitaria a los españoles sus mayores fuerzas y los haria guerra con los proprios suyos. Con que se animassen todos y le diessen gente de nuevo para defender la patria, animándose a dar la vida y morir, si fuere necesario, por tan gloriosa empresa, como lo avian hecho sus antepasados, que nunca pidieron paga por las muertes, sino que con la chicha se

contentaban y se consolaban. Y assi lo hizieron en esta ocasion, que no hai desdicha que no passen los indios con la chicha, como dice Arcila.

Fué este parlamento y el trato con los indios amigos verdadero, porque con la rota de el Sargento Mayor embió este barbaro a las provincias amigas, ocultamente, algunas cabezas de españoles y flechas ensangrentadas en su sangre y convocó las cabezas y caciques, y la una cabeza de un español se halló en la Concepcion en manos de un cacique de Gualqui, que la recivió en señal de confederacion, y si Dios no descubriera esta traicion, ubiera llegado este alzamiento hasta Maule.

De vuelta de este viaje, supo el Gobernador de un cacique llamado Tarpellanca como la tierra estaba alzada y convocados los amigos, y no esperaban mas de al viernes venidero, que era a los diez y ocho de Febrero, para declararse, porque ya tenian repartidos los nudos y aquel dia los acababan de desatar y avian de soltar su furia; que no saliese a la guerra, como intentaba salir, domingo a los veinte de el mismo mes, porque de salir y no remediarlo, ponia en contingencia el Reyno y le perderia su Magestad. Aviso fué este de mucha fidelidad de este cacique, y con él inquirió el Gobernador la certidumbre de el rebelion de los indios amigos y las causas, y hallando que era cierto, convenció a muchos caciques de su infidelidad o levedad de ánimo y usó de benignidad con ellos, porque instimulado de la conciencia reconoció que tenian razon, y en sus confesiones y descargos dixeron que la causa por que se rebelaban era porque su Señoria no procedia con ellos con direccion y justicia, pues en lugar de mirar por ellos y por sus vasallos, solamente faborecia a los vecinos y encomenderos, consintiendo que los maltratassen y oprimiessen en el trabaxo, y si le daban algunas quexas disimulaba con ellos, no guardando justicia a los indios, y que ya que no tenian quién les hiziesse justicia, ellos se la querian hazer y mirar por el cuerpo de su republica; que no debian consentir que la servidumbre personal pasasse de la raya de lo justo, echando mas carga de la que era razon a sus vasallos, y su Señoria estaba obligado a estorvarlo, y pues requerido no lo hazia, no se admirasse de que ellos lo hiziessen aunque fuesse a fuerza de armas, pues no tenian otro remedio. Y como ya ubiessen algunos, de temor de verse descubiertos, ídose al monte con sus familias y muebles, para escarmiento de los demas castigó a siete y puso en unos palos sus cabezas.

En este tiempo que el Gobernador estaba ocupado en el castigo de los rebelados, le tocó arma Lientur por Chillan, a donde llegó con trescientos caballos con ayuda de los pegüenches y puelches, que por la cordillera le dieron paso, y le guió un indio que se avia criado en Chillan y sabia las entradas de la ciudad y el secreto de las estancias. Hizo Lientur un razonamiento a los suyos antes de correr la tierra, animándolos con la esperanza de los despojos, y ordenó que ninguno, aunque hallasse vino en las estancias y bodegas, bebiesse una gota, por no ponerse a peligro de perder el juicio y la buena ocasion que tenian de aprovecharse y hazer mal a sus enemigos. Discreta prevencion de un barbaro. Con esto acometió a las estancias y robó quantas alaxas avia en ellas, gran multitud de ganados, las bacas de Alvaro Nuñez, y apresó mucha gente suya que estaba ocupada en la matanza de bacas, y hecho este daño se retiró por los baños, por un paso aspero y nunca andado de la cordillera, y salió a la tierra de los pegüenches sin aver perdido cosa ninguna.

Partió el Gobernador al arma luego al otro dia que tubo el aviso con su compañia, y fué de parecer tomarle el rastro junto a la misma ciudad de Chillan y seguirle; pero los mas practicos fueron de parecer que se avia de salir a ataxarlos al paso de la Laxa, que era el forzoso por donde avian de pasar, y por seguir este parecer erró el Gobernador los indios, que si les sigue el rastro da con ellos y les quita la presa; mas, muchas vezes permite Dios que se yerre por sus ocultos secretos. Visto pues ser ya irremediable el daño, despachó al Capitan Juan Suazo con trescientos caballos ligeros en su seguimiento, y fué tambien en vano su salida, porque salió ya tarde, y cansando los caballos sin fruto se ubo de volver. Retiróse el Gobernador bien pesaroso a sosegar el tumulto de el alzamiento, y sosegado usó de el tiempo conforme los accidentes lo pedian. Mandó juntar todos los caciques y capitanes de indios y hízoles un estudiado razonamiento, acordándoles todos sus antiguos resabios y movimientos, encargándolos la fidelidad y que sustentassen la paz prometida, porque si no lo pagarian sus cabezas. Sosegáronse con esto los indios y con prometerles que los alibiaria de el trabaxo y que castigaria a qualquiera que les hiziesse algun agravio: que para tener quietos los amigos, no ay otro medio que guardarlos justicia, porque en no haziéndosela, ellos se la hazen y se van al derecho natural de reprimir y repeler con fuerza la violencia.

Tubo el Gobernador nueva de que el enemigo volvia con cuatro mil indios sobre las reducciones de los amigos de San Christóval y Talcamavida a fin de llebárselas de quaxo porque no avian venido en el trato de alzamiento, sino perseverado fieles en nuestra amistad, y trató de salir a pelear con ellos. Mas, el obispo y el cabildo de la Concepcion le escribieron suplicándole que atendiesse a conservar lo ganado y aguardasse a ver donde rebentaba aquella junta, poniéndose en las fronteras a estorbarle el paso para que no entrasse el enemigo a infestar nuestras tierras. Y aunque sus deseos eran de salirle a buscar y pelear con él, reprimió sus ardores y pidió al Obispo y a las Religiones que hiziessen rogativas para que Dios le alumbrasse en sus acciones y que reprimiesse la furia de la junta de Lientur, que por horas se esperaba. Clamó el Obispo a Dios y los predicadores al pueblo predicando que no era Lientur quien nos castigaba, sino la mano de Dios que le regia, que él era el azote y el instrumento que Dios tomaba; que cesassen los pecados y cesaria Dios de el castigo; que los tercios estaban llenos de malas mugeres, los indios oprimidos, los agravios que se les hazian clamaban al cielo, los delitos no tenian castigo, los escándalos no se remediaban, los hurtos eran apadrinados y los pecados aplaudidos y convertidos en costumbres y que éstos eran los mayores enemigos; que se peleasse contra ellos, que Dios desbarataria a los otros. Y assi sucedió, que mediante el hazer penitencia y rogativas a Dios, su Divina Magestad dió trazas como aviendo llegado toda la junta en su vigor hasta los llanos de Angol, se dividiessen las cabezas que la regian y sobre competencias y varios parezeres se disgustassen, con que se volvieron a sus tierras y se deshizo la junta, y solos doscientos caballos pasaron el rio de la Laxa con Lientur, y avisando nuestras expias como pasaba a Biobio, salió el Gobernador con deseos de pelear y de cogerlos dentro de nuestras tierras, y se emboscó en parage donde no se podian escapar los indios; mas, el enemigo tomó lengua y revolvió con ligereza a sus tierras temiendo el peligro.

Hecha esta faccion, se partió el Gobernador para la Estancia de el Rey a hacer resguardio a las sementeras, y apenas se apeó de el caballo quando le tocaron arma trescientos indios enemigos que dieron en la estancia de el comisario Contreras y se llebaron dos indios y la saquearon, escapándose los demas por pies. Subió luego a caballo y salió con su compañia de capitanes en seguimiento de el enemigo, y no le dió alcanze, porque estos indios son como el alcon, que en dando una punta para hazer la presa, dan luego otra para escaparse con ella. Juntó alguna gente de el tercio y de las estancias y salió de trasnochada a emboscarse en las viñas de Angol y hazer alli frente para ver si el enemigo le buscaba y queria pelear. Y porque los indios enemigos solian venir a las viñas de Angol a coger uba, se emboscó para cogerlos a ellos, pero no vinieron en aquellos dias, con que se volvió. Dormia todo el tiempo destas armas y trasnochadas como qualquiera pobre soldado sobre una adarga arrimado a la lanza y la silla de su caballo por almohada, que todo lo sufria su mucho brio y su grande ánimo, posponiendo el regalo y la cama a la vigilancia y al cuidado.

CAPÍTULO IX.

Haze el Sargento mayor Juan Fernandez una buena suerte en los pegüenches, porque dieron paso a Lientur. Tienen los de Arauco una victoria contra Queupuante y viene en venganza a Colcura y haze gran destrozo.

Manda el Gobernador que se castigue con una maloca a los pegüenches. — Haze una buena suerte el Sargento mayor Juan Fernandez. — Vuélvese luego porque no se vayan los soldados por las pampas de Buenos Aires. —Maloca en Arauco: cogen piezas, pelean y salen victoriosos. — Vaxa el Gobernador a Santiago y pide al Cabildo socorro de gente y vituallas. — Procura el Maestro de campo ganar a Queupuante. — Haze una maloca a sus tierras, ya que no quiere por bien. — Pelean los nuestros y alcanzan victoria. — Haze Queupuante gran destrozo en Colcura. — Tiene el Gobernador nueva de sucesor, y orden que en la Concepcion espere al holandes. — Servicios y calidad de Don Diego Flores de Leon. — Hizo mercedes, dió licencias y borró plazas. — Viene Lientur y la gente de Puren con una junta y húyesele un español. — Avisa de los intentos de el enemigo y repáralos el Gobernador. — Mata Lientur cuatro centinelas y retírase.

Sentido el Gobernador de que los pegüenches, que son los indios que habitan en medio de la cordillera, ubiessen dado paso a Lientur para venir a maloquear a Chillan por las espaldas, aunque algunos dezian que los puelches les avian dado paso, pero no fué assi, que los puelches es otra nacion que habita, no en la cordillera, sino de la otra banda, en los llanos que van a Córdova y Buenos Ayres y es nacion que habla diferente lengua, y viste pellones, y no viene a guerrear acá a nuestras tierras, sino que los pegüenches fueron los que le dieron paso y le vinieron acompañando; y assi, para castigarlos, embió al Sargento Mayor Juan Fernandez y al capitan Domingo de la Parra, que gobernaba los amigos.

Subió el Sargento Mayor aquellas cerranias con harto trabaxo y cansancio de caballos por ser tan ásperas, y tuvo tan buena cuenta que cogió ciento y treinta piezas, quitóles treinta caballos y colgó de los arboles los indios que pudo aver a las manos, con pérdida de solo un soldado que le mataron peleando en un paso. Y aunque embió al Capitan Domingo de la Parra adelante para proseguir el viage y pasar a los puelches, como volviesse a dezirle que ya desde aquellos altos se descubrian las llanuras y pampas que van a Buenos Ayres, receloso de que no se le huyessen por alli algunos soldados y porque no supiessen el camino para salir de Chile y huir de los trabaxos de la guerra, volvió luego la rienda y se vino a su tercio de San Felipe con toda la presa.

Los indios de Arauco con algunos españoles hizieron al mismo tiempo otra entrada por la costa, embiados de el Maestro de campo Don Alonso de Figueroa, y corriendo a Relomo cogieron treinta piezas y cien caballos, y púdoles costar bien caro, porque se juntó una gran multitud

de aquellos valles para quitarles la presa, y peleando con fiereza y valor por recobrar sus mugeres y hijos, fué Dios servido que los nuestros les apretassen de suerte que saliessen vencedores en la batalla, matándoles cinco indios; y cogiendo luego la cabeza de uno de ellos y poniéndola en la punta de una lanza, cantaron victoria nuestros amigos, con que desmayó el orgullo de el enemigo y se volvió triste y lastimado a sus tierras.

Retiróse el Gobernador a la Concepcion a imbernar, y a muchos no les pareció bien por ver que el enemigo menudeaba tanto las entradas en imbierno y en verano y que los amigos andaban mal contentos, y para sazonar a estos y reprimir la audacia de los otros, estubiera mexor en la frontera, y en razon militar este era el mejor consexo, pero dexóse llebar del que le dieron otros que aspiraban al ocio y al descanso y fuésse a la Concepcion y de alli vaxó a Santiago, juzgando por importante su ida para prevenir caballos, vituallas y gente, que como se haga con la prisa que el Gobernador don Luis lo hizo, es cosa conveniente y de utilidad para los tercios. Hizo el Gobernador un discreto razonamiento al Cabildo de Santiago, representándole la falta que tenia de gente, de caballos y bastimentos, el orgullo de el enemigo y las victorias que avia tenido, y que pues aquella nobilissima ciudad avia socorrido siempre la guerra y sustentádola con gente y vituallas, mostrándose tan servidores de su Magestad, hiziessen en ocasion de tanto aprieto ostentacion de su bizarria y liberalidad. Diéronle ochocientos caballos, dos mil fanegas de trigo y otros pertrechos de bacas y cuerda, y ofreciéronse de su voluntad muchos criollos y personas de lucimiento a seguirle a la guerra, y como era un fuego y tan presto en acudir a ella, luego salió de Santiago y a los onze de Setiembre estubo en la Concepcion.

Mientras estubo en Santiago el Gobernador, mandó hazer el Maestro de campo Don Alonso de Figueroa, que quedó con el gobierno de las armas, algunas entradas por la costa para tener cuydadoso al enemigo, y por ganar a Queupuante y ver si le podia traher a nuestra amistad, le embió algunos mensages, dando libertad a indios prisioneros que le fuessen a hablar de su parte, y nunca quiso reducirse, antes era el que a todos movia para hazer la guerra y el que velaba de continuo en los caminos. Y para cogerle por armas, ya que no le podia atraher por bien, despachó trescientos indios y ochenta españoles a sus tierras, los quales no pudieron dar con él por el grande cuydado con que vivia: cogieron treinta piezas, ochenta caballos, y mataron nueve indios, y retiráronse con tan recio tiempo, que de la calamidad y frios se les murieron cuatro indias captivas, y los soldados vinieron tan impacientes con los frios y las aguas sobre tanta desnudez, que daban a la ira mala las malocas y dezian impacientes en los fogones que la codicia de las piezas avia de perder el Reyno: que los que no pillan vienen desesperados, y los que cogen piezas dizen bien de las malocas, donde se verifica que cada uno cuenta de la feria como le va en ella.

Entrada la primavera hizo Queupuante una entrada a nuestras tierras por vengar las que avian hecho los españoles a las suyas, y con trescientos indios dió en el fuerte y reduccion de Colcura al cuarto de la segunda, cogiéndolos durmiendo y descuidado de su venida, donde estaba Don Juan Seron por capitan con veinte y ocho españoles, y se entró dentro de la reduccion y mató al cacique Curapil y a su hermano, que era un valiente indio,

y ambos a dos fidelissimos amigos de los españoles, y les llebaron las cabezas: quitaron tambien la vida a otros nueve y captivaron sesenta piezás, mugeres de los indios amigos: con que dexaron aquella reduccion saqueada y destruida. Quando se le tocó el arma al Capitan que estaba en un fuerte aparte, ya Queupuante avia hecho la presa y vuéltose a su tierra, y aunque el Maestro de campo salió a cortarle el paso hasta Mariguano, no pudo dar con el enemigo. Por esta impensada entrada salió al Estado de Arauco el Gobernador a ocho de Noviembre con su compañia, y pasando por Colcura consoló y animó a los pocos amigos que avian quedado y alentó la milicia con su presencia y animosas exhortaciones, esforzándolos para la guerra y sosegando el descontento que tenia de la tardanza de el situado.

Bien pensó este caballero tener confirmacion de su gobierno de su Magestad para hacer en otra forma la guerra; mas, con el navio de el situado, que llegó a fines de aquel mes de Noviembre, le vino nueva como le sucedia don Francisco Lazo de la Vega por nombramiento de su Magestad, con que pararon sus intentos, aunque no sus cuidados y solicitud en cuidar de la guerra y de todo lo que fué de el servicio de su Magestad mientras llegó el sucesor. Embióle el Virrey el situado de doscientos y doze mil ducados de Castilla y orden que asistiesse en la Concepcion por las nuevas que tenia de holandeses, lo qual cumplió solicitando las fortificaciones de la marina y distribuyendo el situado a los soldados, que estaban bien necesitados de él. Viniéronle en el navio de el situado treinta soldados a cargo del Maestro de Campo Don Gerónimo Flores de Leon, caballero de buenas partes, de prudencia y discrecion, heredero de las muchas obligaciones de su padre el Maestro de Campo Don Diego Flores de Leon, caballero de reconocida nobleza y que sirvió en este Reyno con grande nombre y hazañosos hechos en la guerra desde pobre soldado hasta alcanzar por sus servicios los mexores puestos de la guerra, sin valerse de el fabor, aunque le pudo tener muy grande por ser su nobleza tan conocida y descendiente de los Reyes de Francia por via de varon, y de los Reyes de Leon por parte de muger, al qual, conociendo su nobleza y por honrar los servicios que en otras partes y en este Reyno avia hecho, le hizo Sargento Mayor de el Reyno Alonso de Rivera, el qual le dejó en su lugar yendo a recebir a Alonso Garcia Ramon, que le volvió a reelegir por sargento mayor de el Reyno, en cuyo puesto tuvo muchas victorias con el enemigo, sin desgracia ninguna, y sacó treinta y dos personas españolas de captiverio, sustentando y vistiendo a muchas de ellas con su hacienda, despues de lo qual fué elegido por Maestro de Campo general de el Reyno. Y entre los hechos hazañosos que hizo, que fuera largo el referirlos, fué uno que por librar a un soldado, cargaron tantos indios y tantas lanzadas sobre él, que le quitaron la adarga, y conociéndola en otra batalla en poder de uno de los que gobernaban el campo contrario, le acometió y se la quitó, matándole, que fué causa de que los nuestros alcanzassen la victoria, y por estos y otros muchos servicios le honró su Magestad con un habito de Santiago y con una encomienda de indios de mil y quinientos ducados de renta.

Vino despues de breves dias otra leva de sesenta soldados con el capitan Castillejo, y con esta gente socorrió el gobernador al tercio de Arauco y a Chiloé, y alentó aquella provincia con armas, municiones y gente, y fué haciendo probehimientos en beneméritos de la milicia y abrió la mano

para sus criados y para algunos aversos por ganar con beneficios las voluntades. Hizo a los caciques de Arauco un razonamiento, alentándolos al servicio del Rey y agradeciéndoles la mucha fidelidad que en ellos avia esperimentado. Fué dando licencias y borrando plazas con tanto exceso, que a eso se atribuyó la ruina que despues vino por el tercio de Yumbel, y eso y el aver hecho tantos capitanes de un dia se le notó mucho.

En este tiempo le llegó nueva de que venia marchando una gruesa junta de Puren y que los nuestros le avian quitado, en los aloxamientos que venia haziendo, sesenta caballos. Dió órden el Gobernador al Sargento Mayor que saliesse al encuentro desta junta y diesse traza de pelear con el enemigo para que affloxasse su orgullo y atrebimiento. Vínose a nosotros de entre la junta un soldado llamado Ortega y dixo cómo Lientur trahia dos intentos: de dar con cuatrocientos caballos en Arauco y con quinientos en el fuerte de San Rosendo, que estaba flaco de gente, y que para divertir al Sargento Mayor y hazer a salvo su effecto, le avia él en persona de hazer rostro con un trozo de caballeria y hazer que las demas quadrillas hiziessen su faccion en las partes señaladas. Probeyó a todas ellas el gobernador con presteza y quien saliesse a oponerse al enemigo, encargando al Maestro de Campo don Alonso de Figueroa el cuydado y defensa del fuerte de Arauco y al sargento Moscoso que con veinte mosqueteros viniesse en un barco por el rio de Biobio y se pusiesse a la vista de el fuerte de San Rosendo para defenderle, y al Sargento Mayor que saliesse a pelear con Lientur, el qual, aviendo visto que el español dicho avia hecho ausencia de su egercito y que los españoles por su aviso estarian con cuydado, por no desanimar las tropas que trahia y por darlas alguna presa que llebar, dió con cien caballos en las centinelas de Longonaval y degolló las cuatro de seis que eran por hallarlas dormidas, y las dos se escaparon por pies, y retiróse. El Sargento Mayor, que avia salido a buscarle con filos de pelear con él, visto que se retiraba por montañas y parte áspera y que no le podia seguir con todo su campo, se volvió a su tercio pesaroso de no averle hallado y corrido de que le hubiesse muerto las centinelas y se volviesse riyendo y sin castigo.

CAPÍTULO X.

Entra el Gobernador Don Luis en Puren con poco effecto; viene en su seguimiento Lientur y degüella diez y seis centinelas. Matan en Arauco siete a una quadrilla suya y hazen otras buenas suertes en lo de Queupuante. Vuelve Lientur a Chillan, búscale Juan Fernandez y déjale burlado. Mata en Chillan al Corregidor y a ocho soldados, captiva muchos indios y lleva ganados.

Año de 1629. — El Capitan Juan de Morales dize al Gobernador lo que sienten de él los enemigos. — Manda que salgan los dos campos en busca de el enemigo. — Hazen brevemente el viage los dos campos y poco efecto.— Parlamento de Lientur a sus soldados. — Corre Lientur la tierra y mata diez y seis centinelas.—Buena suerte de los de Arauco. — Victoria de el Teniente Bartholomé de Bustos. — Sale el Maestro de campo Don Alonso de Figueroa en busca de Queupuante. — Buena estratagema y buena suerte. — Vanse algunos al enemigo de los descontentos y vuelven de noche a hazer suerte. — Cogen las centinelas seis indios. Confiesan la conjuracion y ahórcanlos. — Sale el Sargento mayor en busca de Lientur y cógele los caminos. — Déjale burlado Lientur y da en Chillan. — Sale el Corregidor de Chillan con solos siete y mátalos a todos Lientur. — Llegan luego los soldados de Chillan y pelean con Lientur y mata a muchos.— Haze grande suerte en la gente y ganados y vuelve victorioso.—Sale el Sargento mayor en busca de Lientur y déxale burlado.—Trahe Lientur desatinado al Sargento mayor con tantos lanzes; y los indios amigos están descontentos con tantas desgracias. — Va el Gobernador a reparar a Chillan. — Valiente hecho de dos indios por librarse de la prision.— Buen suceso de el Maestro de campo.

Violentado estaba el Gobernador en la Concepcion, que deseaba mas entrar en campaña y ver el rostro al enemigo y pelear con él, que nunca se le avian cumplido sus deseos, que estarse encerrado en la ciudad. Y avivóle los deseos lo que le dixo el Capitan Juan de Morales, que con la esperiencia que tenia de la altivez de los indios, aviéndole preguntado qué dezian de él, le respondió que dezian los indios que aunque le tenian por valiente y que entraba y salia en imbierno rompiendo dificultades, pero que dezian que les temia o no tenia fuerzas bastantes, pues nunca avia peleado con ellos, y al tiempo de el verano, quando avia de salir a probar las manos, las tenia metidas en el seno.

Respuesta fué esta que le dió harta pena por la mucha presuncion que tenia y sus muchos deseos de mostrar su valor, y ya que él no pudo salir a campaña, ordenó que los dos campos saliessen y pisassen las tierras del enemigo, y si le hallassen peleassen con él; mas, aunque salieron, fué apresurado el viage y breve la vuelta, sin mas daño que aver cogido siete piezas y quemado algunos ranchos, debiendo aver estado mas tiempo para hallar ocasion de

pelear, porque Lientur estaba en Repocura aguardando cerca de Puren, donde llegaron, y como vió que los españoles se retiraban con tan poca presa, hizo un discurso, como soldado práctico y que sabia el modo de los españoles, y dixo a sus indios: "Esta gente se retira temprano y a priessa, y en llegando cerca de sus cuarteles los tercios se dividen y embian los caballos a los potreros a descansar; los indios amigos de los españoles se van a beber la chicha que les tienen prevenida sus mugeres; los soldados se echan a dormir y descansar, arrimadas las armas; unos se van a las estancias y otros se entretienen en juegos, y assi ahora es el mexor tiempo de darles un repente y hazer suerte en ellos, pues ellos no la han sabido hazer en nuestras tierras."

Como lo dixo assi lo executó, y pasando la Laxa dexó tres emboscadas por si el Sargento Mayor le seguia, y corriendo la tierra y destruyendo los sembrados de los indios amigos encontró con veinte indios de centinela y mató a los diez y seis y los cuatro se escaparon, y llebándose las cabezas de los muertos se retiró vanaglorioso de aver hecho tan buena suerte en las centinelas, y repartiendo por todas las provincias las cabezas se hizo nombrado y convocó gente con ellas para nuevas empresas. Mexor les sucedió a los de Arauco, que aviendo entrado en sus tierras al mismo tiempo una quadrilla de la gente de Lientur a hurtar caballos a los potreros, salieron a ellos y les quitaron cuarenta caballos que llebaban y mataron a siete indios, y a muchos de ellos les quitaron las armas y el matalotage.

Y embiando inmediatamente el Maestro de campo al Teniente Bartolomé de Bustos con cien arcabuceros y cuatrocientos indios amigos a maloquear a tierras de Claroa, se dió tan buena maña, que con tocarse arma en la tierra cogió diez y seis mugeres y tres indios parientes del cacique de el valle, y en la refriega que con el enemigo tuvo (que luego que se tocó arma salió a la defensa de sus tierras) se ubo tan valientemente que mató a doze indios, y cantando victoria con sus cabezas se retiró sin pérdida ninguna.

Fué el Maestro de campo Don Alonso de Figueroa apretando mas la guerra de Claroa y salió en persona deseoso de prender a Quecupuante, llevando, demas de los araucanos, cuarenta lanzas que se le avian venido de paz de tierra de el enemigo y buenas guias, y por avérsele huido una se retiró al fuerte de Lebo; pero usó en la retirada de una buena estratagema: fingió volverse y dexó una buena quadrilla emboscada a cargo de el Capitan Juan de Vega, con orden de que si en los tres dias siguientes no caia ninguno en la emboscada, pasasse a las tierras de Queupuante y le procurasse coger y maloquear. Puso el orden en execucion, y hallando la tierra descuydada saqueó y quemó mucha rancheria, captivó sesenta piezas, cogió treinta ovexas de la tierra, mató seis indios y prendió otros seis de la guardia de Quecupuante, y este cacique se escapó a uña de caballo por harta ventura.

Los indios descontentos de Gualqui y Talcamavida, que avian trazado el levantamiento pasado, tubieron siempre en su corazon el mal intento, y assi se huyeron algunos con sus familias a las tierras de el enemigo, trazando de llebarse a sus amos captivos, y otros, por ser descubiertos, no pudieron executar el mal intento y fueron castigados. De los fugitivos que se fueron, dieron en venir algunos de noche a nuestras tierras, como perros que las conocian, a llebarse a sus amas captivas, con ayuda de los demas yanaconas, con quienes se avian convocado y tenian hecho el trato.

Passaron con tal industria y ardid, que a donde el uno ponia el pie alli le ponian todos los demas por no señalar rastros; pero las centinelas, que escarmentadas de los descuidos pasados vivian con cuidado, cogieron seis y se los trageron al Sargento Mayor, y tomándoles la confesion digeron el trato que con los yanaconas tenian hecho y cómo estaba Lientur con doscientos caballos de la otra banda de el rio para su resguardo de ellos y que pasaria a infestar las estancias circunvecinas o al tercio. Mandó el Sargento Mayor, tomada la confesion, ahorcar a los seis indios fugitivos para escarmiento de los demas, y luego, sin dilacion,...... (1)

El Sargento Mayor, con este aviso, salió a buscar a Lientur a la frente y le hizo coger todos los pasos, de tal suerte, que a volver por qualquiera de ellos no se podia escapar; mas, andubo tan astuto y tan gran soldado, que desmintiendo su camino tomó el de la ciudad de Chillan y dexó burlado al Sargento Mayor, que cansado de esperar se volvió a su tercio a los nueve de Abril, y a los diez tocó arma Lientur de improbiso en la ciudad de Chillan, y saliendo a ella el Capitan Gregorio Sanchez Osorio, corregidor de la dicha ciudad, anduvo tan visoño y tan desordenado, que pudiendo salir con ochenta hombres de a caballo, gente toda de obligacion que tenia en la ciudad prontos para qualquiera faccion, salió con solos siete, sin esperar a los demas, y corrió el arma cuatro leguas, sin rienda ni consideracion, y llegando a un mal paso pagó su demasiada presuncion, matándole a él y a todos los que con él iban, entre los quales iba tambien un hixo suyo, gallardo mozo, que fué lástima que tan buenos halientos los empleassen, padre y hixo, tan indiscretamente. Quando llegó la demas gente y vió al corregidor muerto y a todos los que le acompañaban tendidos a su lado, desmayó a la primera vista; pero, volviéndose a recobrar, acometieron al enemigo con grande valor y buen orden. Opúsoseles Lientur a la resistencia en el mal paso que tenia ganado, y apeándose los españoles para echarle de él, andubo la fortuna en fabor de este barbaro y gran soldado, que a todos los que se le opusieron, con ser capitanes y hombres de gran valor, los degolló. Llebóse las cabezas de los muertos, sus caballos ensillados y enfrenados, sus armas y vestidos y algunas piezas que maloqueó en Coyanco, con muchos ganados, y cargado de despoxos y victorioso se retiró por otro camino que llaman la Silla de Belluga, que es por la sierra nevada, sin perder mas de dos indios humildes que los nuestros le mataron en la refriega (2).

Volvieron a tocar arma al Sargento Mayor, avisándole cómo Lientur avia hecho gran destrozo en Chillan y iba cargado con grande presa, y salió desatinado de ver que este astuto soldado y valiente enemigo le tocasse tantas armas y le burlasse siempre, sin poderle ver la cara ni pelear con él, y le siguió hasta el Salto de la Laxa, donde le esperó en vano, porque aunque por alli era el paso comun de la retirada, el sagaz Lientur tomó otro y le engañó, y cansado y pesaroso se retiró, fatigados los caballos y aburrida la gente, porque en esta espera tubo tanta hambre que se comian los soldados las adargas y otras cosas inmundas, y con un soldado menos que otro le mató. Trahia desatinado y confuso

(1) Rotura del orijinal.

(2) En otra parte el autor ha denominado *Sierra* de Belluga a la que en este pasage llama, no sabemos por qué, *Silla* de Belluga. Es la montaña, cabecera del Biobio, que hoi llaman los jeógrafos *Sierra Velluda*.

este enemigo al Sargento Mayor, porque se le entraba por muchas partes y le hazia grandes daños, opinándole de desgraciado, y nunca le podia dar vista ni pelear con él, porque con grande astucia y destreza le daba el golpe y le huia el cuerpo, haziendo como el buen esgrimidor. Y los indios amigos con estas desgracias y golpes (que los mas daban sobre ellos) andaban descontentos y vacilando, porque como Lientur les metia la guerra dentro de casa, les abria las puertas para que dexassen la paz y se descontentassen de la amistad de los españoles, que no eran bastantes a defenderlos ni a defenderse a sí mismos. Deseaban con esto la venida del nuevo Gobernador, pareciéndoles que con las nuevas disposiciones se mexorarian las cosas de la guerra que tan de caida estaban.

Para reparar el pueblo perdido de Chillan y fortificarle por si volvia el enemigo, salió el Gobernador luego que tubo nueva de este desastre con sus capitanes y algunos caballeros vecinos de la Concepcion. Visitó y consoló las viudas mugeres de los muertos y dió orden que se reparasse lo mas flaco de aquella ciudad y ocurriesse gente a ella para su defensa: dexó alli por Capitan y Corregidor a Diego Venegas, por voto de el Cabildo y de todos sus capitanes, por ser soldado de tanta fama, prudencia y esperiencia, y asistió a la defensa de la ciudad con doscientos hombres de armas que se juntaron con él. Eran estos golpes para el Reyno de harto dolor, pero como eran accidentes de guerra se consolaban con la voluntad de Dios, reciviendo como de su mano estos regalos, y conociendo que eran castigos de pecados procuraban aplacarle.

Porque se vea la valentia y determinacion de estos indios, diré lo que hizieron dos que estaban captivos y en prision en el fuerte de Talcamavida. A estos los avian pedido los indios amigos para matarlos a su usanza en una borrachera por ser grandes cosarios, los quales se avian huido al enemigo de nuestras tierras y entrando a hurtar los cogieron, y como los avian de ahorcar, pidieron los indios amigos que se los diessen a ellos para matarlos y animar a sus soldados con sus cabezas. Y mientras se llegaba el tiempo de la borrachera, estaban en el cepo y imaginaron una traza para mostrar su valor y librarse de la prision. Fingiéronse enfermos y pidieron licencia a la guardia para salir a una necesidad corporal, con designio de matar a las postas que saliessen de guardia con ellos y saltar por la muralla y huirse. Salió el uno, y embistiendo con él un soldado que llebaba una alabarda, se la quitó y cerró con los dos, y si no se dan tan buena maña los mata, aunque el uno le dió una buena cuchillada en un brazo. El otro indio que estaba en el cepo se safó de él, y llegando a donde estaban las armas, tomó un mosquete y le dió con el mocho a la posta tan fiero golpe a dos manos que le echó los sesos fuera porque tubiesse mas seso y viesse con mas vigilancia, y salvando la muralla se escapó y se fué a su tierra. Y aunque el capitan y los soldados salieron al ruido y hizieron sus deligencias, no le pudieron coger, y el otro a tizonazos salió por entre las picas de la primera estacada; pero en la segunda se embarazó, como iba herido malamente en el brazo, y le cogieron. Para que las postas vean el cuydado que deben tener para guardar unos indios que son en las trazas griegos y romanos en el valor.

Hizo el Maestro de campo una maloca a tierras de Tirua y Relomo a fin de coger piezas y molestar al enemigo, y tubo de bueno y de malo, porque cogió al Toqui general de aquella tierra y setenta y

cinco piezas, y mató nueve enemigos en una quadrilla que peleó. Retiróse con muchas lluvias y tiempo muy tempestuoso, y perdió en la retirada ochenta caballos que de cansados se quedaron, y a siete indios amigos que el enemigo le mató: que donde ay ganancias en la guerra es fuerza que tambien aya pérdidas, pero la mayor fué la que tubo el Sargento Mayor sin ganancia ninguna, que dirá el capitulo siguiente.

CAPÍTULO XI.

Tiene Lientur una batalla con el Sargento Mayor Juan Fernandez: mata y captiva muchos españoles. Refiérese el captiverio del Capitan Don Francisco Pineda Bascuñan y una victoria que tubo de Lientur el Sargento Mayor.

Viene Lientur con mil indios y desecha las centinelas, y coge lengua y embóscase.—Mátale Monge tres corredores y sale de su emboscada. — Batalla sangrienta de Lientur con el Sargento mayor Juan Fernandez. — Vióse el Sargento mayor dos veces cogido. — Muertes y daños que hizo Lientur. — Cantan victoria los indios.— Haze otros muchos daños maloqueando la tierra. — Estubieron para alzarse los yanaconas y matar a sus amos. — Captiverio de el Capitan Don Francisco de Pineda y Bascuñan. — Disimula quien es. — Conócenle los yanaconas y pídenle para matarle. — Dizen que Alvaro su padre mató muchos indios y que muera su hixo. — Luego que le conoce su amo procura librarlo. — Llega Lientur y piden todos que muera, y dízenle quien es. — Defiéndele Lientur y alaba al indio que le cogió de dichoso. — Dízeles a todos que si no llevan aquel captivo no tendrá lustre su victoria. — Alaba la piedad de Alvaro Nuñez para con los captivos.— Manda que no le maten a su hixo para que sepa que son agradecidos. — Tratóle su amo con mucho agasaxo y humanidad. — Llevábanle a baptizar los hixos y a que los enseñase a rezar. — Exemplo para usar de misericordia y piedad con los captivos. — Da aviso y el pésame el Gobernador a Alvaro Nuñez. — Piérdese un navio con toda la gente. — Sale a campaña con la gente de Santiago y de la comarca.— Vienen doscientos enemigos y embia al Sargento mayor a pelear con ellos. — Estratagema del Sargento mayor para sacarlos de un lugar fuerte: finge que huye. — Pelea y alcanza una gran victoria. — Viénese de el captiverio el Alferez Silvano y favorécenle dos indios. — Salen de captiverio Don Francisco Bascuñan y Diego Centeno. — Viene Don Francisco Lazo y vase Don Luis Fernandez de Córdova. — Buenas propriedades de Don Luis Fernandez de Córdova.

Estando el Sargento Mayor Juan Fernandez con nueva de junta, por aviso que tenia de que Lientur entraba a infestar las estancias, avisó a todos que estubiessen con cuidado. Llegó Lientur desmintiendo las centinelas y pasó con la obscuridad de la noche, a 14 de Mayo de 1629, a vista de algunas estancias, sin querer tocar mas de una por no ser sentido, donde tomó lengua y supo lo que avia, con cuyo aviso se entró en nuestras tierras con una experta guia, tomando al Sargento Mayor las espaldas, y se emboscó una legua de el tercio de Yumbel, en parte donde los españoles salian a hazer escolta de paxa para aderezar la vivienda de los soldados, y aviendo salido las mandó retirar por aviso que tubo de que el enemigo estaba emboscado. Y saliendo el Capitan Monge con veinte indios amigos, dió con las centinelas de el enemigo y mató tres, y los demas se retiraron para la emboscada de Lientur, el qual salió con gran furia de la emboscada con mil caballos y cerrando con los indios amigos los fué degollando y retirando hasta donde estaba el Sargento Mayor, que venia con su gente española en busca de Lientur para pelear con él, que lo deseaba mucho por no averle podido coger nunca cara a cara. Y cum-

plióle tan bien sus deseos el valeroso Lientur, que luego se fué para él como un leon: trabóse una reñida batalla, y el tiempo ayudó poco a los españoles para disparar, porque llobia mucho, con que en breve se mezclaron unos con otros, y como los indios eran tantos y los españoles tan pocos, aunque pelearon valientemente, los trageron a mal traher, y el Sargento Mayor, animando a todos y peleando con grande esfuerzo, se vió en gran peligro de la vida y le tubieron dos vezes assido y se lo llebaban captivo; mas, socorrióle el Alferez Basco Sanchez, soldado de grande ánimo, y le libró de los enemigos sacando tres heridas. Duró la batalla hora y media y en ella degolló el enemigo sesenta españoles y entre ellos capitanes y oficiales: captivaron a treinta siete, sin otros muchos yanaconas y indios amigos que aprisionaron. Cogieron grande despoxo de caballos, armas de acero, espadas anchas y arcabuces, y como señores de la campaña y victoriosos, quitaron cuanto avia y desnudaron los muertos, cortando la cabeza a Pedro Gamboa por averse mostrado tan valiente, que solo él se defendió mucho tiempo de sesenta indios, matando a cinco y hiriendo a muchos con sola la espada, y a imitacion de Sebastian Izquierdo, que hizo otro-tanto y sacó treinta y siete heridas en todo su cuerpo, y dexándole desnudo y por muerto, volvió despues en sí, y con la cabeza de este Gamboa cantaron victoria levantándola en una pica, haziendo mofa de los españoles que avian quedado y retirádose a paso largo (1).

No fué solo este daño el que hizo Lientur, sino que viendo que no avia quien se le opusiesse, esparció su gente a correr todas las estancias, donde captivó muchas piezas y mató muchos niños inocentes por no cargarlos, saqueando las casas y robando muchos ganados, y lo peor fué que los indios yanaconas con esta victoria de Lientur estubieron ya para matar a los españoles de las estancias y llebarse captivas a las españolas sus señoras, para tener por sus captivas y mugeres a sus amas. Mas, por averse retirado tan a prisa Lientur por gozar tanta presa como llebaba, no les pudo ayudar y no pusieron en execucion su mal intento, y tambien porque el Gobernador, avisado de el desgraciado suceso, vino luego con sus capitanes y hizo frente. Mandó enterrar los cuerpos muertos, y por rumores de que Lientur revolvia, tubo toda la gente junta y en arma, hasta que se supo como avia llegado a su tierra y celebrado la victoria con grandes fiestas y borracheras, matando en ellas a algunos de los españoles y indios amigos que llebó captivos para alegrar y animar a su gente y untar con su sangre las puntas de sus flechas y sus lanzas: que esta gente es cruel con los captivos y tienen por una de sus mayores fiestas el matar un español en sus borracheras, y cantar victo-

(1) Fué ésta la famosa batalla de las Cangrejeras, librada por los españoles en el estero de aquel nombre, a una legua de Yumbel, cuyo desastre se debió a la precipitacion y mal órden de la marcha, habiendo salido el tercio del fuerte en cuadrillas i unas en pos de otras, y la infantería atras.

Derrotados los primeros jinetes por el animoso Lientur, que tenia mas de mil caballos en el vado del estero, se retiró la caballería a una loma rasa que dominaba el vado a esperar los infantes, i cuando éstos llegaron los embistió Lientur echando pié a tierra i con dos alas de caballería, que los envolvió como un ovillo.

Venia a cargo de la infantería el capitan don Francisco Bascuñan, que ha contado menudamente esta derrota i sus causas en su desaliñado i pedantesco pero curioso *Cautiverio feliz*, desde el capítulo III adelante. Como siempre, él da por causa del fracaso la errada disposicion de su jefe, que no le permitió cargar oportunamente, como se lo habia enseñado su valiente padre Alvaro Nuñez. De los ochenta infantes escapó uno que otro i entre éstos el mismo Bascuñan herido en la muñeca i aturdido de un macanazo en la cabeza, por cuyo motivo salvó la vida, pero quedó prisionero.

ria con su cabeza y comerle el corazon.

Pero aunque este barbaro Lientur era tan cruel y tan derramador de sangre christiana, se mostró noble y piadoso con el mexor captivo y de mas importancia que llebaban: este fué el Capitan Don Francisco de Pineda y Bascuñan, hijo de el Maestro de campo Alvaro Nuñez de Pineda y heredero de sus grandes obligaciones y valor, el qual desde sus primeros años siguió los pasos de su padre en la guerra y por sus servicios llegó a tener todos los puestos mas honrosos de la guerra, hasta ser Maestro de campo general y en tiempo de los mayores aprietos en que se vió este Reyno de un alzamiento general que sucedió despues, el año de 1655, donde mostró su ánimo y valor en entrar por medio de todo el enemigo rebelde a retirar el fuerte de Boroa, oponiéndose al parecer de casi todo el Reyno, que lo juzgaba por un imposible, y hizo despues muy grandes facciones en castigo de los rebeldes y bien de el Reyno, guardándole Dios para esto del peligro en que se vió luego que le captivaron, porque aunque al principio se procuró encubrir y fingirse un soldado ordinario, que el que le captivó no sabia quién era, aunque le llebaba con grande aprecio por averle visto pelear con grande valentia y en la vanguardia acaudillando gente y resistiendo al enemigo con esfuerzo, pero luego que llegaron al primer alojamiento, donde mataron algunos de los españoles que llebaban captivos, pidieron a grandes vozes unos yanaconas que conocieron al Capitan Don Francisco de Pineda y Bascuñan que le matassen, diziendo: "Muera, muera éste, que es el mexor español que hemos cogido, que era capitan vivo de una compañia y peleó mas que todos, y es hijo de Alvaro, el que nos ha hecho tantos daños, muertes y prisiones, y alcanzado tantas victorias con su nombre de Alvaro; hagamos nosotros famosos nuestros nombres con esta victoria y con la muerte de su hixo; beberemos su sangre en venganza de la que nos ha derramado." Cercáronle todos con sus lanzas para executar el golpe, y él, viendo que ya se llegaba su hora, sin perder el ánimo ni desmudarse trató interiormente de pedir a Dios perdon de sus pecados y fabor para aquel trance. El amo, que le tenia atadas las manos atras y no le avia conocido, volviendo el rostro a él le dixo: "Pues cómo te encubriste y no me dixiste quién eras, que a saberlo yo te hubiera escondido y no hubiera sacado en público donde todos te viessen, que era cierto que en viéndote avian de pedir a vozes tu cabeza?" Y compadeciéndose de él y por la vanagloria de llebar captivo de tanto nombre por sí y por el de su padre, le procuraba librar y detener el tropel de la gente que se iba juntando para matarle.

Llegó a las vozes Lientur, que aun no se avia apeado disponiendo el aloxamiento y repartiendo las postas, y entró en medio con su lanza, armado de punta en blanco, en un hermoso caballo que avia quitado a los españoles, y preguntó: qué es esto, soldados? qué vozes son las que teneis? Digéronle cómo entre los captivos españoles trahian alli uno que era capitan vivo de infanteria y avia peleado mui bien, y era hixo de Alvaro Nuñez, y que no habia otro mexor con quien ensangrentar sus lanzas y hazer fiesta para celebrar la victoria. Y quando todos esperaban que Lientur le diesse la sentencia, mirándole con agrado le dixo en la lengua: *Mogeaimi*, que quiere dezir "viviras," y volviéndose al indio que le captivó, le dixo: "Tú has dado el lustre a esta mi victoria y tú solo te puedes tener por mas dichoso que todos nosotros con tal prisionero y con él te

puedes blasonar de que has hecho mas que todos;" y hablando con los demas que pedian su muerte, les dixo: "Si no llebamos este Capitan a nuestras tierras, que ha de lucir nuestra victoria, qué importa que llebemos chusma de soldados, que esos no nos han de dar credito ni lucimiento, y nuestras mugeres quando salgan a ver la presa, si no ven que llebamos personas de importancia, qué nos han de decir? sino que somos unos gallinas y que no hemos hecho nada en coger soldadillos? Demas de que por hijo de Alvaro le debemos dar la vida, porque yo conocí mucho a Alvaro y le traté, y con él vine muchas vezes a las malocas quando era amigo de los españoles, y le via pelear como un Hector y que en las batallas era sangriento y furioso como tan gran soldado, pero salido de alli era muy piadoso y compasivo, y a los indios captivos los trataba con mucho amor y agrado y nunca le vi matar a ninguno a sangre fria, que no es de valientes matar al rendido, ni el hombre cruel es valiente. Y assi no trateis de matar a este Capitan, que no es valentia matarle atado y rendido. Sepa Alvaro que le agradecemos la piedad que usó con nosotros, y conozca su hijo que le pagamos el bien que nos hizo su padre, y que aunque barbaros sabemos ser agradecidos." Y diziendo esto, le mandó desatar las manos y llebar con toda humanidad y cortesia, esperando que habria por él algun rescate de importancia, con lo qual su amo le miró con otros ojos y luego le buscó un capotillo con que se cubriese y un sombrero para las llubias, y le llebó a su tierra, a la Imperial, donde le tubo con grande agasaxo, no como captivo sino como libre, haziéndole muchas honras y haziendo ostentacion en todas partes de su captivo, acreditándose de valiente por averle cogido. Veníanle todos a ver, y las indias le trahian sus hixos a que se los baptisasse, y a los hijos de su amo los enseñaba a rezar, y otros muchos venian a que les enseñasse: que como avian sido cristianos antiguamente, conservaban el baptizar sus hijos y el enseñarlos a rezar, y como no avia sacerdote baptizaban los españoles captivos. De su captiverio hizo un curioso libro, porque fueron muchas cosas las que en él le sucedieron de gusto; si sale a luz se podrán ver en él. Que en este caso me he alargado para que se vea que aunque barbaros saben ser humanos y agradecidos, y que el hazer bien nunca se pierde, ni el ser humano con los rendidos y misericordioso con los captivos, pues la misericordia que usaba con ellos el Maestro de Campo Alvaro Nuñez de Pineda, se la pagó Dios en que hallasse su hijo, viéndose captivo, quien usase de misericordia y humanidad con él. Sucedió esta batalla en las Cangregeras (1).

Escribió el Gobernador al Maestro de

(1) Evidentemente Rosales conoció el libro manuscrito de Bascuñan, porque aquel refiere los incidentes de su cautividad i rescate de su vida en la misma forma que el capitan español.

Dice este último que quien le conoció fué un *indiezuelo ladino*, es decir, españolizado, que habia venido como guía de Lientur: "quien (dice Bascuñan, páj. 22) llegó al sitio i lugar donde me tenian despojado de las armas i ropilla del vestido, diciendo en altas voces: "muera, muera luego este capitan, sin remision alguna, porque es hijo de Alvaro Maltincampo (que así llamaban a mi padre). que tiene nuestras tierras destruidas i a nosotros aniquilados i abatidos; no hai que aguardar con él, pues nuestra suerte i buena fortuna nos le ha traido a las manos. I a estas razones i alaridos se agregaron otros muchos no menos enfurecidos i rabiosos, apoyando las voces i depravadas intenciones de los primeros, que levantando en alto las lanzas i macanas intentaron descargar sobre mí muchos golpes i quitarme la vida;" hasta que llegó Lientur i lo salvó empleando un largo razonamiento que copia Bascuñan i que en el fondo es el mismo que trae Rosales.

Agregaremos aquí, para mejor intelijencia de estos pasajes, que el autor llama *capitan vivo* a Bascuñan, no porque quedara con vida, sino porque así denominaban a los capitanes en actual servicio, en oposicion a los *reformados*, que eran innumerables.

Campo Alvaro Nuñez dándole el pesame del captiverio de su hixo y mostrando el sentimiento que tenia, y hizo muchas diligencias para rescatarle, lo qual despues de medio año se consiguió. Previno lo mexor que pudo las cosas por si volvia el enemigo, y hallábasse confuso de ver que le hiziesse tantos lanzes y affligido por el sentimiento de el Reyno por estas desgracias y por los recelos de que los indios amigos con estos malos sucesos no se levantasen. Y con valor se daba por desentendido de los dichos que en semexantes ocasiones con el sentimiento dice la plebe y aun los que se ven en puestos preheminentes, considerando que si se vieran en el suyo hizieran lo mismo y algo menos. Acrecentóse a estas desgracias otra, y fué que el navio que habia venido de Chiloé y pasaba a Santiago para de alli, en tomando carga, ir a dar aviso al Perú destas desdichas, se perdió a tres de junio en el Cabo de Umos, catorce leguas de la Concepcion. Llebaba dentro setenta y siete almas, mucha ropa de la tierra y tablazon, y como fué de noche la pérdida, no escaparon sino dos personas que dieron aviso de su desgracia.

Retiróse el Gobernador a invernar a la Concepcion y desde alli embió al Capitan Don Antonio de Espinoza, soldado antiguo y de muchas obligaciones y servicios en la guerra, con titulo de comisario general, a la ciudad de Santiago a conducir gente, con ánimo de salir a la primavera a la guerra en el interin que llegaba el nuevo Gobernador. Púsose en campaña con brevedad, llevando consigo todos los capitanes y las personas que de Santiago y otras partes pudo juntar, y a los ocho de Octubre se aparecieron doscientos indios enemigos bien armados y en buenos caballos y aviendo pasado el rio de la Laxa se pusieron a vista de el gobernador. Fué de parezer que se siguiessen hasta sus tierras en caso que no ubiesse mas de los que se mostraban, y determinando en consexo que se quedasse el Gobernador, y el Sargento Mayor Juan Fernandez los siguiesse con la caballeria, se puso en effecto, y dándoles el Sargento Mayor vista a los enemigos sobre el rio Claro, se hizieron fuertes sobre el rio en un sitio muy pantanoso, y el Sargento Mayor, para sacarlos de alli y darles el Santiago a su salvo, trató de fingir que se retiraba un poco atras, fundado en que los indios, juzgando que huia, saldrian luego de aquel mal sitio, como salieron sobre él los indios, con tanto impetu, que algunos de los soldados españoles, que no supieron que era ardid de guerra la fuga fingida del Sargento Mayor, huian ya muy de veras, y si el Capitan Francisco de Navas no revuelve sobre ellos y los detiene, ay una gran rota: mas, él con grande valor los ataxó y animó a pelear, y embistiendo al enemigo le desvarataron y mataron setenta y cuatro indios, y los demas, viéndose perdidos, se arroxaron al Biobio para pasar a nado, dexando los caballos, que fueron mas de ciento y setenta, y el gobernador recivió mucho contento y premió las espias por los avisos que dieron tan a tiempo. Diéronse en todas partes muchas gracias a Nuestro Señor porque quando mas amenazaban peligros y desgracias consoló a los suyos con este buen suceso.

Con esta buena suerte tubo ocasion de huirse de tierras de el enemigo el Alferez Juan Silvano, que estaba captivo, y encontrándole en el camino dos indios enemigos que andaban en sus contratos, aunque le pudieron matar fueron con él tan humanos que antes le subieron a las ancas de un caballo y le llebaron cerca de el fuerte de el Nacimiento, y alli le digeron que se fuesse a los suyos, donde llegó desfallecido de hambre. Y a este mismo tiempo se

rescataron el Capitan dòn Francisco de Pineda y Bascuñan y un soldado llamado Diego Centeno, que le acompañó siempre, y por los dos se dieron tres caciques y muchas pagas que dió el Gobernador: que todo se debia a un General como su padre Alvaro Nuñez.

Pasáronsele en este gobierno cuatro años y medio con variedad de fortunas, las quales se sosegaron con la venida del sucesor Don Francisco Lazo de la Vega y Alvarado, que llegó al puerto de la Concepcion a los veinte y dos de Diciembre deste año de 1629. Fué Don Luis Fernandez de Córdova de alentado ánimo, muy diligente y sufrido en la guerra, muy amigo de religiosos y de conversar con ellos; tubo sus emulaciones y desgracias, que la guerra trahe de todo, y aunque tubo buenos sucesos, pesaba mas el dolor de las desgracias que aliviaba el gusto de las venturas, y como el bien no se tiene por tal si no es entero y sin mezcla de males, no era tan aplaudido el bien como llorado el mal. Su intencion fué buena y sus deseos, juntamente con las disposiciones, y no debe mas un general que disponer bien, que los sucesos están en las manos de Dios y no en las suyas, y El los da como es servido. Volvióse al Perú tomada la residencia, y sintieron muchos, que generalmente le amaban, su ausencia, porque era cortes, afable, discreto, dadivoso y clemente, y tenia otras propriedades muy buenas que demas de su mucha calidad le hazian muy estimable. Y por ser tan leido y amigo de historias, deseó mucho ver escrita la historia general deste Reyno, porque juzgó que seria muy gustosa por aver sucedido tanta variedad de cosas y ser estos indios tan valientes y no averlos podido sugetar el poder español ni los brios y valentia de tan grandes y tan experimentados capitanes generales como ha tenido este Reyno. Y a ese fin, con gastos suyos y con su diligencia, juntó muchos y muy curiosos papeles que, como dige en el capitulo treinta, estubieron arrinconados cuarenta años, hasta que este los desembolví y de las relaciones mas veridicas compuse esta historia, ayudado de otros papeles y de las noticias que he adquirido en los años que ha que estoy en este Reyno, que pasan de cuarenta y tres, en que he andado toda la tierra de guerra y llegado hasta Osorno por tierra, y pasado a Chiloé por mar, y trasmontado la cordillera nevada dos vezes por diferentes partes, sin que aya cosa que no aya visto y notado, assistiendo en los exercitos, en las ciudades, en las misiones y doctrinas. Y assi, si bien hasta aqui he escrito muchas cosas por noticia de papeles y relaciones, escogiendo siempre las veridicas y mas ajustadas, en adelante escribiré lo que he visto y tocado con las manos y las noticias que con mi propria diligencia he adquirido.

CAPITULO XII.

Viene a gobernar el Reyno de Chile el famoso Don Francisco Lazo de la Vega. Haze en España y en Lima grandes prevenciones de guerra y trahe cuatrocientos soldados. Batalla del Maestro de campo en Piculue. Pone terror a los purenes el Gobernador y pelea en los Robles estando de purga y alcanza una famosa victoria del valeroso Lientur.

Año de 1630. — Recevimiento y nobleza de el Gobernador. — Capitanes de la leva de 400 soldados que traxo. — Armas. — Avísanle a Lima de las desgracias de Chile. — Causaron en Lima gran pena tantas pérdidas y mayor cuidado en el Gobernador. — Viene una junta de tres mil indios. — Maloquean doscientos solos y quédanse los demas emboscados en Piculue. — Sale el Maestro de campo con 9 compañias en su seguimiento. —Métenle en la junta, que acomete con gran furia. — Defiéndense los españoles en un esquadron y el enemigo haze que huye. — Síguenle, que no debieran, y revuelve el enemigo y desvarátalos. — Mata mucha gente e enemigo y derrota a los españoles. —Despojos que lleva el enemigo. — Captivos españoles. —Echanse algunos al monte, y el temor de uno que no salió en ocho dias. — Caso gracioso de un alferez que se echó al monte y fingió que el enemigo le habia desnudado. — Sale luego con el vestido que entonces llevaba. Niégale su padre por hijo. — Pelea valientemente el Maestro de campo Don Alonso de Figueroa. — Sale el Gobernador Don Francisco Lazo a la venganza de Puren. — Haze mucho daño al enemigo y retírase. — Dispone las cosas de la guerra. — Tiene nueva de que Butapichon viene a probar con él las manos. — Entra el enemigo y coge en Coyanco sesenta piezas. — Síguele el Gobernador y dale Catillanca nueva de el enemigo. — Alóxasse junto al enemigo, sin saber de él, que estaba emboscado. — Batalla de los Robles: acomete el enemigo, mata y hiere y quita el capoton de el Gobernador. — Pelea valientemente el Gobernador y su compañia. —Matan doscientos y ochenta indios y alcanza gran victoria. — Sigue al enemigo y viénensele 50 captivos a los nuestros. — Alábase Butapichon de haber quitado el capoton al Gobernador. — Dize que le ha muerto y embian indios a saberlo.

Aviendo llegado al Puerto de la Concepcion a veinte y dos de Diciembre de mil y seiscientos y treinta años el Gobernador Don Francisco Lazo de la Vega, fué recevido de todo el Cabildo de la ciudad con increible contento, por lo mucho que la fama se avia adelantado a publicar sus grandes prendas y estremado valor, y lo mucho y bien que avia servido en la guerra de Flandes, con que a todos se les avivaron las esperanzas de lo mucho que avia de obrar en este Flandes segundo de Chile, y sin segundo en las Indias. Fué Don Francisco Lazo de la Vega caballero del orden de Santiago, del Consexo de su Magestad y guerra en los Estados de Flandes, donde sirvió veinte años continuos, desde alferez hasta capitan de caballos, con la satisfaccion que se puede entender de quien heredó tan noble sangre de los Lazo de la Vega, descendiente de aquel valeroso caballero que mató al sobervio Moro que por desprecio llebaba la Ave Maria en la cola del caballo. Y como tan soldado, luego que su Magestad le eligió para Gobernador y Capitan General de

este Reyno de Chile, y para su reparo en tiempos tan calamitosos, se previno de armas y traxo de España trescientos arcabuzes y doscientos mosquetes vizcainos, doscientas picas y doscientos cosoletes de azero, que nunca se vieron en Chile tantas armas juntas. Negoció cedulas muy apretadas para que el Conde de Chinchon, que vino a ser Virrey juntamente con él, le diesse gente y le assistiesse con particular cuydado, encargándole mucho su Magestad sus asistencias por la esperanza que tenia de que avia de obrar lo mucho que despues hizo en su servicio y en bien del Reyno de Chile. Luego que llegó a Lima solicitó el levar gente y atraher soldados para la guerra, y ayudóle mucho el hallar alli al General Don Diego Gonzalez Montero, procurador general del Reyno de Chile y particular del exercito, que despues fué Gobernador y Capitan General, el qual con su mucha experiencia e inteligencia de negocios le enteró de todas las cosas de Chile y le informó de lo que necesitaba prevenir en el Perú, con que comenzó a hazer leva, tomando para sí una compañia en que alistó a ciento y sesenta y seis soldados, la flor de aquella nobilisima ciudad, que todos en competencia por venir en compañia de tan valeroso capitan assentaban la plaza en ella, de que fué Alferez Don Rodrigo Gomez de Roxas, y le dió la compañia dentro de dos meses, y la vandera a su Sargento Don Miguel de la Lastra y Cárcamo, que despues fué del habito de Santiago y contador, Juez y Oficial Real de la Ciudad de la Concepcion, aviendo servido en la guerra y ocupado los mexores puestos, honrándolos con su nobleza y calificados servicios, y sirviendo él de contador con mucha legalidad y christiandad. Los demas capitanes fueron Don Andres de Baraona y Encimilla, el Sargento Mayor Juan de el Castillo Salazar, Juan Verdugo Pasillas, Don Martin de Landa y Zabaleta y Francisco Solarte, los quales capitanes trageron cuatrocientos, toda gente lucida y bien armada, que cuando pasó muestra con ellos el Gobernador en la Concepcion causaron grande gusto y admiracion, porque no avia entrado en Chile por el Perú tropa de gente tan grande, tan lustrosa de armas de azero y tan escogida. Sin las armas que traxo de España, compró en Lima cuatrocientas armas, la mitad mosquetes y la mitad arcabuzes, mucha pólvora, plomo y picas, que todo costó noventa mil pesos.

Estando haziendo estas prevenciones en Lima, recivió cartas de la Real Audiencia de Chile y Cabildo de Santiago, en que se le daba cuenta de la continuacion de los adversos sucesos y quan importante era que viniesse presto para su reparo, porque estaba a pique de perderse este Reyno por aver entrado Lientur y Butapichon y aver destruido las estancias de el contorno de la Concepcion, quemándolas y llebándose la gente de ellas, asi españoles como indios, y que saliendo el tercio de San Felipe de Austria, peleó con él Lientur y le desvarató y mató y captivó noventa y seis españoles con tres capitanes, uno de a caballos y dos de infanteria, y cantidad de indios amigos, en el parage de las Cangregeras, y que aviendo entrado a la Imperial el Sargento Mayor Juan Fernandez Rebolledo y cogido trescientas piezas, le quitó el enemigo la presa y le mató veinte y ocho españoles, y despues entró el enemigo en la ciudad de Chillan y mató al Corregidor con muchos soldados y maloqueó todas las estancias, captivando indios y destruyendo los ganados; que en Colcura se llebaron la mitad de su reduccion y mataron al cacique de ella con otros indios; que se llebaron un potrero entero

de setecientos caballos y mataron los potrerizos; que se perdió un navio por ir a moloquear a Valdivia, y se ahogaron mas de trescientos indios y veinte y cinco españoles: todo lo qual causó en Lima grande sentimiento y alboroto y en el nuevo Gobernador mayores cuidados, y solicitud en prevenir gente, armas y pertrechos, y lo que mas le dió que pensar fué escribirle que los indios amigos, que son el nervio de la guerra en estas desgracias, estaban mal contentos y con el un pie en nuestras tierras y el otro en las de el enemigo y algunos con los dos pies, por averse huido de nuestras reducciones con sus familias al enemigo. Embió de todo esto relacion al Consexo y de las diligencias que avia hecho en Lima, y cómo por las prevenciones que avia hecho y por la necesidad de ellas, avia gastado onze meses en aquella ciudad, privándose todo ese tiempo de el gobierno por servir mas a su Magestad.

Luego que llegó a la Concepcion previno bastimentos para la milicia, porque aunque desde Lima avia escrito con ese cuydado, no se avia executado nada. Repartió los soldados en el tercio de Yumbel y de Arauco, donde embió al Sargento Mayor Carmona, que era gran soldado y muy entendido en hazer esquadrones, con su compañia y ciento y treinta soldados, de los quales murieron luego muchos con el mismo Sargento Mayor Carmona, estando haziendo un esquadron, sin darle lugar el enemigo a formarle ni a valerse de su ciencia, que para pelear con estos indios aprovecha poco. Y fué el caso que un mes despues que llegó al Reyno el Gobernador don Francisco Lazo, hizo una grande junta Queupuante, general de la Costa, y convocó a Butapichon, gran soldado y general de la parte de la cordillera, y entre los dos juntaron tres mil y cuatrocientos soldados, los dos mil de a caballo y los demas infantes, y marchando con gran silencio se emboscaron en Piculue, tres leguas de Arauco, y desde allí embiaron a correr doscientos caballos a las rancherias de Longolongo y Penguerengua a fin de que saliessen los españoles tras ellos viendo que eran pocos y de cogerlos en la emboscada, y sucedióles como lo trazaron, porque aviendo los doscientos indios maloqueado las reducciones dichas de los amigos y hecho en ellas grandes daños, se retiraron muy poco a poco, esperando a que los españoles saliessen en su seguimiento.

Fué un indio amigo de estas reducciones a dar aviso al Maestro de campo Don Alonso de Figueroa cómo el enemigo en numero de doscientos caballos avia maloqueado las rancherias de los amigos y se iba retirando. Salió al instante el Maestro de Campo en su seguimiento con nueve compañias, tres de a caballo y seis de infanteria, y llegando a dar vista a los doscientos indios, los fueron siguiendo y ellos huyendo a buen paso hasta meter a los españoles en la demboscada, donde reconociendo el Maestro de Campo la muchedumbre de indios que iban saliendo de la montaña para acometerle, aunque no avia llegado toda la gente, viendo que era forzoso pelear con los pocos que avian llegado con él, hizo un esquadron de hasta doscientos infantes y ciento y treinta de a caballo con la prisa que pudo, y esperó al enemigo, que como fieros leones que salian de la montaña le acometieron con gran furia y voceria, tocando sus trompetas y pensando despedazarlos a todos. Y como los españoles le diessen una buena rociada de arcabuceria y mosqueteria, se metieron por las valas, tendiéndose unos en tierra y otros saltando, sin que les hiziessen daño ninguno. Solo a un capitan que venia delante le acertó una vala en la

frente y le derribó luego en tierra, y el enemigo astuto, viendo a los españoles tan fortalecidos y que tenian una barranca por costado y no los podian cercar para sacarlos de aquel puesto, hizo que huia y los españoles, que no debieran, pareciéndoles que huian de veras y que ya tenian la victoria por suya, dexan el costado de la barranca y siguen a los indios, los quales al punto revolvieron sobre ellos y derrotaron, matando y hiriendo con gran fiereza, a los españoles, los quales se fueron retirando hasta donde estaba el Sargento Mayor Carmona formando otro esquadron para faborecerlos y el Maestro de Campo de el tercio, Don Antonio de Avendaño, y cerrando con gran violencia el enemigo con unos y con otros, desvarató los esquadrones con muerte del Maestro de Campo Don Antonio de Avendaño, el Sargento Mayor Carmona, seis capitanes, siete alfereces, tres sargentos, y por todos cuarenta y tres con muertos y captivos, y entre ellos al Capitan Juan de Morales, que lo era de los indios amigos, gran soldado y que avia tenido grandes victorias. Y aviendo peleado valientemente y defendídose de muchos indios, le tiró uno como garrocha la lanza y se la clavó en los pechos de el caballo, y como le impidiesse a moverse, se vaxó un poco para sacarle la lanza, y le dieron por la parte que descubrió de las armas al inclinarse tal lanzada, que le traspasaron de banda a banda.

Mataron siete indios amigos y cogieron muchos caballos con grande numero de armas y despoxos, desnudando a todos los muertos y llebándose dos cabezas, con que cantaron victoria. Y entre los captivos llebaron al teniente Juan Ruiz Cabeza de Bacca, alferez Juan Alonso, alferez Ambrosio de Espinoza, y mataran y captivaran muchos mas si no se echaran al monte muchos luego que el enemigo deshizo los esquadrones. Del enemigo murieron solos cuatro, y uno de ellos era un indio que venia en un buen caballo y peleó valentissimamente y con un pie menos. Entre los españoles que se echaron al monte, se estubo uno ocho dias en él, juzgando que todos los españoles avian muerto y que el enemigo estaba todavia señoreándose de la campaña y buscándole los soldados y dándole voces para saber donde estaba; pareciéndole que el enemigo decia a los captivos que le llamassen para captivarle tambien a él, se metia mas adentro, hasta que al cabo de ocho dias salió del monte caminando de noche y llegó al tercio de Arauco, donde le daban vaya por el miedo que avia mostrado, y no menos se la dieron a otro alferez, que aviéndose echado al monte sin pelear, escondió su vestido y fué desnudo al tercio de Arauco, fingiendo que en la pelea le avian captivado y desnudado los indios, y que por su buena maña y industria se avia huido y dexado burlado al indio que le llebaba preso. Creyéronlo todos y alabaron su valentia, pero fué tan poco entendido que el dia siguiente salió vestido con el mismo vestido con que salió a la pelea y que avia dicho que los indios se le avian quitado, con que, cogido en la mentira, era escarnio de todos. Y aviendo savido su padre en Sevilla, que era hombre noble, la vileza de su hixo de averse echado al monte y fingido que avia peleado y le avian captivado, y volviendo a su tierra, no lo quiso recevir en su casa ni conocer por hixo. (1)

(1) El padre Rosales se encontró personalmente en esta batalla i escapó milagrosamente con la vida. Murió tambien en este sangriento combate el famoso capitan i agrimensor Jines de Lillo, que hacia 26 años ¡habia mensurado todas las estancias de Chile (1604).

Anduvo en esta ocasion el Maestro de Campo Don Alonso de Figueroa valeroso, animando y esforzando a todos, y peleando en un famoso caballo que le sacó con muchas heridas, y él con una que le pasó un muslo. Y ubiéranle muerto los indios a no ir tan bien armado y a no llebar la mira a cogerle con el caballo por codicia de verle tan revuelto y tan hermoso. Recogió la gente lo mexor que pudo y retiróse al quartel a curar los heridos, y avisó al Gobernador de el mal suceso, que sintió mucho la pérdida de tan buenos soldados y trató luego de salir a campaña a castigar la altivez de el enemigo; y juntando sus fuerzas, llegó con un lucido exercito a Puren, causando tanto terror al enemigo, que viendo tanta gente y tanto lustre de armas no se atrevia acometerle; y porque los indios dezian que ya no avia españoles y se atrevian a intentar quanto querian y salian con ello, hizo ostentacion y alarde de toda su gente, derramándola por toda la tierra a maloquear, abrasar los ranchos y las sementeras y a degollar cuanto ganado tenian. Coxieron a un cacique viexo, padre de un indio muy valiente, llamado Gualacan, y a otros tres indios. Y en la cienega de Puren, aunque no salieron a pelear, hablaron algunos indios pidiendo el padre de Gualacan y como no se le dieron echaron muchos retos, diziendo que ellos sabrian desquitarsse y quitárselo a fuerza de armas, que gozasen de su buena suerte, que otro dia les favoreceria a ellos la fortuna.

Retiróse el Gobernador al tercio de San Felipe a disponer las cosas de la guerra, que halló tan caidas, los soldados sin disciplina militar, los puestos caidos, la inteligencia de todo postrada, las armas maltratadas, que no servian sino de embarazo. Y estando en estas ocupaciones tubo nueva como Butapichon y los indios de Puren venian a probar la mano con él y ver si era tan valiente como la fama publicaba; porque la altivez destos indios es tanta que a todos desprecian y ninguno les parece que es tan valiente como ellos. Fuésse el Gobernador reforzando con esta nueva y alegróse de tener ocasion de verse con el enemigo en campaña y cara a cara, que por su grande ánimo y valentia hazia poco caso de los indios y no juzgaban que eran tan valientes, tan osados y tan prestos en executar como en esta ocasion experimentó, y despues de ella dezia que no habia nacion tan belicosa y tan vizarra en el pelear como la chilena. Mandó al Sargento Mayor que tubiessen centinelas a lo largo para salirle al encuentro en sabiendo que llegaba el enemigo.

Pero aunque mas cuydado pusieron las centinelas, entró el enemigo sin ser sentido y maloqueó en Coyanco y hizo mucho daño, y se llebaba mas de sesenta piezas. Llegó la nueva al Gobernador a las onze del dia, a los treze de Mayo, estando en la cama purgado, y al punto se levantó sin hazer caso de la enfermedad ni de la purga, y recogiendo la gente del tercio y la demas que pudo, salió dentro de una hora que tubo el aviso, marchando en orden con cuatrocientos españoles y ochenta indios amigos; y porque no se le escapasse el enemigo, subió a ancas la infanteria, llebando él, el primero, un infante a ancas de su caballo; y assi marchó ocho leguas sin parar. Y el dia siguiente, quando marchaban mas dudosos de poder encontrar con el enemigo, les salió al camino un indio amigo, valiente, llamado Castillanca, y le dixo cómo avia topado el rastro de el enemigo y que estaba cerca. Siguióle hasta las cuatro de la tarde, y pasó el campo a vista de el enemigo sin que los españoles le viessen, viéndolos él muy bien, porque estaba emboscado donde podia ver y no ser visto.

Alojóse cerca el Gobernador por ir ya los caballos rendidos de no comer y llebar sobre sí dos hombres con sus armas. Y cansado de el camino y apretado de una calentura ardiente, se echó el Gobernador tido sobre una darga a tomar algun ali- El enemigo, que estaba a la vista y , del aloxamiento de los españoles, scado con cuatrocientos caballos en esto que llaman de los Robles, salió ran furor y presteza quando los espa- acabaron de apearse y quitar los s a los caballos, y dióles tan repenti- furiosa embestida por la retaguardia, desvarató el campo español y mató y a muchos de la primera embestida, ndo hasta el aloxamiento de el Gober- y quitándole un capoton con el ha- e Santiago. La retaguardia española a entrado en el aloxamiento, y como ió el enemigo sin reparo de estacada, varató luego y no peleó casi nada, es la compañia de el Capitan Pedro rdova, que andubo valeroso y resistió o pudo el impetu de el enemigo. Sa- ió luego el Gobernador con la compañia de los capitanes, que pelearon esforzadamente, y acometiéndoles una quadrilla de indios por el costado y otra por la retaguardia, se trabó una sangrienta batalla, peleando el Gobernador como un San Jorge y los capitanes como unos césares, y mataron en la pelea, que fué bien porfiada, doscientos y ochenta indios de los mas belicosos de la tierra de guerra. Y si la infanteria se ubiera ayudado, ubiera sido mayor la victoria y la mortandad de indios y menos los españoles muertos, porque por averse ayudado tan poco la infanteria, estubo mucha captiva y entre ellos el Capitan Juan Berdugo y otros hombres de obligaciones, porque el que las tiene pelea en ocasiones tales, y si los demas le dexan, como es solo, pereze. Murieron en todo veinte españoles y entre ellos un famoso Capitan llamado Juan Perez, por averle muerto el caballo, y quedaron heridos mas de cuarenta, y si no es por la caballeria degüellan a todos los infantes.

Siguió el Gobernador con gran corage a los indios que escaparon de su furor, y por acercarse la noche y estar muchos heridos se volvió a su quartel, a donde se le vinieron aquella noche diez y siete captivos de los que llebaba el enemigo, y el dia siguiente hasta cincuenta, y el Capitan Alfonso de Villanueva en la pelea quitó a los indios un capitan que se llebaban ya captivo y con cuatro lanzadas. Fué el dia siguiente el Gobernador con toda la caballeria en seguimiento de el enemigo, y como iba tan destrozado se retiró cada lobo por su senda y no pudo dar con él, con que se volvió al quartel y de alli al tercio de San Felipe, dando a Nuestro Señor muchas gracias por la victoria, y todo el Reyno se la dió y recibió grande contentamiento de el buen suceso, pronosticándose otros muchos buenos, y prometiéndoselos del valor y valentia de su Gobernador.

El enemigo, como se llebó el capoton con el habito, aunque en la batalla no conoció al Gobernador, como vió que avia muerto a muchos españoles, tubo por cierto que entre ellos avia muerto al Gobernador, y para disculpar la pérdida de tanta gente, Butapichon los consoló a todos con dezir que todo era poco quanto avia perdido, respeto de aver muerto un Gobernador y averle quitado el capoton con el habito, y le mostraba y trahia de unas partes en otras por triunfo de su victoria y para consuelo de su pérdida. Y pareciéndoles a algunos que se vanagloriaba de la muerte que no avia hecho, para certificarse de la verdad embiaron unos indios con achaque de que iban a tratar de rescates para que se informassen de si el Gobernador era

muerto, y hallándole vivo volvieron a su tierra a dar la nueva y a deshazer la rueda a Butapichon y quitarle la vanagloria. Y ubo grande llanto en la tierra de el enemigo, porque, como digeron estos mensageros, murieron muchos indios de cuenta, y de los que salieron heridos fueron muriendo muchos por el camino y allá en su tierra, y otros quedaron sin brazos y valdados.

CAPÍTULO XIII.

Recívesse de Presidente Don Francisco Lazo; saca de Santiago doscientos soldados y viene a la frontera por nueva de una junta de siete mil indios. Haze prevenciones: empeña a los amigos, que estaban neutrales, y coge lengua cierta de la Junta.

Vaja Don Francisco Lazo a Santiago a recevirse de Presidente. — Leba compañias. — Sobre apercevir los vecinos tiene diferencias con los Oidores. — Compónense las diferencias por nueva que vino de una junta de siete mil indios. — Ofrécense todos a ir a la guerra viendo la necesidad. — Saca el Gobernador para la guerra 200 soldados de Santiago. — Da el baston de Maestro de campo a Don Fernando de Cea. — Hazen diligencia por saber de una conjuracion. — Catumalo y los indios de Arauco se confederan con los enemigos. — Descubre Coñueman, el alma de la conjuracion, que era condicional.—Trata de agasaxar a los amigos y de empeñarlos. —Embia a coger lengua. — Visita a los soldados y hállalos moliendo entre dos piedras, desnudos, el trigo.— Manda hazer molinos y que les lleven harina. — Hizo suerte la gente que fué a la maloca. — Los amigos hazen empeños, y con ver al Gobernador tan valiente están resueltos a pelear y ser firmes. — Entra el enemigo a hurtar caballos. — Sale tras él Catumalo, quítale la pressa, mata a dos y trahe uno. — Da aviso el indio de todo. — Año de 1631. — Sale el Teniente Muela a coger lengua y trahe dos indios. — Da un indio aviso de la junta y de sus intentos. — Piden al Gobernador el indio los araucanos para matarle a su usanza. — Házenle que cuente los valientes de la junta y entierre palitos en un oyo. — Córtanle la cabeza, sácanle el corazon y echan su cuerpo en el camino por donde viene la junta.

Como entró el imbierno con las acostumbradas lluvias, metiendo por medio el montante, determinó vaxar a la ciudad de Santiago a recevirse por Presidente de la Real Audiencia, y aviendo dado las ordenes necesarias para el repartimiento de el Real situado y dexado encargados los tercios al Maestro de campo y Sargento Mayor, y encargada la vigilancia, se partió a primero de Julio pára aquella ciudad. Despues de recevido, entró en consulta con la Real Audiencia y el Cabildo para comunicar el estado de el Reyno y el orgullo de el enemigo, las cortas fuerzas de el exercito, pues con aver trahido cuatrocientos hombres no se hallaba con mas de mil y doscientos hombres y entre ellos mas de quinientos impedidos, a quienes de buena gana borraria la plaza porque no ganassen el sueldo sin fruto. Arboláronse dos banderas para hazer gente de infanteria y un estandarte para levar soldados de a caballo, cuyo capitan fué Don Thomas de Ovalle Rodriguez y Manzano, y de las de infanteria el Capitan Don Alonso de la Cerda y Capitan Don Francisco Venegas (1). Apercivió con consulta de la ciudad algunos caballeros y a otra gente ociosa,

(1) Del capitan don Tomas de Ovalle, hijo de don Francisco Rodriguez del Manzano i Ovalle, que trajo un gran refuerzo de lanzas en 1600 desde Lisboa, i biznieto por su madre del piloto-almirante Juan Bautista Pastene, proceden todos los Ovalles que existen en Chile, porque su hermano mayor i único fué el padre historiador don Alonso de Ovalle. Don Tomas era mui jóven en 1829 i murió gloriosamente en acciones de guerra años mas tarde. — Don Alonso de la Cerda era natural de Baena, sobrino del oidor don Cristóval, de que tenemos dado cuenta.

que siempre es dañosa a la republica. Hizo algunos reparos la Real Audiencia sobre el sacar la gente de la ciudad de Santiago, que por aver servido tanto en la guerra a su Magestad y hecho tantos gastos en esta guerra, negoció cedula para que se sacassen sus vecinos con apremio a la guerra. Y ubo varias inteligencias de cedulas y topes sobre el caso, procurando andar siempre juntos los oidores por el recelo de alguna violencia, y para obrar con cuerpo de Audiencia siempre que la necesidad lo pidiesse, y todo se compuso con una carta que traxo el capitan Don Fernando de Bustamante de el Sargento Mayor con aviso de que se avian venido dos indios de los que el enemigo llebó por Mayo de Coyanco, los quales daban nueva de que estaban haziendo llamamiento general de toda la tierra Queupuante, Butapichon y Lientur, con intento de entrar el verano con siete mil indios a llebarse los tercios y concluir de una vez con los españoles, y avisando que los tercios estaban faltos de armas, caballos, gente, cesaron las differencias y oposiciones sobre el sacar o no los vecinos, porque viendo la grave necesidad que avia de socorrer con gente a un aprieto tan grande y que amenazaba a todo el Reyno, todos se offrecieron a ir a la guerra y los que lo podian estorvar vinieron en ello.

Dispúsose que dos caballeros de el Cabildo nombrassen las personas que podian ir a la guerra con menos incomodidad de la ciudad, y atendiendo a la necesidad presente y a no dexar la ciudad desmantelada, nombraron cincuenta, y por causas que despues se representaron dexó veinte, y aunque el numero fué corto, como los vecinos son ricos y ostentativos, lleban consigo mucha gente que sustentan a su costa, y con esa y ciento y cincuenta soldados que levaron las tres compañias, entraron aquel año de Santiago mas de doscientos soldados en la guerra. Y el Gobernador, aviendo llegado a la Concepcion, pasó luego a Arauco, llebado de el mayor cuydado que se le offreció en todo su gobierno: dió el baston de Maestro de campo general de el Reyno a Don Fernando de Cea, que ya lo avia sido, como queda dicho en los capitulos pasados y hecha mencion de su valentia y ventura en la guerra, que le obligó a Don Francisco Lazo a sacarle de la paz y a valerse de él para la guerra que le amenazaba de siete mil indios que se iban juntando, y la mayor fué el aver entendido que los amigos de Arauco estaban confederados con el enemigo. Hizieron el Gobernador y Don Fernando de Cea las diligencias debidas por certificarse de el caso, y ya con dádivas y ya con el vino que los alegra, calienta y haze descubrir los secretos, vinieron a averiguar que el mayor amigo, el indio mas valiente, el mas practico en la guerra y de mayor importancia para los españoles, que se llamaba Catumalo, rico y poderoso, que tenia unas diez y ocho mugeres, que en eso ponen estos indios su riqueza y su estimacion, con otros muchos que le obedecian, estaban confederados secretamente con Queupuante y Butapichon, enemigos, y tenian trazado de que en llegando ellos con la junta de siete mil indios a pelear con los españoles, se harian todos a una y los acabarian. Dióles mucho cuydado el tener los enemigos dentro de casa, y averiguada mexor la conjuracion, supieron de algunos indios confidentes, principalmente de un valiente y fiel amigo llamado Coñueman de Toupen, en Lavapié, el qual se descubrió al Padre Pedro de Torrellas, misionero de la Compañia de Jesus, y que trabaxaba gloriosamente en la conversion de aquellos indios, a quien dixo Coñueman y luego lo volvió

a referir delante de el Gobernador, que era verdad que Catumalo y otros estaban confederados con el enemigo, pero que él sabia el alma de la cosa porque se la avian comunicado como a capitan de su gente, y que la confederacion era condicional, que si a los españoles les iba mal con aquella junta y quedaban vencidos, se harian ellos de parte de el enemigo, porque si se vian sin el amparo de los españoles no podrian resistir a tanta fuerza, y para conservar las vidas y sus familias les avia de ser forzoso arrimarse al vencedor, pero que si los españoles salian vencedores y resistian con valor al enemigo, nunca se volverian contra ellos. Y la verdad era que avia muchos indios disgustados y mal contentos por los trabaxos y ocupaciones continuas en que los traian fatigados los españoles y que ese sentimiento les criaba tan malos pensamientos.

Oido esto, el Gobernador y el Maestro de campo determinaron de acariciar y desagraviar a los indios y de empeñarlos con el enemigo, para affixarlos en nuestra amistad, y les pareció que no era justo proceder a castigo, sino procurar vencer al enemigo y echar por delante a los amigos y procurarlos conservar, porque sin ellos no se puede hazer la guerra, y para que se empeñassen con el enemigo y se supiesse de la junta que estaba, dias avia, en silencio, embió el Gobernador trescientos indios amigos al valle de Ilicura a coger lengua con cincuenta españoles a cargo del capitan Felipe Rangel, capitan de los indios amigos y gran soldado, y mientras tenia lengua se ocupaba en reconocer los pasos de la Albarrada, que es una cienega muy pantanosa que ciñe como muralla fuerte el Estado de Arauco, y otro pantano que cerca a los indios amigos de Lavapié. Visitó el fuerte de Lebo, que está de Arauco ocho leguas hácia la tierra de el enemigo: hallóle caido y maltratado, y mandóle reedificar de tapias y cubrir de texa, y desterró las empalizadas y paxa de que se cubria, y lo mismo hizo en los fuertes de Colcura y de San Pedro. Reparó el castillo de Arauco y hizo galeras a los soldados, y entrando a ver sus ranchos y aloxamientos, halló a algunos soldados moliendo el trigo que les daban de racion, porque no les lleban harina ni avia donde moler el trigo. Y assi los pobres soldados, para aver de comer un bocado de pan, le comian con el sudor de su rostro, remudándose los camaradas por dias, y moliendo cada uno el dia que le tocaba la racion suya y de los otros entre dos piedras a mano, desnudos de medio cuerpo arriba, por ser tan grande el trabaxo y el sudor que con la fuerza de moler a mano hazian, que no podian consentir ropa encima. Compadecióse grandemente de ver que soldados de el Rey tan honrados y tan trabaxados en la guerra no tubiessen un bocado de pan que comer que no les costasse su sudor, y que si comian el trigo cocido, les causaba graves enfermedades, porque comiéndole mal cocido y con la priesa de los soldados, les inchaba el vientre. Puso grande calor y eficacia para que se hiziessen molinos y se les llebassen a los soldados harina, con que les hizo grande bien y se lo agradecieron infinito, porque con su cuidado en esta parte desterró las piedras de moler que tan molidos tenian a los soldados.

Volvió la gente que fué a coger lengua y trageron veinte y una piezas de indios y indias y cincuenta y un caballos; hallaron las caserias de Quecupuante solas porque él avia dias que estaba la tierra adentro convocando la junta, segun lo declararon dos mugeres y cuatro hixas que le cogieron, y que ya venia; pero que como era tan grande y compuesta de tantas parcia-

lidades, se retardaba su marcha. Los amigos lo hizieron mexor que el Gobernador pensaba de ellos y hizieron grande empeño con el enemigo, y algunos que avian declarado contra las cabezas digeron que los indios estaban parte disgustados por verse trabaxados y parte temerosos por ver las pocas fuerzas que tenian los españoles y los malos sucesos que avian tenido los años pasados, y que como avian visto al Gobernador tan halentado y valiente y que avia trahido tanta gente y tan lucida, estaban contentos y avian desechado el temor al enemigo y el recelo de verse sugetos a su poder: que de los dos, mexor se hallaban con los españoles, y a mas no poder se querian confederar con los enemigos si venciessen, pero que avian de hazer todo su esfuerzo por vencerle, teniendo el ayuda de un Gobernador tan soldado y valiente.

Mucho quietó los ánimos de todos este buen suceso y el saber el buen corazon de los indios, y el Gobernador cobró nuevos halientos, y su ocupacion era tener las armas bien dispuestas, los soldados disciplinados, los caballos en parte segura y a punto, porque con los avisos continuos que avia no se puso duda en lo que sucedió. Vispera de pascua de Navidad llegó el enemigo hasta la rancheria de Catumalo, que dista un cuarto de legua de el quartel de Arauco, y se llebó algunos caballos y el que tenia atado Catumalo a la puerta; echóle menos al alba, y mas valiente que soldado, con algunos que le siguieron a la desilada partió en el alcance de el enemigo. Cogióle el rastro y le siguieron hasta treinta indios amigos. Llegó el arma al quartel, y el Gobernador, reprehendiendo el desorden, fué con su compañia hasta la Albarrada haziéndoles resguardio, donde tubo aviso que los enemigos avian sido cinco ladroncillos y que les avia dado alcance Catumalo y les avia quitado la presa, muerto a dos y que trahia vivo uno. Embióle el Gobernador cincuenta arcabuceros y dió la vuelta al quartel, y Catumalo traxo a la noche dos cabezas y el indio vivo, el qual declaró cómo la junta venia ya marchando y que les avian embiado a hurtar caballos y a saber si el Gobernador estaba en Arauco y qué prevenciones hazia. Volvió a tener silencio la junta porque venia despacio, y ubo pareceres de que no vendria, porque hasta rescatar Queupuante sus mugeres y hixos juzgaban que no haria guerra; otros, que tendria noticia de que el Gobernador estaba en el Estado y torciendo el camino daria en las fronteras de Yumbel y dexaria las de Arauco: que no dió poco cuydado al Gobernador, que si enderezan allá quando toda la gente avia concurrido a Arauco, hallan la tierra sola y indefensa y la destruyen como señores de el campo.

Volvió a embiar a cuatro de Enero de 1631 al Teniente Estevan Prado de Muela con veinte españoles y doscientos amigos, con orden de que en cogiendo lengua se volviessen desde qualquier parage que la cogiessen, y si no la hallaban maloqueassen a Ilicura para cogerla. A tres dias de despachados volvieron con dos indios que cogieron cerca de Ilicura, que eran corredores de la junta, y de tres se les huyó uno en Lebo, aviéndole cogido con los otros dos. Averiguóse que los amigos le avian dado mano para que se huyesse, que debió de encontrar con algun pariente y le faboreció. Uno de los cogidos, que era indio mayor y práctico, examinado dixo que la junta quedaba tres leguas de Ilicura y dentro de cuatro daria en Arauco; que él se avia adelantado a reconocer los caminos al abrigo de ella con poca gente, juzgando que los amigos estarian muertos con la nueva cierta que

tenian de que venian, porque no era junta ordinaria ni de poca gente, sino de siete mil indios, que avia casi un año que se juntaban a costa de mucha chicha y carneros de la tierra que avian gastado los generales de la junta, Butapichon, Queupuante y Lientur. Preguntáronle si sabian esos generales que el Gobernador estaba en Arauco con tantos capitanes y españoles y tantos indios amigos, y si sabiéndolo revolverian, a que respondió que antes, por saber que estaba alli el Gobernador, seria mas cierta su venida y que no dudassen de que avian de morir todos los españoles, porque no podia tener el Gobernador fuerzas para resistir a las que venian y a tan grandes generales y tan valientes, y que Queupuante venia juramentado de no volver hasta recobrar sus mugeres y llebar a los españoles y españolas para que le sirviessen de esclavos, y todos venian prevenidos con sogas para amarrar españoles para llebar a sus tierras y para dexar a los de poca importancia amarrados a las estacas de el malar. Que no era menos que esta la arrogancia y soberbia con que venian estos barbaros.

Aviendo dado este indio razon de todo, como mostraba ser valiente en su modo de hablar y su arrogancia, se le pidieron al Gobernador los indios de Arauco que avian sido indiciados para matarle a su usanza y mostrar su lealtad, ensangrentando sus toquis y sus lanzas en su sangre para animarse a pelear. Diósele el Gobernador y juntáronse mas de seiscientos indios con sus lanzas y indias y viexas, con tan gran concurso que cubrian la campaña a ver aquella gran fiesta, que no la ay para ellos mayor que ensangrentarse en la sangre de un indio y matarle con sus acostumbradas ceremonias. Metiéronle en medio de la junta atado y hiziéronle que hiziesse un oyo y en él fuesse echando palitos y nombrando a cada uno los valientes de la junta que venia y los enterrasse en el oyo en señal de que ellos los avian de enterrar y matar a todos, y luego le dieron con una porra en la cabeza y se la cortaron y pusieron en un palo, y sacándole el corazon le repartieron a pedazitos entre todos para que se le comiessen, y untaron con su sangre los toquis y las lanzas, animándose con eso a pelear y echando el miedo fuera batian con los pies fuertemente la tierra, que la hazian temblar, y arrastrando el cuerpo de el miserable házia el camino por donde avia de entrar la junta, le dexaron alli para que se le comiessen los perros y las aves.

CAPÍTULO XIV.

De la insigne victoria de Don Francisco Lazo de cinco mil indios de Arauco. Los que mató y los prisioneros que hizo.

Embia el Gobernador a llamar al Sargento mayor con su gente. — Haze reseña y hállase con 800 españoles y 700 amigos. — Confiesan y comulgan, y ofrecen el suceso al amparo de la Virgen y un rico manto. — Vuélvese Lientur con dos mil indios por algunos agüeros. — Haze burla de Lientur Butapichon por sus agüeros. — Alóxase la junta cerca de Arauco, en Pitaco, y reconoce de noche Butapichon. — Son de parecer Queupuante y los mas que den el asalto de noche. — Repúgnalo Butapichon y tiénelo por poca honra. — Fué misericordia de Dios que no diessen de noche. — Visita las postas y los batidores el Gobernador. — Dispone aquella noche todas las cosas para la pelea. — Muéstrase el enemigo y sale el Gobernador en busca suya. — Pelea Rangel con una quadrilla, mata seis y trahe dos vivos, y siente el Gobernador el desorden. — Examinan los indios y dizen que la caballeria enemiga se muestra para sacar a los españoles. — Competencia de los capitanes por la manguardia. — El Capitan Don Thomas de Ovalle pleitea la manguardia valeroso y sale con ella. — Disponen los dos exercitos lo necesario para acometerse. — Acométense los dos egercitos a una. — Revuelve la caballeria española. — Detiénelos el Gobernador y házelos acometer segunda vez. — Derrotan al enemigo y cantan victoria. — Muertes, captiverios y despojos. — Importó el estar el Gobernador en la retaguardia que tomó de industria. — Siguen el alcance con concierto. — Repartacion y declaracion de los prisioneros. — El gozo que hubo entre los españoles y el llanto de los indios. — Arcabucean un indio gran cosario que se cogió.

Con la declaracion de el indio que los amigos quitaron la cabeza, embió el Gobernador a mandar al Sargento Mayor de el Reyno que se viniesse al Estado de Arauco con cuatro compañias de a caballo y algunos infantes, y que la demas gente quedasse en guardia de aquellas fronteras, con vigilancia por lo que pudiesse suceder. Despachó tambien por cien indios de los amigos de Talcamavida, y puso en cobro los potreros, y hizo venir a todas las indias y chusmas de las reducciones de los amigos al abrigo de el quartel con dos fines, como prudente general: el uno, de abrigarlas y defenderlas de el enemigo, y el otro, de tenerlas junto a sí para quitar algun mal pensamiento y la ocasion de él a los amigos, porque no se hiziessen de parte de el enemigo ni tubiessen sus familias en parte donde se las pudiesen llebar. Llegó el Sarjento Mayor Juan Fernandez a Arauco a onze del mes con los amigos y españoles, y el Gobernador hizo reseña general y se halló con ochocientos españoles, todos bien armados y con azeros de pelear y con setecientos indios amigos, y animándolos con un cuerdo razonamiento, les dió las ordenes que se avian de guardar, y la última que todos se confesassen y armassen con los Santos Sacramentos, y por todo el Reyno mandó hazer muchos sacrificios y oraciones para tener a Dios propicio.

El resto de este dia se ocupó en confesiones y el siguiente en comuniones generales, que se hallaron en esta ocasion ocho clérigos y religiosos en Arauco. Y encomendó muy de veras, para alcanzar victo-

ria, aquel suceso a la Santísima Virgen, ofreciendo un rico manto, que dió despues a una devota imagen que los Padres de la Compañia tenian en su iglesia: la alcanzó, que acciones tan pias le merecieron tan señalada victoria como tubo de siete mil indios con solo mil y trescientos de su parte: verdad es que en el camino se volvió Lientur con dos mil indios por diferencias que tubo con los otros dos generales y por algunas abusiones con que, como tan grande agorero, temió la desgracia que le sucedió, porque le siguieron algunos dias grasnando algunos buitres y gallinazos, que son aves que se juntan y pareze que güelen los cuerpos muertos, aun antes de morir segun ellos imaginan, y vió pasar algunas zorras por entre el exercito y otras señales y agüeros de que ellos hazen mucho caso, particularmente en estas ocasiones de guerra, para emprenderlas o dexarlas. Levantóse en el campo un gran rumor y dividióse todo él en diversidad de opiniones sobre si se proseguiria o no la jornada, y no pudieron convenirse en esta diferencia de pareceres; y assi siguiendo dos mil indios la parte de Lientur, se volvió con ellos a sus tierras, juzgando que las señales que avian visto eran muy funestas y pronosticos ciertos de desgracias que no podian parar sino en grandes males.

Riyóse Butapichon de esta que juzgó vegez o demasiado temor sin fundamento, porque dixo que las verdaderas señales de vencer no eran otras que la buena disposicion de los generales y la gallarda resolucion de los soldados, acompañada con la destreza de las manos. Y assi, aunque vió que Lientur le avia faltado y vuéltose con toda su gente, y que por ser tan gran soldado le debia echar menos, no desmayó ni dexó de proseguir su jornada, pareciéndole que él solo con Queupuante bastaban para acabar con los españoles. Marchó házia Arauco y plantó su gente en Petaco, medio cuarto de legua de el castillo de Arauco, y él fué de noche con una quadrilla a reconozer lo que hazian los españoles y a ver si hallaba lengua o caballos para la campaña. Persuadíanle Queupuante y los mas experimentados soldados que diesse el assalto con toda la gente de noche, porque los españoles estarian durmiendo y descuidados, y las mexores suertes que avian hecho avian sido en tales ocasiones, que primero que despiertan y toman las armas y se ponen en orden, ya están muertos y desvaratados, y la confusion los turba y la oscuridad de la noche no les dexa hazer punteria con sus arcabuzes. Pero haziendo el barbaro punto y reputacion del caso, respondió a todos diziendo: "Que no queria que se digesse que Butapichon avia embestido como como cobarde, de noche y estando su enemigo descuidado; que él queria aguardar al dia y que se viessen las caras y no se matassen unos a otros con la obscuridad de la noche; que queria esperar la luz del dia para que el sol fuesse testigo de su gran valor, y que la presa la tenia segura, y queria dar de dia para escoger los mexores españoles para criados y mexores señoras y indias para mugeres, y la chusma de poca importancia dexarla atada a las estacas del malar." Y fué gran misericordia de Dios que no se moviesse este barbaro a embestir de noche, porque a juicio de todos, si embiste de noche, pone a pique de perderse Arauco y todo el Reyno, porque su fuerza era grande, la confusion de la noche muy a proposito para ellos, y que los españoles no sabian aquella noche que estaba ya sobre ellos, y aunque las postas y los oficiales estaban en vela, los soldados dormian. Y el Gobernador, por averse tocado arma a las ocho de la noche, salió en persona con bien

pocos soldados y con mucho riesgo a reconocer las postas, centinelas y batidores, que aunque tenia buenos y vigilantes ministros, como tan gran soldado lo queria ver todo por sus ojos y no fiarse de diligencias agenas.

Volvió el Gobernador al castillo, visitó la muralla, y recogido a su aloxamiento tubo junta de guerra, dió orden a los ayudantes que todos tubiessen sus caballos ensillados y enfrenados y estubiessen armados los soldados en sus banderas y los capitanes de los amigos con su gente a punto de pelea; y al amanecer se tocó arma viva en el quartel, y se mostró el enemigo distante de él dos o tres cuadras, a la vista de los centinelas, y el Gobernador fué echando la gente fuera de el quartel para marchar en busca de el enemigo, despachando por delante los indios amigos con sus capitanes españoles y siguiendo la caballeria y infanteria española. El Capitan Felipe Ranger, que iba delante con un trozo de indios amigos y era hombre alentado y de arroxo, viendo desmandada una tropa de enemigos no se pudo contener sin cerrar con ellos y trabar escaramuza y en un instante les mató seis indios y vino con dos vivos al Gobernador, el qual sintió gravemente que sin orden ubiesse acometido y le quiso cortar la cabeza; pero como le digeron todos que era tan gran soldado y que semexantes atrebimientos en tales ocasiones se deben disimular y mas aviéndolo hecho tan bien que habia trahido lengua, se desenojó y le honró alabando su valentia. Examinároṅse brevemente los indios y digeron que la caballeria de el enemigo era la que se mostraba alli cerca para sacar fuera de el quartel el campo español y los demas quedaban cerca para embestir luego que saliesse el Gobernador, y que la noche antes avia dado vuelta a la estacada Butapichon y visto el Gobernador rondar las postas y vatidores, y que Queupuante y otros avian sido de parezer que cerrassen de noche y diessen en los amigos y su chusma que estaba fuera de la estacada y Butapichon lo avia repugnado haziendo presuncion de dar de dia.

Ordenó el Gobernador la marcha con las compañias de infanteria española, que gobernaban los capitanes Don Ambrosio de el Pulgar y Don Martin de Zabaleta, y las de a caballo que regian los capitanes Pedro Muñoz, Don Juan de Adaro, Pedro de Córdova y Don Thomas de Ovalle. Y en la retaguardia iba el Gobernador con su lucida compañia de capitanes reformados, que con el resplandor de las armas y lo lucido de sus personas, deslumbraban al barbaro arrogante que quedó pasmado aunque no acobardado de ver tanta vizarria, y con la vana confianza que trahia de hazerlos a todos despoxo de su arrogancia, mas se le encendia el deseo al ardor de tantas luces. Pretendió cada uno de los capitanes vivos, avivando mas sus halientos, ser el primero en las demostraciones de su valor y llebar la manguardia, y aviéndolo alcanzado de el Gobernador uno a quien no le tocaba, salió gallardo al opuesto el capitan Don Thomas de Ovalle, por tocarle a él aquel dia. Y representando al Gobernador sus ardores, su derecho, el honor de su compañia y el duelo y honrado sentimiento de sus soldados, y que ni él ni ellos estimaban las vidas, ni las querian sino para ponerlas al mayor riesgo en servicio de su Rey, gozoso el Gobernador de ver tan honrada competencia, ordenó que tomasse su puesto, en que lució conforme a sus obligaciones, matando y destrozando indios como un Hector. Marcharon, y llegando a Petaco a vista de el enemigo, mandó el Gobernador a trescientos indios de lanza, porque como estaban tan amilanados no pusiessen la mira

en escaparse a caballo, sino que cada uno peleasse hasta morir, poniendo entre estos indios arcabuzeria y mosqueteria que los abrigasse, con lo qual dió orden al Maestro de campo y al Sargento Mayor que diessen el Santiago. Hizo tambien lo mismo el enemigo y mandó Butapichon y Queupuante que se apeassen gran parte de su caballeria, y con la restante caballeria guarneció los costados de su infanteria. Dispuesto ya de una y otra parte lo necesario para la batalla, los generales de una y otra parte, animando a su gente, dieron señal para la batalla mandando tocar las caxas y trompetas, y apellidando los christianos a Santiago y los barbaros al Pillan, se trabó la batalla con tanto impetu de el enemigo que hizo volver las espaldas a nuestra gente de a caballo, metiéndose por las balas y por las picas. Mas halló las espaldas bien guardadas con la infanteria y con el Gobernador y su compañia de capitanes que estaban bien armados de todas armas, y mas de honradas las obligaciones en la retaguardia, y viendo el Gobernador que la caballeria iba retirándose a espaldas vueltas los detubo con la espada en la mano y poniéndose delante de ellos les dixo en voz alta: ¿A dónde está, españoles, la reputacion de su Magestad? Y el valor español para cuándo es? Ea! valientes soldados! o morir o vencer! y sin que fuesse necesaria otra diligencia, dieron los españoles la segunda acometida con tanto esfuerzo, que aviéndose entreverado las picas de unos y de otros y metídose los enemigos debajo de los caballos con espantoso arroxo, los apretaron la infanteria española por la frente con espesa arcabuceria y la caballeria a los costados unida y reforzada, de suerte que los hizieron huir, matando y hiriendo indios con gran valor, derrotándolos de unas partes en otras, metiéndose en las montañas y maleza para guardar las vidas de el furor español. Cantó victoria el campo español y fué de las mas insignes que ha tenido este Reyno, porque con ella comenzó a levantar cabeza y a resollar de tantas desgracias pasadas, y se mataron en ella mil y cuatrocientos, y se sacaron de el monte ciento y setenta y tres vivos, los mas caciques principales, que los cercó el Capitan Parra y los fué sacando sin que se escapasse ninguno. Cogiéronse mil y quinientos caballos ensillados y enfrenados, todas sus armas, ropa y otros despoxos con que quedaron los indios amigos bien pertrechados.

Importó mucho el averse puesto de industria el Gobernador en la retaguardia, assi porque tubo nueva que por ella avian de acometerle dos mil indios como para detener a los amigos que no huyessen como lo suelen hazer, y valió el estar alli para esforzar a los españoles quando al primer impetu de los enemigos volvieron las espaldas, porque animados con sus palabras y avergonzados con su vista, volvieron a acometer con el valor y esfuerzo dicho. Y al tiempo que el enemigo huyó, le fué siguiendo, sin consentir que se desordenasse ninguno, porque como avia tanta multitud de indios, receló y con razon alguna emboscada, y tubo por mexor que se mataran cien indios menos que no dexar blanco a algun mal suceso. Siguiéronlos hasta los pantanos de la Albarrada, donde se mataron muchos porque se empantanaban, y por darse prisa a pasar aquellos malos pasos pasaban unos sobre otros, dexando caballos y armas por huir y echarse al monte con mas desembarazo.

Murió de nuestra parte solamente un indio amigo, que le mató uno de los nuestros por desgracia, juzgando que era enemigo. Con los prisioneros, como fueron tantos y entre ellos ubo indios de mucha

importancia, se rescataron muchos christianos captivos: los demas repartió en los tercios, fuertes y en la ciudad de la Concepcion, para que sirviessen en las obras de el Rey, y a Lima embió sesenta para que remassen en las galeras. Declararon estos prisioneros que el intento con que venia la junta era acabar con los españoles, y que generalmente tenian assentado este trato con toda la tierra, y apoderados de todo el Reyno, entregar los puertos a los holandeses y otros cosarios, con designio de que su Magestad no pudiesse recuperarlos, porque los holandeses les avian prometido de librarlos de la opresion de los españoles y disponer el sacar oro de las minas de modo que ellos no trabaxassen, porque traherian negros de Angola para todas las ocupaciones de trabaxo y ellos se estarian en sus tierras comiendo y bebiendo y descansando, y esto les avia hecho grande armonia a los indios, y esto le movió al Gobernador Don Francisco Lazo a solicitar con su Magestad y con el Virrey que se anticipasse la poblacion de Valdivia, por su grande importancia para sugetar estos indios y por ser el puerto mexor de esta costa y a donde tenian puesta la mira todas las naciones enemigas de la corona de España.

Fué indecible el contento que ubo en todo el Reyno por la nueva de tan gran victoria, en que estubo todo su reparo. Hiziéronsse fiestas en accion de gracias y procesiones, y en la Concepcion estubo el Señor descubierto ocho dias antes, y el último del octavario sucedió la buena suerte. Recivieron en Arauco y en la Concepcion al Gobernador con *Te Deum Laudamus*, y aclamándole por restaurador de la patria y dándole muchos parabienes; y al contrario en la tierra de el enemigo todo fué llantos, lágrimas y suspiros: las mugeres por los maridos, los padres por los hijos y los hijos por los padres, y grande sentimiento por los muchos que llegaron heridos y por la pérdida de tantos caballos y hazienda, con que el enemigo no hizo juntas ni alzó cabeza en muchos años. Entre los indios que sacó el capitan Domingo de la Parra de el monte, aprisionó un gran cosario cacique, que era en Longo-Longo amigo nuestro antes, el qual se llamaba Culamanque, que significa Tres condores, ave muy voraz. Y este indio lo fué mucho de carne humana, porque siendo amigo se huyó a los enemigos y como señor de los caminos y de la tierra hizo grandes daños y muchas muertes, y assi, para que pagasse sus delitos y sirviesse a otros de escarmiento, luego que le cogieron le arcabucearon. Fué esta memorable batalla a treze de enero de 1631, y luego a los veinte y siete del mismo mes salió a hazer una campeada de que dirá el capitulo siguiente. (1)

(1) Tesillo, como uno de los jéfes del ejército de Lazo de la Vega, refiere con interesantes pormenores esta gran batalla, la mayor i la mas feliz de la conquista, en que se halló presente. Su relación (pájs. 39 i 40) coincide en todo con la de Rosales, que fué tambien testigo. Córdoba i Figueroa i Olivares han seguido a Tesillo.

Lo que se pone en claro, leyendo estas relaciones, es que los indios, cuyo número esos cronistas hacen subir a siete mil (de los cuales cinco mil montados en excelentes caballos), se sintieron cojidos de un súbito pánico a consecuencia de haber sido heridos sus jenerales i caudillos Butapichon i Queupuante. Tesillo acusa a éstos de cobardes, especialmente al primero "que era grueso i pesado," pero que montado en un magnífico caballo huyó de lijera i temprano.

Segun Tesillo, los muertos fueron ochocientos doce, i los cautivos quinientos ochenta: total, 1392. Ningun herido.—Tesillo, conforme en todo con Rosales, afirma que en esta matanza solo murió un indio amigo; pero Olivares i Córdoba hablan de dos españoles i cuatro indios amigos muertos (Córdoba, páj. 225 — Olivares, 381).

Córdoba dice que en su niñez habló muchas veces con un capitan viejo que vivia en Chillan i se habia encontrado en la Albarrada.

CAPÍTULO XV.

Como entró en Puren y por maloquear sin órden quitó las piezas a los soldados. Vaxa a Santiago y tiene algunos topes por defender su jurisdiccion.

Entra el Gobernador a campear a Puren. — Despacha el Gobernador una viexa con un mensage a los indios para que den la paz. — Va el Sargento mayor a Culacura. — Adelántase y sospechan los capitanes y soldados que quiere hazer solo la maloca por llebarse los provechos. — Maloquean los soldados sin orden del Sargento mayor con el de sus capitanes. — Quítales el Gobernador las piezas por el desorden. — Offrece las piezas a los de guerra para que den la paz. — Embia Procurador del exercito a la Corte, y negocia para sí un gobierno y nada para el exercito de la gente que deseaba. — Llegó el situado y repartióle con cuidado. — Procuró que los soldados no jugassen el socorro y que se vistiessen bien. — Manda estropear a uno porque jugó los aforros de los calzones. — Redifica los fuertes de tapias y texa contra el fuego. — Redifica la estancia de el Rey. — Haze casas reales para los gobernadores. — Destierra a un vecino Fuenzalida y házese aborrecer. — La nobleza de Santiago mas se lleba de cortesias que de rigores. — Defiende la Audiencia a los vecinos de Santiago para que no los saquen a la guerra. — Captiverio de Guilipangui y sus zelos. — Húyesse a Puren. — Anima a los suyos para hacer una entrada por Doña Maria de Córdova. — Da traza que desmientan el camino por detras de la cordillera. — Marchan con la codicia y despéanseles los caballos. — Vuélvense y dexan para otro año el viage. — Dan el Virrey y la Audiencia de Lima sentencia en fabor del Gobernador. — Haze el Gobernador volver a Silva de Buenos Ayres con las cartas de la Audiencia.—Da doscientos azotes a un escribano. — Declara Su Magestad que el Gobernador ha de juzgar quando ay necesidad de sacar los vecinos para la guerra.

No le pareció al Gobernador Don Francisco Lazo dexar descansar al enemigo ni él descansó en la Concepcion, porque luego se partió para el tercio de Yumbel a disponer una campeada y entrar talando las sementeras y abrasando la tierra. Visitó los fuertes sugetos a Yumbel, y dexándolos bien fortificados salió a veinte y siete del mismo año, aviendo embiado primero a Puren a un famoso indio llamado Chanqueo, muy valiente y astuto, a que cogiesse lengua en la cienega de Puren, donde cogió doze indios y mató otros doze con veinte amigos que llebó. Siguió el viage y desde el parage de Guillinmabida echó toda la caballeria, assi españoles como indios amigos, a cargo de el Sargento Mayor del Reyno Juan Fernandez Rebolledo, y la gente de el tercio de Arauco, que vino a juntarse con el Gobernador en Ñiñingo, a cargo de el Maestro de campo Don Fernando de Cea, y entraron por differentes partes de maloca en Puren; pero como una entrada destas de Gobernador y los dos campos suena tanto, ya estaba el enemigo sobre aviso y por todas partes hazian humos, que es señal de que vienen los españoles, y todos se echaron al monte y escondieron con tiempo sus ganados, con que no hallaron en que hazer presa; pero hízoseles el mayor daño que se pudo, abrasándoles todas las casas y talándoles las sementeras, sin que se mostrasse indio ninguno ni se atrebiesen a parecer de miedo,

porque temblaban de la fama del Gobernador, que como les mató tanta gente en Arauco y la flor de los indios de guerra, no avia quien se la hiziesse.

Entre las piezas que cogió Chanqueo, traxo una india viexa, a la qual despachó el Gobernador a los indios enemigos con un mensage en que los convidó con la paz, y que a los que quisiessen reducirse a la obediencia de su Magestad y a la Fee catholica les volveria sus padres, hermanos y parientes; que entendiessen que la guerra que les hazia no era por el interes de las piezas, que no hazia caso de ellas, sino por castigar su rebeldia y las muertes que avian hecho de tantos españoles, y que de no hazerlo les avia de hazer la guerra tan apretada que se avian de rendir mal que de grado o perecer de hambre

Determinó el Gobernador pasar adelante hasta llegar a la Imperial y ordenó que el Sargento Mayor saliesse con toda la caballeria y los indios amigos a Culacura, diez leguas de la Imperial házia la cordillera, donde sabia que avia mucha gente enemiga y los bravos de la guerra. Salió el Sargento Mayor Juan Fernandez en execucion de su orden y el Gobernador prosiguió la marcha con toda la infanteria hasta el rio de Coipu, donde avia de aguardar la resulta de la maloca y el que la llebaba a su cargo, y resolvió adelantarse con los indios amigos hasta el rio de la Imperial con ánimo de coger lengua, y poniéndolo en execucion ordenó al capitan mas antiguo de los españoles, a quien le tocaba gobernar en su ausencia, fuesse marchando a buen passo hasta llegar al mismo rio, donde aguardaria para disponer el effecto de la correduria conforme la lengua que se cogiesse. Adelantóse con este pretesto y sucesivamente dieron los capitanes y todo el vulgo de los soldados a maquinar contra el Sargento Mayor, discurriendo que era malicia suya el adelantarse con los amigos y que el assumpto que llebaba era de hazer la maloca solo con ellos para llebarse el provecho y pillage de toda la presa.

Ellos imaginaban lo que era posible y lo que les avia enseñado la experiencia en otras ocasiones, y temian en esta se les desvaneciesse lo que por su industria les pudiera tocar, con cuya sospecha los capitanes, mas arriscados que obedientes y mas codiciosos que soldados, hallándose cerca de el rio de la Imperial, donde estaba el Sargento Mayor, se desordenaron confusamente para pasar de la otra parte. Oyó el Sargento Mayor el ruido y la confusion y trató de remediar el desorden y de detenerlos, ya con rigor, ya con suavidad; pero a gente desordenada es dificil reducirla, y viéndolos precipitados y que no los podia detener los dexó obrar en su desman. Passaron el rio y corrieron de la otra parte los españoles y captivaron ciento y cincuenta personas, y fuera mucho mexor el successo si se ubiera guardado orden y llebado los amigos por guias. Y deste successo se originaron grandes contenciones entre el Sargento Mayor y los capitanes y se retiraron a Coipu, donde los aguardaba el Gobernador, y tubieron lanzes apretados sobre acreditar cada uno su accion, y parecció al Gobernador conveniente procesar contra los capitanes por la inobediencia, y quitó a los soldados todas las piezas por el desorden, aunque los capitanes, oido su descargo, salieron absueltos de la culpa; y llamóse esta la maloca del desorden, y si le ubo fué en los capitanes, que los soldados no lo debian pagar, y despues reconoció el Gobernador que avia caido en el lazo de la codicia de las piezas en que muchos se enredan y trató de componerse en lo secreto con los dueños por no llebar ese cargo a la otra vida.

Este sucesso, aunque pudo ser mexor, no fué malo ni digno de despreciar, ni su desorden para dexar de referirle para escarmiento, que a vezes enseña tanto un yerro como amaestra un acierto. Declarábasse la fortuna en fabor de las armas españolas y deseaba el Gobernador no dar ensanchas al tiempo en aquella conquista, porque no sabia dexar tiempo ocioso al servicio de su Magestad. Y aviéndoles offrecido, por medio de la india arriba dicha y de otros mensages, a los indios de guerra el hazerles buen pasage y volverles sus mugeres y hixos si se venian de paz, obró mucho, porque con estas diligencias y la liberalidad que con ellos usó se vinieron muchos a nuestras tierras a vivir de paz.

Volvió el Gobernador de esta maloca a la Concepcion y determinó hazer despacho a su Magestad dándole aviso del estado de aquella guerra, informando con desengaño el fin de ella, advirtiendo que la guerra era fantastica por no tener cuerpo este enemigo y que era de calidad que se podia acabar en dos años dando assistencia y la gente necesaria, y no dándola se perpetuaria por muchos siglos. Nombró para esta embaxada el exercito por Procurador general a Don Francisco de Avendaño, señalándole una gruesa cantidad de ayuda de costa a cuenta de los sueldos de los mismos soldados, ayudando a este intento las ciudades de el Reyno: con que passó a España y dió memoriales sobre la materia a su Magestad, ajustándose con las instrucciones que llebaba; pero el effecto fué tener soldados en estampa y para sí el gobierno de el Tucuman: con que los soldados quedaron clamando por ver que a costa suya negociasse para sí el gobierno y para ellos nada: no debió de estar en su mano, que claro está que procuraria cumplir con sus obligaciones y con su conciencia.

Abiendo pasado el mes de Abril en estas disposiciones, llegó en el de Mayo el Real situado y ocupóse en su espedicion con gran desvelo y assistencia para que los soldados fuessen bien socorridos y quedassen contentos y vestidos con lucimiento, en que se desveló y puso grande efficacia, condoliéndose de verlos como solian andar descalzos de pie y pierna, rotos y mal vestidos; tan descaecidos en el trage que no parecian españoles, cuyo defecto se atribuia a las tablas de juego, donde perdian la ropa que se les daba para vestirse, y a otros desaguaderos y empeños que tenian con ellos sus proprios oficiales, sobre que se publicaron bandos rigurosissimos, dando solamente permiso a que se jugase el dinero y no la ropa, y prohibiendo que no se sacassen pagas ningunas de empeños de soldados en los pagamentos, sino que se le entregasse todo el socorro al soldado en tabla y mano como está mandado por placartes Reales. Y dió orden que los capitanes y officiales de guerra pusiessen por memoria los generos que se le daban a cada soldado de socorro para pedirles cuenta de ellos en la muestra de vestidos, y esta cuenta nunca la fiaba el Gobernador Don Francisco Lazo de los mismos officiales de guerra, sino de su mismo cuydado, y castigaba con severidad a quien no le daba buena cuenta, sin admitir disculpa, procurando obiar los daños de el juego, que parece predomina mas en este exercito que en otra parte de el mundo, siendo alli mas nocivo por las circunstancias que le hazen dañoso y perjudicial; y aunque fué rigor el hazer estropear a un soldado que avia jugado los afforros de los calzones con que le avian socorrido, fué de importancia para poner freno a la demasia de los demas en malbaratar los socorros sin atencion al lucimiento de sus personas por dar gusto a las manos y cebo al

apetito del juego. Con que en adelante se vistió y lució la soldadesca y no se via soldado descalzo ni mal vestido, accion que fué muy aplaudida, porque assi para la estimacion de el soldado como para el respeto de el enemigo, es de grande importancia que ande bien vestido: que el soldado lucido honradamente se engrie, y bien tratado obra con honra, y al desnudo le desprecia el enemigo y se le atrebe como a dominguejo y como a espantajo de güerta, que al principio le temen las aves y luego se sientan sobre él.

Otra cosa hizo que fué de grande importancia y de vigilante soldado: que despues de aver hecho vestir y reparar la desnudez de los soldados, hizo reparar la de los fuertes, que vestidos y cubiertos de palos y de paxa eran cada dia desprecio de el enemigo, amenazándolos y entregándolos a las voraces llamas de el fuego, y ocasion a los soldados de muchas pérdidas, porque a leve descuido se pegaban fuego, con pérdida de sus alaxas, armas y vestidos. Y assi mandó hazer de tapias y cubrir de texa los fuertes, vistiéndolos de firme defensa contra los continuos sobresaltos de el fuego, por quitar esa gloria al enemigo y las contingencias de los descuidos de los soldados y inadvertencias de los tabaqueros, que son causa de muchos incendios; y particularmente puso mas conato en el fuerte de la estancia del Rey por ser ordinaria vivienda de gobernadores soldados, que procuran hazer alli frente al enemigo, y ser presidio de españoles, que padecia la misma nota de imperfecto; que los demas se fortaleciesse. Hizo casa para gobernadores y fuerte para soldados, de tapias y cubierta de texa. Y en la Concepcion hizo tambien casas reales para los gobernadores, aviéndose contentado los antiguos con aver vivido entre unas paredes caidas, con notable desautoridad de lo que representa la persona de el gobernador. Esta fábrica la dispuso con admirable perfeccion y providencia, acabándola en dos años, sin gasto de la hazienda real ni la de el situado, y aplicándoles vacantes de encomiendas y pensiones de ellas, con que se halló el Rey con fuertes para la resistencia de el enemigo sin costo de su hazienda, y los gobernadores con casas en que vivir dignas de sus representaciones. Son estas acciones de mucho aplauso por ser en bien de la República, y si todos los gobernadores procuraran adelantar las ciudades, crecieran con utilidad de los moradores y dexaran las memorias que dexó este gran gobernador y republicano.

Vaxó a la ciudad de Santiago el invierno, porque los gobernadores hallan convéniencias en baxar, assi de el bien público como proprias. Fué recevido de el Cabildo a veintinueve de Junio y de toda la ciudad con grande ostentacion y aparato, y el Cabildo eclesiastico no hizo menores demostraciones, reciviéndole su prelado Don Francisco Salcedo vestido de pontifical a la puerta de la iglesia y con mucha musica y villanzicos hechos en alabanza de la memorable victoria de Arauco: cantaron el *Te Deum Laudamus* y le llamaban restaurador de la patria. A pocos dias llegado, para entablar respeto y hazer obedecer los bandos, mandó prender a los que avian sido transgresores de los que el año antes avia echado, mandando que le siguiesen a la guerra los vecinos, señalando el Cabildo cincuenta personas, de las quales por condescender con los ruegos quitó veinte, y aun con todo eso faltaron de los señalados, valiéndose del amparo de la Real Audiencia y de una cedula real de el año de 1612 que la ciudad de Santiago tiene ganada para que los gobernadores no saquen a la guerra a los vecinos si no es en gra-

ve necesidad, y caia sobre averse visto en grandissima, porque el apercebimiento avia sido el año antes con las noticias de la grande junta que se esperaba y de la mas memorable batalla que ha habido, que fué la de Arauco.

Entre los que prendió fué uno Don Antonio de Escobar, que por noble y emparentado hizo grande sentimiento y recurrió a la Real Audiencia en su defensa; y su tio el Capitan Francisco de Fuenzalida hizo piernas y habló con sentimiento en el caso; y quando ya se componian las diferencias y se templaba el Gobernador, mandándole soltar con fianzas, no quisieron sino llevar el negocio por via de justicia y recurrir a la Real Audiencia para que declarasse sobre el caso de si podia el Gobernador o no llebar los vecinos a la guerra, por lo qual pasando adelante los disgustos que causan las competencias de jurisdiccion, desterró el Gobernador al Capitan Francisco de Fuenzalida al fuerte de Lebo, con sentimiento de toda la ciudad por ser persona muy estimada en la República por su prudencia, valor y nobleza, con que se hizo temer y aun aborrecer, que siempre sigue al temor el aborrecimiento; y a juicio de discretos no se han de valer los gobernadores de la fuerza y el poder, sino hazerse respetar con el amor y agasaxo, y mas quando los pueblos que gobiernan son de ánimos gallardos y generosos, como lo es la ciudad de Santiago, que sus vecinos como nobles han hecho generosas ostentaciones de su vizarria, sirviendo voluntariamente en la guerra y siguiendo a los gobernadores quando los han obligado con cortesias y no abasallado con apremios, y gastando generosamente sus haziendas en regalarlos y servirlos, y en ostentaciones a la guerra, llebando a su costa muchos camaradas que sirvan al Rey, caballos, reposteria y yanaconas, que todos son lanzas para las ocasiones de rencuentros con el enemigo.

Hizieron muchos empeños los Oidores en defensa de los vecinos, teniendo por mexor su causa por razones superiores que con sus muchas letras tenian, y le digeron que no saliesse de la prision por orden de el Gobierno, que la Sala de Justicia le echaria fuera, y que ademas de que a él le estaria bien, le hazia al comun, porque se entablaria que los gobernadores no echassen mano de los vecinos de Santiago en ningun tiempo en cumplimiento de la Real Cedula, y por la importancia de que no se desabrigasse la ciudad de Santiago de la gente y vecinos para las contingencias que pudieran suceder de algun alzamiento o entradas de enemigos: que el año antes tubo la ciudad de Santiago una nueva muy viva de que venian a maloquear a Rancagua a la estancia de doña Maria de Córdova los indios enemigos, desmintiendo caminos y dexándose caer por la cordillera a su estancia, y para semexantes casos y alzamientos que cada dia intentan los indios es necesario no dexar desamparada la ciudad: que fué assi, que el mismo que trahia la junta me contó el caso despues que dió la paz y me dixo cómo él avia sido prisionero de el Maestro de Campo Don Gaspar de Soto, el qual le embió a su estancia con otros muchos indios que avia cogido en las malocas para que alli sirviessen. Y aviéndole dado muger, tubo no sé qué sospechas de otro indio que se la inquietaba, y escondiéndose en un bosque se puso a acechar a la muger a donde solia irse a bañar, y biendo que iba en su busca el galan, acometió a él y le dió de puñaladas y se huyó otra vez a su tierra, que era Puren. Fué en ella bien recebido, y por ser noble y tocarle de derecho ser cacique le entregaron el gobierno y se hizo muy conocido por su valor y por su nombre, que era Gui-

lipangui, que significa Uña de leon. Este Guilipangui convocó a los suyos de Puren y a otros sus convecinos, y contándoles sus historias y captiverio, les dixo la mucha riqueza que avia en la estancia del Maestro de Campo Don Gaspar de Soto y como tenia una muger mui hermosa a quien él deseaba tener por muger. Que se animassen a hacer una entrada, que todos quedarian ricos, porque demas de esa estancia avia por alli otras y estaba cerca de Santiago y podrian hazer un hecho azañoso; y que la traza que avian de tener para llegar a la estancia sin ser sentidos de los españoles y amigos que ay en el comedio, en el distrito de cien leguas que ay de Puren a Rancagua, era desmentir todo este camino pasando la cordillera y caminando esas cien leguas por detras de ellas, y en llegando enfrente de Rancagua dexarse caer la cordillera abaxo, que al pie de ella estaba la estancia. Notable ánimo de indios, rara osadia y rodeo, que si no es quien le ha andado, como yo y bien pocos, le sabrán ponderar. Salió Guilipangui con los indios mas valientes de Puren y de otras provincias en demanda de su señora doña Maria de Córdova y con la codicia de los despoxos que esperaban de su riqueza; y la ventura fué que como pasaron tantas cordilleras y tan ásperos y largos caminos, se les despearon los caballos quando avian de volver a pasar la cordillera para baxar a Rancagua, que si baxan hazen grandisimo destrozo, porque cogian la gente descuidada y les daban por las espaldas y por camino jamas andado ni imaginado. Y aunque el Guilipangui los animaba que en llegando a Rancagua tendrian hartos caballos que remudar, no los pudo hacer pasar adelante y solo determinaron dexar alli algunos caballos en los puelches para volver a otro año y hazer la entrada con aquellos caballos que alli hallassen descansados, que despues se desvaneció; pero este amago dió mucho cuydado a Santiago, y prudentemente defendian el desabrigarse de la gente que podia defender la ciudad y sus partidos, y los Oidores favorecian esta causa, y aunque hallaron mucho hombre en Don Francisco Lazo, fueron muy enteros y la defendieron entonces con las razones que les hazian fuerza. Pero despues, llebada la causa al Virrey y Audiencia de Lima, vino declarado por su Excelencia y por la Real Audiencia de la ciudad de los Reyes en favor de el Gobernador, revocando lo actuado por la de Santiago. Y aviendo despachado sobre estos disgustos al Capitan Silva con cartas para el Consexo por Tierra, embió el Gobernador tras él un Ayudante con soldados, y con titulo de que era soldado y que no avia borrado la plaza, aunque avia muchos años que no acudia a la guerra, le trageron de Buenos Aires y le embió a servir al castillo de Arauco, sobre que ubo varios pareceres y muchos sentimientos que fueran largos de referir y aprovechan poco, y destos disgustos le tocó gran parte a un escribano, hombre honrado y tenido de todos por legal, que arrebatadamente y con rigor de justicia le hizo dar doscientos azotes, lastimando con ellos a toda la ciudad por ser persona que estaba bien acreditada. Destos disgustos de las cabezas tomaba el vulgo novelero ocasion de murmuraciones y novedades, dividiéndose en parezeres, los quales en estos tiempos han cesado por aver confirmado su Magestad la declaracion de el Conde de Chinchon, Virrey de el Perú, en que declara tocarle al Gobernador y Capitan General el conocimiento de la necesidad y la declaracion de ella para sacar para la guerra los vecinos de la ciudad de Santiago, que fué el batallon de este pleito.

CAPÍTULO XVI.

La muerte de un gran cosario enemigo, Queupuante; el cuidado con que vivia porque no le cogiessen, y la traza que dió una de sus mugeres para poderle coger.

Sagacidad y cuidado de Queupuante para que no le cogiessen los españoles. — El gran consexo de este indio. — Húyesele una muger a Queupuante al Estado de Arauco. — Dize el cuidado con que vive para que no le cojan. — Piden a la muger que les dé la traza para cogerle. — Dásela y dize que no ay otra sino ésta. — Da la traza dónde y cómo le han de coger. — Salen doze indios afamados; caminan por los montes al lugar señalado. — Pelea Queupuante con valor. — Dizenle que se dé, que no le quieren matar, y pelea con mas valentía. — Asele y dale Clentaro un machetazo en la cabeza, y quitándole el machete le da él uno en la cara. — Mátale Loncodeu y córtale la cabeza. — Contienda sobre la muerte de Queupuante. — Eligen nuevo General los de Ilicura en una gran borrachera. — Dan sobre ellos los nuestros, matan al general y cogen 50 piezas. — Pónese en la plaza de Santiago en un palo la cabeza de Queupuante y házese fiesta. — No se rinden los de Ilicura por mas que los apura Don Fernando de Cea. — Viénense algunos de paz por sus mugeres, y es necesario vivir con cuidado con ellos.

Este año de treinta y uno tubo el Maestro de campo Don Fernando de Cea un gran sucesso, gozando de su fortuna el Estado de Arauco en correrias y malocas, y entre otras hizo una muy a la medida de el deseo que el Gobernador tenia, de coger al mayor cosario que tenia la tierra del enemigo y residia en Ilicura, que era el barbaro Queupuante, uno de los generales de toda la tierra de guerra, que fué el indio de mayor consexo, mas sagaz y mayor soldado que se tiene noticia aver avido en esta guerra de Chile, el qual vivia con tal cuidado que aunque intentaron diversas vezes cogerle y en orden a eso hizieron grandissimas diligencias, se les desvanecian siempre, porque tenia diversos ranchos y los mudaba a menudo, y tenia en cada uno cuatro puertas para poderse escapar, y siempre arrimado a un monte que le servia de muro y de sagrado para ponerse en huida. Y este indio no sembraba ni cuidaba de eso, sino de guardar y reconocer los caminos, y toda la tierra le tributaba de sus sementeras para que estubiesse desembarazado para acudir a la guerra y a la defensa de la patria. Era sobremanera valeroso y de parezer tan acertado que por su industria tubo el enemigo grandes victorias, y si quando vino la junta grande el año pasado de siete mil indios a Arauco, siguen su parezer, ubieran hecho grande estrago y quizá no ubiera logrado el Gobernador Don Francisco Lazo tan grande ocasion ni ganado la inmortal memoria que por esta victoria alcanzó, porque su parezer avia sido que diessen de noche en el quartel ¡y se embistiesse a la chusma de los indios amigos que estaban a su abrigo, y que el Gobernador saldria a su defensa con el tercio, y con la obscuridad de la noche y la confusion

de las armas, les seria facil abrasar el quartel y mezclados unos con otros alcan zar una gran victoria, porque no pudiendo los españoles con la obscuridad hazer punteria con sus arcabuzes, los cogian como desarmados y los captivarian a todos.

A este gran general, que por fuerza de armas ni por malocas avian cogido tantas diligencias, dió la traza para cogerle una muger suya, como otra Dalida para prender a Sanson. Avíase huido una muger, de muchas que tenia, por algunos sentimientos domesticos, y venido al Estado de Arauco, donde tenia parientes; y tratando con ella de las diligencias que se avian hecho para coger a su marido, dixo la india: "no os canseis, que por mas que hagais es imposible cogerle, porque aunque tiene muchos ranchos no tiene ninguno determinado donde vivir, y vive con tan gran cuidado que oy come en uno y mañana en otro, y en ninguno duerme, porque una noche duerme segun nuestra usanza con una muger en un monte y aquella le tiene de comer en su rancho, y otra noche se va a dormir con otra a otra parte y montaña diferente, sin que ninguna de las otras mugeres sepa a donde va, y amaneciendo coge su lanza y va a reconozer los caminos y viene a comer un vocado, y sin parar mas en su casa vuelve al mismo exercicio como vigilante general, sin tener otra ocupacion ni cuidado."

Los españoles y los indios mas valientes de Arauco, que la estaban oyendo, admirados de su vigilancia y astucia de Quecupuante, digeron a la india que ella sola les podia dar la traza como cogerle, y que pues se avia venido a vivir con ellos y les avia dado el corazon, les describiesse el secreto y el modo para poderle coger. A que respondió la india: "yo os daré la traza, y si la executais le cogereis sin duda, y si salis de lo que os digere, bien podeis desafuziaros de dar con él, porque su cuydado, su desvelo y su astucia es tal, que ninguno podrá dar con él, por no tener lugar conocido ni cierto donde le pueden hallar; pero yo os daré la traza y os señalaré un lugar cierto donde viene todos los dias, que es un chorrillo que está en frente de sus ranchos. Aqui, despues de aver reconocido desde que amanezo todos los caminos con su lanza arrastrando, viene a las diez de el dia cansado y sudando, y para descansar y refrescarse clava la lanza, quítasse las camisetas y váñassé, y luego va a comer un vocado a un rancho y vuelve a salir al punto. Donde le aveis de echar una emboscada, es en este chorrillo y arroyuelo y aguardarle hasta las diez de el dia, que esa es la hora infalible y ese es el lugar cierto, y para esto no aveis de ir muchos, porque no seais sentidos ni hagais ruido, sino pocos y buenos."

De grande gusto fué para el Maestro de campo Don Fernando de Cea y para los indios araucanos esta relacion de la india y la traza que dió para coger a este astuto barbaro, y quadróles tanto, que luego la pusieron en execucion del modo que ella lo trazó. Escogieron para esto doze indios, los mas animosos y valientes de todo Arauco, donde no avia ninguno que se tubiesse por menos, siendo los principales Lonco Deu, indio muy valiente y determinado, hijo de el Gobernador de las armas de Arauco, Catumalo, muy hijo en el valor de tan valeroso padre. El otro fué Clentaro, de grande estatura, de valiente lanza y de animoso corazon y industria en la guerra; el otro Relmuta, gran cosario, de su propria tierra Ilicura, cuchillo de sus proprios parientes y azote de su nacion; y no nombro a los demas por evitar molestia, que todos eran criados en una misma leonera y cada uno no queria reconocer ventaxa en el

otro. Fueron con gran silencio caminando a pie de noche y por entre las espesuras de los montes, porque no pudiessen los enemigos sentirlos, y el mayor rastreador de todos, Queupuante, dar con sus huellas, y llegando al arroyuelo señalado se emboscaron y le estubieron esperando con grande vigilancia y atencion, quando a las diez de el dia ven que viene enderesando para el chorrillo, hecho un Argos, mirando a todas partes, arrastrando su lanza, y que en llegando la clava, y quitándosse las camisetas, se comienza a vañar. Y al punto salen los doce pares, no de Francia, sino de Arauco, y cercándole como los cazadores a la fiera para que no se les huya, le acometieron con grande esfuerzo. Bien conocian que no era valentia pelear tantos con uno, pero experimentaron que para un Queupuante eran menester todos, porque al punto que los vió salir del monte cogió su lanza y se defendió tan valerosamente que los puso en cuydado. No intentaban al principio matarle, sino cogerle vivo y llebarle por triunfo de su victoria, esperando que por él se reducirian muchos a la paz, y persuadíanle a que se diesse, diziéndole que ya no le era posible escapar y que a persona tan grande y tan valerosa no querian matarla sino llebarle consigo, para tenerle por compañero en armas y no como prisionero. Mas él, nombrándose con vizarria y grandeza de corazon, decia: "Yo soy Queupuante, que a ninguno he rendido mi lanza," y jugándola con destreza, daba a todos bien en que entender, hasta que ganándosela el afamado y valeroso Clentaro se estrechó con él y le dió un gran machetazo en la cabeza, y sobre quererle sugetar por tenerle asido le quitó Queupuante el machete con que le avia herido, y lebantándole le dió tal machetazo a Clentaro en la cara, que le derribó medio carrillo, con que dexándole medio aturdido se libró de él. Pero no pudo librarse del valeroso Loncodeu, cuyo nombre significa Cabeza de raton, y mexor diera llamarse Cabeza de leon, que cerrando con él como un leon, le dió tal lanzada, que por ella salió presurosa el alma, y cortándole con presteza la cabeza, se retiraron por no ser sentidos y se la trageron al Maestro de campo, que recivió grandissimo gusto y alabó la buena determinacion de tan valientes capitanes, entre los quales ubo grande competencia sobre quien se avia de llevar el lauro de la victoria, porque Clentaro le pretendia por aver sido el primero que le ganó la lanza que le llegó a assir y le dió una gran cuchillada en la cabeza, y en testimonio de su valor sacó él una de su mano en el carrillo, cuya señal le quedó hondamente impresa para executoria de su valentia. Mas Loncodeu alegaba para testimonio de su muerte que con su lanza le avia sacado el alma, y como mas principal y por hixo del gobernador de las armas, Catumalo, se llebó la palma y los parabienes de todos.

Al paso que los araucanos se alegraron y hizieron fiestas a la buena suerte, los de Ilicura hizieron llantos a la muerte de su general, y quando los araucanos juzgaban que faltándoles su general, su cabeza y su defensa avian de dar la paz, fué muy al contrario, porque antes hizieron un grande llamamiento y una solemne borrachera para elegir nuevo general y vengar la muerte del diffunto. Tubo aviso Don Fernando de Cea en Arauco desta solemnidad y quiso aguársela con trescientos amigos y cien españoles que con lenguas reforzadas de el dia de la eleccion dieron sobre ellos para que conociessen lo adverso de su fortuna y lo feliz de la de el contrario. Y cogieron cincuenta captivos, muchos despoxos de armas y caballos, y la mayor

suerte fué que mataron al nuevo general electo, que se llamaba Loncomilla, que significa Cabeza de oro, que como la estatua de Nabucodonosor cayó en tierra por tener los pies de barro.

Grandes dos sucesos o uno continuado que puso pabor al enemigo y causó grandes regocixos en todo el Reyno, y para que Don Francisco Lazo pusiesse a sus pies la cabeza de este barbaro Queupuante, como pusieron sus antepasados la cabeza de el moro soberbio, se la embió el Maestro de campo a la ciudad de Santiago, donde al presente está con la relacion de las victorias, porque se dieron muchas gracias a Nuestro Señor, y con repique de campanas, luminarias y achones, se celebró la fiesta, y la cabeza de Queupuante se puso en la plaza de Santiago en un palo para triunfo de tan gran victoria, en cuyo suceso y traza para cogerle me he esplayado algo, por averle visto impreso con elegancia por el Maestro de campo Santiago de Tesillo, pero muy differentemente; y como yo estube tanto tiempo en Arauco supe de cierto la traza que dió su muger para que le cogiessen, que fué a quien se dieron las gracias y parabienes de la victoria, que lo que el poder no avia alcanzado lo consiguió la industria; y como los filisteos no pudieron vencer a Sanson por armas y al cabo lo consiguieron valiéndose del arbitrio de su muger que les descubrió el secreto de su fortaleza, assi les sucedió a los araucanos con Queupuante y su muger. (1)

Nada de esto bastó para sugetar la rebeldia de los indios de Ilicura, que por la defensa de la patria tenaz y porfiadamente guerreaban, juzgando por felicidad morir todos en su defensa. De ninguna nacion del mundo se lee tan fiera obstinacion, que sin duda excede a todas, y no pueden compararse con ellos ni los griegos ni romanos, a quienes tanto celebran las historias. Y ninguno se persuadirá que estos dos sucesos cayeron sobre averle cogido y muerto al enemigo seiscientas personas este imbierno, porque el diestro Maestro de campo Don Fernando de Cea, una maloca venida y otra ida, no los dexaba descansar, sin que por esto se reconociesse en ellos flaqueza. Algunos dieron la paz por gozar libres sus familias captivas, forzados de el amor a los hixos y mugeres, y se quedaron entre los amigos, y a estos llamamos Veliches, y son los que hazen la guerra mas sangrienta a los de su propria sangre cuando se reducen de corazon. Y no tiene duda, sino que es muy essencial la union de estos veliches con los amigos, pero es mas peligrosa por poco segura, que siempre se les ha de estar mirando al semblante de el rostro, ya que no se les pueden penetrar los corazones, porque como amigos por fuerza o reconciliados son siempre enemigos encubiertos, aunque no es lo general, que de estos han salido algunos grandes amigos y han hecho por los españoles notables empeños contra los de su propria nacion.

Este año le llegó una cedula al Gober-

(1) Efectivamente, Tesillo cuenta de mui distinta manera este suceso, porque refiere (páj. 53) que Cea envió una division de trescientos hombres contra Queupuante, que rodearon su casa a media noche i sostuvieron una reñida batalla con el indio i sus parciales, hasta que al amanecer lo estrechó Longo *(Longodeu)*, hijo de Catimalo *(Catumalo)*, i con un alfanje le hizo una herida en la cabeza "que fué bastante ventana para que saliese el alma."

Tesillo era capitan de Lazo de la Vega i cuenta todo esto como contemporáneo. Pero mas digno de fe es el testimonio de Rosales, no solo por sus respetos, sino por haber sido testigo presencial, como que él nombra los guerreros que fueron a la sorpresa del jeneral indio, las heridas que sacaron, etc., i todo como si lo hubiese visto.

I es así, sin embargo, en medio de contradicciones tan palmarias, como se escribe la historia por sus mismos actores!

nador Don Francisco Lazo de su Magestad, expedida el año antes de 1630, en que le manda que exorte al Obispo de la Concepcion, Don Gerónimo de Ore, para que se enmiende en la facilidad que tiene de ordenar de sacerdotes a hombres in capaces, inicuos, sin letras, facinerosos y de vil nacimiento. Y sobre lo mismo escribe tambien al Virrey para que se ponga remedio, porque el buen Obispo, aunque era un santo y de loable vida, ya por la necesidad que tenia de sacerdotes, ya por la bondad de su natural, ordenaba sin distincion de personas, y ordenó a muchos indignos de el sacerdocio, que movió a las personas zelosas a dar cuenta a su Magestad para que le fuesse a la mano y reprimiesse tanta facilidad con su exortacion, que es severo mandato. Pero llegó tarde, que ya avia muerto quando llegó esta cedula, y assi, dexándole en su descanso, pasemos a los sucesos de la guerra, que no es mi intento censurar acciones de tan gran Prelado, sino avisar a los demas quan mal suena en los oidos de un Rey tan celoso y quan estrecha cuenta darán al Supremo los que tienen semexante facilidad en ordenar personas indignas.

CAPÍTULO XVII.

Entra el Gobernador campeando hasta la Imperial. Coge el Maestro de Campo Juan Fernandez trescientas piezas. Ardid de Catumalo para coger algunos indios; y de otras buenas suertes que hicieron nuestras armas en tierras de el enemigo.

Año de 1632. — Eligen por General a Butapichon y trata de entrar en nuestras tierras. — Sale el Gobernador a opuesto. — Embia a maloquear a Juan Fernandez y coge 300 piezas y seis mil cabezas de ganado. — Pasa el Gobernador a la Imperial. — Rescata muchos captivos. — Sale con mil caballos en busca de la junta Don Fernando de Cea. — Tala y abrasa y no se dexa aplacar el Gobernador de los caciques. — Ardid de Catumalo. — Mata veinte y coge onze. — Cogen en una emboscada un indio fugitivo. — Que en esta guerra vale mas el ardid que la fuerza. — Buena suerte de el Maestro de campo. — Daños que se hizieron en esta entrada. — Haze una buena maloca el Maestro de campo. — Despacha gente a Puren. — Haze buena suerte el Teniente Muela. — Sálele al camino el enemigo y pelea cinco vezes. — Mata ciento y cincuenta indios. — Haze otra buena suerte el Maestro de campo. — Haze el Sargento Mayor una gran suerte en Puren. — Retíranse los de Puren a la Imperial.

Tubo noticia el Gobernador que mas obstinados los indios (que nunca el castigo los mexora) querian unir sus fuerzas haziendo llamamiento general de sus provincias y remitir a la fortuna de una vez todas las cosas, capitaneados de Butapichon, eligiéndole por general, por ser, despues de Quenpuante, el mas opinado en industria y valentia y el de mas autoridad en riqueza, que en todas partes es la que se haze el primer lugar. Juntó sus fuerzas y hízoles un grave y fervoroso razonamiento exortándolos a morir en defensa de la patria, proponiéndoles sus victorias y animándolos a conseguir honor y fama con sus hechos. Trató luego de no tener ocioso el officio de general y convocó todas las fuerzas para hazer una entrada a las tierras de los españoles y dividiendo sus quadrillas dar unos en los tercios y otros en las estancias y potreros. Previno Don Francisco Lazo, luego que llegó a la Concepcion, el salirle al oprosito y anticipóse a buscarle con mil y ochocientos hombres españoles y indios amigos. Salió de el tercio de San Felipe y marchó hasta Curalaba, donde se acuarteló, y sin dilacion de tiempo mandó que el Sargento Mayor Juan Fernandez Rebolledo saliesse de alli con la caballeria a correr a Repocura, y que aviéndolo hecho, se retirasse a Quillin, donde le aguardaria. Executó el Sargento Mayor el orden con singular vigilancia y acierto, y acabándose de aquartelar el Gobernador en Quillin, llegó Juan Fernandez con trescientos captivos y seis mil cabezas de ganado. Pareció a todos los capitanes que con tan buen suceso debia retirarse el Gobernador y no aventurar su fortuna, que le avia sido tan prospera, porque si el enemigo venia desesperado a recuperar sus piezas, se pondria en alguna contingencia.

Al Gobernador no le pareció dexar de proseguir el viage, porque dixo que no venia por piezas sino a castigar y poner terror al enemigo; y que si estaba junto, asi le queria para pelear. Y assi marchó a la Imperial, y antes de alzarse el campo llegaron los indios y digeron que venian con mensage de los indios y caciques de Repocura a pedir al Gobernador que cesasse de el castigo y tratasse bien a los captivos, que darian la paz. Y la respuesta fué que mientras no se redugessen de corazon y a donde él quisiesse, no avia de alzar la mano de su castigo, y que si las piezas las quisiessen, que de manifiesto estaban para devolvérselas a los que se redugessen, con que los despachó y marchó el campo por el mismo valle de Repocura. Este mismo dia se vinieron de paz tres indios con sus mugeres y chusma. Y llegando muchos de los indios rebeldes a hablar a Don Francisco Lazo, los recevia con afabilidad, y le pedian que poblasse en sus tierras por no dexarlas para ir a vivir a otras, que alli le darian la paz. Y como ellos trataban de sus conveniencias, trató el Gobernador de las suyas. Y este dia hizo muchos rescates de españoles captivos, dando en trueque muchas de las piezas que avia captivado. Y el dia de pascua de Navidad entró en la asolada ciudad de la Imperial, en cuyas ruinas lloraron su pérdida muchos que la conocieron por patria y con mucho lustre y concurso de vecinos. Y otros celebraron el aplauso de volverla a pisar despues de el alzamiento, con regocixo de carreras y escaramuzas, dando el parabien al Gobernador. Y aviéndose aquartelado a las margenes de el rio de la Imperial, desde alli fueron con escoltas quemando las casas de los rebeldes y taláudoles las sementeras, sin que moviesse a ponerse en defensa al enemigo el ver tantos daños como le hazia el exército español, aunque se supo que estaban juntas en la otra parte de el rio mil y quinientas lanzas y que hazian tiempo para juntar mayores fuerzas. Y para deshazer sus intentos y salirlos a buscar, ordenó el Gobernador que saliesse el Maestro de campo Don Fernando de Cea con mil caballos y algunos infantes a la gurupa, y que fuesse en busca de el enemigo, el qual no se resolvió a esperarle, porque retirándose acceleradamente dexó el campo libre y el Maestro de campo destruyó sin oposicion quanto avia por aquella parte.

Y viendo que el daño pasaba tan adelante, salieron los caciques con camaricos y regalos de aves, corderos y frutas de la tierra a aplacar al Gobernador, y como iba con determinacion de asombrar al enemigo mas con el effecto que con la fama, no se dexaba aplacar, sino que proseguia en la tala marchando cada dia muy poco, por no dejar cosa por hazer, y con mucho concierto saliendo él el primero y parándose a ver marchar el campo con grande orden, y assi proseguia sin consentir desman ni desconcierto, con que nunca tubo el enemigo ocasion de lograr suerte ninguna en gente desmandada, que es toda su guerra. Andaban differentes tropas a vista de el exercito con seguridad, ya en emboscadas, ya en las cuchillas de los cerros, esperando algun desorden o gente dividida de el egercito para dar en ella. Y aunque de nuestra parte se les echaron algunas emboscadas, no se pudo hazer suerte en ellos, que como dueños de la tierra huian con destreza de los lazos que les armaban. Y enfadado Catumalo, indio amigo y gobernador de los de Arauco, tan valiente como ardidoso, de ver que no los avian podido coger en ninguna emboscada, previno un ardid militar muy digno de referirse.

Iba Catumalo con su compañia de ami-

gos en la manguardia de nuestro exercito y avisó al gobernador que se avia de quedar atras con mañosa disimulacion y avia de embestir muy vivamente a nuestra retaguardia, y que le embistiesen a él disparándole mucha alcabuzeria quando acometiesse, para que el enemigo, que estaba a la mira, no lo notasse y entendiesse que era alguna quadrilla de los suyos que peleaba con los españoles. Executóse la fingida escaramuza y despues de aver peleado un buen rato y disparádole muchos arcabuzazos al ayre a Catumalo y a los suyos, y fingido algunos que los derribaban con las valas, se fué huyendo hazia una quadrilla de enemigos que venia a la mira de nuestro campo como para abrigarse de ellos, y juzgando que eran de los suyos los que peleaban contra los españoles y se iban retirando para ellos, los salieron a defender y a abrigar debaxo de sus lanzas; y llegando cerca de ellos Catumalo con su quadrilla, los embistió con tal furia que mató a veinte y captivó a onze, y por ser la tierra montuosa se escaparon ocho y muchos muy mal heridos, como se supo de otros indios que fueron llegando de paz a nuestro campo. Reconocidos los presos, se halló eran personas de cuenta, y por rescatar con ellos algunos de los captivos españoles de los años atras, no los ahorcaron. En otra emboscada que dispuso Catumalo en la retaguardia cogieron un indio barbado, llamado Blas, que habia sido amigo y christiano y se rebeló, y entre los indios enemigos se hizo hechizero, y asseguran los indios de la reduccion de Talcamavida que se hazia invisible y entraba en su reduccion y le veian, y en saliendo a él no le hallaban; murió ahorcado y confesado, haziendo actos de christiano, y le acompañó en la muerte otro valenton, gran cosario, que avia hecho muchos daños en nuestras tierras. Alcanzó Catumalo con su industria lo que no se pudo conseguir con la fuerza de un exército, y fué célebre su industria, que entre estos indios la guerra tiene mas de maña que de fuerza. Y siempre que se puede asegurar la pérdida de un exército, es mexor no aventurarla y valerse de el ingenio y de el ardid, como lo practicaba este valeroso y astuto gobernador araucano Catumalo, de cuyo consexo se valia mucho el Gobernador Don Francisco Lazo por ser tan acertado y de persona de tanta esperiencia.

Supo el gobernador de los captivos que miéntras él estaba haziendo campeada al enemigo la tierra adentro, se avia entrado el enemigo en las reducciones de Arauco y Carampangue y llebádose una india viexa sola, por no aver hallado la gente en sus casas, que en tales ocasiones queda la chusma resguardada en el fuerte de Arauco al abrigo de los españoles; y sabido de los indios amigos de Arauco, pidieron licencia al Gobernador para adelantarse y ir a vengar la injuria y ataxar al enemigo. Diósela el Gobernador, y porque no tubiesen algun desorden mandó al Maestro de campo Don Fernando de Cea los acompañasse con alguna caballeria, y con aver sido sentido de las centinelas que tenia el enemigo sobre los altos de Puren, apretó para llegar tan presto como el aviso y llegó a tiempo, que ya se echaban al monte, y con todo eso llegó tan a tiempo que mató veinte indios de los que avian entrado a Arauco y cogió cincuenta captivos sin pérdida ninguna, como ni tampoco la hubo en esta feliz campeada de Don Francisco Lazo, que se reputó por la de mayor importancia que se ha hecho, porque el número de los captivos fueron quinientos en varias partes; los muertos setenta. Cogiéronse doze mil cabezas de ganado, trescientos caballos; rescatáronse siete españoles captivos; viniéronse cuarenta y nueve

indios de los que estaban captivos, y a vivir con los indios amigos se vinieron sesenta indios con sus familias, dando la paz.

Luego que cesó la xornada de la Imperial y se dividieron los tercios de Arauco y San Felipe, y el gobernador se retiró a la estancia de el Rey, dispuso desde alli muchas cosas importantes al gobierno de el Reyno y el bien público. Provocaba el enemigo de Puren y Ilicura con amago de hurtar caballos en nuestras fronteras y picaba en ellas con gente ligera; parecia insuperable la dificultad de arruinar de todo punto estas dos provincias, las mas pertinaces de todo lo rebelde, y su muralla inaccesible, por lo espeso de su montaña y lo belicoso de sus naturales. Pero Don Francisco Lazo se resolvió aplicar alli los mayores esfuerzos, y mandó a Don Fernando que con las armas de Arauco saliesse a Puren y a Iicura, y encontrando con las centinelas de el enemigo, mató ocho y cogió cinco, porque se escaparon algunos y pusieron en cuidado la tierra; pero el accidente fué dañoso por ser sentido. Hizo la desecha de que se volvia y aquella misma noche dexó trescientos amigos y cien españoles emboscados, quedando en parte distinta de la avisada: mataron ochenta enemigos y captivaron mas de ciento y veinte, cogieron ciento y ochenta caballos y se retiraron a encorporarse con el Maestro de campo general, que sin pérdida ninguna llegó al Estado de Arauco y con mucha ganancia.

Uno de los prisioneros que en esta ocasion traxo el Maestro de campo avisó al Gobernador que en los altos de Puren avia unos indios que hazian vigia y daban aviso a la tierra y despachaban a nuestras tierras a la ligera a hurtar caballos, y offreció ser amigo y reducirse a la obediencia por gozar con quietud de su familia, que también estaba captiva, y facilitó el guiar a nuestra gente a este parage. El Gobernador lo remitió al Maestro de campo general con orden que despachasse cuatrocientos amigos y ciento y cincuenta españoles y por cabo de ellos al Teniente Esteban Prado de la Muela, que le nombró por ser hecho particular, y a Felipe Rangel Capitan de los amigos de Arauco, soldado de muchos alientos que andubo, como dirá el fin de este succso, muy bizarro. Marcharon sin ser sentidos hasta la misma ladronera de Puren, tomó lengua y supo como cerca de alli estaban setecientos enemigos juntos con ánimo de entrar en Arauco; pero sin embargo chocaron con la ladronera, y aviendo muerto setenta enemigos, captivaron diez y siete y mas de cien indias y niños. Tocóse arma en toda la tierra y salieron los setecientos indios que estaban juntos quando ya el Teniente Muela se avia recogido en un cuerpo y con buena orden se iba retirando, pero el enemigo le ganó la manguardia y peleó cinco vezes aquel dia con los españoles, y por ser lluvioso se jugó poco de la arcabuzeria, y asi fué forzoso el medir las picas y lanzas con grande resolucion de entrambas partes, y a mochazos se defendieron los españoles tan valientemente que siempre llevaron la mexor parte, sin que muriese mas de un español y tres indios amigos y algunos heridos sin riesgo. Y el enemigo, viéndose apretado de los españoles, se retiró, y el teniente Muela prosiguió su viage a Arauco dexando hecho un grande estrago en los enemigos y muerto a ciento y cincuenta y cinco. Fué la suerte dichosa y de gran consideracion por aver sido en la fuerza de los rebeldes de esta guerra en Puren, y el teniente Muela llegó a Arauco sin otra pérdida y con toda la presa. En la fuerza de el invierno, que es por julio, volvió el Maestro de Campo, en-

golosinado de el buen suceso pasado, a embiar a cuatrocientos indios y cincuenta españoles, gente ligera, a Puren, y en catorze dias volvieron a Arauco con ochenta y siete personas captivas, chicas y grandes, dexando muertos veinte y cinco indios valentones que pelearon con arresto y cogieron trescientos caballos y volvieron sin falta de ninguno de los nuestros, con que por esta parte de Arauco cesaron las armas hasta mediado Agosto, que cesaban ya las aguas, que viendo en silencio al enemigo echó ciento y cincuenta amigos y cincuenta españoles a sus tierras, que dando en Ilicura, cogieron trece piezas, indios y indias, y mataron siete.

Felizes andaban las armas de Arauco por la industria de su caudillo Don Fernando de Cea, y invidioso o deseoso de señalarse con semexantes empresas su emulo Juan Fernandez Rebolledo, Sargento Mayor, salió a primero de Setiembre con orden de el Gobernador para Puren, y pasando el rio de Biobio con chatas y pontones, que hizo el Gobernador para el facil pasage, llegó sin ser sentido felizmente a la cienega de Puren con seiscientos amigos y españoles; halló a la orilla de la cienega las valsas con que el enemigo pasaba de la una a la otra parte y dormidas las centinelas que las guardaban: las cogió y toda la noche la gastó en pasar su gente con gran silencio, y poco antes de el dia dió el Santiago y hizo la mayor suerte que se ha hecho en Puren despues que dura esta guerra: mató treinta y cinco indios, cogió cien piezas y quemó muchos ranchos llenos de comida; cogió doscientos y cincuenta caballos, pasóles a cuchillo mas de dos mil cabezas de ganado; cogióles armas de azero, cotas y arcabuzes, y estubo dos dias en la misma cienega quemando ranchos y haziendo daños, y se retiró sin pérdida ninguna de soldado ni indio. Este suceso atemorizó mucho a los de Puren, como acontecido dentro de el sagrado o fuerte inexpugnable de su cienega en que vivian seguros y parte que conservaban como eterno trofeo contra las armas españolas; y con estos golpes tan repetidos iban ya perdiendo los brios y las esperanzas los enemigos que habitaban en aquella cienega. Mirábanse convatidos de invasiones, no se resolvian aun con ellas a dexar sus tierras y dar la obediencia a su Magestad, y viéndose acosados se metian la tierra adentro y se retiraban házia la Imperial, considerando que ya se avia hecho usual su ruina en aquella cienega donde se blasonaban seguros.

CAPÍTULO XVIII.

Socorre Don Francisco Lazo la provincia de el Tucuman en un rebelion. Campea en Puren y haze grandes daños. Offrecen la paz cien caciques de la Imperial y embian algunos captivos. Sale el Sargento Mayor en busca de el cosario Butapichon y deshaze sus juntas y pónele en huida.

Escríbenle el Gobernador y el Virrey con muchos agradecimientos por el buen socorro. — Año de 1633. — Entra el Gobernador con los tercios en campaña. — Tala las sementeras de Puren y necessita los indios. — Viénense algunos de paz y entre ellos el cacique Guaiquimilla. — Echa una emboscada y coge veinte y mata algunos. — Cogen a un gran cosario. — Mándale ahorcar con otros cuatro. — Embia el Gobernador al Maestro de campo a Puren. — No salen de su rebeldia los de Puren y los de la Imperial le embian mensages de paz. — Embian cinco españolas por ganarle la voluntad. — Viénense dos indios y dan nueva de una poderosa junta que trahe Butapichon. — Salió a esperar al enemigo. — Embió a coger lengua a Puren y cogieron cuarenta. — Tubo aviso Butapichon que le aguardaba Lazo y deshizo la junta. — Haze algunas obras en Penco. — Buscó achaque el Gobernador para baxar otra vez a Santiago a imbernar. — Que no conviene que los Gobernadores frecuenten vaxar a Santiago. — Inconvenientes que se siguen de desamparar las fronteras. — Corre el Sargento Mayor las tierras de Butapichon. — Cogen algunos indios de emboscada. — Offrécenle la paz al Gobernador cien caciques de la Imperial. — Cedula de su Magestad. — Que embie mapas y relacion de los puertos minas, etc. — En esta historia se halla relacion de todo con curiosidad y diligencia.

En lo mas riguroso de los cuydados con que el Gobernador se hallaba, aunque bien lucidos, le sobrevino otro de socorrer la provincia de Cuyo, jurisdiccion de su gobierno, que aviéndose alzado los indios Calchaguies, de la provincia de el Tucuman, hazian muchos daños. Y assi vaxó a Santiago con este cuydado y despachando algunos capitanes y soldados al corregidor de Cuyo Don Juan de Adan, le ordenó que con toda la gente que pudiesse juntar diesse ayuda a Don Felipe de Albornoz, gobernador de el Tucuman, a quien tambien socorrió el Virrey el Conde de Chinchon por la parte de Chuquisaca, y con estos socorros quebrantó las fuerzas de los Calchaguies que iban executando en aquellos lugares de el Tucuman grandes crueldades y desacatos en los templos, abrasándolos y robando los ornamentos y vasos sagrados, con muerte de muchos españoles. Y fué de tanta importancia el socorro de la gente de Chile que embió el Gobernador Don Francisco Lazo, que agradecido el Gobernador de Tucuman y reconocido a lo mucho que le esforzó su exercito la gente de guerra de Chile con su valor y buena disciplina, le escribió con grandes encarecimientos y lo mismo hizo el Virrey, diziéndole que tendria cuenta de avisar a su Magestad de el servicio tan particular que le avia hecho en socorrer con sus ar-

mas a una necesidad tan urgente, tan de su servicio y en tanto bien de aquella provincia.

Volvió a las fronteras por los fines de Noviembre y ocupó todo Diciembre en prevenciones de guerra para la sucesiva campaña. Salió a primero de Enero de 1633 para la campaña, y aviéndose encorporado en Negrete todas las fuerzas, marcharon hasta Coipu, desde donde despachó el Gobernador al Sargento Mayor Juan Fernandez Rebolledo con mil y doscientos caballos a correr a Curalaba y las provincias confinantes. Fué sentido, y con todo eso captivó diez y ocho indios y mató trece. Estaba el enemigo retirado en los montes y quebradas, temeroso de que con la campaña de este verano executasse el campo español el castigo que en otros avia executado en las malocas pasadas, y por esta causa hizo poco effecto el Sargento Mayor: con que se retiró a Coipu, donde le aguardaba el Gobernador, y al dia siguiente marchó a Puren, y talando de camino toda la campaña, sin que ubiesse indios que saliessen a la defensa, andando a la mira de el exercito en tropas. Assentó su real muy despacio en Puren para consumir todas las sementeras y necesitar al enemigo, que es la mayor guerra el quitarles el sustento, porque en viéndose hartos y abundantes de comidas todo es intentar malocas y hazer juntas para guerrear. Dieron algunos la paz viéndose apurados, y entre ellos la dió Guaiquimilla, que significa Lanza de oro, cacique principal y de opinion entre los purenes, con setenta personas de su familia, y pocos dias despues se entendió que él y otros tenian comunicacion estrecha con el enemigo, y juzgando esto por facil, segun su variedad nativa, mandó el Gobernador recogerle a una prision, donde acabó sus dias en breve, muriendo con demostraciones de christiano.

A la retirada, conociendo el Gobernador la costumbre de estos indios, que siempre vienen siguiendo al campo por lograr algun desman o recoger algunos caballos perdidos o cansados, echó unas dos emboscadas en el parage de Angol, encomendando la una al capitan Juan Vasquez de Arenas, soldado de opinion y manos, con trescientos indios y cien españoles, el qual captivó veinte y mató algunos, y a todos los que se cogieron los mandó luego ahorcar y con ellos un toqui de Puren. Marchó el Gobernador de retirada para nuestras fronteras y echó cien caballos ligeros delante a reconocer los pasos de Biobio para saber si con la ausencia de el campo avian entrado algunos ladrones, y encontraron y cogieron los corredores a Curamboa, indio rebelde, notable cosario, cauteloso ladron y perjudicial en nuestras fronteras, mas astuto que valiente, que con sus continuas entradas destruyó las estancias de la ciudad de Chillan, por averse criado en aquellas fronteras. Nunca éste capitaneaba exércitos de enemigos, sino un pequeño numero de soldados para con mayor seguridad entrarse sin ser sentido en nuestras tierras y estancias donde frecuentemente executaba grandes latrocinios con diabolicas estratagemas. Cogieron a este bandolero con otros cuatro compañeros suyos nuestros caballos ligeros, y presentándoselos al Gobernador, que estaba en las faldas de Negrete, los mandó arcabuzear a todos por pedir todos los indios amigos que no viviesse un tan perjudicial cosario.

El enemigo de Puren, viendo retirado a Don Francisco Lazo, juzgó que podia descansar por muchos dias y que no le iria a buscar, y salieron todos de los montes a recoger el rebusco de la comida que ubiesse quedado libre de el fuego y a reedificar los ranchos abrasados por el exér-

cito. Penetró el lanze el Gobernador, y luego que llegó a las fronteras ordenó al Maestro de campo que con el tercio de Arauco y con doscientos hombres que ordenó que sacasse de el tercio de San Felipe, sin descansar volviesse a Puren: hízolo y cogiólos sobre seguro, porque como avian visto retirar el exército, no se les offreció que les pudiesse venir tan presto el azote. Y en nueve dias que alli estubo mató quince indios soldados, cogió ochenta y ocho piezas, degolló mas de tres mil cabezas de ganado, cogió tambien doscientos y ochenta caballos, destruyóles todos los ranchos y comidas que avian quedado, y se retiró sin pérdida ninguna al Estado de Arauco.

Estos castigos tan repetidos pudieran desengañar a la nacion mas indómita, pero ninguna lo es mas que esta a mi ver, pues sin tener que comer ni casas en que vivir, alimentaba sus grandes espiritus con la porfia, y nunca descaecian por mas debilitados que se viessen. Solos los de la Imperial embiaron mensages de paz al Gobernador, disculpándose que ellos no hazian la guerra, sino los de Puren y Ilicura y otros que estaban en medio; que si esos se redugessen a la paz, ellos siempre estaban dispuestos a darla. Y para ganarle la voluntad le embiaron sin rescate cinco mugeres españolas, las tres principales, llamadas Doña Juana de Figueroa, Doña Antonia de Luna y Doña Violante Suarez, y digeron que en todo el distrito de la Imperial no avia español ninguno captivo, de que se deben dar muchas gracias a Dios porque ayan salido de tanta miseria. Despidió el Gobernador a estos mensageros en la Estancia de el Rey, donde se hallaban a la sazon bien agasaxados y con buenas esperanzas, con que trató de retirarse a la Concepcion. Y antes de ponerlo en execucion, se vinieron a nuestro campo dos indios de la junta de Butapichon, amigos nuestros que se avian ido al enemigo años antes, y por hallarse mal se volvieron a su antigua morada, que al fin reconozen que es mexor la amistad de el español. Llegaron a veinte y cinco de Marzo avisando al Gobernador como estaba junto el enemigo para venir a dar sobre el tercio de San Felipe de Austria, asolar a nuestras fronteras y alzar a los amigos, y que venian todos muy animados para degollar a todos los españoles que alli militan, vengando en ellos la pérdida de Arauco, y que el general de todos era Butapichon, que tenia convocado mayor numero que el de la batalla grande de Arauco.

Prevínose Don Francisco Lazo valiéndose para ello de su valor y ciencia militar, que como tenia brios generosos y guerreros, lo dispuso todo con gran desahogo y señorio. Juntó las fuerzas que pudo en aquella frontera y estubo esperando al enemigo. Y viendo que se pasaban dias, salió impaciente de aguardarle a recevirle a la campaña y púsose sobre el rio de la Laxa, y como tardasse el enemigo, se determinó a experimentar la lealtad de los indios que pocos meses antes se avian venido de paz de Puren a vivir entre nuestros amigos, y entreverándolos con los amigos antiguos que están mas prendados, embió hasta cuarenta y les ordenó que fuessen a coger lengua al mismo Puren con toda presteza. Y fué tanta la que pusieron, que en siete dias volvieron sin pérdida y con cuarenta y cinco captivos, de quienes se supo que Butapichon avia deshecho su exército estando ya para salir, y fué la ocasion aver llegado un indio fugitivo de Chillan, a donde estaba la junta, y dícholes cómo el Gobernador estaba sobre aviso reforzado de gente y armas y deseando que entrassen para pelear. Era ya formi-

dable el nombre de Don Francisco Lazo a Butapichon y a todos los rebeldes, y juzgando por temeridad el ponerse a pelear con él y tentar su fortuna, que siempre la avian experimentado adversa, mudó Butapichon de parezer y tomándole mexor deshizo la junta, que no es la menor valentia venzer con la opinion, y señal de que es grande hazerse temer y reusar el enemigo el venir a las manos.

Volvió el Gobernador a la Concepcion, y su espiritu nunca ocioso hizo una hermosa sala de armas, aseguró la ciudad de el temor de la pólvora, que estaba mal acomodada, haziendo un terraplen y bobeda, donde la aseguró del amago de algun fatal suceso. Retiró la artilleria de la marina y púsola en plataformas, fabricó un cuerpo de guardia, y los vecinos fueron tambien haziendo casas, perpetuándose alli los que antes deseaban salir de aquella ciudad por mal segura. Hallábasse el Gobernador con algunos achaques, y el mayor era el deseo de vaxar a invernar a Santiago, que como en aquella ciudad hallan muchas utilidades los gobernadores, con pequeña causa lo hazen servicio del Rey, siéndolo mayor el estarse en las fronteras. Y para paliar el desampararlas con conveniencias públicas, solicitan del Cabildo de Santiago, y aun de la Real Audiencia, cartas negociadas, que no pueden negar al respeto, en que los suplican que bajen a aquella ciudad. Y de esas tubo Don Francisco Lazo muchas, para dar color al repetir tanto las invernadas en Santiago, con que fué, despues de aver repartido el situado al exército, a tratar de sus conveniencias a Santiago. Pero como de estas se puede tratar desde la Concepcion y lo principal de un gobernador es ser capitan general del exército y se lo da el Rey para que consiga el fin de la conquista, no conviene que desampare la frontera, que es contra el servicio de Dios y del Rey, porque de su ausencia se experimentan grandes inconvenientes, que con ella se retardan las disposiciones de la guerra, que a vezes suelen pedir pronta execucion. Por no asistir a la distribucion de los situados, tienen los soldados mil sangrias en los socorros, y viniendo para ellos son los que menos tocan, y con la ocasion de baxar el Gobernador a Santiago quedan las compañias descuadernadas, siguiéndole muchos soldados, y para la ocasion de la guerra se hallan los capitanes sin gente, y a la ciudad de Santiago se le recerzen con esto gastos, incomodidades, pérdidas y menoscabos, porque lo comun es ir tantos salteadores como soldados. Materia es esta bien sentida y mal remediada y que debian zelarla mucho los gobernadores, para no incurrir en la nota en la que fué tan notado Don Francisco Lazo: que el que en la guerra fué tan vizarro y tan sin censura, en la paz tubo muchas.

Dexó ordenado el Gobernador al Sargento Mayor que mientras iba a Santiago hiziesse una entrada a las tierras de Butapichon, porque tubo noticias que desamparando las suyas se avia ido a faborezer a las de Antegueno y valídose de los muchos y espesos montes que alli ay para cercarse de gruessos maderos y ataxar los pasos con grandes arboles cortados, rezeloso no le sucediesse lo que a Queupuante y que le entrassen por caminos desusados. Salió el Sargento Mayor por el mes de Noviembre, y siendo sentido en el rio de Biobio se retiró por no hazer jornada que no tubiesse effecto y molestar la gente sin provecho, y aviendo venido treinta indios del enemigo a la vista de su retaguardia, se resolvieron a entrar a nuestras fronteras en su seguimiento, por si podian coger algunos caballos cansados o soldados desmandados. El Sargento Ma-

yor dispuso una emboscada, en la qual cogiéndoles las espaldas dieron con ellos y los cercaron de modo que no se pudieron escapar, y aunque el numero de los nuestros era muy superior, pelearon tan valiente y desesperadamente que quedaron los nueve muertos y los veinte captivos, escapándose solo uno que llebó el aviso a sus tierras. Hubo algunos heridos de los nuestros, pero no peligró ninguno; trugéronse los presos y pusiéronlos en el fuerte de Buena Esperanza para que trabaxassen en la obra que alli se hazia.

Tubo en Santiago el Gobernador la nueva de este buen suceso y dispuso luego el volver a la guerra y llebar consigo algunos vecinos, y llegando a la Concepcion halló cincuenta caciques de la Imperial que vinieron a darle la paz y a pedirle que poblasse en sus tierras, porque temian el daño que les amenazaba aquel verano y trataban de reconciliarse por evitarle. Mas considerando el Gobernador que la poblacion de la Imperial era de poco fundamento, dexando tanta tierra en medio despoblada y muchos enemigos en ella, los despidió con buenas esperanzas y diziéndoles que pues querian ser amigos le ayudassen a conquistar los enemigos de Puren y otros que avia en medio para dexar llano el paso para sus tierras, a lo qual se ofrecieron, pero no lo cumplieron, por no atreverse a hazer la guerra a sus confinantes sino es con ayuda de los españoles.

Este año de 1633 expidió su Magestad una cedula en que manda al Gobernador Don Francisco Lazo que le embie relacion y mapas de el Reyno de Chile, avisándole de todo lo singular de él, cuyo tenor es el siguiente:

EL REY.

Don Francisco Lazo de la Vega, caballero de la Orden de Santiago, mi Gobernador y Capitan General de las Provincias de Chile y Presidente de mi Audiencia Real que en ellas reside, o a la persona o personas a cuyo cargo fuere su gobierno. Demas de las relaciones que tengo pedidas de los puertos y costas de esa tierra, deseo tener por menor descripcion entera de todas esas provincias que caen debajo de vuestro gobierno. Y assi os mando que luego como recivais esta mi cedula deis las ordenes que convengan para que se hagan luego mapas distintos y separados de cada provincia, con relacion particular de lo que se comprende en ellas, sus temples y frutos, minas, ganados, castillos y fortalezas; puertos, caletas y surgideros; materiales para fábricas de navios, sus carenas y aderezos, y qué naturales y españoles tienen, todo con mucha distincion, claridad y brevedad, de suerte que si fuere posible venga en la primera ocasion, que en ello me servireis. Fecha en Madrid a 30 de Diciembre de 1633.—YO EL REY.—Por mandado de el Rey nuestro Señor, Don Fernando Ruiz de Contreras.

Llegada esta cedula puso en execucion el Gobernador lo que en ella se le ordenaba y embió las relaciones de todo como cosa tan conveniente; pero no con la plenitud que se hallarán en esta historia ni con la diligencia y cuydado que yo he puesto en inquirir y saber todas las particularidades que su Magestad manda en esa cedula, como lo podrá ver el curioso lector en el primero y segundo libro de esta historia, donde verá muchas curiosidades al propósito, assi de todos los puertos, rios, temples, frutas, arboles, plantas, como de las calidades de estos indios, de sus costumbres, ritos, ceremonias, usos, valentia, esfuerzo y modo de hazer la guerra, en que exceden a todos los de la América. (1)

(1) Este es el primer pasaje de su historia en que el padre Rosales, siempre modesto, manifiesta alguna vanidad por sus trabajos. Y efectivamente, los primeros capítulos relativos a la historia natural de Chile son bastante notables.

CAPÍTULO XIX.

Sale don Francisco Lazo con los tercios a campear y tiene buenos sucesos. Danle algunos la paz de Puren y otras partes. Fineza de Curiñamon, que quiere ser amigo. Retíranse otros enemigos la tierra a dentro de temor; y las buenas suertes que se hizieron en ellos.

Año de 1634. — Sale el Gobernador a campaña. — Haze Sargento Mayor y Maestro de campo. — Pelea el tercio de Arauco en el camino. —Maloquean los tercios y tienen buen sucesso.—Suerte de Rangel.—Tala el Gobernador y pídenle misericordia, y concédesela por tres dias. —Vuelve a talar las sementeras.—Dale Livanca la paz con otros, y pídenle que pueble alli en Puren.—Entra en consexo y repugnan la poblacion.—Falta del exército un yanacona.—Tráhesele Curinamon al Gobernador que le halló durmiendo.—Sabe el Gobernador como su padre siempre le persuadia a que fuesse enemigo de los españoles, y él siempre se ha inclinado a ser amigo.—Trata de las pazes, como serán firmes y da el medio.—Codícianle todos las armas, y truécaselas por otras a Don Miguel de la Lastra.—Arañas que hazen rabiar.—Retíranse a la Imperial los de Puren acosados de la guerra.—Viénense treinta de paz.—Maloquea el Maestro de campo y tiene buena suerte.—Viénense algunos de paz.—Maloquea Rangel y coge piezas.—Viénense otros de paz.—Salió el Gobernador en busca de Butapichon, que venia con una junta.—Captiva Mavida ocho, y mata los mas de los corredores de el enemigo. —Enferma gravemente el Gobernador y va a convalezer a Santiago.

A los primeros de Enero de 1634 salió Don Francisco Lazo a la campaña y se aloxó en las fronteras de San Felipe, aviendo dado orden que las armas de Arauco saliessen al mismo tiempo marchando por los altos de San Gerónimo para encontrarse en los de Puren. Pasó el Gobernador a Biobio, en barcos que tenia hechos para el proposito, con los españoles y amigos, y antes de salir hizo algunas elecciones de capitanes y dió el puesto de Sargento Mayor a Alfonso de Villanueva Soberal, soldado de muchas obligaciones, muy entendido en la guerra, grande aritmético y esquadronista y de buena suerte con el enemigo; y al Sargento Mayor, que era Juan Fernandez Rebolledo, le pasó dignissimamente al puesto de Maestro de Campo de el Reyno por sus grandes servicios, famosos hechos y prudencia militar. Avia concertado el Gobernador y dado orden que a un tiempo llegassen los dos tercios a Puren para necesitar a estos indios de comida y ganados y quitarles las mugeres y los hixos, que es la mexor guerra y la mas sensible para ellos. Avia de correr el Maestro de Campo Juan Fernandez con las armas de Arauco en las faldas de Utanlebo y las de San Felipe en la misma cienega, y aviéndolo executado, se avian de incorporar en la casa viexa de Puren.

Por mas cuydado que pusieron en ejecutar el orden para entrar a maloquear a un tiempo sin ser sentidos, no pudo el tercio de Arauco dexar de serlo de una

quadrilla de enemigos que vigilante guardaba los caminos, y aviéndose encontrado con ella pelearon derrotando al enemigo y matándole algunos, y de los que se escaparon llegó el aviso en las plumas de los vientos a Puren, con que al llegar los tercios a maloquear hallaron la tierra en arma. Dañoso fué el accidente, pero inexcusable: corrieron, sin embargo, ambos tercios, cada uno en su lugar, y captiváronse cincuenta y cuatro personas y entre ellos dos caciques de importancia, y mataron en algunas refriegas que ubo con el enemigo, que los aguardó con las puntas de las lanzas, treinta y cuatro indios de los mas valientes y arrestados. Incorporóse el Gobernador con todas sus fuerzas en la casa vieja de Puren, tierra dilatada, amena en la hermosura, abundante de sementeras y copiosa de legumbres, que aquel dia y el siguiente se abrasaron todas y se talaron, mudándose los quarteles para no dexar nada que asolar. Entraban y salian muchos caciques y capitanexos, mugeres y niños, a ver al Gobernador y hablar a sus parientes captivos, y los caciques trataron de pazes y dieron noticias de cómo algunos ladrones instaban por venir a nuestras fronteras, por lo qual despachó el capitan Felipe Rangel, que lo era de los amigos de Arauco, buen soldado y dichoso, con ciento y cincuenta indios y veinte españoles, para que pasando por Ilicura fuesse en busca de ladrones que intentaban entrar en la frontera. Y llegando a Ilicura peleó con una tropa de indios, mató seis y cogió treinta y seis piezas y dos caciques entre ellas.

Pedian los caciques con muchas sumisiones en Puren al Gobernador que alzasse la mano de la tala, que ellos prometian dar la paz y sujetarsse a su obediencia. Aceptó el Gobernador el contrato y concedió clemencia por tres dias; dos pedian, pero quiso mas el Gobernador darle de mas que negarse a sus ruegos y parecer corto en la clemencia el que se mostraba tan largo en el rigor. Mas viendo que se pasaba el tiempo en vano y que no cumplian cosa de lo que prometian ni querian dexar sus tierras, volvió otra vez a la tala con mayor rigor y con notable terror de los rebeldes. Andaban estos en varias tropas y quadrillas mirando su ruina. Era admiracion ver la amenidad y abundancia de aquella tierra, la gruesa copia de comidas que en ella se iban talando, y parecia que en este año habia sido mayor el exceso de la fertilidad de las sementeras que en otro de los pasados. Tomó la mano Livanca, un cacique el mas principal de Puren, cuyo nombre significa Cuerpo blanco, para reducir a los demas a la paz, y despues de averles hecho varios parlamentos proponiéndoles las conveniencias, fué con ellos a pedir al Gobernador que poblasse en aquella tierra y pusiesse un fuerte de españoles en ella, que todos se le sugetarian y darian la paz con grande voluntad y pronto ánimo, y que si hasta alli avian tenido alguna dureza, avia sido por no dexar sus tierras; y que admitiéndoles la paz en ellas todos estaban rendidos. Tomó consexo Don Francisco Lazo y pocos fueron de parezer que se poblase, y juzgando que harian con los españoles lo mismo que otras vezes avian hecho, asaltándolos en los fuertes que alli avian tenido, fueron los mas de parezer que no se poblasse, añadiendo que siempre se debia mirar la permanencia y estabilidad de una poblacion y que esta quedaba totalmente arresgada en medio de los enemigos, y no aviendo hecho otras poblaciones en Angol o en otras partes de el comedio, no podian tener socorro los de Puren y se les atreveria mas fácilmente el enemigo. Y assi los despidió a los caciques con buenas palabras y bue-

nas esperanzas de que en haziendo otras poblaciones en el comedio poblaria a Puren.

Todo Enero gastó el Gobernador en las talas, necesitando al enemigo y quitándole las comidas con que haze sus borracheras, sus juntas y todos sus llamamientos; y a los principios de Febrero se dispuso la retirada y el dia primero de la marcha faltó del exército un indio christiano yanacona. Creyóse le habria captivado el enemigo, y al mismo tiempo que se estaba tratando de su falta y echando juicios de que le avian captivado o muerto, llegó al exercito Curinamon, cuyo nombre significa Pierna negra, cacique muy principal de Puren y soldado de opinion, acompañado de otros cuatro indios y de el indio que juzgaban captivo o muerto. Entró Curinamon vizarro, sin encarecimiento, armado de todas armas, peto y espaldar, tan lucidas y excelentes que pusieron envidia a todo el exército: caballo hermosísimo y lanza en la mano, y él tan arrogante que representaba bien el valor interior que le animaba. Recibióle el Gobernador tambien a caballo, y aviéndole saludado el Curanimon, le dixo: "Porque veas, Gobernador, mi ánimo y la inclinacion que tengo a tu valentia, que en viéndose los valientes luego se cobran amor, te presento este indio yanacona de tu exército que le hallé durmiendo en este monte, que aunque nos dexas destruidos a todos los de Puren, mi tierra, precio mas averte hecho esta lisonxa que puedo sentir el pesar que nos has dado, que como esos sentimientos los trae la guerra y esos males no los has hecho como soldado, los que lo somos estamos hechos a sufrir esos golpes y tenemos prevenido el ánimo para no sentirlos; que lo que tú has hecho oy en mis tierras haré yo mañana en las tuyas." Estimó Don Francisco Lazo la demostracion y holgóse de ver un indio tan vizarro y tan arrogante, y mucho mas gusto tubo quando le oyó dezir como era hixo de un gran cacique de Puren y el mayor enemigo que avian tenido los españoles, y que siempre le avia persuadido a que él tambien lo fuesse y les hiziesse cruda guerra. Pero que sentia en sí una inclinacion y amor tan grande a los españoles, que aunque peleaba con ellos y se mostraba enemigo, el amor le tiraba y la inclnacion solicitaba su pecho para darles la paz y irse a vivir entre ellos y ser su amigo de corazon (como despues lo hizo, que se vino a Arauco y fué fiel amigo). Y assi en esta ocasion persuadió al Gobernador que poblasse los fuertes y las ciudades antiguas, que toda la tierra se le rendiria y le daria la paz y él seria el mayor solicitador, por lo que en su pecho le solicitaba el amor a los españoles, quanto su padre le procuraba imprimir el odio. Era este indio quanto vizarro discreto, y disputó largo rato con el Gobernador sobre la paz de aquella guerra y sobre el ataxarla, y díxole al Gobernador que traxesse muchos españoles para poblar y differentes de los antiguos, que ni fuessen tan codiciosos, tan crueles con los indios y tan injustos en los agravios que les hazian, y la paz duraria y se atajaria la guerra. Finalmente, discurriendo sobre estas materias con Don Francisco Lazo, todos tenian puestas en él la mira por su vizarria y despexo y por la codicia de las armas tan lucidas que trahia, por ser sin disputa las mexores que se avian visto en el Reyno de Chile; y assi muchos trataron con él de trocárselas por otras, dándole demas amas algunas preseas de las que ellos apetecen, como paño, tafetan y otras cosas menudas que ellos estiman, y tubo mexor maña que todos el Capitan Don Miguel de la Lastra y Cárcamo, que oy es conta-

dor y official Real y caballero del habito de Santiago, a quien se las dió Curinamon.

Viéronse en esta campaña cosas notables, y entre otras es digno de referir el copioso numero de arañas venenosas, que en picando a los soldados los hazian rabiar desesperadamente tocados de su ponzoña, y algunos llegaban al último extremo por ignorarse el remedio de esta calamidad, que solamente en Puren affligió a los soldados, porque no falten en aquella tierra basiliscos, aun en las sabandixas que se crian en ella, siendo dragones y leones los hombres que produze, los quales, aunque dezian que querian la paz, no la abrazaban sino en su leonera y dando por escusa para salir de ella y venirse a las tierras de los españoles el dezir que las comodidades que alli tenian no las hallarian en otras partes. Apretados de la guerra que Don Francisco Lazo les hazia, ubieron de dexarlas, perdiendo tierras y comodidades, y pudiéndose venir entre los españoles se fueron la tierra adentro a la Imperial.

Continuaba el Gobernador la marcha y en todos los aloxamientos le salian al camino nuevos indios que le daban la paz, movidos de sus hijos y mugeres captivas, y otros rendidos a los infortunios de la guerra, que por todos fueron veinte y dos los que dieron la obediencia. Ibanse mexorando cada dia los sucesos, que como era la razon de esta causa toda de Dios, continuaba Don Francisco Lazo con celo prodigioso reprimir de todo punto el orgullo de aquellos barbaros, peleando por la religion y por allanar de una vez la tierra. Todo Febrero assistió en aquella frontera de San Felipe y parecíale que era mucho tiempo el que avia descansado el enemigo de la costa. Quiso inquietarle porque no sosegasse. Ordenósele al Maestro de campo Rebolledo que saliesse con cuatrocientos españoles infantes y caballos y quinientos indios amigos a Tirua, y halló que estaban con cuydado y dexósse caer sobre Calcoimo y Relomo, donde hizo muchos daños y captivó cincuenta personas, y entre ellas a Curimilla, capitan y cacique de mucho nombre que avia hecho grandes corredurias en nuestras fronteras con perjuicio de los indios amigos de San Christóval, a quienes por lisonxa los de Arauco remitieron su cabeza.

Avia encontrado el Maestro de campo Rebolledo, quando salió para esta faccion, dos tropas de enemigos en corto número junto a Paicabi, unos que venian a dar la paz y otros a mensages; examinólos mañosamente, y a aquellos en quienes se conoció sinceridad los llebó consigo a la jornada, y a los que no, los remitió al fuerte de Lebo presos hasta su vuelta. Executó sus intentos en Relomo y Calcoimo y pússose sobre los altos de Puren. Retirándose estaban cerca de alli los ranchos de aquellos indios que llebó de Paicabi y pidieron escolta para ir por sus familias: eran diez y seis y despachó los nueve, quedándose con el resto, y con escolta de trescientos amigos y cincuenta arcabuzeros a cargo de el Capitan Felipe Rangel embió por sus familias. Recogiéronlas y retiráronse donde aguardaba el Maestro de campo, que los recibió con mucho gusto y agasaxo por ver que se venian de paz a nuestras tierras. Con esta ocasion de aver entrado el Capitan Rangel en Puren, dió vista a unos ranchos que avian quedado, que hallando seguridad en la empresa cerró con ellos y captivó veinte y tres personas y un cacique que con otros se le resistió, dexando a nueve muertos. Los otros, que dige avian quedado presos en el fuerte de Lebo, oyeron dezir lo que el Maestro de campo avia hecho en sus tierras y entraron en acuerdo, determinando no volverse a ellas por temor de que los mismos de sus tierras los

avian de matar por traidores, juzgando que ellos avian guiado a los españoles para maloquearlos o dádoles aviso y traza para ello, y escogieron por mas seguro dar la paz que ponerse a peligro de ser degollados a manos de los suyos.

Retiróse el Gobernador de la campaña a la Concepcion por los fines de Marzo y entregóse todo en aquellos dias al despacho de España. Volvió a repetir los medios con que se podia dar fin a la guerra, refiriendo los sucesos ultimos, las mexoras que se reconocian. Cada dia deseaba trabajar en servicio de su Rey y buscaba ocasiones de ellos, sin perder ninguna en que él se hallasse en persona, como le aconteció que por un aviso que tubo muy de vivo de que Butapichon venia marchando con una gruessa junta resuelto a pelear con el Gobernador, como se supo de dos indios que nuestras espias cogieron de la junta de el enemigo, salió luego a la frontera, ordenando al Sargento Mayor que saliesse con todos sus soldados al rio de la Laxa, y luego fué en su seguimiento. Parecian desiguales las fuerzas con que se hallaba Don Francisco Lazo a las que trahia Butapichon, pero el tiempo no daba lugar a traher las de Arauco. Aguardó algunos dias la junta de Butapichon y en este interin un indio amigo llamado Mavida, vizarro y diestro en aquella milicia, que andaba a lo largo con otros veinte corredores, reconoció cerca de Biobio a los corredores de el enemigo en mayor número que los suyos; pidió al Gobernador que le diesse mas gente para embestirlos, y con ligereza le embió treinta amigos con los quales se encorporó y cerró con ellos con resolucion. Eran treinta los enemigos y pelearon con notable valor, hasta que, muertos los mas, captivaron ocho y entre ellos un hixo de Anganamon, indio esforzado, de corazon y de consexo. Uno de los que se escaparon advirtió a Butapichon del suceso, que fué causa de que se volviesse a sus tierras, temiendo mayor mal. Siguióle los pasos el Sargento Mayor Alfonso de Villanueva hasta llegar a Pellaguen, de donde avia salido reforzado el enemigo, pero ya avia deshecho la junta, y al Sargento Mayor Villanueva le faltó antes tiempo a su valor que prosperidad a sus intentos. Mató treinta soldados de los enemigos, captivó cincuenta, y entre ellos a Pelantaro, enemigo de grande opinion y imitador del antiguo Pelantaro, con que se retiró.

Por Abril de este año enfermó el Gobernador gravemente con la continuacion de andar siempre en campaña y apretóle de suerte la enfermedad que se trataba ya mas de las exequias para su entierro que de los remedios para su salud; pero obró Dios con suma misericordia en el remedio de la salud de este gran capitan, dándole salud: miróse patente el prodigio milagroso, segun los efectos y las causas de la enfermedad. Passó el conflicto de ella los meses de Mayo y Junio, y era el de Agosto su convalecencia: teníala rigurosa por ser el temple de la Concepcion contrario a su natural, y aconsexáronle los medicos que alli avia, por acertar en algo, ya que en lo demas yerran, que mudasse temple, y respecto de esto y de aver aquel año cedulas de el Rey muy apretadas para que pusiesse en libertad y librasse de el servicio personal a los indios pacificos de aqueste Reyno por la rigurosa opresion en que los tenian sus encomenderos, fué forzoso vaxar a Santiago, y aviéndolo resuelto por Agosto, hizo su viage por mar hasta el puerto de Valparaiso. Entró en la ciudad de Santiago y trató en ella de la execucion de las cedulas para el alivio de aquellos indios, cuya materia tocaré a prisa por averla tratado en otras partes y ser odiosa a los vecinos y encomenderos.

CAPÍTULO XX.

Recive el Gobernador Don Francisco Lazo cedula de Su Magestad para que quite el servicio personal de los indios y haga la tassa de sus tributos. Vaxa a la ciudad de Santiago y haze las ordenanzas para su execucion.

Va el Gobernador a Santiago a quitar el servicio personal.—Las dificultades y contradicciones.—Lo poco que medran los encomenderos por el cargo de el servicio personal.—Suspendióse con el tiempo y luego se volvió a lo que antes.—Es mal que pide otro remedio.—Cedula Real de el servicio personal.—Manda quitar el servicio personal.—Ordenanza 1.ª: quitasse el servicio personal.—Ordenanza 2.ª: tributos en generos.—Ordenanza 3.ª: tratamiento de los indios.—Ordenanza 4.ª—Ordenanza 5.ª: pueden pagar el tributo en xornales.—Ordenanza 6 ª: puede alquilarse dentro de cuatro leguas.—Ordenanza 7.ª: pueden quedarse en las estancias y chácaras.—Ordenanza 8.ª: si quisieren se reduzcan a sus pueblos.—Ordenanza 9.ª: obligacion de el encomendero que tiene los indios en su estancia.—Ordenanza 10.ª: que den fianzas los que sirven a los que no son sus encomenderos.—Ordenanza 11.ª: obrage de Melipilla, se le reduzgan los indios.—Ordenanza 12.ª: que se manifiesten los de las fronteras de guerra y se reduzgan a ellas.—Ordenanza 13.ª: que no aya vagamundos.—Ordenanza 14.ª: que los de Coquimbo puedan sacar oro y cobre.—Ordenanza 15.ª: que no se pague ni venda vino a los indios, ni se les rescate la ropa.—Ordenanza 16.ª: alcanzes de indios sin apelacion.—Ordenanza 17.ª que visite un Oidor cada año.

Deseaba el Gobernador Don Francisco Lazo el acierto de materia tan grave para no faltar a la obediencia de su Magestad ni a la justicia debida a los indios, librándoles de el servicio personal, ni contristar demasiado a los encomenderos, y assi usó de grande prudencia, sin faltar a la justicia, que lo uno y lo otro fué necesario, por no convenir los vecinos con la voluntad de su Magestad, porque su voluntad era que los indios gozassen de la libertad que los demas vasallos de su corona gozaban, que se les quitasse el servicio personal, que se hiziessen nuevas tassas de el tributo que avian de pagar. Y verdaderamente que ha llegado tarde el remedio de este daño, que desde sus principios se avia de aver puesto, y oy padece mil dificultades y contradicciones por averse arraigado tanto y héchose carne y sangre la sangre y el sudor de estos miserables; pero siempre es posible la execucion y e quitar la tirania con que se sirven de los indios, desnaturalizándolos de sus pueblos y trayéndolos a servir a sus estancias de sol a sol y de año a año. Y por esta causa muchos que christianamente discurren en el poco lucimiento y medro que han visto en los caudales y haziendas de los de este Reyno, filosofan ser la Providencia divina que no permite se les logre lo grueso de ellas y tienen observado que ningunos de los pobladores de aquella tierra establecieron cosa que oy logren sus descendientes. Tenia orden el Gobernador de comunicar estas cedulas con la Real Au-

diencia, cabildos y personas desinteresadas, y entre todos se movieron monstruosidades de pareceres, y parecia se iba imposibilitando la execucion o embarazándose la materia. Consumióse mucho tiempo en estas conferencias, y al cabo se resolvió la libertad de los indios, suspendiéndose el servicio personal con ciertos gravámenes que se verán en la nueva tassa que se hizo, si bien todo ello fué de poco effecto, porque las cosas se quedaron en el mismo estado que antes por aver criado aquel daño raizes tan ondas que ni bastan cedulas ni ordenes, ni tendrá remedio si no se toma otra forma, y para que se vea el zelo santo de su Magestad y la justificacion con que procede, pondré aqui su Real cedula:

EL REY.

Don Francisco Lazo de la Vega, caballero de el Orden de Santiago, mi Gobernador y Capitan General de las Provincias de Chile y Presidente de mi Audiencia Real que en ella reside, o a la persona o personas a cuyo cargo fuere su gobierno. Bien sabeis que por muchas cedulas y ordenanzas mias y de los Señores Reyes mis progenitores se ha mandado que los indios naturales de esas provincias tengan y gozen entera libertad y me sirvan como los demas vasallos libres de estos Reynos. Y assi mismo sabeis que por repugnar a esto el servicio personal, en que en algunas partes lo han tassado, en vez de tributo que pagan y deben pagar a sus encomenderos, está ordenado y mandado apretada y repetidamente que cesse y se quite de el todo el dicho servicio personal y se haga tassa de los dichos tributos, reduciéndolos a dinero, trigo, maiz, gallinas, pescado, ropa, algodon, grana, miel y otros frutos de legumbres y especies que ubieren y cómodamente se cogieren y pudieren pagar por los dichos indios segun el temple, calidad y naturaleza de las tierras y lugares en que habitan, pues ninguna dexa de llebar los tales que puedan ser estimables y algun provecho para el uso, comercio y necesidades humanas, y porque, sin embargo de esto, he sido informado que en esa provincia y en otras duran todavia los servicios perrsonales, con graves daños y vexaciones de los indios, pues los encomenderos con este titulo los tienen y tratan como a esclavos, y aun peor, y no los dexan gozor de su libertad ni acudir a sus sementeras, labranzas y grangerias, trayéndolos siempre ocupados en las suyas con codícia desordenada, por cuya causa los dichos indios se huyen, enferman y mueren, y han venido en gran disminucion y se acabarán muy presto si en ello no se probee de breve y eficaz remedio. Y aviéndose visto en mi conseox real de las Idias muchas cartas, relaciones y memoriales que sobre esto se han escrito y presentado por personas zelosas del servicio de Dios y mio, y de el bien y conservacion de dichos indios, y lo que los oficiales del dicho mi consexo han pedido en diferentes tiempos en esta razon, y consultádoseme lo que ha parecido conveniente. He tenido por bien ordenar, como por la presente os ordeno y mando, qu luego que esta recibais trateis de alzar y quitar precisa y inviolablemente el dicho servicio personal en qualquiera parte y en qualquiera forma que estubiere y se hallare entablado en ese provincia, persuadiendo y dando a entender a los dichos indios y encomenderos que esto les está bien y es lo que mas les conviene, y disponiéndolo con la mayor suavidad que fuere posible. Os juntareis con el Obispo, officiales reales, prelados de las Religiones y otras pérsonas entendidas de esa provincia y platicareis y conferireis en qué frutos, cosas y especies se pueden tassar y estimar cómodamente los tributos de los dichos indios que correspondan y equivalgan al interes que justa y lejitimamente les pudiere importar el dicho servicio personal si no excedieren del uso, exaccion y cobranza de él. Y hecha esta conmutacion, hareis que se reparta a cada indio lo que assi ha de dar y pagar en los dichos frutos, dinero y otras especies, haziendo nuevo padron de ellos y de la dicha tassa en la forma que se ha referido, y que tengan entendido los encomenderos que lo que esto montare y no mas han de poder pedir, llevar y cobrar de los dichos indios, como se haze en el Perú y en la Nueva España. Y esta tassa la aveis de hazer dentro de seis meses como esta cedula reciviéredes, y ponerla luego en execucion, salvo si hallárades y se osoffrecieren tan graves e inexcusables inconvenientes particulares de que acá no se tenga noticia y convenga dármela primero, que la comenceis a executar y platicar, porque solo en este caso lo podreis suspender y sobreseer, avisándome luego de ello y de las causas y motivos que a ello os ubieren obligado, y si sucediere causa de vacar alguna encomienda de las assi tassadas en servicio personal, suspendereis el probeerla hasta que con effecto esté hecha la tassa, y el que la entrare a gozar de nuevo la reciva con ese cargo y sepa que se ha de contentar con los frutos y especies de ella, y de averlo asi hecho y executado me avisareis en la primera ocasion y me embiareis el padron y la relacion de los dichos indios y nuevas tassas, con apercevimiento que de qualquier tardanza o omision o disimulacion que en esto ubiere, me tendré por deservido y demas de que se os hará cargo grave de ello en la residencia que se os tomare, y correrán por el de vuestra conciencia los daños y menoscabos que por esta causa recibieren los indios, y se cobrará la satisfaccion de los vuestros bienes y haziendas. Fecha en Madrid a catorze de Abril de mil y seiscientos y treinta y tres años.—YO EL REY.—Por su mandado de el Rey Nuestro Señor, DON FERNANDO RUIZ DE CONTRERAS.

Y aviendo hecho las consultas y diligencias que su Magestad ordena en su Real Cedula, mandó el Gobernador que se executasse como su Magestad lo manda, y ordenó y mandó que de aqui adelante en este Reyno no'ubiesse servicio personal de indios y que se quitasse expresamente en todo y por todo, y segun y como y en la forma que por dicha tassa en otras ordenazas se hallaba por la necesidad de la tierra permitido y entablado en cuanto no fuere contrario a la dicha ultima cedula y estas ordenanzas, y que sus encomenderos solo tengan derecho a cobrar de cada uno de los dichos indios diez pesos de a ocho reales que les señaló de tributo y no mas, el qual hayan de pagar los dichos indios en la forma que irá declarado, guardando las ordenanzas de la Real tassa, como su Magestad lo tiene mandado executar por tercera yusion, como no fueren, como dicho es, contrarias a la dicha Real Cedula suso incorporada y en lo que en su execucion y cumplimiento por via de tassas y ordenanzas, y en lo que mas ubiere lugar de derecho, se dispusiere, en la forma siguiente:

"Primeramente ordeno y mando que todos los indios, assi de pueblos como los que conforme a la real tassa están acimentados, rancheados y naturalizados en las estancias, chácaras y casas de españoles o en otra qualquier parte, y los yanaconas y veliches que al presente se hallan y adelante se hallaren en este Reyno, ciudades y partidos de él, gozen de la gracia, merced y entera libertad que su Magestad con su acostumbrada clemencia les ha concedido quitándoles el dicho servicio personal, y que sean tratados, avidos y tenidos y comunmente reputados como los demas vasallos libres que su Magestad tiene en este Reyno y en los de España, sin que sus encomenderos tengan contra ellos mas derecho que para cobrar el dicho tributo en los frutos, generos y especies que irán declarados.

"Iten ordeno y mando que los dichos indios paguen a sus encomenderos o quien su poder o orden tubiere el dicho tributo, en dinero, sebo, ganados mayores y menores, trigo, maiz, anis, lantejas, garbanzes y gallinas, a los precios que los dichos generos y qualquiera de ellos valiere de contado al tiempo de la entriega, cuya declaracion de dicho precio han de hazer los corregidores de las ciudades y partidos, haziendo informacion cada año, al tiempo de las cosechas, de el justo valor de ellas, y hecha esta diligencia se publicará el precio en cada partido para que venga a noticia de todos y quede assentado el dicho precio, y por el que assi declararen se ha de estar y pasar, y la dicha paga en los generos referidos han de hazer al fin de el mes de Marzo de cada un año, que es el tiempo en que se cogen las cosechas, y la dicha paga ha de ser en presencia de el Protector y Cura, tomando el Protector carta de pago de sus encomenderos, y en los pueblos en presencia de los administradores y curas, y no acudiendo por el dicho tiempo los encomenderos por la dicha paga, cumplan y hayan cumplido los dichos indios con depositar y consignar las dichas especies en la cantidad que montaren los dichos tributos ante el administrador o cura de cada pueblo, y en las estancias o chacaras y casas de españoles, ante los curas de cada distrito, no se hallando presente el corregidor o protector, que en tal caso la dicha paga o consignacion ha de ser ante qualquiera de ellos.

"Iten ordeno y mando a todos los vecinos y encomenderos de este Reyno y provincias a él sugetas, de qualquier estado y condicion que sean, que se sirvieren de indios, los traten como a vasallos de su

Magestad y personas libres, assi a los indios como a las indias, sin hazerles malos tratamientos ni castigarlos en manera alguna, pues cuando cometieren algunos delitos los castigarán las justicias con conocimiento de la causa y delito que ubieren cometido, procurando en todo su buen tratamiento y que sean doctrinados e industriados en nuestra santa fee catholica y buena policia christiana, sin hazerles trabaxar los domingos y fiestas, ni de noche, ni en las curtidurias en tiempo de imbierno, pena de que serán gravemente castigados lo contrario haziendo, y que por la primera vez perderán el tributo de el indio por tres años, y la segunda de todo punto, y que se pueda ir libremente a servir a la parte donde quisiere. Y mando a las justicias y corregidores de los partidos tengan cuydado de cumplir y executar en todo y por todo esta ordenanza, de cuyo cumplimiento se les haga grave cargo en sus residencias.

"Iten ordeno y mando que los dichos indios, si quisieren por su mayor bien y utilidad alquilarse con qualesquiera personas circunvecinas a las partes donde están acimentados, lo puedan hazer con calidad de que sus encomenderos sean preferidos en el dicho servicio y alquiler por el tiempo necesario para pagar su tributo, y lo señalado al doctrinero por la concordia que hize en razon de la paga de las dichas doctrinas con el Señor Doctor Don Francisco de Salsedo, Obispo que fué de este Obispado, en catorze de Junio de mil y seiscientos y treinta y dos, y lo mandado pagar por la real tassa al corregidor y protector, y el terrazgo que han de pagar en la cantidad que irá declarado, no habiéndose pagado el dicho tributo en plata y las mas especies que quedan declaradas en la ordenanza segunda, descontando el dicho xornal a razon de a dos reales cada dia, que es el mayor precio que se les señala, y fraudes que de lo contrario pueden resultar por evitar pleitos, y no se pueda alquilar con otra persona alguna para effecto de pagar los dichos tributos en mas cantidad, y la paga de dichos tributos en jornales ha de ser a tiempo de sembrar y coger las cosechas y sementeras y matanzas, por mitad. Lo qual se permite atento a la gran necesidad de servicio que tiene este Reyno y a la conservacion de las dos republicas de españoles e indios, para que de todo punto no cesen las labranzas y crianzas, ya que quando se offreze necesidad de bastimentos para el real exército, los prebeen los dichos vecinos y encomenderos, y que si faltassen los dichos bastimentos causará grandes novedades por ser tan importante el sustento de el Reyno. Reservando, como reservo, en quanto al dicho tanto, el probeer lo que mas conviniere al bien y utilidad de los dichos indios, todas las vezes y en qualquier tiempo que me pareciere convenir y quitar, alterar y añadir lo que en esta razon fuere mas util a los dichos indios y vecinos.

"Iten ordeno y mando, atendiendo al bien de los dichos indios, que si ellos de su voluntad quisieren pagar el dicho tributo en jornales y no en dinero ni en los demas frutos que van señalados, lo puedan hazer por su mayor bien y descanso, declarando su voluntad ante los corregidores de las ciudades y partidos donde residen, sobre que se les encarga gravemente la conciencia de que no les apremien a ello por evitar fraudes; y se advierte a los dichos corregidores que si constare ser lo contrario, serán castigados: y ha de ser bastante prueba para ello la de dos indios a quienes haya violentado, aunque sean singulares cada uno en su violencia. Y en este caso de pagar voluntariamente en jornales su tributo, lo hayan de hazer al precio que

va declarado; y en quanto a los oficiales, conforme a lo que tiene dispuesto la real tassa.

"Iten ordeno y mando: que aviendo los dichos indios pagado los tributos en dinero, frutos o jornales como va declarado, se puedan alquilar con sus encomenderos o con otras qualesquier personas que quisieren y mexor les estubieren, como no se alarguen mas de cuatro leguas de donde residen y están acimentados, y las personas con quien se alquilaren les paguen sus jornales y trabaxo conforme a lo dispuesto y señalado por la dicha Real tassa, dándoles las dos tercias partes de lo que montaren los dichos xornales en ropa, la que los dichos indios pidieren y quisieren para su vestuario, el de su muger e hijos, cuya paga se ha de hazer en presencia de el corregidor, cura y protector o escribano que de ello dé fe, y el otro tercio ha de ser en plata, de la qual se ha de dar un patacon cada mes a cada indio si lo pidieren, y lo demas que sobrare, quitado el dicho patacon, se ha de entregar al protector para que se haga cargo por cuenta de el indio a quien perteneciere.

"Iten ordeno y mando: que si los dichos indios se quisieren quedar de su voluntad en las casas, estancias o chácaras de los españoles, tenga obligacion el encomendero a darles tierras y aperos que cita la Real tassa, pagándoles su terrazgo de las dichas tierras y aperos, y en caso que los dichos indios voluntariamente paguen en jornales su tributo, no se les ha de llebar cosa alguna de terrazgo y aperos; pero si lo pagaren en plata y demas generos declarados, pagará el terrazgo cada indio en los dichos generos a razon de cuatro patacones cada año y a dos reales cada dia de xornal, como va declarado, lo qual se ha de entender con los yanaconas y veliches y no con indios de pueblos, porque estos tales, en caso de quererse quedar con sus encomenderos, les probeerá el protector de su hazienda de comunidad de lo necesario para ello, y en quanto a las tierras, pues el encomendero gusta se queden en las tierras suyas, las tierras de los dichos indios de pueblos o se las ayan de dar sin pagar terrazgo, pues en sus pueblos tenian tierras proprias y sin necesidad de buscar las agenas a costa de su sudor; y como queda dicho, si el dicho indio se conformare en quedarse en la estancia de el encomendero, pueda alquilarse con la persona que le pareciere, en la forma y con las calidades que queda declarado, como no se aparte mas de cuatro leguas de la dicha estancia y con bastante seguridad al encomendero para las pagas de los dichos tributos en las especies declaradas, y lo proprio se entienda con los indios de los pueblos.

"Iten ordeno y mando: que si alguno de los dichos indios, assi de los pueblos como yanaconas y veliches, que estubieren reducidos en las estancias mudaren de parezer de un año a otro y se quisieren reducir a los pueblos, no se les impida ni estorve, sino que quando tubieren voluntad lo hagan como personas libres, para lo qual serán visitados dos vezes cada año por los dichos corregidores, que se lo darán a entender assi, sobre que se les encarga gravemente la conciencia.

"Iten ordeno y mando: que por quanto muchos de los indios de los pueblos que están reducidos y naturalizados en las estancias de los encomenderos, los susodichos tengan expresa obligacion de dar lo que fuere necesario para las facciones publicas y de guerra, como son recoger baccas, domar potros para la guerra, assistir en los rios con valsas para el pasage, aderezos de puentes, correos y otras obras publicas de las ciudades, pagándoles su trabaxo a los

dichos indios conforme a la real tassa y echando prorrata conforme a los que cada uno tubiere, lo qual se cometa a los corregidores de las ciudades y partidos y a sus tenientes, advirtiendo que en el efecto de la doma de los potros para el real exército, se sobreseerá en caso que los dichos vecinos den a su Magestad tantos caballos quantos pudieren domar los indios que se prorrataren, siendo de dar y recevir, como son necesarios para la guerra, pagando a los indios la doma conforme tengo ordenado y mandado por auto probehido con parezer de esta Real Audiencia, y si los dichos encomenderos dieren los dichos caballos se les pagará a ellos la dicha doma.

"Iten ordeno y mando: que los indios de pueblos y en otra manera que al presente están sirviendo en estancias particulares que no son de sus encomenderos, los dueños de las dichas estancias den fianzas de pagar los dichos tributos de los dichos indios a sus encomenderos, haziendo matricula y padrones de los dichos indios en cada visita que se hiziere, y no queriendo dar las dichas fianzas y seguridad de pagar el tributo les sacarán prendas por el valor, y en cada una le citará para el remate de ellas y hará pago de su procedido a los encomenderos, lo qual se ha de entender concertándose a servir el tal indio con el dueño de la dicha estancia, la qual dicha obligacion ha de ser visto tener siempre, aunque despues él fuesse huido o ausentado con otra persona, no dándole luego que se le huyere noticia al dicho corregidor e informacion de ello, por evitar los fraudes que de lo contrario pueden resultar.

"Iten ordeno y mando: que los indios que están señalados para el obrage de Melipilla, que es de su Magestad, assi de el dicho pueblo como de los demas que al tiempo de la fundacion de el dicho obrage se señalaron para el beneficio de él, se saquen de la parte y lugar donde estubieren y se reduzcan al dicho obrage para que en él trabagen, pagándoles conforme a la Real tassa, y el corregidor y administrador de el dicho obrage, a quien para ello doy comision en forma, los reduzga, sacándolos de la parte y lugar donde estubieren sin que por ninguna persona se le impida, so las penas que les pusiere, las quales execute sin remision alguna, atento a la importancia de el dicho obrage para el socorro de la guerra de este Reyno y a que muchas personas, de su autoridad y sin poderlo hazer, en gran daño de la Real hazienda, los han llebado a sus estancias y chácaras.

"Iten ordeno y mando: que los indios de las reducciones de las fronteras de guerra que estubieren desnaturalizados de sus tierras en esta ciudad y otras partes, las personas que los tubieren los manifiesten dentro de diez dias de la publicacion de esta tassa para reduzirlos a las fronteras, por estar señalados para assistir en la defensa de ellas y ser de grande utilidad e importancia al servicio de su Magestad, bien y conservacion de este Reyno y defensa de él, con declaracion de que los que legitimamente estubieren encomendados, se les mandará pagar sus tributos a quien les pertenecieren, lo qual guarden y cumplan, pena de doscientos pesos para la camara de su Magestad y gastos de guerra por mitad al que passado el dicho término no hiziere la dicha manifestacion y de un año de destierro para la guerra de este Reyno, en que lo contrario haziendo les doi por condenados.

"Iten ordeno y mando: que ningun indio, de qualquiera calidad y condicion que sea, no ande vagamundo ni ocioso, sino que todos trabagen y entiendan en sus semente-

ras y labranzas, y los que no tubieren estas comodidades, se alquilen y sirvan a quien se lo pagare, y a ello le apremien las justicias conforme a derecho.

"Iten ordeno y mando: que en la ciudad de la Serena, si los indios de ella y sus términos quisieren de su voluntad, para su mayor bien y utilidad, sacar oro y cobre y hazer fundiciones, se puedan aplicar para ello con assistencia del corregidor y protector, guardando la orden y forma que tengo dada en seis de Marzo de este presente año y no de otra manera, lo qual se permite attendiendo a que por la falta de agua de el cielo no tienen crianzas y labranzas suficientes para su sustento ni otra cosa considerable en que se puedan ocupar los dichos indios para sus aprovechamientos y trazas que les son permitidos por las reales cedulas como hombres libres, y que si se quitasse la saca de el dicho oro y cobre, que es la grangeria mas considerable que ay en la dicha ciudad, no se podrian sustentar los vecinos y moradores de ella y seria causa de su despoblacion.

"Iten ordeno y mando: que ningun vecino encomendero, dueño de estancia, ni otra persona de qualquier calidad y condicion que sea, no rescaten y compren a los indios la ropa de su vestuario, ni de sus mugeres ni hixos, ni los alquilen pagándoles los alquileres en vino, ni se lo den por plata ni por otro genero alguno, por los grandes daños e inconvenientes que de ello resultan, quedándose los indios desnudos y andando de ordinario borrachos y cometiendo grandes peccados y abominaciones, que son notorias, lo qual cumplan, pena de que por la primera vez pierdan el tributo de el indio por dos años, y por la segunda quede incapaz para obtener la encomienda de el indio a quien se hubiere rescatado la ropa y dado vino, y al que no fuere encomendero, de doscientos pesos aplicados para la camara de su Magestad y gastos de guerra por mitad, y de dos años de destierro para la guerra de este Reyno con el sueldo ordinario de soldado, y si fuere hombre impedido para la guerra, a su costa le obligarán a que pague un soldado por el dicho tiempo, y si fuere pulpero incurra en pena de doscientos azotes. En que lo contrario haziendo, a los unos y otros doy por condenados en las dichas penas, sin que para ello sea necessario otro auto ni declaracion alguna, y para ser condenado sea bastante prueba la declaracion de qualquier indio o de dos testigos singulares, aunque deponga cada uno de differente acto, y las justicias lo executen, guarden y cumplan assi, pena de privacion de sus officios y que se les haga grave cargo en sus residencias.

"Iten ordeno y mando: que los alcanzes que se hizieren en las visitas de cada año, conforme a estas ordenanzas, a las personas que se sirvieren o ubieren servido de indios, en caso que interpusieren apelaciones de los dichos alcanzes, las tales apelaciones no obren mas que el effecto devolutivo y no el de suspensivo, porque no se dilate la cobranza de los dichos alcanzes, executando luego las sentencias que en la dicha razon se pronunciaren.

"Iten ordeno y mando: que para el bien y conservacion de los dichos indios y defensa de sus bienes, pueblos y comunidades, para que la Real cedula suso incorporada y real tassa en lo que no fuere contrario a estas ordenanzas se execute y cumpla, y para todo lo que a los dichos indios se debe tenga cumplida cobranza y entre con nueva cuenta y en lo que ubiere de aver y les perteneciere, y se sepa como se ha hecho y executado todo lo susodicho por los corregidores, protectores y administradores, vecinos, encomenderos y

demas moradores de este Reyno, y para el desagravio de los indios, en execucion y cumplimiento de las cedulas y capitulos de cartas de su Magestad, salgan los señores Oidores de esta Real Audiencia cada año a la visita general de la tierra a las partes y lugares que por mí a sus tiempos se les señalare."

CAPÍTULO XXI.

Suplica la Ciudad de la Concepcion de la tassa y prohibicion del servicio personal. Salen los dos tercios en busca de Butapichon. Tienen con él una sangrienta batalla: sale herido y quedan muchos de los suyos muertos.

Suplican de esta tassa y ordenanzas los vecinos de la Concepcion.—Súplica 1.ª—Idem 2.ª—Idem 3.ª—Idem 4.ª Idem 5.ª—Idem 6.ª—Idem 7.ª—Idem 8.ª—Idem 9.ª—Idem 10.ª—Idem 11.ª—Idem 12.ª—Idem 13.ª—Idem 14.ª—Salen los dos campos a las tierras de Butapichon y Anteguено.—Cogen tres corredores.—Dividen las quadrillas.—Suerte de el Sargento Mayor.—Suerte de el Maestro de campo y batalla con los indios.—Vuelven a pelear los indios y mueren 50, y sale herido Butapichon.—Contenciones entre los Maestros de campo y Sargentos Mayores.

Suplicaron de estas ordenanzas y tassa los vecinos de la ciudad y partido de la Concepcion, representando al Gobernador para que suspendiesse la execucion de quitar el servicio personal, como las encomiendas de su partido eran tenues y no como las del Perú, que se pueden los encomenderos sustentar con los tributos, porque lo ordinario son encomiendas de cincuenta, cuarenta, treinta, veinte y diez indios. Con que no pueden dexar de valerse de ellos para la conservacion de la República y para acudir a la guerra y al servicio de su Magestad, que si viera y oyera estas razones, suspendiera el quitar el servicio personal, y que es muy differente que en Santiago, donde sus vecinos tienen mas aprovechamientos de matanzas, jarcia y otras utilidades que no ay en la Concepcion. Lo segundo, porque los vecinos de la Concepcion no tienen sino unas viñas y sementeras de que se sustentan y con que dan bastimentos al exército, y sin el trabaxo de los indios, ni ellos ni el exército se podrán sustentar, y que los daños de la milicia ambrienta se han experimentado con no pequeño daño, 3.° Que la paga de dos reales que señala a los indios es excessiva, porque en esta tierra no la ay ni se labra. 4.° Que la paga de los pastores es excesiva por el poco provecho que dan. 5.° Que quite la prohibicion de dar vino a los indios, porque su mayor honra son las borracheras y la paga ordinaria de los indios en los casamientos, victorias, mortuorios, ventas de sus hixas y compras de mugeres. Y si se les quitan las borracheras, se irán al enemigo, porque todos sus tratos y contratos los tienen reducidos a eso y por el vino están entre nosotros. 6.° Que sobre el reducir los indios a sus pueblos, tiene ordenado su Magestad que aviendo diez años que están fuera de su natural se puedan quedar en las casas de sus encomenderos queriendo o en otras pagando el tributo al dicho encomendero. 7.° Que debe mandar que los indios de las fronteras y reducciones que están en cabeza de su Ma-

gestad, que de su voluntad quieren servir a los vecinos, lo puedan hazer sin obligarlos a reduzirse a sus reducciones; por quanto seria violentarles la voluntad y que no gozassen de el privilegio de libertad que su Magestad les concede. 8.° Que los indios que antes de la tassa están perpetuados en dichas estancias y otros veliches, no deben ser compelidos a salir de ellas, pues por cedula de su Magestad y tassa está mandado se conserven en dichas estancias, sin que los puedan sacar de ellas, y obligarles a otra cosa seria en ruina de dichas estancias y contra dichas ordenanzas. 9.° Que a la paga no se han de poder hallar corregidor protector y cura por aver mucha distancia en los corregimientos, y no pueden todos concurrir a una, y que bastará que el indio declare si se le han pagado. 10.° Que si se apretasse por entablar esta tassa, cesaria el comercio, se turbaria el bien público y irian a menos las rentas reales, decimales, el estado eclesiástico y monasterios, pues todos se sustentan de las estancias. 11.° Que estos indios es gente de betria, sin fe ni gobierno, y qualquiera nombre de tassa los altera, como se ha visto en las ciudades de arriba, que por eso se perdieron. 12.° Que es inconveniente que estos indios que salieron de las reducciones vuelvan a ellas, porque como tienen parientes, ayudarán a los alzamientos y será dar mas fuerzas al enemigo y causar turbacion. 13.° Que el Gobernador Don Lope de Ulloa no solo no executó la tassa que le embió el príncipe de Esquilache, Virrey de el Perú, sino que no la quiso mostrar considerando el estado la tierra, y otros gobernadores la han suspendido por el alboroto que ha causado en ellos la tassa. 14.° Que los encomenderos le dan treze pesos al año, los remiten el tributo, les dan tierras, bueyes, rexas y semillas para sembrar, los curan en sus enfermedades, y les dan pan, vino, carne, agi y sal, y que con esto están ellos contentos y pagados.

Todas estas suplicas hizo el Cabildo de la ciudad de la Concepcion al Gobernador, pidiéndole las remitiesse a su Magestad para que las mirasse con su acostumbrada piedad, y las firmaron todos los capitulares ante Luis de Castañeda, escribano de Cabildo. Por lo qual todo se suspendió, y aunque se ordenó bien no se executó nada.

Al mismo tiempo que el Gobernador atendia a estas cosas en la paz, continuava sus victorias en la guerra. Salieron por Setiembre de este año el Maestro de campo y Sargento Mayor en campaña y empeñáronse en llegar al rio de la Imperial; tenia casi por frente Butapichon el nacimiento de este rio y por espalda la cordillera nevada: confinaba su assistencia con la de Anteguено, cacique rico y de mucho nombre, de quien se ha hecho mencion en otra parte. Eran estos dos los mas poderosos enemigos por el grueso numero de gente que tenian y que cada dia provocaban a las armas. Marchó el exército a esta parte, y antes de llegar a la parte donde se avia de hazer la correduria se captivaron tres indios, centinelas de el enemigo, que advirtieron se iban juntando a orden de Pichiñanco, famoso soldado, muchas vezes rebelde, porque siendo nuestro amigo con muchas muestras de leal, se rebeló; este hazia liga con Anteguено y Butapichon y todos los de Pubinco, y el dia siguiente se avian de juntar en Curalaba, para lo qual hazian esta misma noche su parlamento en Elol.

Reconociendo el Maestro de campo que no eran sentidos, determinó correr en Cauten, rio de la Imperial, y que el Sargento Mayor diesse en la misma parte donde se hazia el parlamento, procurando cogerlos en la borrachera: fué a la execucion el

Sargento Mayor, y encontrando antes de llegar al término con un rancho donde estaban treinta indios bebiendo, fué lanze forzoso el pelear con ellos, y defendiéndose con grande constancia hasta morir el mayor número de ellos, escapándose algunos que tocaron arma, con que se puso en duda la suerte que se esperaba hazer en la borrachera; pero acelerando las correrias obraron las quadrillas lo mas que pudieron, captivando cincuenta piezas con algunos indios soldados. Con que el Sargento Mayor recogió sus fuerzas y se incorporó con el Maestro de campo, que estaba mas de dos leguas distante. Avia echado el Maestro de campo distintas quadrillas de su gente y quedádose con un trozo de infanteria, y el enemigo avia tomado resolucion de embestirle viéndole con tan poca gente; executólo y peleóse gran rato con mengua de el enemigo y porfia de ambas partes; pero el enemigo, aunque le avian muerto a muchos, sin querer reconocer ventaja, se retiró al mismo tiempo que el Sargento Mayor se iba incorporando con las fuerzas del Maestro de campo, debió de temerlo y anticipóse; pero viendo que las quadrillas de el Maestro de campo venian con la presa de piezas y ganados que avian cogido, no pudiéndolo sufrir y viéndose mas reforzado de gente, volvió a embestir con los españoles, que se hallaban ya incorporados, y llebó el enemigo la peor parte, porque la pelea fué muy sangrienta y reñida; y hallándose en ella Butapichon, fué de los primeros que echaron a huir, mal herido, quedando muertos cincuenta de los suyos; y asegurada la presa de las quadrillas, que fué de ciento y cincuenta captivos, retiróse Butapichon con los que pudo recoger al monte a curarse de las heridas, y el real exército se vino retirando a las fronteras victorioso, dexando tres españoles muertos en las batallas. Esperimentáronse en esta ocasion algunos inconvenientes por la poca conformidad de el Sargento Mayor con el Maestro de campo, achaque antiguo y mal remediado, por no querer ninguno reconocer superioridad en el otro y fomentado de la codicia de las piezas, que es la que atropella los respetos, quebranta las leyes y niega la obediencia, haziendo servicio de el Rey y punto de milicia lo que es punto de codicia; que donde esta falta, facilmente da cada uno al otro el lugar que se le debe, y el rendimiento al mayor en puesto el que conoce por inferior el suyo.

CAPÍTULO XXII.

Tienen buenos sucessos con el enemigo el Maestro de campo Juan Fernandez y el Sargento Mayor Alfonso de Villanueva, ya divididos, ya juntos los dos, con sus tercios; y refiérese un famoso hecho de el cacique Igaipil, amigo de los españoles.

Año de 1635.—Sale el Maestro de campo en busca de el enemigo.—Coge sesenta piezas.—Dan los nuestros alcanze en Puren a unos ladrones.—Sale el Maestro de campo a Calcoimo y coge 10 indios.—Riñe el Maestro de campo a Igaipil porque no cuyda de los caminos y dízele que no es soldado sino chacarero.—Pícasse y sale al camino con algunos indios.—Coge diez indios que entran por su camino y córtales las cabezas.—Llévaselas al Maestro de campo en un costal y dízele que aquellos son los frutos de sus sementeras.—Buena suerte del Maestro de campo mexorada en Chiloé.—Buena suerte de los dos tercios en Puren.—Queda Puren desierto.—Hurta el enemigo cincuenta caballos.—Síguele el Maestro de campo Juan Fernandez hasta su tierra, mata treinta y captiva ciento.—Hizo Alfonso de Villanueva una buena suerte.—Salen los dos campos.—Aguaceros terribles por primavera.—Dificultades de passar el rio de Coipu.—Maloca y buena suerte en Pubinco.—Dan nombre a la Maloca de Mongon.—Año de 1636.—Tiene cedula del Rey Don Francisco Lazo para que pueble a Valdivia.—Cedula de 8 de Mayo de 1635.—Reúsalo el Virrey por no hazer gasto a la hazienda real.—Puéblase despues con mas gasto.—El enemigo es el mexor maestro.

El enemigo con el mal suceso antecedente quedó con poca conformidad, porque unos de otros trahian sospechas que algunos trataban de dar la paz, y origináronse entre ellos discordias no pequeñas, a que les ayudaba la militar estratagema del Maestro de campo Juan Fernandez Rebolledo, que tenia arte en tenerlos disconformes, y en medio destas discordias trataba el enemigo de juntarse en Pellaguen para venir a Arauco, y el Maestro de campo con esta noticia salió con presteza al mismo Pellaguen con la gente de su frontera y dispuso sus correrias, y captiváronse sesenta personas y un cacique. Dieron algunos la paz, y entre ellos Guerapil con toda su familia, con que el enemigo no se juntó por entonces, y el Maestro de campo se volvió sin pérdida al Estado de Arauco. Algunos dias ubo suspension de armas, sin que el enemigo diesse ocasion a tomarlas, sino unos ladrones de caballos que llegaron a Curilemo, dos leguas de Arauco: desmintiendo las centinelas de los amigos, consiguieron su intento llebándosse buen numero de caballos: tocósse arma y salió gente ligera tras ellos: diéronlos alcanze cerca de Puren. Mataron cuatro y captivaron cinco ladrones, y quitáronles todos los caballos. Dieron noticias estos cinco ladrones que con quinientas lanzas venia el enemigo a tomar la reduccion de Catumalo, el Maestro de campo de los indios y gobernador de las armas araucanas, y a degollar los que hallasse en aquella reduccion. Volvió a salir el Maestro de campo Juan Fernandez a Colcoimo, y antes que llegasse fué sentido de las centinelas de

el enemigo y no quiso executar ningunas correrias, sino valerse de emboscadas por no apartarse de sus fuerzas. Captivó doze indios enemigos que uniformes aseguraron estaban ochocientas lanzas juntas cerca de alli. Hallóse empeñado el Maestro de campo y consideró que antes de salir a lo raso era forzoso pasasse noche de por medio, en que el enemigo tendria lugar de reforzarse mas, y que la fragosidad y azares de la tierra podrian ocasionar un mal suceso si dividia sus fuerzas. Resolvió no dividirlas, antes con buen orden trató de retirarse procurando coger el llano, y para asegurarse mexor de el intento de el enemigo, despachó a Marinaguel, que significa Diez tigres, indio amigo y muy valiente, que poco antes dió la paz, con orden de que se pusiesse sobre los altos de Puren y reconociesse si el enemigo venia en su seguimiento. Executólo Marinaguel y tomó lengua y supo de ella que el enemigo se acabaria de juntar aquel mismo dia hasta numero de mil caballos para ir sobre nuestro campo, pero fueron vanas sus amenazas, pues el Maestro de campo entró en Arauco sin ser acometido.

Es digno de memoria el hecho de un indio de Arauco llamado Igaipil, cacique de la reduccion de Carampague y sargento mayor de los indios, de cuyo valor y hazañas se pudiera dezir mucho, pero bastará para conocer su valentia un hecho famoso que hizo. Entró el enemigo a hurtar algunos caballos por el camino que a él le tocaba resguardar, y sintiendo el Maestro de campo el descuido de las centinelas, reprendió al Sargento Mayor Igaipil, y entre otras palabras que le dixo para avivar su cuidado le dixo una que él sintió gravemente, diziéndole que ya no era soldado sino chacarero, ni cuydaba de los caminos sino de las sementeras. Y como él se preciaba de valiente y de soldado mas que de labrador, tomóse de la honra, y haziendo presuncion de el caso, apercivió a algunos de sus soldados los mas valientes, y saliendo con ellos a cortar los caminos, se puso en uno por donde solian entrar los enemigos a hurtar caballos, y se estubo alli mucho tiempo emboscado sin querer volver a su casa hasta hazer alguna suerte. Túbola tan buena, que entrando algunos indios enemigos a sus continuas correrias cerró con ellos y mató a diez, y cortándoles las cabezas las metió en un costal, y volviéndose a su casa, fué el dia siguiente a ver al Maestro de campo, que estaba ignorante de que el Igaipil ubiesse salido a cortar los caminos ni de que ubiesse tenido tan buena suerte, y en llegando a su presencia desató el costal y arroxando las diez cabezas de los enemigos en el suelo dixo: "Aqui verás, Maestro de campo, las sementeras que yo hago; ves aqui las papas que yo siembro," y saliéndose por la puerta afuera dió a entender quan en lo vivo le avian tocado las palabras que el Maestro de campo le avia dicho, que mas era labrador y chacarero que soldado, y mostró su valentia y la vanidad que tenia en ser soldado. Salió el Maestro de campo a la puerta de su casa, volvióle a entrar en ella dándole muchos abrazos y alabando su valor y esfuerzo y escusando las palabras que le avia dicho con el sentimiento de que el enemigo entrasse por sus caminos estando él por guardia de ellos, que solo con su nombre los avia de poner miedo. Y como estos sentimientos eran amorosos y el indio quedó tan ufano y aclamado por la accion, con brindarle el Maestro de campo con una botixa de vino se le quitó la pesadumbre.

Hizo en este tiempo el Maestro de campo Pedro Sanchez Mexorada, Gobernador de las armas y provincia de Chiloé, una entrada a las tierras de Osorno con todos

los amigos y españoles de aquella provincia, y aunque se le opuso el enemigo y tubieron una muy reñida batalla, salió victorioso, con muerte de cien indios enemigos, y se retiró sin pérdida ninguna: que en todas partes se hallaba victorioso Don Francisco Lazo; y antes que entrase el imbierno, ordenó a los fines de Marzo que saliesse el exército a tierras de el enemigo, y el Maestro de campo y Sargento Mayor dispusieron su jornada; y llegando a Pellaguen dispusieron sus correrias como capitanes de tanta prudencia. Corrieron las armas de Arauco en el mismo Pellaguen, y las de San Felipe en Utanleubu, y entre unas y otras captivaron numero de ciento y cincuenta personas, con muerte de veinte enemigos. Incorporáronse en el estero de Lumaco y resolvieron pasar a Puren y reconocerle, y la cienega, cuidadosamente curiosos por saber si avia en ella algunas reliquias de aquella sentina rebelde; pero en todo el valle de Puren ni en su cienega hallaron ni aun cenizas del antiguo fuego, porque todos los indios de aquella provincia, acosados y amedrentados de las armas españolas, se avian metido la tierra adentro desamparando la suya por mal segura, siendo antes el fuerte mas inexpugnable. Cosa, sin duda, digna de notar aver sido la cienega de Puren y su provincia la que todos los rebeldes tenian por sagrado, como parte que juzgaban incontrastable, y averla dexado desierta en tan poco tiempo Don Francisco Lazo, no aviéndolo podido conseguir los demas gobernadores desde el principio de su conquista; y triunfantes los indios de Arauco sacaban cantares en sus borracheras celebrando el aver despoblado a Puren, como una azaña digna de grande loa, y cantaban en su lengua: "Geguelaita Porenche guelli garú ma puam;" que quiere dezir: "Despoblado hemos la tierra de Puren, que ya no ay gente en la cienega;" porque era la cienega de Puren el sagrado de todos los foragidos.

Entró el imbierno con tanto rigor, que no dieron lugar los meses de Mayo y de Junio a entrar a hazer daño al enemigo ni aun a la gente ligera. El enemigo que mas vecino teniamos por la parte de la costa era el de Tirua, que ya toda la demas tierra avia quedado desierta y retirádose los indios la tierra adentro, apurados de las malocas continuas y entradas felices de nuestras armas, y vinieron algunos ladrones a Arauco de Tirua, llegando hasta el fuerte de Culcura, que abriga los indios amigos de aquella reduccion. Llebaron cincuenta caballos, y sin detencion salió el Maestro de campo con las armas de su tercio en su seguimiento hasta el mismo Tirua, venciendo las inclemencias del imbierno. Pasó el rio, que es con exceso caudaloso en este tiempo, valiéndose de valsas que hizo de paxa, y corrió de la otra parte con infanteria, por ser solo a proposito la tierra para ella, y dilatóse tanto, que tubo tiempo el enemigo de juntarse hasta quinientas lanzas; peleóse en algunos pasos estrechos con gentil resolucion y quedaron treinta enemigos muertos, captiváronse treze y mas de cien mugeres y muchachos; con que el hurto de los caballos quedó bien castigado.

Por la parte de las fronteras de San Felipe, el Sargento Mayor Alfonso de Villanueva no descansaba ni dexaba descansar al enemigo; antes, siempre atento a conseguir nuevas empresas, quiso quitar el estorvo de unos ranchos que arriba de Puren tenia el enemigo en medio de los caminos de la cordillera, que servian de cortarlos y de guardar aquellos pasos, impidiendo los intentos de nuestras armas. Embió alguna gente ligera a cargo de un ayudante de los suyos, llebando un

indio prisionero por guia, práctico en aquella parte: llegaron a los ranchos y hallándolos despoblados prosiguieron adelante hasta la Imperial y captivaron cuarenta piezas y mataron veinte enemigos que salieron a la defensa de sus tierras, con que se retiraron con demasiada prisa, porque el enemigo se iba convocando y apretándolos en la retaguardia, y llegaron a su tercio victoriosos y sin pérdida ninguna.

Llegó la primavera, que es el tiempo en que los tercios y los gobernadores suelen salir a campaña, y ordenó Don Francisco Lazo que saliessen el Maestro de campo y el Sargento mayor con sus dos campos a dar en que entender al enemigo de la Imperial, que por verse la tierra adentro gozaba de mas ocio y descanso. Salieron los dos campos, y con ser primavera, que las aguas no son ya tan continuas, parece que estubo aguardando el cielo esta salida y que guardó para ella todas las aguas de el imbierno, porque desató las nubes y los elementos con tan furioso impetu y tempestades tan bravas, que ponian horror a los hombres; y con esperanzas de serenidad o bonanza, se marchó con suma fatiga hasta el rio de Coipu, de poco nombre y moderada corriente en todos tiempos, pero en este se acreditó para muchos años de caudaloso, deteniendo a su orilla muchos dias el real exército sin poderle pasar. Apretaba el tiempo por instantes con mayor fuerza, y aviendo pasado algunos pocos y viendo que el querer pasar adelante era contrastar y pelear contra el mismo cielo, se determinó que se volviesen de esta banda los que avian pasado, y era tan dificil el valsear y esguazar al rio, que se detuvieron muchos dias en volver a pasar los que estaban de la otra banda, y costó algunas vidas el librarse de las furiosas corrientes de el rio; pero ya empeñados los cabos y pasado tan insuperable trabaxo, quisieron lograr sus fatigas con alguna faccion con el enemigo y que no se quedase gloriando de que el cielo peleaba por él, quando se mostraba siempre tan favorable a sus christianos. Y echando a correr su gente a Pubinco, captivaron ciento y veinte personas, mataron número de enemigos y tomaron muchas armas y caballos, cotas y lanzas; murieron tambien cinco amigos de los nuestros en las refriegas, que ubo muy sangrientas, y sin mas pérdida y con toda esta ganancia se retiraron los dos campos. Esta jornada llamaron los soldados la de Mongon por averse visto tantos dias en el rio de Coipu en pasarle, detenidos de los vientos y las aguas, aludiendo a la detencion que tienen los navios desde Paita al Callao en montar un cerro que llaman Mongon, donde es tanta la corriente de las agüas, calmas y vientos contrarios, que por muchos dias se hallan siempre sobre el parage de el cerro Mongon. Y de verdad fué la maloca mas trabaxosa que se ha hecho, por haber peleado, no solo con los enemigos, sino con los elementos, y vencídolos a todos.

Y en este tiempo tubo Don Francisco Lazo cedula de su Magestad para que poblasse a Valdivia, por las noticias que avia de que los enemigos de la corona de España pretendian apoderarse de aquel puerto, por ser uno de los mexores de el mar del Sur, para desde alli infestar estas costas y salir al camino al tesoro que todos los años va de el Perú a España, y la misma cedula tubo el Virrey para que los dos confiriessen el modo. Y aviendo ofrecido grandes mercedes a quien se ofreciesse a costear la poblacion, no ubo ninguno que saliesse a ella; con que viendo que era forzoso que hiziesse a costa de la hacienda real, el Conde de Chinchon, Virrey de el Perú, que era gran celador y defensor de la hazienda real, dexó resfriar estas pláti-

cas por no serle cargoso. Y al cabo vino a cargarlo su Magestad, porque despues pobló el enemigo, como se dirá en su lugar, y para averle de desaloxar y poblar se hizieron mayores gastos, que es muy ordinario en los que quieren ahorrar en cosas forzosas costarles despues mas el ahorro. Don Francisco Lazo instó siempre en las conveniencias de esta poblacion, assi para oponerse al enemigo de el mar, como para apretar por dos partes al de tierra. Pero como de inferior a superior nunca ay ganancia en las contiendas y siempre el mas poderoso sale con victoria en su parezer, prevaleció el del Virrey y solo le acreditaron a Don Francisco Lazo sus instancias y sus dictamenes de prudente y prevenido, sin que tubiesse execucion en su tiempo la poblacion de Valdivia, hasta que el enemigo, que es el que mexor enseña a ser soldados, hizo que lo fuesse su sucesor de Lazo y el de el Conde de Chinchon que pobló a Valdivia, enseñado y estimulado de el enemigo, que ganó por la mano adelantándose a poblarla; y si el enemigo no les uviera enseñado y estimulado, no se ubiera poblado en la vida. Este año de 1636 se hizieron varias malocas, con que se vió apurado el enemigo, que por no aver sucedido en ellas cosa singular no las refiero por menudo.

CAPÍTULO XXIII.

Sale el Gobernador Lazo a castigar a Pubinco y Pillolcura. Refiérense dos famosas victorias de dos grandes Capitanes, Moncibay y Parra, y tráhense algunas cédulas reales en fabor de el Gobernador.

Año de 1637. — Sale el Gobernador a Pillolcura con deseo de acabar la guerra. — Esta guerra mas dura por los medios que la quieren acabar. — Coge el enemigo uno de nuestros corredores y sabe del exército y toca arma. —Vase al enemigo un yanacona llamado Cuero y da aviso de la salida. — Retírase el Gobernador a Arauco.— Coge lengua el Gobernador y vuelve a salir.— Embia el Gobernador delante a Moncibay con algunos amigos. —Captiva Loncodeu dos corredores de el enemigo. — Victoria de Moncibay. — Arrogancia de Clentaro.— Estratagema de el Gobernador. — Embia mil hombres a maloca con el Maestro de campo. — Cogen cinco indios reconocedores. — Dan lado a seis por no ser descubiertos. — Húyesse un negro al enemigo. — Cogen sesenta piezas y tres caciques. — Trata el Gobernador de adelantar las armas y poblar a Angol. — La conformidad que deben tener los gobernadores con el Virrey.—Sale con los tercios el Gobernador a campaña. —Embia gente a reconocer los caminos y alóxase junto al enemigo sin noticia de él. — Coge el enemigo un indio nuestro y deshaze la jornada. — Reconoce el puesto para la poblacion. — Vaja a Santiago a sacar gente. — Retírase el enemigo y dan la paz algunos. — Sale el Gobernador a Repocura y viénele gente y pertrechos del Perú para la poblacion. —Vase un indio al enemigo y el Sargento mayor embia a Parra a cuidar de los caminos por si trahe alguna junta. — Da con la junta que trahe Naucopillan, indio valiente. — Batalla de Parra y captiverio de Naucopillan, con muerte de 80 indios.—Insigne victoria de Parra, captivos y despoxos. —Trata el Gobernador con humanidad a Naucopillan. — Conversion y muerte de Naucopillan — Cedula Real sobre las competencias entre el Presidente y Obispo. — Haze Merced el Rey a Don Francisco Lazo de tres mil pesos en indios vacos, y no tiene effecto. — Concede su Magestad treinta plazas muertas. — Cedula de 15 de Noviembre de 1634. — Cedula de 1635. — Que se haga presentacion y colacion de los beneficios eclesiásticos. — Cedula de 5 de Julio de 1629. — Que para los capellanes de los fuertes observe la forma de el Patronazgo real. — 17 de Noviembre de 1634. — Que castigue a los que hizieren agravios a los indios. — 25 de Setiembre de 1635.— Deroga el fuero militar en caso de resistencia a las justicias. — 3 de Junio de 1635. — Que la Audiencia no dé licencias. —Cedula de 2 de Enero de 1570. — Que esté el número de los soldados lleno. — 1.° de Abril de 1635. — Que los apercevidos para la guerra gozen de el fuero militar. — Marzo 30 de 1635. — 2 de Diciembre de 1608. — Que el Gobernador conozca privativamente de las causas de los soldados de el número. — Prorroga las vidas de las encomiendas. — Abril 20 de 1634. — Que no se saquen los indios de Cuyo de sus tierras. — No se le concede nombrar sucesor al Gobernador. — Que el Virrey nombre en pliego cerrado dos que sucedan en el gobierno. — Mayo 7 de 1635. — Que el Virrey premie a los benemeritos de Chile y les embie las mercedes.— Diciembre 15 de 1634. — Que pueda sacar de las caxas reales el Gobernador lo necesario.—Que los despachos de navios tocan al Gobernador, si no es en ausencia.

Ubo por algunos dias suspension de armas y en ellos se trató con calor de hazer una entrada a Pillolcura, provincia rebelde confinante a la Imperial por la parte de la costa, poco invadida por retirada. Que le daba no pequeño cuidado al ánimo superior de Don Francisco Lazo el ver que una gente como la de Chile, sin cabeza ni reputacion, permaneciesse tanto en su porfia y en defensa de su patria, que ocasionasse una guerra tan prolixa y de tan grandes gastos a su Magestad! Y dezia bien un discreto en una palabra, que el mismo medio que se avia elegido para el fin de la guerra la avia perpetuado, porque la guerra y las malocas que se onde-

rezan a acabar la guerra son las que la perpetuan. Deseoso Lazo de acabarla, frecuentaba las malocas y hazia crudamente la guerra por darla fin y con eso la alargaba mas. Salió el Gobernador para Arauco y con mil y quinientos españoles y indios amigos encaminó la xornada, echando por delante algunas tropas de amigos a reconocer los caminos, y siguiéndolos, se aloxó en Quiapo, seis leguas de Arauco. Andaba el enemigo por alli con otras tropas suyas y encontró con las nuestras que iban delante. Cerraron unas con otras, y las nuestras llebaron lo peor, porque nos llebaron un indio y nos mataron otros, y de el vivo supieron todos nuestros intentos, y degollándole pasaron con ligereza a tocar arma a toda la tierra, que tambien estaba sobre aviso por avérsele dado un indio yanacona llamado Cuero, cristiano, que huyéndose de nuestras fronteras dió nueva al enemigo de los movimientos de nuestro exército, y su traicion causó notables inconvenientes. Era este indio Cuero de natural sedicioso, altivo soldado y astuto en la guerra, y temíase, y con razon, que su fuga avia de ser de grande inconveniente para la execucion de este progreso, y assi dudó mucho el Gobernador en pasar adelante, por estar el enemigo con estos avisos alerta y con cuydado. Tomó consexo y retiróse a Arauco.

Importaba coger lengua, y consiguióse embiando cien amigos y treinta arcabuzeros a cogerla, que en Calcoimo captivaron cinco indias y dos indios que dieron noticia de todo lo que convino saberse y de el alboroto que causaba Cuero entre el enemigo. Dezian estos que estaban cuydadosos pero no persuadidos a que las armas españolas pudiessen entrar en Pillolcura. Volvió a salir el Gobernador mas prevenido de advertencia con los mismos soldados de la primera vez, embiando por delante al Teniente Bernardo de Moncibay, gran soldado y que capitaneaba los indios de Arauco de la parte que llaman Lavapié, con trescientos y ochenta indios y algunos alcabuzeros españoles, para que tomasse todos los pasos, y el Gobernador, en su seguimiento, fué marchando hasta lo de Marinao, cerca de Paicabi, donde se aloxó. El Teniente Moncibay, que iba delante con los amigos, los dividió en trozos, y Loncodeu, hijo de Catumalo, soldado de muchos brios, que llebaba uno de sesenta amigos, encontró cerca del estero de Juan Agustin, martes veinte y dos de enero a media noche, con diez enemigos. Cerró con ellos y captivó dos que dieron aviso cómo el enemigo se iba juntando en el puesto que llaman de el Manzano. Tubo el Gobernador este aviso de Loncodeu y de Moncibay y cómo el enemigo, con el aviso de los ocho que se le escaparon a Loncodeu, se iba retirando; pero el Teniente Moncibay, alentado y deseoso de hacer algun hecho de fama, le fué siguiendo, y dándole alcanze en un passo angosto donde se avia hecho fuerte, hizo infanteria de todos los suyos, que serian hasta trescientos, y como hiziesse lo mismo el enemigo, se embistieron con valentia los unos a los otros, y peleando Moncibay con esfuerzo y valentia mató treinta y nueve al enemigo y le puso en huida, cantando victoria con las cabezas de los muertos, con que puso terror a los vivos. Vino Clentaro, indio de Arauco de los mas valerosos, que se halló en la refriega, y dió parte al Gobernador de la batalla y de el buen suceso de ella, y preguntándole quántos eran los muertos de el enemigo, respondió el Clentaro, arrogante, al Gobernador que no se avia ocupado en contarlos sino en matarlos.

El Gobernador, como tan gran soldado y que no sabia volver el pie atras, hizo en

esta ocasion de el que se retiraba, quemando la campaña y dando a entender al enemigo que se volvia a Arauco; pero con gran secreto despachó al Maestro de campo Juan Fernandez con mil caballos españoles y amigos y ordenóles que fuesse con ellos a Pillolcura, y él se quedó con toda la infanteria en la margen del rio de Lebo. Comenzó a marchar el Maestro de campo y aquella noche se emboscó en parte oculta y sitio capaz para la caballeria y por espaldas un estero que no tenia nombre, pero tanta abundancia de truchas que dieron nombre a la emboscada y se llama la de las Truchas. Previno el Maestro de campo desde esta emboscada despachar cien indios amigos a coger los caminos, y en las juntas de Relomo captivaron cinco enemigos que solos andaban reconociendo aquellos pasos, y fué ventura que no se escapasse ninguno a dar aviso al enemigo, que es muy ordinario en estas ocasiones tener ventura alguno de acogerse a las montañas y dar aviso a toda la tierra. Y recelosos de estos, aunque al dia siguiente divisaron seis indios, no intentaron cogerlos, porque su presa fuera de poco fruto, y uno que se escapara de mucho daño, porque pudiera dar voz a la guerra. Es la tierra a propósito para emboscadas y ocultáronse de modo que los seis indios no los pudiessen ver, aunque ellos fueron vistos de los nuestros. Saliose de este cuydado y sobrevino otro, que fué huirse un negro trompeta de el capitan Don Thomas de Ovalle, el qual se fué al enemigo, y receloso el Maestro de campo del aviso que podria dar, aceleró la marcha por ganarle la delantera, y aunque el camino era de montaña angosta, que iban unos tras otros, y de laxas y despeñaderos, le pasaron con ligereza, dió en Pillolcura y captivó sesenta piezas y tres caciques, y volviose a Arauco sin pérdida, aunque el enemigo le riñó picando a la retaguardia.

Con esta ocasion se iba despoblando Tirua, y lo mismo iban haziendo los de Calcoimo y Relomo. Acogiéronse unos y otros a la Imperial, y como todos los fronterizos se iban retirando, se iba haziendo mas dificil su castigo por mas lejanos. Por esta causa se resolvió Don Francisco Lazo a írsele acercando y a adelantar las armas a nuevas poblaciones, ocupando la tierra que avia ganado al enemigo y de donde le avia echado apurándole con entradas y malocas. Parecia el rio de Coipu a propósito y para uno y otro en Angol: esta que sirviesse de escala y faturia de la otra. Empeñóse el Gobernador en la execucion, y conferido con los cabos y capitanes de el exercito, dió cuenta al Conde de Chinchon, como a Virrey, que avia de asistir con socorros, y era esto mismo lo que el Conde deseaba y se lo avia escrito a Don Francisco varias vezes, repitiendo el gasto que se hazia con aquellas armas, y quanto convenia el ir aliviando los gastos de la hazienda Real. Era zeloso en esto y cuidadoso en asistir a Don Francisco Lazo con socorros y consexos, y atendia con christiandad y justicia a remunerar a los beneméritos de la guerra, sin dexar de acomodar a ninguno en corregimientos y otros officios conforme los sugetos y los puestos que cada uno avia ocupado, y para esto y para los despachos de los situados que dependen de el Virrey, procuraba este prudente Gobernador Don Francisco Lazo tener muy sazonado al Virrey y mostrarse en todo rendido, reconociendo la superioridad de el puesto y attendiendo a la dependencia que Chile tiene de el Perú, atencion que deben tener todos los gobernadores, assi por guardar el buen orden y subordinacion, como la guardan las gerarquias en el cielo, como porque se

le siguen muchos daños al Reyno de alzar un Virrey desazonado o desobligado la mano de su socorro. Y entre las felicidades de Don Francisco Lazo, fué una, el aver con sus cortesias y rendimientos merecido las asistencias y ganado el affecto de un Virrey tan celozo de el servicio de su Magestad, tan faborecedor del Reyno y de Chile, y tan grande en todo, que su memoria se repite en el Perú con grande gloria y veneracion de su nombre.

Para reconozer los puestos de las poblaciones que intentaba hazer, y de camino dar cuydado al enemigo, hizo una jornada a tierra de guerra antes que el imbierno se empeñasse en su rigor. Mandó incorporar las fuerzas de Arauco y de San Felipe en el Nacimiento y con ellas marchó a Angol, donde se aloxó, ordenando que el ayudante Antonio de Novoa, soldado de exercitados brios, y el capitan Domingo de la Parra, que lo era de los amigos, saliesse delante con doscientos y cincuenta de ellos y algunos arcabuzeros para que reconociessen los caminos. Salieron con buen orden, y aviéndose aloxado en el rio de Curaupe, avia hecho lo mismo el enemigo aquella noche en la propria parte a tiro de vallesta, pero sin noticia unos de otros. Trataron otro dia, luego que amaneció, de marchar los nuestros en prosecucion de su viage, y echaron menos un indio amigo que alargándose o descuidándose le captivó el enemigo, y sabido de él cómo el Gobernador venia, se desaloxaron con gran priessa, temerosos de caer en sus manos, y fueron con gran ligereza a dar aviso a toda la tierra y a tocar al arma. Este azar o descuido del indio fué causa para que Don Francisco Lazo, por consexo de sus capitanes, se volviesse, contentándose solo con aver reconocido el puesto de Coipu para la poblacion que avia sido el principal blanco de su jornada.

Vaxó el Gobernador a Santiago aquel imbierno a consultar con la Real Audiencia y su Cabildo la importancia de la poblacion y a pedirles que le assistiesen a ella con gente, pertrechos y municiones, a que no se negaron, reconociendo la felicidad con que Don Francisco Lazo hacia la guerra, la seguridad con que vivian por su medio y las utilidades que de las poblaciones se recrecen, y por Octubre, con la gente que lebó y con los que obligados de sus cortesias le siguieron, volvió a la Concepcion. El Maestro de campo Rebolledo en este medio iba consiguiendo algunas empresas por Arauco con gente ligera, con que acabó de despoblar a Pellaguen, Relomo, Calcoimo y Tirua, obligando a los rebeldes de estas tierras a meterse la tierra adentro, huyendo de su rigor, y a muchos, con averles captivado las mugeres y los hijos, a que se viniessen de paz, por ver que con liberalidad se los restituia a todos los que se reducian a la obediencia de su Magestad.

Avia en Repocura, tierra confinante a la Imperial, copia de enemigos, y el Gobernador, mientras le venia el socorro de el Perú, trató de hazer en ellas algunas correrias y executólo con suma felicidad y notables daños de el enemigo y rescate de algunos españoles en trueque de algunos indios que captivó. Y llegándole el socorro de los pertrechos por Noviembre y cien soldados, con nueva de que se quedaban conduciendo mas, trató el Gobernador con calor de la poblacion con los cabos, y estando en esto se huyó al enemigo un indio amigo de la reduccion de San Christóval que poco antes avia dado la paz: que tan facilmente como la dan estos barbaros la niegan. Juzgósse que este indio por ser soldado causaria alguna turbacion y no fué vano el juicio, porque volvió sobre nuestras fronteras con una junta

de rebeldes, y previniendo el lanze el Sargento Mayor Alonso de Villanueva, embió doscientos indios amigos y cincuenta españoles a cargo de el Capitan Domingo de la Parra con orden de que reconociesse aquellos pasos y caminos, y executándolo reconoció rastro de trescientos caballos que avian entrado a nuestras fronteras. Fuéle siguiendo con destreza hasta la orilla de Biobio, y dió con el enemigo en el parage que llaman la Angostura. Acababa de llegar al rio de vuelta de nuestras tierras sin aver hecho efecto ni tomado lengua, que era su fin principal para saber de los designios de el Gobernador, y eran doscientos enemigos, todos exercitados en la guerra y gente escogida, acaudillada de Naucopillan, cuyo nombre significa Rayo que cae en el agua, que al fuego y al rayo llaman Pillan, nombre de deidad. Este era un rayo de la guerra y un indio muy valiente y de grandes ardides, cacique de Pubinco y capitan de mucho nombre. Reconocióle el Capitan Parra a tiempo, que aun no avia acabado de pasar el rio, y gozó la ocasion de hallarlos divididos, y cerrando de improviso con ellos opúsosele Naucopillan con gallarda e increible constancia, assistiéndole los que avian pasado el rio, sin que ninguno de ellos dexasse de pelear con grande ardor, hasta que aviendo muerto Parra mas de ochenta y herido al Capitan Naucopillan, por mas que se embrabeció como toro herido y se nombró diziendo: "yo soy Naucopillan, rayo de la guerra," acometiendo con nuevo esfuerzo, cayó de una lanzada que le dió un indio amigo y le sugetó, no queriendo acabarle de matar por trahérsele vivo al Gobernador y presentarle aquel valiente capitan para que toda valentia chilena se viesse rendida a su valor.

Cogieron vivos otros veinte y tres, y los demas se avalanzaron unos al rio y otros al monte, dexando los caballos y armas por despoxo a los españoles e indios amigos. Fué este suceso uno de los mas dichosos que tubo Don Francisco Lazo y que le dió grande gloria por ser este Naucopillan el enemigo mas soberbio y desvanecido que ha tenido la guerra y que en sus juntas y parlamentos avia hablado con desprecio de el Gobernador y de toda la nacion española. Diósse orden le pusiessen preso en el fuerte de Buena Esperanza, para donde se partió luego Don Francisco Lazo, y aviendo llegado mandó traher a su presencia a Naucopillan, y en este acto, aunque en mas limitada esfera, se acordaron muchos de el suceso que nuestro glorioso Emperador Carlos V tubo con el Duque Federico de Saxonia quando le prendió y llamándole Magestad le dixo: "ayer Carlos de Gante y oy sacra Magestad," y al fin le hizo grandes honras. Llegó Naucopillan muy humilde, postrándose a los pies de el Gobernador, que le abrazó con grande humanidad y le dixo lo que trocaba la fortuna en la guerra los pensamientos, y quánto mexor era servir a su Rey que no serle rebelde, para no verse en humilde suerte, privado de sus tierras, hixos y mugeres, y haziéndole muchos agasaxos le mandó tratar en la prision con toda humanidad y cortesia. Inclinábase el Gobernador por su natural piedad a darle libertad y que se estubiesse entre los indios amigos, esperando que de un buen enemigo podria hazer un buen amigo, pero los que conocian su altivez y arrogancia se lo disuadieron. Con que pasando algunos dias en esta deliberacion, le dió una enfermedad de tabardillo que humilló su sobervia, y rendido a Dios y a las amonestaciones de los padres de la Compañia, que siempre le asistieron, pidió el agua de el santo baptismo y la recivió con muchas lágrimas y arrepentimiento de

su mala vida pasada, y con tal fervor que a todos dexó consolados y con prendas de su salvacion, y fué su dicha el morir en esta tierra de christianos y la señal mas cierta de predestinacion, porque en la suya estaba cargado de mugeres infieles, y tan infieles para él, que todas le negaron y ninguna se acordó de él ni le vino a ver en su captiverio ni enfermedad, sino una vieja que no le fué de impedimento para disponerse a morir bien. Que al que tiene Dios predestinado, le guia de modo a su salvacion que le lleba a donde la consiga, aunque sea por medios al parezer adversos, y le quita las ocasiones de peligro.

Este año le llegó al Gobernador Don Francisco Lazo una cedula de su Magestad para sosegar las diferencias que avia entre los gobernadores y obispos sobre las competencias en las procesiones, en darles la paz, agua bendita y el misal, que me ha parecido ponerla original para que se sepa el respeto y veneracion que tiene su Magestad a la Iglesia y las cosas en que quiere que precedan sus prelados a los gobernadores, aunque representen su real persona.

EL REY.

Por quanto entre el Presidente de mi Audiencia Real de la ciudad de Santiago, de las provincias de Chile y el Obispo de ellas, se han ofrecido algunas competencias sobre la precedencia en las procesiones y lo que se ha de hazer con el dicho Presidente, y otras cosas; aviéndose visto en mi consexo de las Indias lo que cerca de estas cosas se ha probehido antes de ahora para algunas partes de las Indias y lo que se ha representado por parte de el dicho Presidente, he tenido por bien declarar y mandar lo siguiente: Que en lo que toca al lugar que cada uno de ellos ha de llebar, quando el Obispo y Presidente concurrieren en procesiones y otros actos eclesiasticos, el Presidente vaya con la Audiencia y el obispo delante con su clerecia detras de el Presidente, que fuere revestido y luego se siga inmediatamente el Presidente y Audiencia. Que al echar el agua bendita, antes de la misa mayor, se eche primero al Obispo y clerigos que estubieren con él, estando juntos, y luego al Presidente y Audiencia. Que en quanto assi se ha de vaxar el Evangelio al Presidente, quando se acaba de dezir, declaro que no, porque esto se ha de hazer con solas las personas de los Virreyes. En el dar la paz, ordeno que estando en la capilla mayor el Obispo, se le dé primero a él y despues al Presidente; y estando el Obispo en el coro salgan juntas dos pazes, una para el dicho Obispo y otra para el Presidente; y que en quanto a la persona que la ha de llebar, se guarde lo dispuesto por el ceremonial; y en quanto si le han de llebar al Obispo la falda alzada, declaro: que en los actos eclesiasticos al Obispo le lleben la falda, aunque vaya alli el Presidente y Audiencia; mas, que no vaya alli sino solo el criado que la llebase; y quando fuere a las casas reales se la llebe hasta la puerta de el aposento donde estubiere el Presidente y alli la haga soltar. Y el Obispo ha de hazer el juramento que debe, de no tomar los derechos reales y de guardar mi patronazgo. Y que yendo a oir los divinos officios el Presidente y Oydores en forma de Audiencia a la Iglesia Catedral, han de salir a recebirle por lo menos dos prevendados de la dicha iglesia. Todo lo qual es mi voluntad, y mando que assi se observe, guarde, cumpla y execute de aqui adelante sin que contra ello se vaya, ni pase en manera alguna por ninguna persona. Fecha en Madrid a diez de Julio de 1636.—YO EL REY.—Por mandado de el Rey Nuestro Señor, Don Fernando Ruiz de Contreras.

Otras muchas cedulas tubo el Gobernador Don Francisco Lazo que por evitar molestias no las pondré al pié de la letra, sino la sustancia de ellas y lo que contienen; y assi mismo otras pertenecientes a este Gobierno de Chile. Recibió cedula de su Magestad Don Francisco Lazo en que le haze merced de tres mil ducados de renta en indios vacos de estas provincias, fechada en Madrid 9 de Diciembre de 1635, la qual no tubo effecto por ser las encomiendas de Chile tan cortas, que para aver de sacar tres mil pesos avia menester quitar casi todas las encomiendas a los vecinos y conquistadores, y como su generosidad era tan grande y su atencion a remunerar los servicios, no quiso tomar para sí ninguna encomienda, lastimándose de no tener mucho que dar por premiar tan relevantes servicios a los soldados de esta guerra; y assi pidió a su Magestad cincuenta plazas muertas para premiar benemeritos y sol-

dados impedidos por viexos o valdados que no tienen de qué sustentarse. A que le responde su Magestad: "Aya treinta plazas: las quince de capitanes, alferezes y sargentos, cinco de cada puesto de estos y otras quince para soldados sencillos, unos y otros de christiano y honrado proceder, que me hayan servido en esa guerra por lo menos veinte años y que tengan sesenta de edad; y que a los unos y a los otros se les acuda con los sueldos ordinarios, pagándoselos de los doscientos y doze mil ducados de la situacion de ese exército, asistiendo y residiendo en los fuertes o puestos donde les ordenáredes para poder dar sus votos en las ocasiones que se les offrecieren, y acudir de ordinario a industriar y enseñar el exercicio de las armas a los que lo ubieren menester, conforme las ordenes que les diere el que los gobernare en el lugar o parte donde residieren, y cumpliendo con estos requisitos se les pagarán sus sueldos de la dicha consignacion de los doscientos y doze mil ducados a los tiempos y como se pagare a la demas gente de ese exército, obligándoles a que dentro de seis años llebe ceda uno aprobacion mia del nombramiento que le diéredes, en que aveis de referir las causas por que se le disteis y sus partes y servicios. Fecha en Madrid a 15 de Noviembre de 1634."

En otra cedula le da forma de lo que se ha de observar en las provisiones de los beneficios eclesiasticos, en que manda que en vacando el beneficio, curado o simple, el Prelado mande poner carta edicto en la Iglesia Catedral con termino competente para que se opongan, y aviéndolos examinado de la suficiencia, elixa dos personas de las mas dignas, y la nominacion de los assi nombrados se presente al Gobernador para que elixa uno de los dos, y esta eleccion la remita al Prelado para que haga la provision por via de encomienda y no en titulo perpetuo, sino mobible *ad nutum*, y solo será perpetua la eleccion que hiziere el Rey personalmente; y que el Obispo haga la colacion si no ubiere contra él delitos graves que le hagan indigno, y no haziéndola, pague los frutos que dexare de percevir, y que una vez colado no le puedan quitar sino por delitos graves y de incorregibilidad, ni el Gobernador ni el Obispo. Y aunque en otra cedula se avia dispuesto que conformándose los dos, Obispo y Presidente, pudiessen quitar el beneficio colado, esa cedula se derogó despues. Y porque el Obispo de la Concepcion Don Fray Luis Gerónimo de Ore dió parte a su Magestad cómo el antecesor de Don Francisco Lazo, Don Luis Fernandez de Córdova, ponia curas en los fuertes de Lebo y la estancia de el Rey sin guardar la forma arriba dicha, so color de que eran capellanes, poniendo clerigos y religiosos, mandó su Magestad que se observasse el estilo del patronazgo Real en el nombramiento de los capellanes de los fuertes de la guerra de Chile; y a los Obispos ordena su Magestad que visiten a los curas, aunque sean religiosos; pero que a estos no los visiten sino restrictamente en el cargo de curas, sin pasar a las costumbres, cuya visita pertenece a sus Prelados. Fecha en Madrid a 17 de Noviembre en 1634.

Con el cuidado tan grande que su Magestad tiene de el buen tratamiento de los indios, le despachó cedulas al Gobernador Don Francisco Lazo en que le encarga que se castiguen las vexaciones y molestias que hazen los corregidores, doctrineros o otras qualesquiera personas a los indios; y en otra que haga relacion de seis personas aptas para cada officio de las caxas de este Gobierno, refiriendo la hazienda, partes y calidad de cada uno; y que envie memoria jurada y autorizada, oja por oja, de todos quantos officios o ministerios ordi-

narios y estraordinarios de todas profesiones se probeen por el dicho Gobernador, o por ministros, o por merced de el Rey o facultad implicita o explicita en todo el distrito de esta Audiencia de Chile; el salario, derechos y emolumentos que cada uno de ellos tiene; que haga tres o cuatro duplicados y los remita por diversas vias.

En otra cedula a Don Francisco Lazo, sobre si los soldados deben siempre conservar el fuero militar, aun en caso de resistencia a las justicias, le dize su Magestad: Que en caso de resistencia y desacato injurioso, se deroga a los soldados el privilegio militar de su fuero, y se concede a las justicias ordinarias conozcan de el dicho caso hasta la execucion de la sentencia definitiva, sin que el capitan general pueda impedirselo. Madrid, 3 de Junio de 1635.—Y a la Audiencia de Chile ordena su Magestad que no dé licencia a los soldados ni vecinos de Chile para salir de el Reyno, porque solo toca al Gobernador. Madrid, 3 de setiembre de 1636.—Y son semexantes estas cedulas a las que se despachó para el Presidente y Oydores de Panamá, en que se les dize assi: "Mando a los nuestros Oydores de la dicha Audiencia que libremente os degen entender en las dichas cosas de gobierno y probeer y despachar todas las cosas tocantes a él, sin que se entremetan en ello ni en cosa alguna de ello, y que solo se entienda en cosas de justicia, juntamente con vos, y en el administrarlas en aquellas cosas y de la manera que lo hazen los Oydores de nuestras Audiencias reales que residen en la ciudad de México, de la Nueva España, y en la Villa de Valladoli y ciudad de Granada destos Reynos."

Y al Conde de Chinchon le manda su Magestad, a instancias de Don Francisco Lazo, que socorra con gente al Gobernador de Chile, teniéndole siempre lleno el numero de la que está situada, para que por falta de gente no dexe de emprender lo que importa para vencer. Y respondiendo a Don Francisco Lazo sobre si los vecinos apercebidos para la guerra deben gozar de el fuero militar, le responde:

"Declaro que todos los soldados apercebidos deben gozar de las preeminencias que dan las cedulas reales a los soldados que actualmente están en la expedicion, como ellos las gozan, excepto de los casos y causas que estubieren comenzadas antes de ser apercebidos, assi civiles como criminales. Madrid, 30 de Marzo de 1635." Y esto mismo tenia concedido otra cedula mas antigua para los soldados de el numero que militan en las ciudades y los que van a la guerra, aunque no tengan plazas de soldados en el exército, y por ser tan favorable para los soldados y para el Gobernador de Chile, la pondré aqui, que es como sigue: "Concédese jurisdiccion privativa para que el Gobernador de Chile, como Capitan General, conozca de las causas civiles y criminales de la gente de guerra que sirve a sueldo, y assi mismo de los capitanes de caballos e infanteria, sus alferezes y sargentos de las compañias de los vecinos y moradores de las ciudades y partidos, que vulgarmente llaman de el numero, y que quando estas compañias de el numero tubiessen arboladas vanderas y estubieren con las armas en las manos haziendo guardia y esperando enemigos, o marchando al castigo y pacificacion de ellos, gozen de los mismos privilegios y preeminencias que los soldados pagados, y que de los casos criminales y demandas civiles que en aquellos dias acontecieren, privativamente conozca el dicho Gobernador de Chile hasta concluirlas, con que para mayor satisfaccion de

las partes, demas de su Assesor, nombre el dicho Gobernador uno de los oydores de la Real Audiencia para que con parezer de ambos determine las dichas causas."

Vínole otra cedula a Don Francisco Lazo en que concede su Magestad prorrogacion de una vida mas, segun la ley de la sucesion de las encomiendas, que pasan de ochocientos pesos, con condicion que las que la tubieren en segunda vida sirvan de contado con el valor de los tres primeros años de los tributos, y los que en primera vida, con el valor de dos años de los tributos de los dichos indios. Que se eviten los agravios que se hazen a los indios encomendados de las provincias de Cuyo en sacarlos con vexacion y rigor de sus patrias, como informó el obispo de Santiago que se hazia. Fecha 5 de mayo de 1629.—Este mismo año vino cedula para que muriendo el Gobernador entrasse a ser Gobernador y capitan general el oydor mas antiguo. Y aviendo pedido Don Francisco Lazo facultad para nombrar gobernador y capitan general por su muerte, se le negó y se dispuso: Que el Virrey en pliego cerrado nombre dos personas de los Maestros de campo que han sido en esta guerra, y que por muerte de el gobernador de Chile suceda el uno en el gobierno; y si ubiere muerto el primero, entre el segundo, hasta tanto que el Virrey nombre otro; que el dicho pliego se guarde cerrado y con secreto. Fecha en Madrid a 7 de Mayo de 1635.

En otra cedula ordena su Magestad al Virrey de el Perú que se entreguen los doscientos y doze mil ducados assignados en plata para el socorro de la gente de guerra de el exército de Chile a la persona que con poder del Gobernador de Chile y oficiales reales de la Concepcion fueren por dicho situado, y que cada año haga merced a doze soldados benemeritos de esta guerra, segun la relacion de el Gobernador de Chile, y que les embie los despachos de las mercedes a la guerra. Madrid, 15 de Diciembre de 1634.—Esto negoció Don Francisco Lazo, porque como no tenia con qué premiar en este Reyno a los benemeritos que avian servido en la guerra, y si los embiaba al Perú a pretender, pobres, no negociaban nada, alcanzó que se les enviassen aqui las mercedes: ojalá assi se hiziesse, que en estos tiempos ni aun yendo allá las alcanzan, porque como los que salen desta guerra van pobres y no tienen qué dar, no reciven.

Dióle su Magestad licencia al Gobernador de Chile para que pudiesse sacar de la real hacienda que ubiere en las caxas de su distrito, lo que forzosamente fuere necesario para la pacificacion de aquellas provincias. Y a algunas preguntas sobre puntos de jurisdiccion, responde su Magestad assi: Sobre si el dar licencia de salir los navios de el puerto, es caso militar o no, o a quien toca el darla, responde: Declaro, que estando ausente de la ciudad de Santiago el Gobernador y no constando de que quiere y trata de embiar sus pliegos por el puerto de Valparaiso, pueda salir el navio con orden de la Audiencia el dia que por ella se le ordenare. Que los desterrados a la guerra por la Audiencia, cumplido el tiempo de su destierro, es caso militar, y que el Gobernador no los detenga sin causa urgente. Y con esto pasemos a las cosas de la guerra, y baste ya de cedulas, que por favorables a Don Francisco Lazo las he referido.

CAPÍTULO XXIV.

Puebla a Angol Don Francisco Lazo. Pone alli el tercio de San Felipe y guerrea con el enemigo, con varios encuentros de entrambas partes. Refiérense los daños que hizo un indio amigo, llamado Cuero, que se fué al enemigo, y su muerte, y las traiciones de otro fugitivo, Pichipil.

Año de 1638. — Determina el Gobernador con parecer de todos el poblar en Angol. — Comienza a trabaxar y embia al tercio de San Felipe por el resto de la gente y por las mugeres, que los gentiles las echaban de sus exércitos y mexor lo deben hazer los christianos. — Por este vicio castiga Dios a este Reyno con guerras. —Dan prisa a la obra. —Enferma el Gobernador y vaxa a la Concepcion, y acaba la obra el Sargento mayor.— Abundaucia de bastimentos. — Utilidad de la poblacion. — Hazen los tercios algunas malocas y el enemigo entradas a hurtar caballos. — Año de 1639. — Los daños que hazia el indio Cuero en tierras de paz. — Sale de emboscada y mata a muchos pasageros que caminan solos. — Mata a uno que lleva unos dulces al Gobernador y cómeselos. — Coge el Gobernador a Cuero y a sus compañeros y mándalos arcabucear. — Captiva Iparquile cinco españoles. — Sale el Gobernador a la venganza. — Húyese Pichipil al enemigo y no se haze nada en su quadrilla. — Hizieron suerte las otras quadrillas.

Por Enero de 1688 salió el Gobernador Don Francisco Lazo de la Vega con todos los aparatos de la poblacion, y en Negrete se le juntaron las fuerzas de Arauco. Aun no tenia punto fijo hasta este punto a donde avia de hazer la poblacion, sino que por mayor se trataba de que seria en Coipu, y el Gobernador, para asegurar el acierto y escoger el sitio mas conveniente, tomó consexo con todos los indios amigos y capitanexos de las fronteras, que uniformes y constantes sintieron mal de la poblacion de Coipu y se inclinaron a que se hiziesse en Angol, dando muchas razones de conveniencia para ellos, las quales reforzó el prudente consexo de el Sargento Mayor Alfonso de Villanueva, que fué siempre de este sentir, y con aclamaciones generales repitieron todos que se poblasse en Angol, aunque despues de aver dexado Don Francisco Lazo el gobierno, no faltaron algunos que le dieron a entender al sucesor, viéndole poco inclinado a este progreso, que les avian hecho firmar por fuerza. Ordenó el Gobernador que se marchasse a la poblacion de Angol, que era una ciudad de las que el rebelde asoló en su general alzamiento, dista veinte leguas de la Concepcion, doze del quartel de San Felipe, dexando en medio tres rios: el de la Laxa, el rio Claro y Biobio. Estos estorvos dificultaban las empresas, y por estas causas y por otras que se dirán, se miraba por conveniente y de toda importancia la poblacion de la otra banda de estos rios.

Aquartelóse el Gobernador con el exército en el sitio de Angol y se dió con gran calor principio a la fábrica, siendo él el primero en el trabaxo para animar a todos

con su exemplo, y para que el tercio de San Felipe se pasasse de quaxo a Angol, embió por las mugeres y soldados que avian quedado en él con una compañia: que si las mugeres fueran todas legítimas acompañaran bien al exército, pero entre ellas avia muchas que le servian a los soldados, con titulo de hazerles la cozina, de hazerles la cama y de acompañarlos en ella, vicio que no se ha podido desarraigar de este exército por no poner los gobernadores con zelo christiano el cuidado y desvelo que ponian los gobernadores gentiles en sus exércitos, pues Cipion las echó de su exército estando sobre Numancia, y el Senado romano alegó que los consules que iban a gobernar provincias de guerra, no llebassen mugeres, como lo refiere Tácito en el segundo de sus anales, y son gravissimas sus razones, y siendo estas tales y mucho mas graves las razones christianas que persuaden a quitar esta peste de los exércitos, con razones politicas y de infernal filosophia las consienten y las apadrinan, haziendo necesidad el vicio y coloreando el pecado con razones y colores que antes debieran sacar las colores al rostro y causar mucho temor a la justicia divina, que agraviada y sentida de ver que los christianos tienen peores dictamines que los gentiles y que dan tan mal exemplo con ellos a los infieles, castiga a este Reyno con una guerra tan prolixa: que no es pequeño castigo el de las guerras, pues entre los que pone el Salvador que precederán al juicio final, que todo será rigores, será el uno las guerras y las sediciones: *predia et sediciones.* Trabaxos que han seguido a este Reyno desde sus principios y conquista, pues nunca le han faltado guerras y levantamientos. Quiera Dios que abran los ojos para conocer su mal, y que alze Dios la mano de el castigo.

Ibasse prosiguiendo la poblacion con eficacia: viéronse levantados en pocos dias los cuatro lienzos de la muralla, de cuatrocientos pies de largo cada uno, mil y seiscientos en cuadro, con sus trabeses, y mucha parte de los aloxamientos para los soldados, y no se adelantó mucho mas la obra por aver caido enfermo el Gobernador y no estar conformes los cabos de el exército, que la conformidad entre los que gobiernan exércitos es tan necesaria que sin ella la cantidad y el valor de los soldados es de todo punto inutil. Apretóle la enfermedad al Gobernador tan rigorosamente, que se ubo de baxar a la Concepcion, dexando la assistencia de una obra tan suya y tan importante, que lo sentia mas que la misma enfermedad. Y el Maestro de campo Juan Fernandez pasó a Arauco con los españoles de aquella frontera, y el Sargento Mayor Alfonso de Villanueva quedó en la de Angol prosiguiendo la obra, como quien avia de tener aquella nueva poblacion a su cargo con setecientos y setenta españoles infantes y caballos, gente toda veterana y lucida, y prosiguióse la obra hasta ponerla en perfeccion, con tanta abundancia de materiales y bastimentos y municiones, que se lució bien la prevencion de Don Francisco y su eficacia, pues quando solian andar ambreando los tercios y faltarles la comida, en estando mucho tiempo juntos, para esta poblacion la tubieron tan sobrada, que la carne la dexaban perder y la harina la estimaban en tan poco por la abundancia que por cuatro reales daban una fanega de harina, que los vale un pan o una hagaza en España a tiempos, y luego se vinieron a los ojos las conveniencias de aquella poblacion para los que no las avian penetrado todas, porque demas de que lo que a un Gobernador en Chile le compete para ser gobernador aplaudido y provecho-

so al Reyno, es assistir siempre en campaña campeando y hazer poblaciones para poner freno al enemigo. Esta era ya fuerza adelantarla a este puesto, por estar ya tan retirado el enemigo, que las armas en San Felipe eran como ociosas, y si avian de obrar algo era a costa de mucho cansancio y riesgo en irle a buscar tan lexos, y aqui le tenian cerca y pasadas las difficultades de los rios. Los soldados estaban mas apartados de las estancias, donde hazian mas daño que los mismos enemigos, retirados del vicio, menos dados a la ociosidad y mas exercitados en la guerra.

No ubo mucha ocasion de exercitarla aquel imbierno, que no fué poca dicha, por estar tan trabaxado el exército y tan bien ocupado en acabar de dar forma a los aloxamientos. Acercóse la primavera, y por la parte de Arauco hazia el Maestro de campo Juan Fernandez Rebolledo (que se hallaba desembarazado y no sabia estar ocioso, y era de parezer que nunca lo avian de estar los soldados) algunas empresas con buenos sucesos. Y luego que se desocupó el Sargento Mayor Alfonso de Villanueva dió principio a algunas entradas con gente ligera a las tierras de el enemigo para que conociesse quán sobre sí ťenia el azote, y lo experimentó con algunos golpes que le dió bien sensibles, captivándole mucha gente y quemándoles sus ranchos y sementeras. No dexaba el enemigo de salir a la venganza, echando a correr gente ligera y teniendo siempre espias sobre la nueva poblacion para lograr alguna suerte en la gente que hallasse desmandada, y lográbala en los caballos, que no podian estar encerrados todos y sustentados en pesebrera. Era el movedor de estas correrias Iparquile, cacique de Puren, que a falta de Naucopillan capitaneaba los indios de Pubinco, que le avian elejido por su general y dádole la militar obediencia, y con sus soldados infestaba las tierras de Angol y obligaba a los soldados a venir con vigilancia y orden militar, que es gran maestro el enemigo de milicia, y la ronda que mexor haze velar las postas y mas aviva las centinelas.

Era Iparquile el que tenia en continua arma las fronteras de la guerra; pero otro indio llamado Cuero (de quien diximos arriba que siendo amigo y christiano se avia hecho enemigo y huídose a las tierras de guerra) infestaba a lo disimulado y con poca gente, por no ser sentido, las tierras de paz, y con solos cinco indios se metia hasta los arrabales de la Concepcion, haziéndose salteador de los caminos, en que se hallaban cada dia españoles, indios y negros muertos, con admiracion y varios juicios de quienes fuessen los obradores de tan atrozes delitos, porque no avia mayordomo de estancia seguro ni pasagero singular que no peligrasse, que como ellos eran pocos no acometian sino quando pasaba uno solo, porque no se escapasse alguno y los descubriesse. Era horrendo el escándalo y la confusion que causaban estos sucessos y muertes que cada dia se vian por los caminos, sin poderse descubrir los malhechores, aunque las justicias y ministros de guerra, estimulados de Don Francisco Lazo, hazian grandes diligencias: que como la tierra es tan aspera y el indio Cuero era tan señor de ella, hazia cada dia tiro en los caminos, saliendo de emboscada, y mudaba parage y camino para no ser sentido. Nadie se persuadia que pudiessen ser indios enemigos y todos echaban la culpa a los indios amigos, diziendo que sin duda ellos como ladrones de casa, por la codicia de algun pillage, cometian aquellos insultos. Muchos dias se continuó esta duda, y dió mas que pensar por aver cogido a uno que llebaba de

Santiago algunos botes de conserva y otros dulces al Gobernador para su enfermedad y regalo, al qual mató y se comió los dulzes, como despues se supo, aunque no se conoció el autor quando se echaron menos. Y como endulzado y cebado con estas presas se atrebiesse una vez a algunos pasageros que iban en compañia, pareciéndole que no solo podria coger y matar a los que iban solos sino tambien a los que fuessen acompañados, salió de la cieneguilla camino real, dos leguas de la Concepcion, a saltear a unos pasageros y mató a algunos y escapáronse otros que dieron noticia al Gobernador de como eran enemigos rebeldes los que infestaban los caminos y hazian tantos daños. Con esta luz el Gobernador echó gente de guerra en aquella parte y en una emboscada tomaron por prisionero a uno de sus compañeros llamado Lupiguala, que refirió el origen de su entrada y los daños que avian hecho en aquellos caminos los cinco indios gobernados por la industria de Cuero. Salió en persona a buscarle y hallóle con los demas que le acompañaban, para que aun con este vandolero se lograssen sus dichas, y no lo fué pequeña el verse en adelante los caminos libres de tan pernicioso cosario y salteador, que tantas muertes hizo y tanto horror avia causado en los caminos reales de la Concepcion, donde fueron traidos y los mandó el Gobernador arcabuzear vivos y repartir los quartos por los caminos.

Volvamos a Iparquile, que deseoso de hazer lanze en Angol continuaba sus inquietudes, y finalmente le hizo en una escolta de soldados que salieron de Angol a ir al fuerte de el Nacimiento por bastimentos, que separándose de ella dos caballos ligeros, soldados de valor, pasaron solos a la isla que llaman de Diego Diaz, que está en medio del rio Biobio y le divide por aquella parte. Apartáronse con ánimo de sacar de esta isla algunos caballos que en ella tenian; tardáronse mucho y la escolta se fué sin ellos a Angol, y aunque pudieron aguardar otra en el fuerte de el Nacimiento, no lo hizieron, antes intrépidos siguieron el camino y encontraron a Iparquile de emboscada en los arenales de Negrete, que los captivó y supo de ellos que en la isla avia otros tres soldados guardando caballos, y avalanzándose a ella los captivó tambien: con que Iparquile, triunfante con cinco españoles, se retiró a toda rienda, y llegando a su tierra, Pubinco, los quitó a todos la vida en una borrachera que hizo muy solemne para celebrar esta victoria, y dividiendo las cabezas por varias partes provocó a todos con ellas a tomar las armas. Este sucesso sintió gravemente el Gobernador Don Francisco Lazo y dezia que perder un soldado por descuido o desorden era para él de mayor dolor que perder muchos en una batalla.

No quiso el Gobernador dilatar el castigo ordenándoselo a los cabos de el exército y saliendo él en persona a executarle. Iba entre los indios de San Cristóval uno llamado Pichipil, que se avia captivado con Naucopillan y le avia dado libertad el Gobernador, y servia de soldado entre los amigos por aver trahido su familia y prometido de servir con fidelidad, y teníase deste Pichipil mucha satisfaccion porque en otra ocasion avia mostrado grande lealtad y se avia nombrado y señalado con el enemigo. Dispusiéronse finalmente en Pubinco las correrias, aviendo llegado hasta alli con felicidad y sin ser sentidos. Repartiéronse las quadrillas y cúpole una a Pichipil, pero él la metió en parte donde nunca pensó salir; iba con este mal intento por huirse, pues, dexando la quadrilla empeñada y perdida, se pasó al enemigo. Desempeñóse la gente sin pérdida considerablè, y con la fuga y

traicion de Pichipil no se consiguió el effecto que se esperaba: que este trabaxo tiene esta guerra, que es fuerza fiarse muchas vezes de los amigos, que suelen ser enemigos disimulados y mas dañosos que los enemigos descubiertos; pero no se dexó de hazer mucho, porque las demas quadrillas encontraron con muchos indios que se pusieron en defensa y mataron algunos y se captivaron cincuenta personas, con que quedó el enemigo castigado y se retiró a las fronteras.

CAPÍTULO XXV.

Va Don Francisco Lazo a Pubinco a vengar la muerte de cinco españoles. Halla de vuelta quemado el cuartel de Angol y reedifícale. Tiene nueva de sucesor. Siente no aver acabado la conquista de este Reyno. Lo mucho que en él hizo, sus virtudes, famosas hazañas y su temprana y infausta muerte.

Año de 1639. — Sale el Gobernador con el exército a campaña. — Echa corredores y cogen algunos indios. — Pasa el Gobernador a Elol y vase al enemigo un indio amigo. — Cogen al fugitivo Marcullanca con otros cinco y mátanle. — Tala las sementeras de Pubinco. — Su vigilancia para que el enemigo no le haga lanze. — Arroxo en reconocer por su persona, poco loable, aunque muestra de vigilancia. — Prosigue la tala, echa una emboscada y coge diez indios. — Quémase el cuartel de Angol. — Vuélvese a reedificar — Tiene nueva de sucesor y espérale. — Siente no haber acabado la conquista, y siento que ninguno la acabará haziendo guerra. — Por mucho que hizo Lazo, la tierra se quedó como antes de guerra. — Ha durado esta guerra cien años sin mexora. —No alcanza la honra del triunfo quien no deja llana la tierra, segun los romanos. — Recive Lazo la Marques. — Publícase su residencia. — Házele el Marques buen pasage. — Vasse a Lima y muere en breve. Refiérense sus virtudes.

Mayor fué el miedo de el enemigo en la jornada pasada que el golpe que se le dió, que a no averse huido el traidor de Pichipil, ubiera sido mayor. No quedó el Gobernador Don Francisco Lazo satisfecho con este daño que hizo; tenia enconado el ánimo contra Iparquile y viva la sangre de los españoles que le mató en Pubinco a sangre fria, y con el ardor de la suya, que no sosegaba un punto sin inquietar al enemigo, ordenó se dispusiesse el exército para los principios de Febrero del año 1639 y que se juntassen los dos tercios en Tolpan, y juntos fué marchando por sus jornadas hasta Curalaba, y en este aloxamiento ordenó el Gobernador saliessen delante quinientos indios amigos y cien arcabuzeros españoles hasta Quillin, para coger lengua, y acertóse en la determinacion, porque se cogieron cinco enemigos en el mismo rio de Quillin, de quienes se supo lo que avia en la tierra. Y los amigos, poco satisfechos en su codicia y en las noticias, pasaron dos leguas mas adelante con lengua que tubieron de otros ranchos que adelante avia, y cercándolos con gran secreto dieron en ellos de improviso y captivaron otros diez indios; pero escapáronse algunos que tocaron arma y pusieron en vela al enemigo, y sin dilacion de tiempo salió el Maestro de campo Juan Fernandez Rebolledo con mil y quinientos caballos a correr y retiróse con poca ganancia, porque el enemigo, con el aviso que tubo,

se avia puesto en cobro y acogídose al sagrado de los montes.

Marchó Don Francisco Lazo, mal contento de no aver encontrado al enemigo, a las tierras de Elol y aquartelóse deseando tomar lengua, y sucedióle al contrario, porque sin querer se la dió al enemigo, porque aquella noche se huyó a tierras de guerra un indio amigo que iba en nuestro exército llamado Murcullanca, que iba por soldado en ocasion y avia dado la paz voluntariamente un año antes. Cosa notable es la poca estabilidad de estos indios barbaros y el peligro en que los españoles viven con ellos, saliendo de el monte quien al monte quema; pero es irreparable que sin ellos no pueden dar paso los españoles y con ellos a cada paso se experimentan mil traiciones. Sintió el Gobernador la fuga de Murcullanca por ser en la ocasion que era y quando avia de entrar a correr las tierras de el enemigo; pero esa logran estos fugitivos por hazer servicio a su patria con el aviso de el golpe que la amenaza y ser bien recebidos por librarla de tan manifiesto peligro. Y desvanecióse el pesar de el Gobernador con el gusto de el dia siguiente, que entrando él, Murcullanca, con otros cinco enemigos a hurtar caballos a nuestro exército, le mataron los españoles en una emboscada y cogieron a los cinco que le acompañaban, y él, Murcullanca, teniendo por cierta la muerte por su delito si se daba vivo, peleó como desesperado y murió como valiente.

Supo el Gobernador que la gente de Antegueno y Repocura con Butapichon se juntaban a orden de Chicaguala, mestizo al reves, hijo de un cacique muy principal de el enemigo y señor de Maquegua y de una señora española bien principal, captiva de las ciudades destruidas, llamada Doña Aldonza de Castro y Aguilera, cuñada de el Gobernador Alonso de Rivera, como se ha dicho atras. Este mestizo Chicaguala trataba de mostrarse con cuerpo de gente, mas no por esto dexaba el exército de continuar las talas, que luego que llegó a Pubinco comenzó a hazer con grande daño de el enemigo y temor de toda la tierra, que aunque era áspera y llena de mil azares, el cuidado y vigilancia de Don Francisco Lazo lo aseguraba todo, porque prevenia con un desvelo incansable que el enemigo no hiziesse ningun daño en el exército y a no dar ocasion a que la fortuna de el enemigo lograsse algun lanze por algun descuido. Assistia a todas las escoltas con su compañia de capitanes por donde el enemigo pudiera tener ocasion de embestir si alguien se desmandaba, y salia por las mañanas a reconocer personalmente la campaña: vizarria que, aunque era loable por su vigilancia, era mas digna de reprehension por el riesgo en que se ponia un general, aventurando en su persona todo un exército, como se reprehendió en Julio César, queriendo sitiar la isla de Bretaña, que la reconociesse por su persona, poniéndose en peligro sin necesidad, pues lo podia hazer por otro, y arresgando en su persona a todo el exército.

Proseguia el Gobernador en Pubinco con la tala y la ruina de toda la tierra, abrasando ranchos y degollando ganados, y por ser esta la mayor y mas sensible guerra que se le haze a este enemigo, pues le traspasa las entrañas y le dexa hambriento para todo un año, siendo el hambre tan impaciente que ni aun un dia se puede sufrir, y fué pasando hasta el rio de Tabon, haziendo los mismos daños y echando emboscadas, y en una se captivaron doce indios, soldados de fama, que avisaron tenia el mestizo Chicaguala tres mil lanzas juntas para pelear. Detúbose el Gobernador tres dias en la orilla de Tabon deseoso de llegar a las manos con el ene-

go, y nunca salieron los indios. Y assi, cansado de esperarlos y conociendo que no querian pelear campo a campo sino aguardar a lograr algun descuido de gente desmandada, se volvió a retirar con mucho concierto por Lumaco, con grande contento de el exército por averse vengado de Iparquile y de toda su tierra.

Pero como todos los gustos de esta vida vienen con pension de pesares, no quiso la fortuna dexar de hazer examen en el valor y sufrimiento de Don Francisco Lazo de la Vega con una desgracia tan grande como inopinada. Quemóse la nueva poblacion de Angol y abrasóse en ella la ropa y alaxas de los pobres soldados, sin que quedasse mas que las murallas: golpe bien sensible para el Gobernador y para todo el exército. Tubo esta nueva en Tornacura, cinco leguas de el mismo Angol, y otro dia llegó a él el Gobernador con grande desconsuelo y sentimiento por los inconvenientes que se originaban de aquella desdicha, y entre el vulgo de los soldados se comenzaba a discurrir con variedad. Estaba ya el imbierno a las puertas y parecia imposible la reedificacion hasta la primavera. Hízose averiguacion de el caso, del origen y ocasion de aquel incendio, y púsose en prision al Alferez Juan de Izquierdo que avia quedado por cabo. Fulminósele causa criminal y a los demas culpados. Conocíasse realmente que él, Izquierdo, no tenia culpa, que como buen soldado no avia faltado a su obligacion, antes avia andado valeroso, arroxándose en las llamas para apagar el incendio, y que los demas de quien se tuvo sospecha y se les hizo causa no la dieron para el incendio, sino que fué casual. Trató luego el Gobernador de su reedificacion sin perder tiempo, y aviendo hecho a los capitanes y soldados un razonamiento para animarlos al trabaxo, repartió toda la gente de el exército a sus faenas con notable asistencia, sin reservarse a sí mismo de el trabaxo, siendo el primero a todo, yendo a las escoltas de madera con la mayor parte de la caballeria. Dexó el Gobernador esta reedificacion ya casi acabada y baxóse a la Concepcion.

Y por las nuevas que avia tenido de que le sucedia el Marquez de Baydes en el gobierno, le estaba esperando sin hazer mudanza en cosa ninguna por entregarle el gobierno en aquel estado feliz en que le tenia, sin tentar mas a la fortuna ni aventurar el credito que avia adquirido en tantas batallas y en tan continuas victorias como avia alcanzado de el enemigo, sin averle venido socorro de gente de España, que aunque, como está dicho, fué bien assistido de el Perú, ya se sabe que los socorros de una guerra embiados poco a poco no sirven de darle fuerzas ciertas como un socorro grueso. Obró lo que pudo en la guerra con estrella feliz y quedó con dolor de no aver dado fin en su tiempo a la conquista de Chile, como lo deseó y lo procuró; pero es engaño pensar que haziendo guerra se ha de acabar esta guerra, como se ha visto en estos ciento y treinta años y se verá en los venideros, porque no es sino alargar la causa y irritar mas a los indios para que se hagan mas bravos y mas valientes y den cada dia mas en qué entender a las armas españolas. Pongámonos ahora de parte de su Magestad: su principal fin y blanco es el fin de esta guerra, assi por la reputacion de sus armas, como por establezer el santo Evangelio entre los indios infieles, y escusar el gasto que haze tan grande, con esta detencion y perpetuidad de la guerra, de doscientos y doze mil ducados cada año, aviéndoselos pedido por solo tres años para acabar la guerra el Gobernador Ramon, y se han pasado ya setenta años, que el

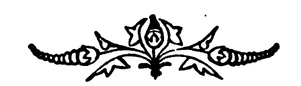
año 603 (1) se pidió, y proseguirá el gasto por otros muchos mas, porque aunque despues ubo pazes, fueron interpoladas con guerras, y quando no las ubiera, siempre es menester sustentar exército en Chile por los accidentes de alteraciones y levantamientos de los indios; y si el Rey no sustenta la milicia, ella se ha de sustentar mal y haziendo mal a los indios y ocasionándolos a volverse a rebelar. Con que el gusto ha de ser siempre inexcusable, y como se consiguiera con él la quietud de el Reyno y la conversion de los infieles, se alcanzará el fin principal que su Magestad desea, y ese, como hasta aqui no se ha conseguido haziendo guerra, no se alcanzará mientras ella durare.

Aqui vemos al grande Don Francisco Lazo a los nueve años de vencer, teniendo por campo toda la tierra de guerra, y tan apurada con talas y campeadas, que obligó a los indios desampararla y a meterse la tierra adentro. Admiramos su vigilancia, cuydado, arte militar, y por blasones de su valor todas las empresas de su tiempo, y con todo eso el enemigo se queda en su porfia, mas bravo y mas soldado, y enseñado de tan gran maestro como Don Francisco Lazo. El gasto se queda en pie, el Rey sin conveniencia, los indios sin convertirse y la tierra sin quietud, sugeta a los rebatos de el enemigo y a los lebantamientos de los mismos amigos. Dolor grande que permanezca este encanto en oposicion de el mayor Rey de el mundo! y que unos indios descalzos y desnudos, sin armas de fuego, sin socorro de otras partes, se ayan mantenido un siglo de años que han pasado desde el principio de la conquista de el Gobernador Valdivia hasta el fin de el gobierno de Don Francisco Lazo, como se ve en esta historia, y sea necesario comenzar con otro siglo otra nueva conquista. Dolor fué para Don Francisco Lazo el no averla acabado y infelicidad de sus muchas felizidades el no aver conseguido lo que nos enseñan los fastos de Roma, que en aquel imperio no gozaba de la honra del triunfo el que no dexaba llana la provincia que avia gobernado, porque no solo avia de vencer las batallas, pero avia de allanar la tierra entregándosela pacífica a su sucesor de manera que no fuese necesaria gente militar, gasto de el erario público para sustentarla, ni se oyesse mas el estruendo de las armas.

A postrero de Abril se vió en el fuerte de la Concepcion una vela y luego se conoció que era el navio en que venia el Marques de Baides, y saliendo el Gobernador Don Francisco Lazo con mucho séquito y todo lo lucido de la ciudad a la playa, recivió al Marques a las nueve de la noche, y lo que faltaba a la luz natural de el dia suplió lo artificial de las luces con la multitud de fuegos esparcidos en toda la marina, el concurso de las encendidas hachas, la copia de luminarias por las calles, bombas de fuego en las plazas, la luz de los mosquetes y el resplandor de la artilleria, que hizieron dia la noche, acreditando sus deseos y mostrando sus afectos en el agasaxo de tan superior huesped. Reciviéronse estos dos generales con la estimacion y cortesias que se debian a sí mismos y a la amistad que avian profesado en Flandes, donde el Marques avia servido desde su juventud. Acabado, pues, lo urbano de el recevimiento, se publicó la residencia de Don Francisco Lazo y se comenzaron a descubrir algunos rencores guardados para este tiempo, y si no

(1) Por esta fecha se descubre que Rosales escribia esta parte de su historia en 1673, es decir, en pleno gobierno de don Juan Henriquez, bajo cuya administracion falleció.

sacaban el rostro, le volvian. Mostrábansele antes gratos en lo aparente, mas con dañado intento, que no le es posible a un superior en su gobierno tener contentos a todos: algunos ha de aver quexosos y aun offendidos. Odiosa es la superioridad, pero nunca se descubre este daño hasta que falta o hasta que cesa la mayoria. Mostró el Marques de Baides en el despacho y en la residencia de su antecesor su generosidad y nobleza. Ibanle cada dia agravando los achaques a Don Francisco Lazo y salió para la ciudad de Santiago y en ella estubo seis meses tratando de el remedio de su enfermedad, y viendo que no le tenia se embarcó para el Perú con esperanza de hallarle en Lima; mas, llegó a ella tan postrado, que en breves dias acabó sus dias de una hidropesia confirmada que sacó de Chile. Murió como caballero christiano, dia del Apostol Santiago, su patron y abogado, a los veinte y cinco de Julio de el año de 1640. Murió este gran general en lo florido de su edad, pues no pasaba de cincuenta años; pasó su carrera de caballero igualándose a quantos celebra la fama: fué de ánimo grande, de aspecto feroz, de condicion severa, de gallardo espiritu, de grande constancia en los trabaxos y de valiente resolucion en los peligros; pronto y vigilante en sus acciones militares, cuydadoso en la disciplina de los soldados, descontento siempre de las armas por mas bien apercebidas que las tubiessen, solícito en probeer el exército, presuntuoso en el buen, tratamiento de los soldados, y dotado, finalmente, de excelentisimas calidades y merecedor de que su nombre quede eterno en la posteridad.



LIBRO VIII.

LAS PACES DE BAYDES.

LIBRO OCTAVO.

HISTORIA GENERAL DEL REYNO DE CHILE

Y NUEVA ESTREMADURA.

CHILE PACIFICADO Y EN GUERRAS VARIO.

EN QUE SE TRATA DE LAS PAZES QUE EL MARQUES DE BAYDES Y OTROS GOBERNADORES ASSENTARON CON ESTOS INDIOS DE CHILE, DE LAS VARIEDADES QUE HA HABIDO EN ELLAS, ALTERNÁNDOLAS CON GUERRAS.

CAPÍTULO I.

Entró el Marques de Baydes a gobernar el Reyno de Chile con buenos filos de hazer la guerra y saliendo a campaña le vinieron mensages de los caciques offreciéndole la paz.

Año de 1639. — Viene a gobernar el Marques de Boides. — Haze otro genero de guerra, venciendo a este bárbaro con beneficios y agasaxos. — Recívesse en la Concepcion con grande regocixo. — Recívesse en Santiago de Presidente y vuelve a la guerra con muchos soldados. — Borda en su guion la imágen de Nuestra Señora y de San Francisco Javier. — Hallóse en Talpan con mil españoles y mil y cien amigos. — Llama a consexo y determina dar en Calacura. — Encuentra el Sargento Mayor con unos mensageros de Lincopichon. — Vienen a dar la paz de parte de los caciques y recívelos bien el Marques. — Embia a coger lengua para ver si la paz es verdadera y cogen cuatro indios. — Avisan que la tierra está descuidada de su venida. — Determina el Marques de entrar maloqueando y adelántasse. — Húyeseles un indio esclavo a su tierra y avisa como están para dar sobre ellos. — Echase la gente al monte y quando va el Marques a maloquear no halla ninguno. — Escóndense los indios temerosos de ver tanto español, y quémanles los ranchos y talan las sementeras.

A primero de Mayo de mil y seiscientos y treinta y nueve entró a gobernar el Reyno de Chile fausta y felizmente el Marques de Baydes, conde de Pedrosa, caballero del hábito de Santiago y señor de nueve villas de los Estados de Zúñiga, de cuyos servicios en la guerra de Flandes no refiero, ni los sangrientos estragos de su azero, porque los dexó bien impresos y cincelados con la punta de su espada en los arneses enemigos. Lo que refiero es otro genero de hazañas y otro nuevo modo de pelear y vencer, no derramando sangre ni quitando vidas, como los gobernadores pasados, sino conservándolas y venciendo con una christiana piedad y agasaxo, haziendo beneficios al enemigo para ponerle (como dize San Pablo) carbones encendidos sobre la cabeza y abrasarle en amor la voluntad, rindiéndole mexor con eso

que abrasándole las casas y las sementeras; con que le obligó a baxar la cerviz y venir cruzadas las manos a darle la paz y sugetarse a la obediencia de su Rey, domando la dureza de estos barbaros con la suave fuerza de sus caricias y generosa liberalidad, siendo no menos gloriosos los triunfos que se alcanzan con la fuerza del agasaxo que los que se consiguen con la punta y violencia de la espada, y gozando de la gloria de vencer conservando al enemigo y no destruyéndole, ganando para el Rey vasallos y no perdiéndolos.

Estando en el Perú ocupado en el corregimiento de Conchucos le vino la orden de su Magestad en que le mandaba que viniesse a gobernar este Reyno, por la gran satisfaccion que tenia de su valor militar y heredadas obligaciones, acrecentadas con tan nobles servicios. Vino luego a la ciudad de los Reyes y levantó dos compañias; echó baston de capitan general y quiso ser capitan de una compañia, cuyo alferez fué Don Francisco de Otaloza, y con ciento y cincuenta soldados y el situado de doscientos y doce mil ducados se embarcó para este Reyno y dió fondo en la Concepcion a las ocho de la noche, donde entró dia de San Felipe y Santiago, siendo su entrada en tal dia feliz presagio de que a imitacion de los apostoles avia de procurar la salvacion de estos indios, como la procuró abriendo las puertas al santo Evangelio por medio de la paz. Convirtiése la noche en dia por las muchas luminarias, salvas y regocixo con que le recivió aquella ciudad y su Cabildo, y mientras los rios daban vado para entrar en la tierra de guerra, socorrió los tercios, visitó los fuertes, y dispuestas las cosas de la milicia, vaxó a recevirse de Presidente de la Real Audiencia a la ciudad de Santiago, donde fué recevido con la magnificencia que aquella ciudad recive a los gobernadores y con la que pedia la dignidad de su persona y con la estimacion de ser el primer titulo que ha gobernado este Reyno. Dispuso los aprestos de bastimentos y municiones ordinarias, que a la vista de un gobernador se conducen con mas viveza. Pidió a los vecinos que le acompañassen a la guerra sin apremio ni violencia, sino con agrado y cortesias, obligando mas con ese medio que con el de el rigor. Y con los que alli lebó y los que de su voluntad le siguieron, que fueron muchos, volvió a las fronteras de la guerra.

Trató luego que entró la primavera de entrar en campaña a verse con el enemigo, y para ver qué modo tendria de sugetarle, pidió a los dos Obispos, Don Fray Gaspar de Villarroel y Don Diego Zambrano de Villalobos, y a todas las Religiones, encomendassen a Dios una causa tan de el servicio de Dios y de el Rey, esperando en el fabor de la Santissima Virgen, cuyo devoto era, y en la intercesion de los Santos, tener buenos sucesos y conseguir buenos fines de sus buenos intentos. Hizo bordar en su guion con primor la imagen de Nuestra Señora a un lado y al otro la del Apostol del Oriente San Francisco Xavier, a quien tomó por patron de sus empresas, y para que alcanzasse de Dios la conversion destos indios occidentales, como procuró la de los orientales, el qual guion dexó en el colegio de la Compañia de Jesus quando acabó su feliz gobierno para que en aquella iglesia quedassen con su estandarte perpetuas memorias de sus triunfos. Apercivió los dos campos de Arauco y de Yumbel para que se juntassen en Tolpan y salió con su compañia de capitanes, y aviendo pasado al Nacimiento se juntaron el campo de Arauco, que gobernaba el prudente y científico soldado Alfonso de Villanueva, con el de Yumbel, que iba a cargo del Sargento Mayor Pe-

dro Ramirez Zavala, ministro de gran valor y experiencia. Hizo reseña en el dicho puesto de Tolpan y halló mil españoles y mil y cien amigos, sin los yanaconas, que iban tambien armados. Con que ufano el Marques con tan lucido exército, marchó la tierra adentro, hallando la campaña desierta, que el enemigo a la voz de tan numeroso exército se avia acoxido a su mas seguro sagrado, la aspereza de las montañas.

Llamó a consexo para determinar a donde enderezaria la marcha, y el Sargento Mayor fué de parezer que a las tierras de Lincopichon, para castigar la crueldad con que poco antes le avian muerto cuatro españoles y la osadia con que infestaban sus tierras. El Maestro de campo fué de parecer que la entrada fuesse a las tierras de Antegueno por ser mas seguro. El Marques, prudente, ordenó que fuessen a las de Culacura, para castigo de unos y otros, y que el Sargento Mayor Pedro Ramirez se adelantasse con alguna gente (como lo hizo), entresacando gente escogida de el tercio y los amigos de San Christóval y Talcamavida, alegando que a ellos les tocaba vengar las injurias que de el enemigo avian recevido. Marchó con diligencia y a poco trecho avisó como avian salídole al encuentro algunos mensageros de el cacique Lincopichon, toqui general. Respondióle el Marques que parasse con los mensageros hasta que él llegasse, y dándose priesa el exército le halló en Coipu aloxado con ellos, que deseosos de ver al Marques se les hacia cada hora un siglo. Llegado, se postraron a sus pies y le digeron de parte de su toqui general Lincopichon cómo deseaban él y los suyos dexar las armas y rendirlas a su Rey en manos de su Señoria, de cuya nobleza y agrado esperaban ser recevidos con benignidad y perdonados de lo passado, que si les daba licencia vendrian en persona a gozar de sus fabores. El Marques, grave y afable, les respondió que viniesse Lincopichon a verle si venia de buena, y que si no, que se estubiesse en sus tierras que él le iria a ver a ellas, y con esto los despidió.

Y para saber del designio de el enemigo y si eran fingidas o verdaderas las pazes que ofrecian, embió al Capitan Alonso Marquez, que lo era de a caballos, con su compañia, y al Capitan Bernardo Moncibay, que lo era de naciones, con ciento y cincuenta amigos de Arauco y San Christóval, a coger lengua. Penetraron diligentes las espesuras de las montañas deseosos de dar gusto a su general y noticia de lo que passaba en la tierra, y divisando unos indios los siguieron; mas ellos se echaron con presteza a la montaña, temerosos de ver a españoles, los quales fueron tan prestos en su seguimiento, que ataxándolos el paso, aunque no los cogieron a todos, apresaron cuatro, que trahidos al Marques y examinados digeron que la tierra estaba toda descuidada de su venida y ocupada en su ordinario exercicio de borracheras y bailes. Con esta noticia entró en consexo, y dándosele todos de que entrasse maloqueando y de que lograsse la ocasion de hallarle descuidado, que las pazes debian de ser mentirosas y no estaban aun effectuadas, marcharon con presteza a las tierras de el cacique Antegueno, cuyo nombre significa Sol de el cielo, y adelantándose el Marques con su compañia de capitanes y una de a caballos de el Capitan Diego de Morales y la de infanteria de el Capitan Gerónimo de Molina Basconcelos, capitanes y caballeros grandes en nobleza y en el arte militar, se halló cerca de las casas de el enemigo, en tan corta distancia que se oian los tamboriles de sus bayles y la algazara de sus cantares en que estaban embebidos, bebiendo su chicha

muy descuydados del mal que les amenazaba. Aloxósse alli para dar el Santiago al reir de el alba, y sin pensar les sucedió un azar, y fué que un yanacona, llebando a dar de comer los caballos de su amo, se metió por las montañas y fué a dar aviso al enemigo de cómo ya estaban los españoles para dar sobre ellos al cuarto de el alba. Era este un indio natural de aquella tierra, donde algunos años antes le avian captivado, y como se vió tan cerca de los suyos y consideró el bien que les podia hazer en librarles de el golpe que les amenazaba, prefiriendo el amor de la patria a la fidelidad de los españoles y deseoso de conseguir la libertad, ganando sus tierras, se fué a ellos y llebó aquel aviso tam importante para los suyos. Siendo en esta parte mas culpable la inadvertencia de el amo, que trahia un esclavo a sus proprias tierras, que la fuga de el esclavo viéndose a las puertas de ellas, a quien las leyes de *post liminio* le dan por libre en pisando los umbrales de sus tierras.

Con este aviso dexaron los indios la chicha y los bayles; tomando sus lanzas y echando su gente al monte, se pusieron a hazer frente a nuestro exército hasta ochenta indios, y quando los españoles fueron marchando, pensando hallarlos descuidados, los vieron vigilantes y en forma de pelea. Intentaron acometerles, pero ellos, viendo tantos españoles y tan lucidos de armas de azero y tan hermosos caballos, temieron su riesgo y se echaron al monte. Esparcióse la gente por los ranchos a hazer presa en su gente y no hallaron un alma, porque ya todos se avian asegurado en la espesura de los montes. Quemaron los ranchos y talaron las sementeras, cogiendo los ganados que alli avia, y no pudieron trasponer con la prisa, que no es el menor castigo de el enemigo. Los humos de los ranchos fueron aviso a toda la tierra, y los fuegos, luminarias mientras salia el sol, que luego que salió vino Lincopichon a ver al Marques, como se dirá en el capitulo siguiente.

CAPÍTULO II.

Entra el Marques con un lucido exército en las tierras de el enemigo, determinado a hazer la guerra, y comienza a talar las sementeras. Haze Lincopichon consulta con los caciques y sale a dar la paz al Marques y haze un elocuente razonamiento.

Descripcion de las tierras de Lincopichon. — Junta Lincopichon a los caciques y exórtalos a dexar la guerra y dar la paz. — Los trabaxos que pasan con la guerra. — Los avisos que han tenido para dar la paz. — Contradize Aliante a Lincopichon. — Que sigan a sus antepasados en hazer guerra. — Que aunque les lleben sus mugeres y criados, mexores mugeres tienen en las españolas, y mexores criados en los captivos. — Que la paz es para hazerlos trabaxar, y sus antepasados les destruyeron las ciudades por eso. — Que los agüeros y pronósticos antes son en su fabor. — Que el Pillan les dize que no admitan christianos. — Que esta es buena ocasion de acabar a los españoles, o quemar sus ciudades y sementeras que las dejan solas. — Réplica de Lincopichon. — Convéncense todos con las razones de Lincopichon. — Embia Lincopichon por embaxador a su hixo Cheuquenecul. — Respóndele el Marques que vengan a verle los caciques si dan la paz de corazon. — Viene Lincopichon con los caciques a dar la paz. — Recívelos el Marques con agasaxo y ellos hazen muchas reverencias. — Parlamento de Lincopichon al Marques. — Que no se admire de su resistencia y guerra, porque lo ha hecho en defensa de su patria y libertad. — Que los animales y aves mansas se embrabecen en defensa de sus hijos. — Que los agravios los han embrabecido, y las opresiones los han hecho saltar como la cuerda muy estirada. — Que por fuerza no los sugetarán, que armas y gente les sobra. — El agrado causa amor, y el rigor odio y enoxo. — Que el Marques ha alcanzado mayor victoria con el agasaxo que pudiera alcanzar con las armas. — Que otros por la codicia de las piezas no han querido admitir la paz. — Que fiados en su piedad se le rinden y enterrarán sus enoxos y sus armas. — Respóndeles el Marques con agrado y que lo consultará para recevir la paz. — Dízenle que no dude de su fee, que mucho ha que desean la paz. — Consulta el Marques si admitirá las pazes y todos le dizen que no, que son falsos, mudables y traidores. — Passó la noche sin dormir pensando en las conveniencias de la paz. — Encuéntrase por la mañana con el Maestro de Campo Don Alonso de Figueroa. — Dale muchas razones para que admita la paz. — Consejo de el Maestro de Campo Don Alonso de Figueroa sobre que admita la paz. — Vuelve a llamar a los caciques y que se hablen con los indios amigos.

Entre las tierras de Culacura, que significa Tres piedras, y las de Virquen, que significa Tierra del frio, están las tierras de el cacique y toqui general Lincopichon, al pie de la cordillera nevada, en unas grandes montañas y serranias que toman el nombre de Virquen de un rio de ese nombre que desagua y pierde el suyo en llegando al famoso rio de Cauten, que es el que por otro nombre llamamos rio de la Imperial, porque pasa besando los pies de aquella imperial ciudad. Este cacique Lincopichon, de gran nombre entre los suyos, deseoso de la paz y de adquirirle mayor entre los nuestros y ganar inmortal fama, siendo el primero en dar la paz al Marques de Baydes, desvanecido gloriosamente de dar principio a obra tan gloriosa, juntó a sus caciques y convecinos y les hizo un grave razonamiento, convidándolos con mucha ostentacion de chicha y regalos de su tierra, diziéndoles: "Bien sabeis, caciques y señores de estas tierras, quántos años ha que guerreamos en vano con los espa-

ñoles y cuán poco avemos medrado en esta feria, pues en ella emos perdido los hixos, las mugeres, los parientes, y quando debiéramos ir a mas, nos vamos consumiendo y acabando a gran priesa: las mugeres que nos avian de parir hixos que fuessen soldados, nos las lleban captivas de ciento en ciento; los hixos que avian de poblar la tierra los vemos muertos y captivos a nuestros ojos. Continuamente andamos muertos de ambre, porque no hacemos sino sembrar y afanar para que el enemigo venga a segar y desperdiciar nuestras sementeras, y como ni tenemos correspondencia con otras naciones, ni tratos ni contratos por la mar, no ay quién nos socorra nuestra necesidad ni tenemos recurso de otra parte, y el mayor recurso es padecer como bestias en la campaña y sustentarnos como salvages en los montes. De tanta porfia en la guerra no hemos medrado sino nuestra destruccion. Acabemos ya de procurar nuestro bien, pues conocemos nuestro mal; demos la paz a este Gobernador, que la fama cuenta de él muchas cosas de su nobleza y agrado, y la voz de el numeroso exército que trahe nos avisa de nuestros riesgos. Hartos avisos hemos tenido en unas aguilas grandes que benian a nuestras tierras de la parte de los españoles, qué nos dieron bien a entender que como aves de rapiña han de venir a llevarnos nuestros amados hijos y queridas mugeres. Los hombres armados que vimos los dias passados en el aire pelear unos con otros, qué nos quisieron significar, huyendo los unos y quedando vencidos, sino que al cabo, al cabo, ha de ser vencida nuestra porfia y que siempre emos de andar huyendo por los montes? Y assi mexor es hazer de grado lo que hemos de venir a hazer por fuerza."

Lebantóse a esto el cacique Aliante, cuyo nombre significa Sol que abrasa, y encendido de colera y furor ataxó el razonamiento al grave Lincopichon, y tomando el toqui en las manos, que es señal de guerra, dixo echando fuego por los ojos y un volcan por la voca: "Quándo nuestros antepasados rindieron parias a los españoles? somos nosotros menos que ellos? no heredamos su sangre y su valor? Pues, por qué hemos de degenerar de su valentia? Qué importa que nos maten cuatro ni seis soldados, pues nosotros les matamos los españoles de cuarenta en cuarenta y de sesenta en sesenta? qué perdemos quando nos lleben por esclavas cuatro mugeres, quando nos sirven las suyas y nos hazen chicha sus españolas, y nos paren hixos mas blancos y mas animosos y halentados? Qué falta nos hazen los indios que nos lleban para labrar los campos, quando en los españoles que captivamos tenemos mexores labradores? Para qué emos de dar la paz? para que nos hagan trabaxar en sacar oro? para que nos azoten y trasquilen en faltando algo de el peso? para que por hazerles sus casas y palacios dexemos perder las nuestras? para que porque ellos tengan grangeria en sus sementeras dexemos de hazer las nuestras y veamos a nuestros hixos perezer de hambre? para que vengan a poblar y hazer ciudades en nuestras tierras y repartirnos en mitas y en trabaxo personal? Lo que veo es que nuestros antepasados no los pudieron sufrir y que les destruyeron y abrasaron todas sus ciudades, fuertes y castillos, y los echaron de toda la tierra de Osorno, Valdivia y Villarica, la Imperial, Angol y Tucapel; pues, memorias que ya están tan borradas, para qué las emos de resucitar? Ciudades tan bien arruinadas de qué utilidades nos serán vueltas a reedificar, sino para nuestra ruina? Hagamos lo que hizieron nuestros antepasados, que no somos nosotros ni mexores ni mas sabios que ellos; eché-

moslos de la tierra, pues tantos avisos y tan grandes anuncios tenemos de nuestra felicidad. Esas aguilas que se vieron en nuestras tierras, a qué vinieron a ellas sino a avisarnos que, como el aguila despedaza las demas avecillas entre sus garras, assi nosotros, que somos aguilas imperiales, emos de despedazar a los españoles entre nuestras manos (como hasta aqui lo hemos hecho), dando al ayre sus plumas, cortando tantas cabezas y comiéndoles el corazon? Los hombres que se vieron pelear en el aire nos avisaron que eran nuestros pillanes y valientes soldados muertos, que avíamos de vencer como ellos a los españoles; y eso mismo nos ha profetizado mi empinado cerro, centinela de estos montes, quando, rebentando su volcan, salió el pillan vomitando fuego, ceniza y piedra azufre, dándonos a entender el enoxo que tiene contra los españoles; y que, como él, derramando abrasada ceniza sobre los rios de Alipe y Tolten, coció los pescados y los echó fuera, assi nuestro furor y ardimiento ha de abrasar a los españoles y echarlos de la tierra. Por qué brama el Pillan, sino porque queremos recevir en nuestras tierras gente de otra secta y religion? Por qué arroja fuego, sino queremos amistad con gente que nos trahe el fuego de la guerra y de los odios? que antes que los españoles viniessen a esta tierra no teniamos guerra y nos conservábamos en paz. Esta es buena ocasion de acabar con ellos, y si no, degémolos entretener en cortar nuestras cebadas y trigos y en abrasar unos ranchos de paxa, y mientras ellos están en eso vamos a sus ciudades, que están ahora sin gente, y abrasemos sus casas y palacios, talemos sus sementeras y traigamos para que nos sirvan sus españolas."

Replicó el prudente Lincopichon y díxole: "Muy de soldado es tu consexo, Aliante, y bien le siguiera, a no aver visto por esperiencia que nos ha engañado el corazon a los valientes y guerreros, porque bien emos esperimentado a nuestra costa quán en vano presumimos acabar con los españoles; pues es imposible acabarlos aunque mas matemos, que no podemos nosotros matar tantos en muchas batallas quantos les vienen en un solo navio, y cada dia les vienen navios con españoles de ciento en ciento, y su Rey se los embia de millares en millares. Dónde tenemos nosotros ese recurso? qué nacion nos ayuda? quién nos embia gente? Los muertos se quedan muertos y no ay de dónde nos vengan otros a suplir sus faltas, y cada dia nos vamos consumiendo sin esperanzas de remedio. Pues si ellos crecen y nosotros nos acabamos, cómo queremos vanamente acabar con los españoles? cómo presumimos necios echarlos de la tierra? pues, aunque echáramos los que ahora ay, pueden venir otros tantos mas; y, finalmente, mexor es la mala paz que la buena guerra."

Convencieron a todos estas razones de Lincopichon y salió determinado de el consexo que embiassen mensaxeros al Marques para esperimentar lo mucho que la fama publicaba de su agrado, nobleza y apacibilidad, y que si los recibiesse (como de su nobleza esperaban) irian todos a rendirse a su dulce imperio y con eso le obligarian a que alzase la mano de el daño que les iba haziendo.

Despachó Lincopichon por embaxador a su hixo mayor Cheuquenecul, y partióse Aliante enfadado para sus tierras y publicando guerra, porque él solo en aquella junta fué de contrario parezer. Llegó Cheuquenecul a la presencia de el Marques en un caballo arrogante, armado de lucientes armas, y en su gentileza y vizarro talle representaba bien ser hixo de un

grande, qual lo era su padre en su tierra. Dió su embaxada ofreziendo la paz de parte de su padre y de todos los caciques, y dixo que antes volverian atras los rios, y el sol su curso de occidente a oriente, que ellos faltasen a su fe. Pidióle reprimiesse su justo enoxo y alzasse la mano del castigo, que si daba licencia a su padre y a los demas caciques de venirle a ver, le satisfarian y con su vista conoceria la voluntad con que le daban la paz.

Grande fué el gusto que el Marques y todo el exército recivió viendo conseguida la mayor victoria que pudieran desear, venciendo toda la tierra de guerra de una vez sin derramar gota de sangre. Respondióle con cariño, agasaxóle con alago y embió a dezir a Lincopichon y a sus caciques que si querian dar la paz de voluntad y con firmeza, que viniessen a verle, y si lo hazian porque no les destruyesse los sembrados, que escusassen la venida, que ya sabia su maña antigua; que por huir el golpe se humillaban y luego volvian a sus embexecidas; que fuerzas trahia para pelear y no admitia sus pazes por necesidad; y para que las viesse, hizo poner toda la gente en esquadron, haziendo ostentacion de vizarria de los dos campos. Fué con esto muy contento a dar la embaxada a los caciques, que recibieron la respuesta con grandes demostraciones de alegria y vistiéndose de gala fueron a ver al Gobernador.

Vino Lincopichon a dar la paz al Marques, rodeado de muchos caciques, con ramos de canelo en las manos, señal de paz, y descollaba entre todos, porque aunque era feo de rostro, era de alta estatura, muy vizarro a caballo y de grave aspecto, severo y seco de rostro. Entró en el quartel, y a su venida mandó el Marques que todo el exército se pusiesse en orden y como a punto de pelea, para que viessen los caciques que no estaba falto de fuerzas, sino que tenia gente para consumirlos. Y echándose a los pies de el Marques con los demas caciques, los lebantó en sus brazos, mostrándoles el amor y gusto con que los recibia. Avíales dicho el Capitan Marcos Chavari, que avia estado muchos años entre ellos y le tenian por su oraculo, que si no venian de buena, no entrassen a ver al Marques; pero que si trataban de veras la paz, que no dudassen de el agasaxo con que los avia de recevir; y que le hiziesen muchas cortesias, no lebantándose de el suelo, porque el Marques era pariente de el Rey: díxoles esto para mayor estimacion, y que el Rey le embiaba para que los agasaxasse y recibiesse de paz; y assi repetian una y muchas vezes las cortesias y reverencias, incándose de rodillas; hasta que el Marques les mandó sentar, despues de muchos abrazos y parabienes, y que dixessen a lo que venian, a lo qual respondió el cacique Lincopichon, puesto en pié en medio de todos, y con su canelo en la mano hizo este grave razonamiento:

"No te admires, o gran Marques, de que tan porfiadamente aya hecho nuestra nacion tan gallarda oposicion a las aventaxadas fuerzas españolas, de todas las naciones triunfantes: que el defender uno su tierra, sus hixos, sus mugeres y su libertad, es cosa tan natural que hasta las fieras lo hazen, y no digo las fieras, pero aun las mansas y domesticas en llegándolas a desnaturalizar y a quitarles sus hixos se hazen brabas, y lo que mas es, la paloma mas mansa y mas sin yel, en llegándola a quitar los hixos o a su querida consorte, los defiende con alazos y muestra mucha yel y amargura en sus gemidos. Y en su natural defensa cobra halientos y se haze feroz y brabo el animal mas manso y el ave mas casera. Muy caseros nos tubieron los españoles un tiempo, muy mansos, muy

sufridos: no era nuestro natural brabo, no belicoso, no feroz; los agravios nos hizieron alentados y soberbios; el quitarnos las mugeres y los hixos nos hizo brabos y feroces para su defensa; la opresion y una dura servidumbre nos hizo reventar y sacudir el yugo, quebrando las coyundas. Qué cuerda de vigüela no salta en apretando la clavixa? Qué cordel no revienta en dándole muchas vueltas? Qué rio, deteniéndole violentamente la corriente, no se lleba por delante las presas? Hasta aqui hemos defendido nuestra patria y nuestra libertad, y aunque vuestro poder es mayor y nos aveis procurado conquistar y vencer con armas aventaxadas, no nos emos dado por vencidos ni reconocido ventaxa. Ni nos sugetará fuerza alguna, que flechas y macanas nos dan estos montes en abundancia, lanzas y toquis de sobra, buenos castillos y fortalezas en sus espesuras, sobrados soldados en esas leoneras: tu agrado, tu cortesia, tu nobleza y tus grandes prendas nos han rendido mas lucidamente que tus armas, que nuestro natural barbaro como no teme la muerte no estima la vida y desesperadamente la arriesga en los peligros. Pero como a las fieras las sugeta mas el alago que el rigor, porque las caricias rinden al mas bruto, y el castigo y el rigor embrabecen al mas racional, assi tu agrado es mas poderoso para rendirnos que lo fuera tu rigor, y con el agasaxo has hecho de fieras corderos, de leones ovexas, y de rapantes aguilas mansas palomas. Nuestros antepasados nos pintaban a los españoles tan fieros y atroces (para causarnos odio contra ellos), que teniamos por mexor morir gloriosamente a sus manos en la guerra que vivir en su compañia en la paz, y aviéndosela prometido a otros gobernadores, no nos la han querido admitir, sino cevarse en nuestra sangre, con que nos confirmábamos en que eran crueles y codiciosos, y porque no les faltasse el cebo de los esclavos y el provecho del pillage, no querian paz, quedando siempre por ellos y comenzando las causas de la guerra o por sus opresiones y malos tratamientos o por no admitir la paz. Pero tú, señor, que vienes en nombre de el Rey, que es pio y padre de sus vasallos y no quiere que mueran sino que vivan, no que en lugar de leche les saquen sangre, y que representas su persona y eres su imagen, recíbenos debaxo de tu amparo, perdona misericordioso nuestros delitos, escusa prudente nuestras rebeliones, admite agradable nuestros obsequios, que a tus pies rendidos postramos nuestros corazones, nuestras armas y nuestros vasallos. Y desde oy enterraremos nuestras flechas, lanzas y macanas, y nuestros sentimientos se sepultarán con ellas en perpetuo olvido" (1).

Respondió el Marques a Lincopichon y los demas caciques por medio de su intérprete con agrado y afabilidad, agradeciéndoles las muestras que daban de su voluntad, y mandólos que se fuesen a aloxar en parte cómoda mientras consultaba con los de su consexo y tomaba resolucion en admitir o no las pazes que le ofrecian, que como tantas vezes las avian quebrado, era menester consultar muy despacio la materia. Que no era la primera vez que llegándoles a talar las comidas avian hecho muchos ofrecimientos y sumisiones, y en retirándose los españoles a vuelta de cabeza

(1) No tomará el lector a estrañeza que el padre Rosales reproduzca con tanta estension i minuciosidad las eternas arengas de los embajadores araucanos, porque él se halló presente en todos estos parlamentos, acompañando a su predilecto amigo el Marques de Baides, no solo como intérprete, sino como perito de la tierra i como consejero.

les avian dado muchos golpes en ella. A que le respondieron que lo consultasse muy en buena hora, pero que no se recelasse de su fee, que le juraban por su corazon, por su cabeza y por sus entrañas (que es juramento) que le trataban verdad, y que con la misma se la trataron al Gobernador Don Luis Fernandez de Córdova los ciento y diez caciques que le fueron a dar la paz a la Concepcion, y los desechó; que no hiziesse con ellos lo mismo, por consexo de sus capitanes, como el otro lo hizo por él mismo.

Fueron a aloxar los caciques y el Gobernador llamó a consexo, y propuesto el caso, si receviria o no aquellas pazes, todos fueron de parezer que en ninguna manera las admitiesse, que solo eran entretenidas de este astuto enemigo que no pretendia sino divertir las armas, y suspendiendo el castigo se perdia la ocasion, se malograba el trabaxo, se frustraba la venida y se vanagloriaba el enemigo de avernos engañado con palabras dulces y vencido con arte a quien no podia con fuerza. Toda la noche pasó el Marques desvelado en varios pensamientos, porque el valor de su ardimiento le movia a seguir el parezer de los que halentados querian guerra y que llebasse a los indios a fuego y sangre. Y la nobleza de su natural piedad le llebaba al deseo de dar al Rey vasallos sin derramamiento de sangre, y le solicitaba el deseo el averle encargado su Magestad su buen tratamiento y que los procurasse reducir a la paz y al Evangelio con agrado y buenas obras, y hacíasele duro desechar lo mismo que se pretende y no admitir las pazes que en tantas cedulas tiene mandado el Rey que se les admitan, y que siendo el fruto de la guerra la paz, cuando llega a dar el fruto, se desprecie. Levantóse muy de mañana por averle desvelado el cuydado, y paseándose por el quartel, se encontró con el Maestro de campo Don Alonso de Figueroa, persona de mucha prudencia y de gran consexo, y saludándose los dos, comunicaron sus desvelos, porque una misma causa y unas mismas razones los avia quitado el sueño a los dos, que era considerar que de la tala de aquellas sementeras se seguia poca utilidad o ninguna al Rey nuestro señor, y en ello no se le grangeaba vasallo ninguno ni se ganaba credito de consideracion. Y que el recevirlos de paz era mas conforme a sus reales mandatos y a sus pios intentos, que son de conservar en paz sus vasallos, y que mediante la paz se podrian poner en execucion sus deseos, que son de la salvacion de estos infieles. Refirióle el Maestro de campo las desgracias, los malos sucesos que avian venido al Reyno despues que el Gobernador Don Luis avia desechado a los caciques y díchole que afilassen las lanzas; el sentimiento con que avian vuelto a sus tierras y quán mal avia sentido todo el Reyno de esa accion; que con perpetuar la guerra no se ganaba palmo de tierra, ni con matar indios se avia de acabar, que, como ellos dezian, una vieja que quedasse avia de hazer guerra y dar en que entender a los españoles. Y ultimamente, que en nosotros estaba que los indios diessen la paz y perseverassen en ella, porque su perseverancia depende de nuestra templanza y buen tratamiento, que si queremos de ello mas de lo justo, y los queremos oprimir con trabaxos y desesperar con agravios, no es mucho que ellos se embravezcan: que el arco estirado quiebra y el caballo apurado muerde el freno. Holgósse el Marques de oir este parezer tan conforme a su dictamen y tan ajustado a la razon, que era el mismo que él avia pensado, y mandó luego llamar a los caciques que avian venido a dar la paz y juntar a los indios amigos. Y puesto el

exército en forma de pelea por la seguridad y para que los caciques viessen el lucimiento de las armas y el poder de los españoles, quiso dar cuenta de lo que se trataba y pedir su parezer a los indios amigos como los mas esperimentados y el principal nervio de el exército, y assi les dixo que hablassen a los caciques de guerra y les digessen su sentimiento.

CAPÍTULO III.

Prosigue la misma materia de las pazes y los parlamentos que hizieron los indios amigos y la respuesta de los enemigos.

Partes del cacique Catumalo. — Parlamento de Catumalo a los caciques. — Dize a Lincopichon que quisiera mas ver su corazon que oir sus palabras. — Que en vano pretenden acabar con los españoles, y ellos se acaban. — Que sus mugeres paren solo un hixo, y un navio pare mil de una vez. — Que sean unos en la fee y religion. — Que aunque son de una sangre les han hecho guerra por ver que era mexor la causa de el español. — Que abracen la paz si quieren vivir con gusto y abundancia. — Que en el Marques hallarán Padre y amigo. — Trahe Lincopichon una oveja de la tierra blanca. — Que en el corazon de aquella sincera oveja verá la sinceridad de su corazon. — Mata la oveja, sácala el corazon y atrabiésale con tres flechas. — Da una al Marques, otra a Catumalo y otra toma él en señal de una union de corazon y sangre. — Unta el canelo con la sangre de el corazon en señal de union y de un tinte. — El gusto de el exército y agasaxo de el Marques a los caciques. — Sigueron los caciques dos jornadas al Gobernador. — Fué recevido el Marques en la Concepcion con grande gusto. — Varios parezeres sobre las pazes. — Sentimiento de los soldados. — Oia los parezeres y sacaba de ellos prevenciones. — No por los varios parezeres mudaba del suyo, por mirar al bien comun. — Eran de su parezer las personas mas graves y los Maestros de Campo. — Movíale que no se debe despreciar al rendido. — Que los indios avian recevido muchos agravios. — Que con su mal tratamiento los avian empeorado. — Quiere tomar el medio contrario, de el buen tratamiento, para rendirlos. — No se fia el Marques de su parezer y consulta con muchos el caso.

Pidió licencia para hablar el cacique Catumalo, amigo antiguo de las reducciones de Arauco, indio de gran valor y consexo en la guerra, y de tanta estimacion, que a su direccion y consexo se movia el exército español, y sin su consexo no se hazia cosa alguna, y en todas las facciones de guerra era seguido su voto como el mas acertado, y por valiente y de tanta estimacion tenia barbas, que es cosa particular y no usada de estos indios el dexárselas crecer, y a ninguno le consienten ellos que las tenga, menos de que sea muy sobresaliente en valentia, trazas y consexo, y entre todos los indios araucanos no avia otro que tragesse barbas sino era Catumalo y otro igual a él en valentia y en poder llamado Igaipil. Su opinion de valiente con el enemigo era grande; el respeto que todos le tenian, conforme a su estimacion y grandeza, y esta la ostentaba en tener gran familia y diez y ocho mugeres. Y aviendo clavado un canelo en el suelo y sentádose en rueda todos los indios amigos y los caciques que avian venido a dar la paz, les habló desta manera:

"Quisiera, o noble Lincopichon, que hablara el corazon y no la lengua, y estimara mas ver y conocer el tuyo que aver oido tan elocuentes palabras como ayer digiste en tu razonamiento, y como ya nos conocemos los indios unos a otros, sé que mas debemos atender a lo que siente el corazon que a lo que habla la lengua. Muchas vezes aveis querido engañar a los españoles con pazes fingidas y aparentes; divertir

sus armas y poder para que no abrasen vuestras tierras: que de un corazon dañado no pueden salir palabras verdaderas, y quan dañado tengais el vuestro bien lo hemos experimentado en esta porfiada guerra. Qué aveis ganado con ella sino muertes, esclavitudes, pérdidas de haziendas y destierro de vuestras tierras? Cómo podeis acabar, siendo unos pobres indios, el imperio español que se extiende por toda la redondez del mundo y domina sobre todas las naciones, y de cuatro mil leguas que está el Rey de aqui, embia españoles, armas y socorro? Pretender vosotros acabarlos es pretender un imposible, como lo fuera el querer agotar las aguas de el mar, y en esa loca pretension en lugar de irlos acabando a ellos os vais consumiendo vosotros. Por qué quando érades tantos que no cabiades en toda la tierra, y ahora sois tan pocos que cabeis en qualquier rincon, no los acabasteis? Qué socorros teneis de gente? Quién os ayuda a hazer la guerra? Vuestras mugeres quando mucho os paren un hixo y ese en muchos años no es soldado ni de provecho, y los españoles tienen los socorros tan abundantes que un navio les pare de una vez los quinientos y los mil hombres hechos y derechos. Nosotros los araucanos, conociendo esto y experimentando el buen trato de los españoles que nos defienden, amparan y favorezen, y por ellos vivimos en policia, justicia y urbanidad, y nos han dado a conocer al verdadero Dios, criador del cielo y la tierra, a quien debemos todos los hombres de el mundo creer y adorar y no a la vanidad de los pillanes, y no desean de nosotros sino que seamos unos en la fee y religion, y con mucho gusto les dimos la paz y nunca nos hemos arrepentido, y viéndoos a vosotros tan protervos, tan apartados de la verdad, tan desviados de la razon y tan enemigos de vuestro sosiego y acrecentamiento y que tan a ciegas seguis vuestros errores, os hemos hecho cruda guerra (aunque somos todos de una sangre), aunándonos con los españoles por conocer que son superiores sus fuerzas, mexor su partido, mas justa su causa, mas llegada a la razon su justicia, mas en nuestro provecho su amistad y mas para nuestro acrecentamiento. Por tanto, Lincopichon, si quieres hazer bien a los tuyos, conservar tus tierras, gozar de los dulzes abrazos de tus mugeres, del gusto de tus hixos, de la abundancia de tus sembrados, de tu sabrosa chicha y de los regalos de tu mesa, abraza de verdad la paz, dexa toda ficcion, desnuda la piel de raposa y haz lo que la culebra, que dexando entre las estrechuras de las piedras su piel antigua, sale vestida de otra nueva; dexa las doblezes y ficciones antiguas, y saliendo de la estrechura de esos montes, de las espesuras de esas selvas, muda la piel de astuta culebra y vístete de la piel de amigo fiel y verdadero, que en el Marques hallarás amparo, padre, amigo, señor y rey, que en su nombre viene a ampararte a tí y a todos tus vasallos, y nosotros, que somos de una sangre, seremos de un corazon en adelante, sirviendo a un Rey y teniendo una religion, que es la que une, conserva y acrecienta los imperios."

Acabó aqui su prudente razonamiento Catumalo y levantóse Lincopichon, y tirando de una soguilla una blanca oveja de la tierra, que se parezen a los camellos, aunque son menores, se paró con ella en medio de el cerco y dixo: "Para que veas, o gran Catumalo, asombro de la guerra, terror de los montes, espanto de el enemigo y clarin de la fama de tus hechos, como mi intento es acabar de una vez con la guerra y que mueran los odios y enemistades antiguas, con la muerte de esta nevada ovexa, que criada en esos montes y

cordilleras ha bebido a la nieve la blancura y la sinceridad a su candor, te daré a entender a ti y a los españoles cómo con su muerte se acaban y mueren nuestros rencores, y si pudiera sacar mi corazon y mostrártele, vieras en él la firmeza de mi palabra y la sinceridad y lealtad con que me offrezco a ser vasallo de el Rey, amigo tuyo y de tus araucanos, y pues no puedo sacar a luz ni manifestar mi corazon para que le veas, sacaré el de esta ovexa para que en su sinceridad conozcas la mia, y atravesado con tres flechas, darás al Marques la una, tú recevirás la otra y yo me quedaré con la tercera para que se entienda que ya quedamos todos unidos en un corazon y somos y participamos de una sangre." Y diziendo esto llegó un indio con una porra y dió tal golpe en la cabeza a la ovexa, que luego cayó en el suelo aturdida, y sacándola con presteza el corazon palpitante, le atravesó con tres flechas y dió la una al Marques, otra a Catumalo y en su nombre a todos los indios amigos, y él se quedó con la otra en nombre de los indios enemigos, diciendo: "Con esta flecha con que antes, ensangrentándola en sangre de españoles, concitaba y convocaba a mis indios para hazer la guerra a los españoles y indios amigos, los concitaré ahora y convocaré para que, rendidos todos, vengan a dar la paz, y ya no abrá entre todos nosotros sino un corazon, una voluntad, un parentesco y una sangre." Y untando con la sangre de el corazon de la ovexa las hojas de el canelo, a cuyo pie cayó muerta, dixo: "Esta sangre de el corazon es señal de nuestra union, porque assi como las hojas de este arbol están todas unidas a una rama y todas se tiñen de un color vermexo, que sale de un corazon sincero, assi de aqui adelante todos emos de estar unidos y conformes y ha de ser uno mismo el tinte de nuestra fee sincera, sin que admitamos nuevos tintes ni colores differentes." Que aunque sus ceremonias son barbaras, son muy sentenciosas y significativas de una verdadera union, firme amistad y sincero trato, y usan de sus metaforas y retorica con que manifiestan sus conceptos.

Grande gusto causó en todo el exército ver las demostraciones con que daba a entender este barbaro la voluntad con que daba la paz él y todos los demas caciques. Hízoles el Marques una salva general y dióles los brazos con muchos agradecimientos y dones, agasaxándolos por extremo, y haziendo en particular grandes honras a Lincopichon, hízoles mesa franca y dió su mesa a Lincopichon: con que rendidos a tantos agasaxos y afabilidad, no sabian qué hazerse ni qué dezir, sino que avian vivido engañados y que ciegamente se arrojaban a su perdicion, que muy differentes eran los españoles de lo que sus antepasados se los avian pintado. Marchó el exército dos jornadas y Lincopichon y los suyos no quisieron dexar al Marques, que los tenia robado el alma con su agrado y nobleza. Al tercer dia se despidieron con salva general y grande regocijo, diziendo Lincopichon al Marques que iba a publicar por toda la tierra lo que le avia pasado y avia visto, y a ser pregonero de su nobleza, afabilidad y agasaxo, con que rendia los corazones mas duros, y que esperaba rendir a sus plantas toda la tierra, como él y los suyos lo quedaban. Llegó con esto a la Concepcion el Marques con el mas insigne lauro y victoria que alcanzaron sus antecesores, pues dexó sin sangre a la primera vista toda la tierra rendida a la fuerza de su agrado y al imperio de su afabilidad. Hiziéronse en todo el Reyno grandes fiestas, diéronse a Dios incesables gracias, y mandó el Marques dezir muchas misas y hazer muchas oracio-

nes en las catedrales y conventos para la firmeza de las pazes. Aunque en lo comun causó mucho regocixo esta buena nueva, no dexó de aver diversidad de pareceres, assi en el exército y en la Concepcion como en la ciudad de Santiago, que nunca faltan censores y los que de mas lexos miran las cosas forman conceptos mas differentes; lo general era cargar la mano sobre la inconstancia de estos indics, sobre sus traiciones, que los soldados con la paz se hazen holgazanes, la milicia se estraga y da en viciosa y en descuidada, llegando a jugar las armas y a vender los caballos, como cosas que ya no son necesarias. Los soldados sentian perder el pillage, que no se haria caso de ellos, ni luciria el buen soldado, ni se sabria quien era valiente, y los puestos se darian al que los comprasse o los negociasse y no al que con hazañas los mereciesse; que no aviendo guerra, les quitarian el real situado, y que ya se trataba de avisar al Virrey que excusasse a su Magestad de un gasto tan excesivo como era de doscientos y doce mil ducados cada año, y que faltándoles el situado andarian desnudos y sin premio.

Todo esto oia el Gobernador con disimulacion, y con prudencia reparaba que ninguno miraba al bien comun sino a su propio interes, y le servia para poner mas vigilancia en la disciplina militar y que los soldados estubiessen a punto con sus armas, y mayor cuydado en que velassen las postas y se cuidasse de guardar los caminos, para prevenir a qualquier mal intento de el enemigo; pero estos pareceres tan varios no le hazian mudar de parezer por ser este de la paz conforme a la voluntad de su Magestad y mirar al bien comun de estos naturales y de toda la tierra, y a la amplificacion de el Santo Evangelio y conversion de las almas, que eran motivos mas altos y mas superiores. Y lo que le afirmaba en su proposito de admitir las pazes, era el ver que eran de su parecer no solo el comun de lo vulgar, sino las personas mas inteligentes en la guerra, como eran el Maestro de campo Alvaro Nuñez de Pineda, el Maestro de campo Don Fernando de Cea, Maestro de campo Don Alonso de Figueroa y el Maestro de campo Juan Fernandez Rebolledo, personas de gran juicio y experiencia y que avian gobernado con grande acierto esta guerra y experimentado quan poco se gana con ella y quanto deseo han tenido siempre los indios de la paz, y quien mas la fomentaba era el estado eclesiastico y las religiones deseosas de el bien comun. Y sobre todo esto le movia el admitir las pazes el ver que no debe despreciarse al enemigo rendido y al que humilde pide perdon de sus yerros, y que el enemigo que se desecha rendido da en desesperado y la desesperacion haze valiente al mas cobarde. Y ultimadamente (que ninguno se atrebia a negar tratando de esta materia) que estos indios padecieron muchos agravios, como ellos lo representaban y los tenian muy en la memoria, con que los obligaron a alzarse. Que aunque sus naturales sean malos y inconstantes, han estado en sus tierras, y siendo señores de ellas los trataban como estraños y los obligaban a una dura servidumbre, con apremio y extorciones; con que si su natural era malo y deprabado, los agravios se los empeoraron, los malos tratamientos los endurecieron, y el no ver remedio en tantos males les traxo a la ultima desesperacion; y assi que queria ganarlos por otros medios y por los contrarios por donde los otros los avian perdido, que si con el mal trato los avian hecho tan rebeldes, tan feroces y tan altivos, con el agasaxo y con el buen trato

los queria hazer pacificos, humanos y sugetos y mansos. Demas de que nuestras fuerzas ni nuestro poder era suficiente para sugetarlos a todos, y si los podia rendir con maña, conseguiria lo que no podia la fuerza.

No quiso con todo eso el Marques ser tenaz en su parecer, sino que atendiendo a que las materias de la guerra son delicadas y sus accidentes varios, y que en cosas graves no basta una consulta sino que son necesarias muchas, para que bien miradas y controvertidas las razones de una y otra parte se acalore y acrisole la verdad, determinó que en consexo de guerra se volviessen a proponer y mirar todas las razones de conveniencia y desconveniencia para que a la luz de tan prudentes consexos se conociesse lo mas conveniente al servicio de Dios y de el Rey, y para mayor acierto consultó a la Real Audiencia y al Virrey de el Perú.

CAPÍTULO IV.

Viene Chicaguala con treinta caciques a dar la paz y acompáñalos Lincopichon.

Año de 1640.—Vienen a dar la paz treinta caciques.—Viene con los treinta caciques Chicaguala, mestizo noble.—Fué recevido Chicaguala con grande gusto por ser tan noble. — Razonamiento de Chicaguala. — Que ha de ser el primero en la paz y en las finezas de fidelidad.—Que no le trahe el miedo, sino el amor.—Que sugetará toda la tierra a la obediencia de el Rey. — Que los agravios los hizieron enemigos. — Que él y todos se sugetarán a la fe. — Que les dé Religiosos que los enseñen. — Recivió el Marques grande gusto de oir a Don Antonio Chicaguala. — Acarició a todos los caciques. — Dióles bastones de General, Maestro de Campo y Sargento Mayor. — El Vedor general Francisco de la Fuente haze grandes gastos con todos los indios. — Haze mal a un caballo con destreza Chicaguala. — Hazen salva con las piezas a los caciques y todos caen en el suelo de espanto. — Mándales el Marques que se junten todos los que dan la paz en Quillin para Enero.

Entre estas dudas y varios pareceres, confirmó el que le inclinaba al Marques a la piedad y a la paz la venida de treinta caciques de Maquegua y la Imperial, que los embió Dios para que se viesse que esta era causa suya y que disponia estas pazes para mucho bien de el Reyno y para reducir las almas de estos infieles a su santo conocimiento y ley verdadera. Y envidioso el cacique Don Antonio Chicaguala, mestizo de gallardo talle y linda disposicion, hijo de un gran cacique de Maquegua que tubo por muger a Doña Aldonsa de Aguilera y Castro, una señora captiva muy principal de quien tubo este hijo y otro llamado Don Pedro, que allá los baptizaron los españoles captivos en la tierra de guerra donde nacieron, y deseoso de recebir los fabores que Lincopichon avia recevido de el Marques y aun celoso de que le ubiesse ganado por la mano, vino con treinta caciques a dar la paz, apadrinado de Lincopichon para ser mexor recevido. Llegaron al Nacimiento a los primeros de Mayo de 1640 y luego avisó el Capitan al Marques de los caciques tan principales que alli avian llegado y pedian licencia y salvo conducto para ir a ver a su Señoria a la Concepcion. Dióseles franca licencia y el Marques hizo que toda la gente de guerra los reciviesse para mayor honra y para que viessen nuestras fuerzas y el cuidado con que se vivia de las armas.

Llegó a la Concepcion el cacique Don Antonio Chicaguala muy galan y ostentando su gallardia y nobleza, por ser de hermoso talle, alto de cuerpo, blanco de rostro, bien proporcionado y de agradable semblante. Fué su venida de grande gusto por ser persona de tanta estimacion en la tierra de guerra y tener tantos soldados a su llamado y los mas valientes de la tierra, que eran los de Maquegua, que le obedecian por aver heredado de su padre Gualacan el ser cacique y toqui general de aquella provincia, inexpugnable por sus espesas montañas y profundos pantanos que la

cercan. Quando llegó a la presencia de el Marques hizo una gran reverencia, y la misma los demas caciques sus compañeros, y aviéndolos recevido con grandes demostraciones de agrado y benevolencia, con que los captivó a las primeras vistas, habló Don Antonio Chicaguala y dixo el fin de su venida y de los suyos, y dixo:

"Aunque el cacique Lincopichon fué el primero en la dicha de averte visto y rendídose a tus plantas, gozando en ellas de el cielo de tu nobleza y de las influencias benignas de tus fabores, y corriendo la voz de tu agrado, puso a todos envidias y alas al deseo de verte. Yo, que he llegado a gozar esta dicha, tengo por muy cierto que he de ser el primero en los favores y en las honras de tu agrado, por averlo sido en los deseos el primero en servirte. Y ninguno me llebará la primacia en las demostraciones de fiel, de leal y constante y del amor con que rindo a tus pies mis armas y las de mis soldados. En mí son mayores las obligaciones de servirte y de sugetarme a tu Rey, a quien confieso por mi señor y monarca, por quanto heredé de mi padre mayor nobleza y sangre mas esclarecida de quantos tiene el imperio enemigo, por aver sido Toqui general, y de parte de mi madre, de sangre ilustre y de conocida nobleza entre los españoles. Tengo yo el primer lugar por mi nobleza, y por este lado puedes confiar que mi fidelidad y obligaciones a ser fiel exceden a las de todos los demas, que siempre el noble obra como tal y quien supo ser buen enemigo sabrá ser buen amigo. Desgracia mia fué aver nacido y criádome entre barbaros y aver sido uno de ellos en hazer guerra a los españoles y a mi sangre, pero ya que te he conocido y merecido ver, me tengo por dichoso, porque he llegado a conocer mi yerro. No me trahen a tu presencia fuerzas, violencias ni temores, sino el amor a mi sangre y el affecto a mi nacion, que aunque por pecados de mis padres nací entre barbaros, no he perdido las obligaciones de mi sangre ni me falta presuncion de conocerme por noble ni el estímulo de obrar como quien soy. Y por saber que tú, Marques, lo eres tanto, me rindo a ti, que solo a un noble se puede rendir un noble, y pues es de nobles perdonar al rendido y al que se humilla, perdona mis yerros y los de mis vasallos, que ciegos y furiosos emos hecho opposicion a las armas españolas tantos años, que yo te rendiré a la Villarica, Valdivia, Osorno, la Imperial, Cunco, Tolten y Boroa, y mi heredada patria Maquegua con todas sus armas para que unidas a las tuyas acrecientes tus glorias, y sin interes te daré quantos captivos ay en toda la tierra de guerra y quantos se han cogido en las batallas y sacos de las ciudades. Y para que conozcas ser estas pazes verdaderas, te prometo de deshazer todos los fuertes y murallas en que nos hemos defendido hasta aqui, que son las incontrastables montañas, saliendo todos de ellas a vivir y sitiarnos en los llanos y abrir caminos anchos por donde puedas pasar con tu exército y pasearte por nuestras tierras como por las tuyas, pues desde luego lo son todas las nuestras, y por tan tuyo me has de tener a mí y a todos los mios, que me han de dezir que me he hecho todo español, siendo assi que soy la mitad indio. Pero lo que antes era entre nosotros baldon el llamarnos a los metizos españoles, ahora será para mí de grande honra y para ellos de envidia, pues me he recobrado a mi querida nacion, de los indios tan aborrecida, que la mayor afrenta que nos dezian a los mestizos era dezirnos que éramos españoles. Y no te espantes, que las opresiones y agravios que los españoles antiguos hizieron a los indios, fueron tan-

tos, que les conciliaron este odio tan grande que era afrenta dezirle a uno que era español y era lo mismo que dezirle que era un perro. Oxalá todos los gobernadores y los españoles ubieran sido como tú, que de otra manera se ubiera conservado la tierra en paz y en christiandad, que con tu agrado nos has rendido mexor que los demas con las armas. Grande gloria alcanzarás de tu Rey por esta victoria sin sangre, y grande gloria de tu Dios, pues por tu causa se convertirán tantos infieles y recevirán la fee y el baptismo, obedientes a la Iglesia. Y los que niños le recivimos como yo y otros, por ser españolas nuestras madres, que entre los fieles conservaron la religion y tubieron cuydado de baptizarnos niños, sin mas enseñanza seremos instruidos en la ley de Dios, que por no aver tenido quien nos la enseñe nos hemos quedado como barbaros en la ceguedad de los infieles: bien puedes embiar sacerdotes por toda la tierra, que las puertas hallarán de par en par para la predicacion, y nuestros corazones, como tierra sin agua, sedientos de la lluvia celestial."

No pudo dexar de alegrarse ni de contener las lagrimas el piadoso Marques oyendo a Chicaguala y viendo sugetarse a su Dios y a su Rey tantos infieles y logrados los deseos de su conversion, llegándose ya el tiempo en que la Divina Magestad abria las puertas de el Evangelio y las de el cielo a tantas almas como se perdian en esa gentilidad. Y tomando por la mano al cacique Don Antonio Chicaguala, a quien avia oido atento y admirado de su elocuencia y español desenfado, le echó los brazos encima, agradeciéndole el aver venido a ver y a offrezer de paz toda la tierra: lo mismo hizo con su primer amigo Lincopichon, reconociendo que él avia sazonado las voluntades de todos aquellos caciques. Abrazó con grandes caricias a su hixo mayor Cheuquenecul y a otro hijo menor que consigo trahia, y lo mismo hizo con los demas caciques, agradeciéndoles el rendimiento que hazian de sus armas y el amor con que le avian venido a buscar solicitando su amistad; mandólos aloxar y regalar conforme a su magnificencia y calidad de los huespedes; y para honrarlos dió un baston con casquillos de plata de Gobernador y Capitan General a Lincopichon por aver sido el primero en dar la paz, y otro de Maestro de campo a Don Antonio Chicaguala, y otro de Sargento Mayor al hixo mayor de Lincopichon, Cheuquenecul, para que gobernasen sus tropas contra los que no quisiessen admitir la paz. Mandólos vestir a lo español con capas y capotillos y hazer buen agasaxo y reprimir la licencia de los soldados para que no les hiziessen mal ninguno y que reconociesen que de nuestra parte no se les avia de faltar a lo prometido y al buen tratamiento.

El Vedor General Francisco de la Fuente Villalobos, imitador de el Marques en agasaxar los indios y en desear su conversion, los llebó a su casa y con grande gasto de su hazienda y admirable liberalidad los regaló y banqueteó todo el tiempo que estubieron en la Concepcion, y no solo a éstos, sino que sin cansarse ni enfadarse de sus importunidades, recebia a quantos venian de la tierra adentro, regalándolos y sirviéndoseles en su casa, aunque fuessen muchos, como si fueran unos principes, y procuró con grandes veras su paz y su quietud, por lo qual los indios le amaban y dezian que era su padre.

Pidió Chicaguala licencia al Gobernador para pasearse por la ciudad y embióle el Marques un hermoso caballo, y como era tan gentil hombre y vestido a lo español, representaba un vizarro Maestro de campo; no ubo mas que ver que su gentileza y

la destreza con que hazia mal a un caballo. Apeado de él, le recibió el Marques a su lado, y por hazerle a él y a los demas caciques una lisonja, les dixo que los queria mandar hazer una salva con las piezas de artilleria que avia alli en la Concepcion, que nunca las avian visto ni oido disparar, y que los prevenia porque no sospechasen que se les queria hazer algun mal. Dispararon la primera pieza y fué tal la respuesta y el espanto que causó a los indios, que todos cayeron en tierra de temor, y solos Chicaguala y Lincopichon quedaron en pié, animándose por no mostrar cobardia; los demas se levantaron luego y conocieron quán ventaxosas son las armas de el español, pues solo el eco dió con ellos en tierra. Mostráronles la ciudad y los templos, y agasaxados los embió el Marques a sus tierras encargándolos que procurassen conciliar todas las voluntades y que para el mes de enero se juntassen en Quillin para hazer las capitulaciones de la paz y numerar los que la daban y apercevir las armas para hazer la guerra a los que fuessen rebeldes.

CAPÍTULO V.

Vuelven a sus tierras los caciques y recívenlos con grande fiesta. Convocan muchos otros para que den la paz al Marques afficionados de su agrado, y embíanle las listas de los que dan la paz.

El gusto con que recivén en sus tierras los caciques y las buenas nuevas que dan a todos. — Embian los caciques al Marques lista de los que dan la paz. — Nombres de los caciques.

Luego que llegaron los caciques a sus tierras se hizo una gran borrachera, a que acudió toda la tierra a oir y saber cómo les avia ido y cómo los avia despachado el Gobernador, y fué grande el gusto que recivieron con su llegada, porque ya avian corrido varias palabras entre ellos y dádoles malas nuevas: unos dezian que el Gobernador los avia hecho ahorcar a todos; otros que nó sino que los tubo presos y luego los embió al Perú cargados de grillos y cadenas para que remassen en las galeras, y con estas y otras nuevas a este tono andaban todos abispados y afligidos, y con su vista creció el gusto quanto avian crecido las mentiras, y fué mayor quando los vieron cargados de dones y preseas y les oyeron dezir los fabores que el Marques les avia hecho y hazerse lenguas en contar su nobleza y agasaxo: con que pusieron a todos ansias de verle y de rendirse a su obediencia. Venian de todas partes los caciques a porfia a pedirle a Lincopichon que los faboreciesse con el Marques y los hiziesse sus amigos, y haziendo lista de los que se offrecian a dar la paz, se la embió al Marques, y a tan buen tiempo, que estaba haziendo despacho al Virrey de el Perú y no sabia determinadamente qué caciques ni qué lanzas le avian dado la paz por esperar a numerarlas en saliendo a campaña en Quillin. Y vino la lista con toda distincion de los nombres de los caciques, las provincias y los soldados. Las provincias eran diez y ocho las que numeró Lincopichon; las lanzas tres mil y trescientas y noventa, y las de Chicaguala mil y sesenta, que por todas hazian cuatro mil y cuatrocientas y cincuenta. Los caciques y capitanes eran sesenta y tres, que todos tenian por compañias a cien soldados pocos mas o pocos menos. Y dexando los nombres de las provincias y de los soldados, que fuera cosa molesta, pondré aqui los nombres de los caciques con la explicacion de lo que cada nombre significa, que por ver la variedad de los nombres será gustoso al lector, y si le cansaren los podrá dexar y passar adelante.

NOMBRES DE LOS CACIQUES.

Lincopichon, que quiere dezir Pluma levantada.
Chicaguala, que significa Pato dividido.
Yaupilabquen, Ruido de la mar.

Anteguenu, Sol de el cielo.
Tinaqueupu, Pedernal arrojado.
Aliante, Sol que abrasa.
Catupillan, Trueno partido.
Maliguenu, Cielo golpeado.
Butapichon, Plumage grande.
Peuquante, Cerco de el sol.
Tureulican, Leon de cristal o de piedra.
Llancapilqui, Flecha de piedra.
Gueichagueno, Batalla de el cielo.
Calbumanque, Condor pardo.
Culatureo, Tres leones.
Calbuñamcu, Aguila real azulada.
Llompulli, Quebrada honda.
Camangue, Condor diferente.
Naguelgueno, Tigre de el cielo.
Catunaguel, Tigre partido.
Queluimanque, Condor colorado.
Culacaniu, Tres plumages.
Tanaguenu, Cielo golpeado.
Piculai, Viento en calma.
Caniutacum, Penacho de pedreria.
Coipulabquen, Gato de el mar.
Cheuquequintui, Paxaro que mira.
Curubilu, Culebra negra.
Cubilante, Sol que abrasa.
Cutileubu, Rio de arrayan.
Nugugueno, Cielo que tiembla.
Curaquillai, Piedra del arbol quillai.
Catuguenu, Cielo dividido.
Queluimanque, Condor colorado.
Curanamon, Pie de piedra.
Guatureo, Maiz de leon.
Tarucaniu, Plumage de Buarro, pajaro.
Curuyene, Ballena negra.
Ragumanque, Gallinazo florido.
Praiante, Sol que sube.
Lincotipai, Cristal que sale.
Mariguala, Diez patos.
Tureupillan, Leon que brama.
Relmucaguin, Junta de el arco iris.
Cayupagui, Seis leones.
Lebuepillan, Trueno que corre.
Culacaniu, Tres plumages.
Catuleubu, Rio dividido.
Curuyecu, Cuervo negro.
Lebitureo, Leon ligero.
Guenibilu, Culebra de el cielo.
Curiquintur, Ojos negros.
Naupacante, Sol que se pone.
Perquinmanque, Plumage de condor.
Yebilabquen, Ola de el mar.
Ruyunmilla, Flor de oro.

Con estas listas embió Don Antonio Chicaguala al Marques un hermoso page, mancebo español captivo, y dos españolas captivas, hermana una y otra sobrina del Capitan Juan Vasquez, sin pedir rescate.

CAPÍTULO VI.

Vienen a la Concepcion a dar la paz al Marques muchos caciques, y con ellos el gran cosario Lientur. Sálenle otros muchos al camino y tráhenle muchos captivos españoles sin pedir rescate, y júntasse toda la tierra a dar la paz en Quillin.

Año de 1641. — Vienen a dar la paz al Marques Lientur y otros caciques. — Viénenle a dar la paz los puelches y pegüenches. — Detiene el Gobernador los caciques como por prendas. — Húyesse uno llamado Catupillan. — Piden que se busque el fujitivo para que confiese su intento y ellos queden purgados de la sospecha. — Sálenle al camino muchos caciques y tráhenle los captivos de balde. — Aclámanle por Redentor y llora de contento. — Salió de captiverio Don Pedro de Soto, su mujer y hixos. — Trahen otros muchos españoles captivos, y Chicaguala embia su madre Doña Aldonza. — Manda detener el Marques a los caciques y echa uno mano a un alfange para matar al Maestro de campo. — Aplácale el Sargento Mayor. — Habla prudentemente Clentaro y reprende el descomedimiento. — Vienen los caciques de la Imperial al camino y trahen al Marques cartas de el Capitan Almendras. — Sale al camino a ver al Marques Gaspar Alvarez que trabaxó bien en las pazes, aunque fué fujitivo. — Llegan a Quillin y ay muchos abrazos de los enemigos y los nuestros. — Alójanse los españoles y los indios. — Exortan los padres de la Compañia a la confesion para el buen suceso de las pazes. — Júntanse todos el dia siguiente al parlamento, los españoles armados y los indios sin armas.

Tratando estaba el Marques de prevenir lo necesario para entrar a las tierras de Quillin, donde todos los nuevos amigos se avian de juntar, y deseosos muchos de ganar por la mano el verle y de offrecerse anticipadamente por su fieles amigos, vinieron en tropas, unos a la Concepcion y otros a la estancia de el Rey. Entre ellos fué uno el cacique Lientur con otros muchos caciques y un hermano de Lincopichon, que recevidos con el agasaxo que el Marques acostumbraba quedaron reconocidos y obligados. Y esmeróse mas el Marques en el agasaxo de el cacique Lientur, por quanto aviendo sido amigo y por agravios de averle quitado una muger con su hijo y ídose al enemigo con la reduccion entera de Pailigua y despues héchonos grandes daños, como se ha dicho en los gobiernos pasados, conocia el interes de reconciliar un tan gran cosario y que era de mas importancia la amistad de éste que la de otros muchos, y como a hijo pródigo que reconocido se volvia a la casa de su padre, le echó los brazos y le hizo un gran convite y le vistió con liberalidad. Despachólos al tercio de Yumbel, donde el Sargento Mayor Don Pedro Ramirez de Zabala los aloxó entre los amigos y los hizo regalar como a huespedes y los trató como de casa, poniéndolos en compañia de los amigos para que unos con otros se hermanassen y confirmassen en nuestra amistad.

Llegados los primeros de Enero de 1641 salió el Marques de la Concepcion para la estancia de el Rey con su lucida compañia de capitanes reformados y otros sol-

dados. Salióle a recevir el Sargento Mayor con el tercio de San Felipe y todos los indios amigos y los caciques que avian venido de la tierra adentro, que tuvieron harto que ver en tanto lucimiento de soldados. Alli en la estancia de el Rey halló el Marques que le estaban esperando para darle la paz los pegüenches y los puelches, nacion que la una habita en la cordillera nevada y la otra en la otra banda, en las pampas que van a Buenos Ayres, que con las noticias y buenas nuevas que Lincopichon les avia embiado del agrado y buen agasaxo de el Marques, vinieron a rendirle sus personas, sus armas y su flechas, traspasando los montes. Vino el Toqui general llamado Ruya acompañado de los caciques Antemones, Quiñemanque, Curilebi y otros, todos vestidos con sus galas de pellones de guanacos pintados y tigres de varios colores, cabellera larga, aljaba al hombro, una corona o cerco de lana de muchos colores en la cabeza y atravesadas muchas flechas al rededor de la cabeza, trage que los haze ferozes y semexantes a los salvages entre quienes habitan. Alegróse en extremo el Marques de ver que de tan lexas tierras viniessen a darle la obediencia, y por amansar fieras con su agasaxo y que se viesse por experiencia que hasta las fieras se rinden y domestican con el buen trato y el alago, los regaló y agasajó con singulares caricias.

Mientras llegaba el campo de Arauco a encorporarse con el de Yumbel, confirió el Sargento Mayor Pedro Ramirez con el Marques si seria bien despachar adelante a los huespedes caciques para que avisassen como ya iba marchando su Señoria y convocassen su gente para el puesto señalado de Quillin, y aunque fuera mexor hazer confianza de ellos y embiarlos luego, porque siempre la detencion les es molesta y sospechosa de que les quieren hazer algun mal, todavia le pareció al Gobernador mas conveniente detenerlos en su campo por la cautela de que los daños no prevenidos despues causan arrepentimiento sin remedio, y dispuso que se detubiessen los caciques y sirviessen de prendas para que los nuevamente confederados, si tenian algun mal intento o pretendian hazer algun movimiento, se rescatassen por tener entre nosotros caciques de tanta importancia y prendas para la seguridad; pero impaciente de tanta detencion, se escapó el cacique Catupillan, que significa Cielo dividido, y apartándose de los demas al disimulo con achaque de buscar su caballo, dexando un capotillo que le avian dado, la silla y freno, saltando en su caballo en pelo, se desaparció, dexando corridos a los caciques sus compañeros y indiciados de sospechosos y por traidores de alguna conjuracion o algun mal aviso. Sintiéronlo en extremo y dieron satisfaccion de su inocencia y de la fidelidad de su trato y pedian que se buscasse con diligencia el fugitivo y con tormentos pagasse su liviandad y confesasse los intentos con que se huia, y ellos quedassen purgados de la sospecha. Salieron el Teniente Diego Jaque con treinta arcabuzeros y el comisario Domingo de la Parra con los amigos de San Christóval hasta la cordillera y no pudieron dar con él, sino con el rastro que iba dexando. Consoló el Gobernador a los huespedes, dándoles a entender que tenia mucha satisfaccion de su fidelidad, y fué marchando el exército con mucho concierto y orden militar hasta Quillin, aumentándose el gusto de el viage a cada paso y asegurándose las sospechas de algunos por salirle a ver al Marques differentes caciques, y lo que mas le aumentó el gusto fué salirle al encuentro muchos españoles y españolas captivas que trahian los caciques y se los offrecian, dándoles libe-

ralmente y sin pedir precio del rescate la libertad deseada y haziéndole redemptor de tantos captivos, que alegres de verse entre christianos llamaban al Marques su redemptor, su padre y su Moises que los avia sacado de las tierras y poder de Pharaon. No podia el Marques contener las lagrimas de gozo de ver tanto captivo redimido y tantos españoles y españolas en tan misero estado y desnudos, vestidos solo con una camiseta, descalzos de pie y pierna y descubiertas las cabezas, y daba por bien empleada su venida al Reyno y todos sus trabaxos por premiados con hazer a Dios y poderle offrezer un servicio tan agradable como ser causa de la libertad de tantos captivos. Salieron de el captiverio Don Pedro de Soto, persona principal que desde pequeño le captivaron en Valdivia y con su muger vivió siempre en tierra de el enemigo, que fué una señora noble llamada Doña Anna de Santander, y como no avia cura con quien casarse, hizieron entre sí sus conciertos y matrimonio clandestino, de que tubieron muchos hijos lejitimos, blancos y rubios, sin saber la lengua española ni tener mas que algunas luces confusas de las cosas de Dios.

Salió tambien a recevir al camino al Marques el cacique Caniuñancu con cincuenta indios y offrecióles un español captivo antiguo llamado Rodrigo de Cuevas, y a Doña Gerónima Carlos, a Doña Mariana de Soto y a Doña Maria de Santander. El cacique Clentaro, de Boroa, traxo tambien ocho españolas captivas al Gobernador, embiado de Chicaguala; a Don Lope de Inistrosa, hiyo de Don Gregorio de Inistrosa, de quien digimos arriba que le captivaron niño y despues que salió de Captiverio fué Gobernador de el Paraguay; y a Doña Aldonsa de Castro y Aguilera, madre de Don Antonio Chicaguala, que niña la captivaron y por ser persona tan noble se abian hecho muchas diligencias para sacarla de captiverio, sin averlo podido conseguir, y ahora la embió su hixo Chicaguala a que viviesse entre los españoles y se la presentó al Marques por triunfo de sus rescates para que pudiesse gloriarsse que con la paz avia alcanzado lo que ningun gobernador avia podido conseguir con la guerra (1).

Hizo el Marques reseña de su gente en el camino y halló mil y trescientos soldados españoles, y novecientos y cuarenta indios, que hazian todos un copioso y lucido exército. Y diziéndole el Maestro de campo Alfonso de Villanueva Soberal, hombre prudente y que sabia el sentimiento que hazian los indios de que los llevassen como presos con el campo, que los dexasse ir adelante a prevenir su gente para juntarse en Quillin y hiziesse confianza de ellos, porque se daban por muy sentidos, le ordenó el Marques que fuesse en persona y les digese a los caciques que ninguno se apartasse de alli, y que si querian embiar a prevenir algo, que embiassen sus soldados y indios ordinarios; y llegándoselo a notificar el Maestro de campo a los caciques, oyendo esto Liencura, indio altivo y mal sufrido, juzgando que se tenia poca confianza de él y de su buen trato, teniéndolo por agravio, echó mano a un alfange, haziendo ademan de querer matar al Maestro de campo, aunque se perdiese todo lo trabaxado; mas el Sargento Mayor Pedro Ramirez Zabala, con prudentes razones, le ataxó y satisfizo, diciéndole que no mandaba el Marques que él y los demas caciques quedasen presos

(1) Estos entroncamientos son el orijen de los hermosos indios boroanos, que existen todavía, con fisonomías aguileñas i en ocasiones con ojos azules i pelo rubio.

ni los detenia por desconfianzas, sino por valerse de su consexo y llevarlos por guias de su camino. Y tomando la mano el cacique Clantaro, afeó el atrebimiento al otro cacique y dixo que alli avian venido a dar la obediencia al Marques, y que pues estaban sugetos a su voluntad, hiziesse de ellos lo que gustasse; que si los detenia para consegeros era honra muy grande, y si por sospechosos mayor fabor, porque presto se desengañaria y estimaria mas su lealtad y las finezas con que le servian.

Como llobia gente al camino a ver al Marques, le llegaron mensageros y caciques de la Imperial con cartas de el Capitan Francisco de Almendras, que desde el alzamiento general estaba captivo y le cogieron mancebo en Valdivia y se crió entre los indios, y para buscar la vida y tener cabida se dió a herrero, con que ganó mucho y tubo muchas mugeres, como los indios, y gran numero de hixos y nietos. Este español sabia leer y escribir muy bien, y desde la Imperial escribia siempre a los gobernadores dándoles muy buenos avisos y noticia de lo que pasaba en tierra de el enemigo con muy buen zelo y fidelidad; y ahora escribió al Marques cómo todos los caciques de toda la tierra y particularmente los de la Imperial, donde él estaba, le iban a ver, gozosos de su venida y con deseos de hazer unas pazes firmes y estables; que no tubiesen recelo, que sus corazones están muy conformes y unidos para dar la paz y perseverar en ella, que mucho ha lo deseaban, y no avia faltado por los indios, sino por los españoles, que no se la avian querido admitir, causando tantas muertes y daños en la guerra.

Vino tambien Gaspar Alvarez, español, que aviéndose huido de el tercio de Arauco, donde era soldado, siendo mozo y de poca esperiencia, arrepentido de su desordenada fuga y infame hecho, le quiso dorar con hablar a los caciques en favor de los christianos, aficionándolos a su amistad y a que diesen la paz; y como este español se ubiesse aplicado a sombrerero, oficio que no avia entre los indios y por el qual le estimaban mucho, y con el oficio ubiesse ganado hazienda y adquirido muchas mugeres; como los indios le respetaban mucho y tenia con ellos grande autoridad, y principalmente por saber leer y escribir, que avia sido estudiante y colegial en Quito, y por su medio escribian los caciques y trataban los rescates y cosas de importancia quando eran enemigos, y en esta ocasion de las pazes le oyeron todos muy bien y él escribió varias vezes lo que se trataba, correspondiéndose con el Marques, y quando le salió a ver al camino recivió mucho gusto de verle y le perdonó todo lo pasado, agradeciéndole lo mucho que avia trabaxado en aficionar los indios a la paz, dió por nueva cómo ya venian a tropas a juntarse en Quillin indios y indias, hasta las viexas y niños, por ver al Marques, y que todos tenian muy buen deseo de estar de paz y no faltar a ella por ningun acontecimiento. Marchaba con esto el exército muy contento y deseoso de ver un dia tan alegre como el que esperaban viendo a toda la tierra de paz.

Quando llegó el exército al hermoso y dilatado valle de Quillin, vió coronados todos los montes que le rodeaban de indios que festivos y vestidos de differentes colores parecian guirnalda de los montes y primavera de los campos. Y con ser a seis de Enero y la fuerza de el estio, el valle con lo florido de el exército español parecia un jardin ameno. Fué dia alegre para todos, assi españoles como indios, que admirados de ver tanto lucimiento de armas, tanto numero de soldados y indios amigos, y que ya aquellas armas que an-

tes miraban con terror y para su destruccion, ya las admiraban con gusto para su amparo y defensa. No se podian contener sin ir a dar de tropel la bien venida al Marques y los parabienes a los españoles y indios amigos, abrazándose tòdos como si ubieran sido grandes amigos toda la vida. Aloxóse el campo con el concierto que suele y esta vez en forma de corona, dexando una gran plaza en medio para hazer el parlamento. Aloxáronse a los costados los amigos antiguos con la cerca ordinaria de empalizada y los amigos nuevos se fueron a sus aloxamientos, derramándose por aquella campaña y quebradas cercanas para volver el dia siguiente, en que se cantó una misa con gran solemnidad, pidiendo a Dios el buen suceso de las pazes. Confesaron y comulgaron muchos, que el Padre Francisco de Vargas de la Compañia de Jesus, confesor de el Marques, y su compañero (1) exortaron al exército a obligar a Dios con oraciones, confesiones y buenas obras para el buen fin de aquellas pazes, y con el deseo de la conversion de aquellos infieles, como misioneros apostólicos, confirmaban al Marques en el buen propósito de recevirlas y le ayudaban mucho a agasaxar a los indios y traherlos a la paz.

Quando fué hora de juntarse, hizieron señas los clarines y las caxas, y cogiendo las centinelas las eminencias de los montes y la caballeria los costados, hizo la infanteria un esquadron, assi para la seguridad como para ostentar las armas. Púsose el Marques armado de punta en blanco en la plaza que estaba hecha en medio de el quartel, acompañado de los capitanes reformados, y por el un costado vinieron los indios que de nuevo daban la paz, en numero de ciento y setenta caciques y mas de dos mil indios de lanza, todos sin armas y con ramos de canelo en las manos en lugar de lanzas, en señal de paz, y por el otro costado entraron los indios amigos, y saludándose los unos a los otros y abrazándose con sumo contento por verse ya amigos los de una sangre y que antes se la querian beber los unos a los otros, sentáronse por su orden y comenzaron los parlamentos.

(1) Este compañero tan modestamente aludido es el mismo Rosales.

CAPÍTULO VII.

Razonamiento de el Marques de Baydes a los indios para el asiento de las pazes y los parlamentos que hizieron los caciques que las dieron, y Catumalo exhortándolos a la firmeza de ellas.

Razonamiento de el Marques a los caciques. — La piedad de el Rey, que no les ha querido mal aunque han hecho guerra. — Que los ha procurado reduzir por medios suaves, y por averse empeorado ha usado del rigor. — Que se sugeten a Dios y a la justicia. — Que el Rey no los quiere acabar sino conservar para que sean christianos. — El fin de las conquistas no es oro, plata ni hazienda, sino la salvacion de sus almas. — Que se tengan lástima a sí y a sus hixos y haziendas. — El gusto de todos fué grande de oir al Marques. — Offrecen sus tierras y sus personas. — Esta es mayor victoria rendir voluntades sin armas. — Que no les faltaba gente con que hazer la guerra. — Que quisiera que fueran mas para tener mas que ofrezer. — Que hasta aqui se han unido solo en hazer guerra, y ahora en dar la paz. — Que no oyga chismes contra ellos. — Que no son tan irracionales que no conozcan su bien. — Si todos los Gobernadores ubieran sido assi, otra estubiera la tierra. — Ya correrán las fuentes aguas cristalinas, no ensangrentadas. — Que les dé buenos ministros y buenos curas. — Que los agravios los levantaron y endurecieron. — Partes de Butapichon y su razonamiento como general de la guerra. — Que estime el Marques la victoria que oy alcanza sin armas. — Que no dan la paz por necesidad ni falta de poder. — Que muy bien les iba con el pillage de la guerra. — Que buenos testigos tienen de la sangre derramada y de los cueros de españoles. — Que las Cangregeras con sus vocas publican sus victorias. — Que el capoton de Don Francisco Lazo y la cruz roxa dirán su valor. — Que todas estas victorias le levantaron a las estrellas y quiso levantarse con ellas. — Que esto levantá al Marques sobre las estrellas, pues le pone sobre todas ellas. — Habla Llancagueno por los caciques y republicanos amigos. — Habla Catumalo por los soldados y responde a las arrogancias de Butapichon. — Dizeles que los ha echado de sus tierras. — Que no los ha dexado a sol ni a sombra, ní dormir con sosiego ni en sus casas. — Que le soñaban que ni perros ni gallos tenian porque no les descubriessen. — Que agradezcan al Marques que los admitan a la paz y les dé sus tierras. — Que traten verdad, que bien se conocen unos u otros las mañas.

Quiso el Marques ser el primero en dar la bien venida a los caciques y en hablarlos para afirmarlos en la fee y lealtad que debian a su Magestad, y assi, por medio de el capitan Miguel de Ibanzos, lengua general, los habló de esta manera: "Caciques nobles, Toquis generales, soldados valientes, que con tanto esfuerzo y valor aveis sustentado tantos años la guerra, consumiendo en vano vuestras haziendas, acabándoos los unos a los otros y menoscabando vuestras familias con porfia y sin fruto, huyendo de vuestro bien, cerrando los ojos a la luz de vuestras almas y negando la obediencia a Dios y a la Iglesia y a vuestro Rey y Señor, que como a hijos y vasallos queridos os ama y con piedad de padre y señor os desea todo bien: Sabed que me ha embiado a esta tierra a que como ovejas perdidas os busque, como errados os endereze, y como a ciegos os alumbre, para que conozcais vuestro bien temporal y espiritual. Es nuestro Rey y vuestro tan piadoso que os perdona generalmente todos los yerros, y facil y suave os condona todos los delitos que contra su Real Magestad aveis cometido, que como está en lugar de Dios, obra como

él y tiene sus mismas entrañas, reciviendo al hijo pródigo con los brazos abiertos y le perdona lo pasado. Enemigos aveis sido tantos años y en nuestro Rey no ha reinado el odio, sino que siempre han lucido en él la lástima y la compasion a vuestros desvarios y ceguedades: que si os han hecho guerra sus armas no ha sido con otro fin que por reduciros al camino verdadero y por conseguir la paz y el bien de vuestras almas, y como por los medios suaves que tantas vezes os ha propuesto os aveis hecho mas altivos y soberbios, le ha sido forzoso, bien contra su voluntad, usar de el rigor para sugetaros a su obediencia tan debida. Su deseo ha sido siempre vuestra conservacion, vuestra quietud y vuestro aumento, y para esto ha hecho inmensos gastos, y todo lo despreciastes, sospechosos de nuestro buen trato, y debiendo escoger el vivir quietos en vuestras tierras, sugetos a Dios y su Iglesia, amparados de las armas y de la justicia Real, injustamente tomasteis las armas y pretendisteis acabar a los españoles y echarlos de vuestras tierras: intento vano y como aveis visto sin fruto, porque acabar el poder tan grande de un Rey como el de nuestro monarca Filipo, es pretender en vano agotar las aguas de el mar, quando su poder se extiende por todo el orbe y sus exércitos victoriosos dominan todas las naciones. Y si el Rey ubiera querido consumiros y acabaros, ya lo ubiera hecho, pero no es esse su deseo, sino el reduciros a la paz y quietud, usando ya de medios suaves y de amor, ya de rigurosos y de temor, para traheros al conocimiento de vuestro bien y de el verdadero Dios.

Este es el fin de sus conquistas, este el deseo de su zeloso pecho, que conozcais al Criador de el cielo y tierra que crió al hombre a su imagen y semexanza para que sirviéndole a él, que debe ser servido, y no a los dioses falsos ni al Pillan mentiroso, y guardando su ley, que es suave, y el camino real de el cielo, consigais la bienaventuranza; y como nuestro Rey ama tanto a sus vasallos, les desea su mayor bien, y ninguno ay mayor que el que vayan a gozar de Dios despues de esta vida. Y a vosotros, que os ama como a hixos y vasallos suyos, os desea el mismo bien y le solicita embiándoos sacerdotes que os enseñen y encaminen para el cielo, y españoles que os conserven y guarden en paz y en justicia. No pretende el Rey ni quiere vuestros hijos, vuestras mugeres, vuestras haziendas, vuestro oro. Su principal deseo y su primer motivo en las conquistas de las Indias y de estas provincias, es la salvacion de vuestras almas, vuestro aumento y quietud, pues sois hombres racionales y conoceis el bien y el mal, y el discurso natural y la experiencia os le ha dado a conozer: dexad de veras y de todo corazon vuestra porfia, vuestras traiciones y dobleces. Tened lástima a vuestras almas, a vuestras vidas y a vuestra libertad; hazeos christianos y tengamos un corazon y una fee: que menos de que lo seais no podemos tener union verdadera, porque no ay union entre las naciones si no es por la religion, y lo que las divide es la diversidad de la creencia y adoracion. Tened lástima a vuestros hixos, que cada dia os los quita el furor de la guerra de los pechos de sus madres; compadeceos de vuestras mugeres, que os las lleban a tierras estrañas y las venden por esclavas; mirad por vuestros soldados, que muertos en la campaña son pastos de las fieras y alimento de las aves. Aumentad vuestros ganados y no deis de comer con ellos al enemigo; lograd el trabaxo de las sementeras, que mexor que las coma quien con sudor las hace que no que se las coma

el fuego, que las consume sin provecho: que en mí tendreis padre que os ama, gobernador que os ampare y amigo que os agasage, y para estos offrezco mi persona, mi asistencia, mi vida, hazienda y estado."

Fué tan grande el aplauso, las aclamaciones y muestras de agradecimientos a tan suaves, discretas y efficaces razones que les dixo el Marques, que en las voces, en los ojos y en las demostraciones se vió quán unanimes y conformes las abrazaban y se offrecian todos de paz, humildes a su obediencia y sugetos a sus mandatos. Para responder al razonamiento de el Marques eligieron todos los caciques al toqui general y cacique Liencura, que por su nobleza y elocuencia fué preferido a todos, y confiriendo los puntos de su razonamiento con los caciques, tomando en la mano el canelo y las flechas, ceremonia suya, habló de esta manera: "Gran señor y Gobernador nuestro, Maestro de campo, Sargento Mayor, capitanes, soldados, lucido exército, caciques y toquis generales (que este es su modo de comenzar los razonamientos, saludando y nombrando a todos); invictos españoles que con vuestra presencia ennoblecéis nuestras tierras: no las mireis ya como nuestras sino como vuestras, que si hasta aqui las hemos defendido con porfia, ya os las franqueamos con agrado; bien podeis entrar y salir por ellas con la seguridad que por vuestras casas, que ya los caminos y espesas montañas que hasta aqui estaban cerradas las hemos avierto para vuestro passage, y no solo os rendimos las tierras, sino tambien las armas, las personas y las voluntades, para que unidos con una fe y con una religion sirvamos todos a un Dios y a un Rey. Esta victoria es tuya, Gobernador, grande en el nombre y en los hechos, pues con tu agrado y amor has conseguido lo que no ubieras alcanzado con las armas y el rigor, porque aunque con ellas pudieras matar algunos, fuera tambien a costa de los tuyos, y no con esas muertes ganaras tantas vidas como aqui tienes rendidas a tu obediencia, que segun iba reinando en nosotros la porfia, entonces quedara la tierra de paz quando no quedara ninguno, que una viexa sola que quedasse os avia de hazer mucha guerra, y no estábamos tan destituidos de soldados, que aunque no tenemos como vosotros los españoles soldados de fuera, nos sobra gente para vosotros, que aunque sois muchos, no pasais de dos o tres mil, y yo puedo juntar a mi obediencia veinte mil lanzas y flechas; pero muchas mas quisiera oy que fueran para tener mas que ofrezer a la obediencia de el Rey. Todas te las offrezco, o gran Gobernador, sin muchos mozos que no toman armas, labradores que cultivan la tierra y viexos que sirven de consegeros. No desprecies el don por pequeño, que aunque lo es en mi estimacion, lo es grande por el amor y la voluntad con que todos unidos nos rendimos a tu servicio.

Y no es lo de menos estimacion la union de las voluntades, que siendo assi que no tenemos cabeza ni union entre nosotros, sino que cada uno gobierna y se gobierna por su gusto, en una cosa hemos tenido siempre union y conformidad, que es en ser contra los españoles y hazerles sangrienta guerra, y como nos unia antès el odio y la mala voluntad, oy nos une el amor y tu benevolencia. No des lugar a recelos ni oigas chismes contra nosotros, que siempre pasan palabras que crian mala sangre o por querernos mal o por el mal concepto que ya tienen de nuestra lealtad, y aun entre nosotros reina la envidia y la emulacion, y el indio valadi y que no puede vengarse, levanta un testimonio, vengando con la lengua lo que no puede con las manos, y si te recelas de nuestra fe,

facilmente creerás al que te digere que nos queremos alzar, y tus españoles y indios amigos, que en las malocas tienen sus provechos y en los esclavos sus intereses, porque vuelva la guerra creerán luego lo que desean. Ten por cierto que antes el rio correrá fuego en vez de agua y el fuego enfriará como si fuera nieve, que faltemos a la fe prometida: que no somos tan irracionales que no conozcamos el bien que nos hazes y lo que ganamos en la amistad con los españoles quando con templanza se quieren servir de nosotros y con su acostumbrada nobleza nos tratan. Los rigores de los antiguos nos hizieron crueles; sus malos tratamientos nos hizieron bravos; su dureza nos hizo obstinados. Oh! si todos los gobernadores y todos los españoles ubieran sido como tú, qué floreciente estubiera esta tierra! qué mansos nos ubiéramos conservado! quánto se ubiera aumentado la religion y quánto ubieran aumentado los españoles sus caudales! Ya desde ahora con tu vista volverán a reverdecer los campos, a florecer los prados, a correr cristalinos los arroyos y diáfanas las fuentes. Agostados estaban hasta aqui los campos con tanta sangre vertida; vermexas corrian las aguas y ensangrentadas las fuentes. Danos buenos ministros que nos gobiernen, no que nos opriman en trabaxos y nos sugeten a encomenderos y sobre la tasa y la tarea nos trasquilen y azoten. Embíanos buenos curas y doctrineros, no como los pasados de quienes recibimos tantos agravios y malos exemplos. No nos obligues a sacar oro, que él ha sido la causa de los malos tratamientos y por consiguiente de los levantamientos, que por huir de estas cosas nos arroxamos desesperadamente a los peligros, teniendo por menor mal el morir de una vez desesperando que pasar tantas muertes viviendo."

Aviendo hablado Liencura, Toqui general, de parte de los caciques y republicanos, tomó el canelo Butapichon, gran soldado, y habló de parte de la milicia como capitan general que era en la guerra y el indio de mas valor y ardides en la guerra. Su cuerpo era de mediana estatura, robusto, moreno de rostro y feroz en su aspecto, arrogante en las acciones y iracundo en el obrar, natural de Angol, noble por su ascendencia y estimado por su lanza, el qual habló de esta manera: "No estimes en poco, o grande Gobernador! el triunfo de oy y el sugetar tantos chilenos sin armas quando muchas armas no han sido poderosas para sugetarlos, ni pienses que el miedo o el temor nos obliga a rendirnos a ti o a tus soldados, que bien saben, como experimentados en la guerra, las vezes que nos hemos encontrado y cómo la fortuna nos ha dado tantas victorias que nos pudieran animar a conseguir otras muchas. El amor a tu persona y el deseo de no derramar tanta sangre nos sugeta con mayor violencia. Con la guerra vive el soldado, con ella adquiere nombre y fama y con el pillage hazienda, y a los que lo somos no nos estubiera mal la guerra, que como tus soldados la han apetecido los nuestros la han deseado, que con ella hemos sido señores de vuestras armas, caballos, petos, espaldares, morriones, espadas anchas, y en vuestras estancias y casas hallábamos los ganados, ovexas, bacas, yeguas, mulas, hierro, plata, ropa; mugeres en las españolas y criados en vuestros soldados y estancieros, hartando en abundancia nuestra codicia y supliendo superabundantemente nuestra pobreza, y si nos sujetábades a vuestra servidumbre, al cabo del año saliamos desquitados, sirviéndonos de los que os captivábamos, y si derramastes mucha sangre nuestra, no es poca la que vuestra vermegea por esos campos. Montones de güesos están por esas quebradas blanquean-

do sin sepultura; calaberas tenemos en abundancia con que beber en nuestras borracheras de gobernadores, capitanes y soldados valientes. Bien lo saben todos y bien lo pueden dezir estas plantas mudas de Quillin cómo se fertilizaron y corrieron sus arroyos sangre de la que derramé en el campo español. Bien puede dezir el Maestro de campo Juan Fernandez Rebolledo, honor de esta guerra, cómo su dicha le libró de mis manos con hartas heridas. Bien a su costa lo experimentó el fuerte de el Nacimiento, que reducido a un estrecho cubo deshize en pabesas sus pabesadas. Experiencia tiene de mi lanza Quinel, pues vió asolada a mi valor y industria su rancheria y bodegas, y quando el campo español, orgulloso, quiso hazer oposicion a mi valentia, teñí en sangre las aguas de el rio de la Laxa. Vocas abren las Cangregeras hasta ahora para publicar mi fama y recebir sedientas la sangre de los españoles que las debia beber degollando mas de ciento. Memorias degé en Chillan, esculpidas en el marmol de sus columnas, quando victorioso di a conocer mi valor a Don Christóval Osorio, y por eternidades dura pendiente en el templo de mi fama el capoton con la cruz roxa que quité al invicto Don Francisco Lazo, mas roxa por la sangre que de sus españoles derramé aquel dia que por la grana que la tiñe. Memorable es la victoria de Piculue por un Maestro de campo, tantos capitanes y soldados como alli dexé muertos para triunfo de mis glorias, y los demas dexé vivos para pregoneros de mi valor. Dexo otras muchas victorias que amontonadas unas sobre otras de suerte me lebantaron que me quise alzar con ese estrellado cielo. No he referido mis hazañas por jactancia propia sino por sublimar tu victoria, o gran Marques! pues oy tienes rendidos a tus pies los que conmigo han hecho tan gallarda oposicion a los españoles: con que puedes lebantarte sobre las estrellas, pues tantas victorias me colocaron en ellas y tú te levantas sobre todas. Vivas en los ecos de la fama, en la eternidad de los bronces y en la perpetuidad de los marmoles, pues venciste con tu amor y agasaxos a los que alcanzaron tantas victorias con las armas."

Aviendo razonado de parte de los nuevos amigos que daban la paz los dos caciques, Liencura y Butapichon, uno de parte de los caciques republicanos y otro de parte de los generales, capitanes y soldados guerreros, que son las dos partes de que se compone este cuerpo, se lebantaron otros dos de parte de nuestros amigos antiguos a responderles con la misma elocuencia y no menor arrogancia. El uno fué el anciano cacique y toqui general de San Christóval, Llancagueno, fiel amigo de los españoles y gran republicano, que respondió a los caciques y los exortó a perseverar en la amistad de los españoles, ponderándoles con elegantes palabras quán bien les estaba y quán hallados estaban él y los suyos con su amistad, y quán bien les iba con su trato y comunicacion, especialmente gozando de el bien de ser christianos y tener padres que les doctrinassen y baptizassen sus hixos. El segundo que habló de parte de los capitanes y soldados amigos fué el valeroso general Catumalo, indio semexante en el talle a Butapichon, y con barba los dos, entre tanta multitud que estaban sin ellas, porque solos por valientes las trahian, pero superior sin duda Catumalo a Butapichon en las trazas y ardides de guerra y que en los hechos y victorias le hazia ventaxas. Y assi, respondiendo al arrogante razonamiento de Butapichon, le refirió las victorias que de él y de los suyos avian alcanzado los españoles por sus trazas y con su ayuda; cómo los avia echado de sus

tierras, retirándolos a las agenas, hasta la Imperial, reduciéndolos a hambre y desnudez, a esclavitud perpetua, y puéstolos en tanto aprieto que apenas vian el sol por escondidos en las espesuras de las montañas; que bien sabian que ni aun perros se atrebian a tener porque no les descubriessen con sus ladridos, y que ya no consentian gallos en sus tierras porque por el canto del gallo no conociessen sus guaridas y los sacasen de ellas; que de dormir al agua tenian podridos los vestidos y los pellexos de sus camas, no teniendo seguridad en sus casas, y que aun metidos en los montes no tenian hora de sosiego, porque al menearse con el viento las ojas de los arboles se inquietaban, diziendo: "Catumalo viene con los españoles y a su venida tiemblan estos montes y se menean las ojas de los arboles;" que se acordassen quántas vezes se avian levantado del sueño sobresaltados soñando con él, y que para dar a entender que un perro era bravo y un toro feroz, le llamaban Catumalo. Y que pues se vian tan arrastrados, tan arrinconados y consumidos, estimassen el fabor de el Marques y supiessen conocer, y le agradeciessen a él y a sus soldados que los recibiessen en el numero de los amigos de españoles y estimasen el darles sus tierras, que a fuerza de armas se las avian quitado y echado de ellas, y que gozassen en hora buena de la amenidad de los valles, de la fertilidad de sus campos, de la dulzura de sus fuentes y abundancia de cristales de sus rios. Que mirassen de aqui adelante al sol de lleno, que durmiessen sin sobresalto, que fuessen fieles a su palabra y no usasen de los dobleses y artificios que hasta aqui; que bien se conocian los unos a los otros, y que mirassen no tubiessen en adelante mas que un corazon y una lengua; que bien sabian sus artes y sus mañas, y que eran hombres de dos corazones y de dos lenguas, que con una hablaban entre sí y con otra al español, y siempre discordaba la lengua con lo que sentia el corazon; que si no eran los que debian, ellos los volverian a echar de la tierra, y como cuña de el mismo palo los apretarian de suerte que no volviessen otra vez a semexantes ficciones.

CAPÍTULO VIII.

Propóneles el Marques las capitulaciones de las pazes y pídeles rehenes; dánselas, y sacrifican ovejas con sus acostumbradas ceremonias para jurar la paz. Dan muchos captivos sin rescate, y pasa el Marques a la Imperial y traslada los güesos de el primer Obispo de la Concepcion.

Condiciones de la paz. — Da un buen arbitrio Catumalo al Marques: que den reenes los caciques, porque su natural es mentiroso, y danlos. — Matan ovejas a los güespedes los señores de la tierra y una al Marques.— Significan con el corazon de la ovexa que todos han de ser de un corazon y que han de estar unidos como las ojas de el canelo a su rama. — Reparten el corazon y la ovexa entre todos a pedacitos, y los que alcanzan cualquier pedazo quedan obligados a hazer un cuerpo y ser de un corazon. — Dieron al Marques el corazon para que pasasse de mano en mano, para la union de un corazon. — Entierran los instrumentos de guerra y sobre ellos un canelo, para que la guerra muera y floresca la paz. — Danle camarico al Marques y él les da muchos dones. — Dales vacas el Marques y admiran el verlas matar de un valazo. — Tratan y contratan con gran familiaridad con los españoles. — Danle la paz en Cholchol los caciques de Valdivia, Osorno y la Imperial. — Danle sin paga ciento y siete captivos españoles y indios. — Veese cuanto mas se obraba con la paz que se conseguia con la guerra. — Viste el Marques a los captivos. — Sale de captiverio el capitan Francisco de Almendras. — Confiesa y comulga con muchas lágrimas y cásasse con una muger y dexa las otras. — Dizen misa en la Imperial. — Piden que pueblen en la Imperial y les dé Padres. — Baptizan un hijo de un cacique y es padrino el Marques. — Traslada los güesos del Obispo Don Agustin de Cisneros a la Concepcion.

Satisfecho el Marques y todo el exército del buen ánimo de que daban la paz, y conocido su rendimiento, con aprobacion de los amigos antiguos, con grandes muestras de amor y benevolencia de entrambas partes, les mandó notificar el Marques por medio de el lengua general las condiciones que avian de guardar como fieles vasallos de su Magestad, que son las siguientes: Primera, que todos los caciques e indios retirados han de salir de los montes donde se hazian fuertes y poblar los llanos y los valles donde vivan en vida política y no como salvages en las selvas. La segunda, que todos los caciques han de obligar a todos los indios retirados la tierra adentro a que se vuelvan a sus tierras antiguas de sus padres y antepasados con sus familias y ganados, sin que los pueda detener pariente ni otra comodidad, y los que de sus tierras se quisieren venir a poblar a las de los españoles o indios amigos, se les ha de dexar a su voluntad, con sus mugeres, hixos y haziendas. La tercera, que todos han de tomar las armas contra los rebeldes a las armas de su Magestad, siendo enemigos de sus enemigos, sin reparar en sangre ni en parientes. La cuarta, que los retirados de nuestras tierras a las de el enemigo, se han de reduzir este

año de 41 luego que ubieren cogido sus sementeras. La quinta, que han de ser obligados a entregar todos los captivos, hombres y mugeres, niños y viexos, assi españoles como indios christianos, de los quales, aunque injusto, se obliga el Marques a pagar el rescate de su hazienda. La sesta, que han de admitir predicadores y ministros de el Evangelio para que los prediquen y industrien en el conocimiento de el verdadero Dios. Todo lo qual se ha de cumplir y executar con apercevimiento de que los toquis, caciques e indios nobles ni plebeyos han de reiterar los alzamientos ni retirarse a los enemigos, pena de que serán declarados por traidores y tratados como tales.

Oidas las capitulaciones, se lebantaron todos en pie y digeron que las obedecian y cumplirian al pie de la letra con toda puntualidad, agradeciendo al Marques que les diesse sus tierras y sacerdotes y que los sacasse como a fieras de los montes. Aqui el astuto y prudente Gobernador de las reducciones de Arauco, Catumalo, dixo al Marques y a los nuevos amigos:

"Señor: aunque no debemos tener desconfianza de caciques tan principales y que de su voluntad se ofrezen al servicio de su Magestad y al cumplimiento de lo capitulado, pero perdonadme, caciques y amigos, que como todos somos unos, nos conocemos las mañas y los tratos y somos fáciles en prometer y difíciles en cumplir, y por lo que tenemos de indios, somos inconstantes y dobles de corazon, quanto los españoles son firmes y sinceros en su trato, y por eso fáciles de engañar, porque juzgan que como ellos nunca engañan y tratan verdad, no ay quien los engañe en los conciertos ni quien les mienta, y el trato del indio es tal que siempre lleba la mira a engañar y se rie de el español, porque le cree quanto dize, y para que no vamos con esta espina y este rezelo de que vosotros nos quereis engañar y que hemos sido fáciles en creer, dadnos reenes para el cumplimiento de estas capitulaciones y entregad vuestros hixos o parientes al Marques, que él los tendrá con el agasaxo que aveis experimentado."

Agradeció el Marques el arbitrio y los caciques digeron que con mucho gusto dexarian sus hixos al Marques, que al buen pagador no le duelen prendas, y que a no aver de ser ellos los executores de sus ordenes, ellos se quedaran en reenes por gozar del interes de los fabores y regalos de el Marques, y luego dió Lincopichon a su hixo Cheuquenecul, Chicaguala a su hermano Don Pedro Tangolab, Anganamon de Paicabi dió a su hixo Curimilla. De la Imperial y Tolten dieron a Llancarere y Millapichum, y assi de todas las parcialidades y caciques entregaron reenes muy a satisfaccion, con lo qual fueron a una ramada capaz que estaba prevenida a hazer los juramentos y ceremonias de las pazes, conforme a los ritos y costumbres de los indios, que en semexantes ocasiones los señores de las tierras y los que dan la paz hazen a los forasteros un axasago y ofrecimiento de la cosa mas estimada que tienen, que son las ovexas que llaman de la tierra, mayores dos tantos que las ovexas de Castilla, con un cuello muy largo y cabeza pequeña. Y aunque esta offerta es ceremonia y offerta de unos indios con otros, y nunca offrecen ovexas de la tierra ni se las matan en su presencia a los españoles sino a los indios, todavia en esta ocasion, por salir de lo ordinario, offreció el cacique Antegueno, que era el Señor de aquella tierra donde se hizo el parlamento, una ovexa blanca como la nieve al Marques y puesta en su presencia la dió con un garrote en la cabeza, y cayendo aturdida la sacó con presteza el cora-

zon, y untando con su sangre el canelo, dió al Marques el canelo y el corazon. Y al mismo tiempo mataron otros caciques treinta y dos ovexas, las dos blancas, y se las dieron a los dueños de nuestras provincias, los indios amigos de Arauco y San Christóval. Y en este sacrificio de ovexas quieren dar a entender estos barbaros que assi como mueren aquellas ovexas, assi han de morir y acabarse sus enemistades, y que con el corazon de ellas les dan el suyo para que de alli adelante queden unidos los corazones. Y con su sangre escriben en las ojas de el canelo, que siempre se conservan verdes, la fee que prometen para que siempre se conserve en su verdor, y la union de aquellas ojas con su rama les significa la que todos han de tener de alli adelante, y con ensangrentarlas, que han de ser de una sangre.

Aviendo muerto todas estas ovexas, las llevaron arrastrando para dárselas a los caciques amigos, y juntamente les dieron los corazones palpitando, los quales iban pasando de mano en mano por todos los indios de sus parcialidades y luego los partian en menudos pedazos, y lo mismo hazian de las ovexas para que cada uno tocasse algun pedazo, por pequeño que fuesse, que con eso quedaban obligados quantos alcanzaron algun pedazo de el corazon y del cuerpo de aquella ovexa a hazer un cuerpo y ser de un corazon con los que la offrezieron, para el servicio de Dios y de el Rey, con obligacion tan estrecha, que es como un juramento y una confederacion; y le dizen al que ha recibido un pedazito de aquellos, que llaman Curucul: "hasta la muerte no nos hemos de apartar; y en señal de eso recevisteis ese pedazo de el corazon o de la ovexa." Y desta suerte se convocaban antes para la guerra, y era ley inviolable salir a ella en recibiendo un pedazito; y lo mismo hizieron con el corazon de la ovexa que mataron al Marques, que se le dieron palpitando, que le tomasse en la mano y pasasse a la de el Maestro de campo, Sargento Mayor y los demas capitanes, para que todos fuessen de un corazon con ellos.

Hizieron despues de esto un hoyo y enterraron en él sus flechas, toquis y otros instrumentos de guerra, y lo mismo hizieron los españoles por conformarse con sus ceremonias, que echaron en aquel mismo hoyo, valas, hierros de lanza, dagas y cuerda; y plantando sobre todos estos instrumentos de guerra un ramo de canelo con sus raices, simbolo de la paz, dieron a entender que ya la guerra y los instrumentos de ella quedan enterrados de entrambas partes y que alli se han de pudrir y consumir, y sobre ellos ha de florecer aquel canelo y la paz dar frutos sazonados. Todos estos ritos y ceremonias eran lenguas mudas, que significaban la union y la paz, y las esplicaban ellos con elegancia de palabras y demostraciones de sus afectos; que aunque los tenemos por bárbaros, explican con eminencia sus conceptos.

Acabadas estas ceremonias, presentaron al Marques tanta multitud de aves, corderos, sanchos (1) y frutas de la tierra, que tubo para comer el tiempo que anduvo en campaña y le sobraron muchas aves con que regalar a los amigos. Repartióles liberalmente de las cosas que ellos estiman y no tienen en sus tierras, como chaquiras, listones, añil para teñir azul, y otras cosas; y repartió bacas a los indios por parcialidades para que comiessen el tiempo que alli se detenian, llebándoselas los soldados españoles a sus aloxamientos y matándoselas con tanta destreza que no perdian vala

(1) Probablemente por *chanchos.*

ni avian menester segundo tiro para derribar una baca, cosa que les causaba grande admiracion y les hazia considerar de qué enemigo se libraban, que si de un valaso derribaban un animal tan grande, qué harian con ellos? A los caciques mas principales hizo el Marques un sumptuoso convite, honrándolos con su mesa, y la demas gente se repartió por el quartel, comunicándose unos con otros con grande amor y agasaxo, como si fueran amigos muy antiguos y muy estrechos y nunca ubieran sido enemigos; feriaban unos con otros y vendíansse lo que avian menester, y a estas ventas y trueques llamaban conchabos o conchas; con que ya quedó en proberrio para vender o comprar alguna cosa, el dezir concha, y esa palabra era ya significacion de qualquier trato y contrato. Fueron perdiendo el miedo y vinieron tambien las mugeres a sus conchabos, y muchas trahian sus hixos a que se los baptizassen, y los padres de la Compañia lo hazian dándoles noticia de los misterios de nuestra santa fee.

Retirándose el campo para llegar a Tabon, salió al encuentro al Marques el toqui general de Cholchol, Lemullanca, con otros caciques de la Imperial, Valdivia y Osorno, que es lo último de la tierra, los quales, por no aver alcanzado al aloxamiento de Quillin al trato de las pazes, se las offrezieron en este. Y haziendo las mismas ceremonias y camaricos, mataron ovexas de la tierra y juraron la fee y la lealtad, recibiéndolos el Marques con las mismas muestras de agrado. Quiso pasar a ver la ciudad desierta y destruida de la Imperial, tan célebre en un tiempo, y por no molestar todo el campo escogió mil caballos ligeros, y con ellos, acompañados de los nuevos amigos, entró a ver las ruinas de aquella antigua ciudad, que no poca lástima y lágrimas causó a todos sus memorias; pero enjugólas el gozo de veinte y siete españoles y españolas captivas que los caciques offrezieron al Marques, dándolas libertad sin paga ni rescate, y assi mismo a mas de ochenta indios y indias que avian captivado en las guerras pasadas en nuestras tierras. Que todos causaron otras lágrimas de gozo y de contento por ver que ya se redimian los captivos de tantos años, de valde, no aviéndolos podido redimir antes ni con mucha hazienda, y que se cogian de las pazes tan agradables frutos, como eran la redencion de tantos captivos, de donde inferian todos quánto mas eficaces eran los medios de paz que los de guerra, pues ni con otros muchos años de guerra se ubiera conseguido lo que en un dia se alcanzaba con la paz, sino que antes se fueran multiplicando las calamidades y aumentándose los esclavos; y los que a cierra ojos y sin discurso pedian guerra, quedaban, aunque no querian, convencidos de su ceguedad.

Usó el Marques de grande liberalidad con los captivos y captivas, vistiéndolos a todos mui cumplidamente, porque de el captiverio salian tan desnudos y en carnes, que las españolas se avergonzaban de parecer entre los suyos en hábito de indias y poco decentes. Entre estos captivos salió el Capitan Francisco de Almendras, de quien diximos arriba que aviéndole captivado mozo, de poca edad, se avia aplicado a herrero y ganado mucho con el oficio, que entre ellos es el mas honroso, y adquirido muchas mugeres, viviendo en la ley de los barbaros como ellos; y aunque criado entre infieles, conservó siempre la piedad y el deseo de salir de entre ellos y confesarse, como avia escrito muchas vezes a los padres de la Compañia a la Concepcion, y ahora que halló ocasion oportuna de salir de entre las llamas de Sodoma, salió con mucha de su familia y hixos, dexan-

do otros que ya estaban casados y empa rentados que no le quisieron seguir, y él se confesó y comulgó con grande abundancia de lágrimas, causándolas a los que le vian como hixo pródigo volverse a casa de su padre tan arrepentido de los desperdicios de la vida pasada, la qual mudó de todo punto, casándose a ley de bendicion con una de sus mugeres y dexando las demas, y perseveró hasta la muerte en una vida de mucho recogimiento, oracion y lágrimas, que era hombre muy pio y deseoso de su salvacion.

Llegado a la ciudad de la Imperial, mandó el Marques dezir alli misa en conmemoracion de tantos como avian muerto en ella, y porque el sol era de caniculares y la iglesia era todo ruinas, escogieron una güerta donde avia mucha sombra de manzanos y higueras, que fué de el General Gregorio de Castañeda, persona noble de aquella ciudad y de cuya casa sacaron los christianos para su defensa un santo Christo que heredó su nieta Doña Clara de Loaisa, muger legitima de el Maestro de campo Don Diego Gonzales Montero, que se le dexó a la hora de su muerte como por vínculo de mayorazgo y ahora le trahia consigo y se puso en el altar, volviendo a tomar posesion de su propria casa y triunfando con singular misterio de aquellos barbaros, que admirados de ver solemnizar los divinos oficios despues de tantos años y acordándose los viexos de el tiempo en que gozaban de tanto bien, pidieron al Gobernador que volviesse a poblar aquella ciudad y les diesse padres de la Compañia que los doctrinassen y enseñassen las cosas de Dios, de que no recibió pequeño contento por ver sus buenos deseos, y por no apresurar la accion les dió buenas esperanzas de que en assentándose las cosas y volviéndose todos a poblar sus tierras les daria padres que los doctrinassen. Y como hiziessen instancia porque les baptizassen sus hixos, baptizaron alli los padres de la Compañia muchos niños que sus padres trahian deseosos de que fuessen christianos, con la esperanza de que presto volverian a aquella tierra a doctrinarlos y instruirlos en los misterios de nuestra santa fee.

El primero que se baptizó fué un hixo de el cacique Caniupalun, nieto de Francisco Gris, captivo, que tenia veinte y cinco hijos abidos en la brutalidad de muchas mugeres que al uso de los barbaros tenia. De este infante fué padrino el Marques por honrar al cacique, que estaba casado con hixa de este español, y por afficionar a los indios al baptismo, y luego trató de que se buscasen los güesos del Illustrissimo Obispo de la Imperial Don Agustin de Cisneros, de buena memoria, para trasladarlos a la Concepcion, donde estaba su iglesia. Y aunque al principio estubieron confusos y sin noticia del lugar donde estaban, salieron de esta confusion porque dió noticia de el sitio el dicho Francisco Gris, vecino que avia sido de aquella ciudad; y apartando las ruinas dieron con la caxa en que estaban sus venerables güesos, que, trasladados como los de Joseph, se llebaron a tierra de christianos, y reciviéndolos el Ilustrisimo Obispo Don Diego Zambrano de Villalobos con su clerecia, los colocó con la debida decencia en lugar debido a su santidad y grandeza.

Volvió el Marques a donde avia dexado aloxado el campo, acompañado de los caciques, que no sabian apartarse un punto de su lado, y halló cuarenta y cuatro caciques con otra gran suma de caciques que de nuevo le avian venido a dar la paz y por venir de lexos no avian podido alcanzar al parlamento general de Quillin. Reciviólos con el amor y buenos oficios que a los demas, y hechos sus parlamentos,

semexantes a los arriba referidos, el cacique Paillaliguay hizo su razonamiento por todos y mataron diez ovexas de la tierra con las mismas ceremonias que los otros, y con esto se volvió el Marques a la Concepcion alegre y victorioso, donde fué bien recevido y festexado con indecibles aplausos y agradecimientos, y entrando triunfante con los captivos que avia rescatado, en la iglesia se cantó un *Te Deum laudamus* y offreció a Dios sus triunfos, reconociendo que eran suyas todas sus victorias, haziendo en todo el Reyno muchas acciones de gracias a su Divina Magestad y suplicándole llebasse adelante una obra de tanta gloria suya, de tanta importancia para la salvacion de los infieles y de tanto bien para todo el Reyno.

CAPÍTULO IX.

Vaxa el Marques a Santiago a imbernar y vienen a poblar sus tierras los indios que dieron la paz.

Vaxa el Gobernador a Santiago a conferir las pazes con la Audiencia. — Muda el Maestro de campo Alfonso de Villanueva el fuerte de Lebo a la voca de el rio. — Embia al Capitan Catalan que retire de las montañas a los valles a los nuevos amigos. — Viénense muchos a poblarse a sus tierras. — Llenóse toda la costa de indios amigos y gobiérnalos el Capitan Catalan con aceptacion de todos. — Vienen los caciques de la costa a alistar sus soldados y hallan mil y quinientos. — Redúcense a sus tierras los de Puren y vienen los caciques a ver al Sargento mayor. — Despuebla a Angol el Sargento mayor Francisco Rodriguez. — Viénenle a dar la bien venida al Marques a la Concepcion los caciques. — Fuertes y obras que hizo el Marques.

Por ser rigurosos los imbiernos en la Concepcion y no hazerse cosa de consideracion en la campaña ni aver ya guerra que hazer, vaxó el Marques a conferir las pazes con la Real Audiencia, donde fué recevido con las fiestas y aclamaciones que merecian sus triunfos y victorias, sin derramar sangre y en tanto bien de el Reyno. Y entretanto, el Maestro de campo Alfonso de Villanueva Soberal, con orden de el Marques, retiró el fuerte de Lebo a la boca de el rio, porque aviendo un temblor derribado algunas peñas en la boca y entrada de las fragatas, no las dexaba pasar al fuerte por los grandes bancos de arena que se hizieron, y mudando alli la compañia de el fuerte antiguo y haziendo un molino, dexó a los soldados bien acomodados y fortalezidos; y fué necesario este fuerte por ser aquel paso por donde pasaban los nuevos amigos a comunicarnos. Y deseoso de que se viniessen a poblar a sus tierras, conforme a lo capitulado, y que saliessen de sus espesas montañas, embió a Ilicura al Capitan Juan Catalan, acompañado de sus soldados y de el Maestro de campo, de los amigos, Catumalo, de Clentaro, capitan de los indios de Lavapié, y otros, a que los hablassen y obligassen a venirse a poblar, lo qual hizieron luego, dexando sus montañas. Y porque los nuevos amigos que se venian a poblar tenian necesidad de bastimentos y de semillas, les embió lo uno y lo otro en abundancia. Entrando en el valle de Ilicura halló el Capitan Catalan cincuenta caciques con sus familias y soldados que, dexadas las montañas, se avian venido a poblar los valles.

Y assimismo halló que se avia ya venido a sus tierras el cacique Toncogueno, toqui general de Angolmo, y que estaba muy contento y agradecido de verse en ellas con toda su gente. Y assimismo se fueron poblando todas las quebradas de Lincoya, Cayucupil, Tucapel y Molvilla, que con el furor de la guerra estaban despobladas y desiertas por aver echado de ellas a los habitadores, apretándolos y obligándolos a meterse la tierra adentro, a vivir en tierras extrañas por huir de la muerte y de las invasiones de los españoles, a

quienes daban muchas gracias porque les volvian las tierras que les avian ganado a fuerza de armas, y no cabian de contento por verse ya fuera de las montañas sombrias, en sus alegres tierras, gustosos arroyos y agradables fuentes. Y en fin, toda la costa hasta Tirua y Raculgüe se pobló de los indios naturales de aquellas tierras, que todos estaban sugetos a su Magestad y a sus ministros, y principalmente al Capitan Juan Catalan, que era el capitan de los indios amigos de Arauco y los gobernaba con grande aceptacion, y le encargó el Marques el gobierno de los nuevos amigos juntamente porque tenia particular gracia en agasaxar a los indios y tenerlos contentos y grande imperio y señorio sobre ellos.

Como supieron los caciques de la costa, nuevamente reducidos, que el Maestro de campo Alfonso de Villanueva estaba haziendo la poblacion de el fuerte de Lebo en la boca de el rio, vinieron acompañando al Capitan Juan Catalan y a Catumalo para ofrezerse al Maestro de campo y que les ocupasse en qualquiera cosa que se offreciesse del servicio de el Rey, como era aquella de la poblacion de aquel fuerte, y que los alistasse por soldados como a los demas amigos y los tratasse como a tales. Vinieron hasta cuatrocientos indios de suerte, muchos de ellos caciques, toquis generales y capitanes, que trageron listas de sus indios soldados que ya se avian venido a poblar con sus familias, y se numeraron mil y quinientos indios de lanza; y los caciques mas principales que en esta ocasion alistaron su gente, fueron: Toncoguenu, de Angolmo; Anganamon, de Paicabi; Colugueno, de Tucapel; Millañancu, de Cayucupil; Llancapel, de Lincoya, y los caciques del Salado y el Sargento Mayor Llancalupi, de la cienega invencible de Puren, hixo del anciano Lincopichon, toqui general de aquella tierra, que tanto procuró las pazes en tiempo de el Gobernador Don Luis Fernandez de Córdova, como se dixo en su gobierno. Y aviéndo los regalado el Maestro de campo y dado algunos dones de paño, tafetan y otras cosas que el Marques avia embiado para el gasto de los indios y para su agasaxo, los despidió contentos.

Por la parte de la cordillera Cuyunches y Purenes, avia embiado el Marques al Capitan Marcos Chabari, Juan Vasquez y Pedro de Soto, que como personas que avian vivido entre ellos captivos, los agasaxassen y ayudassen para que viniessen a poblarse en sus tierras, y con el agrado con que hablaban a los indios y la familiaridad que con ellos tenian, obraron mucho y hizieron señalados servicios a su Magestad, porque deseaban grandemente la paz de los indios, y en orden a esto no perdonaron a trabaxo ni diligencia, y en acabando de reducirlos fueron al tercio de Yumbel a dar cuenta de cómo ya estaban poblados donde se les avia mandado y muy gozosos de verse en sus proprias tierras. Fueron los principales caciques Curinamon, gran soldado, de muchos alientos, muy vivo y despexado, que vestido a lo español y con su espada ancha representaba bien su valentia y nobleza, porque era hixo de Loncotai, el mayor cacique de Puren; acompañábanle Marinaguel, que significa Diez tigres, y otros, donde ya era Sargento Mayor Francisco Rodriguez de el Manzano, soldado antiguo y bien afortunado y muy aquerenciador de los indios, el qual los recibió con mucho amor y los regaló con liberalidad. Estaba haziendo por orden de el Marques la poblacion de aquel tercio con titulo de Nuestra Señora de los Remedios, donde retiró el tercio de Angol por conveniencias que ubo, dexando en Angol un fuerte de ochenta soldados a

cargo de el Capitan Pedro Vique. Reciviólos con salva y acompañamiento de la caballeria, y dándole razon de cómo ya se venian en tropas muchos caciques con sus familias a poblar a nuestras tierras, embió al Capitan Pedro de Soto, que lo era de naciones, a 22 de Noviembre de 1641, que les saliesse al camino y los acariciasse y aloxasse en sus proprias tierras. Y assi se poblaron el grande Butapichon y Llancarere con sus familias en las tierras de Molchen y Liencura, dos leguas de Angol.

Los cuidados de la Concepcion hizieron volver presto al Marques de Santiago y luego le vinieron a ver a la Concepcion sus grandes amigos y faborecidos, Lincopichon, Liencura, Antegueno y Butapichon, dándole la bienvenida y las buenas nuevas de cómo ya estaba toda la tierra poblada de los nuevos amigos, como lo avia mandado en las capitulaciones de la paz. Agasaxólos con sus acostumbradas caricias y dió el baston de capitan de los indios de Puren a Curinamon, que estaba quexoso y celoso de que a Llancapel se le ubiesse dado el de Sargento Mayor y dexádole a él, que le excedia en valor y arte militar: con que quedó contento. Trató luego el Marques de hazer algunos fuertes necesarios para el abrigo de los nuevos amigos que se avian venido debaxo de las armas de los españoles, y hizo un fuerte en Santa Juana y otro en Santa Fe, con sus iglesias donde se doctrinasen los indios, faturias y lo necesario; hizo cubrir de texa el fuerte de Talcamavida que estaba de paxa y lo mismo hizo en el Nacimiento. Reedificó de nuevo a San Rosendo y parte de la estancia de el Rey. Hizo un fuerte en Paicabi para abrigo de los amigos nuevos de la costa, que llamó Santo Domingo, donde puso al Capitan Juan Catalan con una compañia de soldados escogidos de todas las compañias y dispuso una sementera para el exército por ser las tierras muy fértiles. Avíase perdido una fragata, llebando bastimentos al tercio de Arauco, que dió al trabes el Tubul, y hizo otra y un barco para San Pedro, y otro para el Nacimiento, y otro para la Concepcion, para los avisos que se offreciessen. Compró muchas armas y puso cuidado en que los soldados en la paz viviessen mas vigilantes, y como buen gobernador atendia a todas las necesidades y fortificaciones de el Reyno y a la conservacion de los nuevos amigos, que cada dia le venian a ver y a dar la paz muchos que no se avian podido hallar en Quillin o no avian tenido entonces voluntad, y como ya vian que todos estaban de paz, se humillaban y seguian el comun, y entre otros vinieron los indios de la isla de la Mocha con su cacique Llancagueque, que en nombre de todos se offreció por amigo y obediente vasallo de su Magestad.

CAPITULO X.

Comienzan las revueltas y envidias entre los indios, y acusa Machacan a Lincopichon, Chicaguala y Pichiñancu de que tratan una conjuracion, y la alteracion que causó Pichipil en los indios con sus mentiras.

Encargan los caciques que no se crean facilmente los cuentos.—Húyesele a un indio su muger y yendo a buscarla a Maquegua oye dezir que se quieren alzar Lincopichon y Chicaguala. — Que el demonio perturba las pazes y se vale de embusteros. — Mata Machacan a su hermano y en la prision cuenta lo que oyó en Maquegua.— Embustes de Pichipil para revolver a los nuevos amigos de lo que oyó o inventó. — Que oyó decir a Parra que los querian quemar a todos en una casa de sebo y pólvora.—Que a los soldados los querian echar al Perú y llevarse las mugeres y niños —Que por eso los sacan de las fortalezas de los montes.—Que miren por sí con tiempo, pues incautos lo revelaron. — Ay grande sentimiento y alborótasse toda la tierra. – Echanse a los montes y Butapichon enoxado publica guerra. — Tiémplalos Lientur y vuelve por los españoles. — Dízeles que no se aconsexen porque despues no se arrepientan. — Que no den facilmente crédito, pues digeron al Marques que no le diesse a chismes. — Va a saber lo que pasa a Angol y desengáñase como es mentira. —Va con gente armada Butapichon y registra el fuerte de Angol. — Ve polvo de el campo y entra en mas cuidado. —Sabe que viene a solo aderezar las casas de los indios y vuélvese satisfecho. — Avisa Marillanca al Capitan de Angol de el alboroto que ha causado Pichipil.—Embia el Sargento mayor a Guaiquillanca que los sosiegue. —Habla con Butapichon. — Trátale de poco firme y que estos temores son de mugeres. — Reconócesse Butapichon y van otros caciques a Angol. — Muéstranse firmes los de Santa Fe. — Ay grande alboroto en la Concepcion y llegan caciques a dar cuenta de lo que passa y que no es tanto. — Embia el Marques a Juan Vazques que los quiete. — Van a satisfacer al Marques los caciques de Puren y la costa.—Embia Lincopichon sus mensageros diziendo como él no ha creido nada. — Pide Butapichon perdon y dásele el Marques y que se venga la tierra mas acá. —Házese proceso contra el Comisario Parra y sale honrado y mas acreditado.

Lo principal que pidieron al Marques los nuevos amigos, fué que no diesse oidos a chismes y mentiras, ni se moviesse fácilmente por cuentos, porque conocian el natural de los indios, que son faciles en levantarse testimonios y dar por hecho lo que imaginan, y si se les cree facilmente, no habrá amistad firme ni lealtad en que no pongan dolo. Y ya por invidias, ya por otras particulares pasiones, son faciles en levantar quimeras contra otros, y como en las materias de lealtad qualquiera sospecha se debe temer y qualquiera recelo cautelar, comenzaron las sospechas y los recelos por cuentos ocasionados de los mismos indios, como diré.

Tenia una muger hermosa y de buen parecer el cacique Machacan, de Talcamavida, y aficionado de ella un hermano suyo llamado Melipillan, la traxo a su voluntad y se huyó con ella, sin guardar los fueros de la hermandad y de la naturaleza. Agraviado Machacan, fué a buscarle a las tierras de Chicaguala, donde presumió que se avia ido a faborecer de un tio suyo llamado Relmucao, natural de Talcamavida, que en tiempos pasados se avia ido fugitivo a vivir a Maquegua, tierra de el

enemigo. Disimuló el intento que llebaba de matar al hermano y a la adúltera muger y el intento a que iba, y entre otras averiguaciones de su particular oyó dezir que Lincopichon avia embiado una flecha a Chicaguala y a otros caciques, avisándoles que tuviessen las armas a punto porque esperaba que para un parlamento avian de venir el Sargento Mayor, los capitanes, el comisario Domingo de la Parra, el lengua general Miguel de Ibanzos y los amigos de San Christóval y Talcamavida; y que aquella era buena ocasion para matarlos y alzar la tierra. Cuidadoso con esto, deseaba saber en qué paraba y dixo que despues supo de Negüeñanen, cacique de Maquegua, y de Reuquente y de Cayuleubu, que el Marques avia embiado al Capitan Marcos Chabari, Juan Vasquez y Pedro de Soto, y que por ser pocos no se avian querido ensangrentar en ellos, sino dexarlo para mexor ocasion.

La verdad que esto tubo, Dios lo sabe, porque aunque se puede pensar qualquier traicion de los indios, no tubo esta fundamento ni ocasion ninguna, y si se quisieran levantar, no ubieran desabrigádose de tantos soldados ni dexádolos venir a nuestras fronteras, y conociendo quan bien les estaba la paz y aviéndola deseado y ofrecido desde el gobierno de don Luis Fernandez de Córdova, y mucho antes, desde el Padre Luis de Valdivia, no la avian ahora de quebrantar tan facilmente y sin ocasion; pero como siempre ha avido revolvedores, y el demonio envidioso ha tomado varios instrumentos para perturbar este bien y estorbar la salvacion de estas almas, le tomó ahora este indio por medio para revolverlos, y quizá era de los que no querian pazes, sino el interes de las malocas, y porque volviesse la guerra levantó esta quimera. Finalmente, el indio Machacan supo que su hermano avia parecido en Talcamavida con su muger, y revolviendo halló al traidor hermano y le dió de puñaladas, y embiándole preso a la Concepcion, estando en casa del Vedor general por cárcel, contó estas historias y llebó estos chismes de alzamiento, malquistando a los caciques, y quizá por ganar gracias para que le soltassen de la prision levantó este testimonio a los caciques que acababan de dar la paz con tantas muestras de amor y fidelidad. La misma desconfianza que los españoles tenemos de el trato de los indios, tienen ellos de el nuestro, que siempre se rezelan que los queremos hazer algunos males, oprimirlos en nuestra servidumbre y quitarles las mugeres y los hixos, como lo han experimentado y como de allá traxo Machacan el chisme de rebelion con que puso en cuidado a los españoles.

Llebó de acá otro chisme a los indios nuevamente reducidos un indio llamado Pichipil, sedicioso y embustero, con que los alborotó y puso en gran cuidado, porque este Pichipillan, que significa Diablo pequeño, invidioso como un demonio de los fabores que el Marques hazia a otros indios o porque el demonio le incitaba y le movia a revueltas, sino fué porque oyesse algunas razones mal entendidas que los soldados en sus fogones suelen desfogar contra los indios, y dezir: a estos indios no ay cosa como pegarles fuego a todos o acabarlos y echarlos al Perú, que jamas han de ser buenos si no se consumen, y otras cosas que dizen al ayre y por pasar el tiempo, de que sin duda oyó algo este indio o lo inventó y dixo avérselo oido al comisario Parra, porque huyéndose de nuestras tierras de Rugaico se entró por las de Liencura la tierra adentro y haziendo juntar a los caciques Butapichon, Lebuepillan y otros, les dixo: "Vengo a libertar la patria, a salvar vengo vuestras

vidas y a que abrais los ojos y repareis vuestros daños. Vengo a avisaros, amigos mios, como el comisario Domingo de la Parra, de quien me hize grande amigo y quien sabe todo lo interior de los españoles, me ha revelado sus traiciones y cómo su intento es hazer una entrada con todo el exército y cogernos descuidados y sobre seguro, y quando vamos sin armas a hazerles la venia y ofrecerles camaricos, cogernos a todos y prendernos, y en unas casas que tienen muy grandes para el effecto llenas de sebo y pólvora, pegarnos fuego y convertirnos en ceniza a todos los caciques, y a los mozos y soldados llebarlos al Perú presos en los navios, y que saquen azogue y plata de sus minas, porque allá se les van acabando los indios, y luego cargar con todas las mugeres y niños y llebárselos para su servicio, y assi acabarnos y consumirnos de una vez a todos, para hazerse señores de nuestras tierras y que no aya quien les haga guerra. Todos los alagos de el Marques son fingidos, todos sus dones son anzuelos, y todas sus caricias, cañas de pescar. No veis cómo van haziendo su negocio y haziéndonos la cama para su traicion? Tanta prisa y tanto cuydado por sacarnos de los montes y de nuestras fortalezas, aloxándonos en los valles, ¿a qué se endereza sino a cogernos en escampado y sin defensa para hazer mexor su hecho? Y pues incautos me revelaron el secreto, no logren su mal intento, mirad por vuestras vidas y por vuestra libertad, mugeres y hixos, que la codicia del español es como la fragua que nunca se ve harta y mientras mas se ceba mas crece su llama, y hasta consumirnos no han de parar. El peligro amenaza ya y el riesgo se acerca, porque viene marchando el campo y quando menos penseis estará sobre vosotros el exército de los españoles."

Absortos quedaron los caciques oyendo esta nueva, y como faciles en creer y que lo malo se haze mas persuasible, y los exemplares de algunos agravios que antiguamente avian recevido de los españoles les inclinaban a creer que era assi, trataron luego de prevenirse para el peligro que imaginaban, y assi se volvieron unos a sus antiguas madrigueras de los montes, otros se metieron la tierra adentro, y embiando mensages a los circunvecinos se alborotó toda la tierra y se puso en grande confusion, temiendo, que ya venian sobre ellos los españoles, las atrocidades que Pichipil les avia referido. El furioso y valiente Butapichon, ardiendo en saña, se tiraba las barbas y esforzaba a todos a una sangrienta guerra y a vender las vidas a costa de muchos españoles; mas el prudente Lientur con mas reportacion dixo: "Yo he vivido muchos años entre los españoles y he conocido su trato y sus intentos, y nunca he oido tratar traicion semexante; sí les he oido tratar mucho de la guerra y dar trazas para ella, que todas las comunicaban conmigo, y yo les ayudaba a ellas. Pero traiciones ni querer coger sobre seguro a los indios, jamas se lo oí tratar, porque estiman mucho y azen gran presuncion de no faltar a la palabra de el Rey y al buen trato: no por esto los abono, que todo cabe en su codicia, pero no es bien que nos determinemos luego a nada, que quien presto se determina, presto se arrepiente. Embiemos a ver, a saber lo que ay; y si quereis, yo iré a Angol disimuladamente y me informaré de lo que ay, y conforme eso determinaremos con mas sosiego lo que nos conviene, que la cólera, como ciega, nunca dió buen consexo. Y bien sabeis que lo primero que diximos al Marques fué que no diesse oidos a chismes ni a cuentos y que nos guardasse el

un oido quando le llebassen alguno, que entre nosotros ay muchos envidiosos y embusteros, y nosotros prometimos de hazer lo mismo y no creer facilmente lo que nos digesen, y no será bien que partamos con la primera nueva y demos consexos a los españoles y no los tomemos nosotros."

Pareció a todos bien, y fué Lientur a Angol, halló a los soldados descuydados, habló con el Capitan Pedro Vique y declaróse con él, refiriéndole lo que les avia dicho Pichipil: estrañó el Capitan un embuste tan sin fundamento y díjole que no creyesse semexantes disparates, que la palabra real era mas firme que la tierra y que los españoles no hazian semejantes traiciones; que el Marques los queria y deseaba su bien, su aumento y su descanso mas que el suyo propio; y que se certificasse con ver que ni el campo español marchaba a sus tierras ni aun estaba apercevido para ello, con que se volvió satisfecho. Pero Butapichon, despechado y colerico, no sosegó, y juntando algunos de sus soldados, fué por otro camino a ver si hallaba señas de lo que avia dicho Pichipil; llegó al fuerte de Angol con gran desenfado y altivez y dixo al capitan que queria ver el fuerte: franqueósele todo y registróle, dando muestras de su mohina, por ver si hallaba almacenes de sebo y pólvora, y no vió nada, y aunque el capitan le convidó a comer, ni recivió el agasaxo ni quiso declararse; pero como el capitan estaba en el caso, disimuló, aunque conoció su mohina, por no exasperarle mas. Aloxóse aquella noche en campaña desvelado con el cuydado y el furor, y levantándose muy de mañana vió polvo y que venia el campo, con que se acrecentó su cuidado y se confirmaron sus rezelos. Y fué el casso que aviendo robado el rio la paxa de los ranchos de los nuevos amigos de Santa Fe, el Sargento Mayor Francisco Rodriguez, cuidadoso de su comodidad fué a repararle las casas, y sin duda supo Pichipil de esta salida y assi les dixo que el campo vendria al dia siguiente sobre ellos, siendo assi que no passó de Santa Fe ni se apercibió por otra parte, como lo vió por sus ojos Butapichon, que estaba hecho un Argos para ver a donde marchaba el campo, el qual, viendo que no pasaba de Santa Fe ni salia a otro intento que a ayudar a hazer las casas a los nuevos amigos, se volvió desengañado a los suyos; pero otros pasaron voz de que venia el campo y se echaron al monte, y todo era turbacion, voces y confusion, y pasando la voz a Puren ubo el mismo alboroto y los purenes fueron a Repocura a dar parte a Curinamon y Mariñao, los quales los sosegaron y digeron que no creyessen cuentos.

Avisó Marillanca al fuerte de Angol, al Capitan Pedro Vique, de la alteracion y mal que avia causado Pichipil con sus mentiras y el aver salido el campo en aquella ocasion, y el capitan Pedro Vique avisó al Sargento Mayor que estaba mui descuidado reparando los ranchos de los indios. Y para quietar a los nuevos amigos embió a Guaiquillanca, indio práctico de la tierra adentro, que niño le captivaron y dándole libertad avia sido fiel amigo en San Christóval. Llegó a Rugaico y halló las casas solas, la gente en el monte, los fuegos acabados de hazer y todas las alaxas en los ranchos y echó de ver cómo de temor todos se avian escondido. Pasó a Molchen y con poca diligencia encontró con Butapichon y su hermano Millatureo, Leon de oro, con sus lanzas y muy demudados. Paróse Guaiquillanca y clavó su lanza en el suelo, y hablando con Butapichon, le dixo: "Qué es esto, Butapichon? Quando entendí que eras un arbol con ou-

das raices, robusto y valiente, que ningun viento le mueve, hallo que como una caña seca al menor soplo andas meneándote de una parte a otra, y a los embustes de un Pichipil, indio valadi y embustero, te has ausentado de tus tierras y consentido que todos se echen al monte, llevándote tras ti la gente vulgar? Estos temores son de mugeres: que ellas se alteren y huyan no me admiro; pero que los hombres de tanto peso como tú, tan fácilmente se muevan, eso culpo. No son los españoles como los indios, que nosotros somos faciles, mudables y inconstantes; pero ellos de mucho peso, de gran constancia, y la firmeza de su palabra quando empeñan la de el Rey mas firme que el firmamento, y antes se volverá el cielo lo de arriba abaxo y los rios correrán házia a su nacimiento que el Marques falte a lo prometido."

Llegó Marillanca a tiempo que oyó todo el razonamiento del mensaxero y como hombre prudente aprobó quanto dixo, y Butapichon echó la culpa a Pichipil, y conociendo que se avia movido de ligero y dexádose llevar del furor, le rogó que le excusasse con el Sargento mayor y el Capitan Vique. Y volviéndose Guaiquillanca, le acompañaron los caciques Marillanca, Ulillanca, Pilquiante y Curipil, fieles amigos, los quales, al ruido de Pichipil, en lugar de irse al monte con los demas, se fueron a favorecer de los españoles al fuerte de Angol.

Avisó el Capitan Vique al Sargento Mayor de todas las revueltas de Pichipil y envióle los caciques que de la tierra adentro avian venido, y juntando a los nuevos amigos reducidos en Santa Fe dióles parte de lo que pasaba y de la libiandad de Butapichon, a lo qual respondieron que ellos se avian venido con mucho gusto de paz debaxo de las armas de los españoles y no dependian de Butapichon; que si él se alzaba, ahi estaban ellos que le harian la guerra. Pasó la nueva al Marques y la voz a la Concepcion con tales ecos y sonidos, que ya los hazian rebelados, ya caminando con una junta a nuestras tierras, ya maloqueando las estancias. Unos los condenaban de traidores, otros de faciles y todos de inconstantes. En este tiempo llegaron a la Concepcion Ulillanca y Marillanca con otros caciques de la tierra adentro, diciendo que no estaba todo perdido como pensaban, ni los indios alzados, ni haziendo junta, sino alborotados y medrosos con los temores que les fué a poner Pichipil, diziéndoles que ya los iban a maloquear y que les tenian casas llenas de polvora y sebo para quemarlos vivos, y que como gente tímida y ignorante se avian sobresaltado y echádose muchos al monte con la primera nueva, pero que ya se avian quietado todos los caciques y conocido que era todo mentira, y que la ida de el campo no avia sido a sus tierras, sino a favorezer a los amigos de Santa Fe.

Determinó el marques que fuese con Marillanca el Capitan Juan Vasquez a sosegarlos, como lo hizo, y los de Puren, pesarosos de averse creido de ligero alguna gente facil, vinieron a satisfacer por sí los caciques mas principales de Paicabi, como fueron: Llancalupi, Curinamon y Mariñao, y pasando a Arauco con otros muchos caciques de Tucapel, pidieron a Catumalo y a Ygaipil que los acompañassen para disculparlos con el Marques, a quien fueron a ver a la Concepcion y le digeron que les avian embiado tres recados, diziéndoles que si no querian verse quemados vivos que se pusiesen con tiempo en cobro; pero que reconociendo quán embusteros son los indios y invidiosos de su proprio bien, cayeron luego en la cuenta y conocieron que era el demonio el que sembraba aquella zizaña y los procuraba pertur-

bar; pero que ellos estaban muy firmes y constantes en lo que una vez avian prometido. Llegaron con esto caciques de Lincopichon, que embió a su hijo Cheuquenecul, y de Antegueno y otros caciques, que entrando en presencia de el Marques con los caciques de Puren y la costa que se hallaron presentes, digeron de parte de los caciques cómo no les avia alterado la nueva falsa de Pichipil ni avian dado entrada en sus tierras a ninguno de los que se quisieron retirar a ellas. Embió tambien Butapichon un hixo suyo con otros, excusando su accion y pidiendo perdon, y viendo la ocasion que avian tenido fueron excusados y perdonados de el Marques benignamente. Pero mandó el Marques a Butapichon que se viniese a Molchen a poblar a Cunilcubu, entre Biobio y la Laxa, por asegurarle. Hízosse informacion a peticion de los caciques de la culpa que el comisario Parra avia tenido en el embuste que le prohixó Pichipil, diziendo que él le habia descubierto este secreto, y cometido al auditor general don Juan del Pozo y Silva, le prendió y examinó, y aunque hizo todas las diligencias posibles no halló contra él cosa alguna, porque es un hombre de mucha verdad, de buena intencion, buen christiano y de mucha estima. Y no ubo mas de que aviéndole dicho el Pichipil que se queria venir entre nuestros amigos porque entre los suyos le querian mal, porque aviendo sido captivo guió una maloca a sus tierras, le dixo Parra que se viniese y que no anduviesse en doblezes, que el marques era para todos muy afable y benigno, pero que si sentia traicion y doblez en alguno le avia de quemar; con que le dieron por libre, que sus servicios, meritos y buen proceder, merecen mucho galardon, y que no se piense de él cosas ninguna en su desdoro, como no se pudo ninguno persuadir a ello por el buen crédito que con todos ha merecido con su honrado proceder.

CAPÍTULO XI.

De la prision de los caciques mas principales que dieron la paz, por cuentos, sospechas y dichos de otros indios de que se querian rebelar. Varios parezeres que hubo sobre el caso y la poca claridad que hubo de su delito.

Año de 1642. — Vieno Butapichon con otros caciques a ver y satisfacer al Marques. — Mándalos detener y prender a Butapichon porque habló con dos indios de Arauco. — Juzgan todos y el Capitan Arenas que no ay causa para prenderle. — Mal consexo que se siguió. — Prenden a los caciques y tómanle la confesion. — No se halla nada contra ellos y confírmaso quan de paz están por traer Catalan 45 captivos sin rescate. — Acusaciones contra los indios nuevas, glosando todas sus acciones. — Creimos tan facilmente como los indíos y caimos en lo que les culpábamos. — Los recelos de todas las acciones de los indios. — Vienen descuidados los mayores caciques a ver al Marques por el affición que le tienen. — Mándalos prender y traher de el Nacimiento divididos. — Házenles la causa y la acusacion y dizen que es todo mentira y hazen gran sentimiento de su prision. — Haze el Marques juntas y todos dizen que los castiguen segun la acusacion. — Consulta el Marques si les quitará la vida y hará la guerra. — Son muchos de parecer que sí, que se les haga la guerra. — Acriminan sus traiciones y mal natural. — El parecer de los doctos fué contrario. — Que se debia esperar mas claridad por no estar suficientemente probado el delito. — Que el miedo les excusa por haber sido tan grave. — Que se les trate en la prision bien, como a gente principal. — Que las demostraciones que han hecho en estas pazes tan singulares es prueba de su inocencia. — Que el hazer la guerra será para hazerlos mas obstinados y para perder el fruto que se va cogiendo. — No se ganó tanto con la guerra como ahora con la paz. — Debemos persuadirnos a que hazemos pazes con gente facil y mudable. — Solo Dios sabe la verdad de su mudanza, que no se prueba, y sin razon evidente no se les puede hazer guerra. — Déseles a entender lo que se dize de ellos para que se corrijan, y esperemos con paciencia que se arraiguen en la fe. — Que no ay que hazer caso de lo que dizen en estando borrachos. — En volviendo en sí no se acuerdan de lo que digeron. — Que no porque matasen a los Padres se les ha de dexar de predicar y procurar su salvacion. — Que se estén presos hasta que se aclare su culpa o su inocencia. — Que no hemos de ser faciles en creer como los indios. — Que los hagamos buenos con el buen tratamiento.

No se contentó Butapichon con embiar su hixo a dar disculpa del sobresalto que avian recevido él y muchos con las mentiras de Pichipil, sino que fué él en persona con otros caciques a la Concepcion a ver al Marques, el cual los hizo detener en la Concepcion, regalándolos mucho en casa de el Vedor general, y aunque andaban sueltos, trahian una y dos postas sobre sí que miraba por ellos al descuido y con cuydado. Salió un dia a la playa Butapichon, y encontrándose con dos indios de Arauco que trahian cada uno un caballo de reata, se hablaron con mucha familiaridad, y los indios se apearon a abrazarle y a conversar con él. Y sospechando la posta mal, dió parte imaginando que se queria huir y que le trahian caballos para el efecto, y por esta sospecha mándale el Marques prender y los soldados llébanle a la guardia, tratándole de traidor y diziéndole algunas razones pessadas. Entró en consexo el Gobernador, y no hallándose delito cierto contra él ni prueba ninguna, mas de una malicia de la posta, le pesó de averle pre-

so y puesto en afrenta, y en el consexo dixo el Capitan Juan Vasquez de Arenas que la prision le parecia sin causa, porque si los indios con quienes habló fueran de su tierra, fuera con fundamento la sospecha de que le trahian caballos para huirse, pero que siendo de tierra tan diferente como Arauco, no avia fundamento ninguno. Y si le trageran caballos no avia de ser tan a lo descubierto, ni el traer aquellos indios caballos de reata era ocasion de sospecha, que qualquiera indio buen soldado los trahe, y el hablarse amigablemente y abrazarse quando se encuentran, y mas con un forastero, es muy ordinario, y que juzgaba que sin fundamento le avian preso; y juzgó bien y con aprobacion de muchos.

Pero añadió: "ya que está hecho el yerro, porque no se vaya y offendido cause algun alboroto, estésse preso y préndase los demas," consexo que todos siguieron, como si un yerro no fuera mexor dorarle que remacharle. Y como si no fuera mas justo al inocente darle por libre y desagraviar al agraviado que agravarle las prisiones mas y acrecentarle la afrenta, y pudiéndole despues de preso acallar con buenos medios y con alguna dádiva, que estos indios fácilmente se satisfacen, le irritaron mas por tratarle como reo, y el que se siente sin culpa concive mayor enoxo y cria un bolcan de ardores en el pecho. Prenden a Reuquante y a los demas caciques, tómanles la confesion, y ellos inocentes dizen que no saben nada, y Butapichon que acaso encontró aquellos dos indios y los saludó y habló por cortesia, y que ni se metió en preguntarles para qué trahian aquellos caballos de reata, por ser ordinario en los indios el traherlos para remudar y no apurar mucho un caballo. Arrimáronles la causa de la fuga al monte y respondieron que la culpa avia tenido Pichipil, que les fué a meter tal miedo y a darles tanta prisa que se pusiessen luego en cobro, que ya venia el campo sobre ellos, que las mugeres, como mas medrosas, mirando por sí, que es derecho natural, se echaron al monte, pero que los hombres cuerdos examinaron la mentira y conociendo que lo era las hizieron volver a sus ranchos y venian a ver al Marques y satisfacerle y a rogarle que castigasse semexantes alborotadores, porque otros no se atrebiessen a causar inquietudes. Dióseles entero credito por entonces, no hallándose contra ellos delito, y confirmáronse en quan firmes estaban en la paz los de la tierra adentro por averle dado al Capitan Juan Catalan en esta ocasion los indios de la Imperial cuarenta y cinco captivos que allá tenian, sin pedirle paga ni rescate por ninguno de ellos, que si estubieran de guerra o la intentaran hazer, no dieran sus captivos, como no los daban quando la hazian y si daban alguno era por muy buen rescate.

Con esto juzgaban los presos que saldrian libres, purgados ya de toda calumnia, pero como es ordinario ser todos contra el caido y rempuxarle para que se acabe de despeñar, assi les aconteció a estos desdichados caciques, que luego ubo contra ellos differentes indios que los acusaron de traidores, atestiguando que avian visto y oido tratar en sus juntas secretas de matar a los españoles, a Lincopichon, Butapichon, Chicagualá, Lebuepillan, Yapilabquen y otros caciques de la cordillera, y que las pazes de Quillin avian sido de cumplimiento y por asegurar a los españoles para coger algun trozo de doscientos o trescientos y degollarlos. Y que lo que mas encargaban a sus soldados, era que se rehiziessen de armas, de caballos, de espadas y cosas de yerro que ellos no tenian, y que para esto estaban confederados con los de Osorno y de Cunco para

juntar sus fuerzas y acabar con los españoles, a quienes aborrecian como a enemigos. Y de alguna palabra que les ubiessen oido a otro intento, alzaban figura y la glossaban a su propósito, y de verlos mirar con curiosidad las cosas y las casas de la Concepcion, que nunca avian visto y las miraban como nuevas, formaban mysterios y sospechas y dezian que no venian sino a espiar. Y estas cosas y otras fueron creciendo y haziéndose tan creibles que lo que nosotros culpábamos en los indios que fácilmente creian y se movian, venimos a cometer por demasiado recelosos, creyendo quanto dezian los indios o embidiosos o noveleros y amigos de congraciarse y de dezir al gusto del que los pregunta.

Y como el imaginativo o celozo todo quanto ve y oye lo tuerze a su proposito y de el que se tiene mal concepto se cree todo lo malo, porque ya es como assentado el hazer muchos cestos quien hizo uno, assi todo se creia de estos y todo quanto hazian se torcia a mal intento. Si se venian a nuestras tierras cumpliendo lo capitulado y lo que se les avia ordenado, dezian que era traicion y que se nos acercaban para armarnos mexor el lazo. Si algunos, por estar allá emparentados, tardaban en venir, dezian que era no querer desabrigarse de las armas y trazar el tiro desde lejos. Si venian a nuestras tierras, que eran espias; si no venian, que tenian mal corazon y no nos podian ver. Si compraban, que iban juntando con que hazernos guerra. Si vendian, que iban haziendo su negocio. Y, en fin, no ponian en parte el pie o la mano que no se clavassen en espinas, donde no imaginassen riesgos y recelassen traicion.

Bien descuidados de lo que les avia de suceder y de las calumnias que contra ellos se iban fabricando, vinieron los caciques de quien se dezian estas cosas y que hazian parlamento, y como vivian descuidados y fiados en su buen proceder, vinieron llanamente a ver al Gobernador los principales fautores de las pazes y las cabezas de toda la tierra, Lincopichon, Chicaguala, Liencura, Reuquante, Marican, Lebuepillan y Abpilabquen, porque avian cobrado tanta affìcion y querencia a los agasajos y afabilidad de el Marques, que sin reparar en caminos venian a verle a la Concepcion, a mostrar el amor que le tenian y darle parte de quan buena estaba toda la tierra y quan gustosos todos con la paz. Y a estos, sus mayores amigos y aficionados, pareciéndole que como mariposa se venian a abrasar a la llama para que su propria affìcion les sirviesse de túmulo, los mandó prender a todos en el Nacimiento, a donde llegaron, y que los tragessen a la Concepcion divididos unos de otros. No se puede facilmente significar el sentimiento de estos caciques que se preciaban de tan fieles y leales, que se procuraban mostrar tan finos, ganando a otros y concitando las voluntades de todos, quando se vieron presos y aerroxados por lo mismo que esperaban ser faborecidos y honrados, y mas quando se les hizo causa y le leyeron las acusaciones, de que hizieron burla y se riyeron, admirándose de que los españoles se moviessen tan de ligero y ubiessen hecho con ellos una demostracion tan fea y afrentosa y diziendo que no se hallaban culpados en cosa ninguna de las que les acusaban, que eran mentiras y invidias de indios.

Hizo el Marques varias juntas y consexos y llamó a ellos a los amigos antiguos de Arauco y Talcamavida, San Christóval y Santa Fe: propuestas las acusaciones, segun ellas todos los condenaban por dignos de muerte y que en materia de fidelidad hasta los pensamientos se avian de

castigar. Y como no ubiesse quien digesse nada contra Antegueno y su hixo, juzgaron que se debian soltar, y assi se hizo, y a los demas caciques los embiaron presos, repartiéndoles en differentes fuertes. A Lincopichon y a su hijo, a Angol, donde estubo con una corma pesadissima (1) con toda su gravedad y sus canas, y a Chicaguala y Lebuepillan, al Nacimiento; a Butapichon y a Reuqueante, a San Christóval; a Liencura, a Buena Esperanza, para que sirviessen a los demas de escarmiento. Y consultando el Marques si los quitaria la vida por lo que de ellos avian depuesto otros indios, se dividió el consexo en varios pareceres, y muchos fueron de parezer que les quitasse la vida y se hiziesse la guerra a sangre y fuego, alegando experiencias de sus traiciones y que nunca daban la paz sino con doblez y dos corazones y esperando la ocasion de un descuido para lograrle en las ocasiones, y que seria bien debilitarlos antes que se rehiziessen de armas y caballos; que ya avian mostrado su mal corazon creyendo a Pichipil, huyéndose a las montañas a fortificarse y convocando a otros, y que presos ya estos, en soltándolos no servirian sino de levantar banderas, lastimados, y hazer gente contra nosotros; que estos son hijos de el rigor, barbaros y inconstantes, y que no guardan fe, y a quien no la guarda no se le debe guardar; y que el Padre Valdivia les trató medios de paz en nombre de su Magestad, muy a proposito para ellos y de mucha utilidad, offreciéndoles sus tierras, y la recivieron fingidamente y mataron tres padres que les fueron a predicar, y lo mismo quieren hazer ahora y para eso los piden, usando de ficciones y no queriendo aprovecharse de la benignidad de su Magestad sino para sus traiciones, y para eso es mexor ganar por la mano y asentársela muy bien antes que ellos hagan de las suyas.

Este fué el parezer de muchos experimentados y ardientes soldados, pero otros de igual calidad y el Reverendo Padre Simon de Ogeda, Provincial de la Compañia de Jesus, el Padre Bartholomé Navarro, persona de gran religion y consexo, el Padre Francisco de Vargas, confesor de el Marques, y otros, que por theologos y esperimentados, llamó el Gobernador a su consexo, digeron que por los indicios tan vehementes estaban bien presos y que no se podia aver hecho otra cosa para averiguar la verdad y certificarse de el delito; pero que pues ellos le negaban y solos eran los acusadores indios siempre sospechosos, siempre tenidos por falsos y invidiosos, y que muchos no hazen un testigo ábil, se debia esperar a mayor certidumbre, y que aviendo ellos dado por disculpa de su fuga y convocacion los miedos que les puso Pichipil con sus mentiras, bastantes a poner miedo y recelo a un hombre muy constante, que los recelos que tenemos nosotros de su inconstancia tienen ellos de nuestra fee, se les debian admitir y no debian ser castigados por esa fuga, pues era de miedo, que el derecho llama *cadens in virum constantem*, y que al mas firme y constante le hiziera vambolear, y que no es mucho que se recelen ellos de nosotros y que den la paz con dos miras y intentos, que son: si nos trataren bien, perseveraremos de paz; si mal, tomaremos las armas. Que el remedio para que perseveren en nuestra fee es guardársela y tratarlos bien; que si no, siempre han de procurar repeler sus males y han de usar del derecho natural que enseña a repeler la fuerza con fuerza y salir al encuentro a sus males. Y llegando el aviso tan vivo de

(1) Corma está empleada aquí por cepo.

que iba el campo a prenderlos y a quemarlos, y viéndole marchar por sus oxos, excusa tienen de su recelo. Que el no recelarse es poca cordura, aunque el alterarse sea poca fidelidad; y esto nos enseña a nosotros a vivir con recelo y con cuidado con las armas y a no descuidarnos por la paz. Y pues los presos son caciques principales y los promotores de las pazes, será justo que se les trate como a gente noble, con toda cortesia, para que purgado el delito, quando vuelvan a sus tierras, no vuelvan agraviados, aunque vuelvan sentidos de la prision, que el sentimiento es natural y no se podrá remediar; pero podráseles templar con darles a entender la ocasion que para ello ha movido. Y aviéndosenos entrado por nuestras puertas y devaxo de la palabra real venido a disculpar su libiandad, han dado a entender que no se ven culpados, que el delito retrahe y acobarda; y las demostraciones que han hecho y van haziendo dan a entender que proceden con buen deseo de la paz, porque aunque otras vezes han dado pazes, nunca han hecho las finezas que ahora, que han sido: dexar las montañas, poblarse en los valles, venirse tantos debaxo de nuestras armas, convenir universalmente todos en la paz y dar tantos captivos sin rescates; cosas son estas que en muchos años no las consiguiéramos con la guerra, y si la guerra vuelve, todo esto se ha de perder y con ello la esperanza de sacar los demas captivos, los amigos que de nuevo se nos han agregado. La guerra será para hazerlos mas obstinados, para perder tantos bienes y frutos como se van cogiendo, para estorvar el bien y la conversion de sus almas y los baptismos de los que están pidiendo y el deseo de su Magestad. No nos víamos tan sobrados de soldados y armas que no tubiésemos por gran conveniencia que ellos nos offreciesen la paz. No nos vimos con tantos buenos sucesos, quando en tiempo de Don Luis Fernandez de Córdova se les dixo que tomassen las armas y afilassen las lanzas, que bien aporreados nos trageron y bien lastimados de desgracias. Las utilidades que quando se admitieron las pazes se reconocieron, todavia están en pié. No se ha ganado tanto con el derramamiento de sangre en setenta o ochenta años como se ha ganado sin ella estos dias. Quando les admitimos la paz, bien sabiamos que haziamos amistades con gente facil, inconstante y que desea lograr un descuido; nosotros tendremos la culpa si le lograren por descuidarnos; y si por faciles y inconstantes nunca les hemos de admitir la paz, es imposibilitar su conquista, su conversion y su reconocimiento a su Rey, porque el natural es imposible quitárselo sino consumiéndolos y en eso no se sirve a Dios ni al Rey, y para averlos de consumir nos hemos de consumir todos los que estamos en el Reyno y otros muchos que despues vendrán; mas facil es moderarles el natural con el buen trato, pues vemos por esperiencia quánto ha obrado el agasaxo en tan poco tiempo y que ha conseguido lo que no han podido acabar en muchos años los rigores.

La verdad de sus tratos dobles y juntas que se les imponen que han hecho para matar a los españoles, que es lo que ha movido a la prision, la sabe Dios, que las pruebas no son tan claras ni tan evidentes como la luz del dia. Y para condenar a uno a muerte o para mover guerra, no bastan razones probables como quiera, sino que son menester que sean evidentes y mas claras que la luz de el dia. Y si de verdad no han tenido trato doble, sin causa les haremos la guerra, y siendo sin causa será injusta y iniqua y los alzaremos quando los deseamos conservar en

paz. A los principios se cura facilmente el mal, y antes que la llaga se encone se le applica con provecho el remedio. Déseles a entender que emos alcanzado a saber sus intentos; sepan que conocemos sus pensamientos, que estamos mas adelante de sus traiciones, que si las han intentado se retraherán; y si no, quedaremos gustosos de no aver procedido a medios rigurosos y a cauterios de fuego no aviendo cancer: ¿y no nos pesará despues de aver cortado el pie y el brazo, pudiéndole aver sanado sin cortarle ni perderle? que las enfermedades se han de curar con paciencia y no con apresuracion, y el que siembra ha de esperar con paciencia a que la semilla se arraige, a que crezca y a que dé fruto.

Ayer sembramos la semilla de la paz: ¿qué mucho que aun no haya echado raizes? esperemos con paciencia a que arraigue y a que crezca y cogeremos el fruto. No son tan barbaros que no conozcan el bien que tienen en la paz, y assi la han solicitado y pedido. Que alguna vez quando están bebiendo y borrachos digan alguna palabra y calientes echen algunas valentias, no ha de ser causa para darlos por traidores, que ellos son de esa calidad, que en estando borrachos dizen mil disparates y en volviendo en sí no se acuerdan de lo que digeron. Bien puede ser que esos indios que les acusan les hayan oido dezir algunos disparates y echar arrogancias y valentias en tales ocasiones, y dichos de indios borrachos no nos han de mover a tenerlos por ellos por traidores y a hazerles la guerra, pues vemos que en volviendo en sí hablan con estima de la paz, y a vozes dizen el bien que les ha hecho el Marques y le publican por padre y desean ser christianos. Y el aver muerto Anganamon a los padres no ha de ser causa para que se les dege de predicar el evangelio, pues entonces ubo la ocasion que se sabe de las mugeres que se le vinieron y no convino dárselas. Y los padres fueron dichosos en morir por irles a predicar y por causa tan gloriosa. Y en la China y en el Japon matan cada dia a los padres y no por eso dexan de entrar con santo zelo una y otra vez a predicarles, y en nuestra España murieron a manos de tiranos todos los primeros compañeros del apostol Santiago y no por eso dexaron otros varones apostolicos de entrar a predicarles, y han hecho con esa santa porfia el fruto que vemos y la mas floreciente christiandad de el orbe de una nacion tan barbara como esta en sus principios.

Sea, pues, la conclusion que se estén presos hasta ver si se aclara mas su delito o su inocencia, y que los dos campos entren en campaña y el señor Gobernador con todas las fuerzas para reconocer quáles son los fieles amigos y si ay algunos que quieran ser enemigos, que la ocasion dará lo que se ha de hazer; que el publicarles luego la guerra, sin evidencia de su traicion, fuera ponerse a peligro de castigar al que no es culpado y ocasion de que padeciessen muchos inocentes, y de que siéndolo, todos los alzemos por nuestra apresuracion quando los debemos conservar, y evitaremos en eso que los indios no nos culpen y digan que somos mas faciles que ellos en creer cuentos y chismes y en movernos de ligero y partir con la primera nueva; que siempre que ay pazes ay estos cuentos y rezelos de unas partes y de otras, y si se abre la puerta a ellos y somos demasiado recelosos, habrá mil inquietudes y desasosiegos, como los tiene un zeloso con su muger, que quanto ve y oye todo le inquieta. Hagámoslos buenos con el buen trato y no faciles en moverse con serlo nosotros,

que assi serán buenos amigos, y los que oy lo son en nuestras fronteras de Arauco y San Christóval comenzaron assi con una amistad dudosa, y con el buen tratamiento se han confirmado y fortalecido en nuestra amistad.

Contentó este parezer a todos, y assi trató el Marques de que se quedassen presos y encargó su buen tratamiento y dispuso lo necesario para la campeada, convocando gente de todas partes para engrosar el exército.

CAPÍTULO XII.

Cómo se conservaron los nuevos amigos de la costa en paz y sin prisiones, aunque hubo entre ellos tambien muchos cuentos, por la astucia y buena maña de el Capitan Catalan; y cómo los de Arauco y Puren hizieron Boquibuyes para conservar la paz.

Los de la costa se conservaron en paz por el buen trato y prudencia del Capitan Catalan.—Tambien habia cuentos y chismes, y Catalan los divertia. — Careaba a los acusadores con los acusados. — Avia mil cuentos y iba donde los indios estaban y averiguaba las mentiras. — Que en viendo y hablando a los indios se descubria la mentira. — Que si dezian algo, confessaban que indios borrachos hablaban con la chicha disparates. — Que cuando tratan los caciques alguna cosa de importancia la tratan antes de beber. — Que todos son unos los indios, y estos de la costa se conservan con haber cuentos. — Los Araucanos para afirmar las pazes se hazen Boquibuyes. — Qué son Boquibuyes y sus ceremonias. — Convidan los de Arauco a los de Puren a hazerse Boquibuyes para afirmar la paz. — Son como sacerdotes y escogen los nobles para esa dignidad. — El recogimiento que tienen y el trage. — Van los Boquibuyes de Arauco a ver a los de Puren. — El recevimiento que se hizieron los unos a los otros. — Cantan a dos coros. — Matan ovexas de la tierra los de Puren a los de Arauco. — Danles los corazones y repártenlos en señal de que tienen un corazon. — Lleban a los güespedes al Convento, donde nadie entra, y alli guardan castidad. — Por fabor dejan entrar al Maestro de campo y yo no entré por haber supersticiones. — Los buenos effectos de las pazes. — Tratan con familiaridad con los españoles. — Haze un parlamento Clentaro a los de Puren. Exhórtalos a la paz y que sean christianos. — Quan mal hizieron en matar a los Padres. — Dízeles bien de los Padres de la Compañia. — Que desde niño le enseñaron a rezar y los trae para que les enseñen. — Reza Clentaro y dízeles que aprendan de el Padre como él, y rezan todos.

En el tiempo que andaban estas revueltas y prisiones entre los indios de la parte de la cordillera y los cuyunches, se conservaban en grande paz y quietud los que se avian venido a poblar a la costa de la mar y estaban en Pilmaiquen, Lincoya, Cayucupil, Paicabi, Tucapel, Angolmo, Elicura, Calcoimo y Relomo, y assimismo los de Puren, que hazian un cuerpo con estos de la costa, porque el Capitan Juan Catalan, que los gobernaba con su prudencia y buen arte, los tenia tan ganados y conformes que hazia de ellos quanto queria y no avia quien se moviesse a cosa que no fuesse de el servicio de el Rey; visitábalos a menudo, animábalos, componia sus diferencias, repartíales las tierras y acallaba a los mal contentos, con que todos venian a estar conformes y gustosos; pero no dexaba de aver cuentos y chismes, que son fruta de esta nacion; mas con sagacidad los oia el Capitan Catalan, y examinando el fondo y mirando las causas de donde procedian, venia a averiguar que eran mentiras y que ellas se caian de maduras, y viendo que eran cuentos los dexaba pasar, dando vado a los chismes, que si se quiere uno meter mucho en sus profundidades le ahogaran sin hallar pie.

Y quando hallaba que el chisme tenia algun viso de verdad los careaba a los acusadores, què este es el mexor modo de

averiguar entre estos indios los pleitos y las acusaciones y el que ellos usan para descubrir la verdad, no nuestras pruebas de testigos, que no las usan ni las aprueban. Y en carcándose se aclaraba la verdad y se deshazian los nublados, y si le dezian que en una provincia hazian junta contra él o en alguna borrachera hablaban y trataban de matarle a él y a sus soldados, no se apresuraba ni lo daba luego por hecho, porque de estos cuentos y avisos tenia cada dia una machina de ellos, y como ya les conocia la flor no les daba credito sino que, para deshazer los nublados y satisfacerse a sí mismo y a los que le llebaban semexantes delaciones, se iba a las provincias acusadas y a las borracheras donde estaban bebiendo, y entrando de repente, quando le salian a recevir con los brazos abiertos, les dezia: "Qué me venis a abrazar si me han dicho que tratais de matarme? Aqui vengo; veamos quién me quiere mal o por qué." Y preguntándole admirados quién se lo avia dicho, les respondia que tenia un Guecubu (como si digera un familiar) que le revelaba los secretos. Y si no avia pasado nada le dezian: "No creas, Capitan, a embusteros ni a invidiosos que no tendremos jamas paz, y pues conoces nuestro natural y que ay muchos que por congraciarse contigo, porque les des algo y los tengas por tus fieles confidentes, te irán con mil mentiras, no los creas, sino óyenos a nosotros, que si ubiere algo te lo diremos claro." Y assi le aconteció muchas vezes, que entrando assi donde estaban bebiendo y diziéndoles que sabia cómo hablaban contra él y contra sus españoles y que los querian matar, le dezian: "No hagas caso, Capitan, de lo que algunos dizen estando borrachos, que a un borracho no le podemos los caciques tapar la voca, y en estando caliente con la chicha dizen disparates y echan valentias, y en durmiendo la zorra, no se acuerdan de lo que digeron quando despiertan. No mata a nadie el indio borracho que dize que hará y acontecerá, y no tratamos los alzamientos con semexante gente, que como conocemos nuestro natural, los caciques, quando hemos de tratar una cosa de importancia, la tratamos antes de beber y muy en juicio. Y assi no hagais, los españoles, caso de dichos indios borrachos, que son dichos que se los lleba el ayre, y no dimos la paz para alzarnos luego ni hemos venido a gozar de el bien que tenemos en nuestras propias tierras donde nacimos para perderle, y mas no dándonos tú ocasion ni tus españoles." Que ordinariamente estos cuentos, que de una y otra parte ay, averiguados bien, no tienen sustancia, y si caen en manos de una persona criminal o espantadiza le inquietarán grandemente y inquietará a los indios. Los mismos eran estos de la costa que los de la cordillera, y estos se conservaban en paz, con muchos mas cuentos, por las diligencias y cordura de el Capitan Catalan, y los de la cordillera eran solo los malos y los aprisionados, siendo todos unos.

Los indios de Arauco y amigos antiguos, viendo las inquietudes que podian causar estos cuentos y deseosos de hacer de su parte alguna diligencia por conservar en nuestra amistad los indios de Puren y de la costa, trazaron de hazer una invencion que solo de tarde en tarde la hazen y es entre ellos un gran sacramento y medio efficaz para conservar las pazes, que es hazer Boquibuyes, que es un genero de saccerdotes, que assi lo explican ellos, los quales tratan de la paz y visten hábito differente, abitan en una montaña que tienen para este proposito que llaman Regue y es como su convento, donde se recogen, y no comunican con sus mugeres el tiempo que alli están, y solo unos muchachos que lla-

man Comallues, que son como sus monazillos o legos, les lleban de comer, y el tiempo que son religiosos no puede ninguno tomar las armas de sus soldados ni aver guerra. Y porque de sus ceremonias, trage y costumbres, traté largo en el libro primero, capitulo septimo, no lo repito aqui: alli lo puede ver el lector, que es gustoso el saber sus ceremonias. Lo que al presente haze para el intento es que los araucanos convidaron a los de Puren, que nunca avian estado de paz sino quando mas veinte y cuatro horas y ahora la avian abrazado con veras, y para que perseverassen en ella algun tiempo y se fuessen afficionando, les digeron que hiziessen Boquibuyes, que ellos tambien los harian, y concertándose eligieron los caciques mas principales de una y otra provincia, que para el officio sacerdotal no admite esta gente personas plebeyas, que con ser barbaros y su sacerdocio de burla y por tiempo, no juzgan por decente que suba a él persona valadi y de pocas obligaciones (advertencia que debian tener los christianos para no levantar al officio sacerdotal del sumo Dios personas tan vaxas y de tan pocas obligaciones como las de algunos que se ordenan).

Estubieron recogidos estos Boquibuyes en sus conventos todo aquel año, los de Puren en el suyo y los de Arauco en el de Arauco, sin salir de él ni quitarse el hábito ni los boñetes colorados que trahen ni para dormir, que es modo de penitencia no quitarse el hábito, o ceremonia suya supersticiosa, y al tiempo que ubo de salir la campeada que el Gobernador tenia apercebida, salieron de su convento los vanos sacerdotes y Boquibuyès de Arauco y fueron marchando con el campo, haziendo comunidad aparte, y quando llegaron a Puren salieron de su convento en comunidad los Boquibuyes de Puren a recevirlos. Y fué de ver el recevimiento, a que me hallé presente por ir por capellan de el exército y misionero de los indios de Arauco, porque se pusieron en orden todos los Boquibuyes de Puren, haziendo una frente vistosa, todos con sus ramos de canelo en las manos, sus vestidos particulares de aquella religion o sacerdocio, cabelleras largas de cochayuyos de la mar, laminas de plata en la frente, y muy graves y mesurados estubieron aguardando a que llegassen los Boquibuyes de Arauco, los quales se pusieron a distancia de treinta pasos, parados y en orden, enfrente los unos de los otros, y sin hablarse palabra comenzó el coro de los Boquibuyes de Arauco a cantar un romance particular y usado solo de los Boquibuyes, y tan singular, que quando ubieron de hazerse los Boquibuyes no avia quien le supiesse, que ya se avia perdido de la memoria, por aver muchos años que con la guerra no avia Boquibuyes, y solo se halló un indio muy viexo que le avia conservado. Acabado de cantar su romance los araucanos, callaron, y cantó el coro de los Boquibuyes de Puren el mismo romance, estando todos los indios y los españoles de el exército mirando una novedad como aquella. Fuéronse acercando con mucha pausa y mesura los de un coro al otro, y luego que se juntaron salieron ocho indios de Puren con ocho ovexas de la tierra y las mataron alli y se las sacrificaron a los Boquibuyes de Arauco en señal de paz y confederacion, y sacando los corazones palpitando, untaron con su sangre los canelos, y partiendo el corazon en pedacitos los repartió cada Boquibui a los de su mando para que quedasen unidos los corazones de los araucanos con los de Puren, con quienes avian guerreado tantos años.

Con esto llebaron los religiosos Boquibuyes de Puren a su convento a los Boqui-

buyes de Arauco para hospedarlos en él y regalarlos: que el tiempo que están encerrados en el convento les trahen de toda la tierra quantos regalos se hallan de pescado, aves y otras cosas, y sus mugeres les embian los guisados, sin entrar dentro muger ninguna, que fuera gran sacrilegio, que aunque sacerdotes vanos guardan castidad todo el tiempo que lo son, y no solo mugeres, ni otros indios ni españoles consienten que entren en su convento por ninguna manera, y en esta ocasion solo al Maestro de campo general de el exército y a mí dieron licencia para entrar dentro, y el Maestro de campo entró, pero yo no quise, por no cooperar ni entremeterme en ceremonias que tienen mucho de supersticion y que en todo son gentilicas, y aunque su fin era bueno de la paz de una provincia con otra y de todas las demas circunvecinas, pero el demonio, que es mona (1) de Dios, les persuade a los gentiles otro modo de sacerdocio y de religion que en algunas cosas se quiere parecer para engañarlos, y en todo se diferencia. El campo se fué a aloxar al valle de Puren y yo con él, y los Boquibuyes se quedaron en el convento todo el tiempo que duró la campeada, de que tratará el capitulo siguiente, mientras los dexamos a los Boquibuyes tratando de las pazes y comiendo y bebiendo y bailando a sus solas, que ese es el exercicio de esta gentil religion.

Los buenos effectos de estas pazes y reconciliacion de los de Arauco y los de Puren se vieron en la voluntad y promptitud con que todos los indios de lanza vinieron a offrecersse al Maestro de campo para irle siguiendo a aquella campeada y en el affecto con que toda la tierra, indios y indias, niños y viexos, se juntaron en el valle a offrezer camaricos de los frutos de la tierra al Maestro de campo y a los españoles, cosa que admiró grandemente por aver sido aquel valle el campo de tantas batallas, enemistades, odios y muertes entre indios y españoles, que ya se trataban con tanta familiaridad como si fuessen hermanos de un vientre. Y estando todos juntos, hombres y mugeres, les hizo un razonamiento el comisario de los indios de Arauco llamado Clentaro, indio de grande estatura, muy afamado en valentia y en ardides de guerra, diziéndoles el gusto que todos tenian de ver que los que eran antes tan enemigos, estubiessen ya tan conformes y unidos y que fuessen firmes en la paz que avian dado, como lo avian sido tantos años en hazer la guerra; y que supiessen que la union de los corazones consistia en la union de las religiones y que lo que el Rey deseaba de ellos era que fuessen christianos, y para eso les embió los años pasados padres de la Compañia y los mataron, quitándose a sí mismos la vida de sus almas, que es lo mas principal. Y que él y los de Arauco estimaban mucho y querian grandemente a los padres de la Compañia, porque no eran como los otros curas antiguos, sino que los trataban bien y con amor y los defendian y amparaban como padres, y no les quitaban ni inquietaban sus mugeres ni sus hijas, y los enseñaban las cosas de Dios y las oraciones en que se contienen los articulos de la fee y mandamientos de Dios. Vosotros temeis estas cosas y os recelais de rezar y oir la palabra divina: no temais, que no son cosas de españoles, que tanto temeis y os causan recelo, sino cosas del cielo; no palabras de hombres, sino de Dios: yo desde niño las aprendí con los padres, y para quitaros

(1) Esta palabra bastante vulgar existe en el orijinal i está empleada por *imitador* o *copista*, condicion que se atribuye a los monos.

el miedo he de rezar aqui en vuestra presencia y dezir las oraciones para que no tengais miedo al padre ni recelo en el rezar. Y persinándose en voz alta y diziendo las oraciones, les dixo: "Oid ahora al padre y rezad con él y agradecedme mucho que os traiga aqui a mi padre y a mi Maestro para que os enseñe a vosotros."

Moviólos de tal suerte Clentaro con estas cosas y quitóles de modo el miedo, que todos rezaron conmigo en voz alta, y les enseñé los misterios de nuestra santa fee y las preguntas del catecismo, a que respondieron con grande gusto y admiracion de los españoles, que no pensaron ver jamas en gente tan rebelde y tan enemiga tales demostraciones de averse reducido de veras a nuestra amistad y tales deseos de recevir la fee; y despues los dieron mayores, haziendo iglesia en su tierra, donde acudian con grande puntualidad a la doctrina christiana y se baptizaron muchos, de que se dirá en otro lugar, y esto baste para el intento presente, que es dar a entender quán de veras recivieron la paz todos los de la costa y los de Puren.

CAPÍTULO XIII.

Sale el Marques con el exército a campaña. Publica la guerra a los indios de la Cordillera y declara por fieles a los de la Imperial y la costa; haze algunas malocas a los que declara por enemigos y ellos no se dan por tales.

Año de 1643. — Salen los campos con el Marques a la campeada y júntanse en Curaupe. — Embia Antegueno un mensage y respóndele el Marques que venga a dar satisfaccion de sí. — Va por el camino haziendo averiguacion y no halla prueba cierta. — Prende a Tinaqueupu y a otros caciques. — Haze consexo el Marques, y unos dizen que haga la guerra y otros que no. — Que no han tomado las armas, que no saben de fidelidad y se nos entran por las puertas. — Vando en que se publica la guerra contra los rebeldes. — Danse por de paz los de la costa. — Trahen camaticos y ovexas que matar y no se lo consienten hasta echar el bando. — Quitan el baston al hijo de Lincopichon y échanle a él y a Tinaqueupu por traidores. — Lloran de sentimiento porque dezian que no tenian culpa. — Agradeze la fidelidad a los que no se conspiraron. — Dízeme el Marques que predique alli a los que den la paz. — Prediquéles y oyéronlo con gusto y pidieron padres. — Hazen instancia porque nos degen en la Imperial a mí y al Padre Vargas. — Dize el Marques a los caciques que nos dexará con ellos y reciven gusto, y mayor nosotros, aunque algunos nos daban el pésame; mas no merecimos tanta dicha. — Pareció al consexo que no quedassen los Padres en la Imperial por averse publicado la guerra. — Sienten los de la Imperial que se publique la guerra por su daño. — Como no tenian abrigo ni montañas, daba al enemigo en ellos en venganza de los españoles. — Matan ovexas de la tierra y no dejan que los de Pubinco maten la suya por comprehendidos. — Matan diez y nueve ovejas con sus ceremonias. — Embia jente el Marques a maloquear a Guilipel. — Retírase el Marques y tala en Pubinco. — Viene Guilipel a ver al Gobernador y dar satisfaccion. — Despídele el Gobernador sin quererle ver. — Prudente determinacion de Guilipel de no hazer guerra. — Buenos consejos a su gente para que no hagan verdad lo que de ellos se dezia. — Quedaron todos temiendo a Guilipel. — Recogió el Marques las reducciones. — Muestran los de Puren su fidelidad quebrando los toquis. — Maloquean a Lincopichon. — Maloca del Sargento mayor a tierras du Lincopichon. — Mensage de Antegueno al Marques que toda la tierra deseaba la paz. — Nuevas que pasaban la tierra adentro.

Para la campeada que avia publicado el Marques iba marchando el Maestro de campo Don Alonso de Figueroa, que poco antes le avia vuelto a elegir para el puesto, y marchaba un lucido exército de caballeria y infanteria española y mas de novecientos amigos, los quinientos de Arauco y los cuatrocientos de Puren y la costa, que salian bien armados y animados a pelear con los que se mostrassen contrarios a las pazes, y por falta de caballos no salieron otros muchos. Quando llegó el Maestro de campo a Curaupe, que era el puesto donde se avian de juntar los dos campos, ya halló alli al Marques aloxado con el campo de Yumbel y los capitanes reformados, y todos se alegraron de ver al Maestro de campo acompañado de tantos indios amigos, repartidos en compañias delante los que de nuevo avian dado la paz, y en la retaguardia los de Arauco. Estando el Marques en este aloxamiento, le vino un mensage del cacique Antegueno el mozo, que embió con Talcalab, indio práctico, suplicándole que mandasse a los soldados no le hiziessen daño a sus se-

menteras; y embióle el Marques a dezir que viniesse en persona a purgarse del delito que se le imputaba de traidor en la fuga y revueltas pasadas, y que si le hallasse sin culpa le perdonaria a él y a sus sementeras, y si le hallaba culpado a él le cortaria la cabeza y a quantas espigas tenian sus sementeras.

Como iba marchando el exército, con el concierto que la ocasion pedia, iban saliendo caciques al camino a dar la bien venida al Marques para mostrar el gusto que tenian de verle en sus tierras, y de camino iba averiguando la traicion de los presos y de otros caciques, hallando la misma variedad de dichos que en la Concepcion avia hallado, y que unos los culpaban y otros dezian que era todo mentira y que no tenian culpa ninguna, sino que todos estaban con buen corazon, como las demostraciones que avian hecho lo confirmaban. Y aviéndole venido a ver y dar la obediencia muchos caciques y entre ellos Tinaqueupu, que era indio de mucha estima y de gran valor, le detuvo a él y a ellos como presos en el campo mientras tomaba resolucion de lo que convenia hazer. Juntó a consexo de guerra a los maestros de campo, capitanes y caciques amigos, y propuesto el caso de las pruebas que avia contra los presos y las provincias de la cordillera, fueron de parezer los mas que se publicasse contra ellos la guerra y que se les maloqueasse sus tierras para castigo y escarmiento de los demas, y que a los que se avian mostrado fieles amigos les hiziesse su Señoria los alagos y caricias que acostumbraba. Otros fueron de parezer que no se hiziesse la guerra, assi por no estar aclarado el delito ni tener la evidencia que era necesaria para una cosa tan grave como era hazer la guerra, como por las razones que se alegaron sobre lo mismo en la Concepcion y se pusieron en el capitulo décimo, y que aunque el delito se probasse, se les debia condonar y usar con ellos de piedad y disimulacion y vivir con cuydado, porque este alzamiento no avia sido como otros en los quales avian tomado las armas, sino que solo se avia quedado el hablarlo, sin saber si lo avian tratado estando borrachos o en su juicio. Y que como a barbaros era necesario darles a entender lo que era la fidelidad y la palabra dada al Rey para en adelante, que como gente ignorante no hazen el peso que nosotros, y assi que pues se nos entraban por las puertas y avia venido el cacique mas principal de la cordillera y el mas valiente, que era Tinaqueupu, que muestras eran de que estaban de buena o arrepentidos de qualquier mal pensamiento. Y que castigar a una gente nueva y que no sabe de fidelidad, pensamientos solos, era mucho rigor.

No prevaleció este parezer, y sabe Dios si era el mexor y el mas ajustado a la conciencia. Pero por entonces pareció mexor el otro de que se rompiesse la guerra, y assi hizo luego el Marques un bando para publicarla contra los rebeldes, que como se quiso mostrar afable con los que eran fieles, quiso tambien mostrarse riguroso contra los rebeldes. Lo que contenia el bando era que daba por rebeldes a los caciques presos y publicaba la guerra contra ellos y sus vasallos y contra los demas rebeldes de la cordillera y sus provincias, que son: Pubinco, Tomuco, Maquegua, Regue y Ilicura, en que habitan el Pichi Antegueno, Lincopichon, Chicagua-la, Abpilabquen y otros, y las tierras de Aliante, Guilipel, Meliregue, Tabul, Alipen, y las tierras del cacique Pailabquen, hasta la Villarica, llamada Mallolabquen, y las de los puelches comprendidos en esta conjuracion, quedando por de paz todas las de la costa, y el cacique Ante-

guenu y su gente, por no aver constado contra ellos culpa alguna, con tal que no admitan en sus tierras a ninguno de los rebeldes ni les den fabor ni ayuda, conforme lo capitulado, y que dentro de tres dias de la publicacion de este bando se les ha de hazer la guerra a fuego y a sangre. Esto fué lo que contenia el bando fecho en el rio de Curaupe año de 1643.

Avia ya concurrido de la Imperial, Tolten y toda la costa gran multitud de caciques y indios, y assi mismo de los de la cordillera, a dar la obediencia al Marques y a hazerle camaricos de aves, corderos y frutas. Y trahian sin esto muchas ovexas de la tierra que matar, y antes de llegar a esta ceremonia y a hazer los parlamentos acostumbrados, se tocaron las caxas y trompetas, y estando juntos, assi españoles como indios, se publicó el bando en que se rompia la guerra y se les dió a entender a los indios en su lengua, mandando a todos los comprehendidos y dados por traidores que saliessen de alli y se fuessen a sus tierras y tomassen las armas. Quitaron el baston a Cheuquenecul, hijo de Lincopichon, que quedó hecho una noche y llorando de pena. Diósele a entender a Tinaqueupu cómo era comprehendido en el bando de enemigo y de traidor y a otros caciques que estaban alli detenidos y que se fuessen de alli como enemigos. Y no es creible el sentimiento que hizieron: yo me hallé alli y vi llorar a Tinaqueupu, con ser indio valiente y duro en la guerra, y assi mismo a los otros caciques, que sentian el ver que dando ellos la paz con tanta voluntad, los desechassen por chismes sin fundamento y los obligassen a que volviessen a tomar las armas que tan de veras avian dexado.

Dió el Gobernador a entender por medio del lengua general a los caciques y indios que avian sido fieles y no se avian conspirado contra los españoles, lo que agradecia su fidelidad y como le assistiria siempre para todas sus necesidades, assistiéndoles con su exército para defenderlos de los rebeldes; que se esforzassen contra ellos y fuesen leales a Dios y al Rey, y diziéndome a mí que les hiziesse un sermon a todos los que de nuevo avian dado la paz, predicándoles el Santo Evangelio, se le hize, dándoles a entender lo que su Magestad deseaba de ellos, que era que fuessen christianos y la obligacion que tenian a recevir la fee de Jesuchristo, pues sola ella nos puede salvar, y assi mismo todos los misterios de nuestra santa fee que debian creer y lo que debian guardar en obediencia de el Dios verdadero, criador de el cielo y tierra, que nos hizo a todos a su imágen y semejanza, para que gozássemos de su bienaventuranza mediante la fee y las buenas obras. Oyéronlo con grande gusto y atencion, y como los indios de Tolten y la Imperial avian sido christianos antiguamente, pidieron con grande instancia al Marques que les diesse padres que los enseñassen los mysterios divinos y los baptizasse sus hijos; que se acordaban con ternura de cuando tenian iglesias, oian missa, rezaban y vivian como christianos, todo lo qual con la guerra se avia borrado, que aun la memoria no avia quedado; solo en los viexos avia algunos rastros. Y pidiéronle que nos dexasse alli en la Imperial al Padre Francisco de Vargas y a mí, prometiendo de trahernos en palmas y franquearnos sus tierras para que predicássemos el Evangelio y de darnos sus hijos para que los enseñássemos y lavássemos sus almas con el agua de el santo baptismo.

Prometióles el Marques, viendo su buen affecto y la instancia con que nos pedian, de dexarnos alli en la Imperial, de que recivieron grande gusto los caciques, y el

padre y yo mucho mayor por hazer ese servicio a nuestro Señor de convertirle aquellas almas y procurar sacar los captivos que quedaban. Y estando muy contentos, recibiendo parabienes de unos y pésames de otros, que dezian que nos avian de matar luego como a los padres que mataron en Ilicura, cosa que nos daba muy poco cuydado, y de sus pésames no receviamos mas de su buena voluntad, porque no era causa de pesar sino de mucho contento, que quando nos cupiera tan dichosa suerte fuera felicidad muy grande y no pesar, pues morir por causa tan gloriosa es dicha que no la alcanzan todos, sino el que Dios escoge para ella. Finalmente, como el Marques embió cumplidos los tres dias a hazer la guerra y maloquear las tierras de Guilipel, que era indio muy afamado de valiente y el que gobernaba la guerra por su buena suerte y trazas, pareció al consexo de guerra que no era sazon ni tiempo a propósito para que quedássemos los dos padres en la Imperial por tener tan cercano el enemigo y quedar los indios de la cordillera lastimados y maloqueados, con que era forzoso que se avian de vengar en los de la Imperial que quedaban por amigos, y si hallaran alli padres harian con ellos lo mismo que hizo Anganamon en Ilicura, porque quedaba la guerra dentro de casa, como se vió despues, porque Guilipel lastimado maloqueó despues la Imperial y les hizo grandes daños.

Y recelosos de estas guerras intestinas, sintieron en estremo todos los caciques de la Imperial y la costa la publicacion de la guerra contra los de la cordillera, assi porque juzgaban que eran testimonios, cuentos y mentiras a que no debia dar oidos el Gobernador y creer tan facilmente, como se lo digeron, sino vivir con cuydado y prevencion y esperar que se arraigassen en la fee y amistad a vista de su buen agasaxo, como porque les dexaba la guerra dentro de casa y sin defensa de las armas españolas, porque luego se retiraron a sus tercios. Y como ellos se habian salido a vivir a los llanos en cumplimiento de la capitulaciones y la tierra de la Imperial es abierta y sin montaña, los cogian los de la cordillera sin defensa de los montes, que son sus fortalezas, y por amigos de los españoles los avian de acosar y pagar ellos todos los daños y malocas que les hiziessen los españoles, dando en ellos como en los mas cercanos y mas desabrigados, como sucedió que los maloqueó Guilipel sin que los españoles los pudiessen faborezer por estar distantes cuarenta leguas y el enemigo medio dia de camino.

Finalmente, se publicó la guerra con dolor de los que se dieron por enemigos y con sentimiento igual de los amigos, que demas de temer su daño, sentian que por cuentos y chismes se volviesen las cosas a lo que antes. Y aunque con dolor, acabados estos razonamientos hizieron el sacrificio de las ovexas de la tierra que trahian para offrecer a los indios amigos de Arauco y San Cristóval, y llegando los de Pubinco con su ovexa a quererla matar, les mandaron que se fuessen con ella, sin quererla recevir los amigos por dezir que eran de los comprehendidos; con que avergonzados y tristes los echaron del parlamento, agradeciéndoles el Marques a los amigos esta fineza. Y el cacique Curagueno, amigo, les hizo un razonamiento afeándoles su ingratitud a tantos favores como avian recevido de el Marques y que no conocian el bien que les hazia, y a los nuevos amigos los animó a proseguir con su buen propósito. Mataron diez y nueve ovexas de la tierra con las ceremonias ya dichas en el capitulo pasado, y luego se trató de que el comisario Domingo de la Parra y el Capitan Juan Catalan fuessen a la costa a

retirar a los que aun no se avian venido a sus tierras, conforme a lo capitulado, y hazerlos escolta, y trageron seiscientas almas; y se trató de que diessen los captivos que todavia quedaban, de que trageron diez y nueve.

Aloxóse el campo en Curalaba, y los indios amigos, para que el Gobernador viesse su lealtad y que se volvian contra los de su nacion que se avian rebelado y sido ingratos a sus beneficios, le pidieron licencia para irlos a maloquear, y el Marques, cumplidos los tres dias, trató luego de eso y les dió al teniente Diego Montero con algunos arcabuzeros, con quienes salieron quinientos amigos deseosos de nombrarse y dar a entender que eran finos amigos, pues se volvian contra los de su sangre. Fueron a las tierras de Guilipel a castigarle, y como él era tan valiente y animoso se resistió valientemente a los acometimientos de los nuestros y peleó como un Cid; matáronle dos soldados y cogiéronle tres vivos y una muger y tres criaturas, y él hirió a ocho de los nuestros, y por estar tan bien fortificado con tres estacadas no le pudieron hazer mas daño, con que se volvió nuestra gente, aviéndose nombrado los de Puren y los demas amigos nuevos de Santa Fe para hacer ostentacion de su lealtad.

Hallóse el Gobernador con mas de seiscientos amigos y que se le avian venido muchos captivos y mas de otros cuatrocientos amigos que tenia en las fronteras, y cuidadoso de que Guilipel, que era indio muy afamado y valeroso, no diesse en ellos offendido de la maloca, y mas cuidadoso de que mientras el exército estaba en campaña fuese a infestar nuestras fronteras con el seguro, trató de retirarse, y de camino hizo cortar las comidas de Pubinco y Glol y que les quemassen las casas a los rebeldes y les matassen todos sus ganados, porque la gente se avia echado al monte viendo encaminar el exército a sus tierras. Despidió a los caciques de la Imperial y a todos los demas amigos fieles, repartiéndoles algunos dones y dándoles consexos saludables y prudentes para que perseverassen en la paz.

A la retirada vino Guilipel con diez indios sin armas a hablar al Marques y dar razon de sí y cómo él era fiel amigo y no avia hecho ni dicho cosa ninguna para que le ubiesse tratado como a enemigo y embiádole a maloquear, y que se avia defendido porque la defensa es permitida y no se avia de dexar matar, y que él estaba con deseo de servirle y de ser amigo y lo era, y entendiendo que algunos malos informes o invidiosos le avian querido descomponer quando él estaba mas quieto y mas deseoso de la paz, venia a dar su satisfaccion y a volver por su buen nombre. Avisaron las postas al Marques de su llegada y de cómo pedia licencia para entrar a hablarle, y el Marques, enoxado, no le quiso ver ni dexar entrar a su presencia, antes le embió a dezir que pues era enemigo y le avia intentado matar, que afilasse las armas, que le avia de hazer cruda guerra. Volvióse con este desprecio Guilipel pensativo y avergonzado, y aunque le causó gran despecho y enoxo, pero quanto tenia de valiente tenia de cuerdo y reportado, y volviendo a los suyos les dixo: "No os admireis de lo que el Marques ha hecho con nosotros, que los embustes que le han dicho contra nosotros y los cuentos que le han llebado son tales que no me admiro, que segun a uno le hablan tal corazon le ponen. El está enoxado y ha obrado apresuradamente; pasarásele el enoxo y templará la colera. Desengañarásse con el tiempo y conocerá nuestra inocencia y fidelidad. Yo, aunque mi ofensa y mi enoxo me arrebata el pecho y me

incita a usar de mi furor, no quiero dexarme llebar de él sino templar mi ira y vencer mi saña. No quiero que por mí se abra la guerra; y assi ninguno tome las armas para offender a español ni indio amigo, aunque nos han offendido; ninguno se me desmande a hurtarles caballos ni entrar a infestar sus tierras. Justifiquemos nuestra causa, condonémosles este agravio y perdonémosles esta injuria, que el enoxo ha obrado y no la razon, y el sentimiento y la colera les ha cegado. Dexémoslos volver en sí, que si nos han dado esta ocasion para que nos desbarranquemos y tomemos las armas, tomándolas confirmarán su juicio temerario y dirán los embusteros que nos han levantado este testimonio: "Bien deziamos que estábamos conjurados." No ha de comenzar por nosotros la guerra; comienze por ellos, que el brazo nos queda libre y la mano sana, y siempre soy yo Guilipel para darme a conocer y a temer."

Assi lo hizieron y assi lo observaron como se lo mandó su general Guilipel, sin que nos hiziessen hostilidad ninguna ni saliessen a vengar su agravio, sino que estuvieron esperando a ver si las cosas se quietaban, y en nuestras fronteras todo era soñar en Guilipel y tratar de que entraba a vengar su agravio, ya por esta parte, ya por la otra. Y considerando el Marques, quando llegó al fuerte de Angol, que las reducciones de Rugaico, Angol el viexo y Molchen quedaban expuestas a los golpes y injurias de Guilipel, trató de que se viniessen al abrigo de nuestras armas y se pasassen a aloxar a Santa Fee, y para la execucion embió cuatro compañias de a caballos, que lo executaron con diligencia y los trageron con sus ganados y chusma y los aloxaron entre Biobio y la Laxa. Los de Puren, al retirarse el tercio de Arauco por sus tierras, para mostrar su fidelidad hizieron una grande junta y parlamento y en él quebraron sus toquis de piedra, que son las mas célebres insignias de guerra que antiguamente untaban con sangre de españoles y las sacaban para los alzamientos, dándolas a beber sangre de enemigos, segun ellos significaban en sus ceremonias, y ahora los untaron con la sangre de algunas ovexas de la tierra que mataron a los amigos de Arauco, y luego los enterraron quebrados todos los toquis y pusieron encima un canelo para que arraigasse la paz sobre la guerra.

Contentos estaban los soldados y los amigos de ver publicada la guerra contra los de la cordillera y que ubiesse algunos donde hazerla y no fuesse todo paz, porque el soldado vive con la guerra y con ella estimado y tiene los provechos del pillage, y deseosos de él salieron con el Capitan Juan Catalan, llebando en su compañia los indios araucanos y algunos de los nuevos amigos de la costa, de Paicabi y Puren, y fueron a maloquear a las tierras de el cacique Lincopichon, que antes era el faborecido del Marques y el privado, y ya avia caido de la gracia y estaba preso en Angol. Y aviendo quemado ranchos y talado comidas desde las seis de la mañana hasta la tarde, mataron ocho indios y cogieron cuarenta y cinco esclavos con mucho ganado, y ochenta indios que estaban detenidos y eran de acá de nuestras tierras los retiraron. Cogieron en Coipu dos mensageros de Culatur: llebaron el uno, que se llamaba Antelipe y era indio de cuenta, para matarle a su usanza y provocar con su cabeza a los demas.

Hizo otra entrada el Sargento Mayor Pedro Ramirez Zabala a tierras de Tinaquecupu, desmintiendo caminos, porque sabiendo de su ida se los cerraron con arboles que derribaron. Matóles mucho ganado, cogióles veinte piezas y estubieron dos dias quemando ranchos y talando semen-

teras, y retiraron ciento y cincuenta piezas de indios naturales de nuestras tierras que no se avian retirado. Vinieron a la Concepcion Talcalab y Calliguala. El primero era indio muy práctico, que muchas vezes avia entrado con mensages, y juzgando o recelándose de algun engaño los hizo prender el Marques y examinar a cada uno de por sí, que venian de differentes partes y encontrádose en el camino. Y llegados a examinar aparte, conformaron en todo y se sosegaron los recelos y fueron de mucho gusto al Marques, porque Talcalab vino con mensage de Antegueno y otros muchos caciques pidiéndole licencia para entrarle a ver antes que arreciassen las aguas y pedirle que soltasse a los caciques presos, Chicaguala, Lincopichon y los demas, y se acabassen cuentos y chismes, que no tenian culpa ninguna aquellos caciques, que le amaban y deseaban ser sus amigos, y que si algunos yerros se avian hecho por ignorancia, los perdonasse con su natural nobleza, que toda la tierra queria estar de paz y sentian verle enojado y que sin causa los maloqueasse quando todos querian y amaban la quietud. El otro mensagero, Culliguala, dixo que venia de parte de las mugeres de Chicaguala y de Yabpilabquen a saber si estaban vivos y traherles algo que comer en su prision; que llorosas, no tenian dia de contento por faltarles sus maridos y porque cada dia las llebaban unas nuevas peores que otras, diziéndolas que el Marques los avia desterrado a Lima a las galeras, que los avia ahorcado, que los avia frito en sartenes de pez y de resina, que los avia quemado vivos en hornos encendidos, y assi otras nuevas con que affligian a todos y amedrentaban a la gente flaca, y lo mismo confirmó Talcalab. Oyólos el Marques con piedad, y despues de algunos dias los despachó con buenas esperanzas de que les daria a los caciques presos.

CAPÍTULO XIV.

Entran cuatro navios de ingleses por el Estrecho de Magallanes y dan fondo en Chiloé y passan a poblar a Valdivia.

Entran en Chiloé por el Estrecho cuatro navios holandeses. — Echan las velas y jarcia en tierra y pícanselа los españoles. — Echa el ingles emboscadas y coge un indio. — Cógeles el Alferez Melo un ingles y mata a dos en otra emboscada, y cogen lengua de todo. — Toman lengua de todo y llaman a consejo los ingleses. — Salta el ingles en la playa de Carelmapu y marcha con 200 mosqueteros. — No quiso el General Herrera tomar consexo fiado en su ánimo. — Sale con los suyos a la deshilada y el ingles le mata de la primera rociada algunos y desvarata a los demas. — Matan los ingleses al General Andres de Herrera y a otros. — Quedan por señores de el campo y alóxanse en la iglesia y hazen muchos sacrilegios. — Cogen lengua de un español y van a la ciudad de Castro. — Eligen por Gobernador a Don Fernando de Alvarado, que recogió la gente y se fué con toda ella a la ciudad de Castro. — Dispuso centinelas y habló a los indios de Calbuco, que siempre han sido fieles. — Va el ingles a la ciudad de Castro con 300 soldados. — El general Don Fernando de Alvarado, por tener poca gente, no le acomete y está a la mira. — Desafíalos el ingles y pone un rótulo en la pared de la Iglesia. — Victorean a Inglaterra. — Emborráchanse y pudiendo dar en ellos borrachos, no lo hizo el General. — Maloquean las islas y llévanse muchos ganados.—Cogen una española viexa y examínanla. —Motexaban de valiente pero mal soldado al General Herrera, y a su sucesor de que ni era valiente ni soldado. — Vanse al Guafo y roban ganados.— Embian de Chiloé un varco para dar aviso.—Pasa por el Guafo con riesgo de dar en manos de el pirata y mayor de las tempestades. — Recive el Marques el aviso y previénese para la defensa. — Que los indios están a la mira para ayudarse de los piratas. — Examen y confesion de el ingles. – De dónde salieron y el viage. — Gente y pertrechos. — Tormentas de el Estrecho. — Abren el pliego y tienen gran sentimiento porque les ordenan que pueblen a Valdivia. — Prosigue la declaracion del ingles. — Da aviso el Marques al Virrey con un barco y embíale el ingles. — Haze otro aviso por tierra.

Estando en estos cuidados de la pacificacion de los indios, sobrevino otro al Marques y a todo el Reyno que no dió poco cuydado, y fué que a los dos de Mayo de 1643 se vieron cuatro velas en Chiloé, y las postas que estubieron con cuydado, siguiéndolas siempre, vieron que eran tres navios grandes y un patache ligero que venia sondando y reconociendo todas las caletas, y como si vinieran a uno de sus puertos se entraron en el puerto que llaman de el Ingles, tres leguas de Carelmapu: hizieron diligencias por coger lengua, y como ya toda la tierra estaba puesta en arma, no hallaron indio ninguno en los ranchos. Aviendo tenido un gran norte, desarbolaron la capitana y echaron en tierra las velas, xarcia y arboles, lo qual, visto por nuestras postas, fueron y trozaron los arboles, picaron la xarcia y velas y deshicieron una barca. Echó el enemigo tres emboscadas, picado de ver que le avian picado las velas y las xarcias, y yendo dos indios nuestros a mudar las centinelas cayó uno en una emboscada de los ingleses y el otro se escapó, y fué ventura que solo él cayesse, porque iba el alferez Luis Gomez Melo con doze arcabuceros a echarles a ellos una emboscada, y con la algazara que hizieron y las voces que dieron al coger el indio, conoció el alferez Melo el peligro y se emboscó con

su gente, hasta que despues, viniendo una lancha a tierra, saltaron en ella tres ingleses, y dándoles el alferez Melo un Santiago, cogió vivo el uno y mató los dos, de quien supieron por mayor, aunque no le pudieron examinar bien por no aver quien supiesse la lengua: que el general se llamaba Enrique Braut; que vinieron con cinco naos, y la una se avia apartado y despues se supo como se avia perdido y era la de mas importancia, porque trahia las municiones y pertrechos para poblar; que trahian cuatrocientos y doze hombres de guerra, doscientos marineros, treinta y cuatro piezas de artilleria, la capitana y las demas a veinte y cuatro, cantidad de pólvora y valas. Con la lengua que cogieron se juntaron los ingleses a consexo y luego se fueron al puerto de Carelmapu, donde entró el Patache con vandera blanca y azul y otra roxa y echando pavesadas.

Hizo señal de batalla, pero nuestra gente y caballeria no les dió lugar a saltar en tierra. Y reconociendo la resistencia que por alli avia, se fueron a la punta que llaman de la Arena, que haze una playa mansa, y alli desembarcó doscientos ingleses (1), arcabuzeros y mosqueteros, y marchando el general con ellos con mucho concierto, echó treinta arcabuzeros que iban rociando la montaña, limpiando el camino y asegurando la marcha. Los nuestros avian sacado toda la hazienda y alaxas que tenian en el fuerte Carelmapu, la comida, vino, ropa y otros generos, y escondídolos en la montaña con toda la chusma de mugeres y niños. Y dándoles los españoles parecer al general Andres de Herrera, gobernador de Chiloé, de que pegasse fuego al fuerte y en emboscadas aguardasse al enemigo, y que pusiesse una pieza de artilleria en un paso que avia forzoso y muy estrecho con que pudiera hazer mucho daño al enemigo, nada de esto hizo, fiado demasiadamente de su valor y engañado de su ánimo. Y aunque el Padre Juan Lopez Ruiz, de la Compañia de Jesus, misionero de aquella provincia, religioso de mucha virtud y experiencia, le procuró reduzir a que usasse de ardid contra la fuerza por ser menores las suyas y porque en muchas ocasiones avian tenido buenos sucesos con este enemigo en emboscadas, no quiso creer a nadie sino a su errada y poco esperimentada valentia, y salió con su poca gente y mal armada, que no llegaban a cuarenta, al encuentro de el enemigo a la deshilada. El ingles venia caminando con buen orden al fuerte y tenia parte de su gente emboscada, y a la primera rociada que dió su mosqueteria mató al Capitan Juan Lopez de Barrotea, que hazia oficio de teniente de Veedor general, al Capitan Don Juan de Albarado, al alferez Carrillo y a otros, y hirieron a algunos, con que la gente española se esparció y puso en huida sin aver hecho effecto ninguno, y los ingleses entraron como señores del campo en el fuerte de Carelmapu, San Antonio de la Rivera, y en la plaza de armas hizieron esquadron y echaron emboscadas al monte donde estaba la ropa y bastimentos, y se encabalgaron en algunos caballos que nos quitaron.

Salió segunda vez el general Andres de Herrera de el monte con su gente a acometer a una emboscada de ingleses y a los que avian subido en los caballos que avian cogido, y diziendo el Capitan Don Pedro Gallegos: "Cinco son no mas los que vienen a caballo por la montaña; demos

(1) El autor sabia demasiado bien que la espedicion de Brower era holandesa, pero entónces era lo mismo decir en la América española ingleses i holandeses. La denominacion mas comprensiva era la de *luteranos*.

en ellos," los acometió con valor el General. Y en esta ocasion le dieron un valaso en la cabeza, de que cayó luego muerto, y fué tal la rociada de los ingleses que estaban emboscados (fuera de los cinco de a caballo, que tambien pelearon con esfuerzo) que mataron y hirieron a muchos de los españoles, y los demas, viéndose sin cabeza y con malas armas, se echaron al monte y se escaparon huyendo, dexando al enemigo por señor de el campo. Hizieron los ingleses cuerpo de guardia en la iglesia, haziendo pedazos como hereges las imagenes y las cruces, y despues la abrazaron con la iglesia de la Compañia de Jesus, que era muy hermosa, toda de tablazon, y assimismo la rancheria de Carelmapu.

Cogieron un español y este les dió noticia de todo y los guió a la ciudad de Castro y a todas las partes donde pudieron hazer daño, que fué la destruccion de la provincia. Por muerte de el General Andres de Herrera, eligieron al general Don Fernando de Alvarado, que luego recogió la gente que andaba descarriada, ambrienta, moxada de las lluvias, asombrada de la desgraciada muerte de el General y de los demas, y passando mil trabaxos por aquellos montes y caminos pantanosos. Y con toda la gente se encaminó a la ciudad de Castro, disponiendo el dexar en Carelmapu y otras partes centinelas que le avisassen de los movimientos de el pirata, y algunos soldados en las bahias para las avenidas de los indios enemigos de las tierras de los aucaes con quienes tenian guerra. Passó por Calbuco, animó a los indios que habitan en aquellas islas que siempre han sido fieles y an ayudado a los españoles contra los enemigos de tierra, los aucaes, y contra los enemigos de mar que alli han aportado. Díxoles que mostrassen en esta ocasion su amor y fidelidad al Rey, y prometieron de hazerlo como tan leales.

El ingles se encaminó a la ciudad de Castro con un navio y dos lanchas, con mas de trescientos soldados, y sabida su venida por los de la ciudad, destecharon las casas y iglesias, por ser las cubiertas de paxa, porque no las abrasasse o se hiziesse fuerte en ellas, y la iglesia de la Compañia de Jesus, que sola era de texa y era preciosa en aquella tierra y abia costado mucho de hazer por ser las llubias tan continuas que no la dexan hazer sino dentro de casa, la destecharon y quitaron toda la texa. Y el General Don Fernando de Albarado, hallándose con poca gente, que aun no tenia ciento de a caballo, estubo a la mira con su gente para si se desmandaba el enemigo; mas ellos con mucho concierto escudriñaron los montes por ver si en ellos avian escondido la hazienda como en Carelmapu que la cogieron toda. Y a los indios y españoles que avian apresado les hazian dar vozes y que llamassen a los vecinos y les dixessen que ya se avian ido, y en lengua portuguesa, latina y castellana los desafiaban, los dezian valdones y preguntaban por las mugeres y les arroxaban algunas gallinas, motexándoles de cobardes y que no eran hombres para pelear con ellos, sino mugeres o gallinas. Saquearon quanto hallaron en la ciudad, profanando las iglesias y haziendo pedazos las cruces y la texa de la Compañia de Jesus, donde dexaron escrito un rótulo en latin, en valdon de los españoles de Chilóé, que dize de esta suerte:

Illustrissimi D. D. Iberi, hauis dubium vestra Fama redundat ad aures vestri Regis, vestrorumque contrariorum; quoniam non sicut Carelmapenses, quorum pars, ut milites mortua est: vos autem fecistis, uti nequam, mortem metuentes fugam dedis-

tis. Y mas abajo: *Dabum hæc inimici vestri olandii,* que vuelto en romanze quiere dezir: "Ilustrissimos señores españoles: no ay duda sino que vuestra fama llegará a los oidos de vuestro Rey y de vuestros enemigos, porque no como los de Carelmapu, que murió parte de ellos como soldados, lo aveis hecho vosotros, sino que aveis andado y lo aveis hecho como infames, huyendo como medrosos de la muerte. Esto escribieron vuestros enemigos los ingleses." Y luego pusieron: "Victor Inglaterra, cola España." Que siempre el enemigo publica con soberbia sus victorias, y no fué esta muy grande siendo ellos tantos y tan bien armados y la gente de Chiloé tan poca y tan mal armada. El General Don Fernando andubo prudente, que no es valentia sino temeridad acometer al enemigo reconociendo con tanto exceso de fuerzas su exército y con tan pocas el suyo.

Pero despues pudo averle dado un albazo, porque con el vino que hallaron en la ciudad se emborracharon todos, y si entonces da en ellos, como se lo aconsexaron algunos, ubiera hecho una gran suerte: que a esta gente en emboscadas se les ha de aguardar y dar el Santiago o quando están borrachos, como lo han hecho en otras partes, particularmente teniendo los nuestros pocas fuerzas como aqui en Chiloé, donde la maña avia de venzer a la fuerza. Retiróse el ingles a la isla de Lacui y saltaron en tierra cuatrocientos hombres y quemaron las casas de los indios, las cruzes, iglesias y imagenes, y alli en Quinchao cogieron mucho ganado de cerda y ovexas de los padres de la Compañia y de otros vecinos. Cogieron una española llamada Doña Luisa Pizarro, de setenta años, a quien hizieron varias preguntas y si sabria el Gobernador de Chile de su venida, a quienes dixo que por tierra le avian avisado. Dixeron que no venian a aquella provincia de Chiloé, que los temporales los avian echado a ella, ni su intencion avia sido de hazerles mal. Que picados de que les picaron las velas y xarcias y de averles hecho pedazos los arboles, avian salido a la venganza y a quemar la provincia. Preguntáronla por Valdivia y quánto distaba la ciudad de el puerto y tambien por la isla de Santa Maria, si avia españoles por la Villarrica, la Concepcion y todos los demas puertos y ciudades de que trahian mapas y muchas noticias. Y haziéndola todo buen agasaxo, la echaron en tierra juntamente con un indio y una india que avian cogido. Y en sus conversaciones, todo era motexar a los españoles de aquella provincia de cobardes y mugeres, y dezir de el General Andres de Errera que avia sido animoso pero mal soldado, y de el que le sucedió que ni animoso ni soldado avia sido, pues no avia salido a pelear con ellos; y si supieran quán poca gente era la que tenia, ellos mismos le escusaran. Quemaron el navio llamado *Santo Domingo* que estaba en aquel puerto y hiziéronse a la vela y fuéronse al Guafo, otro puerto que está cuarenta leguas a varlovento, donde saltaron en tierra y hizieron daño en los ganados. Acabaron alli dos lanchas, con que reconocian todas las islas y caletas, y un viexo español que trahian les daba cuenta de todos los derroteros y hazia mapas de ellos.

Para dar aviso de todo esto que pasaba al Gobernador el Marques de Baydes, aderezó el General Don Fernando Albarado un barco y en una caleta escondida, que no supo de él el enemigo, le echaron falcas (1)

(1) Falcas por cuñas.

y le aprestaron con asistencia y gasto de el Capitan Martin de Uribe, que sirvió a su Magestad con mucha solicitud y empeño en esta diligencia. Aviáronle de lo necesario y salió a cargo de el Capitan Domingo Lorenzo con algunos soldados por la voca de el Guafo, por parecer a todos que por alli se ocultaria mexor de el enemigo. Fué en el barco, para consuelo y ánimo de los soldados, el Padre Domingo Lázaro, de la Compañia de Jesus, mallorquin, grande misionero y que trabaxó mucho en la conversion de los indios; y con ánimo denodado esforzó a todos a emprender un viage tan peligroso por el riesgo de dar en manos de el pirata, y mas arresgado por atrabesar mares tan tempestuosas en un varquillo tan débil y en lo riguroso de el imbierno, que nunca se navegan aquellos mares por semexante tiempo. Y el pirata, temiendo la furia de aquellos mares y el rigor de los temporales, se acogió al abrigo de la cordillera para pasar el imbierno. Llegó el varquillo con bien a la playa de Arauco, y con admiracion por llegar el mes de agosto, tiempo en que no se via por aquellos mares navegar embarcacion ninguna; trahian algunos soldados vonetillos colorados con que los de tierra se alborotaron, juzgando que fuesen enemigos piratas, pero luego se desengañaron viendo saltar en tierra a los españoles y al padre de la Compañia, los quales trahian al ingles que cogieron en Chiloé para que le examinasse el Gobernador con alguno que supiesse su lengua (1).

Recivieron los Padres de Arauco al Padre Domingo Lázaro con increible gusto, assi por ver que venia a traher tan importante aviso como por verle a él y a sus compañeros libres de los peligros de el mar, y luego despachó el Maestro de campo al capitan de el varco y al ingles para que diesse las nuevas de lo que pasaba al Gobernador. Sintió el Marques los trabaxos que le avian sucedido a la provincia de Chiloé, y recelando los que podrian sobrevenir a la Concepcion, mandó luego prevenir lo necesario para su defensa, asistiendo a todo con grande vigilancia. Hizo trincheras, cestones, cortaduras y medias lunas en la playa de la Concepcion, desde el cerrillo verde hasta Andalien, y en la voca del rio hizo un fuertecillo para defender su entrada; encabalgaron las piezas y hizieron planchadas, y avisó a los tercios que estubiessen a punto para acudir a donde la necessidad lo pidiesse y que a los amigos los avisassen para defender, como leales vasallos, sus tierras de el pirata, como en otras ocasiones lo avian hecho, aunque no tubo poco recelo de que ubiesse entre los nuevos amigos y aun entre los antiguos alguna mudanza, que no ay quien no quiera mudar de dueño y probar si se mexora su fortuna con differente nacion; y como saben que los ingleses son nuestros enemigos, si pueden valerse de ellos contra nosotros, no perderán la ocasion como tampoco la pierden de dar en ellos y matarlos, si la hallan, como lo han hecho otras veces y lo hizieron en Lavapié y en la Mocha, que fingiéndose muy amigos de unos ingleses que saltaron en tierra, les hizieron camaricos y los trageron muchos regalos y chicha, con que los emborracharon, y viéndolos borrachos los mataron a todos y hizieron pedazos la lancha.

Luego que a la primera nueva hizo el Marques estas y otras prevenciones, como

(1) En 1870 encontramos en Paris en una libreria de los Malecones un pequeño cuadernito impreso en Lima en el siglo XVII i que contenia la relacion del viaje del padre Lázaro desde Chiloé a Lima, escrita por él mismo. Todo su contenido habria cabido en dos pájinas como la presente; pero el librero pedia 200 francos por el cuaderno como *ejemplar único*.

tan gran soldado, trató de examinar al ingles prisionero para tomar lengua de los designios de el enemigo y despacharle al Virrey de el Perú para que allá se previniesse y embiasse a Chile los socorros necesarios. Estaba en la Concepcion el Padre Francisco de Vargas, de la Compañia de Jesus, confesor de el Marques, flamenco de nacion, gran religioso y muy noticioso de lenguas y práctico en todas materias, y solo él se halló que entendiesse la de el prisionero, que examinado dixo que se llamaba Jodo Calamuerto, que era natural de Enden, en Alemania la vaxa, de la secta luterana, de edad de veinte años, y que avia servido seis años de grumete y marinero al de Orange y venia en un navio llamado *Absterdan*; que avian salido de Absterdan, puerto de Holanda, debaxo de el gobierno de Enrique Braut; que abrá diez meses que salió de el puerto y en mes y medio llegó con otra nao a Pernambuco y de alli con otros capitanes de su cargo vinieron a estas partes con cinco naos, muchos pertrechos para poblar, de palas, achas, azadones, fraguas, carpinteros, [illegible]ones, seiscientos soldados, fuera de oficiales y gente de mar, y que venian con orden de poblar házia estas partes de Chile en el puerto de Valdivia, y en el Estrecho avian pasado recias tormentas: subieron setenta grados, donde tubieron los dias de tres horas y llueve y graniza continuamente, y las borrascas y tempestades son furiosas, y que con una tormenta se dividieron las cinco naves y que trahian orden de juntarse en una isla de Chiloé; que alli dieron fondo en Lacui, donde estubieron diez y ocho dias descansando y abrió el general el pliego en que venia orden que poblasse a Valdivia, lo qual sintieron todos en extremo, porque les avian dicho a la partida que era viage de seis meses y que luego se avian de volver, y fué mayor el sentimiento quando les digeron que trahian tres mil lanzas y alfanges con otras armas para armar a los indios y pelear con los españoles.

Que despues de la capitana llegó a Chiloé su nave, y que la capitana tenia treinta y cuatro piezas de artilleria, las veinte y dos de yerro y las demas de bronce, y las otras naves a veinte y cuatro, y que despues llegaron las otras dos naves, la una llamada *Yagath* y la otra *Dable*, nao de Gelanda, y aviendo tomado todas cuatro naves puerto, echaron gente en tierra para coger lengua y él se avia alargado con otros a beber agua en un rio, y alli salieron unos españoles de emboscada y le cogieron; y que la tierra les avia parecido muy bien y luego embiaron un navio a dar aviso para que les embiassen socorro de gente y comida de el Brasil; que solo sacaron comida para catorce meses, de abas, garbanzos, cezinas y viscochos, y que todos son extrangeros, sacado un portugues marinero que sabe bien su lengua y mal la castellana; que de pesadumbre murió el General Enrique Braut en Lacui y mandó que le llebassen a enterrar a Valdivia para tomar posesion muerto ya que no la avia podido tomar vivo, y en su lugar eligieron por general o almirante (que de este titulo usan ellos) a Elias Erquemans, su sobrino, mozo de poca experiencia pero de muchos brios, el qual venia señalado para la poblacion de Valdivia.

Con estos avisos despachó el Marques un varco al Perú, a cargo de el Capitan Don Alonso de Moxica, y en él al ingles y al Padre Domingo Lázaro, de la Compañia, para que, como testigo de vista y persona de tanta autoridad, informasse al Virrey el Marques de Mansera de el peligro de este Reyno, de los socorros neccsarios y de los daños que amenazaba a todas las Indias esta poblacion de el ene-

migo, que venia a infestarlas y a coger el tesoro que va todos los años a España. Hizo sin esto otro despacho por tierra al Virrey, a quien escribió la Real Audiencia, los Ilustrissimos Obispos y personas de autoridad, y el general Don Tomas Calderon, corregidor de Santiago, le despachó a la ligera; y con su gran zelo de el servicio de su Magestad, con su buena disposicion y actividad, previno toda la gente de guerra, y haziendo compañias tambien de mulatos y de naciones, los armó a todos y animó para la ocasion.

CAPITULO XV.

Tiene el Marques diferentes avisos de la tierra adentro de cómo el ingles pobló en Valdivia y se habia confederado con los indios, y otro aviso en que obligado del hambre se habia ido a piratear al Perú.

Embia el Marques al Alferez Juan Vazques a saber del ingles. — Avisa desde Maquegua como está fortificado en Valdivia el ingles. — Aviso mas particular del cacique Guenchuñanco: que tratan los ingleses de venir junto con los indios a consumir a los españoles. — Pide los presos en pago del aviso. — Que es conveniencia de los españoles dar libertad a los presos. — Danle otros avisos al Marques.—Aviso de el Capitan Almendras de que está el ingles en Valdivia. — Da Manqueante al ingles un papel de el Marques en que le recive por amigo y préndele. — Fingesse su amigo por librarse. — Rescátasse con vacas, carneros y oro, y danle la paz los de Osorno y Cunco. — Traxo de Chiloé el ingles trescientos indios para su ayuda a Valdivia. — Va el Capitan Catalan a coger lengua, es sentido, y trahe solo a Francisco de Almendras, que dió nueva del ingles.— Aviso del fiel amigo Caniutaro: que aguardan ocasion para matar a los ingleses. — Carta del ingles al cacique Manqueante despidiéndose de él. — Dize que se van por la hambre. — Encárgale que mate a los que se han huido a los indios. — Que no se pueden sustentar ni sembrar en Valdivia. — Vanse de Valdivia a piratear y dexan catorce huidos. — Despacha el Marques al Perú. — Da libertad a los caciques presos. — Dexa algunos de los presos para que haya comunicacion y que los suyos no se hagan de parte de el ingles. — Despacha al Perú al Maestro de campo Alfonso de Villanueva.

No perdonaba el Marques a diligencia ninguna por saber los designios de el enemigo, y donde se avia poblado, y juzgando que por tierra se podia saber yendo a Valdivia, offreció una gineta al alferez Juan Vasquez, que avia estado captivo entre los indios y tenia mucha cabida con ellos, y ninguno con mas seguridad y recato podia penetrar toda la tierra de los nuevos amigos y de los enemigos y traher razon de lo que se deseaba. Fué a hazer la diligencia y llegó a Maquegua, donde supo de cierto que el ingles estaba fortificado en Valdivia, y avisó por carta de ello y que pasaban grande hambre y se le huian los soldados a los indios para buscar que comer, y aburridos de verse en aquella poblacion y que los indios estaban a la mira para darles una encamisada en descuidándose. Tambien supo de Gaspar Alvarez, español, que vivia entre los indios en Tolten, como el cacique Guenchuñanco le avia llamado en gran secreto y llebádole al monte a dezirle que negociasse con el Marques que soltasse de la prision a Chicaguala, Lincopichon y los demas caciques, y que los soltasse en abricias de una nueva que le embiaba muy importante, y era que estaban poblados en Valdivia los ingleses y que se avian confederado con todos los indios de Valdivia, Mariquina, Osorno y la Villarica. Que les avian prometido de echar de todo el Reyno de Chile a sus enemigos los españoles, que tantos males y guerras les avian hecho, y que eran mu-

chos los ingleses, muy poderosos y bien armados y venian victoriosos de Chiloé; que avian muerto a muchos españoles y hecho huir a los demas por los montes, quemándoles las casas y robándoles las haziendas y ganados, y que en acabando su poblacion avian de ir a hazer lo mismo a todas las ciudades de los españoles y vengar a los indios, que para eso venian por el amor que los tenian y por la lástima que les causaban los males que les hazian, y que estaban determinados y tenian tratado con los indios de venir por tierra en compañia de los indios a matar a los españoles de Arauco y de Yumbel. Y que ha venido flecha de los caciques de Valdivia a la Imperial, Tolten y otras partes, y a los que de nuevo avian dado la paz, y que todos andaban vacilando y dudosos a que lado se avian de arrimar, a los españoles o a los ingleses que dizen que los vienen a vengar, y que con esto renuevan los indios todos los odios y enemistades antiguas. Y que lo primero que se mandó a todos, so pena de la vida, fué que no diessen cuenta de nada de esto a los españoles para cogerlos descuidados por mar y por tierra con una junta en que avian de ir ingleses con vocas de fuego, y avian de dar tambien muchas a los indios para pelear con ellas.

Todo esto dixo el cacique Guenchuñanco a Gaspar Alvarez, añadiéndole: "este secreto te he descubierto para que se lo escribas al Marques y para que conozca mi fidelidad y el amor que le tengo, y fio de el Marques que en pago de este aviso me dará los presos que le pido, y dile tambien que en su negocio hará en soltarlos para tener contentos y de su parte a los indios, porque teniéndolos disgustados por la prision de sus caciques, es cierto que se han de hazer de parte de el ingles, que ninguno pelea por quien le tiene offendido, ni defiende a quien no ama." Este aviso tan importante que dió este fiel cacique le llebó a la Concepcion Don Pedro Tagolab, hermano de Chicaguala, y escribieron al alferez Juan Vasquez y Gaspar Alvarez al Marques lo que importaba dar aquellos presos para tener ganada la voluntad de los nuevos amigos, porque Guilipel y Tinaqueupu, con las malocas que les avian hecho, estaban juntando gente para la venganza y amenazando al fiel amigo Quelvilemo, cacique de Cholchol, y la Imperial y a los españoles, y con la nueva de que tenian en su ayuda las armas inglesas, se prometian grandes victorias y que avian de echar de toda la tierra a los españoles. Y assi que su Señoria despachasse con brevedad aquel mensagero, que de detener a los que iban con mensages, se seguian grandes daños para los avisos que le podian dar y para la comunicacion, porque temerosos de que los detenian, ninguno queria ir.

Al mismo tiempo le llegó al Marques otra carta de Francisco de Almendras, que por conveniencias le avia mandado que se quedasse entre los indios en la Imperial, el qual avisó cómo avian llegado a Valdivia cuatro navios y los dos se avian quedado en el puerto por ser muy grandes y los otros dos subido a la ciudad rio arriba, y que el cacique Manqueante, Toqui general de la Mariquina, juzgando que eran navios de españoles, avia ido con una canoa cargada de fruta para llebarles algun refresco y dádosela al general, y para que supiesse como él estaba de paz le avia dado un papel que le dió quando ofreció la paz en que le recevia por su amigo y mandaba que todos le respetassen y tubiessen por tal, como a fiel vasallo de su Magestad, y que el General se avia indignado de ver este papel y que se blasonasse en su presencia por amigo de los españoles sus

enemigos y le avia mandado prender. Y que reconociendo Manqueante que no eran españoles, cómo avia pensado, sino ingleses (a quienes llaman moros guincas), avia vuelto la oxa, o ya porque se acomodó al tiempo o por engañarlos, y díchololo que cómo le prendia viniendo a darle la paz para con su ayuda destruir a los españoles sus enemigos, a quienes a mas no poder avia dicho fingidamente que seria su amigo, pero que conociendo quanto mexor le estaba ser amigo de señor tan grande y tan poderoso como el ingles, desde luego le prometia sus tierras, su gente y sus armas, sus minas de oro ricas, sus mugeres y quanto tenia, con que le avia dado libertad, aunque a costa de mucha comida, vacas, carneros y una barretilla de oro y dexando en rcenes un hijo suyo. Que todos los caciques de Cunco y Osorno avian ido a rendir vasallage al ingles y llevádole muchos camaricos de carneros, gallinas, comidas y frutas de la tierra, y de ellos avian recevido muchos dones de armas, alfanges y lanzas para confederarse contra los españoles. Y que como los vian poblados en Valdivia con tanta gente, artilleria y armas, se prometian grandes victorias, y avisó como el ingles avia trahido de Chiloé trescientos indios con sus familias que le dieron alli la paz y los tenia poblados en Valdivia para ayudarse de ellos para hazer la guerra a los españoles y a los demas indios que se le quisiessen sugetar.

Mucho cuydado dieron al Marques estas nuevas, y por tenerlas mas ciertas para avisar al Virrey embió al Capitan Catalan con cuatrocientos amigos a coger lengua, y prometió dar libertad a los caciques presos si sus mensageros le trahian nueva cierta de los designios de el ingles. Y para eso mandó soltar a Talcalab, Manquelab y otro, que prometieron traherle nueva cierta dentro de catorce dias, deseosos de libertar sus caciques. Salió el capitan Catalan a la maloca y fué sentido y solo traxo a Francisco de Almendras, que estaba en la Imperial, y a siete hixos suyos, porque deseaba salir ya de entre los indios y se vino con mucho gusto entre los christianos, el qual certificó de como el ingles estaba fortificado en Valdivia y tenia hecha alianza con todos los caciques y les daba armas y les prometia librarlos de la servidumbre de los españoles, y que Guilipel andaba muy orgulloso con los alientos que le daban los nuevos aliados. Dióle el Marques tierras donde estubiesse en Andalien y entabló su vida como christiano verdadero, y con la ida de Talcalab y Manquelab embió el cacique Caniutaro de Maquegua, que fué siempre fiel amigo, un mensagero al Marques dándole cuenta de cómo el ingles estaba poblado en Valdivia, y diziéndole que no le diesse cuydado, que era una gente tan vil como los indios, porque se emborrachaban como ellos, y que los iban assegurando para en viéndolos borrachos dar en ellos y matarlos, y que si Manqueante y los otros caciques se les avian hecho amigos y llebádoles que comer al principio, era por desvelarlos y dexarlos descuidar para dar en ellos, y que estaban pereciendo de hambre y muchos se les huian a los indios por no poderla sufrir, y los caciques, aviendo reconocido su necesidad, se retiraban ya de venderles comida de la tierra y carneros para que el hambre los echasse si no los mataban ellos antes. Llegó poco despues Talcalab con noticias ciertas y cartas de Gaspar Alvarez, y la principal fué una carta que el general ingles escribió al cacique Manqueante despidiéndose de él y diziéndole como se iba de Valdivia y las causas, que dize assi:

Al muy valeroso señor Manqueante, cacique de la Mariquina, y avaxo, el general de la armada inglesa de Valdivia.

Señor: con gusto y deseo avemos recevido el Mensage que V. M. con los tres hombres nos ha embiada, a que no respondemos ahora. Como nosotros estamos aqui muy apretados de mantenimientos que nos prometen de la tierra aqui cada dia, pero nada se pone por obra, y considerando que aqui abremos de perezer de hambre, avemos hallado bien a nuestro consexo de partirnos de aqui con nuestros navios y aver si pudiéramos alcanzar algo sobre nuestro enemigo el español, o a Santa Maria o a la Concepcion. La poquedad de comida en mantenimientos nos echa, y que de nuestros soldados algunos se han huido, aunque hasta agora no han padecido hambre, y si por ventura algunos de ellos vinieren a sus tierras de V. M., no les dé pasage, queriéndonos hacer merced de matar a todos quantos se hallaren por el campo, y no solamente Vuesa merced lo haga, mas embiar a todos los caciques circunvecinos a dezir que hagan lo mismo, porque ellos irán a la Concepcion (sin duda) a avisar al español de nuestro estado, como V. M. y otros caciques han tratado con nosotros, y por esto encomendamos otra vez de no dexar a ninguno de ellos a vida, quien quiera que fuere, porque nosotros no embiamos a ninguno sin que yo mismo vaya o el fiscal. Todo lo demas hemos dicho verbalmente a los tres mensageros, y con esto deseamos a V. M. salud y buena vida. Fecha en Valdivia a catorze de Octubre de 1643. Amigo de V. M.—Elias Erquemans, general.

Mucho alegró esta nueva por saber que se avia desaloxado el enemigo y ídose de Valdivia apretado de el ambre, y es cierto que ni en Valdivia ni en Chiloé ni en estos puertos se pueden sustentar por ser la tierra tan áspera. Y pensar que los indios los pueden sustentar, es en vano, que si un dia los lleban un camarico, es tan corto que en él se le comen. Y no sembrando es imposible el sustentarse, y el sembrar les es mas imposible por la fragosidad de la tierra y el cuydado de los enemigos, asi españoles como indios, los quales se la avian de pegar si no ubieran tan presto alzado anclas, y esperar que de sus tierras les venga es a riesgo de que se pierda un navio en el Estrecho y a contingencia de que no llegue a tiempo y el ambre, que es enemigo domestico, los acabe. Y assi aviendo muerto el general Braut, su sobrino que pobló a Valdivia la despobló a los dos o tres meses por temor de que no se le muriesse de ambre toda la gente o se le huyesse al enemigo y por ver que alli no avia modo para sembrar, que los españoles quando tubieron poblada aquella ciudad sembraban en los llanos de Valdivia que están de alli ocho leguas, y assi dexando huidos catorze se determinó de ir a piratear y buscar la plata por el mar de el sur.

Pero como estas nuevas no eran tan ciertas que no pudiesse la carta ser fingida y estar todavia el ingles en Valdivia, apresuró el Marques el despacho al Perú para pedir socorro al Virrey de gente para desaloxar al enemigo, creyendo que sin duda estaba alli y que desde Valdivia despachaba navios a piratear y coger la plata. Dió libertad a los caciques presos, dexando solamente a Lincopichon, Chicaguala y Yabpilabquen, a quienes hizo quitar las prisiones y dió palabra de despacharlos presto a sus tierras, diziéndoles que se detubiessen algun tiempo en las nuestras sin ausentarse, que convenia assi al servicio de el Rey, con ánimo de hazer prenda de ellos para que no hiziessen algun movimiento en contrario sus soldados y para tener avisos de lo que allá passaba con ocasion de venir a verlos, y assimismo para que los suyos con la esperanza de verlos en sus tierras se mostrassen amigos. Y de todas estas disposiciones y nuevas que avia tenido el Marques dió aviso al Virrey, despachando en un barco al Maestro de campo Alfonso de Villanueva Soberal, persona muy capaz y entendida y exercitado en esta guerra con mucho lucimiento y buenos sucesos, para que informasse de todo lo necesario para el socorro de este Reyno.

CAPÍTULO XVI.

Viene segundo aviso de Chiloé y embian otro ingles que despues cogieron, y dan aviso de como los indios se alzaron en Chiloé; y embia el Marques un barco y despues una fragata a Valdivia y hallan que se ha ido el ingles.

Año de 1644. — Embian de Chiloé segundo barco y un ingles que cogieron despues. — Avisan cómo los indios se alzaron. — Hurtan la ropa de los españoles. — Cogen los indios de Lacui una lancha y matan seis ingleses y cogen uno vivo. — Pide el ingles el captivo y respóndele que le embiaron al Marques. — Pareze el navio ingles perdido en Chiloé y vuélvese por el Estrecho. — Embia el Marques al Virrey al ingles Antonio. — Embia el Virrey socorro con un navio y aviso que vendrá armada por enero. — Ordena que vaya el exército por tierra y con la armada cojan en medio al ingles. — Imposibilidades de ir el exército por tierra. — No puede el exército sitiar al ingles porque dexa desamparada la tierra y el enemigo de tierra hará gran daño. — Embia el Marques un barco a reconocer a Valdivia con el Capitan Don Juan de Acevedo. — Toca en la Mocha y no halla noticia de que se hayan ido. — Passa a Valdivia. — Reconoce el puerto y la ciudad de Valdivia y no halla navios ni ingleses. — Sabe de los indios como se fueron los ingleses y quedaron de volver luego. — No quiso saltar en tierra recelándose de alguna traicion y oyó una voz que dixo: pelearán. — Va Don Alonso Moxica con una fragata y reconoce el sitio y salta en tierra y quema el cuerpo del General Braut. — Danle cuatro franceses y alemanes. — Viénese a él un cacique de Chiloé que llevó por fuerza el ingles. — Noticias que tubieron de los ingleses. — Queria traher negros para sacar oro. — Armar a los indios para con ellos dar por tierra y por mar en los españoles. — Que al principio les dieron comida los indios y luego se retiraron. — Que hizo barracas y un fuerte en el sitio de San Francisco. — Que por el hambre se determinó a irse. — Que se le amotinó la gente y ahorcó cinco y se le fueron al enemigo cincuenta. — Que a la partida dió muchos dones y papeles a los indios diziéndoles que habia de volver. — Dió Manqueante estos papeles a Moxica y pídele que vengan a poblar los españoles. — Da garrote el Capitan Moxica a un indio traidor. — Córtasse tres veces el cordel, por ser en el sitio de San Francisco, y perdónale. — Recívese la nueva con gusto. — Embia el Marques a Moxica al Virrey con los cuatro de la armada inglesa.

Despues de aver embiado el general de Chiloé Don Fernando de Albarado el primer aviso de la llegada a aquella provincia de los cuatro navios ingleses, y aver embiado el primero que cogieron en una emboscada, abiendo cogido despues otro llamado Antonio, que era católico, hizo segundo despacho con un barco al Marques, en que embió al dicho Antonio para que se informasse de él, y avisó cómo los indios de aquella provincia de Chiloé se avian levantado y héchose de parte de el ingles, embiando mensages la tierra adentro de Cunco, Osorno y la Villarica para que todos se confederassen con el ingles y echassen de Chiloé a los españoles, quexándose de ellos que los hazian trabaxar en hazerles sus sementeras y en cortarles tablas y acarrearlas de la cordillera sobre sus espaldas, de que tenian hechas mataduras. El que fué la causa de el alzamiento de los indios fué un mestizo que el general dexó de posta en Carelmapu con ocho hombres y en guardia de la ropa que avian escondido en el monte, el qual hurtó parte y dió motivo a los indios para que

hiziessen lo mismo, y aviendo el general castigado por esto a un soldado, induxo a los indios a que se alzassen, y ellos, que tambien temieron el castigo de el hurto y avian menester poco para hazerse de parte de el ingles, se fueron a él y le pidieron ayuda contra los españoles, y de éstos traxo trescientos quando se vino a Valdivia.

Procuraron estos indios alzados hazer de su parte a los indios de Lacui y ubiéranlo hecho si no se les ubiera perdido una lancha a los ingleses con siete hombres, que iba cargada de sal para hazer cezina de las vacas que estos indios rebelados mataban de los españoles; y aviendo cogido los indios de Lacui esta lancha, mataron los seis ingleses y cogieron uno vivo, que fué este Antonio, y deshizieron la lancha: con que, declarados contra el ingles, no se hizieron de su parte. Y assi mismo avisó el General Don Fernando cómo el ingles le avia escrito una carta que embió con una muger española y cuatro hijos a quienes dió libertad de gracia, en que le pedia el primer ingles marinero que le captivaron, offreciendo otro español en trueque, a que le respondió cómo se le avia embiado al Marques de Baydes y que por esa causa no se le embiaba. Avisó mas; cómo despues de averse hecho a la vela los cuatro naos, llegó a Chiloé una barca con velas tendidas, muy ligera, y saltando en tierra el capitan con su espada ancha desnuda, habló con unos soldados que estaban de centinela y preguntó por la armada inglesa, y como no le respondiessen, se volvió a embarcar y se enmaró házia el Estrecho. Y aunque no le vió el ingles Antonio, quando le dieron las señas diziéndole que era un hombre pequeño, grueso, moreno de rostro y un ojo trasmillado, dixo: "Ese es el capitan de el navio que faltaba y trahia todos los pertrechos de la poblacion, y de tanta importancia, que juzgando todos que se avia perdido, murió de pena el General Enrique Braut. Mas él vino en busca de los compañeros, y como no los ha hallado, se ha vuelto al Brasil."

Llegado que fué a la Concepcion este segundo barco de Chiloé y el segundo prisionero Antonio, le examinó el Marques y luego se le embió al Virrey en un barco a cargo de el Capitan Pedro Navarro para que pusiese el remedio, como le puso luego como tan celoso de el servicio de su Magestad y tan presto en las disposiciones. Y assi por principio embió un navio con socorro para Chiloé y la Concepcion a cargo de el Capitan Don Alonso de Moxica, soldado antigüo de Chile y muy diligente y atento en el servicio de su Magestad, y con el aviso como para Enero embiaria una gruesa armada para desaloxar al enemigo y poblar en Valdivia, la qual él habia querido traher, pero por dar asistencia a los negocios se quedaba y embiaba a su hijo Don Antonio; y embió a dezir que para ese tiempo fuesse el exército de Chile por tierra a Valdivia para que dando la armada por la mar y el exército por tierra sobre el enemigo, le obligassen a desaloxar. Este arbitrio de que el exército fuesse por tierra desde la Concepcion a Valdivia, que ay sesenta leguas, le dieron algunos que miraban las cosas de lexos y no advierten en la distancia, los inconvenientes y los imposibles, no estando la tierra muy de paz y muy assentada. Pero los experimentados lo tubieron por un imposible por no estar la tierra (que ay en esta tan gran distancia de sesenta leguas) toda de paz, sino que ay muchos enemigos que impidan o estorven el paso. Dexo los rios, montañas, pasos angostos y pantanosos, que todo eso se venciera facilmente y se vencia despues estando la tierra de paz en el gobierno si-

guiente: la dificultad era aver de contrastar con tanto enemigo, y caso que se venciesse y se llegasse a Valdivia, eso era lo que el enemigo se queria, porque pasando allá el exército quedaban las ciudades y las estancias sin gente y sin abrigo y se hazia señor de todo. Y como para aver de pelear con el ingles, que estaba bien fortificado, era menester sitiarle mucho tiempo, todo eso tenian los indios para correr nuestras tierras y destruirlas, con que se perdia todo lo ganado y no era de effecto ninguno su cerco, porque por la fragosidad de la tierra no se podian llevar piezas de artilleria; y a un enemigo que tenia tantas y estaba tan bien fortificado, ¿cómo le podian combatir sin ellas?

Andaban varios los informes sobre la ida de el ingles o su asistencia en Valdivia, porque unos venian con nuevas que todavia estaban en la fortaleza que avian hecho y que los navios los avian embiado a piratear; otros que no, sino que de hecho se avian ido todos y desamparado la fortaleza. Y para certificarse el Marques despachó un barco a primero de Mayo de 1644, por salir de una vez de dudas y por avisar al Virrey lo cierto, para que conforme a la nueva dispusiesse el embio de la armada para poblar aquella plaza de Valdivia y sus puertos y entradas, con los castillos necesarios para estorvar al enemigo que volviesse a proseguir el intento. Llebó a su cargo esta diligencia el Capitan Juan de Acebedo, persona de ánimo y industria: dióle el Marques los soldados necesarios y algunas cosas que dar a los indios; tocó en la isla de la Mocha, que está cerca de el puerto de Valdivia, y habló con los caciques Antellanca y Cheuquemilla, encargándoles la fidelidad que avian prometido al Marques y que no tubiessen comunicacion con el ingles ni le diessen comida, que seria faltar a la fee prometida, pues los debian mirar como a enemigos. Prometieron de hazerlo assi, y preguntándoles si sabian de los navios ingleses, respondieron que solo sabian que estaban poblados en Valdivia, y no mas, porque ellos no salian de su isla ni comunicaban con otra gente. Con que animándose el Capitan Acebedo y exponiéndose a todo peligro con valor, pasó adelante a ver con sus oxos los navios y las fortificaciones, o el desengaño de averse hecho a la vela.

Entraron en el puerto y no hallaron en el navio ninguno ni fortaleza hecha en la voca, que fué buena señal, y con eso parece que podian volverse y traher esa buena nueva; pero como la ciudad de Valdivia está rio arriba seis leguas y podia ser que estubiesse en pie la poblacion de la ciudad y que tubiessen alli alguna embarcacion, no le pareció que avia hecho nada ni que llebaba el desengaño que se pretendia si no llegaba a la misma ciudad y se aventuraba a encontrar alli con el enemigo, aunque con tan debil embarcacion y tan poca gente; pero animado de sus obligaciones subió rio arriba hasta la ciudad y no halló embarcacion ninguna ni ingleses en la fortaleza, sino que la avian desamparado. Subió cuatro leguas mas adelante, por no dexar diligencia por hazer, y tampoco halló embarcacion ninguna. Volvió a la ciudad y disparó algunos mosquetazos para que los indios viniessen al ruido, y llegados hablaron con ellos y supieron cómo se avian ido los cuatro navios siete meses avia, y que avian estado alli tres meses y les prometieron a la partida de volver antes que entrasse el imbierno, y les avian dexado algunos de sus soldados, de los quales tenia unos Manqueante y otros andaban házia la cordillera, y que sus caciques siempre estubieron a la mira para matarlos porque querian tener amistad con los españoles y no con los ingleses.

Rogaron al capitan que saltasse en tierra, y receIándose de alguna traicion de las que suelen hazer los indios, les dixo que no tenia orden para ello y que iba a avisar a la armada española de el Perú que venia a poblar aquellas tierras, y estando en esto saltó una voz, que debia de ser de algun ingles, que dixo en español "Pelearán." Con esto se despidió de ellos sin saltar en tierra y llegó a la Concepcion con las buenas nuevas, que recivieron todos con grande gusto. Y no contento con esto el Marques, embió a Don Alonso de Moxica con su fragata para que reconociesse todos los puestos de Valdivia y llebasse entera razon de todo al Virrey, y de camino vigiasse la armada inglesa para ver si volvia, como dezian los indios que les avian prometido. Vió el puerto y subió rio arriba a la ciudad, y saltó en tierra y vió la fortaleza que avian hecho los ingleses y el entierro de el General Enrique Braut, y por ser herege le quemó. Habló con el cacique Manqueante y hízole amigo, el qual le dió un frances que tenia consigo, llamado Pedro de la Palma, natural de Paris, catholico romano, y otro frances llamado Juan Flon, natural de Ruan, y dos alemanes, y un cacique de Chiloé con su muger que por fuerza avia llebado a Valdivia el ingles, y deseoso de volverse a su tierra se vino a faborecer del Capitan Moxica para que le tragesse a la Concepcion, de quienes supo todo lo que avia en Valdivia y lo sucedido en la poblacion de la armada inglesa, porque aunque no ubo quien entendiesse a los alemanes, a los franceses los habló el Capitan Hércules de la Villa, que sabia su lengua y era soldado antiguo de Flandes y de Chile. Y las noticias que dieron y las que traxo el Capitan Moxica de el cacique Manqueante, nuestro fiel amigo, convinieron todas en que luego que llegó la armada inglesa a Valdivia pidió el General a los caciques que le vendiessen tierras donde hazer una poblacion, porque venia a defenderlos de las tiranias y opresiones de los españoles sus enemigos y para que no fuessen mas esclavos ni los obligassen a trabaxar; que él no los obligaria a ningun trabaxo; que para sacar oro de las minas traheria negros, y si algun indio quisiesse de su voluntad trabaxar, se lo pagaria muy bien, y que les traheria lanzas, arcabuces, espadas, petos y espaldares para que se armassen contra los españoles, y él con su gente los ayudaria a echarlos de toda la tierra, y que ellos caminarian por tierra acompañados de sus ingleses y él iria por mar y echarian de Arauco y de la Concepcion todos los españoles. Lo qual oido, se confederaron con ellos todos los indios de Valdivia, la Mariquina, Osorno y la Villarica, y les llevaron mucha comida a los principios, bacas, carneros y puercos, y que despues los indios se retiraron luego que conocieron que tenian hambre los ingleses, y no les llebaban nada: con que el general acortó la racion y daba dos libras y media de carne a la semana a cada uno, y hizo sesenta y dos barracas y un fuerte capaz en el sitio de el convento del Señor San Francisco con cuatro caballeros. Pero que hallándose disgustado en aquella tierra el General, con pocos bastimentos y pertrechos, a causa de el un navio que no parecia y juzgaban que se avia perdido, trató con los capitanes de volverse a Holanda, y diziéndole que era contra su presuncion y contra el orden que trahia, y que no era bien dexar tierra de tanto oro y de tantas comodidades y donde avia tantas maderas para hazer embarcaciones, no le pareció quedarse alli por no perder toda la gente, porque se via con mucha falta de bastimentos y se le avia amotinado la gente, aburrida de verse en aquella

tierra, lo qual fué causa de aver ahorcado a cinco y de avérsele ido al enemigo algunos cincuenta: con que se determinó de volverse a Inglaterra para volver con mas gente y mas bastimentos y pertrechos. Y se fué, y a la despedida dió a los caciques muchos dones y papeles, diziéndoles que los guardassen hasta que él volviesse, los quales papeles tenian y guardaban los caciques con grande estima y a duras penas se los sacó Manqueante y se los entregó todos al Capitan Don Alonso de Moxica, diziéndole que encargasse al Virrey y al Gobernador de Chile que embiasse con presteza españoles a poblar aquella tierra para que quando viniesse el ingles la hallasse ya poblada; que él siempre avia tenido su corazon con los españoles, que eran christianos, y que tenia muchos mestizos y mas de mil indios para servir a los españoles.

Aqui le sucedió en Valdivia al Capitan Don Alonso de Moxica un caso bien particular de un indio traidor que se le hizo amigo con doblez para entregarle a los indios enemigos, y conocida su traicion le mandó dar garrote, y poniéndolo en execucion, fué cosa rara que se cortó tres vezes el cordel y no se le pudieron dar, y reconociendo la causa, hallaron que el lugar donde le querian ajusticiar era el cementerio de San Francisco. Que no quiso Dios que en lugar tan sagrado se ajusticiasse a ninguno, y assi le dió la vida y se volvió con su fragata y todas estas buenas nuevas a Chile, que fueron para el Marques y para todos muy gustosas por verse libres de los assaltos de aquel pirata y de las inquietudes que causaba en los indios, que con la novedad y el deseo de mudar de gobierno y de señor ya se le iban todos arrimando, pero siempre llebando la mira de lograr algun descuido y dar en ellos, que a ninguno tienen amor verdadero y a mas no poder se hazen amigos de los españoles o de otras naciones por la superioridad de armas que ven en unos y en otros, pero a todos quisieran ellos verlos muy lexos de sus tierras, y en fin, se arriman al que mas pueden. Con esta nueva despachó el Marques al Capitan Don Alonso de Moxica con los cuatro fugitivos de la armada inglesa al Virrey para que enterado de los intentos de el enemigo pirata y sabiendo de cierto cómo avia desamparado la poblacion, se diesse prisa a embiar gente y lo necesario para poblar a Valdivia, por ser de tanta importancia su poblacion, antes que el enemigo intentasse volver a ella.

CAPITULO XVII.

Trata el Virrey de despoblar la Provincia de Chiloé y de pasar toda la gente a Valdivia, y disuádele el intento el General Dionisio de Rueda.

Piden los de Chiloé al Virrey que los mude a Coquimbo o les ponga fuerzas para defenderse.—Consulta el Virrey al Marques de Baydes la despoblacion de Chiloé. — Embíale el Marques al General Dionisio de Rueda que le informe. — Que llevar los indios de Chiloé a Valdivia era aumentar las fuerzas de el enemigo. — Que los trescientos que llevó el ingles se hizieron a una con los Cuncos enemigos. — Que no puede haber vecinos en Valdivia, sino solo soldados, por estar cercados de enemigos. — Que los indios no tendrán tierras donde sembrar.—Que los que llevó el ingles están clamando por volverse a Chiloé.—Que el Rey no podria sustentar tanta gente de comida y vestido. — Que mexor era poner 150 hombres en Chiloé, y de mas reputacion, que no despoblarlo. — Convencióse el Virrey y llevó para poblar a Valdivia. — Querian traher los ingleses cinco mil hombres de el Brasil a Valdivia. — Volvióse por el Estrecho la armada inglesa a su tierra. — Que en Inglaterra cortaron la cabeza al general y a los que firmaron la despoblacion de Valdivia.

Con los primeros ahogos de las desgracias que en Chiloé sucedieron y con los estragos que hizo el pirata ingles, escribieron los de la provincia de Chiloé al Virrey que despoblasse aquella tierra o les pusiesse guarnicion suficiente con que poderse defender de semexantes avenidas de el enemigo, que estaban alli a la salida del Estrecho y en la frente y siempre avia de topar con ellos, y siendo tan pocos era imposible defenderse y descrédito de las armas españolas que el enemigo los maltratasse como lo avia hecho otras vezes fuera de ésta. Y que en Coquimbo se podria poblar toda aquella gente española y los indios, que era tierra donde ya no avia sino muy pocos indios y avia muchas tierras vacas que podria darles su Magestad a los vecinos y a los indios, con que lo pasarian con mas comodidad y menos riesgo.

Oida esta peticion y la de el Marques de Baydes de que pedia mil hombres para las fortificaciones de Valdivia, juzgando el Virrey por difficil el poderlos conducir, le dieron por arbitrio que despoblasse a Chiloé y que entre españoles y mestizos tendria quinientos hombres y mas de tres mil indios con que podria poblar a Valdivia; y pareciéndole bien este arbitrio estubo en hazerlo y sobre el caso escribió al Marques de Baydes, el qual le embió al General Dionisio de Ruedas, que acababa de llegar con poderes de Chiloé para pedir soldados para fortificar la ciudad de Castro y el fuerte de Carelmapu, que avia ganado y quemado el enemigo, para que le informasse de los inconvenientes que avia en despoblar a Chiloé y con esa gente poblar a Valdivia. El qual, llegado a la presencia de el Virrey, como hombre tan prudente y esperimentado y como defensor de la patria y que miraba por el bien de todo el Reyno, desengañó al Virrey para que no prosiguiesse con el intento, porque

ya tenia navios apercevidos para pasar la jente de Chiloé a Valdivia, lo qual se dexó de executar por las razones que alegó el General Dionisio de Rueda, que fueron las siguientes:

"Que el pasar la gente de Chiloé a Valdivia no era dar fuerzas a aquella fortificacion, sino aumentar las de el enemigo de tierra, porque los cuncos y los de Osorno, que siempre han sido enemigos de los españoles y guerreado con ellos sin rendirse a tanta porfia, cobrarian mayores fuerzas y ánimo entrándoles tres mil indios que luego se avian de hazer todos de su banda, como se hizieron luego los trescientos que llebó el ingles, que por estar cerca de Valdivia las tierras de Cunco se fueron a ellas a vivir con los de su sangre, y aunque eran antes enemigos y facilmente se hermanaron y siempre se unirian contra el español y se fortalecerian en las tierras de Cunco, que por ser tan asperas de montañas y pantanos son fortissimas y casi incontrastables, y en teniendo tres mil indios mas de los que tienen se harian del todo invencibles. Y los vecinos de Chiloé y los hombres ancianos, que ya no son para la guerra ni cuydan sino de sus estancias, en Valdivia avian de perezer, porque no ay tierras donde tener estancias a causa de estar cercados de enemigos, que alli los españoles que han de estar han de ser solamente soldados que estén en sus fuertes y con las armas en las manos cuydando solo de su defensa; y que los indios tampoco tendrian tierras donde sembrar porque los enemigos no se las darian, y mas a tantos, que con ser menos los que llebó el ingles lo pasan con grande incomodidad y están clamando por volverse a sus tierras y apesarados de averse ido con él, que huyendo de el fuego dieron en las brasas, que allá no se las dan y los tratan como a forasteros, con desprecio y quitándoles las mugeres hermosas y las hixas de buen parezer. Y sin esto echan mucho menos la abundancia de las islas de Chiloé, donde tienen tanta multitud de marisco que quando les falta la comida de la tierra les sustenta con sobrada abundancia la mar, y muchos han pedido salvo conducto para volverse. Pues dezir que los sustentara el Rey es otro imposible, porque para aver de sustentar y vestir el Rey tanta gente eran necesarios muchos navios que continuamente llevassen de comer y gastar mucha hazienda, que no se avia de poder sobrellebar. Y no pudiendo llebar en los navios sus ganados, de cuya lana se visten, era fuerza que cargasse sobre su Magestad lo uno y lo otro.

"Que lo mexor y mas facil para su Magestad era poner en Chiloé ciento y cincuenta hombres mas, y mas conforme a su reputacion, porque no se digese que el enemigo le avia obligado a despoblar una provincia como la de Chiloé y darle esa gloria de que jactasse que avia despoblado una provincia que sirve de atalaya y de mucho provecho para los avisos."

Con cuyas razones, satisfecho el Virrey, desistió de el intento de despoblar a Chiloé para poblar a Valdivia, y puso todo el esfuerzo en hazer levas por todo el Perú para su poblacion. Dexémosles en estos apercevimientos y volvamos a la guerra que el Marques publicó a los indios, y váyanse muy en buena hora los ingleses que tanto cuydado dieron a Chile y al Perú con su poblacion de Valdivia, que porque no vuelvan mas se lo podremos perdonar; que mayor le ubieran dado si no ubieran desamparado la poblacion, que como despues se supo, avia cinco mil ingleses en el Brasil esperando la nueva de la poblacion para venir a Valdivia, y tanta gente mucho cuydado dieran a los españoles de Chile, que aunque se junta-

ran todos los que están esparcidos por todo el Reyno no se pudieran encorporar dos mil y quinientos y esos sin prevenciones ni armas, porque los mas son vecinos y estancieros que no tratan de la guerra sino de las labranzas y que despues de aver servido en ella se han retirado a pasar la vejez con algun descanso. En fin, la armada inglesa por el hambre que en Valdivia pasaba no fué a piratear como avia echado voz que queria ir, sino que tomando la derrota por el camino que avia trahido, volvió a desembocar por el Estrecho de Magallanes, y segun escriben hombres curiosos y veridicos de España, llegaron todos los navios a Inglaterra, donde procesaron contra el General Arquemans, y a él y a los que firmaron que desampareassen a Valdivia los cortaron las cabezas, bien merecido castigo por aver perdido una tan buena ocasion de gozar de el mexor puerto de las Indias Occidentales y que ya no les será posible volverla a lograr por averle poblado los españoles con tantos fuertes en la entrada, con tan valiente artilleria en la voca, que es imposible entrar navio sin que le hagan pedazos y echen a pique, de cuya poblacion diremos despues en aviendo tratado de las malocas y guerras que el Marques hizo a los indios rebeldes mientras se aprestaba la armada del Perú que vino a poblar.

CAPÍTULO XVIII.

Prosigue la guerra el Marques con sentimiento de los indios, en que hubo varios sucesos de una y otra parte.

Que los indios deseaban la paz y no hazian daño ni malocas. — Los indios deseosos de la paz no hazen hostilidad ninguna aunque les hazen guerra. —Trazó el Maestro de campo Don Alonso de Figueroa hazer una maloca. —Junta los indios de la costa y la Imperial. — Propone el Maestro de campo las conveniencias que hay de hazer una maloca a los declarados por enemigos. — Razonamiento del Toqui general de la Imperial, Alaman. —Que es echar a perder la tierra, porque no se tienen por enemigos ni lo quieren ser los de la Cordillera.— Que esperan que se desenoge el Marques. — Que sufren y no se han querido vengar porque quieren la paz. —Que no hablan de hazer guerra ni de vengarse, sino de sufrir por la paz. — Que no les faltan fuerzas ni poder a los dos rayos de la guerra, Güilipel y Tinaqueupu. — Que quieren paz y la compran a costa de sufrimiento. — Que si rebienta su volcan todos lo han de pagar por estar cerca y no les han de favorecer los españoles. — Que luego los han de maloquear a ellos y levantar que tratan con el enemigo. — Rechazó las razones el Maestro de campo y no respondió a ellas.—Háblales Catumalo, echado del Capitan Catalan, y dize que los tendrá por traidores si no hazen la guerra. — Lloran de sentimiento los caciques por ver que se perturba la paz. — Sale a la maloca Catalan y pelea en las tierras Guilipel, que se defendió con valor y coge cincuenta piezas. — En campaña se hizieron las procesiones y confesiones de Semana Santa. — Prediqué a los indios y consolé a los caciques que estaban llorosos.—Salen de sí de enojo Guilipel y Tinaqueupu.—Convocan gente y tiémplalos el cacique Anteguено.—Haze que suspendan las armas mientras él media con el Marques. —Va Anteguено con otros caciques a desenojar al Marques. — Que no desprecie lo que en otros tiempos desearon, que era verlos de paz. — Pide por los caciques presos. — Respóndeles que le traigan las cabezas de los rebelados. — Salieron mui tristes por pedirles una cosa a ellos dura y imposible.

Dexamos a Guilipel, antes que viniessen los ingleses, maloqueado y declarado por traidor, y por enemigos de los españoles a él y a todos los de la cordillera, con general sentimiento suyo y de los demas indios, que todos deseaban la paz y sentian que por chismes y mentiras los ubiessen malquistado y enemistado con los españoles, y pensando volver a su gracia no hazian movimiento ninguno ni daño en nuestras tierras. Ni este tiempo en que estubo el ingles en Valdivia ubo indio alguno del enemigo que moviesse guerra ni entrasse a hurtar un caballo, que pareze que con las alas de el ingles pudieran averse avalentonado y hecho a su sombra alguna hostilidad. Mas no se prueba que hiziessen una tan sola, que es gran señal de que querian estar de paz y dar a entender, conteniéndose en hazer guerra, que no tenian voluntad ninguna de hazerla. Que quando ellos han estado de ese parezer, no les han faltado manos ni diligencias, que son unos rayos en el obrar.

Pero el Maestro de campo Don Alonso de Figueroa y el Capitan Juan Catalan, con titulo de castigar al enemigo con orden de el Marques y con deseo de piezas y de los aprovechamientos de la guerra, tan mal aprovechados y tan poco logrados en este Reyno, que ninguno con ellos se ha hecho rico ni logrado lo adquirido con sangre de indios, trazaron hazer una maloca a las tierras de Guilipel y la cordille-

ra, y para empeñar a todos los nuevos amigos de la costa hasta la Imperial, que avian quedado por de paz y declarados por fieles amigos en la campeada pasada, fueron con todo el campo de Arauco a Tucapel, llebando consigo a los indios amigos de Arauco y a su gobernador Catumalo y su Maestro de campo Don Juan Igaipil y comisario Agustin Clentaro. Y aviendo embiado a llamar a todos los caciques y soldados de Paicabi, Tirua, Ilicura y la costa hasta la Imperial, con los de Puren, juntos todos trataron de la entrada y les propuso el Maestro de campo, por medio de el Capitan Juan Catalan, que era grande lenguaraz, las conveniencias que avia en hazer una maloca a la cordillera y en castigar a los rebeldes publicados por enemigos.

A que respondieron todos los caciques unanimes y conformes y el Toqui general de la Imperial, Alaman, que tomó la mano por todos y habló de esta manera: "Qué es lo que quieres hazer, Maestro de campo? Cómo quieres echar a perder toda la tierra quando toda ella está de paz? No se sirve a Dios ni al Rey en hazer esta maloca. Ni tienes que dezir que es necesario castigar al enemigo, porque no ay enemigo ninguno a quien castigar. Y eso no es sino gana de piezas y de alterar la tierra y echar a perder lo que se ha trabaxado y irritar a los indios, que quieren estar de paz, para que tomen las armas. No es enemigo de los españoles Guilipel ni ninguno de la cordillera, que aunque en el bando de Quillin los publicaron por traidores y enemigos, no se tienen ellos por tales, sino por amigos y vasallos de su Magestad. Y aunque los maloquearon una y otra vez, no se han dado por entendidos y han pasado su dolor con valor y sufrimiento, sin darse por sentidos ni por agraviados, sino que están esperando que se le pase el enojo al Marques y que con el tiempo y con su sufrimiento conozca su voluntad y el deseo que tienen de estar en paz, y aguardan ocasion para entrárseles por las puertas y que se desengañe de los chismes que contra ellos le han dicho sin razon ni fundamento, para que conozca su buen corazon, y que offendidos y acometidos no se han querido vengar ni hazer hostilidad ninguna, ni consentido que indio alguno entre a hurtar un caballo tan solo: que no es pequeña prueba para gente tan vengativa, tan bulliciosa, tan sobervia y tan mal sufrida. No son sus platicas de hazer guerra, ni tratan de entrar a malocas ni de venir a hurtar, sino de estarse quietos y pacificos y de dar muestras de su fidelidad y de desenojar al Marques, que mal informado les ha publicado la guerra. Sus platicas son: "No comenzemos nosotros la guerra, no quebrantemos la paz, no hagamos algo por donde se confirmen los que nos levantaron que nos queriamos levantar, no nos movamos a nada, comiencen los españoles, que entonces se verá que la paz se quebranta por ellos y no por nosotros y podremos dezir que ellos son los traidores, los inconstantes, los faciles, los faltos de fee, los de mal corazon y todo lo que ellos dizen de nosotros." Buena prueba de esto es no averse vengado Guilipel, no aver vuelto por sí, no aver resarcido sus daños, no porque le falten brios ni corage, no porque no tenga gente, que la mas belicosa de el Reyno es la suya y la de su compañero en armas Tinaqueupo, que los dos son dos rayos de la guerra en el obrar, dos volcanes encendidos en el enoxo, dos pares de Chile, que pueden competir con los de Francia; pero como no quieren guerra, sino paz, reprimen el fuego de actividad, detienen, para que no reviente, el volcan de su enoxo, tiemplan la furia de sus valerosos corazo-

nes. Paz quieren y paz buscan, y esta la quieren comprar a precio de sufrimientos, de repulsas y desdenes. No los hagamos desesperar, que esperan y piden el perdon de la offensa que no han hecho, y si revienta el volcan de su enoxo y sueltan la represa de su sentimiento tan justo, todos lo emos de pagar, y mas que ningunos los de la costa y la Imperial, porque vivimos cerca unos de otros, y como estamos tan lexos de los españoles, ne podemos faborezernos de sus armas ni vosotros nos podeis ayudar con ellas. Y lo que con esta maloca pretendeis es que ellos queden offendidos y nosotros destruidos, porque ellos nos han de offender a lo seguro por ser mas y estar nosotros en campaña rasa, y lo que de esto pretendeis es, sin duda, que todos seamos enemigos, y si no lo deseais, ha de venir a parar en eso, porque en maloqueándolos a ellos aveis de dar tras nosotros y no ha de faltar achaque o testimonio para hazer con nosotros lo que con ellos, porque como vivimos todos tan cerca, mañana nos levantarán que hablamos con los enemigos, que nos conformamos, que todos somos unos. Buena es, Maestro de campo, la paz, y pues todos la quieren y la piden, no estorves los grandes bienes que de ella se siguen por cuatro piezas que nunca se logran y es moneda de duendes que se vuelve en carbon."

Estas razones tan fuertes y tan prudentes no pudo desvanecer el Maestro de campo ni deshazerlas, y solo las varaxó con dezirles: "Aqui estoy yo que os defenderé", a que respondieron ellos: "Cómo nos has de defender, si tú te estás en Arauco, cuarenta leguas de nuestras tierras, y nosotros quedamos expuestos a los golpes de el enemigo ventaxoso?" En esto salió el Gobernador de los indios de Arauco Catumalo, que estaba industriado de el Capitan Juan Catalan de lo que avia de dezir para que sin réplica se hiziesse la maloca, y dixo a los caciques: "No es amigo de el Rey quien no es enemigo de los traidores sus enemigos, y vosotros sin duda quereis ser como ellos, pues volveis por ellos. La maloca se ha de hazer y todos aveis de dar vuestros soldados, y si no, entenderemos que tambien sois traidores." Con esto callaron y se pusieron tristes y llorosos, y los vi llorar de sentimiento y hazer grandes demostraciones de dolor diziendo: "por la codicia de las piezas quieren estos españoles echar a perder la tierra, que nunca se ha visto en tan buen estado." Y aunque con tanta repugnancia de los caciques, se dispuso la maloca y detubieron a los caciques de la Imperial, mientras iban y volvian los soldados, porque no diessen algun aviso y por empeñarlos en la enemistad de los de la cordillera.

Quedóse el Maestro de campo en Tucapel con los caciques y algunos soldados y indios amigos de Arauco, y el capitan Juan Catalan fué a hazer la maloca con algunos arcabuzeros y los indios amigos de Arauco y de la costa. Dió en las tierras de Guilipel, el qual viéndose acometido se defendió valerosamente, y se peleó de entrambas partes con grande porfia y teson. Cogieron los españoles cincuenta piezas, quemaron muchos ranchos y hizieron el daño que pudieron en los ganados. Mientras Catalan fué a la maloca, quedó parte de el tercio aloxado debaxo de estacada en Tucapel y alli los indios amigos y caciques de la Imperial y la costa. Y por ser semana santa, aunque estábamos en campaña, ordené que se hiziessen las procesiones que se suelen hazer en el tercio de Arauco y les prediqué y confesé para que cumpliessen con la Iglesia los soldados, que a todo acudieron con mucha piedad y devocion. Y juntamente doctri-

né a los indios nuevamente reducidos a la paz, dándoles a conocer los mysterios de nuestra Santa Fe, y consolé a los caciques de la costa y la Imperial, que estaban tristísimos de ver abierta la guerra, temerosos de que todo avia de llover sobre ellos, como sucedió y veremos adelante.

Como el valiente Guilipel y Tinaqueupu se vieron provocados con una y otra entrada a sus tierras, no pudiendo sufrir mas, soltaron la represa a su enoxo, y ardiendo en saña el volcan de su pecho reventó con furia. Y como les sobraban brios, gente y manos, trataron de juntar su gente y de provocarlos a la venganza y a la defensa de sus tierras, hixos, mugeres y ganados, y deseando templarlos el cacique Anteguenο y desenoxar al Gobernador, haziendo officio de medianero con su autoridad, canas y prudencia, fué en busca de Guilipel y de Tinaqueupu y los persuadió con buenas razones a que templassen su enoxo y suspendiessen el tomar las armas hasta dexarle ir a la Concepcion con otros caciques a pedir al Gobernador que se desenoxasse y usando de su clemencia y natural nobleza reciviesse las excusas y satisfacciones que le daban los de la cordillera, que aunque ubiessen sido muy culpados debiera bastar el castigo hecho para su satisfaccion y escarmiento de los demas. Y a ruego de este cacique se contubieron, y haziendo fuerza a su natural altivo y reprimiendo el dolor de verse maloqueados, suspendieron las armas y no se movieron a hazer hostilidad ninguna.

Fué el cacique Anteguenο a la Concepcion, acompañado de otros Toquis y indios principales, y díxole al Marques cómo toda la tierra estaba a su obediencia y deseosa de conservarse en paz, y que los caciques de la cordillera, aunque probocados y ofendidos con las malocas que que les avia mandado hazer, no avian salido a la venganza ni querian hacer hostilidad ninguna para acreditar su fee y amor a la paz con su mucha paciencia y tolerancia. Y assi que no permitiesse que sus soldados prosiguiessen en hazer la guerra, y no provocasse mas a los que con tanta voluntad se le rendian, que en otro tiempo avian rogado los españoles con la paz y no la avian querido los indios, y se ubieran holgado de averlos hallado tan rendidos, tan suffridos y deseosos de su quietud, y que ahora que los indios rogaban no era justo desecharlos ni despreciar su humildad y tolerancia. Pidió tambien al Marques por los caciques presos, rogándole que les diesse libertad y alegrasse con esa liberalidad a toda la tierra, que con eso los obligaria a todos a servirle con mas voluntad y rendimiento.

Respondiόle a esto el Marques que si él y los suyos dezian que eran verdaderos amigos, que le tragessen las cabezas de los rebelados, nombrando a algunas y dándole termino de veinte dias, y que si no, que no creia en sus pazes, que no le avian de engañar cada dia: con que los despidió desconsolados, y como les pidió las cabezas de sus vecinos, a quienes ellos no tenian poder para quitárselas y quando le tubieran era cosa muy agria, porque era meter la guerra dentro de sus casas y quedar sin el fabor de los españoles, expuestos a las invasiones de los offendidos, juzgando por dura la condicion que les pedia, no trataron mas de mediar.

CAPÍTULO XIX.

Prosigue la misma materia y comienza el valiente y sufrido soldado Guilipel a hazer la guerra, despues de provocado muchas vezes, y haze muchos daños.

Como no pudo mediar Antegueno, comenzó a hazer guerra Guilipel. — Haze gran daño en Puren y mata al grande Mariñao. — Valdona a los de Puren y pregúntales por los españoles, que los defiendan. — Maloquea Guilipel la Imperial y haze grandes daños. — Pide Alaman socorro al Maestro de campo y a Catalan. — Maloquea la gente de Arauco a los de la Imperial en lugar de irlos a socorrer. — Pelean con ellos y matan al trompeta de el Capitan Catalan. — Cogen trescientas piezas de paz y tráhenlas por esclavas. — Ay grande llanto en la Imperial por verse maloqueados de Guilipel y de los españoles. — Vienen nueve caciques al aloxamiento a pedir a Catalan que les vuelva sus mugeres, pues son amigos. — Quexa amorosa de los caciques de la Imperial a Catalan. — Que por ser amigos de los españoles les habia maloqueado Guilipel.—Que pidieron socorro a los españoles y el socorro fué maloquearlos. — Que no saben dónde irse y que mire tantos llantos. — Que vea el escándalo que causará a los amigos y el gusto que tendrán los enemigos — Respóndeles Catalan enoxado que son unos traidores y que le mataron su trompeta. — Satisfacen los caciques con buenas razones a su fidelidad y que en defensa de sus mugeres le mataron. — Mata cruel y barbaramente el Capitan Catalan a todos los caciques y prisioneros atados y a sangre fria. — El grave sentimiento de la gente de la Imperial. — Todas las personas de buen zelo lo sintieron. — El Maestro de campo Don Alonso de Figueroa lo sintió y dixo que cómo habia maloqueado a gente de paz. — Haze el Capitan Catalan dos malocas a Cholchol estando de paz.— Van los caciques de Cholchol a pedir su justicia al Marques. — Siente el caso y no se remedia nada.—Alzanse los indios de Cholchol y la Imperial. — Júntanse con Guilipel y hazen grandes daños en los amigos de las reducciones. — Vanse muchos al enemigo.

Volvió Antegueno muy desconsolado y triste por no aver podido mediar para que no pasasse adelante la guerra, y quando dió la respuesta de el Marques a Guilipel, dixo: "Nora buena; que pues los españoles quieren guerra, yo les hartaré de ella." Y desplegando su enoxo, juntó su gente y dió luego sobre Puren, porque avian sido de los que le avian maloqueado, y dió un repente a Curanimon y a Mariñao y a los demas que se preciaban de muy amigos de los españoles y los avian guiado para maloquearle; y cogiéndolos descuydados hizo un gran destrozo en ellos y mató a Mariñao, gran soldado y de mucha estimacion, cuya muerte causó grande sentimiento, y sin él mató otros seis indios que en la pelea se le resistieron valientemente; cogió diez y seis esclavos, y con la cabeza de el valiente Mariñao cantó victoria y hizo grande fiesta en su tierra, y valdonaba a los de Puren diziéndoles: "¿qué es de los españoles vuestros amigos? cómo no vienen a ayudaros y defenderos como os lo prometen? Ahora vereis quán poco os valen sus armas y como toda su amistad es mentira y embuste: que os empeñan y dexan en el peligro, y mientras les dais piezas os acompañan y en faltando el interes os dexan." Muy corridos quedaron los de Puren y muy sentidos por la muerte de Mariñao, a quien estimaban y uerian por ser tan gran soldado y hermano en armas de Curinamon.

Con la cabeza de Marinao hizo una grande borrachera y convocó mucha gente para la guerra, y con una poderosa junta dió sobre la Imperial y maloqueó al cacique Alaman, toqui general, y a todos los amigos de los españoles, y les hizo grandes daños en sus ganados, casas y sementeras, captivándoles muchas mugeres, con que puso gran terror a todos los nuevos amigos, que desabrigados de las armas españolas y viviendo en los valles no tenian defensa y por ser menos no podian resistir a su furor. El cacique Alaman, quando supo que Guilipel hazia junta contra él y los de la Imperial, avisó a las voladas al Maestro de campo Don Alonso de Figueroa, al tercio de Arauco, para que le embiasse alguna gente de guarnicion, y al Capitan Juan Catalan, que estaba mas cerca, en Paicabi, embió ar ogar que le fuesse a ayudar, y como el socorro estaba lexos, primero que fué el mensage y se dispuso el socorro ya los avia maloqueado Guilipel y los de la cordillera.

Fué el Capitan Juan Catalan con indios de Arauco y de la costa al socorro de los de la Imperial que se le avian pedido contra Guilipel, y el socorro fué quedarse el Capitan Juan Catalan con la remuda y echar los indios con algunos españoles a maloquear los ranchos de la Imperial, y como se vieron maloquear, entendiendo que eran indios de Guilipel que asegundaban la maloca, pusiéronse en defensa y pelearon con ellos, y aunque en la peléa conocieron que eran indios de Arauco y de la costa y los que avian llamado en su defensa, como vieron que no les iban a defender como amigos, sino a offender como los mas enemigos, defendiéronse de ellos y pelearon en su justa defensa, y entre la refriega mataron un trompeta de el Capitan Juan Catalan. Retiróse la gente de Arauco despues de aver maloqueado muy a su gusto y cogido trescientas piezas, muchas de ellas mestizas, hijas de españolas captivas, y catorce indios que trageron en collera, y como por aquella parte no esperaban al enemigo, sino el socorro de los amigos, que fué éste, hallaron la gente descuydada y cogieron quantas piezas quisieron muy a su salvo; con que se retiraron victoriosos y cargados de esclavos, de gente que estaba de paz y esperaba su socorro, y que no huyeron de los españoles confiados de que iban a socorrer y no a offender.

Fueron grandes las lástimas y los llantos de la gente de la Imperial viéndose maloqueados por una parte de Guilipel por ser amigo de los españoles y por otra de los mismos españoles y amigos a quienes avian llamado en su defensa, y viendo que les llevaban sus hijos y mugeres y sabiendo que el Capitan Juan Catalan se avia quedado en la remuda, una jornada de allí, fueron nueve caciques, los mas principales de la Imperial, y entre ellos el señor de toda aquella tierra, Coñueman, a ver al Capitan Juan Catalan y saber por qué les avia hecho aquel agravio tan grande sin dar ellos ocasion ninguna, esperando que les volveria las piezas y les guardaria justicia si los indios y soldados desordenadamente avian hecho aquel desman tan grande. Alcanzáronle en el primer aloxamiento donde estaba con todas las piezas; y el cacique Coñueman, que era un indio muy grave y venerable, padre de el mestizo Paillacheo, de gentil arte y disposicion y que heredó de su padre el ser amigo de españoles, tomando la mano y en nombre de los demas caciques dió al Capitan Catalan una quexa amorosa, con palabras muy humildes y corteses, y le dixo: que cómo siendo sus amigos y aviendo dado la paz con todos y publicádolos el Marques en Quillin con trompetas y atabales por fieles y leales ami-

goa, los avia ido a maloquear y destruir, sin aver hecho ellos hostilidad ninguna a los españoles y sido siempre de su parte, dando sus soldados para hazer guerra a sus enemigos? porque Guilipel les acababa de maloquear y llevar sus mugeres, hijos y ganados por su causa y por ser amigos de los españoles, y ahora que les avian pedido socorro y embiado al Maestro de campo à que les cumpliesse la palabra que les avia dado en Tucapel, de embiarles gente de guarnicion para su defensa, la que les embiaba avia sido para su mayor offensa y destruccion; con que venian a padecer mas de los amigos que de los enemigos y ya no sabian qué hazerse ni a dónde irse, porque por una parte los amigos y por otra los enemigos los pretendian acabar y consumir. Que mirasse que no le avian ofendido en nada y tubiese lástima de tantos llantos, horfandad y pena en que dexaba a las madres por los hijos y a los maridos por sus mugeres, y a la nota y perturbacion que avia de causar en toda la tierra el ver que a sus proprios amigos maloqueaban los españoles, con que ninguno lo querria ser; y el gusto y jactancia que avian de tener los enemigos viendo que sus enemigos les ayudaban a vengarse de nosotros, y que los españoles por cuya causa ellos nos hazian la guerra, eran los que con mas furor nos la hazian y de quien receviamos mayores daños.

Respondióles el capitan Catalan muy enojado que eran unos traydores que le avian llamado con engaño y le avian muerto su trompeta. A que digeron que no avian sido traidores ni le avian llamado con doblez ni engaño, sino por verse maloqueados de Guilipel, que con effecto les hizo grandes daños solo por ser amigos de los españoles y por darles gente para la guerra, y que los avian hallado los españoles descuidados en sus casas y sin prevencion ninguna. Y si vieran con engaño, de otra suerte estuvieran y no con tanto descuido, que antes quando oyeron sus trompetas salieron alegres a recevirles hombres y mugeres, y como el recevimiento fué maloquearlos y prender mugeres y niños, una quadrilla de mozetones que estaba a caballo se puso en defensa de otra que maloqueaba, y en la refriega mataron al trompeta, defendiendo sus casas de los que les acometian injustamente por ser la defensa permitida.

A esto, violando el derecho que a los embaxadores se debe y la palabra real con que entraron a hablarle, los mandó atar a los nueve caciques en la collera donde tenia los otros indios captivos y a todos los hizo alli matar inhumanamente a cuchilladas y lanzadas y a sangre fria, captivos y caciques; accion que puso horror a todos quantos la vieron y causó amargas lágrimas y grandes alaridos en las demas piezas captivas, mugeres y niños. Y el mayor sentimiento y lágrimas fueron las de la gente de la Imperial quando supieron esta crueldad, y que quando esperaban que sus caciques negociarian bien con los españoles y les volverian sus mugeres y hijos, les mataron inhumanamente a sus padres, sus caciques y señores, dexando la tierra sin cabezas, sin consexo, sin los padres de la patria, sin las columnas que la sustentaban y los gobernadores que la regian. Y fué este dolor tan grande, que todos los de la Imperial le tubieron impreso en el alma por toda su vida sin poderle olvidar, y repetian esta inhumanidad en el siguiente gobierno en que dieron la paz, y se le oí muchas vezes con harta pena y sentimiento, y este mismo tubieron todas las personas pias y de buen zelo y en particular el Vedor general Francisco de Villalobos, que con extremo agasaxaba a los indios y con justicia los defendia, procurando con grande afecto la con-

servacion de las pazes, que hazia extremos de sentimiento, y todo se disimuló, y la pressa de las trescientas piezas pasó y se vendieron por esclavas, aunque por donde quiera que iban, clamaban y dezian a vozes cómo eran de paz y estando descuidadas y quietas en sus casas, sin rezelarse de los españoles por ser amigos, las avian maloqueado, y quando el Maestro de campo supo la nueva de la maloca y donde se avia hecho, dixo, oyéndolo yo: "Cómo se ha hecho esa maloca a gente de paz?" dando muestras de grande sentimiento por una cosa tan mal hecha, pero despues hallaron razones para dorarla y para darla por bien hecha. Allá se verán donde se juzgue sin pasion ni affìcion al interes.

Lo que desta maloca tan mal hecha resultó fué que todos los de la Imperial se ubieron de alzar y ponerse en arma irritados del agravio y de la muerte de sus caciques; pero los de Cholchol estubieron mas descuidados, confiados en que eran de paz, y no miraban los caminos ni tenian centinelas, ni vivian en los montes, sino con grande confianza y seguridad en sus casas. Y como ya avia el capitan Juan Catalan quebrado con los de la Imperial, quebró tambien con los de Cholchol, que están vecinos a ellos, y cogiéndolos descuidados los hizo dos malocas, captivándolos en la una ciento y cincuenta piezas, y en la otra pocas menos, con gravissimo sentimiento de toda aquella provincia, que estaba de paz y no avia hecho hostilidad ninguna, ni héchoselc causa ni averiguacion en contrario de la paz que dieron en Quillin.

Fueron luego los caciques de Cholchol a pedir su justicia, no a Catalan, porque no la hiziesse en ellos como en los otros caciques, sino al Marques a la Concepcion, alegando que avian dado la paz con los demas, y dádoles por buenos amigos con caxas y trompetas, y conservádose como tales, sin que se les ubiesse probado hostilidad ni deslealtad ninguna ni declarádolos por enemigos. Y oidos de el Marques, sintió mucho el desorden y ubo sobre el caso demandas y respuestas, pero ellos se quedaron maloqueados y sin sus piezas, que se vendieron por esclavas, sabe Dios cómo. Con esto los indios de Cholchol se alzaron, y juntándose con los de la Imperial unieron sus armas con Guilipel y Tinaqueupu; y los dos caciques de la Imperial que quedaron gobernando despues de los muertos, que fueron Guenchuquirque y Ampallante, que eran hombres valerosos y de grande ánimo, convocaron toda su gente y dieron diversas vezes en nuestros amigos de la costa y en las nuevas reducciones de Angol, Nacimiento y Santa Fee; y como los hallaban desabrigados de los tercios y de los soldados españoles, les hazian grandissimos daños y muchos se iban al enemigo, con que perdimos los amigos de la Imperial y Cholchol y íbamos perdiendo los demas. Y para que no se acabassen de perder, se ubieron de recoger al abrigo de los tercios y de los fuertes.

CAPÍTULO XX.

Hazen los enemigos algunas entradas y daños en los indios amigos; pelean con ellos los españoles, y refiérense varios sucesos de ambas partes.

Salen los dos tercios a maloca. — Cógense algunas piezas, y por ser parientas de los amigos se las dió el Marques. —Dan los puelches en la remuda y llévanse muchos caballos. — Maloquea el enemigo a los amigos de la Costa. — Entra Guilipel con una junta de dos mil indios en nuestras tierras. — Cogen los enemigos 150 piezas. — Salen los de la Costa al atajo al enemigo, quítanle parte de la presa y mátanle cincuenta. — Entran treinta indios de Guilipel a los potreros de Arauco. — Dan en ellos las centinelas de Arauco durmiendo, cogen seis y matan cuatro. — Matan un indio los de Arauco a su usanza y embian al Capitan a Paicabi para que se animen con su cabeza. — Exhorté a que se baptizasse a este capitan que habia de morir en Paicabi y a otros indios presos. — Llevan tambien a un indio viexo que habia deseado mucho el baptismo. — Déxale medio muerto un caballo cuando le llevan. — Cúmplele Dios su deseo y baptízasse y muere. — Júntase toda la Costa a la fiesta de matar al capitan. — Echa mano a la espada de un Capitan y haze riza con extraño valor. — Levántanle en las lanzas y cortándole la cabeza le sacan el corazon. — Llévase Tinaqueupu las postas en Biobio. — Sale el Sargento mayor en su seguimiento con todo el tercio. — Llega tarde a Biobio: haze que se retira y embia treinta indios en su seguimiento. — Hallan al enemigo durmiendo y fingen que es el tercio y dan sobre ellos. — Fingen ser todo el tercio. Quítanles la presa, hieren a muchos y échanse todos al monte. — Dan nueva las postas de cómo Guilipel y Metegua van con 350 indios a Ilicura. — Sáleles al paso el Sargento mayor. — Ambre y sufrimiento de los soldados y quitan al enemigo 400 caballos. — Divide Guilipel su gente en tres tropas. — Haze lo mismo el Sargento mayor. — Pelea Guilipel con los nuestros cuatro horas con gran valor. — Matan al Capitan Don Pedro Solorzano peleando como valeroso. — Llueve sangre sobre Don Pedro Solorzano antes de salir a la batalla. — Acometen Don Pedro Flores y Parra a Guilipel y házenle huir y matan 20 indios. — Viene Pichipil con la presa y pelean con él. — Coge el Sargento mayor a Pichipil por las espaldas. — Quitan los españoles la presa y captivan a Pichipil.

Salieron los dos tercios por orden de el Marques para reprimir el furor de el enemigo, y juntándose marcharon para las tierras de Antegueno y Maquegua. Fueron sentidos y pelearon en todas partes valientemente. En Maquegua nos mataron al sargento Mondon, un buen soldado, y ubo muchos heridos de todas partes. Vínose de el enemigo un soldado llamado Antonio de Araya, que avia años que estaba captivo, cogiéronse algunas piezas a costa de lanzadas y halláronse que las mas eran parientas de los indios amigos nuevamente reducidos, y úboselas de dar el Marques por tenerlos contentos. Los puelches y pegüenches, sabiendo que el exército aviá entrado la tierra adentro, vinieron a la remuda, y dando en ella, se llebaron buena cantidad de caballos; y fué esta pérdida considerable por ser muchos y tan importantes para hazer la guerra. Los indios enemigos, que con facilidad se juntan y con ligereza, sin tantos embarazos como los españoles hazen sus jornadas, se convocaron y pasaron la flecha Guilipel y Tinaqueupu, de la cordillera y de la Imperial, los valientes Guenchuquirque y Empallante y otrò de no menor fama llamado

Caniumanque, para coger descuydados a los de Tirua, Calcoimo y Relomo, amigos nuevos de los españoles que estaban al abrigo de el fuerte de Paicabi, donde asistia el Capitan Juan Catalan con una compañia de caballos, pero algunas leguas distante de estas reducciones.

Entraron con una junta de dos mil indios y el astuto Guilipel puso doze indios de posta en los llanos de Negrete para que expiassen el campo español de Yumbel y dar en Santa Fee. Tubo el Sargento Mayor noticia de esta junta y salió con su tercio a reparar las nuevas reducciones de Santa Fee, y visto por Guilipel, volvió a poner su gente en cobro, rezelándose no diesse en ella; pero Guenchuquirque y Caniumanque, faborecidos de la espesura de las montañas, prosiguieron su viage y dieron en Tirua, Calcoimo y Relomo, haziendo grandes daños en los nuevos amigos, y cogieron ciento y cincuenta piezas. Los de Tirua, lastimados, convocaron a los de la costa y desmintiendo el camino salieron al ataxo a Guenchuquirque, y dando con ellos pelearon de entrambas partes valentissimamente y mataron al enemigo cincuenta indios y le quitaron parte de la pressa, y entre los que mataron fué uno el valiente Caniumanque, y de parte de los amigos murieron diez y quedaron muchos heridos, porque fué muy sangrienta la batalla de unos indios con otros, y los que poco ha estaban muy amigos y hermanados ya se procuraban beber la sangre los unos a los otros, y con los prisioneros que de una y otra parte se cogian cantaban victoria y hazian fiesta matándolos en sus borracheras, y ensangrentando las flechas y dando de beber a sus lanzas, como ellos dizen, la sangre de los muertos, se animaban para nuevas batallas, relamiéndose en la sangre de sus propios hermanos.

El valeroso Guilipel, ya que por el campo de Yumbel no avia podido executar su saña por aver sido sentido, embió treinta y dos indios escogidos y animosos que penetrando por los montes diessen un asalto a los potreros de Arauco y se tragessen todos los caballos que pudiessen. Mas, los araucanos vigilantes cortaban los caminos muy a lo largo y divisaron en otra loma, házia los pinares, gente por camino nunca cursado, y conociendo que no podia ser otro sino enemigo, se emboscaron y le fueron siguiendo el rastro y antes de amanecer dieron en ellos quando mas dormidos estaban y mas descuidados por estar tan fuera de camino y en unos montes donde jamas andaba hombre ninguno. Eran los indios araucanos ocho no mas y los enemigos treinta y dos, pero como los cogieron tan de improviso y descuydados, les dieron tal repente que sin que pudiessen coger sus lanzas mataron cuatro y cogieron seis vivos, y entre ellos al capitan, que era un indio de mucha fama, y los demas se escaparon en el monte, echando a huir desnudos, dexándoles por despoxo el ato, las lanzas y quanto llebaban.

Victoriosos con este famoso hecho los araucanos, trageron al Maestro de campo los prisioneros y pidieron uno para matarle a su usanza, cortándole la cabeza y sacándole el corazon en una grande fiesta y borrachera, y al capitan le embiaron a los indios de Paicabi para que todos los de la costa hiziessen con él la misma fiesta y sacrificio, ensangrentando sus flechas, y animados, se exercitassen con su cabeza a la venganza de Guilipel y Guenchuquirque. Y sabiendo yo el dia antes que le avian de llebar la triste sentencia que en secreto se avia dado contra el miserable, porque no muriesse sin baptismo le enseñé a él y a otros los mysterios de nuestra santa Fe, exortándolos al baptismo, y todos lo reci-

vieron con grande affecto y pidieron el agua de el santo baptismo, especialmente un viexo que tenia Dios predestinado, que con mayores ansias pidió ser baptizado y hizo grandes actos de contricion de sus pecados. Pero como todos estaban presos en la guardia y no corria prisa su baptismo, sino el de aquel capitan que avian de matar el dia siguiente, no baptizé entonces a ninguno de los otros sino solo al capitan, diziendo a los demas que despues los baptizaria y que por ser su capitan baptizaba primero a aquel, sin darle a entender que el dia siguiente le avian de matar a su usanza, que esa mala nueva no quise yo dársela sino que se la diessen los soldados, como se la dieron el dia siguiente, subiéndole en un caballo y llebándole atadas las manos y los pies a la barriga de el caballo, y alli de repente se determinó que llebassen tambien al viexo que con tantas veras avia pedido el baptismo, y por no aver sabido esta repentina determinacion le llebaron sin él; pero quiso Dios que se salvasse por un medio singular, y fué que aviendo salido de el quartel, el caballo en que le llebaban era arisco y potron y comenzó a dar tantos corcobos y saltos que derribó en el suelo al pobre viexo, y como iba atado de pies y manos y los pies los llebaba atados por debaxo de la barriga de el caballo, le dió tantas patadas y coces que le dexó medio muerto. Los soldados que iban con ellos de guardia, compadecidos de él y viendo que se moria, le digeron que si queria baptizarse y ser christiano, y él, que el dia antes me lo avia pedido con tantas veras, lo pidió ahora con mayores ansias, y trayendo agua en un sombrero de un arroyuelo que estaba alli cerca, le baptizaron, y acabado de recevir con grande affecto el agua de el santo baptismo expiró y se fué al cielo, segun confio, por la grande voluntad con que recivió la fee y pidió ser baptizado, y allá en Paicabi no hallaria quien le cumpliesse su deseo, y permitió Dios que aquel caballo le derribasse y acoceasse para salvarle por aquel medio tan singular.

Prosiguieron los soldados el viage a Paicabi con el capitan para entregársele a los indios de la costa, que para su recevimiento y para la fiesta que con él avian de hazer se juntaron mas de dos mil lanzas y todas las indias, sin que quedasse viexa ni niño que no acudiesse a ver aquel valenton y a relamerse en su sangre. Pusiéronle en medio de toda la gente y digéronle que contasse los valientes de su tierra y en un hoyo echasse palitos y los enterrasse. Y mirando a un lado y a otro con grande señorio y altivez, viendo alli cerca un capitan español llamado Baltazar Quijada, acometió a él a quitarle una espada ancha que ceñia, y en lugar de enterrar los muertos de su tierra, fué tan grande su valor y ánimo que intentó matar y enterrar a quantos alli estaban, y segun se desenvolvió y hizo campo, parece que lo hiziera; pero como era uno y las lanzas eran dos mil, alli le acrebillaron a lanzadas y le levantaron en las lanzas, gallardeándose de morir como bueno y peleando y con tan grande intento, como fué el parezerle que los podia matar y enterrar a todos, y cortándole la cabeza y sacándole el corazon, cantaron con ella puesta en un palo y untaron los toquis y las flechas con él, repartiéndole en menudos pedazos para que le comiessen los mas principales.

Y he contado esto para que se vea el va lor y animosidad de estos indios, que no ay romanos ni numancios como ellos, y para que ningun gobernador ni capitan los desprecie por dezir que son unos indios y que qué valentia puede ser la suya, pues con tener armas desiguales dan tanto en que entender, que si tuvieran bocas de

fuego echaran a los españoles de sus tierras, que a grandes capitanes de Flandes, quando los han visto pelear, les an causado admiracion y hecho temblar las corazas, como le sucedió a un capitan muy alentado en esta ocasion, que de puro confiado y por hazer poco caso de los indios le mataron como se dirá.

Mientras los unos indios fueron a maloquear a la costa, fué Tinaqueupu, que era gran cosario, con doscientos indios y cogió las postas que tenian los españoles en Biobio y se las llebó captivas. Llegó la nueva al Sargento Mayor Francisco Rodriguez y salió al punto con toda la infanteria y caballeria del tercio de Yumbel, cuyos capitanes de a caballos eran Don Pedro de Solorzano, Don Francisco de Otalora, Don Pedro Flores y Don Diego Gil Negrete, todos personas de obligaciones y de muchos brios, con cuatro compañias de amigos a cargo de el comisario Domingo de la Parra. Y aviendo llegado al anochecer a Biobio, receloso de alguna emboscada y por ser ya tarde, hizo que se retiraba y por consexo de los capitanes embió al valiente Maripagui, que significa Diez leones, indio de San Christóval, con treinta indios, y por su compañero al esforzado y brioso Leubolican de el Nacimiento. Marcharon de noche y encontrando al enemigo en Malloco durmiendo unos de esta banda de el estero y otros de la otra, que juzgando que los españoles se avian retirado se echaron a dormir descuidados y sin postas, y pareciéndoles buena la ocasion, se determinaron a darles un Santiago y assi lo hizieron. Y dió Maripangui con solo quince de a caballo sobre los de la otra banda de el rio, y Leubulican con quince de a pie sobre los de la otra, haziendo grande algazara y fingiendo que era todo el exército español, llamando unas compañias por una parte y otras por otra y diziendo que acometiesesen, que todos eran suyos, y con el repente y la turbacion creyó el enemigo que estaban sobre ellos todos los españoles y indios y amigos, y no supo que eran tan pocos. Con que les salió tan bien el arroxo y la valiente determinacion y buena traza, que le quitaron al enemigo las centinelas que avia captivado y con el repente de averlos cogido durmiendo hirieron a muchos y todos se echaron al monte huyendo, juzgando que estaba sobre ellos el mundo entero. Y dexaron un gran despoxo de armas, frenos, ropa y comida, y recogiéndolo todo con presteza, se volvieron victoriosos antes que el enemigo reconociesse quan pocos eran y rehaziéndose los siguiesse.

Llegaron con este buen suceso a donde estaba aloxado el Sargento Mayor con todo el tercio y fueron recevidos con grande gusto, alabando todos su valentia. Las postas que avia llebado el enemigo y se vieron captivos, supieron cómo Metegua, indio belicoso y atrebido, y el reboltoso y embustero Pichipil, avian ido con una quadrilla de trescientos y cincuenta indios suyos y con Guilipel házia Ilicura y Tirua a infestar los nuevos amigos, nueva que ya avia tenido el Sargento Mayor por otra parte de el capitan Juan Catalan, y como estas centinelas la confirmaron, parecióle buena ocasion para salirlos a ataxar al paso con sus valientes capitanes. Caminó tres dias y emboscóse con gran silencio entre Puren y Niñingo, y esperó cuatro dias al enemigo con grandissima hambre de los soldados, que a la voz del arma de que se llebaba Tinaqueupu las postas salieron sin prevencion ni comida alguna, pero su valor y sufrimiento era tan grande y el deseo de coger en aquel paso a aquellos barbaros, que les olvidaba el comer y se acomodaban con yerbas, látigos y adargas, que son el maná de los sufridos soldados

de Chile. Reconocieron házia Puren que el enemigo avia dexado alli la remuda de cuatrocientos caballos, y la primera suerte y la mexor fué lograrlos y quitarlos todos.

Venia el enemigo vaxando por una loma, y avisándole sus postas que avian oido ruido de caballos, rezeloso no fuessen españoles, dividió la gente el astuto y valiente Guilipel en tres tropas, y echó por una parte una tropa con mas de sesenta piezas que avia maloqueado a los amigos de la costa a cargo de Guaiquimilla, y por otra parte echó otra quadrilla a cargo de Metegua y Pichipil y él llebó la otra, y previniéndose para la pelea marcharon con gran concierto y con no menor cuidado. El Sargento Mayor, viendo dividido al enemigo en quadrillas, dividió su gente tambien en tres quadrillas. Llebó él una, encargó la otra a los capitanes de a caballos Don Pedro Flores y Don Pedro Solorzano, y la otra al comisario de la caballeria indiana Domingo de la Parra con dos compañias de naciones, y puestos a guisa de pelea acometió el comisario Parra con Metegua y le hirió malamente y desbarató a su gente, y aviéndose escapado entre los demas Metegua, le vió Tanamilla, sobrino de Llancagueno de San Christóval, y le siguió, y dándole tres lanzadas le derribó de el caballo, y queriéndose esconder en unas matas llegó el cacique Quintequeupu y le acabó de matar y le cortó la cabeza, la qual trageron por grande triunfo y cantaron con ella victoria. Quedaron muchos muertos y heridos en la pelea de los enemigos, y a los que huyeron siguieron el capitan Don Pedro Flores y Don Pedro Solorzano y se entraron en la retaguardia de el enemigo, que llebaba el valeroso Guilipel, el qual, gozoso de hallar tan buena ocasion en que mostrar sus brios y pelear con los españoles, paró y ordenando su gente y haziéndoles un breve y eficaz razonamiento, acometió como un leon, y los españoles a él y los amigos como unos rayos, y se trabó una valentissima batalla que duró mucho tiempo peleando con gallardia de entrambas partes. El capitan Don Pedro Solorzano, que avia peleado valentissimamente y derribado muchos indios, llebado de su animosidad y valor se apartó a pelear con unos indios, pareciéndole que él bastaba para todos segun era de alentado, y como todo andaba turbado no ubo soldados que le acompañassen, con que puesto en este empeño, aunque peleó conforme sus muchas obligaciones, era uno y los indios muchos y no pudo prevalecer contra tantos, con que quedó alli muerto, con sentimiento de todos por ser un caballero tan noble, tan vizarro y valeroso. Pero murió para que viviesse su fama y añadiesse lustre nuevo al de sus ilustres ascendientes, muriendo en servicio de su Rey y peleando con tanto valeroso capitan, cuya muerte se dixo averle anunciado un caso bien singular, y fué que estando jugando a los naipes en el tercio de Yumbel antes de salir a este alcanze de el enemigo, llobieron algunas gotas de sangre sobre él, cayéndole en la valona y en el vestido, con reparo de todos, aunque no conocieron lo que significaban.

Viendo el capitan Don Pedro Flores y el comisario Parra muerto al capitan Don Pedro Solorzano, a quien no avian podido moderar en sus empeños que hizo solo, arremetieron con sus soldados al enemigo y dieron sobre Guilipel con gran corage y valor, y fué tal el esfuerzo, que pusieron en huida a Guilipel y a los suyos, con muerte de veinte indios valerosos que pelearon porfiadamente hasta morir. Apenas avian puesto en huida a Guilipel quando llegó la quadrilla de Pichipil y Guaiquimilla, que trahian la pressa y las piezas

que avian cogido en Paicabi y en la costa, quando creciendo el corage de el Capitan Don Pedro Flores al igual de su nobleza y como si entonces comenzara a pelear, se avalanzó a rendir a Pichipil, que sobervio no hazia caso de él ni de ningun español, porque viniendo una gran tropa detras de él, juzgando que era de los suyos, peleaba con tanto ánimo y amenazaba con el socorro de los compañeros que ya venian, que le parecia avia de alcanzar una gran victoria; mas la tropa que tras él venia no era como él pensó de los suyos, sino la quadrilla del Sargento Mayor Francisco Rodriguez, que aviéndole ganado las espaldas le estrechó entre su gente y la del Capitan Don Pedro Flores, con que le quitaron la pressa y a él le cogieron vivo: que quisiera mas que fuesse muerto por no parezer en juicio de tantos enredos, marañas y embustes como avia inventado y sembrado en toda la tierra, alterando los ánimos de los indios contra los españoles (como se dixo atras). Hizo harto porque le matassen y peleó desesperadamente sin quererse rendir, resistiendo el dar las armas porque alli le acabassen la vida, temiendo la infamia y los desprecios con que se la avian de quitar despues, como lo hizieron, pidiéndole los indios para matarle a la usanza y que les digesse qué motivo avia tenido para alzarse y ir a revolver y alzar a los nuevos amigos con mentiras y embustes, siendo causa de tantos daños y guerras.

CAPÍTULO XXI.

Hazen los españoles una maloca en la Imperial y hay muchas lanzadas. Matan unas indias al Sargento Atecas, y los indios al valiente Moncibay. Entran en Chillan Guilipel y Tinaqueupu por la cordillera y hazen grandes daños y captiverios de españoles.

Año de 1645. — Salen los de Arauco a una maloca a la Imperial. — Da el Alferez Plaza en una borrachera de cuatrocientos indios. — Pelean los indios borrachos como unos leones. — Trahen a mal traher a los españoles y amigos y socórrelos Diego Montero. — Ponen en huida al enemigo y cogen muchos indios y despojos. — Coge muchos ganados y piezas la cuadrilla de Moncibay. — Siente Moncibay no haber peleado. — Matan a palos unas indias al sargento Atecas. — Da Catalan a Moncibay la retaguardia porque tiene deseo de pelear porque el enemigo ha de venir a quitar la presa. — Viene Guenchuquirque en seguimiento y pelea Moncibay con valentia y derrótalos. — Al saltar un zanjon se ladeó su caballo y le dieron un macanazo y le mataron. — Quedó el enemigo mui glorioso de haber muerto a Moncibay. — No habia indio que no se alabase de haberlo muerto. — Los soldados vendian a los indios el caballo de espadas diziendo que era Moncibay. — Convoca gente para su venganza Guenchuquirque. — Desmienten el camino por la cordillera Guilipel y Tinaqueupu. —Dan en las estancias de Chillan y captivan la muger y toda la gente de el Capitan Acevedo. — Destruyen la estancia de Don Miguel de la Lastra. — Matan y captivan cuantos hallan en las demas estancias. — Coge el enemigo todos los caballos de los potreros y vase victorioso. — Sale el Sargento mayor al ataxo de el enemigo y desmiente el paso, y vase por otro camino. — Piden una muger y el Capitan Acevedo gente al Marques, aquella para quitar al enemigo su marido y éste su muger. — Recobró la muger su marido porque se huyó de el captiverio. — No puede libertar Acevedo su muger, y hasta rescatarla no se quila la barba ni come pan a manteles.

Viendo el Marques el orgullo de el enemigo y los daños que hazia en las reducciones de los amigos, volvió al puesto de Maestro de campo a Juan Fernandez Rebolledo por ser soldado de tanta opinion, y hizo algunas mercedes de capitanes y otros oficiales, y ordenóles que saliessen los indios amigos de Arauco y la costa con algunos arcabuzeros al castigo de los de la Imperial, y en esa conformidad despachó al Capitan Juan Catalan con cien arcabuzeros y mil y doscientos indios amigos de Arauco y de la costa a que maloqueassen en las tierras de Guenchuquirque, gran cosario y cacique de la Imperial, muy afamado de valiente, y en las de Ampallanto, su compañero en armas y igual en el valor. Marcharon sin ser sentidos de el enemigo, repartieron las quadrillas, y la que llevó el Alferez Juan de la Plaza dió en una borrachera de cuatrocientos indios que hazia Guenchuquirque y como buen soldado tenia su gente armada para qualquier acontecimiento. Bien pensó el Alferez Plaza hazer un grande lanze, y la ocasion era como se podia desear para coger muchos en la red donde avia tanto cardumen, y se avian juntado demas de los cuatrocientos indios una gran multitud de indias y muchachos, que a estas fiestas no queda viexa ni viexo, muger ni niño, que no concurra. Pero como los indios estaban armados por de fuera con

sus coseletes y lanzas y por de dentro con el calor y ardimiento de la chicha pelearon como unos leones furiosos, con arroxo y desesperacion, que en estando borrachos no ay furias como ellos. Y ya le pesaba al Alferez Plaza de aver hallado tan buena ocasion y de averse puesto en tanto empeño, porque le acrebillaban a lanzadas a él y a su gente, y a no aver llegado a socorrerlos el Teniente Diego Montero con sus indios de la costa, viendo tan sangrienta la pelea, le costara caro el aver querido piezas; que mientras los indios peleaban, todas las mugeres y niños se echaron al monte y solo quedó la fuerza de los indios peleando, de suerte que llevaban de vencida a los españoles y indios amigos. Mas el valor de el Teniente Diego Montero, que era soldado de mucha fama y entre ellos muy conocido, los puso en huida, con muerte y prision de muchos que traxo captivos por triunfo de su victoria. Quebraron a los indios todas las tinaxas de chicha que tenian, que es lo que mas sienten, y traxeron muchos despoxos de ropa, sillas, frenos y otras cosas, que con la prisa con que huyeron no pudieron llebar.

Las otras quadrillas cogieron mucha suma de ganado mayor y menor, quemaron muchos ranchos y cogieron mas de doscientas y cincuenta piezas por la buena industria de el Capitan Bernardo de Moncibay, gran soldado, mas amigo de pelear que de pillar y que en todas las ocasiones avia probado su intencion y mostrado grande esfuerzo y valentia en chocar con el enemigo, de quien era muy temido y era tenido por otro Bernardo el Carpio. En esta ocasion, aviendo tocado la trompeta a recoger el Capitan Juan Catalan, se juntaron todas las quadrillas, y aunque la de el Capitan Bernardo de Moncibay venia mas rica de piezas y de despoxos, vino el Capitan Moncibay pesaroso de no aver peleado con su quadrilla y invidioso de la suerte de las otras que avian peleado, como lo dixo, que quisiera mas averse hallado en ellas por aver tenido ocasion de tender su lanza y de teñirla en la sangre de el enemigo, porque en su quadrilla no halló resistencia ni quien peleasse, sino solo unas indias que pelearon como varoniles y hizieron un hecho famoso con el Sargento Atecas. Era este soldado de brios y entró en un rancho a maloquear y coger piezas y halló las que pudiera desear y con que hartar su codicia, porque avia algunas ocho indias, las quales cargaron todas sobre él y con los palos con que texen, con las ollas y con lo que amano topaban, se defendieron de él y le dieron tantos palos que le molieron y tuvo a dicha el escaparse de las indias, pero tan molido que a los dos dias murió en el camino.

A la retirada de esta maloca dixo el Capitan Juan Catalan a Bernardo de Moncibay que pues tenia tantos deseos de pelear que él le pondria en ocasion donde los pudiesse satisfacer. Y assi, que tomasse la retaguardia, que el enemigo los avia de seguir sin falta ninguna para recobrar sus mugeres y hijos, y que mirasse bien por la presa y la defendiesse como tan gran soldado, que a él solo podia fiársela. Y assi sucedió como el prudente y experimentado Juan Catalan lo previno, porque Guenchuquirque, corrido de aver huido en la refriega y picado de que le llevassen tantas piezas y ganados, animó a los suyos para seguir el alcance, y picando a la retaguardia donde iba el Capitan Bernardo Moncibay, revolvió el valiente Bernardo y solo él en un paso detubo a toda la junta, peleando esforzadamente; y nombrándose y diziendo: "Yo soi Moncibay," hizo retirar al enemigo. Pasó el enemigo huyendo un grande zanxon que allí avia, y aunque le dixeron los suyos a Moncibay que no

los siguiesse y que los dexasse huir, que harto avia hecho en ponerles en huida, ciego de cólera y furor no atendió a nada y esforzó su caballo, picándole fuertemente para que salvasse el zanxon, y aunque el bruto, obediente y animado de la espuela de el amo, hizo quanto pudo por salvarle, faltóle de la otra banda el un pie que le assentó en baxo, con que se ladió y no salió tan presto de el zanxon que no fuesse el enemigo mas presto a darle un macanazo al Capitan Moncibay viéndole medio caido, con que le aturdieron, y cargando sobre él todos le mataron y despoxaron en un momento por llevar cada uno alguna cosa suya por gran triunfo: que fué tan afamado el Capitan Moncibay, insigne criollo de Chile, y tan grande la gloria y jactancia que tubieron de averle muerto, que no avia indio, assi entonces como despues que dieron la paz, que no se alabasse de que él era el que avia muerto a Moncibay. Y era de suerte que por curiosidad y para hazer experiencia de su desvanecimiento, despues que estubieron de paz los de la Imperial les pregunté muchas vezes a diferentes indios: Quién mató a Moncibay? y no hallaba indio que no se gloriase de averle muerto y no dixesse: yo maté a Moncibay. Y les acontecia a los soldados, despues que los indios dieron la paz, llegarles a vender a los indios de la Imperial un caballo de espada o de bastos de la baraxa, y como ellos no conocen los naipes, les dezian los soldados: este es Moncibay, dadme por él una gallina o otras cosas de las que vendian; y por tener la imagen de el que pensaban que era Moncibay, les daban quanto pedian. Finalmente, quanto el enemigo se alegró con la muerte de este gran capitan, tanto los españoles se entristecieron y irritados acometieron con tal furor al enemigo, que le pusieron en huida y no los siguió mas, con que llegaron al Estado de Arauco con los ganados, despoxos y prisioneros, y enterraron al Capitan Moncibay en el monte por la prisa de el enemigo y despues le trageron a enterrar en sagrado. Y no fué poco que los soldados le librassen de que el enemigo no le cortasse la cabeza, porque hizieran con ella grande fiestas y la guardaran para beber en ella y convocar juntas como cabeza de un capitan de tan grande fama; pero sin ella hizieron grandes fiestas en su tierra por su muerte, y Guenchuquirque hizo llamamiento y gastó mucha chicha y ganado con los indios soldados de todas las provincias para que le ayudassen a restaurar la pérdida y ir a maloquear a los indios de la costa y vengarse de el teniente Montero que los gobernaba como su teniente, animando a todos con la muerte de Moncibay.

Los indios de la cordillera, Guilipel y Tinaqueupu, que tienen obedientes a su llamado a los pegüenches y a los puelches, llamaron a Ruya, Guiliguru y los de Pocon, y repartiendo la flecha se concertaron de dar en la ciudad de Chillan y sus estancias, donde viven capitanes nobles y hazendados con sus familias, y determinaron hazer paso por las cordilleras por desmentir las centinelas de el paso de Alico y el paso de la Laxa, donde los pudiera ataxar el Sargento Mayor con su tercio. Y saliéles tan bien, que sin ser sentidos dieron en Chillan y sus estancias, haciendo el mayor estrago que se ha visto, porque entrando en la estancia de el Capitan Juan de Azebedo le captivaron a su muger Doña Leonor de Lagos, señora muy hermosa, honesta y principal, y a su suegra Doña Maria de Escobar, un hixo, dos mozos españoles y quince indios y indias de su servicio, y saqueando la casa robaron quanto en ella avia, y quitándole a Doña Leonor un hixo que tenia a los pe-

chos, le estrellaron inhumanamente contra una pared. Pasaron a la estancia de el Capitan Don Miguel de la Lastra, caballero del orden de Santiago y contador y Oficial Real de la Concepcion, persona de muchas prendas y estimacion, y le captivaron el mayordomo español con su muger y otros tres españoles y muchos indios y indias que tenia en su servicio, haziendo el mismo saco en la hazienda. Lo mismo hizieron en las estancias de Don Salvador Manrique, Alferez Campos y otros, captivando, hiriendo y matando a quantos se ponian en resistencia. Y aunque fueron muchos los captivos, ubieran sido mas si no sucede el fracaso en dia de pascua, que por serlo avian ido muchos a la ciudad de Chillan, y por eso se escaparon del fuego abrasador de el enemigo, que no dexó cosa que no consumiesse.

Hizo el enemigo otra quadrilla que dió en los potreros de la ciudad y se llebó todos los caballos, con que ni los soldados ni los vecinos pudieron seguir el alcanze de el enemigo, que como astuto, el primer lanze en que pone la mira es en coger los caballos a los españoles para cortarles los pies y quitarles las principales fuerzas y imposibilitarlos a seguirlos: con que se fué el enemigo muy contento y jactancioso a sus tierras, cargado de despoxos y de captivos. Y todas estas desgracias y malas suertes se lloraban y experimentaron por no aver querido admitir de paz a Guilipel y a Tinaqueupu quando rogaban con ella y sufrieron tantos golpes por ver si con su sufrimiento podian obligar al Marques.

Salió el Sargento Mayor Francisco Rodriguez en seguimiento de el enemigo y a cortarle el paso de la cordillera por la silla de Velluga; mas, el astuto Guilipel le desmintieron y tomaron otro camino desusado y se fueron riyendo de los españoles. En el camino se les huyó Francisco Enriquez, un español que llevaban captivo, y quando llegó halló que su muger avia pedido, como varonil, veinte hombres al Marques para ir ella en seguimiento de el enemigo y quitarle a su marido: que tan alentadas como esto son las mugeres chilenas. Fué tambien en esta ocasion el Capitan Azebedo al Marques a pedirle gente para dar alcanze al enemigo y quitarle a su muger, y compadecido de sus lagrimas y admirado de el valor de la muger les dió algunos soldados a cargo de el Capitan Jaque; pero como el enemigo les llebaba tanta ventaxa, no sirvió su haliento mas que de mostrarse tiernos amantes y duros soldados. Pero la valerosa muger, llamada Maria de Toro, enjugó mas presto las lagrimas que el Capitan Azebedo, porque luego vió a su marido y amante Francisco Enriquez libre de el captiverio por su industria y valiente determinacion de huirse de en medio de los enemigos. Mas, el dolor y lagrimas de el Capitan Juan de Azebedo duraron mucho tiempo, por amar tiernamente a su esposa y ser tan digna de sus finezas a causa de valerle las repetidas diligencias que hazia para rescatarla, y como amante y honrado no se quiso quitar la barba ni comer pan a manteles, guardando estas y otras leyes de los libros de caballeria, hasta recobrar su esposa.

CAPITULO XXII.

Sale el Marques con su exército a encontrar por tierra a Valdivia la armada que el Virrey embia por mar a poblar el puerto y ciudad de Valdivia.

Ordena el Virrey al Marques que vaya por tierra a Valdivia] a encontrarse con la armada. — Trata Guilipel de echar gente a maloquear las tierras de los españoles mientras van a Valdivia. — Captivan a un cacique de importacia y saben que no ha llegado la armada. — Vuélvese el exército porque el enemigo intenta dar en las estancias. — Cogen en una emboscada y matan muchos indios. — Viene un indio de la Mocha a dar aviso de la armada. — Vino un barco de la armada a la Mocha por aves y carneros. — Embia el Marques los dos campos a coger lengua para certificarse. — Dizen todos los captivos que vino la armada a Valdivia.—Vuelven a hazer otra maloca para certificarse. — Viénense algunos captivos y Francisco Fris. — Húyense de Lima seis indios por la cordillera. — Mueren los cinco de ambre y trabaxos. — Viene el uno a su tierra, la de Tinaqueupu. — Indúcele a que vaya a maloquear a Mendoza. — Maloquea Catalan a Levipangui; pelea con valor y vencen los españoles. — Embian los indios de la costa los indios presos a los de Yumbel para provocarlos. — Apurados los de la Imperial con las malocas, se iban la tierra adentro. — Cogen cuatro ladrones y házenlos cuartos.

Facilitaron tanto al Virrey, los que miraban de lexos las cosas, el poder ir el exército de Chile por tierra a Valdivia para juntarse con el que determinaba embiar por mar para poblar aquella antigua ciudad y fortificar la entrada del puerto, que hubo de escribir al Marques de Baydes que sin falta ninguna y sin replicar en eso, saliese a encontrarse con la armada que iba a poblar por la mar, caminando él con su exército por tierra, y acudiesse en esto al desempeño de sus obligaciones y a un servicio de el Rey de tanta importancia; y aunque el Marques reconocia las dificultades y los imposibles, obedeció procurando vencerlos y llegó con su exército hasta Quepe, rio de Boroa, que está media legua mas allá de el rio de la Imperial.

Y aunque Guilipel avia repartido su gente en cinco quadrillas para acometer al campo y encargado a Tinaqueupu que diesse en las estancias de los españoles mientras estaban en campaña, que las hallaria sin guarnicion ni defensa, el buen concierto con que marchaba siempre el exército y se aloxaba no le dió blanco ni lugar al enemigo para lograr sus intentos, que siempre va a la mira de algun desorden para hazer su hecho; antes en Boroa cogieron los españoles algunas piezas y captivaron a un cacique de mucha estimacion a quien todos daban la mano para hablar en los parlamentos por su grande elocuencia y retórica, el qual tenia una española de muy buen parezer, de las captivas de las ciudades antiguas, por muger, en quien tenia algunos hixos: llamábasse este cacique Buchamalal, y de él y de los captivos que cogieron supo el Marques que no avian venido navios ningunos a Valdivia y que Guilipel y Tinaqueupu, sabiendo el intento de los españoles y que se ale-

xaba tanto el exército y iba a Valdivia, logrando la ocasion que pudieran desear de hallar las estancias y las ciudades de los españoles sin defensa ni sin gente, echaban la suya a destruirlo todo y como señores de el campo no dexar estancia ni ciudad en pie. Y assi, aviendo aguardado el exército alli cuatro dias para ver si avia otra nueva, se volvió a retirar despues de averlos gastado en talar las sementeras, quemar ranchos y coger ganados. Y aunque estubieron cuatro mil indios juntos para embestir al exército y otros a las escoltas, quando se determinaron a ello ya el campo avia levantado el Real y comenzado a marchar. Mandó el Marques echar una emboscada en el camino, a cargo de el Capitan Don Pedro Flores y Francisco Xil Negrete, y se ocultaron tan bien, que entrando en ella cincuenta indios cogieron a muchos y mataron a otros que se pusieron en resistencia y pelearon arrestadamente; y entre los que apresaron fué uno un bizarro indio, nieto del grande Anganamon de Puren, que en la gentileza y en el valor con que peleó dió bien a entender quién era y el esfuerzo que de tan grande general avia heredado.

Dos meses despues de retirado el Gobernador de la campeada, vino un indio de la isla de la Mocha, embiado de los caciques de ella, a avisar al Marques como avian llegado a Valdivia navios de españoles y que un varco de la armada avia ido a la isla a comprar gallinas y corderos, de quien supieron cómo venia el hixo de el Virrey a poblar aquella plaza. Fué nueva de mucho gusto por ver reparada una ciudad y puerto que era la defensa de estas Indias Occidentales, porque con eso se le estorvaba al enemigo maritimo el hazer pie en el mexor puerto deste mar del sur y que tanto ha apetecido y intentado poblar; y fué para este Reyno de Chile el único bien y reparo, porque con esa poblacion los indios que andaban varios y se querian arrimar al ingles para hazer guerra a los españoles, se hallaron sin arrimo y cayó toda su esperanza.

Para certificarse mexor de la venida de la armada de el Perú y no creerse solo de el dicho de un indio, ordenó el Marques que cada uno de los campos saliesse por su camino diferente con todos los amigos a coger lengua y a castigar al enemigo, y que supiesse que por dos partes tenian ya españoles que los acosassen y reprimiessen su altivez. El campo de Arauco corrió las tierras de la Imperial y por ser sentido no hizo suerte de consideracion, y el campo de Yumbel, aviendo echado treinta indios a cortar los caminos, dieron con unos indios que tenia Guilipel para hazer una entrada a los potreros de los españoles a hurtar caballos y captivaron seis y pusieron a los demas en huida; y de éstos supieron cómo no avia otra cosa en toda la tierra, sino que avia llegado la armada a Valdivia, y por asegurarse mas y tener nuevas mas ciertas, si ya no fuesse por la golocina de las piezas, que siempre se palió con algun color, mandó despachar en lo riguroso de el imbierno novecientos indios de Arauco y la costa con cien arcabuzeros españoles a la Imperial para coger lengua, donde, hallando a los indios sobre aviso y puestos en arma, pelearon valientemente de una y otra parte, cogiéronse algunas piezas que dieron la misma noticia de la armada, viniéronse de paz algunos y entre ellos Francisco Fris, español de los captivos de las ciudades antiguas, con muchos hixos, mugeres y parientes, que a la usanza de los barbaros (como criado entre ellos) tenia muchas mugeres. Sacóse de este viage gran fruto en reducir a este hombre perdido al gremio de la Santa Iglesia, que se casó (segun ella ordena) con una y dexó

las demas mugeres, y sin esto se baptizaron algunas cuarenta personas que convirtió el Padre Juan Moscoso, de la Compañia de Jesus, misionero fervoroso y apostólico.

En esta misma ocasion se huyó de tierras de el enemigo un captivo llamado Puñalebi, indio muy amigo de españoles, el qual refirió que en las tierras de Tinaqueupu avia visto un indio que aviéndole llevado a vender a Lima por esclavo con otros seis, se huyeron todos de Lima y marcando la cordillera se volvieron a su tierra, caminando muchas leguas y pasando cordilleras nevadas con tan inmenso trabaxo y ambre, que con ser tan alentados estos indios para el trabaxo murieron los cinco y este solo quedó vivo y vino a salir a San Juan, en la provincia de Mendoza, y volviendo a pasar la cordillera fué caminando hasta llegar a su tierra, que es Culacura, donde habita el valiente Tinaqueupu, al qual solicitaba este indio para que fuesse a hazer una entrada a la provincia de Mendoza, facilitándose, ofreciéndose a guiar y aficionándole con el interes tan grande que alli tendria de ganados y hazienda sin resistencia ninguna, porque alli vivian los españoles muy descuydados de la guerra, sin armas y sin prevencion, y que estubo en ello Tinaqueupu, que si la intenta destruye aquella provincia, porque los españoles son pocos, divididos y desarmados. Lo qual, sabido por el Marques, previno como soldado el daño, y porque donde ay pillage no les acobarda a estos indios dificultad ninguna de camino ni peligro, embió el Marques cien soldados arcabuzeros, con que reparó el daño de la ciudad de San Juan y de Mendoza.

Dentro de pocos dias volvió a hazer otra entrada el Capitan Juan Catalan a la Imperial a las tierras de el cacique Levipangui, que significa Leon ligero. Era este un indio de estatura agigantada, muy valiente y animoso y que lo mostró bien en la resistencia que hizo en esta ocasion a los españoles, porque peleó valentissimamente y duró mucho tiempo la batalla, con mucho derramamiento de sangre de entrambas partes; pero al fin pudo mas la porfia y el valor de los españoles y de los nuevos amigos de la costa, que eran mas. Murieron algunos de una y otra parte y cogiéronse muchas piezas y ganados, y como los indios de la costa eran los continuos en las malocas y en hazer la guerra en favor de los españoles de el tercio de Arauco, y los amigos pertenecientes al tercio de Yumbel hiziesen pocos empeños, para obligarlos a empeñarse y para avergonzarlos con la emulación y hazer ostentacion de sus victorias embiaron los indios de la costa dos indios de los que avian captivado para que a su usanza los matassen y que les pagasen la ofrenda en la misma moneda, embiándoles ellos otros de los que cogiessen. Con estos asaltos y malocas que el Capitan Catalan hazia a los indios de la Imperial con los nuevos amigos de Paicabi y la costa, no sabian dónde meterse y andaban todos sobresaltados y temerosos, soñando en Catalan, y por huir de su rigor se iban metiendo la tierra adentro, desamparando las tierras fértiles y hermosas de la Imperial y metiéndose en las de Tolten, estériles y pedregosas. Y con el cuidado de tener los nuevos amigos sus centinelas a lo largo y los caminos cogidos, no les entraba indio de el enemigo que no lo pagasse, como les aconteció a cuatro indios que entraron a hurtar caballos en nuestros potreros, que cogiéndolos el rastro los indios amigos los fueron por él buscando por los montes, y dando con ellos los cogieron a todos, y llebados al Marques los mandó hazer cuartos y ponerlos en los caminos para escarmiento de los demas.

CAPÍTULO XXIII.

Captiva el Comisario Domingo de la Parra al gran cosario y valiente Tinaqueupu, y cómo fué su prision por ser indio de tanta importancia; principio de las felicidades y de las pazes. Refiérense las diligencias que hizo para poner de paz todas las provincias y cómo rescató la muger de Acevedo.

Salen los dos campos a guerrear. — Pelea el Teniente Montero con los corredores del enemigo y cógenle un indio. — Pónese el enemigo en cobro con la lengua que cogió. — Maloquean los dos campos y pelean. — Ay muertos y heridos de entrambas partes. — Pelea el Comisario Parra con Tinaqueupu y ríndele. — Desnúdanle los indios y vístele Parra quitándose una manta. — Pídenle los indios con grande instancia para matarle y cantar victoria con su cabeza. — Defiéndele Parra y no se le da por esperar de su vida muchas conveniencias. — Encarga Parra al Sargento mayor que honre a Tinaqueupu por esperar mucho de él. — Vístele el Sargento mayor, trátale como libre, siéntale a su mesa y házele grandes honras. — Hállasse tan obligado y agradecido, que todo es cuidar de el desempeño. — Házele el Marques muchas honras y agasaxo. — Promete agradecido poner de paz toda la tierra. — Son unos de parecer que son promesas de captivos, y sienten los que le conocen que lo puede hazer. — Vienen mensageros a ver a Tinaqueupu y a significar el sentimiento de su tierra por su captiverio. — Admiran verle en tanta honra y estimacion. — Dízeles cómo en su desdicha ha estado su ventura y que digan a todos que den la paz. — Pide el Capitan Juan de Acevedo el rescate de su muger por medio de Tinaqueupu. — Offrece Tinaqueupu el traherla sin falta. — Piden que le degen ir a su tierra, que importará mucho su ida y el verle honrado para poner la tierra de paz. — Juzga el Consexo de guerra que se le dé libertad y que vaya a su tierra. — Que mas se gana con el agasaxo y el agrado que con el rigor de la guerra. — Solicita Ayllacuriche la paz por rescatar a su hermano. — Llegado Tinaqueupu puso grande esfuerzo en que todos dejassen les armas y diessen la paz. — Quita Ayllacuriche la muger de Acevedo al indio que la tiene. — Trahe al Nacimiento Tinaqueupu la captiva. — Agradezen todos a Tinaqueupu el haberla trahido y el haber puesto la tierra de paz con su hermano.

Es grande ardid y maestria en la guerra acosar al enemigo, sin dejarle cobrar fuerzas, y fatigarle de continuo en sus tierras para que no tenga brios ni lugar de venir a las nuestras; y assi, como tan soldado el Marques, ordenó que los dos campos saliessen con todos los indios amigos de Arauco, San Christóval y los nuevamente reducidos en la costa y Santa Fee, y executado con diligencia, juntaron en Puren sus fuerzas el Sargento Mayor Francisco Rodriguez y el Maestro de campo Juan Fernandez, que prevenido embió al Teniente Diego Montero a coger los pasos con cuatrocientos indios de los de su cargo de Paicabi, y encontrando sus reconocedores con los de el enemigo, que todos andaban vigilantes y solícitos en hazer entradas, pelearon unos con otros y nos cogieron dos indios reconocedores, de quienes supo el enemigo cómo los dos campos salian en su demanda, y aunque no les supieron dezir a donde enderezaban la marcha, porque lo tenian secreto el Maestro de campo y el Sargento Mayor, por estas contingencias, y conforme los accidentes mudan de ordinario las determinaciones, retiráronse los enemigos con los dos

prisioneros a guardar sus tierras y a poner en cobro su gente y sus ganados. Dió aviso de lo sucedido el Teniente Montero al Maestro de campo y al Sargento Mayor, juntándose en Puren con el resto de el exército, y entrando en consexo se determinó que saliessen luego trescientos soldados españoles ligeros, a dos caballos cada uno, y mil indios amigos, divididos en dos quadrillas. Llebó la una el comisario Domingo de la Parra con los españoles y los indios de Yumbel, y el Capitan Juan Catalan la otra con los de Arauco, y dando la una quadrilla sobre Culacura y la otra en Maquegua, maloquearon entrambas, cogiendo muchas piezas y ganados, y pelearon igualmente, porque en una y otra parte hallaron valiente resistencia y indios muy valerosos y arrestados que pelearon con gallardia. Matáronnos tres indios amigos y salieron muchos heridos, y assimismo hirieron a muchos españoles que pelearon con arresto y valentia. Pero de la parte de el enemigo fueron mas los muertos y los heridos, porque la victoria quedó por de los españoles y los enemigos huyeron viéndose apurados y en peligro de quedar todos muertos.

La batalla mas dichosa fué la que tubo el comisario Domingo de la Parra con treinta indios que regia y animaba el valeroso Tinaqueupu, que aviendo salido a cortar los pasos y cuydar de los caminos dió de manos a voca con los nuestros y peleó con tanta vizarria que dió bien en que entender a los nuestros; pero el comisario Parra los apretó de suerte que matando a ocho indios y hiriendo a muchos, los obligó a poner en huida a los demas, y a Tinaqueupu, despues de aver peleado con grande valor y arresto, le sugetó a su brazo, porque aunque le pudo quitar la vida, como le conoció por nombrarse él y sabia que era indio de tanta importancia, assi por ser tan noble como valiente, peleó con él hasta rendirle y obligarle a darse. Fué grande el gusto de todos con tan buena suerte, y los indios amigos, acometiendo a Tinaqueupu, le despoxaron luego, quitándole las armas y los vestidos, porque cada uno queria llebar algun despoxo de tan gran capitan, y como son codiciosos le dexaron tan en carnes y poco decente, que compadeciéndose de él el comisario Parra y haziendo como valiente, que siempre los que lo son se compadecen de el rendido, le echó encima una manta, quitándosela de su abrigo, de que quedó notablemente agradecido, y mucho mas porque le defendió de los indios amigos, que son grandes carnizeros y crueles unos con otros y le querian luego matar alli a su usanza y cantar victoria con su cabeza: que en captivando un indio valiente o de importancia, es su mayor triunfo el quitarle la cabeza y sacarle el corazon para comérsele. Y reconociendo Parra que este indio podia ser de mas importancia vivo que de gusto a los indios amigos muerto, le defendió de su saña, y aunque por todo el camino le iban pidiendo y importunando porque se les diesse para teñir en su sangre sus flechas y sus lanzas y animar a sus soldados con su cabeza, se tubo firme en defenderle y en no dársele, esperando de su vida muchas conveniencias, y por todo el camino le trató con mucha honra y buen agasaxo, tratando con él de los rescates de los españoles y españolas captivas y de la paz universal de toda la tierra, que para estos effectos no avia en toda ella indio mas noble, de mas autoridad ni mas temido.

Y assi, llegado que fué al tercio de Yumbel a la presencia de el Sargento Mayor Francisco Rodriguez, se le presentó diziéndole la calidad de la persona y lo mucho que importaba no tratarle como a captivo, sino obligarle con agasaxos y hon-

ras, de que se dan por muy agradecidos estos indios, y que las esperanzas que en este cacique avia, eran muy grandes para muchos y buenos efectos de el bien publico. Y hízolo tan bien el Sargento Mayor, que luego le vistió muy galan y le sentó a su mesa, haziéndole tratar a todos con grande respeto y diziéndole a él que no tubiesse pena por estar fuera de su tierra, que en su casa tendria quantas comodidades pudiesse desear, ni se mirasse como captivo, que él no le tenia sino como libre y compañero suyo en las armas, para disponer las cosas de la guerra y de la paz con su autoridad y consexo, y que como libre se paseasse por donde tubiesse gusto, y le dexaba ir donde queria solo con una posta a la mira porque no se huyesse. Y quando el Tinaquecupu pensó hallar la muerte y muchos ultrages, por las guerras y los daños que avia hecho, halló tantas caricias, tan buen tratamiento y tantas honras, que jamas las tubo semexantes en su tierra ni entre los suyos, y como noble lo agradecia y estimaba tanto, que estaba desvanecido de dichoso quando pensó verse abatido como esclavo; y como noble y que sabia estimar las honras, todo su cuydado era desempeñarse de tantas obligaciones y mirar qué podia hazer en servicio de el Rey y de los españoles, que aviéndoselos pintado el enemigo tan malos, los hallaba por la experiencia tan buenos.

Quiso el Marques ver a Tinaquecupu, que le conocia mucho de quando dió la paz y quando le detubo en su toldo como preso a él y otros caciques al romper las pazes y publicar la guerra y le despidió diziéndole que fuesse a tomar las armas porque dentro de tres dias le avia de hazer la guerra, cosa que sintió harto Tinaquecupu, porque deseaba mucho estar de paz; y ahora, con su noble condicion y agasaxo, le acarició y consoló mucho en su captiverio, diziéndole que no se tubiesse por captivo, que a persona de su nobleza. y de sus prendas no se le avia de tratar sino con el amor y respeto que experimentaria y que presto se veria en su tierra y en su libertad, que el tiempo lo iria todo acomodando, y que no tubiesse pena de estar entre los españoles, que no le trataria ninguno como a enemigo sino como a muy amigo: él le tendria por tal. Agradeció el barbaro los favores de el Marques y estaba tan vanaglorioso y contento de las honras que todos los españoles le hazian, que confesaba que toda su dicha avia estado en su mayor desdicha, que no ay mal que no venga por bien y que le avian de invidiar todos los caciques de su tierra su felicidad, quando le juzgaban por infeliz, y que él haria de modo que el Marques y todos los españoles conociessen quién era Tinaqueupu y que sabia ser agradecido, y cómo con su buen tratamiento avian ganado mas que podrian adquirir y sugetar con las armas; que si con ellas pudieran sugetar a algunos, él se los avia de rendir a todos, y que con el buen tratamiento de un captivo avian de ganar a todo el Reyno, porque él haria que toda la tierra diesse la paz. Y aunque parecian a muchos promesas de captivo, que por verse libres prometen mucho y en viéndose en su libertad no cumplen nada, diziendo que prometieron sin libertad y por conseguir, y que no les obliga la palabra no siendo libre y espontanea, pero los que le conocian eran de parecer que lo podia hazer mexor que dezirlo, y que obligado con caricias lo haria, porque demas de que él tenia grande autoridad y era muy temido, tenia dos hermanos muy poderosos, el uno llamado Ayllacuriche, que significa Nueve negros, y el otro Guaiquimilla, que quiere dezir Lanza de oro, que si tomaban la ma-

no pondrian toda la tierra de paz por libertar a su hermano.

Vinieron luego caciques y mensageros de las tierras de Aliante y Culacura pidiendo salvo-conducto para entrar a hablar a Tinaqueupu y ver si estaba vivo o muerto, porque en su tierra era grande el llanto de sus mugeres, hijos y vasallos por él, y mayor la pena con que estaban sus dos hermanos, Ayllacuriche y Guaiquimilla. Concedióseles y hablaron muy despacio con él y admiraron el verle en tan diferente trage y estado, porque quando esperaban verle en una prision, desnudo y ambriento, en una cadena y con unos grillos, metido en una masmorra, le hallaron galan y bien vestido a lo español, gordo, lucido y bien tratado, honrado de todos y agasaxado de el Marques, paseándose libre por las calles y honrándole todos los españoles con mas estimacion y honra que él tenia ni pudiera tener en su tierra, y él les dixo, desvanecido y estimando el bien que tenia, que no se acordaba de su tierra ni echaba menos lo que en ella tenia, porque avia hallado entre los españoles mucho mas y su suerte avia sido su captiverio y su mayor ventura su desdicha, y que digessen a sus hermanos y a todos los de su tierra que para qué porfiaban contra su fortuna y buscaban su muerte en la guerra, pudiendo vivir con gusto en la paz y amistad de los españoles; que si a él, siendo su enemigo y su esclavo, le han hecho tantas honras y agasaxos, que el Marques le sienta a su mesa y le trata como libre y llena de dones, quando por su obstinacion merecia muchos baldones y castigos, no ay duda sino que les hará las mismas honras a los que fueren de corazon sus amigos.

Quiso lograr esta buena ocasion el Capitan Juan de Azebedo, que ni dormia ni comia, ní tenia hora de gusto, por ver captiva a su querida esposa, y sabiendo de los embaxadores cómo a su muger la tenian unos pegüenches con quienes tenia comunicacion y mando Tinaqueupu y su hermano Ayllacuriche, pidió al Marques que por su medio intentasse la libertad y rescate de su muger. Tratóselo el Marques a Tinaqueupu, diziéndole el gusto que tendria y que se daria por bien servido en que embiasse a su hermano Ayllacuriche a encargar que le tragesse aquella señora, a que respondió Tinaqueupu: "Eso, señor, delo Vuesoseñoria por hecho, que para cosas de mas importancia guardo yo el mostrar mi agradecimiento, mi poder y mi voluntad. El indio que tiene captiva a esa señora es mi vasallo y me la dará luego o se la quitaré, que en mi tierra no hay quien resista a mi querer ni estorve el cumplimiento de mi voluntad. Déxeme Vueseñoria ir allá, que yo dexaré aqui reenes sufficientes; suspéndanse las armas por algunos dias con algunas treguas, que aunque yo vaya, acá quedo preso y mas atado con los fabores que he recebido que con las cadenas que me pudieran aver puesto, que yo traheré en persona a esa señora, y importará mi ida para que sea pregonero de los fabores que he recevido de los españoles y para dar a entender a toda la tierra quan bien les está su amistad y obligarlos a que degen las armas y den la paz, que poder tengo para ello, como se verá por la experiencia. Mucho importará que me vean vivo quando me lloraban por muerto, faborecido y honrado quando me juzgaban aherrojado y despreciado. Sabrán que Tinaqueupu es tan grande que no solo entre ellos es obedecido y estimado, sino honrado y faborecido entre los españoles, y que ni las desdichas le abaten ni le humillan las fortunas, sino que antes le subliman y le engrandecen."

Pareció al consexo de guerra que se le

diesse libertad y que se fiasse el Marques de él, porque en un indio se aventuraba poco y haziendo confianza de él se podia ganar mucho, demas de que era indio de tanta importancia que haria mas de lo que prometia y por su medio se podian esperar muy buenos sucesos. El Vedor general Francisco de la Fuente, que le hizo grandes regalos y agasaxos, fomentaba con grandes veras lo mismo, y assi otras personas de cuenta: con que le embió a su tierra el Marques cargado de dones y muy agradecido, y luego vió por experiencia que como se le comenzó a llenar la tierra y rendir toda a sus alagos y caricias y que con ellas ganó mas que otros con la guerra, pues traxo tantos de paz, assi ahora la volvió a pacificar y rendir, mas con los beneficios y agrados que con los rigores de la guerra y con los ceños de ella, porque desde que publicó la guerra no ganó palmo de tierra, sino que antes tubo muchas pérdidas y malos sucesos, y si tubo algunas ganancias en malocas y muertes de indios, no se pueden computar por ganancias, porque no es ganancia perder el Rey vasallos quando se los pueden conservar, que aunque muchos son de parezer que estos indios son hijos de el rigor y que con él obran, tambien son racionales y se sugetan mas a un agasaxo y a un alago que a un desvio, que el desvio aparta y el agasaxo atrahe; pero como lo uno y lo otro es menester, a vezes la guerra es medio cierto para la paz, porque el enemigo bien castigado la estima despues mas con el escarmiento de los daños que la guerra le causan, y a nosotros nos acontece lo mismo, que muchas vezes despreciamos las pazes que nos offrecen los indios y nos hazemos de pencas (1) y de rogar en viéndonos un poco voyantes y faborecidos de la fortuna, y en dándonos los indios algunas manotadas y que nos apuran las desgracias y nos siguen los malos sucesos, deseamos pazes con los indios y las recevimos con gusto, como aconteció en esta ocasion.

Quando llegó Tinaqueupu a su tierra, ya su hermano Ayllacuriche, deseoso de agradar a los españoles y agradecido de las honras que a su hermano avian hecho y por ganar la voluntad al Marques para que le diesse libertad, avia hecho grandes diligencias por toda la tierra, hablando a los caciques enemigos para que dexassen las armas y de corazon diessen la paz y no provocassen mas al Marques. Y con la llegada de Tinaqueupu y las cosas que dixo a todos los caciques en los parlamentos y en las fiestas que hizieron a su recevimiento, ablandó los ánimos endurecidos y los movió a la paz. Fué luego su hermano Ayllacuriche a sacarle de el empeño en que venia de llevarle al Gobernador la española, muger de el Capitan Juan de Azebedo, y al indio que la tenia por esclava se la quitó con señorio, y a los catorce dias que avia pedido de término volvió puntual Tinaqueupu, y avisando en el Nacimiento de su llegada al capitan de aquel fuerte, fué una compañia de a caballos a recivirle y el Capitan Juan de Azebedo, vestido de luto y con la barba hasta el pecho, mostrando el sentimiento que tenia de el captiverio de su dulce y principal esposa, que llegó vestida en hábito de india, confusa y avergonzada de verse en ese trage delante de los españoles; niña de veinte años, hermosa y bien dispuesta, que vestida luego decentemente y conforme a su calidad con las galas que su marido la llebaba, pareció a los indios una reyna la

(1) Aunque esta espresion parece chocante, está bien empleada, i el diccionario la esplica así: "No consentir fácilmente en lo que se pide, aun cuando lo desee él que lo ha de conceder."

que poco antes hizo el papel de esclava. El contento de el marido fué extraordinario. Quitóse la barba, vistióse de gala y celebró su dicha y la libertad de su muger con aplauso y contento de los demas españoles y el agradecimiento debido a Tinaqueupu por su buena correspondencia; y mayor el agradecimiento y honras que le hizo el Marques por venir tan puntual y por embaxador de todos los caciques que a su persuacion le offrecian la paz y avian dexado las armas, llevándose Tinaqueupu y su hermano los aplausos de primeros motores de la paz, porque los dos sazonaron a todos los caciques y los rindieron con su autoridad y sus buenas razones a que se pusiessen a los pies de el Marques y le diesse la paz toda la tierra: gran felicidad de su gobierno y gran victoria de agasaxo!

CAPÍTULO XXIV.

Tiene aviso el Marques de el hijo de el Virrey de cómo ha venido con una armada a poblar a Valdivia. Hazen una maloca en que se cogió al que los indios tenian por el Dios de las Aguas, y haze otra el enemigo en que mató al Teniente Diego Montero y otros españoles.

Año de 1645. — Llega a Valdivia la armada de el Perú a poblar y da aviso al Marques. — Entre los tratos de paz hazen algunas malocas los indios amigos. — Llegan a maloquear a Budi y Tolten, donde nunca habian llegado. —Cogen muchas piezas. — Captivan al Dios de las aguas. — Fué grande el sentimiento de toda la tierra por parezerles que ya no habia de llover. — Invenciones y mentiras de el Dios de las aguas para hazer llover. — Llovia cuando Dios queria y atribuíalo a su poder. — Cuando llovia mucho usaba de otras piedras para dar a entender que él hazia que no lloviese. — Confiesa que todo es embuste y conviértese. — Retíranse amedrentados de Catalan a Tolten. — Estratagema de Guenchuquirque para maloquear a los indios de la costa. — Descúidanse los españoles por dezirles que a los quince dará el enemigo. — Hazen gran suerte en los amigos. — Matan a todos los soldados por hallarlos dormidos. — Escápasse uno que dormia en el monte. Pelea valientemente Diego Montero y mátanle. — Valentia de Juan Garcia Tenorio.—Llegó Guenchuquirque a pelear con Tenorio y queda muerto a sus pies. — Desguarnécesele la espada y captívanle. — Danle la vida por ser tan valiente. — Cuentan los que les han muerto y hallan que es uno de ellos su general Guenchuquirque y tienen gran sentimiento.—Matan a Tenorio por haber sabido que él mató peleando a Guenchuquirque. —Captiva el enemigo a un hixo de Tenorio; húyesse de el captiverio y viénese a Santiago y házenle indio de encomienda. — Estaba ausente Catalan cuando sucedió esta maloca. — El Sargento Villarroel acaudilló los amigos y quitó gran parte de la presa y mató muchos indios.

Viniéronle al Marques de Baydes despachos de Don Antonio de Toledo, hixo de el Virrey del Perú, en que le avisaba cómo avia llegado con su armada a Valdivia a seis de Febrero del año de 1645, y porque de su poblacion he de tratar despues, baste ahora dezir que le vinieron juntas las felicidades al Marques para dexar el Reyno fortificado y puesto de paz, que en este tiempo le vino nueva de sucesor en el gobierno y que su Magestad gustaba de que fuesse a gozar de sus estados. Y aunque mientras venia el sucesor se trataba de pazes, no avia cosa assentada de todo punto ni entera suspension de armas, porque los sentimientos en algunos estaban vivos y los deseos de venganza en los indios de la costa ardian todavia, y el apetito de las piezas en los españoles solicitando siempre mayores hambres, que no quisieran los soldados pazes sino piezas. Y assi los indios de Puren y Paicabi con el Capitan Catalan y el Teniente Montero, que los regian, hicieron un viage, juntando todos los indios araucanos y los amigos de la costa, hasta Tirua, y divididos en quadrillas maloquçaron las tierras de la Imperial, dando en las rancherias de Lebipangui y de Guenchuquirque, y pasando a la Imperial, llegaron maloqueando a las islas de Budi y a las margenes de el rio de Tolten, donde jamas avia llegado el español desde el alzamiento general de el Gobernador Loyola.

Fué grande el sobresalto y el asombro que causó en los indios su inopinada entrada. Cogieron muchas piezas y ganados, quemaron muchos ranchos llenos de comida, quitaron al enemigo muchos ganados, sacaron veinte naturales de captiverio y un español; trageron muchos indios captivos, y entre ellos al cacique Cheuquegueno, que causó gran sentimiento en toda la tierra por ser entre ellos un cacique de grandissima estimacion, por tenerle todos por el dios de las aguas y el señor de las llubias, persuadidos a que él las embiaba y hazia llover quando queria, y quando no, cerraba los cielos para que no lloviesse. Y assi lloraban su pérdida como uno de los mayores trabaxos y la mayor infelicidad que les pudiera aver sucedido, diziendo que ya no lloveria mas ni podrian sembrar; y nuestros amigos se gloriaban y vañaban de contento por averles quitado su remedio; y quando estaban en su tierra concurrian de todas partes a él llebándole dones y presentes y rogándole que hiziesse llober, y si les parecia que estaba enojado, le aplacaban con llevarle chicha, ovexas y hazerle parlamentos y rogativas; y como en aquella tierra no ay riego sino el de el cielo, les parecia que todos dependian de él, porque con sus embustes y artes diabolicas los tenia persuadidos a que era el señor y dueño de las nubes y que a su voluntad llovian y dexaban de llober.

Quando le iban a pedir agua, se hazia primero muy de el rogar, vendiéndoles el beneficio y pagándosele de antemano. Y para hazer llover o fingir que mandaba a las nubes que lloviessen, aguardaba a tiempos en que hubiesse nublados o corriese el viento norte, que en esta tierra es lluvioso, y entonces sacaba un cantaro donde tenia unas piedras redondas que avia cogido a la orilla del mar, haziendo grandes misterios de que eran piedras milagrosas y de gran virtud para atraher el agua. Poníalas junto al fuego y rociábalas, haziéndolas sudar al fuego; tomaba tabaco y incensábalas con él y luego echaba bocanadas de tabaco házia las nubes, haziendo sus invocaciones y ceremonias, con que tenia a todos suspensos y esperando la llubia; y despues de aver hecho todos estos embustes, llobia quando Dios queria. Y si acaso, despues de aver hecho sus invocaciones, llobia, aunque fuesse algo despues, blasonaba su poder y encarecia el beneficio, y todos le rendian grandes agradecimientos y alabanzas, y si no llovia se hazia de el enoxado y les echaba la culpa a ellos, y si acaso las aguas eran muchas, porque como estaban en la costa de el mar suelen continuarse por muchos dias y ser dañosas a los sembrados o estorvar para sembrar, le iban a pedir que no les hiziesse tanto mal y que se compadeciesse de ellos mandando cesar las aguas, llevándole siempre sus dones, porque vivia de el oficio, y para que las aguas cesasen y fingir que él lo hazia con su poder y con el poder y virtud de sus piedras, sacaba otras differentes que tenia en otro cantaro y las calentaba al fuego, sin echarlas aguas; incensábalas con tabaco y hazia sus invenciones, dando a entender que la sequedad de aquellas piedras expelia la humedad de las nubes y las ahuyentaba para que aclarasse el tiempo y cesasen las llubias, y quando Dios no queria no llobia. Pero estos ciegos barbaros estaban tan engañados de este embustero, que no creian ni se persuadian que hubiesse otra causa de las llubias sino su imperio y voluntad; mas, él bien conocia que todo era embuste y por el interes fingia que hazia llover, como me dixo a mí, predicándole y exortándole a que dexasse sus errores y se baptizasse, como lo hizo y se dirá en su lugar, quando se trate de las conversiones de los indios.

Salieron de sí los de la Imperial con estas pérdidas, y huyendo de el rigor con que les apretaban, se fueron retirando la tierra adentro hasta Tolten, temiendo a Catalan y a sus indios, que eran su azote. Mas el valiente Guenchuquirque los animó a tomar venganza. Hizo para esto un grande llamamiento para dar en los nuevos amigos de Paicabi y Ranculgue, que estaban a cargo de el Capitan Juan Catalan y de el teniente Diego Montero, y usó de una grande estratagema para cogerlos descuidados, que fué embiar cuatro indios a esas reducciones que fingiesen que se iban de paz a vivir entre ellos y que digessen como Guenchuquirque trataba de hazer una junta y hazia grande gasto para convocar toda la tierra y venirlos a maloquear, y que esperaba gente de lo mas retirado de Osorno, Valdivia y la Villarica, que a su parezer llegarian todos y se juntarian para la luna siguiente, que era de alli a quince dias; con que desvelados de que no darian tan presto se descuidarian y no se pondrian en arma hasta el tiempo señalado, y ellos les darian un albazo el dia siguiente y los cogerian de improviso y sin prevencion. Y como lo trazó, assi lo executó, con grande acierto, porque fiados los españoles en que avia tiempo para cortar los caminos, poner centinelas y aprestar las armas para esperar al enemigo, no previnieron nada de esto y se echaron a dormir muy descuidados. Barbaridad que pagaron despues con las vidas, por vivir con tan poca cautela en frontera de el enemigo.

Estando durmiendo y muy descuidados, llegó Guenchuquirque al cuarto de el alba, y repartiendo sus quadrillas, y animándolas con una breve y eficaz exortacion echaron el miedo fuera sin ruido ninguno y como leones desatados acometieron a los nuevos amigos, y hallándolos durmiendo hizieron un gran destrozo en ellos, hiriendo, matando y captivando a muchos. Y la mayor suerte fué que estaba el teniente Diego Montero con diez soldados españoles para la defensa de aquellas reducciones, y cogiéndole a él y a los suyos dormidos, los embistió la junta y mató a todos los soldados, escepto uno, que aquella noche dixo al teniente Montero que era demasiado confiado, que cómo dormian alli sin un malar, ni fuerte ni postas; que aquello no era estar como soldados sino como barbaros, y que no queria dormir alli sino irse a dormir al monte; y valióle la advertencia y rezelo para no perezer con los demas y para que ubiesse quien traxesse la nueva, como la traxo, a la Concepcion al Gobernador y se la dió primero al Maestro de campo en Arauco. El teniente Diego Montero, aviéndole pegado fuego a su rancho, que era de paxa, para quemarle dentro, tomando su lanza, que era hombre valeroso y muy temido de el enemigo, salió con ella en camisa y peleó valentissimamente, hiriendo a unos y matando a otros, pero como cargaron tantos sobre él y era de noche, que no podia ver las puntas que le tiraban, y todos apuntaban al blanco, le cosieron a lanzadas y murió a costa de muchas vidas.

Estaba con él Juan Garcia Tenorio, lengua que avia sido muchos años en differentes reducciones de Arauco, natural de San Lucar de Varrameda y gran soldado, que en esta ocasion mostró su valor peleando con una espada ancha con grande esfuerzo, hiriendo y matando muchos indios, y como no le podian entre todos sugetar ni venzer, llegó el valiente cacique Guenchuquirque a probar su valor con él para sugetarle o quitarle la vida, y aunque llegó con grande arrogancia diziendo: qué hazeis aqui tantos que no acabais con este español? quando llegó él a medir su lanza con él, se la cortó con tal destre

za y le dió tal cuchillada, que partiéndole la cabeza derribó a sus pies la soberbia de este barbaro. Merecia vivir tan valiente soldado, y los mismos enemigos, que se pagan de un hombre valiente, lo juzgaron assi y le dieron la vida, en ocasion en que le pudieron matar por tener consigo un hombre tan valiente, y fué por desgracia que estando peleando y haziendo plaza, sin que indio ninguno le pudiesse herir por ser tan presto en matar y cortar lanzas, se le desarmó la espada ancha con que peleaba, con que reconociendo el enemigo que le faltaban las armas, le dixo que se diesse, que a tan buen soldado no querian matarle sino tenerle consigo para su ayuda y compañero en armas, y llebarle por triunfo de su victoria, como le llebaron a él y una india que le servia, prometiéndole de darle la vida y faborecerle, que ya por su nombre le conocian como avia tantos años que gobernaba los indios amigos y se nombraba en las batallas, que era el mexor arcabuzero que avia en el tercio de Arauco, y para todas las ocasiones de aprieto luego llaman a Tenorio; que al indio a quien él apuntaba era cierto el derribarle, y en ocasiones de aprieto hizo tiros afamados.

Mas aunque le dieron la vida y le llebaban muy contentos a su tierra, aviéndose aloxado con la pressa de las piezas y ganados que llebaban, hizieron cómputo de la gente que les avia faltado en la reñida pelea: hallaron ser muchos muertos y que les avian muerto a su general Guenchuquirque. Fué grande el sentimiento que tubieron por averles faltado su cabeza, y ni la suerte buena que avian tenido ni las piezas y ganados, reputaban por pressa ni victoria, ni juzgaron aver ganado nada por aver perdido a su caudillo y a un tan gran soldado y que su buena traza y valiente disposicion les avia dado aquella victoria, y diziendo uno que aquel captivo Tenorio le avia muerto peleando con él, fué tal la saña y el enoxo que todos cobraron contra él, que digeron a vozes: ¡muera, muera! Y aunque se levantó esta voz, algunos le defendieron diziendo que nó merecia morir, pues avia muerto a su general como soldado y peleando; que la guerra trae eso, y que con aver muerto a un hombre tan valiente se avia acreditado y se haria temer en las batallas, y vivo les podria ser mas provechoso, y muerto no les era de ningun provecho ni era valentia matar a un rendido. Mas nada de esto pudo contener a la furia de los mas, que arremetiendo a él le levantaron en las lanzas y cortándole la cabeza y sacándole el corazon se le comieron a vocados.

Assi acabó este valiente soldado, y poco antes, en la maloca en que mataron a Moncibay, le captivaron un hijo, que tambien era soldado juntamente con su padre en el fuerte de Paicabi, el qual, aviendo cogido una pieza y retirándose con su quadrilla, cayó en manos de una tropa de enemigos que le hirieron y llebaron captivo. Y al cabo de dos años se huyó de el captiverio, y viniéndose házia Santiago, como salió de tierra del enemigo, en hábito de indio, se andubo assi algunos años por encubrirse que era soldado y que no le llebassen otra vez a la guerra. Y viéndole en ese trage no faltó quien digesse que era indio de su encomienda, y con ser español y soldado de el Rey, por la codicia de el servicio personal le hizieron indio de encomienda, sin que le valiesse el pleitear despues y traher muchos testigos que le conocieron siendo soldado, ni el testimonio de su cura y vicario de el fuerte de Paicabi, que le conoció, confesó y juró que era él. Que por servirse de él y de sus hijos hallaron pruebas para condenarle a perpetua servidumbre, con que aburrido, viendo que no valia su justicia, se valió de sus pies y

de su diligencia y se fué por ese mundo adelante.

No estaba el Capitan Juan Catalan en el fuerte de Paicabi quando vino esta junta de Guenchuquirque a maloquear a los amigos que estaban a su cargo, que avia ido a Arauco, y hizo harta falta en esta ocasion, que como tan gran capitan ubiera prevenido el lanze y salido al alcanze de el enemigo. Pero suplió su ausencia el Sargento Juan de Villarroel, lengua de la reduccion de Ranculgue, que acaudillando los indios amigos, salió con ellos al ataxo del enemigo y peleando con él mató muchos indios y les quitó gran parte de la presa, y los demas derrotados se metieron en los montes y se esparció de suerte que ya no llebaba cuerpo ni era posible seguirle por ser tan grande la espesura de las montañas.

CAPÍTULO XXV.

Puebla a Valdivia el Marques de Mansera, Virrey de el Perú, gobernando a Chile el Marques de Baydes. Trátasse de la importancia de esta poblacion y lo sucedido en ella.

Descripcion de Valdivia. — Pretenden las otras naciones poblar a Valdivia — Su Magestad ha mandado varias vezes que se fortifique Valdivia. — El Conde de Chinchon tubo cedula particular y hizo algunas diligencias, y resfriáronse. — Que son tardos los socorros de España y llegan despues de sucedido el daño. — Aviváronse las diligencias despues que el holandes pobló a Valdivia. — Previene el remedio el Virrey, Marques de Mansera. — Embia el Virrey su hixo con la armada. — Contradicen muchos la poblacion de Valdivia. — Parecer para que se pueble; que despues de poblado el enemigo, será mas dificil echarle. — Cedulas que lo mandan. — Resuélvese la poblacion. — Año de 1645. —Toma posesion de Valdivia Don Antonio de Toledo a 6 de Febrero. — Pertrechos para la poblacion en abundancia.— Bastimentos.— Los Padres de la Compañia van a la poblacion por capellanes y misioneros. — El provincial de el Perú dió al principio Padres de la Compañia. — Despues los dió el Provincial de Chile. — Pueblan en la isla de Constantino frailes de San Francisco. — Van cuatro Padres de San Juan de Dios para un hospital.

Fué en un tiempo la ciudad de Valdivia el capitolio de los trofeos de los españoles y el herario de sus riquezas. Poblóla el Gobernador Don Pedro de Valdivia, de quien tomó el nombre, y duró cuarenta y cinco años en su prosperidad, hasta que los indios quitaron la vida al Gobernador Martin Oñez de Loyola, y con este mal sucesso de los españoles y bueno de el enemigo se rebelaron todos y destruyeron una de las mas ricas y opulentas ciudades que avia en las Indias, de gran trato por los muchos navios que a ella concurrian a la fama del oro riquissimo, abundante y de muchos quilates que daban sus minas, tablas, madera, ropa y cosechas, y por la comodidad de el puerto y surgidero de los navios, que llegaban por el rio hasta la misma ciudad, por ser tan sondable, y con una tabla que echaban a tierra saltaban de el navio a la ciudad. Llegaron las noticias de las riquezas de esta ciudad y comodidades de su puerto, tan a proposito para fortificarse en él, a los oidos de las otras naciones de Europa enemigas de la monarquia de España, y que en ninguna parte de las Indias podian tener mas comodidades juntas para hazer pie y paso para robar el tesoro que va de el Perú. Y assi han tratado muchas vezes de venirla a poblar y pasar de el Brasil a Chile por el Estrecho de Magallanes para enseñorearse de sus costas.

Para cuyo reparo ha despachado su Magestad differentes cedulas, encargando a los Virreyes de el Perú la fortificacion de Valdivia, y al Conde de Chinchon, Virrey de el Perú, le despachó una en diez y ocho de Mayo de 1635 en que le dize que aviéndose reconocido de mucho tiempo antes quán importante era fortificar el puerto de Valdivia, de el Reyno de Chile,

y aviéndose tratado de ello en esa sazon con ocasion de la poblacion que los holandeses pretendian hazer en las costas de el Brasil, y juzgándose que seria posible que a vueltas de ello intentassen apoderarse de dicho puerto, con notable daño y perjuicio de todas las provincias, que fortificase dicho puerto, y con esta ocasion mandó ver quanto se hallaba escrito en esta materia, y confiriendo la importancia de el caso, embió a Don Francisco de Quiros, cosmografo mayor y capitan de fortificaciones, para que sondasse y reconociesse los puestos donde se podian hazer fuertes en el dicho puerto. Y estas y otras diligencias que en otros tiempos se han hecho, se resfriaron, por ser muy ordinario no embiar el socorro hasta que la misma necesidad obligue, ni reparar la casa hasta que ya se cae por alguna parte y abriendo vocas pide su remedio: que este es el achaque de el socorro de España, que siempre llega despues de sucedido el daño, y las otras naciones le llaman *Auxilium Hispanicum*, notándonos de tardos en los socorros. Y assi aconteció en Valdivia, que todo se avia ido en buenos deseos y en trazas y arbitrios hasta que el enemigo holandes se nos metió en el puerto y le ocupó con no pequeño cuydado nuestro. Y con esta ocasion se avivaron las diligencias y se allanaron las difficultades, que jamas se avia hallado ramo de que asirse, aunque vian el ahogo, ni de donde sacar los gastos ni gente suficiente, si no es que viniesse de España, ni persona que tomasse a su cargo la poblacion, aunque se avian prometido grandes premios de parte de su Magestad a quien se quisiesse encargar de ella.

Todo lo facilitó el grande ánimo de el Excelentissimo Marques de Mansera, Virrey de el Perú, que sintiendo no se ubiesse prevenido antes el daño, luego que supo cómo el ingles avia poblado el puerto y ciudad de Valdivia, hizo las prevenciones que pedia tan grande mal y riesgo como el que amenazaba a todo el Perú si el enemigo ingles hazia pie en estas costas, y previno con brevedad una armada de doze navios con tres mil hombres, ciento ochenta y ocho piezas de artilleria y los bastimentos y armas necesarias para el exército. Nombró por Capitan General a su hixo primogenito Don Antonio de Toledo, y su ardor tubo hartos impulsos de venir en persona, y ya que las ocupaciones no le dieron lugar, no quiso que ocupasse el suyo sino su hixo. Por Almirante nombró a Don Francisco de Guzman y Toledo, y eligió capitanes de valor y experiencia, dando a todos las instrucciones necesarias.

Destinóse a los principios esta armada para desaloxar al enemigo y si le hallassen en la mar pelear con él; pero teniendo nueva, aunque confusa, porque no se sabia si avia salido a robar o buscar bastimentos por las costas de el Perú para proseguir con la poblacion comenzada o si avia dado la vuelta por el Estrecho de Magallanes, hizo juntas sobre si convendria poblar la ciudad de Valdivia y fortificar su puerto, sobre que ubo varios parezeres: que los zelosos de la hazienda real dezian que se le acrecentaba a su Magestad un nuevo gasto de mas de ciento y cincuenta mil pesos cada año que eran necesarios para sustentar y conservar la gente de guerra para que aquel puerto estubiesse bien fortificado, sin mas fruto que de una contingencia, porque el ingles no se avia podido sustentar alli y se avia desengañado del poco fruto que tenia de aquella poblacion y que no volveria mas; que la gente de guerra que alli se pusiesse avia de perezer tambien de ambre y verse obligada a retirarse, como lo hizo el ingles, y que estaba a riesgo de que el enemigo de tie-

rra con emboscadas los fuesse acabando, y no siendo posible unirse las armas de Chile con las de Valdivia (como dezia el Gobernador de Chile) por aver tantos enemigos en medio, no se conseguia ningun fruto.

Mexor discurrieron los que fueron de parezer que se poblasse Valdivia, fundados en que si al ingles le faltaron los bastimentos y pertrechos, fué por avérseles perdido el principal navio que los trahia, segun pensaron por no aver parecido y vuéltose al Brasil, y que teniendo la mira los holandeses y los ingleses a poblar ese puerto, por las noticias que tienen de su fortaleza y de la riqueza de oro de sus minas, y que llebándolas ahora con la experiencia de los puestos tan a proposito para hazer fuertes en la entrada y imposibilitar que les entre un navio tan solo, y las comodidades que vieron de tanta madera para las fábricas de navios y del amor con que los indios les dieron la paz y les offrecieron sus minas y pelear en su compañia contra los españoles, no se puede dudar sino que han de volver a intentarlo con mayores fuerzas y mexores prevenciones, y que una vez poblados avia de ser dificultosissimo el echarlos y quiza imposible, y si eso aconteciesse, despues sentiriamos sin remedio el no aver poblado anticipadamente, y que si entonces no se reparara en gastos, aunque se hiziessen mucho mayores que no se debia reparar ahora en ellos, pues era mas facil y a menos costa poblar nosotros que echar al enemigo bien fortalezido y poblar, como se ha visto en Pernambuco y otras partes, en cuyas expugnaciones se ha gastado gente, armas y dinero en abundancia y sin fruto; que el estar apartados de Holanda ni la falta de bastimentos los obliga a desistir; que facil les seria el sembrar en trayendo gente harta, y harta podian traher de el Brasil y otras partes, y en otras provincias de la India oriental, bien distante de sus tierras, no les falta modo para sustentarse, como en las Molucas y otras provincias donde permanecen inexpugnables al poder de España, aunque por Goa y Filipinas se ha intentado su expulsion muchas vezes, y que para acabar con la guerra de Chile era importantissima la poblacion de Valdivia, porque demas de que avia offrecido mil indios de paz el cacique Manqueante, puestos alli los españoles avian de sugetar a todos los circunvecinos y con ellos coger en medio a los de la Imperial y Tolten, con que se ayudarian las armas de Chile y las de Valdivia y acabarian con el enemigo de tierra y se ayudarian quando viniesse el enemigo de la mar. Y ultimamente, que su Magestad ha mandado repetidamente por muchas cedulas que se fortifique Valdivia a costa de su real hazienda si no hubiere otro modo ni persona que haga la poblacion a su costa con la esperanza de los premios y mercedes prometidas, y desde que fué Virrey el Principe de Esquilache hasta ahora todos los virreyes avian tratado de hazerlo y ninguno lo avia conseguido, y que ya que su Excelencia, con el gran zelo de el servicio de su Magestad y con su extraña solicitud, avia juntado una tan grande armada, que no era justo malograr tan buena ocasion y que su Magestad sentiria el verla perdida, y mas aviendo visto poblado ya alli el enemigo: que no ay mexor maestro de milicia ni quien mexor enseñe lo que se ha de hazer, que el mismo enemigo, pues él enseña a prevenir los lanzes y a cubrir la parte por donde apunta la herida. Todos aprobaron este discurso y parezer, que al punto se puso en execucion, y se dieron las ordenes para hacer las fortificaciones de el puerto de Valdivia.

Salió a la execucion Don Antonio de Toledo y Leiba de el puerto de el Callao a treinta y uno de Diciembre de mil y seis cientos y cuarenta y cuatro, y con feliz navegacion surgió en el puerto de el Corral a seis de Febrero de cuarenta y cinco, despues de treinta y seis dias de navegacion. Comenzó luego a executar puntualmente las instrucciones de el Virrey, su padre, el Marques de Mansera. Subió a la ciudad de Valdivia, tomó posesion de ella en nombre de su Magestad, hizo la forma y planta de las fortificaciones, puso en el llano de la isla de Constantino novecientos hombres, y por su cabo con titulo de Gobernador al Maestro de campo Alfonso de Villanueva Soberal, despachado por el Virrey para este gobierno por ser persona de tanto valor y esperiencia y soldado de gran prudencia y arte militar, natural de Madrid, que sirvió muchos años en la guerra de Chile con grande estimacion en differentes puestos y en el de Maestro de campo general; y como tenia tan grande experiencia, le fué al Virrey de mucho alivio su consexo y direccion para prevenir todo lo necesario para la poblacion con grande abundancia, dándole al Virrey memoria de todo y los arbitrios necesarios para que se hiziesse una poblacion bien prevenida, como se hizo, porque embió el Marques de Mansera para ella cuarenta y cinco piezas de artilleria para que se repartiessen en los fuertes que se avian de hazer en la voca de el puerto para impedir la entrada de el enemigo, con tan buena disposicion ordenadas que se alcanzan unas a otras; treinta y cuatro mil valas de todas vitolas, rasas, encadenadas y de punta de diamante; todas las cureñas necesarias y de respeto; dos mil seiscientos y veinte y siete cartuchos, cuarenta y nueve mil cuatrocientas y catorze libras de pólvora en novecientas y ocho botixas. Quedaron, demas de las armas con que cada soldado servia, ciento y sesenta y ocho arcabuzes, doscientos y sesenta y ocho mosquetes, cien garabinas, cincuenta yerros de picas, doscientas hastas, cuarenta y nueve orquillas, cien espadas y dagas, quinientos moldes de valas, doscientos y treinta quintales de cuerda, cuatrocientos pares de alpargates de cáñamo para marchar los soldados por las montañas y andar por las peñas, quinientas mochilas de lona, seis mil tablas de alerce para las casas y almacenes, veinte y seis mil ladrillos, dos mil novecientas y ochenta fanegas de cal, doscientas ollas de cobre de media arroba de agua, ciento y cincuenta carretoncillos de parigüela con pozo y pila, sesenta y dos sillas bridas para hazer caballeria, cuarenta y cuatro botixas de alquitran, dos piedras de molino con todos sus hierros necesarios, gran copia de palas de hierro, zapas, achas, barretas, azadones, azuelas de una mano, picos de dos puntas, almadanetas, picamartillos, cuñas, ojas, azero, fierro, machetes de desmontar, todo en abundancia; tres fraguas con todos sus adherentes, maestros y oficiales, una cadena de vigas gruesas, unidas con argollones de hierro, para cerrar el puerto; dos barcos biene quipados y materiales para fabricar otros tres. Dexó vetas, guindalesas, xarcia de cáñamo y cabuya, rezones y anclotes, campanas para las iglesias y las guardias.

No fué menos próbido en los bastimentos que en los pertrechos, que como iban a quedarse en una tierra desierta y que no tenia recurso por otra parte, fué necesario prevenirlos de modo que no les faltasse nada. Para esto embió tres navios marchantes al puerto de Valparaiso y previno a la ciudad de Santiagò que condugesse bastimentos para embarcarlos, y entre tanto les dió tres mil y doscientos y

diez y seis quintales de viscocho, inmensa cantidad de cecina de vaca, pescado salado, harina, garbanzos, lantexas, arroz, vino, aceite, miel, vinagre, tabaco y redes de pescar. Proveyó las oficinas de gente sufficiente de albañiles, carpinteros, herreros, galafates, armeros, artilleros y marineros; todos con sus sueldos señalados y raciones.

Para el gobierno espiritual de el exército, fueron por capellanes cuatro sacerdotes de la Compañia de Jesus y para misioneros juntamente de los indios que diessen la paz, porque tubiessen quien les predicasse el Santo Evangelio padres de la Compañia, conforme a su deseo, de los quales el uno fué el Padre Pedro de la Concha, antiguo y fevoroso misionero, que fué por superior de los demas y con la autoridad espiritual de capellan mayor y vicario general comunicada por el Arzobispo de la ciudad de los Reyes. El otro, el Padre Domingo Lázaro de Las-Casas, natural de Mallorca, de zelo y espiritu apostólico, que con singular fervor y exemplo le empleó por muchos años en las misiones de Buena Esperanza, Arauco y Chiloé, donde hizo mas de veinte viages, y el de mayor riesgo y servicio de Dios y de el Rey el que hizo trayendo la nueva de el ingles en un barquillo, en lo riguroso de el imbierno. El otro, el Padre Antonio Muñis, sugeto de buenos talentos y conocida virtud y fortaleza en los trabaxos. Y el último, que entre muchos es el primero, el Padre Francisco de el Castillo, varon de relijiosa perfeccion, zelo incansable y apostólico espiritu, a quien estos años celebra el Perú y publica la fama por su predicacion tan divina, por las conversiones tan continuas, por las admirables trazas para ganar las almas y adelantarlas en la perfeccion, arrastrándose tras sí todo el Perú y admirando con su ardiente zelo lo que trabaxa con incansable teson en la conversion de las almas.

Estos tan grandes varones embió para piedras fundamentales de el edificio espiritual el Padre Provincial de el Perú Bartolomé Recalde, a peticion de el Virrey, que los señaló una buena limosna anual para su sustento, como a los demas misioneros se la da su Magestad, por estar en tierras donde no le pueden tener por otra via, porque entre los indios no hai limosna ni los soldados la pueden dar, que siempre andan las cosas tan escasas, que antes es menester dársela a ellos, como lo hazen los padres, partiendo con ellos de un pan en las necesidades. Despues tocó el cuydado de embiar padres a Valdivia al Provincial de Chile por estar Valdivia en su provincia. Y assi, los primeros como los que despues se han seguido, han sido el unico consuelo y el alivio de los soldados, animándolos en sus trabaxos, asistiéndolos en sus enfermedades, administrándolos los sacramentos, reconciliándolos en sus enemistades y acompañándolos en sus desconsuelos y penas. Y para la reduccion y pacificacion de los indios han sido utilissimos, atrayéndolos con su agrado, convirtiéndolos con su predicacion y ganándolos para el cielo, siendo causa de la conversion de muchos infieles, de que se tratará en el libro de la conquista espiritual mas largamente.

Para residir en el castillo principal que se avia de levantar en el puerto y en la isla de Constantino para defender la voca y entrada de los navios, que de medio a medio se opone a la entrada de qualquier navio, por estar en medio de la bahia como un gigante que la guarda, fueron dos religiosos sacerdotes descalzos de el Seráfico Padre San Francisco, muy observantes y exemplares, Fray Juan Ximenes y Fray José Tamayo, que causaron singular edificacion con el rigor de su observancia y grandes virtudes. Andaban siempre los

pies descalzos, aun sin las sandalias, por lo fragoso de aquella tierra comenzada a desmontar, que a cada paso se lastimaban en los raigones o se clavaban en las espinas; con poco abrigo en medio de las inclemencias de el imbierno, en los rigores de los yelos y las furias de los vientos y llubias que en aquel desembocadero de el mar son en competencia furiosas. Fabricaron para su aloxamiento mas sepulturas que celdas, porque su estrechura mas era funda de humano cuerpo que habitacion de hombre. Quanto llegaba a sus manos pasaba como por fiel arcaduz a la de los pobres. Despues se fueron mudando; y la provincia de Chile de la Santissima Trinidad fué embiando frailes semexantes en el espiritu y religion, que como esta es una en todas partes, todos son cortados a la medida de un espiritu de pobreza, oracion y santidad, y amoldados en el molde de aquel Seráfico y celestial Padre, que es molde de crucifixos, imagen de Christo y original de quien todos copian perfecciones.

Formó tambien un hospital, administrado de tres religiosos de San Juan de Dios de mucha virtud, caridad y espiritu de humildad, que se llamaban Fray Thomas de Mendoza, Prior, Fray Juan Enriquez, Fray Antonio de Cardona, y por su capellan un sacerdote de su misma religion llamado Fray Francisco Catero, que de clerigo secular y graduado en artes en la ciudad de los Reyes, se recogió con grande exemplo de humildad a esta santa religion, dexando todas sus esperanzas y poniéndolas en lo Eterno. Pusieron muchas y muy bien aderezadas camas, una abundantissima votica, medicos y cirujanos de experiencia, y todos con señalados sueldos.

CAPÍTULO XXVI.

Provee con liberalidad el Virrey las Iglesias de ornamentos y da al Gobernador de Chile el cargo de Valdivia; y cogen los indios por engaño cuatro soldados de un barco.

Devocion y piedad de los exércitos de Chile. — Disposicion militar. — Officios de Vedor y Fator. — Da el Virrey el gobierno de Valdivia al Gobernador de Chile. — Avócale a sí el Conde de Alba de Liste. — Derecho de los gobernadores de Chile a él. — Sube a la ciudad de Valdivia Don Antonio de Toledo. — Quexa de Manqueante por haberles maloqueado el Capitan Dionisio de Rueda. – Traza de los indios para coger un barco. — Piden los indios comida fingiendo necesidad. — Llevan orden los de el barco de no saltar en tierra. — Ceban a los soldados con fruta en tierra. — Cogen los indios cuatro soldados con traicion y matan los tres.— Castillo de Constantino y sus piezas. — Castillo de San Pedro de Mansera. — Castillo de San Francisco de Baydes. — Castillo de San Sebastian.

No fué menor la liberalidad de el Virrey en prevenir para las iglesias excelentes imagenes de pincel y talla, ricos vasos de plata sobredorados y preciosos ornamentos de seda de todos colores, conforme los tiempos y las festividades. Por su orden se entabló desde entonces una grande devocion a la Virgen Nuestra Señora de rezarla todos los dias el rosario a coros en los cuerpos de guardia. Esta devocion passó de Valdivia a todo el Reyno de Chile y la observan en los tercios y fuertes toda la milicia con grande edificacion, y es de singular consuelo ver oir todos los dias misa a los soldados en campaña, y al comenzar a marchar en cada compañia oir cantar a coros las letanias, dezir el itinerario, y en llegando a aloxarse, por cansados que vayan, no dexan su devocion de el rosario a coros. Y dos dias antes que entren a maloquear y correr la tierra de el enemigo les haze un sacerdote una plática, y a mí me ha cabido muchas vezes, exortándolos a la confession y comunion y a hazer actos de contricion y confianza en Dios, que les dará buen succeso, esperándoles mas de estas diligencias que de sus desvelos y valentia: que las victorias contra los enemigos de la fe, mas es obra de Dios que de nuestras manos. Y muchos confiesan y comulgan; con que fortalecidos y animados acometen al enemigo con mas valor y sin el temor que a un christiano le causa la mala conciencia para ponerse en el peligro de la muerte, y por esta causa muchos y grandes generales han procurado llebar en los exércitos religiosos de santo zelo y fervor que exorten a los soldados a limpiar sus conciencias para que sin el temor de sus culpas y de su condenacion peleen mas esforzadamente sin temor de morir.

Alistóse la gente de guerra de la nueva poblacion de Valdivia devaxo de cuatro compañias: una de el Gobernador de la plaza, otra de el Sargento Mayor, que

lo fué Hernando de Rivera, otra de el General de la Artilleria Don Manuel de Tobar, caballero de la orden de Santiago, y la otra el castellano Bernardo de Quiros. Dióscle autoridad al Gobernador por orden del Virrey para reformar los ayudantes, alferezes y sargentos quando le pareciesse conveniente, y depositar las vanderas y alabardas en otros, a quienes confirmaba el Virrey y enviaba los titulos. Y esta postestad se continuó algun tiempo en los sucesores de este gobierno, y despues ubo variedad, porque los virreyes la cometieron a los gobernadores de Chile y la abocaron a sí quando les pareció. Cuatro oficios instituyó de pluma que los sirven solos dos hombres: el uno de Vedor y contador con preminencias señaladas de honor, pues en los actos publicos en las iglesias y fuera de ellas se sienta èn silla al lado de el Gobernador y precede al Sargento Mayor, castellanos y capitanes: dánle la paz en las misas solemnes estando alli el Gobernador, mas si assiste él solo no se la dan. Esta preminencia ha ganado, vencida en contradictorio juicio con el Sargento Mayor, que pretendia la antelacion, no solo por su oficio sino porque goza de las sustituciones en ausencia de el Gobernador. Los otros officios son de Fator y tenedor de bastimentos y juntamente pagador de el exército. A este se le entregan los bastimentos, municiones, armas, pertrechos, plata y ropa, y quanto pertenece a la real hazienda. Tienen los dos cada uno su llabe, y aunque se puso orden que el Gobernador tubiesse sobrellave, ninguno lo ha querido admitir por no verse obligado a dar cuentas. Paga el fator con libranza de el Gobernador y Vedor, el qual assiste a los pagamentos, pero no se haze cargo de cosa ninguna sino solo el Fator.

Esta milicia en los primeros años no reconoció otro capitan general que al Virrey, y como él la fundó, no le dió el gobierno por entero al Marques de Baydes, Gobernador de Chile, o no se concertó a los principios aunque estaba en su jurisdiccion, hasta que el año siguiente vino al gobierno de Chile el Maestro de campo Don Martin de Moxica, y en Lima le informó el Virrey de todo lo que avia dispuesto en Valdivia y le entregó el gobierno y superintendencia de aquella plaza, que por estar cerca y poderla fomentar con el exército de Chile y socorrerla con gente y bastimentos, se juzgó acertadamente sugetar a su jurisdiccion y mandó una plaza que está en su Reyno, en su gobierno, en su obispado y que antiguamente fué siempre sugeta a los gobernadores de Chile, y assi permaneció hasta que el Conde de Alba de Liste, Virrey de el Perú, embió por Gobernador a Chile a Don Pedro Porter Casanate, que por hechura y criado suyo y por tener mas officios que dar, le quitó la potestad de repartir los puestos, avocándola a sí, y passó por ello sin hazer contradiccion ni replicar por conservarse y no disgustar a su dueño. Y assi probee el Virrey todos los puestos de castellanos, Sargento Mayor, capitanes y demas officiales, y aunque por la dependencia no hizo instancia, escribió a su Magestad las conveniencias que avia en que el Gobernador de Chile tubiesse el gobierno de Valdivia debaxo de su jurisdiccion y el derecho que a él tenia, que si bien el Virrey embia gente de socorro para suplir la que muere, cien mil pesos para el pagamento de los soldados, y las municiones y plata para los bastimentos que de Santiago de Chile se le lleban todos los años, el inmediato gobierno ha sido siempre de los gobernadores de Chile.

Mientras se comenzaba la fábrica de los castillos de el puerto de Valdivia, su-

bió el general Don Antonio de Toledo y Leiva a reconocer el sitio de la ciudad de Valdivia, rio arriba, y llegó hasta la Mariquina, donde Don Alonso de Moxica procuró ver al cacique Manqueante, con quien avia trabado amistad y dexado consertado de que vendria con la armada española a poblar aquella tierra y ayudarlos. Y aunque le halló muy gustoso y de su parte cuando fué a reconocer aquel puerto, y le regaló mucho y dió algunos dones con que le dexó obligado, le halló ahora tan trocado y adverso que extrañándolo le preguntó la causa, y él le dixo que quando entendia que los españoles avian de venir a su tierra a faborezerlos y ayudarlos,como se lo avia prometido,avia visto lo contrario, porque poco despues que él se avia ido con su navio, avia llegado alli el Capitan Dionisio de Rueda con un varco y maloqueádolos y llebádose captivos dos caciques y algunas mugeres y niños; que si para esto eran las pazes y la amistad, que para qué venian a poblar. Dió parte Moxica de esto al general Don Antonio de Toledo y Leiva y del sentimiento tan justo de aquel cacique y de la causa, que lo sintió en estremo, y despues dió la quexa al Virrey y le hizieron causa sobre el caso al Capitan Dionisio de Rueda, de que dió sus descargos, que fueron la mala intencion de los indios y que siempre con palabras alagüeñas nos procuran armar una celada y engaño.

Mientras esto pasaba, el Gobernador Alfonso de Villanueva trabaxaba con grande solicitud, cuidado y asistencia en la poblacion, y estando en ella le embiaron los indios un mensage muy amigable y alagüeño, significándole la necesidad con que estaban de comida, y que pues tenia tanto bastimento y venia a socorrerlos en sus necesidades, los faboreziesse en la presente, que ya eran amigos muy de corazon, y ellos harian lo mismo quando los soldados se viessen con necesidad con quanto tubiessen. Pareció al Gobernador no negarse a tan justa demanda y de tanta caridad, y holgósse de que se offreciesse ocasion de mostrar con ellos el deseo que tenia de regalarlos y faborezerlos en sus necesidades y que experimentassen la caridad cristiana y la largueza de nuestro Rey en faborezer a sus vasallos en las necesidades, y luego les embió un varco de comida, con apercevimiento y orden a los que iban en él que ninguno saltasse en tierra por mas que los indios se lo rogassen; que como prudente y experimentado, ordenó lo que debian hazer entre gente que aun no conocian su trato ni avian hecho experiencia de su fidelidad. Mas los soldados, poco advertidos y menos obedientes, luego que llegaron a donde estaban los indios con el varco cargado de bastimentos, les digeron que viniessen por ellos, que no avian de saltar en tierra; pero los indios les tubieron mucha fruta a la orilla de el agua por señuelo y los convidaron con ella, diziéndoles que cómo se extrañaban de ellos, pues todos eran amigos y de un corazon, que saltassen en tierra, que en sus proprias tierras estaban, y se refrescassen comiendo de aquella fruta; y como a Eva con la manzana, los engañaron con las manzanas, de que ay grande abundancia en aquella tierra de las que llebaron alli los españoles antiguos, porque saltando en tierra cuatro soldados, mientras estaban embebecidos en coger la fruta y en beber chicha con que los brindaban, salió una junta de indios que estaban emboscados en la montaña y matando alli luego a los tres se llebaron al otro captivo. Quisieron acometer al varco y a los que dentro de él quedaban; mas la posta, que estaba mirando quanto pasaba, avisó y dispararon una pieza de artilleria al monton de los indios

traidores desde el castillo de Mansera, con que se pusieron en huida y el varco se libró. Quando vino Don Antonio de Toledo y supo el caso, sintió mucho el desorden de los soldados y su pérdida y alabó el orden y cautelosa prevencion de el Governador; pero dixo que si él se ubiera hallado alli, no ubiera consentido ir el varco con las noticias que avia adquirido de el disgusto con que estaban los indios por la maloca de el Capitan Dionisio de Rueda.

Comenzáronse luego a hazer las fortificaciones y levantaron un fuerte o castillo en la isla de Constantino, que guarda la voca y entrada de el puerto. Está fundado sobre peña, con dos valuartes a la parte de la muralla de piedra, ceñida de un profundo foso, y a dos quadras de la puerta un perpetuo manantial de agua que la pueden encaminar al mismo castillo. Alóxanse en él dos compañias de infanteria, ay quince piezas de artilleria en dos planchadas, la una que mira al Norueste con diez piezas, que son: dos culebrinas de bronce de veinte libras de vala, una media culebrina de diez y seis, cuatro medias culebrinas de a doze libras, un medio cañon de a veinte libras, dos tercios cañones de a quince; y la otra planchada, que mira al Oeste, a donde demora el puerto de el Corral, están tres piezas medias culebrinas, dos tercios de cañones y un sacre. En la muralla que mira a la parte de tierra ay dos valuartes, en cada uno un sacre. Llámasse este castillo San Pedro de Mansera, a contemplacion de el Marques de Mansera. En la misma ay otro fuerte pequeño nombrado San Francisco de Baydes, en honra de el Marques de Baydes, todo peinado en su circunferencia. Entrasse por puente levadiza, tiene un medio cañon de veinte libras de vala, tres tercios de cañones de quinze, un medio cañon pedrero de veinte libras de vala de piedras. Está en una punta de la isla que demora al Sudueste, que mira a la parte de tierra firme y guarda las entradas de el torno de los galeones y la ensenada de San Juan; tiene de guarnicion treinta infantes.

El castillo de San Sebastian de la Cruz, que guarda el surgidero de el puerto del Corral, se fundó sobre la peña viva en una punta arqueada; está amurallado de canteria y dividido de tierra firme con un ancho y profundo foso. En un ancon que hace al pie de la fábrica se dexa caer un arroyuelo de linda agua, y otro manantial se despeña al foso. Ay en dos planchadas sobre la mar una media culebrina de diez y seis libras de vala, dos medios cañones de a veinte libras, cuatro tercios de cañones de a veinte libras, y en un valuarte que está en la muralla de la parte de tierra, un pedrero de a seis libras de vala. Su guarnicion es una compañia de infanteria.

CAPITULO XXVII.

De los fuertes que se poblaron en Valdivia, los pertrechos y bastimentos de aquella poblacion. Únense las armas de Chile con las de Valdivia, embia gente el Marques de Baydes y mueren muchos de una peste.

Poblacion de la ciudad de Valdivia.—Fuerte de las Cruzes.—Fuerte de San Joseph, que se mudó a la Mariquina. —Embia el Marques de Baydes 105 infantes por tierra a Valdivia. —Sueldos de la gente de guerra de Valdivia. — Bastimentos. — Muralla de Valdivia. — Castillo de los Amargos. — Unense las armas de Chile y Valdivia y llévanles por tierra los víveres. — Peste de Valdivia. — Ordena el Virrey al Gobernador de Valdivia que pueble la ciudad. — Pide el Gobernador mil hombres para poblar la ciudad de Valdivia.— No puede poblar la ciudad por la peste, que a él y a muchos quitó la vida. — Buenas partes del Gobernador Alfonso de Villanueva. — Lo mucho que hizo el Marques de Baydes. — No se gobernó por su muger ni hubo quien le capitulase. — Pide al Rey mil hombres para pacificar a Chile. — Quisolos embiar y embarazólo el rebelion de Portugal y Cataluña.

El aloxamiento de la ciudad está fortificado de piedra con cuatro cubos, y en ellos diez piezas de artilleria, un medio pedrero de a veinte libras de bala, un sacre de a ocho libras, tres falconetes de a tres libras, otros dos falconetes de a dos libras, tres pedreros de a seis libras. Aqui está la plaza de armas de todo el presidio y la mayor gruessa de la gente, el Gobernador, Vedor, Sargento Mayor, Capitanes de infanteria, los padres capellanes y misioneros de la Compañia de Jesus, y el hospital, caxas y almacenes reales. Siete leguas mas arriba de la ciudad, en la frontera de los indios rebeldes, ay otro fuerte con una compañia de infanteria sobre la barranca de el rio de la Mariquina, a donde se va en varcos por el rio. Llámase el fuerte de las Cruzes por las muchas que enarbolaron los soldados: tiene dos pedreros de bronce de a cuatro libras, y otras cuatro piezas de madera de a seis libras. Estos cañones de madera están aforrados en cuero de baca y ceñidos de cintas de hierro y cordeles; han sido de mucha utilidad para los españoles y de miedo para el barbaro enemigo, porque son ligeros y se lleban con facilidad a campaña sobre un caballo, y disparan seis y ocho tiros continuados sin reventar y alcanzan a distancia de dos cuadras. La muralla de este fuerte se compone de dos estacadas de gruesos maderos, que en Chile se llama malar y contra malar.

Tres leguas mas la tierra adentro, rio arriba, se fundó otro fuerte que se llamó de San Joseph, y por averle inundado el rio se desamparó, aunque abrigaba seiscientos indios de paz, y se pasó mas adelante, a la Mariquina. Para guarnecer estas fortificaciones y porque tubiessen alguna gente veterana, embió el Marques de Baydes, gobernador del Reyno de Chile, una compañia de ciento y cinco infan-

tes de las fronteras de la Concepcion, que atrabesaron con seguridad toda la tierra para llegar a Valdivia. Y de los novecientos hombres formaron otras siete compañias, y ultimamente entresacaron los mexores soldados y montaron la compañia de a caballos de garabinas para el fuerte de San Joseph de la Mariquina. Con que constaba todo el prisidio de nueve compañias, sin los artilleros, que tienen un capitan y los officiales necesarios.

Los sueldos que se pagan a toda esta gente son en la forma siguiente: al Gobernador de la plaza se le dan dos mil setecientos y cincuenta pesos cada año, el Vedor y contador tienen de sueldo mil y cuatrocientos y tres pesos y dos reales, el Fator mil y cincuenta pesos; a siete capitanes de infanteria, en que se cuentan Sargento Mayor y castellanos, a razon de a cincuenta ducados al mes, se les pagan cada año cinco mil setecientos y setenta y cinco pesos; a ocho alferezes a veinte y cinco ducados al mes a cada uno, que montan tres mil y trescientos pesos cada año; a ocho sargentos, a quinze ducados cada mes, que montan mil novecientos y ochenta pesos al año; a un Capitan de a caballos novecientos y setenta y dos pesos y cuatro reales; a un teniente y dos ayudantes, veinte y cinco ducados al mes, mil doscientos y treinta y siete pesos y medio al año; a seiscientos y ochenta soldados infantes a razon de doce pesos cada mes, que importan en un año noventa y siete mil novecientos y veinte pesos; a ochenta soldados de a caballo, a razon de a quince pesos al mes, monta catorze mil cuatrocientos pesos; a veinte y siete cabos de esquadra se les añade sobre el sueldo ordinario dos pesos cada mes, que montan al año seiscientos y cuarenta y ocho pesos; a un oficial mayor de la Veduria, quinientos y treinta y un pesos cada año; a un cirujano mayor, que juntamente es médico, quinientos y noventa y cinco pesos; a siete capellanes, a sesenta pesos y siete reales cada mes a cada uno, que son cada año cinco mil ciento y diez y ocho pesos y seis reales; a tres Religiosos de San Juan de Dios, que sirven el hospital, a treinta pesos al mes a cada uno, mil y ochenta pesos al año; a treinta artilleros, un carpintero, un herrero y un galafate, a razon de a treinta pesos al mes cada uno, que montan once mil ochocientos y ochenta pesos. Que todos los dichos sueldos montan al año ciento y cincuenta mil seiscientos y sesenta y un pesos de a ocho reales, los quales se pagan de las reales caxas de la ciudad de Lima.

Ademas de esta cantidad se gasta otra que no se incluye en el cómputo de los sueldos, sino que es gasto aparte para los bastimentos: danse cada mes novecientas y noventa y tres raciones de media fanega de harina y treinta libras de zesina de vaca cada una, que montan cinco mil ciento y sesenta y tres fanegas y media cada año, y la carne salada tres mil y quinientos y setenta y cuatro quintales y tres arrobas. A esto se allegan miniestras, que son: quesos, mais y agí. Al gobernador le tocan seis raciones; al Vedor, capitan y otras plazas mayores, a cuatro; a los alferezes y ayudantes, tres; a los sargentos, una y media; a los capellanes, dos, y a los demas una, y a las mugeres casadas, media. El precio de estas vituallas no es siempre igual. Gástasse tambien a costa de el Rey pólvora, cuerda, municiones y fletes de navio para su conduccion.

La primera fábrica de los castillos la hizo labrar el Gobernador de largas faginas bien atadas y incorporadas de mucha tierra, y fué traza de el Gobernador Francisco Xil Negrete, que sucedió a Alfonso de Villanueva, como en su lugar se dirá.

A esta fagina llamaron salchichas y salchichones, vocablo aprendido de la milicia de Flandes, que el año de 1601 inventaron en el memorable cerco de Ostende. Esta traza de terraplenes y defensas es para resistir la vateria de pocos dias, y en esta tierra no era durable, porque como son tan grandes los aguaceros luego consumia los terraplenes. Y assi acudió al reparo de ellos el Gobernador Don Diego Gonzales Montero, que le sucedió, de quien despues se hará mencion, que reparó esta guarnicion y presidio y le fortificó con una muralla de piedra, obra insigne y por singular en Chile admirable y digna de inmortal memoria.

Erigió de nuevo otro castillo despues de algunos años el Gobernador Don Fernando de Bustamante Villegas, caballero de la orden de Calatrava, natural de el valle de Toranzo en el districto de Santander, en las montañas de Burgos, y le fundó en una punta que sale a la voca de el puerto, a la parte austral, que llaman de los Amargos por las manzanas que ay alli muy amargas. Fundóse por orden de el Conde de Alba de Liste, Virrey de el Perú, y a su contemplacion se intituló San Luis de Alba. Es la llabe principal de el puerto y obra de las mas inexpugnables que ay en el mar de el sur, toda de peña viva, cortada de tal arte que de ella se haze inexpugnable muralla, y en el güeco se arman los aloxamientos de los soldados, rodeado con un foso abierto en la misma peña viva. Con que aquel castillo es todo de una pieza y un incontrastable monte; no puede entrar vagel ninguno, por pequeño que sea, sin que le vatan sus tiros y le predominen, porque a la parte septentrional es peligrosa la barra por los vagios y arrecifes, y assi forzosamente se ha de arrimar qualquier vagel al castillo, y si por alguna contingencia escapa de sus culebrinas, le reciven luego los otros tres castillos que cierran el recóncabo de la Bahia. Con estas fortificaciones y guarnicion queda inexpugnable aquel puerto a las mas atrebidas fuerzas de los extrangeros.

Los indios rebeldes, aunque al principio intentaron hazer de las suyas, viendo las fuerzas de los españoles y las fortificaciones tan valientes que avian hecho, rindieron la indomita cerviz y Manqueante con los demas dieron la obediencia al Rey de España, y para tenerlos sugetos y conservarlos en obediencia se fundó el fuerte de San Joseph de la Mariquina, que domina los indios, con que vimos en breve abiertos los caminos desde la Concepcion a Valdivia y unidas las armas de entrambos exércitos y que por tierra se comunicaban con la misma seguridad que en las otras provincias de paz; y quando se padecia alguna necesidad de viveres se traginaban por tierra, y finalmente, todo el Reyno, desde Copiapó hasta Chiloé, puso en silencio el estruendo de las armas por algunos años, escepto la provincia de Cunco, cercana a Osorno, que estubo pocos dias sosegada y fué la braza que volvió a encender nuevas rebeliones, y por diversos lanzes de la guerra se volvieron a levantar todos los pacificados el año de 1655, como se verá en su lugar. Pero los infantes de el presidio de Valdivia han guerreado con tanto valor contra sus confinantes, que han despoblado muchas parcialidades y causado estupendo terror al enemigo. Y con el trabaxo y continua assistencia de el Gobernador Alfonso de Villanueva a la poblacion de los fuertes, enfermó de suerte que vino a morir dentro de poco tiempo y ubo de embiar el Virrey sucesion a aquella plaza. Y a un mismo tiempo vinieron gobernador para Valdivia y para Chile al Marques de Baydes.

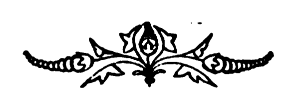
No hizo poco en el poco tiempo que

gobernó Alfonso de Villanueva Soberal, que como fué su gobierno a los principios y estos son siempre cercados de dificultades y estorvos, con su grandeza de ánimo, prudencia y gran disposicion, todo lo allanaba, siendo el primero al trabaxo y el mas assistente a él; sin reparar en aguas, frios y recios temporales, siempre superior a los trabaxos; y en el que mostró su fortaleza y admirable valor, fué en el de la peste que luego que se fué el General Don Antonio de Toledo y Leiba al Perú comenzó a cargar sobre toda la gente, dándole con igual fuerza al Gobernador Alfonso de Villanueva, y fué de unas secas que le salian en los muslos y una inchazon de las encias tan penosa y molesta, que no les dexaba comer sino cosas liquidas por modo de bebida, y todo el dia estaban babeando, la voca inchada y con un tormento grande. Y enfermo como estaba, animaba a los soldados a trabaxar, assistiéndoles continuamente para que acabassen los fuertes arriba dichos de la voca de el puerto; que en su tiempo no pudo hazer mas, y no hizo poco teniendo la gente toda enferma, y por esta causa, aunque tenia orden de poblar en la ciudad, no pudo hazer él la poblacion; y aunque el Virrey le embió segundo orden para que pasasse con parte de la gente a poblar la ciudad antigua y estubo con ese intento, no le dió lugar la muerte, y no lo puso luego en execucion por juzgar que tenia poca gente para dexar bien guarnecidos los tres fuertes que avia hecho en la voca de el puerto y para llevar a la ciudad, porque, como propuso al Virrey, para aver de poblar la ciudad que está en la frontera de el enemigo avia menester mil hombres para salir a campaña a pelear con el enemigo y dexar gente que guardase la ciudad y presidio; que allí se podian juntar cinco y seis mil indios a pelear con él, y con tan poca gente, y toda infanteria a los principios, se ponia mas a perder que a ganar. Y assi hizo grande instancia para que el Virrey le cumpliesse el número de mil o de ochocientos hombres para la poblacion de la ciudad, y esperando respuesta suspendió por entonces la poblacion.

Y lo que mas le obligó a no dar paso adelante fué el verse con toda la gente apestada y imposibilitada para nueva poblacion, y tan caidos todos que apenas podia acabar los fuertes comenzados, animando a los que tenian algun aliento para trabaxar, y muriéndosele cada dia ya unos ya otros; hasta que el mismo Gobernador, aunque mas se animaba y andaba en pie por esforzar a los demas, ubo de caer de puro rendido y apretado de la peste y dar el alma al Señor. Fué indecible el sentimiento de todos, por el amor que le tenian y por tener en él padre, maestro y amigo, compañero en los trabaxos y alibio en sus necesidades; porque el Gobernador Alfonso de Villanueva Soberal, natural de Madrid, fué un caballero muy discreto, entendido, cortes, afable, muy christiano y temeroso de conciencia, siempre de una vida ajustada y concertada; frecuentaba a menudo los sacramentos, era charitativo y limosnero, compadecíasse de los trabaxos de los soldados como quien los avia pasado en la guerra de Chile; fué grande matematico, muy entendido y estudioso en el arte de la milicia y grande esquadronista, y assi exercitaba y tenia muy disciplinados a los soldados; no consentia hurtos, juramentos ni vicios, que afeminan a los soldados, y gobernaba con grande entereza, prudencia y justicia. Perdió aquella plaza el primer gobernador, primero en todo y el ultimo en tanta coleccion de buenas partes de valor, experiencia militar, prudencia, magnanimidad y zelo de el servicio de Dios y de el Rey.

Perdió tambien Chile, por venirle a suceder el Maestro de Campo Don Martin de Moxica al Gobernador Don Francisco de Zúñiga, Marques de Baydes y conde de Pedroza, que dexó en Chile inmortal renombre, ya con el rigor, ya con la blandura, usando como buen médico de el olio y de el vino para curar la llaga de las traiciones de los indios, que requiere lo picante que castre, y lo suave que tiemple y regale; porque fueron muchos los indios que reduxo a la obediencia de su Magestad en toda la costa, desde Lebo hasta Tucapel, Paicabi, Calcoimo y Relomo, y en las reducciones de Santa Fee, Santa Juana, el Nacimiento y Angol, fortificándolos en la fidelidad a la obediencia de su Magestad y quitándolos el aborrecimiento que tenian a los españoles con su buen tratamiento y la facilidad en tramar alzamientos con los castigos, agasaxando con el un brazo a los buenos y castigando con el otro a los malos. Fueron muchos indios y españoles que sacó de captiverio, grandes los agasaxos y limosnas que los hizo; fué temido de los enemigos y amado de los amigos; liberal en regalarlos, maniroto en los gastos que con ellos hizo, parte de la hazienda real que para esos gastos tiene señalado ramo y parte de la suya. Con los vecinos fué liberal, con los soldados afable, pio para las cosas de Dios, y de buen exemplo, porque en materia de honestidad no tubo que zelarle su esposa la Marquesa, que en la buena vida, en el exemplo y piedad, fueron en todo semexantes.

Gobernábase por sí y por buenos consexeros, no por su muger, que suele ser dañoso en los Gobiernos el dexarse gobernar de las mugeres. Nadie tubo que capitularle en materia de agravios ni intereses, porque aunque sacó buena plata de el gobierno, traxo mucha, y con poner tiendas en varias partes por medio de administradores, buscó muy bien, sin quitar nada a nadie, pues a cada uno le era libre el comprar de ellas o no sacar nada. De las piezas y esclavos tubo algun aprovechamiento; mas la experiencia ha mostrado que es tan mal empleo que ninguno le ha logrado, quizá porque Dios no se agrada de él. Deseó mucho la pacificacion de los indios, assi por dar a Dios fieles, como por ganarle al Rey vasallos, de que cogió en el tiempo de su gobierno crecidas cosechas; y deseoso de reducirlos todos y asegurarlos en nuestra amistad y obediencia a Dios y al Rey, pidió a su Magestad mil hombres para volver a poblar las ciudades perdidas, porque este y no otro le pareció el medio eficaz para concluir con la conquista de este Reyno, porque con estos hombres y una buena cantidad de mugeres que se podian sacar de la ciudad de Santiago, sin que hiziesen falta por aver muchas de sobra y que no hallan modo para remediarse, se podian poblar las ciudades y aumentándose las asseguraban y crecerian mas aprisa que otras por el gran fundamento que tienen para ello por la fertilidad de la tierra y ricas minas, que por falta de gente no se cultivan. Y aviendo reconocido el Rey nuestro señor y su consexo la importancia de este medio, estubo en embiar este socorro de gente a Chile por ser tan importante al servicio de Dios y suyo; mas estorváronlo los rebeliones de Portugal y Cataluña, que por acudir a lo que está mas cerca se desvaneció el socorro de lo que está mas lexos.



LIBRO IX.

EL TERREMOTO DE 1647.

LIBRO NOVENO.

HISTORIA GENERAL DEL REYNO DE CHILE

Y NUEVA ESTREMADURA.

EN QUE SE TRATA DE LAS PACES GENERALES QUE EL GOBERNADOR DON MARTIN DE MOGICA ASSENTÓ CON LAS PROVINCIAS DE GUERRA, Y DE LOS FUERTES Y POBLACIONES QUE HIZO EN SUS TIERRAS.

CAPÍTULO I.

Entra a gobernar el Reyno Don Martin de Mogica y da muestras de su grande christiandad, zelo y justicia, reformando la libertad de los vicios.

Año de 1646. — Entra a gobernar Don Martin de Moxica. — En Lima comunica el Virrey con Don Martin y con Gil Negrete lo necesario para la poblacion de Valdivia. — Sugeta la plaza de Valdivia el Virrey al Gobernador de Chile. – Salen de Lima casi a un tiempo los dos gobernadores. —El gusto de su venida por las esperanzas que habia de su buen gobierno. — Sus talentos de prudencia y justicia. — Vase haciendo el primer año capaz de las disposiciones de esta guerra. — Muestra su gran zelo y justicia en reprimir los vicios — Cómo era gala la picardia y el hurto, y desprecio la virtud. — Reprime los amansebamientos. — Quita las pendencias y desafios. — Los hurtos que hazen los soldados con capa de ir a pertrecharse a Santiago. Quitaban las capas y mantellinas. — A un clérigo derribaron con un lazo de la mula por quitársela. — Los oficiales iban a la parte y no embiaban a pertrecharse sino a los mexores ladrones. — Caso gracioso. — Cómo defendió su capa un viejo de un soldado valiente. — Quita el Gobernador que vayan los soldados a pertrecharse y a robar.— Quítale la compañia a un gran capitan que le pide licencia para que sus soldados vayan a pertrecharse. —Cómo hizo guardar el bando de los hurtos. — Agradécenle el haber quitado los hurtos. — Sus limosnas. — Su respeto a la Iglesia. — Su temor a las descomuniones y guarda de la inmunidad de la Iglesia. — Muéstrase celoso del culto divino visitando los altares y reprehendiendo el desaliño de ellos. — Encárgale su Magestad la conversion de los infieles y la enseñanza de los indios y procúrala. — Llénanse las Iglesias de indios a la doctrina por su solicitud. — Sentia ver a los indios amigos tan poco medrados en la doctrina. — Conoció que la falta estaba en ellos y no en los Ministros, y estimó el trabajo que la Compañia ponia en su enseñanza. — Holgábase de ver indios que supiesen la doctrina y promiábalos.

A los primeros de Mayo de mil y seiscientos y cuarenta y seis llegó a la barra de la ciudad de la Concepcion el Maestro de campo Don Martin de Mogica, caballero del Orden de Santiago, natural de Villafranca en la Provincia de Guipuscoa, de muy noble y calificado linage de la casa solariega de los Mogicas, que avia servido a su Magestad en Flandes y Italia y ocupado los puestos de capitan, sargento mayor y Maestro de campo en aquella guerra, donde se señaló tanto que adquirió grande fama de soldado y hizo hechos hazañosos que le merecieron muchos aplausos y ocasionaron a que su Magestad le hiziesse merced de un hábito de Santiago, y que

le eligiesse entre muchos para gobernador y capitan general de este Reyno de Chile y presidente de su Real Audiencia que en él reside; el qual, en cumplimiento del órden de su Magestad, se embarcó luego, y aviendo llegado a la ciudad de los Reyes, le hizo el Virrey, Marques de Mansera, muchas honras y le enteró de todo lo que avia pasado en razon de la fortificacion del puerto de Valdivia y lo que para la poblacion de la ciudad y su conservacion convenia, y que era necesario para eso que se comunicassen las armas de Chile con las de la ciudad y fortificaciones de Valdivia, y para disponer lo mas conveniente hizo el Virrey que se careassen Don Martin de Mogica y el Maestro de campo Francisco Gil Negrete, a quien tenia nombrado el Virrey por Gobernador de Valdivia por aver entendido se hallaba muy impedido y enfermo el Maestro de campo Alfonso de Villanueva que avia quedado por gobernador de aquella plaza, y aunque ya era muerto no se sabia en el Perú de su muerte, para que unanimes y conformes exercitassen las órdenes que estaban dadas para la comunicacion de las armas del exército de Chile y de el de Valdivia, y le dió al Gobernador Don Martin de Mogica la superintendencia del gobierno de Valdivia por estar debajo de su jurisdiccion y quererle hazer esa honra y lisonja, que despues no han querido hazer los virreyes a ningun gobernador de Chile, reservando para sí la superintendencia de la plaza de Valdivia y el poner de su mano castellanos y capitanes, por aver sido la poblacion de Valdivia hechura de los virreyes; y el motivo principal de darle la superintendencia de Valdivia, fué para que con sus armas y fabor fomentasse las fuerzas de aquella nueva poblacion de tanta importancia. Y casi a un mismo tiempo despachó el Virrey dos navios con dos situados, uno por Febrero en que se embarcó el Gobernador de Valdivia Francisco Gil Negrete, y otro en que se embarcó el Gobernador Don Martin de Mogica por abril y llegó a la Concepcion, como diximos, por Mayo, con mucho acompañamiento de criados muy lucidos y nobles que despues ocuparon los mexores puestos de la milicia de sargentos mayores y maestros de campo.

Llegado el Gobernador Don Martin de Mogica a la ciudad de la Concepcion, fué grande el regocixo de todos por las grandes esperanzas que avian concebido de la felicidad de su gobierno, fundadas en lo que la fama venia publicando de sus grandes prendas, arte militar, prudencia, agudo entendimiento y zelo de la justicia, que es una de las prendas mas necesarias para el gobierno, y singularmente en estas partes tan remotas, donde por estar tan lejos se quebranta mas facilmente, y con hazerla guardar con exaccion ganó inmortal renombre y dejó tan grandes memorias que nunca se borrarán, por averlas impreso en los corazones de todos. Recivióle el Marques de Baydes con grandes cortesias, dignas de tan gran caballero, la ciudad con muchas demostraciones, el pueblo con singular regocijo, las iglesias con repiques de campanas y la milicia con repetidas salvas. Acreditó luego las esperanzas que todos tenian de su mucha prudencia y gran gobierno con decir al Maestro de campo general, Juan Fernandez Rebolledo, que por el primer año gobernasse la guerra y hiziesse y ordenasse todas las disposiciones necesarias, dándole parte de ellas; que de su grande capacidad las fiaba con mucha seguridad y se prometia muy felizes aciertos, y que el segundo año él gobernaria y dispondria lo conveniente en aviendo adquirido la experiencia necesaria de esta guerra. Y assi el

primer año le dió toda la mano al dicho Maestro de campo, y él con su gran capacidad se iba haziendo señor de todas las disposiciones de paz y guerra; que aunque en Flandes hizo proezas tan azañosas en que mostró bien al descubierto los grandes talentos de su gobierno y arte militar, en esta de Chile, reconociendo que era en todo tan differente, no quiso desde luego disponer por sí, discretamente, por no errar por presumido, como algunos hazen, hasta assegurar los aciertos experimentados.

No solo se mostró prudente en lo militar, sino sapientissimo y ajustado en lo politico, quitando desórdenes, reprimiendo vicios y enfrenando la libertad de los soldados y de los estancieros a la sombra de los soldados en los hurtos, robos y amansebamientos; porque los soldados, sin temor de Dios, vivian de puertas adentro con sus mansebas y tenian por gala la picardia, por donaire la libertad y por bizarria el hurto; y el soldado que mas caballos, bueyes, mulas y indios hurtaba, era el mas vizarro; el compuesto y contenido era el mayor mandria, el mas despreciado y el mas para poco. Y considerando estos desórdenes tan introducidos y tan acreditados en Chile, convertidos ya en naturaleza y assentados por costumbre, en tanto grado que se tenia por virtud el pecado y se alababa la maldad como accion honesta; y viendo que le dezian que era imposible quitar los hurtos, los amansebamientos, los desórdenes, los desafios y la libertad de la vida, puso tan grande eficacia en refrenar la libertad y se hizo temer de suerte que de todo punto venció este imposible; y aunque del todo no quitó los amansebamientos, puso mucho freno, y del todo quitó los desafios y la demasia en las pendencias entre los soldados, sin que se osasse ya ninguno a sacar la espada en los quarteles, porque tuvo para degollar a dos personas principales por el caso, y por ser la primera usó de benignidad y bastó para que todos en adelante se contubiessen. Lo que con mayor admiracion quitó y con mas eficacia, fué los hurtos. De suerte que no aviendo antes seguro en la campaña caballo, buey, mula, cordero ni ternera, y haziendo la libertad de los soldados comunes los bienes, con offension y agravio de los dueños, en pocos dias reprimió de suerte esta libertad que no avia quien se atreviesse a tomar caballo ageno, ni a hurtar buey, mula, cordero ni ternera.

Mas en ondo entraban los hurtos y a mas llegaba la licencia y desemboltura de los soldados, porque todos los imbiernos pedian licencia para irse a pertrechar y abiar a la ciudad de Santiago y por las estancias de los vecinos, ya los doscientos, ya los trescientos soldados, y partian en quadrillas, hechos quadrilleros, no de la santa hermandad, sino quadrilleros de la iniqua libertad, que robaban quanto hallaban, no solo en los caminos sino en la ciudad, y con capa de pertrecharse quitaban a los hombres las capas y a las mugeres las mantellinas; hurtaban de ciento en ciento los caballos, derribando las paredes para sacar los caballos regalados de las caballerizas, hurtando los muchachos indios y indias que servian en las ciudades, sin que ubiesse cosa segura de su libertad y desemboltura, ni aun lo sagrado y eclesiastico, pues aconteció, por quitarle entre dos a un clerigo la mula en que iba, echarle uno un lazo y derribarle de ella, y el otro, mientras se safaba de el lazo, subir en la mula y llebársela; y assi hazian otras picardias y hurtos que los celebraban entre los mismos soldados y los contaban por gracia y por bizarria, haziendo gala del hurto y donaire de la maldad, y teniendo por hombre para poco al que era temeroso de Dios y no queria hurtar, y los oficiales

que iban a la parte en los hurtos no embiaban a pertrecharse a los semexantes por dezir que eran unos maniacos y para nada, sino a los mas desgarrados y que se daban mexor maña a hurtar y capear. Y fué caso gracioso el que le sucedió a uno de éstos, que era de los bravos de Potosí, que repartía cedulas de vida y a todos se las dexava de merced, valiente de boato y sepulturero de amenaza. Pidió licencia para irse a pertrechar a Santiago, y como vió que el pertrechar en los demas era hurtar y capear, quitó no sé qué mantellinas a algunas mugeres, con tanta braveza de su parte como humildad y poca resistencia de las pobres mugeres; y engolosinado llegó a un hombre mayor de edad y viexo en las canas y con mucha crudeza le pidió la capa. El viexo, con madureza y reportacion, le dixo: "La capa, señor soldado? poco es: aquí traigo en la faltriquera algunos reales y los llevará vuesa merced tambien." Y quitándose la capa y doblándola con mucho desenfado, la puso en el suelo y echando mano a la bolsa, puso sobre la capa la plata que llevaba en ella, y sacando con valiente determinacion la espada, dixo con grande madurez y reportacion al crudo valiente: "Llebe aora la capa y la plata, si puede, valenton de boato; veamos si lo es de manos." Y cerrando con él a estocadas, le llebó el viexo la calle abaxo, tirándoselas tan espesas que no sabia por donde huir. Súpose el caso en Arauco, donde era soldado el bravo, y amansáronle dándole vaya sobre él.

Pues como el Gobernador Don Martin de Mogica supo los hurtos y robos que los soldados hazian con color de irse a pertrechar para servir al Rey, y que destruian las estancias y asolaban la ciudad de Santiago, que ha sido siempre la tributaria de esta guerra y la que con donativos, servicios y pertrechos la ha sustentado, quitó de todo punto las licencias de ir los soldados con tanta libertad a pertrecharse y ordenó a los cabos y capitanes que no diessen ninguna, so pena de caer en su desgracia; y guardóse con tanta puntualidad, que no avia soldado que se atreviesse a ir a pertrecharse ni cabo ni capitan que les diesse licencia, porque temian su gobernador y recelaban caer en desgracia de un caballero tan celozo de la justicia. Y por desgracia suya le embió desde Arauco a la Concepcion el capitan Francisco de Herrera, que lo era de a caballos, persona de muchos servicios, muchas canas que le avian salido en la guerra, suplicándole que le diesse licencia para embiar uno o dos soldados de su compañia a pertrecharse, que estaban desabiados, y apenas le leyó quando mandó que le quitassen luego la compañia y se la diesen a otro; y proponiéndole algunos sus servicios, sus canas y su buena intencion, que no era de que fuessen a hazer mal sino a buscar buenamente lo que pudiessen, no ubo remedio que le dexasse la compañia, diciendo: "Capitan que me pide que dé licencia para que los soldados vayan a hurtar, no me conoce ni quieró que sea capitan." Con que a todo el mundo le tembló la barba desde entonces, y no avia soldado que se desmandasse ni oficial que diesse licencia ni condescendiesse con él, y quitó con facilidad los hurtos y demasias de los soldados: exemplo grande para los venideros y que no tendrán excusa en el tribunal de Dios los gobernadores y oficiales que pudiendo con tanta facilidad, como lo hizo este Gobernador, estorbar los pecados, la libertad de los soldados y sús demasias, no las estorbaban debiendo hazerlo de officio.

Muchos han echado bandos amenazando con rigurosas penas a los soldados que se licenciaren en hurtos de caballos y en otras cosas, pero ninguno ha hecho cum-

plir el bando que echó como el Gobernador Don Martin de Mogica, y sin demasiado rigor ni castigar sino aquel o aquel, que no pasaron de dos por hurtos, hizo temblar la tierra y puso freno a la desenvoltura, de modo que siendo antes flor de los soldados y gala de la milicia en viendo un caballo en la campaña, un buey o una mula, llebársela como si fuera suya, con ver su entereza y la severidad con que prohibió el hurtar, no avia ninguno que se osasse allegar a caballo ni mula agena, y donde quiera que uno la dexaba la volvia a hallar, cosa que admiraba, y que agradecieron notablemente los indios y los estancieros, porque ni tenian cabalgadura ni ganado seguro, y lo que peor era ni aun las hijas. Y assi, quando baxó a Santiago le salian a recevir a bandadas por los caminos y agradecerle el bien que les avia hecho a ellos y a todo el Reyno, diciéndole que a la sombra de su christiandad y al amparo de su exacta justicia y zelo del bien comun tenian seguras sus hijas, sus mugeres, sus cabalgaduras y sus ganados.

Mostró sin esto su grande amor a la limosna y a las obras de piedad, no dejando iglesia ni obra pia a que no ayudasse con sus limosnas; daba muchas secretas y faboreció grandemente la fábrica del convento y iglesia del Doctor de la Iglesia San Agustin, y con su ayuda se acabó en breve. Respetaba mucho los eclesiasticos, y como tan christiano temia las censuras de la Iglesia, no dejándose llebar de la libertad de los soldados, que les parece que no ablan con ellos ni les obligan las descomuniones; y assi nunca hizo sacar preso ninguno ni delincuente que se acogiesse a la Iglesia, templando con admirable discrecion el zelo de la justicia, y aunque era tan entero en hazerla, no queria, como justo, hazerla contra justicia ni privar a la Iglesia de su inmunidad, y oyendo excomunion temblaba, y por enojado que estubiesse se reprimia y obedecia humilde; y fué caso de grande exemplo y de rara prudencia y templanza el que le sucedió en la Concepcion, que leyéndose en la iglesia catedral unos edictos en que a él le lastimaban, sentido se levantó de el asiento y se llebó tras sí al cabildo y demas personas principales, y viendo desde su silla el Obispo la determinacion, mandó desde el coro que ninguno saliesse de la iglesia, so pena de excomunion, y al punto que lo oyó, con grande humildad y rendimiento, obedeció, diciendo a todos: "volvamos, señores, y obedezcamos a nuestro Prelado." Exemplo grande de reportacion y obediencia en un caballero soldado y que causó a todos grande admiracion, y mucho mas lo que despues hizo, porque acabado de publicar el edicto, fué y se echó a los pies del Obispo, mostrando quan rendido estaba a la Iglesia y a sus mandatos: con que enseñó a todos el respeto y obediencia que se debe a los prelados.

Con ser tan venerador de los eclesiasticos y tan zeloso del culto divino, se grangeó grande estimacion, y mas viendo que no avia altar pobre que no le mandasse hazer ornamentos a su costa, ni iglesia falta de calizes o vasos sagrados que no la proveyese de lo necesario de su casa. Vile una vez, enojado rigurosamente con un cura, reñirle con celoso comedimiento, entrando en su iglesia, viendo el altar con indecente desaliño, y sin faltar al respeto, tomando el officio de prelado, afear el descuido de la veneracion de lo sagrado y enseñar al descuidado eclesiastico el esmero que debia tener en lo divino con palabras tan bien medidas y tan bien sentidas que descubrian bien salir de un pecho enteramente zeloso y zelosamente entero,

piadosamente grave y gravemente piadoso. De esta piedad tan connatural suya y de averle encargado su Magestad a la despedida, con su gran zelo y christiandad, que le procurasse mucho la conversion de los infieles y la christiandad de los indios (palabras que se le imprimieron altamente en el corazon), se engendró en su pecho un zelo tan ardiente de la conversion de los indios, que admiraba el ver las veras con que lo solicitaba, y mas parecia un prelado apostolico que un gobernador belicoso. Excitaba a los curas a la enseñanza de los indios y facilitaba los medios y ponia eficacia en los remedios. No acudian a la doctrina de la Compañia de Jesus los domingos los indios, o por irse a beber o jugar a la chueca, o por tenerlos ocupados sus amos, y las señoras a las indias, sin que tubiessen effecto las diligencias que los padres hazian por juntarlos y atraherlos, predicando en desierto y haziendo la doctrina como en seco a qual o qual, y al punto puso con eficacia el remedio, mandando que todos los indios y indias de la ciudad de Santiago y de la Concepcion acudiessen a la doctrina, poniéndoles pena a ellos y pena a los amos que no los embiassen y un alferez reformado que cuidasse de los que no acudian y de ejecutar las penas, y con esto y con ir en persona a hallarse en la doctrina se llenaban las iglesias de indios y de indias, con grande fruto de sus almas y aprovechamiento de su enseñanza.

Holgábase de ver aprovechar a los indios yanaconas en el conocimiento de los misterios de nuestra santa fee, y sintió ver tan desaprovechados a los indios amigos que están al abrigo de los tercios y hazer la guerra a los rebeldes en compañia de los españoles, que como son de la misma masa de los de guerra tienen poca aplicacion a aprender las cosas de nuestra santa fee, y ni les entran las oraciones ni entran en costumbres christianas, conservando las muchas mugeres y ocupándose en borracheras. Y juzgando que era falta de doctrina o descuido de los padres misioneros de la Compañia, dió su sentimiento luego que llegó; pero satisfecho de la dureza de los indios, de su poca aplicacion a las cosas de Dios, de su mucha repugnancia a acudir a oirlas y de lo mucho que los Padres de su parte solicitaban su conversion y enseñanza, conoció que la falta está en la dureza y soberbia de los indios y que ni se les podia sugetar ni apretar, porque con facilidad se rebelaban y iban a la tierra de guerra. Y estimó despues y agradeció lo que la Compañia trabajaba en la doctrina de los indios y decia que le diessen un indio convertido, que con verle daria por bien empleado el trabajo de aver venido de lejas tierras; y quando le daban cuenta de los que se convertian no sabia qué hazerse de contento, ni cómo agradecer a los ministros del Evangelio su trabajo y diligencia, y embiándole el Padre Juan del Pozo dos muchachos fiscales que sabian bien las oraciones y la doctrina christiana, porque deseaba ver algunos que la supiessen, lo estimó sumamente y los vistió de gala, y por lisonja a los Padres borró la plaza a un soldado que deseaba entrar en la Compañia y le dió grata licencia para que dejada la milicia temporal asentasse plaza en la espiritual. Y assi, llevado de este zelo de la conversion de los infieles y doctrina de los indios, procuró su pacificacion, como veremos, y embió religiosos de la Compañia de Jesus y de San Francisco despues a predicar a las tierras de los infieles; porque demas del zelo que tenia de que los indios se convirtiessen, llebó muy encargado de el Virrey el procurar que las armas de Valdivia se juntassen con las de Chile; el único remedio

eran las pazes y para asentarlas se le ofreció luego la mexor ocasion y coyuntura que pudiera desear. La Divina Magestad, que lo trazaba, le tubo unos mensageros prevenidos para quando llegasse, y los caciques de la tierra de guerra que se la ofreciessen, como dirá el capitulo siguiente.

CAPÍTULO II.

Como los indios de guerra, deseosos de la paz, vinieron a ofrecérsela al nuevo Gobernador. Da libertad a los caciques presos y captivos para que vayan a concertarla a sus tierras, y las diligencias que hizieron.

Deseo que los indios tenian de la paz por los trabajos que pasaban con la guerra. — El mal pasage que los indios amigos hazian a los embajadores. — Como desechaba el Marques a los que venian a dar la paz. — Venida del embajador Talcabal. — Tiénele oculto el Vedor dos meses hasta que venga Don Martin. — Dale audiencia Don Martin y dizele que vuelva a tratar de las pazes con los suyos.—Vuelve a la Concepcion con los caciques de guerra a dar la paz. — Da libertad el Gobernador a todos los caciques presos y captivos. — Concurre toda la tierra a la novedad de ver libres todos sus caciques. — Convienen todos en dar la paz y embian mensageros a la Concepcion. — Vienen caciques de la tierra de guerra a dar la paz de parte de todas las provincias.— Llama el Gobernador a consejo a los cabos y caciques amigos. — Resuelve el Gobernador el admitir las pazes con el parecer de los mas. — Ofrécese a ir a concertar las pazes el Vedor general Francisco de la Fuente Villalobos. — Las personas que lleva consigo.

Deseoso el enemigo rebelado de dar alguna quietud a sus tierras, descanso a sus armas y reposo a sus mugeres en sus casas, que con el asombro de la guerra se avian retirado a la espesura de las montañas y privádose del regalo de los valles y comodidad de sembrar en ellos, huyendo de los asaltos que de continuo les daban las armas españolas, con daño no solo de sus sementeras y haciendas, sino de sus personas, mugeres e hijos, que son las cosas que mas estiman; viéndolos ya esclavos y ya desterrados de el Reyno de el Perú, donde la contrariedad de los temples y el insufrible calor de aquella tierra los quita la vida, por obviar estos daños y cansados de la guerra han estado ofreciendo la paz y solicitándola por todos caminos, sugetándose a todas las condiciones que les impusiesen, exceptuando solamente la de ser encomendados, sin que en cosa que sea de el servicio de el Rey ayan pedido exencion ninguna; y esto con tantas veras, que ni han perdonado a rigor de el invierno, riesgo de ser cogidos en los caminos de nuestros espias y centinelas que cudiciosos del pequeño despojo que en ellos tienen y del interes y paga que se les da por cada prisionero que prenden, muchas vezes hazen prisioneros a los que vienen con embajadas, y aun a los que con sus mugeres y familia se vienen a reducir a nuestra frontera y estar de paz; siendo tan inhumanos unos con otros estos indios, que aviendo recevido a los que vienen de buena y por embajadores de el enemigo con muestras de amistad, los solian meter en una montaña y degollarlos cruelmente, llebando a los cabos de los tercios sus cabezas por despojos, finjiendo que avian muerto a enemigos que venian de mala y a espiar la tierra; ni tampoco les ha espan-

tado la imposibilidad de entrar a verse con los gobernadores, sin dar en manos de estas centinelas tanto mas rigurosas e inhumanas quanto mas conjuntas en la sangre; ni menos les ha acobardado las muchas vezes que aviendo llegado a nuestras fronteras a offrecer la paz, han sido rechazados y despreciados con desden, motexándolos de traidores, como lo experimentó Guilipel viniendo a ver al Marques, y assi mismo el cacique Antegueno y el embaxador Talcabal, y assi mismo los caciques de Maquegua, que acompañados de cien indios atrebidamente se entraron ofreciendo la paz al Marques de Baydes en nombre de todos los fronterizos de la guerra, y dándoles con las puertas en el rostro se volvieron corridos y con el sentimiento que se dixo arriba.

No obstante todas estas repulsas de los indios que deseaban dar la paz, entró atrevidamente a la ciudad de la Concepcion el cacique Talcabal arrojándose a qualquiera riesgo por volver a tratar de que admitiese el Gobernador las pazes que con tanta voluntad le offrecia toda la tierra de guerra, y entrando en casa del Vedor general Francisco de la Fuente Villalobos, que era el que en su casa agasajaba y hospedaba a todos los embajadores y caciques con grande liberalidad y paternal afecto, le dixo a lo que venia, y juzgando el dicho Vedor general que avia de ser desechado de el Marques de Baydes como los demas, porque ya no se fiaba de ellos ni queria persuadirse a que darian la paz sin tratar de las traiciones y dobleces que solian, le dixo que no era tiempo y que ya avia nuevas de otro gobernador que podria ser que asintiesse a recebir las pazes, que se estubiesse en su casa aguardándole, y él lo hizo, y le tubo el Vedor general oculto por espacio de dos meses, hasta que llegó el Gobernador Don Martin de Mogica, que advertido desde la ciudad de Lima de el deseo que el enemigo tenia de dar la paz y de las diligencias que en órden a esto hazia toda la tierra de guerra, confirió con el dicho Vedor general lo que por sus cartas le avia avisado al Perú, y sabiendo le estaba aguardando el dicho cacique Talcabal oculto, le señaló dia para darle audiencia. Y abiéndole oido el Gobernador, mandó en todas sus fronteras que ubiesse suspension de armas ofensivas por tiempo de cincuenta dias que pidió de término el cacique embajador para volver a tierras de el enemigo a conferir con todos los caciques el trato de las pazes, tiempo necesario por ser lo mas riguroso de el imbierno; y aviendo cumplídose el tiempo señalado, volvió a la ciudad de la Concepcion con los mas principales caciques de la Imperial, assi de la cordillera como de la costa, Maquegua, Boroa y Tolten, y con ellos vino Gaspar Alvarez, que en razon de estas pazes y de las pasadas, rescates de captivos y avisos importantes, ha hecho singulares servicios a las dos magestades, divina y humana.

Como el buen asiento de estas pazes pendia principalmente de los caciques que estaban presos, Chicaguala, Lincopichon, Lebuepillan, y de los que avia prisioneros, Tinaqueupu, Buchamabal y Cheuqüegueno, el que dijimos que tenian por dios de las aguas, les dió libertad a todos el Gobernador don Martin de Mogica, prudente y liberalmente, sin admitir rescate ni que se tratasse de él, usando de su mucha nobleza y obligándolos mas con su liberalidad, porque demas de no pedirles rescates, les dió muchos dones y los vistió cumplidamente y dió lo necesario para el camino, haciéndoles muchos agasaxos y consolándolos por los trabajos de su prision, que a vista de tantas caricias olvidaron fáciles, convirtiéndoseles el pesar en

gozo y alegria. Dió orden en todas las fronteras que se les hiziesse buen pasage para sus tierras y todo agasaxo, a que acudieron los cabos con la puntualidad que pedia el orden de su Gobernador.

A la novedad de ver en sus tierras a los caciques Chicaguala y los demas que tanto tiempo avian estado presos y que tantas diligencias avia hecho toda la tierra de guerra por verlos y recobrarlos, y al gusto de ver al cacique Tinaqueupu libre de su captiverio, con los demas que lo estaban, libres y sin rescate, dados con tanta liberalidad de el Gobernador y con no poca contradiccion de algunos que juzgaban que no queria mas el enemigo que recobrar sus caciques para esforzar mas la guerra, concurrieron todas las comarcas y provincias de guerra, y juntas confirieron entre sí la conveniencia que en las pazes tenian, la obligacion en que les avia puesto el Gobernador dándoles libertad sin interes ninguno, la que les corria el agasaxo y favor que por tiempo de seis años con tanto dispendio de su hazienda el Vedor general les avia hecho. Con que resueltos continuaron los mensages a la ciudad de la Concepcion para avisar al Gobernador de la voluntad con que los caciques de la frontera daban la paz y como embiaban los caciques mas principales a solicitar las voluntades de los de la tierra adentro, y para este fin, aunque era el rigor de el imbierno, se partieron el cacique Lincopichon y Tinaqueupu a la Villarica, Don Antonio Chicaguala a Tolten, Don Alonso Buchamabal a la Imperial y Cheuquegueuu a la costa, y assi otros caciques se repartieron por otras partes a solicitar las voluntades de los demas, que obligados de los cariños de el Gobernador y deseosos de el bien de la tierra y de que la paz se estableciesse, no dexaron diligencia por hazer para que todos viniessen en un mismo parecer; y teniendo ganadas las voluntades, pidieron al Gobernador, de comun acuerdo, que nombrase persona que representando la suya fuesse a sus tierras a conferir las pazes y a asentarlas de el todo, ofreciendo para ello, demas de la obligacion en que se hallaban, todo el seguro necesario, suplicando que cesassen las armas mientras las pazes se ajustaban.

Para esta embajada que embiaron al Gobernador, nombraron a los caciques Guaiquimilla, de Maquegua; Guatur, de Meliregua; Ayllacuriche, de Virquen; Cheuquenecul, hijo heredero de Lincopichon, a quien en el rompimiento de las pazes pasadas el Marques de Baydes quitó el baston de Sargento Mayor y ahora fué restituido a él; de Boroa, Don Juan Igaitaru; de Tolten, Cheuquepillan y Francisco de Soto, mestizo, a quienes acompañaban mas de cien indios. Estos embajadores fueron a la Concepcion y propusieron al Gobernador la voluntad con que sus parcialidades ofrecian la paz; y de la banda de la costa fué con la misma demanda el cacique Lemullanca, Chuchanvilo, con otros caciques pertenecientes a la voca de la Imperial y de Tolten. Aquesta junta y concurrencia de embajadores obligó al Gobernador a llamar de todas las fronteras los cabos, capitanes de amigos, caciques principales y toquis de el Estado de Arauco y de San Christóval. Vinieron a su llamado el Maestro de campo Juan Fernandez Rebolledo, el Capitan Juan Catalan, el Capitan Baltazar Quijada, capitanes de naciones y de los indios, el cacique Igaipil, Clentaro, Curunamon, y los caciques de Ilicura, Tirua, Calcoimo, Relomo, Paicabi, Rancalgue, Lincoya, Pilmaiquen, Colcura y Coronel; de las fronteras de afuera vino el Sargento Mayor Francisco Rodriguez, comisario Domingo de la Parra, Capitan Pedro de Abalos y Capitan

Pedro de Sotomayor, que lo eran de naciones; y de los indios, el cacique Llancaguenu, de San Christóval; Llancapel, Marillanca, Culatur, de Santa Fe; Lebupillan y Liencura, de Tomeco; de la provincia de Talcamavida, Ancatemo, Guechuqueupu y otros muchos que les acompañaban. Y juntos los indios amigos con los mensageros y embajadores de el enemigo, confirieron entre sí los tratos de las pazes, que todos vinieron en ellas; y aviéndoles oido el Gobernador, convocó al Dean y Cabildo eclesiástico, superiores de las Religiones, Cabildo de la ciudad, Vedor general, oficiales reales, maestros de campo reformados y demas capitanes del consexo de guerra. Tambien se halló ahi el Marques de Baydes, y aviéndose disputado y altercado sobre estas pazes y oido la variedad de pareceres, el Gobernador se resolvió de seguir el consexo de los que con resolucion las admitian, que fueron los mas, entre los quales se aventaxó mucho el Vedor general, el Sargento Mayor de el Reyno Francisco Rodriguez, el Cabildo eclesiástico, las Religiones y otros muchos. No faltaron personas de mucha autoridad y experiencia que sintieron lo contrario, teniendo por cosa de poco fundamento la estabilidad de estas pazes, midiéndolas por las pasadas, olvidados en los discursos de las muchas ocasiones que se les han dado a su rompimiento, si es que de su parte faltaron, que de la nuestra se les publicó la guerra y se les hizo primero.

Resuelto este punto, se trató de el modo de asentar las pazes, a que se ofreció a ir en persona voluntariamente el Vedor general Francisco de la Fuente Villalobos, como persona que con mayor zelo avia procurado las pazes y que mas obligados tenia a los indios por los grandes agasaxos que les avia hecho y ser el mas conocido y estimado entre ellos, que aunque barbaros saben ser agradecidos y estimar a quien les hace bien, y aunque ubo varios pareceres sobre la eleccion de la persona, por ser mucha para tanto riesgo la de un Vedor general, con quien pudieran hacer los indios alguna alevosia y ser causa de mayores daños y de algun alzamiento general que durasse muchos años, en fin prevaleció el que fuese el Vedor general, señalándole para su intérprete al Capitan Juan de Roa, por ser el mas entendido en la lengua de los indios, remitiendo a su fidelidad el tratar con los indios las pazes, y para honrarle mas le dió el Gobernador una compañia de a caballos. Tambien fueron por sus acompañados el Licenciado Juan de Toledo Alfaro, clérigo presbítero, persona de gran zelo y muy noticioso en la lengua, y el Padre Juan de Moscoso, religioso de la Compañia de Jesus, misionero en el Estado de Arauco, que avia trabajado apostólicamente muchos años en la conversion de los indios amigos y tenia grandes deseos de predicar el Evangelio a los enemigos; el Padre Frai Juan de Escobar Berrio, de la Orden de Nuestra Señora de las Mercedes, religioso de señalada virtud; cinco capitanes y siete soldados: con que se comenzó a aprestar la jornada el dia de San Mateo apostol, a veinte y uno de Setiembre; y para el buen acierto les dió el Gobernador las instrucciones que avian de guardar y las capitulaciones que avian de proponer a los indios, que por ser tan prudentes y tan christianas las pondré aqui.

CAPÍTULO III.

De las instrucciones que el Gobernador dió al Vedor general para ir a tratar las pazes con los indios de guerra, y las capitulaciones que les avia de proponer.

Por no poder ir en persona el Gobernador a capitular las pazes, embió al Vedor general. — Nombramiento del Vedor general. — Instruccion que no haya réplica en materia de admitir la fe. — Que traiga las dificultades y peticiones de los indios por escrito. — Que traiga a la paz los indios de Tolten y Valdivia. — Que no concluya nada, que él irá con el exército a concluirlo. — Capitulacion primera: que han de oir la enseñanza de la fe católica. — Capitulacion 2.ª: que pueda poblar donde quisiere. — Capitulacion 3.ª: que han de abrir los caminos. — Capitulacion 4.ª: que han de hazer la guerra a los enemigos. — Capitulacion 5.ª: que dexen venir a los que quisieren a nuestras tierras. — Capitulacion 6.ª: que no admitan en sus tierras a los indios de las nuestras. — Capitulacion 7.ª: que den libertad a los captivos. — Capitulacion 8.ª: que dexen venir a los parientes de nuestros indios. — Capitulacion 9.ª: que avisen de los traidores, y si no, lo paguen. — Capitulacion 10.ª: que todos han de pagar la traicion de sus cabezas. — Capitulacion 11.ª: han de tomar las armas contra los traidores. — Capitulacion 12.ª: que vivan entre sí con paz y sin hurtos. — Orden del Gobernador para los cabos. — Sale el Vedor para la tierra de guerra. — Haze el Gobernador Sargento mayor a Pedro Ramirez Zabala. — Trata de ir a Santiago y deja por su teniente de Capitan general al Maestro de campo Fernando de Mieres y Arce. — Servicios de sus abuelos. — Servicios de su padre en Flandes. — Servicios del Capitan Gutierrez de Arce, su padre, en este reyno. — Estima que han hecho de su persona y consejo los Gobernadores.

El Gobernador Don Martin de Mogica, por ser recien llegado y no poder entrar con todo el exército la tierra adentro a causa de no aver salido el imbierno y estar los rios muy crecidos, aunque deseaba ir en persona a capitular las pazes con los indios de guerra, lo cometió al Vedor general Francisco de la Fuente Villalobos, fiado de su mucho zelo en el servicio de Dios y de el Rey y en el afecto de los indios para con él y el que él ponia en qualquiera cosa que conducia al bien de los indios, conversion de sus almas y establecimiento de las pazes, y para que todas las acciones fuessen bien enderezadas, le dió las instrucciones siguientes, con este decreto:

"Por aver ofrecido la paz la mayor parte de los indios enemigos de Tolten acá, y aceptado su propuesta con pareceres de comun acuerdo de religiosos y maestros de campos de este real exército, por las conveniencias que se siguen al servicio de Dios Nuestro Señor y de el Rey, y aviendo de elegir persona de partes, suficiencia y autoridad para representarles en junta general en sus tierra lo que se nos ofrece en órden a las capitulaciones que se han de observar, y averse ofrecido para el efecto el Vedor general, hemos resuelto de comun acuerdo que vaya a esta disposicion y observe puntualmente todo lo que contiene esta instruccion.

"Hase de observar en la junta general

que hicieren los indios todos los que offrecen la paz, llebando por intérprete al Capitan de a caballos Juan de Roa, como persona de satisfaccion a quien se le ha dado las capitulaciones que lleva firmadas de mi mano, advirtiéndoles que si no se conformaren en observarlas puntualmente, no se podrá conceder la paz que piden, declarándoselas bien y procurando salir con quanto contienen, particularmente en el primer punto que toca a la fee, en que no se admita réplica ninguna, porque en contraviniendo a su observancia, no hay paz.

"Aviendo hecho esta diligencia hasta el ultimo esfuerzo, traherá entendidas con mucha distincion las dificultades que se le offrecieren. Traherá entendido de los indios por escrito quanto propusieren de sus particulares, aviéndoselo disputado hasta mas no poder, procurando rendirlos desde luego a la razon para que en la conclusion nos hallemos con esta ventaja.

"Ha de procurar, sin quedar a deber un paso a ninguna diligencia, que entren en paz los indios de Tolten a Valdivia; si no aprovecharen, intimarles la guerra a fuego y sangre; y assi mesmo procurar indignar contra ellos los que offrecen la paz, induciéndolos a su destruccion.

"Aviendo en esta conformidad ajustado con las ventajas posibles lo que se le encarga, sin concluir nada por ningun accidente ni razon mayor ni menor, dará la vuelta a esta ciudad, advirtiendo a los indios que con lo que trugere entendido de ellos, si yo me conformare, iré en persona con el exército de su Magestad a efectuar las pazes; y si no se conformaren con la razon que tan en su ventaja se les propone, a que experimenten la guerra mas cruel que se ha podido pensar. — Concepcion y Setiembre veintidos de mil seiscientos y cuarenta y seis años.—Don Martin de Moxica."

Y luego pone consiguientemente los capitulos y condiciones que se proponen para admitir las pazes, que son las siguientes:

"Todos los Toquis generales, caciques e indios de sus parcialidades que offrecen la paz y desean ser admitidos como fieles vasallos de el Rey nuestro señor, an de observar lo que contienen los capitulos siguientes con filial y buen corazon. Primeramente an de oir la doctrina christiana y enseñanza de la fee católica con toda reverencia a los Religiosos que fueren a este efecto, y quando les pareciere están catequisados como conviene, an de recebir el santo baptismo; y los niños y niñas de menor edad se han de baptisar luego con gusto de sus padres, y los han de llevar o enviar a oir la doctrina siempre que fueren llamados.

"Que ha de quedar a mi arbitrio el poblar en la parte que juzgare mas conveniente al real servicio, sin que ningun Toqui general, cacique ni otro indio pueda ni se atreva a hazer resistencia alguna; y que ellos ayan de ayudar a formar las poblaciones en lo que se les encargare personalmente, sin réplica ni poner dificultad.

"Han de ser obligados de abrir paso, capaz de marcha con el exército para llegar a Tolten, en el bosque, talando la parte que fuere menester para hazer camino o allanando pasos si se puede ir por alguna parte, aunque sea con algun rodeo.

"Han de ser amigos de buen corazon de todos los que fueren nuestros amigos, y enemigos de los que fueren nuestros enemigos, maloqueándoles y haziéndoles la guerra con los mayores daños que fuere posible.

"Si algunos caciques o indios solos o con sus familias quisieren venir a vivir entre nuestros amigos, les hayan de dar paso franco, sin ponerles ninguna dificultad.

"Si algunos caciques o indios de los que están hoi en nuestras reducciones quisieren pasar a las tierras de ellos, no los hayan de admitir por ningun caso, si no es que vayan con licencia firmada de mi mano, sino que los prendan luego y me los remitan.

"Que todos los españoles y españolas que ubiere prisioneros entre ellos, les hayan de dar libertad.

Que todos los indios con sus familias, que hubiere entre ellos, parientes o amigos de nuestros indios amigos y gustaren de venir a vivir entre éstos, los hayan de dejar venir libremente.

"Si algun Toqui general, cacique o indio de presuncion, intentare algun rebelion con solicitud de palabra o pasando la flecha a su usanza, qualquiera a quien de palabra o con la flecha llegare y no le acusare luego para poner remedio, se dé por traidor, aunque no acepte la propuesta, y tenga pena de vida igualmente como el traidor que incitaba conspiracion.

"Si algun toqui general en su aillaregua, o algun cacique en su jurisdiccion, o algun indio rico con sus amigos, intentaren en algun tiempo faltar a la paz con traicion, hayan de ser degollados generalmente toquis, caciques, indios, viejos, mozos, niños, mugeres y niñas, sin perdonar a ninguna edad ni sexo de quantos fueren de sus jurisdicciones, aunque no sean cosensientes ni sabidores. Y pónese esta pena para que todos estén advertidos y con cuidado con sus superiores, porque inocentes no vengan a pagar la pena que ellos merecian. Y este capitulo se publicará fielmente con toda claridad a quantos indios mayores y menores fueren comprehendidos en la paz, como el mas esencial para asegurar sus corazones con el recelo comun de todas las familias.

"Todos los toquis, caciques e indios se obliguen de buen corazon a tomar las armas contra los que intentaren traicion para que se ejecutasse el castigo que señaló el capitulo décimo, sin excusa ni resistir, aunque fuesse contra sus padres o hermanos, siendo los primeros al castigo, como fieles vasallos de el Rey nuestro señor.

"Han de vivir los toquis generales, caciques e indios, entre ellos, como buenos amigos, en paz y quietud, sin hazerse daño unos a otros ni hurtar nada, pena que será castigado el culpado, y el toqui general o cacique a quien sus subditos les pidieren justicia y no la administrare justamente, tambien será castigado, porque la intencion del Rey nuestro señor es que vivan todos con igual paz y quietud como los mismos españoles de su corte. — Concepcion y Setiembre veinte y dos de seiscientos y cuarenta y seis años.—DON MARTIN DE MOXICA."

Con esto dió los ordenes para los cabos de las fronteras, que son los siguientes:

"El Maestro de campo del Reyno y Sargento Mayor y demas cabos de las fronteras de Paicabi y el Nacimiento, tendrán entendido que lo que ha resultado sobre admitir las pazes que los indios de guerra de los terminos de la Imperial y Tolten, tengo ordenado y dispuesto las condiciones y capitulaciones con que se le ha de admitir para mayor firmeza y seguridad. Y para que en caso y materia de tanta importancia para las dos magestades y que tenga effecto cosa tan justa, se ha offrecido ir la tierra adentro a dárselo a entender al Vedor general de este Reyno, Capitan Francisco de la Fuente Villalobos, y por mi orden intérprete de ello al Capitan Juan de Roa, que al presente está sirviendo de capitan de a caballos lanzas en el tercio de Santa Maria de los Remedios, dejando a disposicion del dicho Vedor general todo lo que se le offreciere prevenir

por su Teniente de Capitan general, y aunque esta honra es debida y consiguiente al puesto de Maestro de campo general, que actualmente gobierna las armas y le llenara sobradamente el Maestro de campo Juan Fernandez Rebolledo que gobernaba en Arauco, no se le dió por aver de ir con todo el tercio a poblar a Tucapel al mismo tiempo que el Gobernador iba a Santiago.

CAPÍTULO IV.

Como el Gobernador fué a Santiago a recevirse de Presidente de la Real Audiencia, el Maestro de Campo Juan Fernandez Rebolledo a poblar a Tucapel y el Vedor general a tratar las pazes a la tierra de guerra.

Vaja a Santiago y en el camino haze aderezar las iglesias de los indios y hazer ornamentos y pendones.—Despachó a priesa los pliegos de la Audiencia.—Perdonó por el respeto del Obispo a uno que tenia para dar garrote.—Quitó los hurtos y amancebamientos y embió a Valdivia mugeres perdidas para los soldados. — Juntó caballos y bastimentos para los soldados y quemó los rancios. — Passó muestra y echó a la guerra a los que no acudieron a ella. — Hizo Corregidor a Asencio Zabala y Sargento mayor a Francisco de Herrera. — Determina el Gobernador la poblacion de Tucapel y de Peñuelas, y sale a ella el tercio de Arauco. — Insiste en esta poblacion de Tucapel el Maestro de campo Juan Fernandez. — Poblacion de Tucapel en la ciudad antigua. — Trabaxan en ella todos los indios de aquellas provincias. — Hazen una casa fuerte en la boca del rio de Lebo para que alli descarguen las fragatas. — Hazen sementeras en Paicabi. — Hazen un fuerte en las provincias para frente al enemigo. — El Capitan Juan Catalan gobierna el fuerte y los indios con destreza.— Pone el Gobernador mision de padros de la Compañia en las Peñuelas. — La buena disposicion de los indios para recevir la fe. — Pone otra mision de frailes de San Francisco en Tucapel. — Corre nueva que quieren matar al Vedor general. — Sale el Vedor y vienen a recevirle veinte caciques y cien indios. — Haze el primer parlamento y razona el General de las armas de Maquegua. — Responde Culatur. — Embia el Vedor a saber de unos rumores de la tierra adentro al Capitan Pedro de Soto. — Avisa que los quieren matar y vuélvese el Vedor huyendo. — No se halló fundamento en esta nueva. — Avisa Chicaguala como todo era mentira. — Averíguase que por una muger de Chicaguala que maleó en su ausencia se habia fraguado esta nueva.—Toma resolucion el Vedor de proseguir el viage contra el parecer de muchos. — Llueven caciques y mensageros a pedir al vedor que no desista de el viage. — Da a entender Lincopichon la pena con que está por la vuelta del Vedor.

Aviendo dejado bien dispuestas las cosas de las fronteras y dado los órdenes necesarios a los cabos de los tercios, partió a fines de Setiembre el Gobernador para la ciudad de Santiago, y en el camino, viendo algunas iglesias de indios poco decentes, las mandó aderesar y dió de su casa el adorno necesario para los altares, mandando hazer pendones para todas las doctrinas para que los indios saliesen con ellos en procesion cantando las oraciones: que no perdia ocasion en que mostrar su piedad y el deseo que tenia de adelantar la enseñanza de los indios, afervorizando a los curas y dándoles lo necesario para el culto divino, procurando su aseo y adorno para que los indios cobrassen mas concepto y estimacion de las cosas de Dios. Llegado a Santiago, fué recevido con el aplauso, fiestas y magnificencia con que aquella nobilissima ciudad acostumbra a recevir a los gabernadores, de que se ha hecho mencion en otras partes y excuso el repetirlo.

Luego que se recivió por Presidente de la Real Audiencia, puso calor en que se despachassen con brevedad todos los pleitos pendientes en ella por despenar a los litigantes. Visitó la cárcel y despachó con brevedad la sentencia de los presos, y hallándose un soldado preso por ciertos deli-

tos y hurtos, como era tan enemigo de ladrones, que decia que si fuera necesario y hallara todo un tercio comprendido en ese vil pecado los diera garrote a todos, que mas queria pocos soldados y de presuncion que muchos ladrones y de bajos pensamientos, mandó luego darle garrote, sin que ninguno se atrebiesse a rogarle por él porque conocian su severidad y su rectitud en hazer justicia, hasta que valiéndose muchos de la autoridad de el Ilustrissimo Obispo Don Gaspar de Villarruel, le suplicaron que fuesse medianero y hiziese oficio de padre intercediendo por aquel pobre soldado: que solo su respeto pudo hazer doblegar la enteresa de el Gobernador. Y no se engañaron, porque luego que le avisaron que a deshora de la noche le iba a ver el Ilustrissimo Obispo, conociendo a lo que iba le salió a recebir y a las primeras palabras le dixo: "Solo Vuesa Señoria Ilustrissima, a quien yo tanto venero, puede mandarme quanto quisiere, que mi obligacion es obedecer; y con un criado bastaba averme enviado a mandar. Yo le perdono." Que como sabia ser entero en guardar y en hazer justicia, sabia ser cortes y liberal en perdonar. Puso remedio a los hurtos en Santiago y quitó amancebamientos, y a muchas mugeres que por su pobreza no hallaban remedio y buscaban la vida de el cuerpo dando la muerte al alma, las embió a Valdivia para que allí se casassen con los soldados que estaban faltos de mugeres, con que a ellas las enmendó y los remedió a ellos. Solicitó caballos para el exército y diéronlos todos los vecinos con mucho gusto por aver estorbado que los soldados fuessen a hurtarles quanto tenian con título de pertrecharse. Dispuso que se llebassen bastimentos bien acondicionados, y por aver llebado alguna cantidad de cecina rancia y mal acondicionada, la hizo quemar toda en la playa de la Concepcion; que ya es dicha de el soldado que lo peor haya de ser para él, por inteligencias de los que lo compran. Passó muestra de la gente que avia que podian tomar armas, señalando el dia y echando bando que ninguno faltasse, y a todos los que no acudieron los condenó aquel año a que fuessen a la guerra. y que le acompañassen a la entrada que habia de hazer a tierras de enemigo. Con que casó alguna gente y volvió el dia de la Concepcion, ocho de Diciembre, a la Concepcion, por llamarle ya los negocios de las pazes y por los avisos que tubo de el Vedor general de el buen suceso de su jornada. Dejó antes de partirse por Corregidor de la ciudad de Santiago al General Asencio Zabala, persona de lustre y obligaciones, que avia ido por embajador de la ciudad de Santiago a la Concepcion en compañia de el alguacil mayor Antonio Barambio a darle la bienvenida de parte de aquella novilissima ciudad y su ilustre Cabildo, y dió el baston de Sargento Mayor al Capitan Francisco de Herrera, a quien habia quitado la compañia de a caballos por averle pedido que fuesen algunos de sus soldados a aviarse, que como conocia que era lo mismo que ir a hurtar, por mostrar quánto lo aborrecia y que ninguno le avia de pedir semexante licencia, hizo esa demostracion con él, y despues, considerando que avia sido rigor y que la intencion de el Capitan avia sido buena, y atendiendo a sus muchos servicios y méritos, le satisfizo y honró con este puesto, encargando a todos los ministros que velasen en la guarda de el bando de los hurtos que por otro nombre llamaban paraguayes, y por no decir los soldados que hurtaban, que es palabra afrentosa, dezian que hazian paraguayes, poniendo mascara al nombre y dejando el hecho, hurtando a cara descubierta.

Antes de ir el Gobernador a Santiago dejó trazada con el Maestro de campo Juan Fernandez Rebolledo la poblacion de Tucapel y que pasasse allá todo el tercio de Arauco, y la compañia de a caballos de el Capitan Juan Catalan, que estaba en el fuerte de Paicabi, media legua de Tucapel, pasasse siete leguas mas adelante y hiziese un fuerte en las Peñuelas. Y assi en execucion de esta determinacion que salió de el consejo de guerra, salió el Maestro de campo a principios de Octubre con todas las compañias de a caballos y de infanteria del fuerte de Arauco para Tucapel, quedando solamente en Arauco la compañia de el castillo de San Ildefonso y la casa de mision de la Compañia de Jesus. El fin de esta mudanza fué pasar adelante las armas, y la mira tener mas cerca las malocas y las piezas, que como el Capitan Juan Catalan estaba en la frontera de Paicabi y hacia las malocas y se llevaba lo mas de el provecho de las piezas y esclavos, quiso el Maestro de campo tener mas a la mano este provecho y estar con todas las fuerzas en la frontera para tener mas cerca al enemigo y abrigar mas inmediatamente a los nuevos amigos que avian dado la paz en tiempo de el Marques de Baydes, que eran mas de dos mil indios en todas las provincias de Tucapel, Paicabi, Puren, Ilicura, Cayucupil, Angolmo, Calcoimo, Relomo, Ranculgue, Pilmaiquen, Lincoya y Lebo. Porque como poco antes andaba tan viva la guerra y estas provincias se la hacian con ayuda de los españoles a las provincias de la Imperial, Tolten, Boroa, Maquegua, Virquen, venian tambien los enemigos a la venganza y dábanles muy buenos golpes, y como los hallaban desabrigados de los españoles o con muy pocos, lo pasaban mal, y al mismo tiempo que llegó el Gobernador Don Martin de Mogica, halló fresca una entrada de el enemigo a Ranculgue, en que mató algunos diez españoles y captivó muchos indios amigos, como se dixo en el libro pasado, capitulo veinte y dos, (1) donde se trató de la muerte de el Teniente Diego Montero, un famoso soldado, pues haziendo poco caso de las pazes que los indios ofrecian el Maestro de campo Juan Fernandez y pareciéndole que no avia de conseguir nada el Vedor general y que no era bien perder tiempo en fortificar las fronteras y adelantar las armas, instó en esta poblacion de Tucapel y la puso luego en execucion, pasando allá todo el tercio de Arauco, no con poca contradiccion de algunos capitanes ni sin falta de algunas profecias de que no avia de durar y que avia de ser la perdicion de la tierra quitar el tercio de Arauco, donde tantos años avia estado y desde donde se ponia freno al enemigo, con mejores comodidades para el sustento de el tercio, como vino a suceder despues, que los soldados a veces con la experiencia profetizan y adivinan los sucesos.

Aviendo llegado el tercio a Tucapel, anduvieron buscando el sitio mas acomodado y eligieron el de la ciudad antigua de Tucapel, en una loma sobre el rio. Vinieron luego todos los caciques de las provincias circunvecinas a ver al Maestro de campo y a offrecer sus indios para trabajar en la poblacion, que como las fábricas de las poblaciones de los tercios y de los fuertes son obras que se hazen por cuenta del Rey, acuden a trabaxar a ellas como gastadores todos los indios amigos, que como soldados del Rey en las capitulaciones de las pazes se offrecen a trabajar en todas las obras que fueren de su servicio. Y assi, con su ayuda y la de algunos

(1) El capítulo citado corresponde al XXIII, por error de la numeracion orijinal.

indios de Arauco, se hizo un cuartel muy capaz, cercado de palizada, con su iglesia, faturia, cuerpo de guardia, casa del capellan, Maestro de campo, y alojamientos suficientes para las compañias. Acabada la poblacion, se hizo una casa fuerte en la boca del rio de Lebo para que alli llegassen las fragatas con el bastimento y desde alli, que ay siete leguas a Tucapel, se llevasse con escolta de mulas, como se hizo, aderesando los indios los caminos y haziendo puentes en los esteros y malos pasos para facilitar mas el tragin. Dispúsose sin esto el hazer una grande sementera de trigo por ser las tierras de Paicabi fertilisimas, y dejando en aquel fuerte solos los operadores necesarios, passó la compañia del Capitan Juan Catalan, que era de a caballos y de gente escogida, a poblar otro fuerte, siete leguas mas adelante, al puesto que llaman las Peñuelas, para hacer frente al enemigo y abrigar mas de cerca las provincias de Ranculgue, Tirua, Calcoimo y Relomo, de indios amigos que tenia seducidos y aquerenciados el Capitan Juan Catalan, el qual quedó por cabo de aquel fuerte, capitan de aquella compañia de a caballos y juntamente era comisario y capitan de todas aquellas naciones y de las de Arauco, que por ser tan grandemente entendido en la lengua de los indios, tan buen soldado y tan capaz para gobernarlos, los indios le querian notablemente y hazia de ellos quanto queria, conservándolos en la amistad de los españoles desde que se vinieron de paz de la tierra de guerra, quando la dieron al Marques de Baydes.

Aqui, en este fuerte, puso despues el Gobernador Don Martin de Moxica una mision de dos padres de la Compañia, cuyo superior fué el Padre Juan del Pozo, religioso de gran zelo de la conversion de las almas y que en Chiloé y en Buena Esperanza avia trabajado mucho en doctrinar y convertir aquellos indios, y deseoso el Gobernador con su grande zelo de que tantos infieles como avia en estas provincias tubiessen sacerdotes que los predicassen el Santo Evangelio, pues estaban tan bien dispuestos y recevian tan bien la fe, que aviéndoles yo embiado desde Arauco, luego que se pobló Tucapel, algunos padres que les doctrinassen y diessen las primeras luces de nuestra santa fee, los recivieron con grande gusto y les offrecieron sus hijos para que los baptizassen, reciviendo todos con muestras de gran voluntad la doctrina del cielo, y la misma disposicion hallé en los indios de Tucapel, Cayucupil, Paicabi y demas provincias: que mientras se hizo la poblacion estube acompañando al tercio y discurriendo por todas aquellas reducciones de estos nuevos amigos, infieles todos y que nunca avian oido la palabra divina, y predicándosela y dándosela a entender la recevian con gran voluntad y deseo de hazerse christianos y me trahian los hijos para que los baptizasse; y informado el Gobernador de la buena disposicion de esta gente, puso en Tucapel otra mision de religiosos de San Francisco: el uno el Padre predicador Frai Francisco Pedraza, persona de muchas prendas, gran púlpito y señalada virtud, y el otro el Padre Frai Juan Pardo, muy entendido en la lengua de los indios, muy zeloso de su conversion y de espiritu apostolico, que trabajó gloriosamente con ellos por convertirlos hasta que se volvió a alzar toda la tierra y quedó captivo de sus proprios hijos y feligreses, sirviéndoles de pastor y pasando no pocos trabajos por la gloria de Dios, hasta que despues de algunos años se rescató.

Trabajándose estaba en estas poblaciones quando llegó una nueva de que el enemigo avia querido matar al Vedor ge-

tanta prisa que en este tiempo desandaron lo que avian caminado en dos dias y medio, dejando por el camino sembradas las cargas por salvar las personas y embiando delante un aviso al Sargento Mayor Pedro Ramirez Zabala, que luego vino a encontrarlos con el tercio y los indios amigos.

Casi a un mismo tiempo llegaron todos al Nacimiento, y el Capitan Pedro de Soto con un indio, que era el que le avia dado el aviso, y examinado no se halló fundamento y todo avia nacido de una mestiza muger de Chicaguala, que luego que supo que salia de la prision se huyó temerosa de algun castigo, porque quizá no le avia hecho buenas ausencias, y averiguado no se halló sustancia; pero todos juzgaron que se detubiesse el Vedor hasta que volviesse respuesta del Capitan Juan Vasquez, que estaba la tierra adentro, y luego que llegó esta nueva le despachó el Vedor un mensage con el cacique Caucamanque para que avisasse de cierto lo que avia; pero antes que llegasse, despachó Chicaguala a Gaspar Alvarez quando supo la fuga del Capitan Pedro de Soto tan sin fundamento, y avisó cómo todo era mentira, que toda la tierra estaba esperando al Vedor general para recevirle en palmas y que no venia Chicaguala a llebarle por estar disponiendo los mensages para que se juntasen todos los caciques a recevirle; y lo mismo hizo el Capitan Juan Vasquez, y que hasta de la Mariquina avia embiado mensage Don Juan Manqueante, pidiendo que le admitiessen las pazes: de que recivió grande contento el Vedor general y los caciques mensageros, que nunca le dexaron y estaban confusos de la novedad, aunque siempre dixeron que era mentira y que no se debia dar credito, que algun enemigo de Chicaguala por deslucirle debia de aver inventado aquel embuste, como despues se averiguó en el parlamento de Maquegua que avia salido de un mestizo llamado Juan Idalgo, que avia dado por muger a Chicaguala a una hija suya, mestiza, la qual, en ausencia de Chicaguala, se avia revuelto con otro indio y huídose luego que supo que avia salido de la prision, y temerosa de que hazia diligencia por recobrarla y de que la avia de castigar, se retiró la tierra adentro y levantó este testimonio a Chicaguala: con que el Vedor general, corrido de aver hecho aquella tan apresurada y liviana retirada, determinó a volver a proseguir el viage, no con rehenes como muchos le decian y proponian haziéndole requerimientos, sino fiado en la verdad y sinceridad con que los caciques trataban las pazes, y aunque dos capitanes de los que llevaba en su compañia se volvieron, o presumidos de sabios o demasiado prudentes, no desistió de su intento animoso, y mas prudente el Vedor general, juzgando que no cumplia con la obligacion de su legacia, sino por un temor vano y un rumor sin fundamento volvia atras y que el Gobernador lo avia de sentir y tener a mal, como lo dió a entender luego que supo en Santiago la retirada, escribiéndole al Vedor y afeándosela y exortándole a que prosiguiesse en cumplimiento de su orden, sin que en ello le acobardasse dificultad ni espanto alguno. Mas, quando llegó esta carta, ya avia vencido el Vedor todas la dificultades y entrado con gallarda determinacion y parecer animoso que le dieron por escrito los religiosos que llevaba consigo.

Estando en esto llegaron mensageros de Guilipel y llovieron indios y cartas de el Capitan Juan Vasquez y Francisco de Almendras, affirmando todos que avia sido embuste y pidiendo al Vedor que prosiguiesse su viage, que toda la tierra le estaba esperando. Y el cacique Ayllacuriche, que fué el que fomentó estas pazes,

caminó treinta leguas en un dia y parte de la noche a llebar al Vedor y a mostrar el sentimiento que él y toda la tierra avian tenido de que un cuento y un embuste perturbasse una cosa tan deseada. Luego llegó Guilipel con ocho indios, y con su acostumbrada arrogancia le dixo al Vedor que venia por él y no se avia de apartar de alli hasta llebarle a sus tierras y hasta hazer pedazos al que perturbaba la tierra con embustes y palabras falsas, y aunque fuesse el cacique mas estirado, él estiraria mas su brazo y le haria ver quién era Guilipel. Y assimismo vinieron lloviendo indios y mensageros de todas las provincias, y Lincopichon embió a decir al Vedor que desde que supo que se avia vuelto no avian cesado sus ojos de derramar lágrimas, y que si no iba allá, él se vendria con toda su gente a vivir entre los españoles, que ya no queria mas guerra ni estar en una tierra tan sugeta a chismes y cuentos; que en las pazes pasadas del Marques por otro cuento semejante los avia dado por traidores y hécholes la guerra y se avian visto presos los caciques y en grandes trabajos, y que si cada dia por un cuentecillo y un rumor falso se avian de ver en esto, que no queria mas vivir en tierra tan trabajosa. Con que a vista de tantas demostraciones, el Sargento Mayor Pedro Ramirez Zabala y otros muchos que repugnaban el viage del Vedor, quedaron convencidos y conocieron que era obra del Altissimo el mover las voluntades de los indios, y que no avia que recelar ni pedirles rehenes.

CAPÍTULO V.

Entra el Vedor general en la tierra de guerra a concertar las pazes. De el gusto con que le reciben y parlamento general que hizieron.

Camina el Vedor con grande acompañamiento de caciques. — La grave necesidad que habia en la tierra. — Competencia de los caciques sobre llevar cada uno al Vedor a su tierra. — Prevalece Chicaguala y va a Maquegua. — Recevimiento de el Vedor. — Vienen embajadores de Valdivia. — Embia cartas Manqueante de el Gobernador de Valdivia. — Cartas del Gobernador de Valdivia por tierra de el enemigo. — Recevimiento de Manqueante en Valdivia. — Mensage de Manqueante. — Quán amigo fué de españoles el cacique Manqueante y lo que padeció por esa causa. — Señalan ocho dias de término para juntarse al parlamento y ver las capitulaciones. — Corren achazos los indios y los españoles la víspera de San Martin y de el parlamento. —Cantan una misa y levantan una cruz que adoraron los gentiles. — Sermon de el Padre Juan Moscoso a los gentiles. — Compara con ingenio la ceremonia de su canelo para firmar la paz con la cruz y paz que Christo firmó en ella. — Muestran los gentiles el deseo que tienen de oir los misterios de nuestra santa fe.—Júntanse los caciques al parlamento y van por el Vedor. — Ponen junto a la cruz un canelo con sus raices. — Juran la paz todos en el canelo. — Haze el primer parlamento el Capitan Juan de Roa con el canelo en la mano. — Notifícales el bando contra los hurtos, cosa que no hay entre ellos, pues sus casas están sin puertas. — Que ellos y nosotros hemos de olvidar los agravios y muertes pasadas. — Que no admitan chismes, que perturban la paz. — Que echen los forasteros de sus tierras. — Que admitan libremente las capitulaciones. — Respuesta a las capitulaciones que admiten. La promulgacion del Evangelio. — Oian la doctrina todos y rezaban con grande voluntad. — Sienten los mestizos haber nacido entre infieles. — Conceden a todas las capitulaciones. —Vuélveles a requerir el Capitan Roa, que recevian o no libremente la paz. — Responde por todos Anteguenо con el canelo en la mano, sin poner contradiccion a nada. — Exhorta a los suyos a la paz y obediencia al Rey. — Pide a los españoles que no sean fáciles en creer contra ellos los cuentos, ni desconfiados de su trato. — Promete la firmeza de la paz. — Agradece al Vedor la venida y al Gobernador la libertad de sus caciques y la paz que les offrece. — Entierra las flechas y pone de los toquis insignias de guerra.

Salió de el Nacimiento el Vedor con mucho acompañamiento de caciques de la tierra adentro, que vinieron a llevarle y hazerle escolta, y a cada jornada iba encontrando otros muchos que venian al mismo obsequio, y assi mismo grande multitud de indios que se venian con sus familias y ganados de la tierra de guerra a vivir a los de paz y a las proprias suyas, de donde se avian retirado, saliendo de las montañas, donde vivian como fieras. Y el hambre y la necesidad con que vivian era tan grande, que venian osando los campos para sustentarse, y compadecido de su necesidad les daba de el matalotage que llevaba y vales para que en llegando a nuestras tierras les diessen con que sustentarse de los graneros de su Magestad. Saliéronle al camino Lincopichon, Anteguenо, Chicaguala, Buchamalar y los caciques mas principales de todas las provincias, agradecidos de que los fuese a honrar, consolar y llevar la paz que tanto deseaban. Y pretendiendo cada uno ser el principal motor de ella, le queria llevar a la suya, porque Aillacuriche alegaba que él avia solicitado el primero estas pazes y que en su tierra se avian de celebrar los contratos; Anteguenо, que era el Toqui general de todas las provincias; Lincopichon, que

él comenzó los primeros tratos de paz en tiempo de el Marques y que esas pazes hasta hoy duraban, pues no avian faltado por ellos, sino por aver dado crédito a unos embustes semejantes al que avia hecho volver al Vedor general al Nacimiento, y por el mal informe, poca fidelidad con que los intérpretes y lenguas declaraban al Marques sus dichos.

Ultimamente, prevaleció el afecto de Don Antonio Chicaguala para determinar que fuesse a Maquegua, su provincia, por estar mas en el comedio y ser tierra mas limpia de montaña para la comodidad de la gente que avia de concurrir al parlamento; y al llegar cerca de el aloxamiento, salieron a recevir al Vedor general trescientos de a caballo y cien infantes, y con ellos el Capitan Juan Vazquez, que avia dos meses que estaba la tierra adentro disponiendo las pazes y que los caciques de Valdivia viniessen a ella porque se efectuasse la comunicacion tan deseada de el Virrey y de el Gobernador de Chile y de Valdivia; que aunque tambien Valdivia está en la jurisdiccion de Chile, como están divididas las armas y ay tanta tierra de enemigos de por medio, para distincion de las unas armas y de las otras, de el un gobierno y el otro, las distinguen llamando a las unas las armas de Chile y a las otras las de Valdivia; al uno el Gobierno de Chile y al otro el de Valdivia.

Con estar los indios tan necesitados y con tanta hambre como se ha dicho, todos comenzaron a traher tan abundantes camaricos de gallinas, corderos, güebos, papas y legumbres, que se pudieron sustentar los que llebaba el Vedor general consigo muchos dias, sin llegar a su matalotage, sino solo al pan, que no le tenian, retornándoseles todo muy sobradamente con muchos dones y bacas que les dió el Vedor general para alivio de su necesidad. A la fama de su llegada comenzaron a concurrir todos los caciques de las provincias, trayendo sus familias a visitar a los huespedes; y en particular se adelantaron los captivos españoles, que la comunicacion de cincuenta años entre barbaros y el olvido de las cosas de Dios, solo se les ha dejado el nombre de christianos, que en lo demas, ellos y sus mugeres e hijos no se diferenciaban de los gentiles.

Con los caciques que vinieron de Tolten seis dias despues que llegó el Vedor, vinieron dos embajadores de Valdivia con respuesta de el Gobernador de aquella plaza para el Capitan Juan Vazqüez, y la carta que el mismo Gobernador avia escrito a Don Juan Maqueante, señor y cacique de la Mariquina, cuyos eran los mensageros y por cuyo medio las cartas de el Capitan Juan Vazquez avian llegado a Valdivia. En entrambas muestra el Gobernador Francisco Gil Negrete el agradecimiento que se debe a quien ha diligenciado el que se comience a abrir el trato por tierra entre Chile y Valdivia; y encárgale que le avise de la llegada de el Vedor general para agradecerle el trabaxo que ha tomado tan de el servicio de Dios y de el Rey, de que se promete muy colmado fruto; y encarga y ruega a Don Juan Manqueante que remita todas las cartas que vinieren a sus manos, prometiéndole muy buena correspondencia y agasaxo a los mensageros, de que el cacique, agradecido y obligado con la carta, se partió luego a verse con el Gobernador a la isla de Constantino, donde fué muy bien recebido y regalado, haziéndole a la entrada y salida muchas salvas con la artilleria, como a Gobernador de la Mariquina, de que quedó muy agradecido y ufano; y assi despachó estos mensageros.

El uno era un mestizo nacido en la Mariquina llamado Fagundes, y el otro el hijo primogénito de el cacique principal de

Cheguin, con embaxada a los caciques de Tolten, Boroa y la Imperial, offeciendo a todos la paz de su parte; y porque a la banda de Mariquina y Valdivia están otros caciques tan principales como él, encargaba fuessen de las fronteras de la Imperial cuarenta indios principales de todas las provincias para que, conforme a sus reguas o parcialidades, pudiessen dividirse por varias partes a los tratos de la paz, offreciendo el hazer todo el esfuerzo posible de su parte y el gasto a los que fuessen para que se consiguiesse el venir todos en dar la paz, encargando la brevedad, porque los mal afectos a los tratos de pazes o sus emulos no le hiziessen guerra y lo maloqueasen, haziéndole cargo de que las trataba por sí solo y sin avisarles primero a todos y sin recebir su consejo y parecer, por aver sido siempre aqueste indio bien afecto a la amistad de los españoles; por lo qual un cacique vecino suyo llamado Curiguanque, pocos dias avia le avia maloqueado, y por ser amigo de los españoles, a peticion de los caciques que se aunaron con el ingles, le tubieron diez y ocho dias preso en sus navios y se rescató con barretonsillos de oro y bacas; y por la misma causa le tubieron algunos caciques para quitar la vida, que se blasonaban de enemigos de españoles, teniéndole por sospechoso y por traidor a su nacion.

Como los indios que avian de hallarse en estas juntas avian estado tanto tiempo aguardando al Vedor general, y era el que ellos tienen para sus sementeras, y la hambre les apuraba, se avian dividido y retirado a sus casas, que por tenerlas distantes, muchos a diez y a doce leguas, se juzgó por necesario concederles ocho dias de término para juntarse, en el qual tubieron lugar de conferir las condiciones que el Gobernador les pedia, y ellos ver tambien cómo les estaba el admitirlas y el cumplimiento de ellas, porque ya por mayor se les avia dado noticia de lo que contenian. Despacháronse mensageros que llegaron a dar vista a la Villarica, de donde concurrieron tres caciques. Dibulgada esta fama de el parlamento y de el dia en que se hazia, comenzaron a concurrir las parcialidades y a hazer sus aloxamientos por aquellos campos hasta entrar la vispera de el parlamento, y aquella noche subieron todos los principales a caballo a festexar al glorioso Obispo San Martin, que era el dia siguiente, y sin cuidado, por ser domingo, se avia señalado; pero quiso el Santo ser patron de esta accion por favorecer al que la ordenaba, Don Martin de Mogica, de su nombre; y mezclados entre los españoles, corrieron achasos (1) en muy buenos caballos, supliendo la falta de cera los carrizos, que son unas como cañas delgadas, de especie de paja, que arden muy bien y duran mucho.

Venido el dia siguiente, se offrecieron las misas por el buen acierto de cosa tan gloriosa, tan deseada en el Reyno, tan procurada de todos los buenos y tenida por desafuciada por tantos años. Díxose una misa cantada al Santo y levantóse una hermosa cruz que se señoreaba de toda la vega; lo qual se hizo por el camino y se continuó despues en todos los aloxamientos, adorándola de rodillas y llegándola a vesar todos los infieles y christianos; siguiéndose un sermon que el Padre Juan Moscoso, de la Compañia de Jesus, hizo a los gentiles, esplicándoles los misterios de nuestra santa fee y la redempcion del genero humano que el Hijo de Dios obró en aquel santo arbol de la cruz, tomando por asumpto la ceremonia que ellos usan de

(1) Especie de procesiones de antorchas.

dar la paz con un canelo todo bañado con sangre de ovejas, que degüellan para el effecto, con que firman y rubrican los tratos de paz, dándoles a entender que aquel arbol de la cruz era el canelo de los christianos donde se firmó la paz entre Dios y los hombres quando aquel arbol se vió roseado y bañado con la sangre de el cordero Jesucristo, que fué el que vino de el cielo a tratar y concluir las pazes entre Dios y los hombres, haziendo un viaje tan penoso por salvarnos y alcanzar el perdon de nuestras culpas, el qual firmó Dios tambien y el Eterno Padre en aquel arbol. Y paréceme que sucedió en esta ocasion aun mas que a los atenienses con San Pablo quando le dixeron que le oirian otra vez, *Au diemus te de hoc*, porque aviéndoles el Padre explicado en su lengua, segun la brevedad de el tiempo y ocupaciones de aquel dia, las cosas de nuestra santa fee y dado fin a su sermon, que oyeron con grande gusto y atencion, se levantó un indio principal de Boroa y le dixo: "Padre: estas cosas no las emos oido jamas, ni se saben tan apriesa, ni de una vez sola. Vuélvenos a repetir lo que has dicho." Y no fué sola esta vez la que hizieron los indios gentiles esta peticion, que en la Mariquina y en otras partes la volvieron a hazer, mostrando con esto el deseo que tenian de ser instruidos en los misterios de nuestra santa fee. Y acabada esta accion, se remitió para la tarde el parlamento.

Serian como las tres de la tarde quando se acabaron de juntar y poner en orden, conforme la calidad de las provincias de adonde venian, y habria como mil y quinientas personas, mas de doscientos caciques e indios principales que avian concurrido a las capitulaciones de las pazes de todo el rio de la Imperial, Tolten, Boroa, Queule y Mariquina, que aunque no vinieron los caciques de esta provincia por no averse ajustado aun entre ellos la materia, se hallaron algunos particulares, y levantándose todos los caciques, guiados de Chicaguala, vinieron al alojamiento del Vedor general a llevarle al lugar de el parlamento. Salieron los españoles acompañándole, y por dar autoridad a la accion y estima de ella a los indios, que se dexan llevar mucho de acciones exteriores que les causen novedad, llevó por delante cuatro trompetas, y aviendo al son de ellas rodeado con todo el acompañamiento el sitio, fueron a parar al pie de la cruz, donde se avia puesto una mesa y bancos para el asiento de los españoles y para que se fuesse escribiendo lo que los indios respondiessen y pidiessen de su parte, y puestos alli los indios trageron un canelo grande con sus raices, y derribando las ovejas y carneros de la tierra que para el effecto trahian, las sacaron los corazones palpitando y rosiaron las hojas del canelo con su sangre.

Hecho esto, tomó Antegueno el canelo en las manos y fué llamando a todos los caciques de las parcialidades a que fuessen tocando el canelo ensangrentado en señal de jurar la paz que alli offrecian, que como los christianos ponen la mano sobre los evangelios para jurar y obligarse a qualquier trato, ellos tienen esta ceremonia de poner la mano en el canelo para obligarse a guardar el trato de paz, y aviéndole tocado todos los caciques principales le llevaron todos juntos a entregársele al Vedor general para que en nombre de su Magestad les reciviesse debaxo de su obediencia y amparo como su señor, pidiendo llegasen los españoles todos a tocarle y hazer el juramento que ellos para que de entrambas partes firmada con él la obligacion a su guarda. Y hecho esto, se le entregó el Vedor general al Capitan Juan de Roa para que como intérprete,

con él en las manos, explicasse a los indios de parte del Gobernador las condiciones con que les admitia la paz, el qual, antes de explicarlas, les intimó el bando de los hurtos de caballos y otras cosas que el Gobernador avia promulgado en las tierras de los españoles, para que tambien en las suyas se observasse, el qual recivieron con grande gusto, porque aborrecen mucho los hurtos y viven en sus tierras con tanta seguridad que ni llabes ni puertas tienen en sus casas, y quando las dejan solas no ponen mas que unas ramas a la puerta porque no entren los perros, que de los demas indios viven seguros.

Luego les exortó a olvidar todas las cosas pasadas y que agravios hechos de una parte u otra todos se sepultassen en el olvido, pues de entrambas avia avido desquite de ellos, y que las pazes que firmaban eran para que assi como nosotros de aqui adelante aviamos de olvidar los agravios y muertes de nuestros españoles, sin que por lo pasado hayamos de tomar venganza ni zacrirlos por ello, assi ellos de su parte no se avian de acordar de las muertes pasadas y avian de olvidar todos los agravios, sin tratar de tomar venganza por cosa ninguna, y que assimismo no avian de dar oidos a chismes o cosa en contrario de la paz, que los cuentos avian sido los que tantas vezes avian estorbado y perturbado las pazes con tanto dispendio suyo, encareciéndoles el miserable estado en que se hallaban por averlos dado oidos. Declaróles cómo los que trahian y llevaban estos cuentos y chismes eran los forasteros que ellos amparaban en sus tierras, que les aconsejaba y pedia que acabassen de echarlos de sus tierras, que estando cada uno en las suyas cesarian y vivirian con paz. A lo qual todos ellos respondieron que ya los avian echado y los avian encontrado en el camino, y que si algunos quedaban, eran los que estaban guardando las sementeras mientras los demas andaban acarreando sus alajas y sus ganados. Explicóles todas las capitulaciones y intimóles la guarda de ellas de parte del Gobernador, diciéndoles que en su libertad estaba el admitirlas o no y assimismo el dar la paz o publicar la guerra; que escogiessen lo que quisiessen y respondiessen a cada punto lo que sentian.

Señalaron para que respondiesse en nombre de todos los caciques al cacique Anteguено, el qual, al primer punto de la promulgacion de el evangelio y respeto a los sacerdotes, dixo que todos lo admitian con grande conformidad y aplauso, y todos a una voz digeron que era lo que mas deseaban. Y vióse bien despues, porque en cuarenta dias que estubo alli el Vedor general estaba el toldo del Padre Juan Moscoso y Licenciado Juan de Toledo, grande ministro del Evangelio, hecho un seminario de sus hijos por tarde y por mañana, aprendiendo la doctrina christiana y las oraciones, a que ayudó mucho ser Chicaguala el primero que rezaba con sus mugeres y preciándose de aver aprendido a rezar en el tiempo en que estubo preso. Y lo mismo hazian los demas indios con sus mugeres y hijos, y en particular los hijos de los españoles captivos, mestizos que mostraban mayor affícion a las cosas de Dios y se lastimaban de aver nacido en tierra de infieles y de no saber los misterios sagrados ni las oraciones y de que sus padres los hubiessen criado como los demas gentiles a sus hijos; aunque muchos estaban baptizados, que quando niños les echaban el agua del santo baptismo, pero despues se criaban sin doctrina ni enseñanza de la fe catolica. Oh! quánto debe agradecer a Dios el que nació entre christianos el conocimiento de los misterios divinos y de su santa ley para guardarla y

alcanzar la salvacion de el alma, que muchos de estos miserables perdian por aver nacido, aunque de padres christianos, entre los ciegos gentiles; que si hubieran alcanzado la luz que nosotros, se salvaran.

A la segunda capitulacion de poblar donde pareciese conveniente, respondió que poblasse su señoria donde tubiese gusto, que toda la tierra era de el Rey y suya, y que acudirian con mucha voluntad a las fábricas de las poblaciones; y assi fué respondiendo a las demas: que abririan los caminos para el pasage de el exército y para llevar bastimentos a Valdivia; que harian la guerra a los enemigos y rebeldes, tomando las armas contra su propria nacion que perturbasse la paz; que dexarian irse a su tierra a los forasteros, y que ya avian encontrado hartos por los caminos que antes de notificarles esa capitulacion los avian despachado; que no admitirian forasteros porque no los rebuelvan; que darán todos los captivos antiguos, y solo reservarán los de estos años pasados para darlos en trueque de sus captivos; que avisarán de qualquiera que tratare alguna traicion y tomarán venganza de él, aunque sea de su propria sangre. Volvióles a requerir el Capitan Juan de Roa que mirassen que alli no avia exército de españoles ni armas que les obligassen a dar la paz, ni aceptar alguna capitulacion que no les estubiesse bien; que hablassen libremente y propusiessen lo que les pareciesse en contrario, y las capitulaciones o condiciones que de su parte hallassen de su conveniencia.

Attentos avian estado todos al razonamiento de el Capitan Juan de Roa, y aviéndole concluido, se levantó el cacique Antegueno, venerable por sus canas, estimable por su consejo y respetado por ser el mas principal, y recibiendo el canelo de mano de el Capitan Juan de Roa, quando se esperaba que avia de poner algunas dificultades o pedir algunas condiciones que pidiessen alguna disputa o retardassen los tratos de las pazes, estubo tan lejos de esto, que hecho un Demóstenes en su elocuencia, comenzó a persuadir a los suyos las conveniencias de la paz y a que acudiessen al servicio de el Rey, como lo hazen los demas indios amigos que están al abrigo de sus armas, unidos en un corazon con los españoles; pues el aver querido mantener la guerra con tanta porfia, no avia sido mas que para su propria destruccion, discurriendo largamente por los trabaxos, pérdidas y miserable estado en que la guerra los avia puesto, y que aunque mas disimulassen por no mostrar flaqueza, no podian negar su perdicion, la falta de sus mugeres, hijos y parientes, unos muertos y otros puestos en miserable esclavitud. Y esto lo decia con tal fuerza de razones, con tantas lágrimas, que caian ilo a ilo por sus venerables canas, que las hazia derramar a muchos por ver quánta verdad era el lastimoso estado en que se vian. Volviendo con esta ocasion a refrescar los daños de la guerra en cincuenta años de porfia y los que se les avian recrecido con el rompimiento de las pazes y publicacion de la guerra, que tan contra su voluntad les avia hecho el Marques, quexándose de los intérpretes y capitanes de amigos y de los que llebados de su interes a qualquier cuentecito que oyen de que se quieren rebelar luego le dan crédito, y como por cosa hecha les hazen la guerra, buscando qualquier color para maloquearlos y tener esclavos que vender, pidió con grande encarecimiento que de alli adelante no fuessen los españoles tan faciles en creer los testimonios que los levantaba ni tan desconfiados de su fidelidad. Que aunque no podia negar que los indios eran faciles y de dos corazones, pero que una vez con-

venidos y determinados a dar la paz, eran firmes en no quebrantarla, y que verian en adelante como no faltaba por ellos. Y assi exortó con grande elegancia a todos los suyos a la firmeza.

Y vuelto al Vedor, le agradeció con corteses palabras el favor que les avia hecho en venirles a traher un bien tan grande como el sosiego, la quietud, la vida y el descanso en la paz, y los muchos agasajos que avia hecho a su nacion; y que alli en aquel canelo le entregaba los corazones de todos para que en uno se los llevasse al Gobernador, rendidos a sus plantas y agradecidos por averles dado tan liberalmente a sus caciques, soltándolos de la prision, alegrando a sus mugeres, hijos y parientes, y llenando de gozo toda la tierra con la esperanza de recevir otros muchos favores de su liberal mano. Que alli le estarian esperando a que viniesse a tomar posesion de aquellas sus tierras y de sus corazones; que con el bien que les avia embiado de la paz, se los avia robado. Y concluyó con decir que ni tenia él ni todos los caciques que oponer a las capitulaciones cosa ninguna ni condicion que pedir, sino rendirse todos a ciegas a la obediencia de su Rey y a los órdenes (1) de su Gobernador. Y acabóse este parlamento con traher dos toquis y desportillarlos, y quebrar algunas flechas ensangrentadas y enterrar los pedazos al pie de la cruz y de el canelo, como que enterraban los instrumentos de guerra, dexando el quebrar de todo punto los toquis para quando viniesse el Gobernador.

(1) Como ya habrá visto anteriormente el lector, se hace masculino este vocablo, lo mismo que algunos otros que entónces se usaban como comunes de dos, i cuyo jénero es ahora diverso.

CAPÍTULO VI.

Embia el Vedor general differentes embajadores para convocar a los caciques que no habian entrado en los tratos de paz a la Villarrica, Tolten y Mariquina, donde los salió a recevir el Gobernador de Valdivia.

Tratan de que se despachen caciques y españoles que vayan a traer a la paz a los de Mariquina, Valdivia y Osorno. — Eligense españoles y caciques. — Dáseles orden que convoquen a todos y que hagan amigos a Curiguanque y Manqueante. — Eligen embajadores para la Villarrica. — Reciben la paz los de Villarrica y vienen a ver al Gobernador. — Recevimiento de los mensageros de Mariquina y Osorno. — Gusto de los cautivos: de verlos lloran de contento. — Húyese de los embaxadores y no lo quiere ver Curiguanque. — Recívelos con agasaxo Manqueante. — Viene a ver los primeros de Chile que por tierra de guerra pasaron a Valdivia, el Gobernador con cinco sacerdotes y cuatrocientos soldados. — Incase de rodillas el Gobernador Francisco Gil Negrete y besa la mano. — Fué grande el gusto que los españoles y indios tuvieron de verse juntos donde no se habian visto en cincuenta años. — Encuéntrase acaso con su hermana cautiva el Capitan Martin de Santander. — Hácese el parlamento en la Mariquina. — Despídense los unos de los otros. — Da aviso de todo al Vedor el Licenciado Toledo. — Avisa el Vedor al Gobernador. — Embia el Gobernador las buenas nuevas al Virrey.

Contento el Vedor y los caciques de averse concertado el trato de las pazes con tanto gusto y conformidad de entrambas partes, trataron de embiar mensageros a la otra banda de Tolten que hablassen a todos los caciques y los tragessen a los mismos conciertos de paz, y que pasassen hasta Osorno para que toda la tierra viniesse en un mismo consejo. Y siguiendo el parecer de Don Juan Manqueante, que embió a decir que fuessen caciques de varias provincias a estos conciertos, que él los acompañaria y les aria el gasto, se resolvió que fuesse de nuestra parte el licenciado Juan de Toledo Alfaro, sacerdote de mucho celo y virtud, y en su compañia el Capitan Don Luis Ponce de Leon, que en estas pazes avia trabajado mucho y hecho grandes servicios a su Magestad, como su Padre el Capitan Juan Vazquez, y con ellos el Teniente Francisco de Mansilla y Gaspar Alvarez, todos muy entendidos en la lengua y costumbres de los indios. De su parte eligieron al grave Lincopichon, Caucamanque, Tinaqueupu, Guilipel, general de las armas, con otros caciques de mucha cuenta y estimacion. Dióseles por órden que viessen a todos los caciques de Tolten adelante, hasta la Mariquina y Valdivia, y de alli con Maqueante, señor de la Mariquina, pasassen a Osorno, procurando conciliar todas las voluntades para que entrassen a los tratos de paz, sin omitir diligencia ninguna, segun el órden de el Gobernador; y que muy en especial procurassen que entrase en los tratos el cacique Curiguanque, cuyo nombre significa Avestruz negro, el qual se mostraba muy averso y enemigo de Don Juan Manqueante por ver que era tan aficio-

nado a los españoles, sobre que tenia (1) guerras civiles; y que siendo los principales de la Mariquina, pusiessen todo esfuerzo en carcarlos y hazerlos amigos.

Hízose tras este, otro despacho a la Villarica para atraher a la paz a los caciques de aquella tierra, para lo qual fué elegido el Capitan Juan Vazquez, vecino y encomendero que fué de la Villarrica, y despues captivo con su muger de sus proprios indios en la pérdida de las ciudades por causa de el alzamiento general. Llebó en su compañia al Capitan Juan de Baraona y a los caciques Catinaquel, Colpanaguel, Queluimanque y otros.

Dista esta provincia de la Villarrica catorce leguas de Maquegua, házia la cordillera, con dos rios caudalosos de por medio, el uno el de Tolten y el otro el de Alipen, que en sus margenes desde la cordillera a la mar sustenta grande multitud de indios y ganados.

Llegaron a los cuatro dias, muy bien recevidos y regalados en el camino, y juntándose a parlamento general sus caciques, vinieron todos con mucha conformidad en los tratos de paz, que aunque la guerra no avia llegado a sus tierras, por estar tan adentro, desde el alzamiento general, no querian perder tan buena ocasion de hazerse amigos de los españoles, quando los demas lo solicitaban. Y assi vinieron seis caciques con los nuestros a ver al Vedor general y a manifestar su rendimiento y el de los demas, a los quales agasaxó y regaló tres dias que alli estubieron, y los apercibió para el parlamento general que se avia de hazer dentro de quince dias, a que vinieron con otros muchos caciques.

Los que fueron a la Mariquina y Osorno fueron recevidos por todo el camino con agasaxo y vistos con admiracion, por aver tantos años que no vian españoles en sus tierras, saliéndolos a recevir por los caminos con lágrimas en los ojos los captivos, que eran muchos los que por alli avia, a causa de que por asegurarlos de que no se huyesen, los llevaban a vender la tierra adentro; lloraban de gozó dē ver christianos y de pena de su desdichada suerte y de no poder salir de tan penoso captiverio. Mas el licenciado Juan de Toledo los consoló, dándoles buenas esperanzas de que saldrian presto de trabajos, porque las pazes se iban asentando bien y que una de las principales capitulaciones era que avian de dar libertad a los captivos, la qual avian admitido con toda voluntad los caciques. Por todas las rancherias iban dibulgando los tratos de las pazes, admitiéndolos todos con igual conformidad.

Solo Curiguanque se ausentó de su rancheria, dando lado a Guilipel, diziendo que le queria matar, y que con color y pretesto de tratar pazes pretendia vengar encuentros pasados, comenzando ya a dar muestras de su dañada intencion y mala voluntad a los españoles. Mas, dexó dicho a un hermano suyo que admitiesse a los huespedes y los tratos de paz como por cumplimiento, y a él le excusasse de no hallarse alli ni ir al parlamento, por no averlo embiado ningun mensagero ni sabido de su venida; que son muy puntosos estos indios, y el que tiene mala voluntad, haze de qualquier punto. Dista este cacique de el asiento de Don Juan Manqueante cinco leguas y ya avia dado aviso de la ida de nuestros embaxadores; mas el cacique Manqueante avia ido a verse, como se dixo, con el Gobernador de Valdivia, Francisco Gil Negrete, a la isla de Constantino, que

(1) *Tenia* dice el orijinal, probablemente por *tenian*.

dista diez leguas, y luego que supo de su llegada vino volando a recevirlos y regalarlos, sintiendo el no averse hallado alli antes para aver convocado a los caciques y que Curiguanque no ubiesse tomado excusa tan fribola, que no le avia embiado a avisar que venian los embajadores, como si no fuesse pública su venida y no los ubiessen salido a recevir los demas caciques sin hazer ese punto.

Convocó Manqueante toda su gente y caciques circunvecinos; avisó al Gobernador de Valdivia de la llegada de los mensageros españoles y caciques, y con el deseo y el gusto de ver en Valdivia los primeros españoles de Chile por tierra, vino luego con cuatrocientos hombres, mostrando el gusto por las bocas de los arcabuces y piezas de artilleria que venian haziendo salvas rio arriba en las embarcaciones, retumbando por los montes y traiendo a todos los indios convocados a la novedad de ver juntas tan distintas armas y a españoles tan divididos, con tanta tierra de enemigos de por medio. Traxo consigo el Gobernador Francisco Gil Negrete cinco sacerdotes: al Padre predicador Fray Ambrosio Mendes, de la Orden de San Agustin; a tres padres de la Compañia de Jesus, capellanes de aquella plaza; al Padre maestro Fray Francisco Cantero, de la Orden de San Juan de Dios; y al saltar en tierra mandó hazer una salva real de toda la arcabuceria y piezas de artilleria, y echando los brazos al forastero sacerdote, con lágrimas de ternura en los ojos y con alegria en el rostro de ver cumplidos sus deseos y los de el Virrey de el Perú, de que se abriesse camino a la comunicacion por tierra de Chile con Valdivia, hizo luego una accion digna de su gran piedad y de grande exemplo para los gobernadores, y fué incarse de rodillas y besar la mano al sacerdote, delante de todos los caciques e innumerable gentio que avia acudido a la novedad, para dar exemplo y enseñarlos con la obra como han de venerar a los sacerdotes; accion que repetia este christianissimo caballero todas las vezes que se via en concurso de indios, acreditando con ella la dignidad sacerdotal y dándola a estimar a los indios para que con mayor fe y voluntad reciviessen su predicacion y el santo baptismo.

Fué tan grande el gozo que este dia ubo en la Mariquina, assi de españoles como de indios, que brotaba por los ojos y por las acciones, abrazándose unos a otros como si fueran hermanos y amigos muy antiguos y dándose los parabienes por verse juntos; gozándose los indios de ver en sus tierras españoles, venidos unos por la mar y otros por la tierra, cosa tan nueva que desde el alzamiento general no la avian visto los viejos y los mozos, y aun los de cincuenta años no la avian visto jamas; pero quien mas muestras daba de contento y mas encarecia la accion, era el Gobernador Francisco Gil Negrete, que conocia las dificultades de la tierra mexor que ninguno y lo que se avia vencido para llegar alli; que como avia militado tanto en la guerra de Chile y sido Capitan en el fuerte de Boroa y quedado por cabo de la gente en el cerco, por la muerte de el General Don Juan Rodulfo, no acababa de admirar el ver vencido ya aquel imposible, hablando todos mas con lagrimas del gozo que con las palabras de la voca.

Quien tubo mas colmado gusto y mas impensado, fué el Capitan Martin de Santander, que avia venido de la ciudad de Santiago por mar a Valdivia con deseo de sacar de cautiverio una hermana suya que en el alzamiento general y en la pérdida de la ciudad de Valdivia, cincuenta años antes, la avian captivado los indios; y viniendo acaso con el Gobernador de Val-

divia, inopinadamente se encontró con ella y la sacó de cautiverio, llorando los dos de gozo y no pudiendo hablarse en grande rato por la ternura. Tratóse luego de el parlamento de las pazes, asistiendo a él con el Gobernador de Valdivia los sacerdotes con algunos capitanes y los soldados con las armas en las manos. Levantóse una cruz; díjose una misa cantada; tomóse posesion en nombre de el Rey de el cielo y de la tierra de aquella provincia de gentiles; dióse una alegre carga, y el gobernador, a todos los caciques que avian venido con los embajadores, muchos donativos, que entre ellos eran de grande estima; regalólos agasaxándolos con la destreza que siempre mostró este caballero en aquerenciar los indios, y ajustados los tratos de las pazes se despidieron los unos de los otros con grande gusto, causándole a todos muy grande el oir retumbar por aquellas riberas de el rio la arcabuceria que de los barcos disparaban. Y los embajadores volvieron muy cargados de regalos de el Gobernador y con cartas para el Vedor en que le agradecia la venida y el haberle embiado aquellos embaxadores, que le rogaba continuasse los tratos de paz y diesse forma como se viesen los dos, aunque él subiesse hasta Tolten a encontrarle. Desde aqui hizo despacho de el buen suceso el Licenciado Juan de Toledo al Vedor general, y su carta original la embió al Gobernador Don Martin de Mogica a Santiago, y antes le hizo otro despacho con el Capitan Don Diego de Vivancos, haziéndole relacion de el gusto con que todos avian jurado las pazes y prometiendo cumplir las capitulaciones, para que como dueño de la accion dispusiesse lo que juzgasse mas conveniente. Fueron de mucho gusto estas nuevas en Santiago y en todo el Reyno, por las quales se dieron a Dios las gracias y se hizieron muchas fiestas. Y el Gobernador Don Martin, conociendo el gusto que el Virrey, Marques de Mansera, de tener de ver cumplido su deseo y executado su orden de que se hiziesse paso desde Chile a Valdivia por tierra, le despachó luego las relaciones originales y escrivió al Vedor agradeciéndole lo mucho y bien que avia obrado, y prometiendo tener muy en la memoria para premiarles a todos los que le acompañaban; y que como quien tenia las cosas presentes, obrasse lo que le pareciesse mas conveniente y tubiesse a los indios prevenidos para la entrada que avia de hazer en breve con todo el exército.

CAPÍTULO VII.

Haze el Vedor general segundo parlamento en Boroa, y pasa acompañado de ochenta caciques a hacer el tercero a la Mariquina, donde concurre el Gobernador de Valdivia.

Haze el Vedor otro parlamento en Boroa para los caciques que faltaron. — Vino Curiguanque de mala gana. — Uso de hazerse amigos. — Sintió que se hiziesen hermanos de armas Manqueante, su contrario, y Guilipel. — Reciben con agasaxo a Curiguanque los caciques de Boroa, aunque le quieren mal. — Van mensageros de Osorno a Valdivia a pedir ser admitidos a la paz. — Embia por tierra el Gobernador de Valdivia un soldado con esta nueva y a pedir vacas — Van los caciques de Maquegua a entregar al Vedor a los de Boroa. — Usan entregar los huéspedes unos a otros, con obligacion de volverlos sin que les falte cosa, so pena de hazerse guerra. — Házese el parlamento como en Maquegua. — Habla primero el Capitan Juan de Roa y dan la mano para que responda a Curiguanque, aunque no le toca, por ganarle. — Dice el Vedor a los caciques cómo quiere ir a Valdivia. — Offrécense los mas principales a llevarle y asegurarle. — Abren los caminos. — Alborótanse los indios con una nueva falsa. — Averiguase no haber nada. — Prosigue el viage y detiénese en las tierras de Curiguanque para hazerle amigo con Manqueante. — Sale Manqueante con muchos caciques a recevir al Vedor. — Viene el Gobernador de Valdivia a recevir al Vedor a la Mariquina. — Incado de rodillas besa la mano a los sacerdotes. — Regala a los caciques con vino y el Vedor a los soldados con vacas. — Comenzóse el parlamento por las amistades de Curiguanque y de Manqueante. — Házense cargos el uno al otro y prevalecen los de Manqueante. — Juramento de las pazes en el canelo de los indios y los españoles. — Haze el primer razonamiento el Capitan Roa proponiéndoles las pazes y las capitulaciones. — Responden los caciques admitiendo las pazes. — Hazen sus ceremonias acostumbradas y vanse. — Va el Vedor a la isla de Constantino, y el recevimiento que se le haze. — Vinieron a feriar los indios carne y comida, con que sanaron los enfermos. — Fueron las pazes la restauracion de la plaza de Valdivia.

Por no aver podido venir al primer parlamento de Maquegua los caciques de la Villarica, los de Mariquina y otros que aun no se les avia dado parte de las pazes por la mucha distancia, determinó el Vedor general hazer otro parlamento en Boroa por ser el comedio de la tierra, y aviendo señalado el dia, vinieron algunos dias antes los caciques de la Villarica, los de la otra banda de Tolten, y Curiguanque de mala gana y obligado de Gaspar Alvarez y se estubo en Boroa sin querer ir a Maquegua por no encontrarse con Guilipel, a quien tenia por enemigo, y mas que supo que Manqueante, su contrario, se avia hecho grande amigo de Guilipel en el parlamento de la Mariquina y que le avia muerto una oveja de la tierra: que es uso entre ellos el hermanarse y hazerse amigos por pagas y con las ovejas de la tierra, y de tal suerte quedan prendados con ese obsequio, que se obligan como con juramento ayudarse con las armas; y como Guilipel era general de las armas de Culacura y tan conocido por su valentia, temió y sintió Çuriguanque las amistades y confederacion de Manqueante y Guilipel. Los caciques de Boroa recivieron con todo agasaxo a Curiguanque, aunque le tenian por atraidorado y le tenian poca voluntad; pero tienen tambien en sí su politica y saben disimular el odio, y al huesped que se fia de ellos le hazen buen passage y todo regalo. Los caciques de Osorno, aviendo

tenido nuevas de las pazes, con deseo de entrar en ellas fueron a la Mariquina a que Menqueante los llebasse al Gobernador de Valdivia para presentarse a él, y aunque no fueron todos por esperar que en sus tierras se haria parlamento, embiaron algunos embaxadores que fueron muy bien recevidos y agasaxados del Gobernador de Valdivia Francisco Gil Negrete; y con este aviso, y pidiendo al Vedor general socorro de bacas y harinas para aquel exército, que desde que se pobló Valdivia no avia comido carne fresca, sino cecina y esa mala, despachó al Alferez Francisco Treso, que fué el primero que de Valdivia vino por tierra a Chile, con pliegos para el Vedor general y para el Gobernador Don Martin de Moxica.

Tres dias antes del parlamento pasó el Vedor general con sus compañeros de Maquegua a Boroa, llebándolos Chicaguala, Anteguено y los principales caciques de aquella provincia de Maquegua a entregarlos a los de Boroa, sanos y buenos y sin faltarles un caballo. Que es uso de esta nacion a personas tales irlas acompañando los caciques de unas provincias en otras y entregándolos con obligacion de volverlos, sin que falte persona ninguna ni cosa suya y sin recevir agravio alguno, so pena de que se les hará guerra por los que les entregaron, hasta destruirse unos a otros, si no vuelven enteramente y sin daño ninguno las personas y las cosas que les entregaron. Llegado el dia, fué mucha mas la gente que se juntó que en el parlamento de Maquegua, y la voluntad de todos la misma en recevir las pazes y admitir todas las capitulaciones. Hiziéronse las mismas ceremonias, reservando el enterrar los toquis para quando viniesse el Gobernador, y por ser huesped y persona de tanta estima Curiguanque, despues de aver hablado el Capitan Juan de Roa con el canelo en la mano en nombre del Vedor y declarádoles todas las cosas que el Gobernador avia ordenado, le dieron todos la mano para que respondiesse, aunque le tocaba a Buchamabal por ser el parlamento en sus tierras, que siempre al dueño y señor de la tierra le toca hablar en ella; mas quisieron con esta cortesia obligar a ser bueno a Curiguanque y no pudieron, como despues se verá, pues aunque habló por cumplimiento en fabor de las pazes, por ver que todos le avian dicho lo que avia de responder, respondió por todos y calló en el pecho por sí (1) la mala voluntad que tenia.

Acabado con mucho gusto de todos el parlamento, les dixo el Vedor a los caciques cómo en cumplimiento de lo que el Gobernador le avia ordenado de que no dexasse diligencia por hazer, estaba con ánimo de pasar a Valdivia a facilitar el camino y comunicacion de aquella plaza, y assi que luego echassen gente a abrir los caminos, que eran muy angostos, de mucha montaña y pantanosos, que apenas cabia uno por ellos, y eso cayendo y levantando y atollándose a cada paso, para que en adelante pudiesse pasar el exército quando fuesse necesario y los viveres y vacas que se avian de llevar a la plaza de Valdivia, y que le señalassen los caciques que le avian de ir acompañando. Oyendo esto, se ofrecieron todos los mas principales a porfia para irle acompañando y asegurando su persona porque no le sucediesse alguna desgracia y luego los culpassen a ellos, demas de que el amor que todos le tenian no les sufria el apartarse de él un punto, agradecidos a los beneficios que les avia hecho y al favor de aver venido en

(1) *Por sí* dice el orijinal, pero probablemente el autor quiso poner *para sí*.

persona a sus tierras a traerles el bien de la paz; y echando al punto toda la gente de trabaxo, mandaron abrir un camino muy ancho, desmontando grandissimas espesuras y aderesando los malos pasos, y para acompañar al Vedor se ofrecieron los caciques mas principales, Chicaguala, Caniutaro, Igaitaro, señor de Boroa, Buchamabal, Guenchuñenco, Guilipel, Curiguanque, Agelipe, hijo heredero de Anteguena, el de Lincopichon, con otros muchos indios de cuenta.

Con esta escolta de caciques llegó a Tolten, donde le alcanzó una nueva que perturbó el gusto con que iban los indios, y fué de que el Capitan Juan Catalan iba a maloquearlos, y le aseguraron avia quedado el dia antes alojado en Quillin; con que ubo de detenerse dos dias, porque aunque aseguró a los caciques que era mentira y nueva falsa y cosa imposible que español ninguno, sin orden del Gobernador y estando él alli, entrasse a sus tierras a hazerles el menor mal del mundo, demas de que estaban publicadas treguas; con todo eso no pudieron sosegar, diciendo que estando de paz los de la Imperial avia venido el mismo capitan a maloquearlos y destruirlos y degollado nueve caciques, de que se hizo mencion en el libro pasado. Los que fueron a la averiguacion del caso, supieron cómo el Capitan Juan Catalan con su compañia y muchos indios de Tucapel avia venido a Puren a hazer alojamientos a los indios que se venian de paz, y que como avian visto tanta gente junta venir a Puren, avian sospechado que los venian a maloquear, con que se sosegaron. Y aseguraron los mas seis reformados que embió el Gobernador al Vedor general para que le acompañassen en la jornada que hacia a Valdivia, y con su llegada prosiguió el viage. Que con nuevas semejantes alborotan cada dia a los indios, y a no estar allá el Vedor que las deshacia, les dieran mucho cuidado.

Prosiguió su viage el Vedor general, muy bien recevido y servido por todo el camino de los indios, que en todas las partes por donde pasaba le salian a recevir con camaricos. Y donde le pareció hazer alto un dia en las tierras de Curiguanque, por ajustar las amistades de este cacique con Manqueante y quietar los ánimos de los suyos, que estaban tan encarnizados, que poco antes le avian maloqueado a Manqueante y muértole algunos indios, cautivádole algunas piezas, cogídole ganados y destruídole las sementeras. Luego que supo Maqueante (1) la venida de el Vedor por sus tierras, convocó a todos los caciques circunvecinos para que se hallassen en el parlamento, haziendo en su tierra lo que Chicaguala en Maquegua, que entrambos son de grande mando y autoridad para con los suyos; y salió al camino acompañado de muchos caciques a recevir al Vedor general, agradeciéndole el favor que le hazia de ir a sus tierras. Tubo aviso el Gobernador de Valdivia de cómo llegaba ya el Vedor general, y luego salió por el rio arriba a la Mariquina en sus embarcaciones con cuatrocientos hombres, dos religiosos de la Compañia de Jesus, uno de San Francisco, uno de San Juan de Dios y un clérigo. Mientras llegaba el Vedor mandó preparar el alojamiento para recevirlo y una comida muy esplendida, y luego que llegó le recibió con una salva de toda la arcabuceria y artilleria, y con los brazos abiertos se fué a él derramando muchas lágrimas de gozo por verse en aquel parage los que avian militado juntos y pasado los trabajos del cerco de Boroa.

(1) El autor escribe a veces *Manqueante* i otras *Maqueante*.

Fué luego a los religiosos haziéndoles el mismo obsequio y la reverencia que acostumbraba, que era incarse de rodillas y besarles la mano; y aunque ellos por su modestia lo rehusaban, él les dixo que, demas de ser debocion suya, convenia aquello para que todos aquellos gentiles que venian con ellos y la multitud que alli se abia juntado, aprendiesse de él a reverenciar a los sacerdotes, para que assi tubiessen mas estima de su doctrina. Abrazó con el mismo agasaxo a todos los capitanes y reformados que venian con el Vedor, haziendo lo mismo a todos los caciques que le acompañaban, y muy especialmente a Don Antonio Chicaguala, que en la mesa tubo su asiento al lado de el Gobernador. Regaló mucho tambien a todos los demas caciques, y como el beber es para ellos el mayor regalo, vino prevenido de algunas botijas de vino de la Nasta, con que los brindó. Y el Vedor dió a los soldados de Valdivia cuarenta bacas de las que llevaba para su viage, con que se alegraron por no aver comido carne fresca en todo el tiempo que alli avian estado; y regocixaron la fiesta corriendo toros en una placetilla que haze entre la montaña y el rio, que dista de la casa de Maqueante dos leguas y siete de Valdivia.

El dia siguente se trató de el parlamento y se dixeron primero siete misas por otros tantos sacerdotes que alli se hallaron. Asistieron al parlamento el Gobernador de Valdivia, el Vedor general, Vedor de Valdivia, cuatro capitanes vivos, Don Francisco Chirinos, castellano, los sacerdotes y otro mucho número de gente española, y mas de mil indios de la comarca, desde Mariquina hasta dentro de Calla-Calla. Lo primero que se trató fué que se ratificassen las pazes entre Curiguanque y Maqueante, alli delante de todos, y aunque vinieron muy bien en ello, con todo al principio se hizieron varios cargos el uno al otro, si bien los que hizo Don Juan Maqueante fueron tales que obligaron a callar a Curiguanque, dando muestra de alguna vergüenza por ellos; porque le hizo cargo de que a su instancia avia estado preso diez y ocho dias en poder de el ingles quando vino a poblar a Valdivia diziendo que le prendiesse porque era amigo de los españoles y que le avia de hazer alguna traicion, y que le avia maloqueado siendo su vecino, sin causa ni ocasion alguna, y que a no averse interpuesto las pazes, ubiera tomado venganza y satisfaccion por sus manos, poniendo por testigos de estos cargos a los caciques circunvecinos, que aviendo entrado de por medio avian obligado a Curiguanque a que restituyesse las piezas maloqueadas, los ganados que se hallaron, sin aver satisfecho lo muerto y consumido: a que Curiguanque respondió algunas razones mas altivas y presuntuosas que satisfactorias y con que se pudieran encender de nuevo las enemistades a no entrar de por medio persona de tanta autoridad, mandándoles y pidiéndoles que se echasse tierra sobre todo y que quedassen amigos, como lo quedaron, pero reconciliados.

Procedióse luego al parlamento, y por tocarle a Manqueante, por estar en sus tierras, el traher el canelo, le traxo con todos sus caciques, y aviendo muerto algunas ovejas de la tierra y de Castilla, le roció con la sangre de los corazones, como se ha dicho en otras partes. Y aviendo todos los caciques de aquella tierra tocado el canelo, por juramento de las pazes, obligándose a guardarlas juntamente con el que tiene el canelo en la mano, se le entregó Manqueante al Gobernador Francisco Gil Negrete y al Vedor general para que tocándole ellos y los demas españoles sirviesse de juramento de su parte, y en el ca-

nelo se juntassen los corazones de unos y de otros, como se juntaba la sangre de los corazones de sus ovejas; y assi le fueron tocando todos los sacerdotes y demas personas de autoridad, para que la diessen el juramento que hazian de fidelidad y obediencia a su Magestad y a sus ministros en su real nombre. Plantaron el canelo junto a la cruz que alli avia levantada, y con él en las manos les propuso el Capitan Juan de Roa a todos los caciques e indios las capitulaciones de las pazes y lo demas que en los otros parlamentos; y que sin mirar a las armas que alli avia de Valdivia, dixessen libremente si querian admitir las pazes y sus condiciones, y que si no, con la misma libertad se declarassen; pero que entendiessen que no solo tendrian por enemigos a los españoles de Valdivia, sino a los de Chile y a todas las provincias que avian dado la paz en Maquegua y Boroa.

Acabado el Capitan Juan de Roa, tomaron el canelo Manqueante y Curiguanque, y respondieron cada uno muy conformes que admitian las pazes y todas las capitulaciones con mucha voluntad y rendimiento, sin que a ello les moviesse fuerza ni otro respeto mas que el amor a la paz y el deseo de sugetarse a la voluntad de su Magestad y sus ministros; y acabados los razonamientos, enterraron al pie de el canelo algunas flechas y raxas de los toquis de su parte, y de la nuestra algunos cabos de cuerda, pólvora y balas, para que de entrambas partes quedassen enterrados los instrumentos de la guerra. Despidiéronse unos de otros con muchos abrazos y muestras de alegria, y los indios se fueron muy contentos a sus tierras; y el Vedor general con todos sus acompañados, españoles y caciques, que eran mas de ochenta, fué a la isla de Constantino, donde el Gobernador de Valdivia le hizo grandes honras y agasaxo y muchas salvas reales de la arcabuceria y artilleria de los castillos, assi por honrarle, como porque los caciques que llevaba de Boroa y Maquegua cobrassen mas concepto de la accion y de el aplauso con que a todos los recevia, y de camino viessen sus fuerzas, los soldados en escuadron y la valentia de las piezas de los castillos. Aposentó al Vedor general el Gobernador en su cuarto y regalóle espléndidamente, cuidando con la misma atencion de el regalo de los españoles y caciques. Y desde aquel dia fué cosa marabillosa como volvieron en sí todos los soldados enfermos, que eran muchos, y los demas cobraron vigor y fuerzas; porque comenzaron a llover regalos de los indios, que con la seguridad de las pazes y al interes de feriar con los españoles, venian cada dia muchissimas canoas cargadas de carneros, aves, puercos, comida de todos los géneros de legumbres de la tierra: con que se entabló un gran comercio, y los soldados comenzaron a tomar resuello y los enfermos a sanar tanto, que de setenta que avia en el hospital, solo uno murió, aviendo muerto antes muchissimos que tubiessen este alivio, que reconocian debérsele al Vedor general y a las pazes, que avian sido el único reparo de aquella plaza y la salud de los soldados; porque las cecinas malas y peores arinas, sin tener carne fresca, avian causado una peste general que avian perecido en ella muchos soldados; y como los indios los miraban de lexos y como enemigos, no feriaban con ellos, y assi no gozaban de sus frutas ni de sus frutos, ni de sus carneros y aves, que fueron ahora todo su regalo y su reparo.

CAPÍTULO VIII.

Embian al Gobernador de Valdivia y el Vedor general embajadores a Osorno, la última provincia de este Reyno, a ver si quieren entrar a los tratos de la paz, y admítenlos como los demas.

Año de 1647. — Offrécese a ir por embaxador el Padre Francisco de Vargas, de la Compañia, para introducir la paz y el Evangelio. — Eligen españoles y caciques que vayan con el Padre. — Entréganselos a los caciques con obligacion de volverlos. — Recíbenlos en todas partes con buen agasaxo. — Sentimiento de los indios de Osorno de los españoles de Chiloé. — Salen a recevir al Rio Bueno trescientos indios de a caballo a los embaxadores. — Parlamento de Tanamilla. — Responde el Toqui general Alcapangui y admite la paz. — Admiten el Padre y la fe.

Solos quedaban en toda la tierra que no avian halládose en ningun parlamento, los caciques e indios de Osorno, que son los ultimos y los confinantes con Chiloé, aunque los divide un brazo de mar, y si bien avian embiado sus embajadores a Don Juan Manqueante, como mas principal y mas inmediato a los españoles de Valdivia, y él los avia llevado al Gobernador de aquella plaza, no se juzgó eso por bastante, sino que determinaron el Gobernador Francisco Gil Negrete y el Vedor general Francisco de la Fuente y Villalobos, embiar desde la isla de Constantino personas de autoridad y destreza que juntassen en su tierra todos los caciques a parlamento general y les declarassen las capitulaciones de la paz y les diessen a entender cómo todas las provincias la avian admitido, y que viessen ellos lo que determinaban y lo que les estaba mexor, que de no admitirla se exponian al odio y hostilidad de todas las demas provincias. Para esta embajada se offreció a ir el Padre Francisco de Vargas, de la Compañia de Jesus, capellan de aquella plaza y superior de los religiosos de ella, y de superior santidad y deseo de la conversion de los infieles, que por abrir la puerta a su predicacion y enseñanza se offreció alentado a ir con solos dos españoles que señalaron, el uno el Capitan Don Luis Ponce de Leon y el otro Gaspar Alvarez, y para que los acompañassen y llevassen con seguridad, señalaron algunos caciques de Valdivia y la Mariquina, que fueron: Don Alonso Tanamilla, hermano de Don Juan Manqueante, Liucaballo, Namonlican, Ayapillan y otros, los cuales se encargaron en forma del Padre y de los dos españoles, entregándoselos a su usanza el Gobernador, el Vedor general y los caciques de Boroa y Maquegua, Don Antonio Chicaguala y los demas, haziéndose partes y encargando que los volviessen como se los entregaban.

El primero dia de enero de mil y seis-

cientos y cuarenta y siete comenzaron su viage y llegaron a Calla-calla, donde los caciques los recivieron con mucho gusto, y el hermano de Manqueante, a quien todos respetaban, se los entregó, y debajo del seguro de los caciques fueron pasando muy festejados hasta llegar a las tierras del Toqui de Osorno, llamado Alcapangui, que significa Leon valiente en su lengua, el qual, sabida su venida, avia embiado a convocar a todos los caciques, y assi, llegados los embajadores, les dixo que no se diessen mucha priesa sino que descansassen alli y diessen lugar a que se juntassen todos al parlamento. Halláronle con su baston en la mano y con él al Gobernador de las armas de Osorno Don Rodrigo Guentecama, y adelantándose el hermano de Manqueante les dixo el fin de su venida y cómo venian debaxo de su amparo y de el de su hermano Manqueante. Saliólos a recevir Alcapangui con los brazos abiertos, y asiéndolos de las manos se dió por entregado y empeñado a su seguro, asegurando con graves palabras tener en el corazon muy impresa la amistad de los españoles, sin que se les pudiesse probar traicion contra ellos ni invasion alguna, antes estaba lastimado de muchas que le avian hecho los españoles de Chiloé, y, segun él decia, debaxo de amistad, y assi no se aseguraban de pazes con los españoles de Chiloé; y suele ser que otros indios de la misma nacion hazen los daños y los pagan todos, y el que no lo hizo le parece que sin razon se le castiga, siendo assi que la guerra no puede distinguir entre muchos complices de una nacion uno que no lo fué, y los que no lo son con la obra lo suelen ser con el consexo, como estos caciques, que ellos no hazen los daños de la guerra porque no suelen salir a ella, pero dan los consejos. Y añadió que él no avia tenido amistad ni trato con los ingleses porque eran enemigos de Dios y de los christianos, y él lo avia sido antiguamente, quando la ciudad de Osorno estaba poblada. Y assi el dia de los Reyes dixo misa el Padre en sus tierras y la oyó de rodillas con otros indios que avia christianos antiguos, que desde el alzamiento general avian vivido entre los barbaros y infieles como ellos.

Hízose el parlamento de la otra banda del rio Bueno, que en su lengua le llaman el rio Llinqui, que significa Rio de sapos, porque se crian muchos en sus margenes, y quando llegaron los embajadores les salieron a recevir tres quadrillas de a caballo, la una de cien caciques y las otras dos de doscientos indios soldados, muy bien armados, que abrazándolos los saludaron diciéndoles: "Marí, marí, christianos," salutacion de aquellos indios de Osorno que lo fueron en tiempos antiguos. Offreciéronles muchos regalos y camaricos, segun su costumbre en agasajar a los huéspedes de respeto, y aviéndose juntado toda la gente de los llanos y de Osorno y levantado una hermosa cruz que todos adoraron, declarándoles el Padre los misterios de ella, comenzó el parlamento, dándole el canelo a Don Alonso Tanamilla, hermano de Manqueante, para que hiziesse el primer razonamiento, que fué muy elocuente, declarándoles los bienes de la paz y cómo todas las provincias la avian recevido con gran conformidad, y que por no defraudarles de tanto bien, aunque estaban tan apartados, les embiaba Manqueante el Gobernador de Valdivia y el Vedor general a convidar con la paz y a que gozassen de el bien que las demas provincias, y que como el primer principio de las pazes y la union de las voluntades era la unidad de la religion, para que les enseñasse la christiana avia traido al Padre que avia de ser su maestro y el que los

avia de guiar al cielo, y aquellos dos españoles para que de parte del Gobernador de todo el Reyno, Don Martin de Mogica, les propusiessen los tratos de las pazes que solos ellos faltaban por admitir.

Acabado su razonamiento, tomó el canelo Don Felipe Alcapanguí, y hablando en nombre de todos, respondió elocuente y cortes, agradeciendo el beneficio que le venian a hazer el Padre, los españoles y caciques que los acompañaban, asegurándoles que en aquellas tierras podrian estar como en las suyas proprias, y que no eran ellos tan barbaros ni tan enemigos de sí mismos que no avian de admitir con mil voluntades el bien que se les entraba por las puertas, quando le avian embiado a solicitar a las agenas; pues luego que avian llegado a su noticia los tratos de paz que el Vedor venia entablando, avian embiado sus mensageros a Manquecante o al mas cercano de los españoles, rogándole que los hiziesse participantes de tanto bien, y assi que con un alma y con un corazon admitian todas las pazes y se offrecian al servicio y obediencia de su Magestad y de sus ministros, gozándose de verse restituidos a su antiguo dueño el Rey de España y a la amistad de los españoles, y de tener al Padre por su maestro y guia para el cielo: que los mas de los indios viexos que alcanzaron a ver aquella ciudad de Osorno en pie eran christianos y se alegraban tener quien los instruyese en las cosas de la Fe, que tan olvidadas tenian, y mucho mas de que hubiesse sacerdotes en sus tierras que a tantos infieles como despues acá avian nacido los doctrinassen y bautizassen, sacándolos de la ceguedad de su gentilismo; y que si mereciessen ver al Vedor general o a otros que en su nombre los embiasse, lo estimarian mucho. Y con las ceremonias acostumbradas se concluyó el parlamento, y los mensageros volvieron muy contentos y agasaxados, acompañándoles gran trecho los caciques y la caballeria de Osorno, que es excelente y la mejor que tienen todos los indios de Chile, y para hazer ostentacion de ella y en agasaxo de los huespedes, hizieron muy concertadas escaramuzas y dieron muchas carreras, admirando a todos la ligereza de los caballos y la presteza en el volver y revolver a una parte y a otra con admirable obediencia al freno.

CAPÍTULO IX.

Puebla el Gobernador Francisco Gil Negrete la ciudad de Valdivia en el sitio antiguo con la buena ocasion de las pazes.

Año de 1647. — Puebla el Gobernador Negrete la ciudad de Valdivia, gozando de la reaccion de las pazes prudentemente, que despues no pudiera gozar. — Inténtalo antes y no puede por las invasiones del enemigo. — Batallas que tubo con el enemigo y cómo le llevaban al Sargento mayor y un soldado le libró. — Dexa la poblacion que intentó y pide mil hombres al Virrey para ello. — Motivos para la poblacion de la ciudad que hizo. — Salta en tierra con trescientos hombres. — Desmontan los soldados hasta la iglesia, cuyas paredes de laxas permanecian enteras. — Dícese en la Iglesia la primera misa dia de Reyes. — Fórmase el cuartel y planta de la ciudad. — Hácense los aloxamientos, guardia, faturia, hospital y casa de el gobernador. — Casa y Iglesia de la Compañia donde exercitan los Padres sus ministerios. — Haze el Gobernador alcaldes y regidores que luego cesaron. — Gozan los soldados de buen temple, y las muchas manzanas que alli hay les suplen muchas hambres.

Discrecion grande es aprovecharse de la ocasion y cogerla de los cabellos antes que se escape y se vaya de entre las manos. Y a no aver logrado prudente el Gobernador Francisco Gil Negrete esta que tubo de las pazes para poblar el sitio de la ciudad antigua de Valdivia y poner alli las principales fuerzas de aquella plaza con el sosiego que la ocasion le offrecia, despues no lo pudiera aver hecho sino a costa de muchas vidas y con el desasosiego de continuas armas y rebatos, como le aconteció dos veces que antes de esta ocasion subió desde la isla de Constantino, donde al principio se sitiaron los pobladores primeros a intentar el poblar en la ciudad antigua, que está rio arriba cuatro o cinco leguas de la isla de Constantino y la bahia; que entrambas vezes peleó con grande multitud de indios que le estorbaron la poblacion, y aviéndose fortificado en una estacada, llegaron ciegamente obstinados a cortarle las ataduras de las estacas, apartando las balas con las camisetas. Y llegando a reconocer donde pudiera hazer un cubo a la parte de el rio, les salió una junta de aquellas montañas, tan de repente, que sin darles lugar a encender ni calar las cuerdas, los apretaron de suerte que se vieron en grande peligro; mas el valor de el Gobernador y de sus reformados, con no ser mas de veinte y el enemigo en número de trescientos, se mostró con tanta gentileza y arresto, que con las espadas y rodelas acometieron al enemigo y le pusieron en huida, con muerte de algunos; y aunque en la refriega entre dos indios forcexudos se llevaban al Sargento Mayor Hernando de Rivera, con ser tan bizarro soldado y aver peleado en esta ocasion como un Cesar, le libró la valentia y fineza de un soldado, que viendo a su Sargento Mayor en semexante aprieto, se abalanzó a los dos y derribando al uno de una lanzada, obligó al otro a soltar la presa y a ponerse en huida.

Pues, aviendo reconocido tantas dificultades en traher la madera para la estacada y habitacion y tanta oposicion de el enemigo, y que la gente que tenia era poca, enferma, y que de la peste que al principio les dió y todavia duraba, se avian muerto mas de trescientos soldados, se volvió a la poblacion de la isla de Constantino en el puerto y escribió al Virrey, que instaba en la poblacion de la ciudad, cómo la avia intentado y quán mal le avia salido, y que le embiase mil hombres, que con ellos tendria gente la necesaria para dejar fortificados los tres castillos de la voca de el puerto, que era lo principal para la resistencia de el holandes, si intentasse volver a poblar, y para subir a poblar la ciudad de Valdivia. Que con la gente necesaria podria juntamente poblar y pelear de continuo; pero que con la que al presente tenia, era imposible, segun la experiencia avia mostrado; y como ahora vió que con estas pazes no tenia enemigo que lo estorbasse, con la poca gente con que se halló procuró lograr la ocasion y trabaxar en la poblacion antes que volviessen los indios a mudarse y a proseguir la guerra, como dentro de poco lo hizieron.

Las conveniencias de esta poblacion de la ciudad eran grandes, porque demas de que el sitio de la isla de Constantino era muy humedo, enfermo, de malos aires y de peores aguas, respecto del sitio de la ciudad, y que los soldados querian mas ir a morir en ella que vivir en la isla que avian experimentado tan mal sana, tenia el estar en tierra firme, mas cercana a la Mariquina, mas facil desde alli la comunicacion con los indios y el recurso a Chile y a los indios amigos, sin otras conveniencias de poder sembrar en los llanos y buscar mas facilmente el sustento. Y con deseo de hazer este servicio al Rey y de cumplir el orden del Virrey y los que tambien le avian embiado en repetidas cartas el Gobernador Don Martin de Mogica de que poblasse la ciudad, dispuso una fragata, dos pontones, cuatro chinchorros y una góndola; y aunque el rio de Valdivia haze dos tornos o brazos, se tomó el torno de los galeones por su mayor fondo, teniendo atencion al fondo necesario para la fragata. En tres dias llegó el Gobernador a Valdivia con su gente, que fué a los seis de Enero de cuarenta y siete, el mismo dia que el Padre Francisco de Vargas hizo el parlamento de las pazes en Osorno. Saltó en tierra con trescientos hombres y cuatro piezas de campaña a tomar nueva posesion en nombre de su Magestad de la antigua ciudad, con universal gozo de todos los españoles y indios amigos y singular gusto de los dos padres de la Compañia, capellanes de el exército y misioneros de los indios, que avian solicitado mucho esta poblacion por acercarse mas a ellos para doctrinarlos y predicarles el santo Evangelio.

Fueron apercebidos los soldados de machetes y los demas instrumentos para rasar la grande espesura de los montes, y aunque saltaron en tierra con mucha vizarria y galas para festejar accion tan deseada, se despojaron luego de ellas y comenzaron a trabajar con grandes alientos, abriendo camino hasta llegar a la plaza, donde se le preguntó al Capitan Martin de Santander, que iba en el exército y era natural de Valdivia, dónde caia la iglesia mayor, para donde fué guiando por entre la espesura despues de cincuenta años que de aquella ciudad avia salido huyendo, siendo mozo de diez y ocho años quando se perdió. En ella tuvieron bien que desmontar, y aunque la techumbre la consumió el fuego quando el enemigo abrazó la ciudad, las paredes se conservaron enteras por ser de piedras de laxas que con el barro se apric-

tan y unen de suerte que jamas se deshazen ni los temporales las derriban, y solo los arboles, que en ellas nacian de disforme grandeza, hazian rebentar las paredes y desportillarse algunas laxas, y lo mismo se vió en las casas de la ciudad.

Díxose en la iglesia la primera misa el dia de Reyes; recibió la comunion el Capitan Martin de Santander, y el Padre Hernando de Mendoza hizo una breve plática a los presentes, enterneciéndose de ver recuperada una ciudad y iglesia desierta por tantos años. Gastó todo aquel dia en reconocer la tierra y la mejor planta para la fundacion, y poblóse en medio de la plaza de la ciudad antigua por huir de los azares de los paredones de las casas antiguas y de la espesura de montaña que en ellas y en las calles se avia criado.

Echóse la cuerda al otro dia y en un punto se formó el cuartel de toldos, fortificando las boca-calles con la artilleria y el cuartel con una famosa estacada, y luego se fueron fabricando las galeras y aloxamientos de los soldados, aprovechándose de algunas casas antiguas y haziendo otras de nuevo, y sirviéndose para unas y otras de las laxas de las casas mas distantes, que como avia tantas, sobraron los materiales y se hizieron en breve los aloxamientos, la guardia, las casas de la municion, las del Gobernador, el hospital de San Juan de Dios y la casa de los Padres de la Compañia con la iglesia para toda la plaza, que como son los capellanes de ella, siempre la han tenido en su casa, donde tienen los sermones continuos, las congregaciones, los jubileos, toda la administracion de los sacramentos, las procesiones, exemplos, disciplina de noche y otros santos exercicios con que mueven de continuo a la piedad y al exercicio de la penitencia y de las virtudes a los soldados, con mucho fruto y consuelo de sus almas, saliendo desde alli a predicar a los infieles y a darles la luz del santo Evangelio con fruto de muchas conversiones.

Para resucitar las memorias de la ciudad antigua, eligió el Gobernador alcaldes y regidores que duraron poco, porque el Gobernador Don Martin de Mogica mandó que cesassen hasta que hubiesse ciudad en forma y vecinos, que los que alli asistian eran soldados todos, y entre soldados eran ociosos y aun odiosos los oficios de alcaldes y regidores por no reconocer sugecion sino a los ministros militares. La forma del cuartel fué cuadrada, con un lienzo al rio, y las calles anchas y enlozadas de laxas para la limpieza del barro que de las muchas lluvias se haze. Alli gozaron los soldados de buen temple, de aires sanos y de buenas aguas, y hallaron regalo y socorro en la infinidad que ay de manzanos y camuesos en la ciudad antigua y al rededor del nuevo cuartel, tanto que en hambres grandes que ha padecido aquella plaza por el descuido de los proveedores y ministros en embiarles los bastimentos por mar, han suplido las manzanas de la tierra, haziendo de ellas varias diferencias de guisados, siendo el unico remedio para no perezer de hambre. Una isla que haze el rio enfrente de la ciudad, que llaman de Valenzuela, les ha sido tambien de mucho alibio para sembrar en ella, con que han socorrido muchas necesidades.

CAPÍTULO X.

Van al segundo parlamento de Osorno los compañeros d Vedor general y juran las pazes los indios ante la Cru incados de rodillas (1643.)

Vuelven los embaxadores de Osorno con buenas nuevas de una paz general. — Vióse toda la tierra de paz que jamas se vió en Chile. — Ofrécense a ir al parlamento segundo de Osorno los compañeros de general y muchos caciques. — Son bien recevidos en el camino, pero Manqueante conoçe que intenta traicion Curiguanque y los suyos. — Lléganlos a tentar unos indios de noche y mostrándoles brios Parlamento del Capitan Juan de Roa en Osorno. — Razonamiento de Manqueante. — Responde Gue por todos agradecido y mostrando el deseo que tenian de pazes y de sacerdotes. -- Blasonan de ch que no han dejado la fe ni de baptizarse. — Que por los agravios se levantaron y haze relacion de Dize que no quieren pazes si han de ser como las pasadas. — Satisfáceles el Capitan Roa de la verdad c se tratan. — Pide Guentecama que si es assi lo juren de rodillas ante la cruz. — Juran españoles y indi pazes ante la cruz de rodillas. — Offrecen a Dios y a la cruz las ovejas; con el corazon de una en la m hazen el segundo razonamiento. — Entrega el Toqui el cacique Alcapangui al Capitan Juan de Roa. — Di cómo aquel toqui se le trageron a su padre los de Puren para que se alzasse. — Embustes de Carabajal. — Prenden los de Osorno a Don Juan Manqueante por testimonios de Carabajal. — Embia Alcapangui a mandar con su hijo que le suelten. — Vuelven todos juntos a Valdivia.

Estando trabajando en la poblacion, volvieron los embajadores de Osorno trayendo buenas nuevas del gusto con que los caciques avian admitido las pazes y de cómo pedian que fuesse el Vedor general o algun otro de su nombre para establecerlas en el segundo parlamento en que se avian de juntar los puelches y pegüenches que no avian llegado y algunos caciques de Cunco y otras partes que no avian concurrido y para declararles las capitulaciones y que las admitiessen todos. Mucho gusto tubieron el Gobernador de Valdivia y el Vedor general de ver a sus embajadores y de saber su buen despacho, que ya los tenian con cuydado por aver pasado algunos dias de el término de diez que les avian señalado para la vuelta, y se dieron gracias a Dios con una misa cantada por ver que ya toda la tierra estaba de paz, cosa que jamas se avia visto en Chile, porque aunque las ciudades antiguas estubieron algunos años gozando de paz, siempre ubo indios de guerra en Puren, Tucapel y otras partes.

Bien quisiera el Vedor general ir a Osorno, y lo intentó; mas al Gobernador de Valdivia y a otros les pareció que no era necesario ir su persona, que bastaba que fuessen otros que la representasen, a que se offrecieron algunos de su compañia, como el Padre Juan Moscoso, el Capitan Juan de Roa, el Licenciado Juan de Toledo, el Capitan Don Luis Ponce de Leon, el Capitan Juan de Baraona, Alferez Don Lorenzo Paniagua, Alferez Juan de la Mariaña, y de los caciques, Don Juan Manqueante, como el principal y que en

todas partes era el mas respetado, y ahora mas por estar el mas cercano y ser el mas favorecido de los españoles y por su fidelidad y amor con que trataba sus cosas. Quiso volver Don Alonso Tanamilla acompañando a su hermano, y con ellos fueron Namonlicar, de Cayumapu; Ayllapillan y Liucaballo, de Callacalla; Don Pedro Turebante, de Piguigue, y Mallacalquin, de la Punta de la galera, sin otro mucho número de gente que los fué acompañando. Pusiéronse en camino por Callacalla a mediado de Enero, y de todas partes los salian a recevir con camaricos, y al medio del camino les vinieron a hazer escolta trescientos indios de a caballos en muy buenos caballos, que por hazer de ellos y por lisonja de los huespedes, hizieron varias escaramuzas, pidiendo a los españoles que les acompañassen y guiassen en ellas. En Cubunco, tierras de el cacique Turevanque, fué tanta la chicha que les offrecieron a los huespedes, que por consumirla y no faltar a la cortesia de recevir el regalo, se quedó Manqueante con otro cacique alli una noche, y los españoles con los demas caciques pasaron adelante a alojarse por hazer jornada, y a media noche llegó Manqueante a donde estaban, diziendo que se avia venido de prisa a asistir a los embajadores, porque estando bebiendo avia oido no sé qué razones de que Curiguanque y los que le seguian no tenian buen corazon y trataban de perturbar las pazes y aun de matar a los embajadores que iban a Osorno, y que recelándose de alguna traicion avia venido a media noche y dejado a los demas bebiendo por asistir a los embajadores que llevaba a su cargo y estorbar qualquiera mala intencion. Que Curiguanque y los suyos, como luego veremos, andaban buscando ocasion para deshazer los tratos de paz y hazer que volviesse la guerra, y que trataban de ir a matar aquella noche a los embaxadores de Osorno: nueva que no les dió poco cuidado, y confirmóse con aver llegado hasta cuarenta indios aquella noche a donde estaban alojados, fingiéndose puelches y serranos de la cordillera y gente que no sabe de respetos y cortesias, y pretendieron quitarles algunas cosas de las que llevaban. Mas sacando fuerzas de flaqueza, aunque eran pocos, se avalentonaron y les mostraron brios, con que los dejaron: que muchas veces la desesperacion y el fingir mas fuerzas de las que ay ha alcanzado grandes victorias, y juzgando que serian ladronsillos que intentaban algun robo, y nunca falta de esta gente, hizieron poco caso y pasaron adelante.

Llegados al rio Bueno hallaron todos los caciques juntos como para el parlamento, que recivieron a los embajadores con muchos abrazos, cortesias y camaricos, y pasadas las primeras vistas se comenzó el parlamento, dando principio a él el Capitan Juan de Roa, declarándoles las capitulaciones de las pazes y proponiéndoles las conveniencias de ellas, cómo el Gobernador les deseaba todo bien y descanso, y les requeria de su parte que libremente digessen lo que sentian, pues no avia alli armas ni quien les forzasse la voluntad, y que entendiessen que todas las provincias avian recevido la paz y que tendrian por enemigas a todas las demas la que no quisiesse admitir. Tomó luego el canelo Manqueante y mostró el afecto que tenia a la nacion española con una elegante oracion que hizo a todos los caciques, mostrándoles quán bien les estaba la paz, refiriendo los trabajos de la guerra y relatando el discurso de estas pazes y el aplauso con que las avian admitido todas las provincias, dándoles a entender el agasaxo de los españoles y el bien que les hazian en dejarlos estar descansados en sus tierras,

CAPÍTULO X.

Van al segundo parlamento de Osorno los compañeros del Vedor general y juran las pazes los indios ante la Cruz incados de rodillas (1643.)

Vuelven los embaxadores de Osorno con buenas nuevas de una paz general. — Vióse toda la tierra de paz, cosa que jamas se vió en Chile. — Ofrécense a ir al parlamento segundo de Osorno los compañeros del Vedor general y muchos caciques. — Son bien recevidos en el camino, pero Manqueante conoçe que intentan alguna traicion Curiguanque y los suyos. — Llóganlos a tentar unos indios de noche y mostrándoles brios huyen. — Parlamento del Capitan Juan de Roa en Osorno. — Razonamiento de Manqueante. — Responde Guentecama por todos agradecido y mostrando el deseo que tenian de pazes y de sacerdotes. — Blasonan de christianos que no han dejado la fe ni de baptizarse. — Que por los agravios se levantaron y haze relacion de ellos. — Dize que no quieren pazes si han de ser como las pasadas. — Satisfáceles el Capitan Roa de la verdad con que se tratan. — Pide Guentecama que si es assi lo juren de rodillas ante la cruz. — Juran españoles y indios las pazes ante la cruz de rodillas. — Offrecen a Dios y a la cruz las ovejas; con el corazon de una en la mano hazen el segundo razonamiento. — Entrega el Toqui el cacique Alcapangui al Capitan Juan de Roa. — Dice cómo aquel toqui se le trageron a su padre los de Puren para que se alzasse. — Embustes de Carabajal. — Prenden los de Osorno a Don Juan Manqueante por testimonios de Carabajal. — Embia Alcapangui a mandar con su hijo que le suelten. — Vuelven todos juntos a Valdivia.

Estando trabajando en la poblacion, volvieron los embajadores de Osorno trayendo buenas nuevas del gusto con que los caciques avian admitido las pazes y de cómo pedian que fuesse el Vedor general o algun otro de su nombre para establecerlas en el segundo parlamento en que se avian de juntar los puelches y pegüenches que no avian llegado y algunos caciques de Cunco y otras partes que no avian concurrido y para declararles las capitulaciones y que las admitiessen todos. Mucho gusto tubieron el Gobernador de Valdivia y el Vedor general de ver a sus embajadores y de saber su buen despacho, que ya los tenian con cuydado por aver pasado algunos dias de el término de diez que les avian señalado para la vuelta, y se dieron gracias a Dios con una misa cantada por ver que ya toda la tierra estaba de paz, cosa que jamas se avia visto en Chile, porque aunque las ciudades antiguas estubieron algunos años gozando de paz, siempre ubo indios de guerra en Puren, Tucapel y otras partes.

Bien quisiera el Vedor general ir a Osorno, y lo intentó; mas al Gobernador de Valdivia y a otros les pareció que no era necesario ir su persona, que bastaba que fuessen otros que la representasen, a que se offrecieron algunos de su compañia, como el Padre Juan Moscoso, el Capitan Juan de Roa, el Licenciado Juan de Toledo, el Capitan Don Luis Ponce de Leon, el Capitan Juan de Baraona, Alferez Don Lorenzo Paniagua, Alferez Juan de la Mariana, y de los caciques, Don Juan Manqueante, como el principal y que en

todas partes era el mas respetado, y ahora mas por estar el mas cercano y ser el mas favorecido de los españoles y por su fidelidad y amor con que trataba sus cosas. Quiso volver Don Alonso Tanamilla acompañando a su hermano, y con ellos fueron Namonlicar, de Cayumapu; Ayllapillan y Liucaballo, de Callacalla; Don Pedro Turebante, de Piguigue, y Mallacalquin, de la Punta de la galera, sin otro mucho número de gente que los fué acompañando. Pusiéronse en camino por Callacalla a mediado de Enero, y de todas partes los salian a recevir con camaricos, y al medio del camino les vinieron a hazer escolta trescientos indios de a caballos en muy buenos caballos, que por hazer de ellos y por lisonja de los huespedes, hizieron varias escaramuzas, pidiendo a los españoles que les acompañassen y guiassen en ellas. En Cubunco, tierras de el cacique Turevanque, fué tanta la chicha que les offrecieron a los huespedes, que por consumirla y no faltar a la cortesia de recevir el regalo, se quedó Manqueante con otro cacique alli una noche, y los españoles con los demas caciques pasaron adelante a alojarse por hazer jornada, y a media noche llegó Manqueante a donde estaban, diziendo que se avia venido de prisa a asistir a los embajadores, porque estando bebiendo avia oido no sé qué razones de que Curiguanque y los que le seguian no tenian buen corazon y trataban de perturbar las pazes y aun de matar a los embajadores que iban a Osorno, y que reclándose de alguna traicion avia venido a media noche y dejado a los demas bebiendo por asistir a los embajadores que llevaba a su cargo y estorbar qualquiera mala intencion. Que Curiguanque y los suyos, como luego veremos, andaban buscando ocasion para deshazer los tratos de paz y hazer que volviesse la guerra, y que trataban de ir a matar aquella noche a los embaxadores de Osorno: nueva que no les dió poco cuidado, y confirmóse con aver llegado hasta cuarenta indios aquella noche a donde estaban alojados, fingiéndose puelches y serranos de la cordillera y gente que no sabe de respetos y cortesias, y pretendieron quitarles algunas cosas de las que llevaban. Mas sacando fuerzas de flaqueza, aunque eran pocos, se avalentonaron y les mostraron brios, con que los dejaron: que muchas veces la desesperacion y el fingir mas fuerzas de las que ay ha alcanzado grandes victorias, y juzgando que serian ladronsillos que intentaban algun robo, y nunca falta de esta gente, hizieron poco caso y pasaron adelante.

Llegados al rio Bueno hallaron todos los caciques juntos como para el parlamento, que recivieron a los embajadores con muchos abrazos, cortesias y camaricos, y pasadas las primeras vistas se comenzó el parlamento, dando principio a él el Capitan Juan de Roa, declarándoles las capitulaciones de las pazes y proponiéndoles las conveniencias de ellas, cómo el Gobernador les deseaba todo bien y descanso, y les requeria de su parte que libremente digessen lo que sentian, pues no avia alli armas ni quien les forzasse la voluntad, y que entendiessen que todas las provincias avian recevido la paz y que tendrian por enemigas a todas las demas la que no quisiesse admitir. Tomó luego el canelo Manqueante y mostró el afecto que tenia a la nacion española con una elegante oracion que hizo a todos los caciques, mostrándoles quán bien les estaba la paz, refiriendo los trabajos de la guerra y relatando el discurso de estas pazes y el aplauso con que las avian admitido todas las provincias, dándoles a entender el agasaxo de los españoles y el bien que les hazian en dejarlos estar descansados en sus tierras,

ya Alcapangui, sabiéndolo tambien, avia embiado desde su casa a su hijo primogénito a decir que le soltassen, pues conocian los embustes de Carabajal, y que sino se levantaria él de la cama y iria a traerle. Con que entro de breve tiempo volvió Don Juan Manqueante contando lo que le avia sucedido, y admirado de los embustes de Carabajal y de que con ellos procurasse estorbar o perturbar las pazes; que como los indios son fáciles de creer y an experimentado la facilidad que los españoles han tenido en hazerles algunas malocas, y creer tambien que se quieren rebelar, no aviendo bastante fundamento, qualquiera cosa de estas los perturba y los pone en cuidado. Sin él prosiguieron en adelante su camino, y llegando a Valdivia sacaron al Gobernador y al Vedor general de el que tenian de su embajada, de que recivieron mucho gusto, sabiendo quán prósperamente les avia sucedido, y haziendo muchos agasajos y honras a los caciques de Osorno que los avian venido acompañando y a entregarlos seguros y sin faltarles nada, los despidieron con muchos dones, bien que Manqueante dixo como los avian querido matar a todos y que él los avia divertido con decirles que no se ensangrentassen en tan pocos, que él les traheria despues muchos españoles en quienes pudiessen tener buen despojo.

CAPÍTULO XI.

Cómo intenta el cacique Curiguanque alborotar las pazes, coger quinientas vacas que embió el Gobernador Don Martin para el socorro de Valdivia y matar a los que iban con ellas (1647.)

Va el Capitan Pedro de Soto a pedir vacas para Valdivia al Gobernador. — Siente mucho Curiguanque el ver que los españoles crucen sus caminos, y trata de rebelarse. — Siente ver a su contrario Manqueante favorecido y pretende derribarle. — Esparce una voz falsa de que los caciques de Boroa y Maquegua le habian embiado flecha para que él y todos se rebelen. — Curiguanque encarta a los caciques en su traicion. — No quiso recevir la flecha Manqueante y avisó lo que pasaba a los españoles. — Embia el Gobernador a saber lo que pasa a Boroa, Tolten y Maquegua. — Retan los caciques de Maquegua y Boroa a Cariguanque. — Júntanse en Valdivia muchos caciques y prueban su inocencia los de las fronteras. — Supo el Capitan Pedro de Soto la voz que corria, y por parecer liviano, como le pareció en otra ocasion, no hizo caso. — Acompáñanle algunos indios de Tolten y sácale de peligro Don Fernando de Castro.—Cogido en la traicion, disimula Curiguanque y deja pasar las vacas.

Con grande gusto vivian todos, assi españoles como indios, con la seguridad de las pazes que universalmente avian recevido todos; y como la poblacion de Valdivia era la mas interesada, porque asegurados y abiertos los caminos le podian venir los socorros necesarios de bastimentos por tierra, y suplir los que con escasez le venian por mar, era la que mas estimaba el bien de las pasez y a cuyo socorro mas atendia el Vedor general. Y assi embió al Capitan Pedro de Soto a verse con el Gobernador Don Martin de Mogica y darle a entender quán anchos estaban ya y quán abiertos los caminos para quando quisiesse ponerse en campaña con el exército y para embiar socorro de vacas a la plaza de Valdivia. Y como el Gobernador Don Martin de Mogica lo deseaba tanto, luego le mandó dar quinientas vacas para que llevasse de antemano, con promesa de embiar poco despues mil y llebarlas él por delante quando saliesse con el exército. Salió por enero de la Concepcion el Capitan Pedro de Soto con las quinientas vacas para Valdivia, llevando en su compañia al teniente Francisco Mansilla, dos soldados y algunos indios amigos de las fronteras para ayudar a llevarlas, y llegando a los caminos que se avian abierto desde Boroa a la Mariquina, tan anchos y capaces que no solo podian ir por ellos quinientas vacas, mas tambien los dos campos, cuando volvieron nuevos alborotos y temores a poner en riesgo el progreso de las pazes y llegar el socorro de las vacas a Valdivia y los que las llevaban.

Curiguanque, indio malicioso y motejado de traidor, sintiendo el ver cruzar sus caminos a los españoles y que por ellos pasassen socorros a Valdivia, o queriendo con este pretesto inquietar a los de su provincia e irritarlos contra Manqueante, como contraautor de estas que él llama-

ba novedades, y por la envidia que tenia de ver a su enemigo Manqueante tan favorecido y regalado de los españoles y que el Virrey le avia embiado vestidos y preseas de importancia, y el Gobernador de Valdivia, pagado de su fidelidad y finesas, le avia hecho otros presentes considerables, ya por derribarle de su trono, ya porque no pisassen los españoles sus tierras, trazó de quitar la vida al Capitan Pedro de Soto y a sus compañeros y apoderarse de las vacas y de las demas cosas que llevaban, y como astuto y hombre de artificio exercitado en revueltas, divulgó por la via de Vanegue que le avian embiado la flecha para que se rebelasse los caciques de Maquegua y Tolten (siendo falsedad y mentira) para que la corriesse hasta lo de Manqueante, y que por su mano pasasse a los llanos de Osorno y de Valdivia, convocando a todos los caciques e indios para que matassen al Vedor general y a todos los que le acompañaban, fingiendo que era concierto ya hecho que los caciques que embiaban la flecha darian (al mismo tiempo que ellos diessen sobre el Vedor) una furiosa embestida con toda su gente al exército que ya tenia junto el Gobernador Don Martin de Mogica para salir a campaña al ajuste de las pazes, con que volveria la guerra al estado en que antes estaba y cesarian estas novedades y embustes de las pazes que no eran sino lazos que iban armando los españoles para cogerlos y enseñorearse de sus tierras, y que no les estaba bien que se comunicassen los españoles de Valdivia con los de Chile, porque no uniessen las armas contra ellos, y que eran muchos los agravios que Chicalagua y los demas caciques presos avian recevido en su prision, y no los avian vengado y no era justo que se pasasen sin venganza. Y en esta voz falsa que echó quiso encartar para autorizarla y darla mas fuerza algunos caciques principales, diciendo que de ellos salia la flecha, sañalando en particular a Gueneuñanco de Tolten, a Buchamalar de Boroa, a Cuelaimanque y otros caciques de differentes provincias, y para fingirlo mejor embió a Manqueante un indio con una flecha ensangrentada, diziendo que aquel era el indio con quien le avian embiado aquella flecha los demas caciques, que alli se le embiaba para que la reciviesse y la pasasse a Osorno.

Pero el cacique Don Juan Manqueante andubo tan fiel que en ninguna manera quiso recevir flecha en contrario a las pazes ni en contra de los españoles; antes luego les dió aviso de lo que pasaba, y embarcándose en una canoa con el alferez Navarro, que le acompañaba, fué a dar aviso al Gobernador de Valdivia y al Vedor general de el mensage y flecha de Curiguanque, y luego despacharon a Tolten y a Maquegua al Capitan Juan Vasquez y al teniente Don Juan de la Cerda, a Gaspar Alvarez y Alvis de Madrid, con orden que dentro de cinco dias embiassen aviso de lo que averiguassen, y hallando que las provincias de Boroa, Maquegua y Tolten tratassen de hazer algun movimiento contra las pazes, despachassen con todo secreto a detener las vacas y diessen aviso al Gobernador Don Martin de Mogica, que estaba disponiendo el salir con el exército en campaña. Mas como todo era ardid y traza de Curiguanque, originada y mal nacida en su pecho, no sabian las otras provincias nada y las vacas iban caminando con mucha seguridad, y los caciques que señalaba y queria (1)... con el alzamiento se pusieron luego que lo su-

(1) Palabra iniutelijible: parece que dice *reinar*

pieron en camino, sin aguardar a que los acompañasse español alguno, y el viejo Antegueno despachó su hijo con un recado de su parte y de todos los caciques de Maquegua y rio de la Imperial, retando a los caciques que ubiessen sido en levantarles este testimonio de que se querian rebelar y avian embiado flecha para ello, y que si algunos de ellos lo intentaban, se declarassen luego y no encartassen a otros. Que ellos irian a tomar la venganza y a sacar a los españoles que les avian entregado, y que se aprestassen para la guerra, que en cincuenta años no la avian visto en su casa por estar metidos la tierra adentro, ni ayudádoles con gente. Y que si, como personas que no avian esperimentado los trabajos de la guerra, la querian, ellos se la harian tan cruda y tan sangrienta, que les pesasse de aver intentado semejantes motines y alborotos, quando toda la tierra estaba con tanto gusto gozando de los bienes de la paz; apercibiéndoles a que si no querian las pazes, esperimentarian tan cruel guerra como ellos la avian experimentado, y que para eso no se ayudarian de los españoles, que ellos solos se la avian de hazer tal qual verian, diciéndoles que no parecia bien en caciques principales andar divulgando mentiras y levantando testimonios; que alli iban los que avia dicho que les avian embiado la flecha para que cogiessen las vacas y matassen a los que las llevaban; y que quitassen la vida al Vedor general, que ellos acometerian al exército, que se careassen unos con otros y se averiguasse quienes eran los que trataban de rebelarse, y si se hallasse que alguno de los caciques que alli iba avia andado en eso, le quitassen luego la vida, y que sino, se castigasse al que avia divulgado esta mentira y avia sido el origen de su alboroto.

Juntáronse los caciques pertenecientes lejitimamente a Valdivia, Callacalla, Punta de la Galera, los de Mariquina y algunos de Osorno, y en presencia de todos, estando alli el Gobernador de Valdivia y el Vedor con otros muchos de la ciudad de Valdivia, dieron su satisfaccion los caciques de las fronteras que avian dado la paz y a quienes Curiguanque avia querido encartar en sus embustes y traiciones; y notificaron el reto de Antegueno y de los demas caciques de sus provincias, manifestando su inocencia, y que alli avian venido a que los degollassen si contra ellos se hallasse alguna traicion o que ubiessen despachado tal flecha o mensage; y que sino, se averiguasse y castigasse al fautor de este enredo y traicion; y alli se averiguó la inocencia de los caciques de las fronteras y que el origen de todo avia sido Curiguanque, que con Catinao y Maliante avia comunicado su mal pecho y el enredo y traicion que andaba urdiendo, y cómo para autorizarla avia querido encartar a los demas caciques de las fronteras. Y no fué tan secreto aquesto que no lo alcanzassen algunos que lo declararon alli delante de algunos, con que quedó conocida la fidelidad de los indios de las fronteras y calificada la maldad y traicion de Curiguanque, el qual no se halló en este parlamento y junta de caciques de la Mariquina y otras partes, porque aunque era tan cercano a ella, huia de los concursos por aver quedado tan avergonzado de sus traiciones en el otro parlamento en que Manqueante le avia convencido, y porque la mala conciencia con que andaba le tenia temeroso y con cuydado de que no se descubriessen sus trazas y lo pasasse mal.

Cuando llegó el Capitan Pedro de Soto con las vacas a Boroa, corria ya esta voz de que Curiguanque le queria matar y quitárselas, pero considerando las muchas voces que sin fundamento avian corrido y

se avian divulgado en este viage, y escarmentado en sí mismo, por aver hecho volver al Vedor general desde Malloco hasta el Nacimiento por otra nueva falsa y venido él a gran prisa a traherla, cosa que le avia afeado mucho, y los caciques avian sentido gravemente y motejádole de hombre libiano, que partia con la primera nueva, no dió asenso a esta, pero admitió indios principales de Tolten que se offrecieron irle acompañando y a defenderle de qualquier peligro, especialmente Pichuntur, llamado Don Fernando de Castro, mestizo sobrino de Doña Aldonsa y primo hermano de Chicaguala, de mucha autoridad y muy afecto a la nacion española, el qual, sabiendo el peligro que corrian las vacas, los que las llevaban, y temiéndole, se le offreció por compañero al Capitan Pedro de Soto, lo qual estimó mucho por el respeto que en todas partes se tiene a Chicaguala y a sus parientes, y fué totalmente el remedio y el angel de guardia de el Capitan Pedro de Soto y de sus compañeros y la defensa de las vacas, porque adelantándose por los avisos que fueron encontrando por el camino de la traicion armada y llegando a la casa del cacique Cariguanque, ya con alagos, ya con razones, ya con amenazas, le seduxo a que se quietasse y no urdiesse traiciones, y pues avia acabado de ofrecer la paz, que no la quebrantasse tan presto, y aunque él negó siempre, mas los mismos cómplices depusieron contra él.

Viéndose cogido en el hurto y convencido de su intentada traicion, y obligado de la autoridad y ruegos de Don Fernando, disimuló por entonces y dejó pasar las vacas, prometiéndose mas rica presa y mas a su salvo, como se verá en el capitulo siguiente. Llegaron las vacas a Valdivia y fueron de sumo contento para el Gobernador y los soldados, assi por cumplir con ellas su necesidad, como por ver ya facilitado el camino para traer otras muchas. Y el Vedor general recivió con mucho gusto los parabienes y las gracias que todos le daban de averles abierto el camino y trahídoles tanto bien y consuelo. Con el Capitan Pedro de Soto recivió el Vedor general pliegos de el Gobernador Don Martin de Mogica en que le decia como ya estaba para salir y que se viniesse acercando para Aquillin y convocasse todos los caciques que avian dado la paz para el parlamento que alli se avia de hazer en su presencia y de todo el exército, para que quedassen asentadas las pazes y se tratassen las cosas convenientes al servicio de Dios y del Rey y a la quietud del Reyno.

CAPITULO XII.

Vuelve de Valdivia el Vedor general y trata de matarle a él y a los que le acompañan el cacique Curiguanque. Descúbrese la celada de cien indios que le tenian puesta y préndenle los españoles.

Vuelve de Valdivia el Vedor y trata Curiguanque de matarle al pasar por su tierra. — Defiende Dios a los suyos con singular providencia. — Da una mula una cos a uno y detiénense y no caen en las emboscadas de Curiguanque. — Libra Gonzalo Montecinos a Jara y afea el hecho a Curiguanque. — Préndenle segunda véz las emboscadas y líbrale Montecinos. — Avisa al Gobernador de Valdivia y embíale soldados de guardia. — Va el Capitan Roa a prender a Curiguanque: no le encuentra y déjale un recado que se vea con el Vedor general. — Embia Curiguanque a su hermano con una cruz al Vedor disculpándose, y va Mancilla a traerle. —Llevan preso a Curiguanque a Valdivia. — Húyese a los montes la gente de Curiguanque de temor. — Da aviso de lo sucedido el Vedor al Gobernador. — Trata el Vedor con los caciques amigos de coger a los cómplices, y aunque quisieran hazerlos guerra y consumirlos, el Vedor los detiene. — Dan traza de hazer una borrachera y en ella los prendieron a todos.

Viendo el Vedor general que ya se llegaba el tiempo de venir a Quillin el Gobernador Don Martin de Moxica y en cumplimiento de el orden que le avia embiado, avisó a todos los caciques el dia en que se avian de juntar en Quillin al parlamento general y trató de hazer jornada para acercarse a él. Ya pensaba el Vedor general que avian cesado los alborotos; ya se juzgaba por libre de encuentros y que no avia estorbo ninguno a las pazes que con tanta felicidad avian recevido todas las provincias hasta la última de Osorno y Cunco, quando el demonio, envidioso de este bien y temeroso de que muchas almas se le avian de escapar, le armó lazos, tomando a Curiguanque, Catinao y Maliante por instrumentos para revolver las pazes y perturbar el sosiego; los quales, arrepentidos de aver dexado pasar al Capitan Pedro de Soto con las quinientas vacas y aver perdido aquella presa, se prometieron tenerla mexor y quisieron lograrla en el Vedor general, en sus compañeros y sus cargas, con intento de dar luego sobre Manqueante, su antiguo contrario y enemigo reconciliado, y sobre sus tierras. Y fué esto con tanto secreto que hasta el dia y hora en que avia de executar su dañada intencion no salió de entre los suyos, aviendo embiado mensages a Calla-calla, a Cayumampu y a Osorno, sin que de parte ninguna se ubiesse tenido noticia de aquesta conjuracion: que saben en estas ocasiones guardar gran secreto. Mas como no hay consejo ni prudencia contra Dios y sus divinos consejos, que no queria que los que con tanto zelo y buen deseo le servian en solicitar estas pazes corriessen peligro, y por este medio queria descubrir la fidelidad y buena voluntad con que avian recevido las pazes las provincias

de Mariquina, Tolten, Boroa, Maquegua, la Imperial y la Villarica, y castigar las maldades de estos tres conjurados y sus complices por un modo tan superior a la prudencia humana, que necesariamente se ha de ocurrir a la singular proteccion y providencia divina, assi en librar de los riesgos al Vedor general y a los que le acompañaban como en la prision de los traidores.

Porque teniendo ya puestas las celadas en los pasos mas estrechos y el Vedor general puéstose en camino con sus compañeros y sus cargas, tan dentro de las emboscadas que no distaban de ellas media legua, y ya ellos avisados por sus postas y centinelas de cómo ya venian, se ladeó una carga, y llegando a aderesarla dió una cos una cabalgadura a uno de los arrieros que le dexó sin habla, con harto sentimiento de todos los caminantes. Hízose alto por esta ocasion para ir a llamar al Licenciado Juan de Toledo, que venia algo atras, para ver si le podia confesar, y al cirujano que le aplicasse algun remedio, y quando llegaron ya el enfermo avia vuelto algo en sí de el riesgo de la vida en que se vió, librándose con él de perderla a manos de Curiguanque y los demas que acompañaban al Vedor general, porque en este tiempo dió en las emboscadas el sargento Luis de Jara, que iba a la ciudad de la Concepcion con cartas de el Gobernador Don Martin de Moxica para el Vedor general y Gobernador de Valdivia, el qual, cogido de los espias, fué llebado ante Curiguanque, el qual, teniéndole ya como principio de despoxo, se comenzaba a poner a caballo con cien indios que tenia aprestados para el hecho, y llegó en esta ocasion Gonzalo Montesinos, hijo legítimo de Gonzalo Hernandez, nacido en Tolten, que aunque entre ellos reputado por indio por aver nacido allá de padres cautivos, no es sino legítimo español. Este, acudiendo a su sangre, a sus obligaciones, a las pazes que de proximo avia dado él y toda su provincia, con mucho denuedo y libertad afeó a Curiguanque y a sus complices el intento que tenian, amenazándoles con la guerra y destruccion total de sus casas y familias si pasaban adelante, y que aquel español iba con cartas de el Gobernador muy importantes; que luego, al punto, le dexassen pasar; que no se perdiessen totalmente, y por su vil codicia volviessen a levantar la tierra que estaba en tan buen estado. Con esto passó el sargento Luis de Jara, y Gonzalo Montesinos quedó quietando el ánimo de Curiguanque y los rebelados de su tierra; pero quedó el Curiguanque inquieto, temiendo lo que sucedió. Passó Gonzalo Montesinos a gran priesa siguiendo al sargento Luis de Jara, receloso no cayesse en otra emboscada; y ya avia caido en ella, pero como los indios que estaban en esta celada avian ya divisado las cargas de el Vedor general, por no perder la mayor presa le dexaron preso, no atreviéndose a matarle por no hazer ruido, prometiéndose degollarle con los demas que ya llegaban cerca. En esto llegó Montesinos dando vozes y diziéndoles que qué era lo que hazian y cómo prendian a un español que iba con cartas de el Gobernador y que ya Curiguanque le avia tenido preso y dexado pasar. A las quales vozes le soltaron, y poniendo piernas al caballo prosiguió su viage, dando vozes y tocando arma a los que ya estaban cerca con las cargas, con que volvieron con toda priesa a la Mariquina, revolviendo tambien el Vedor general, que las avia ido siguiendo por las noticias que el sargento Luis de Jara le dió de las emboscadas que avia en el camino y de cómo se avia visto preso dos veces.

Retirado a la Mariquina el Vedor ge-

neral, hizo desde alli un proprio en una canoa al Gobernador de Valdivia, avisándole de lo sucedido, el qual luego al punto despachó al Capitan Don Florian Negrete, su hijo, con ochenta mosqueteros para su resguardio (1). Fué Dios Nuestro Señor servido que quando llegó este socorro ya Curiguanque estaba preso por el Capitan Juan de Roa, que con animosa determinacion revolvió desde la Mariquina con los pocos españoles que acompañaban al Vedor general, añadiéndosele el Alferez Navarro, dos españoles cautivos, Don Juan Manqueante y la mas gente que se pudo recoger, armándola con la presteza y posibilidad que la brevedad del tiempo permitió; llegó a unos ranchos donde le digeron que estaba, y alli supo que avia poco que se avia ido. Y porque la noche se llegaba y con ella avia recelos de nueva traicion, se resolvió a retirarse con la gente, dexándole un recaudo de parte del Vedor general y suya, que si se avian retirado era para averiguar los testimonios que le avian levantado; que no se persuadian ni creian que un hombre principal como él intentasse perturbar las pazes por codicia de cuatro cargas de matalotage y cuatro mulas que llevaba; que si las avia menester, con que las pidiesse se las ubieran dado, y que alli avian ido a verse con él para asegurarle como no avian dado crédito a cosa, y que no se extrañasse, porque entenderian eran ciertos los rumores que se avian divulgado, y que no se atreverian a menearse mientras él no se viesse con el Vedor general y los asegurasse.

Con esto se retiraron, pasando la noche con mucha vigilancia y con el cuidado que la ocasion pedia y en que Curiguanque los avia puesto; el qual, oido el recaudo, despachó un hermano suyo con una cruz de palo en las manos, embiando a dezir al Vedor general que por aquella cruz que era mentira y testimonio lo que le levantaban y otras satisfacciones a este modo, que admitidas por el Vedor general con el disimulo y sentimiento que la ocasion pedia, regalaron y agasajaron al mensagero, encargándole reduxesse a su hermano a que se viesse con el Vedor general; que no parecia bien andar hombres principales dando satisfaccion sin aver por qué, y para su seguro despacharon en compañia del hermano al Teniente Francisco Mansilla, muy buen lenguaraz, el qual supo hazer tan bien lo que se le encargó, que con razones le reduxo a ir donde el Vedor general estaba, aviéndole convencido con ellas dos veces en el camino, de donde su mala conciencia acusándole le queria hazer volver. Llegó al fin a donde le aguardaban y deseaban harto, con la cruz con que embió a su hermano en las manos, sin soltarla jamas, tanto que aun de noche dormia con ella abrazada, no por amor sino por temor.

Embarcáronle preso y fué llevado a Valdivia, de adonde le volvieron a sacar por instancia que los caciques de Mariquina hizieron y los de nuestras fronteras, que aviendo sabido la traicion y avia rebuelto el Vedor general, luego al punto comenzaron a llover tropas de indios, no solo de a caballo, mas de a pie, con tan grandes ansias que atenian con los que venian a caballo, no cuidando de matalotaje ni de mas prevencion que sus armas, irritados notablemente contra los traidores y deseosos de hazerlos pedazos. Y baste para encarecimiento de el enojo y celo con que iban, que llegándole a Don Antonio Chicaguala el aviso en su chacara y sembrado, sin ir a su casa se puso a caballo y caminó a incorporarse con la gente de

(1) *Resguardio* se lee en el orijinal.

Tolten, haziendo llamamiento para ir en defensa de el Vedor, embiando órden que corriesse el llamamiento hasta las tierras de Guilipel, general de las armas, y de Tinaqueupu, y le viniessen a alcanzar con sus tropas; y andubo tan ardidoso y sagaz soldado, que luego despachó a toda prisa una quadrilla de hasta treinta hombres con aviso de que el dia siguiente estaria con él con toda la gente de Maquegua, Boroa y Tolten y otras muchas tropas. Con esta voz tan alegre para el Vedor general y los que le acompañaban, la gente de Curiguanque y los que le seguian desampararon sus tierras y se retiraron al seguro de las montañas, temiendo no caer en las manos de los que, tan justamente irritados, tan honradamente arrestados venian.

Saliólos a recevir el Vedor general con todos los españoles que alli avia y las trompetas, entrando ellos tambien muy en órden, gobernando una compañia de a caballo Caucamanque, y la gente de Boroa a cargo de Buchamalal, y assi iban los demas gobernados por diferentes caciques. Con la llegada de los amigos referidos hizo luego proprio el Vedor general para el Gobernador Don Martin de Moxica, avisándole de lo sucedido y de la prision de Curiguanque, y de como se ponia en camino para salirle al encuentro a Quillin, donde el Gobernador avia de confirmar las pazes contratadas a los veinte y cuatro de Febrero de dicho año de cuarenta y siete.

Este aviso embió con el Alferez Don Lorenzo Paniagüa, para que como persona que se habia hallado en todo diesse razon de lo sucedido al Gobernador; y cuidadoso el Vedor general de aver a las manos a los complices de la conjuracion de Curiguanque, trató con los caciques de Maquegua, Boroa y Tolten, que avian venido a su venganza y a hazerle escolta, qué traza se daria para cogerlos; y aunque ellos, con la irritacion y el enoxo de que a su padre, que assi llamaban al Vedor, y su mayor bienhechor, unos indios viles le hubiessen intentado matar, querian ir a hazerlos pedazos y abrazarles sus casas y sementeras y que no quedasse memoria de ninguno. Por no abrir la guerra sin órden de el Gobernador, los templó el Vedor general y les persuadió a que buscassen otro medio mas prudencial y mas suave para coger a los culpados y no castigar a vuelta de ellos a los inocentes. Y assi convinieron todos en que se hiziesse una fiesta en Tolten que sirviesse de refresco y de camarico, no solo a todos los que avian ido a la mar, sino a todos los demas; que sin duda ninguna, publicada esta fiesta o borrachera, vendrian a ella los culpados, juzgando no serian conocidos en medio de tan grande concurso, o se podrian contener de venir a beber. Y assi fué que vinieron a la fiesta, y luego se dió aviso a Chicaguala, y los indios de Tolten les pusieron postas al disimulo, y luego fueron al Capitan Juan de Roa y los españoles que alli estaban, y sin que se pudiessen escapar los prendieron. Y aunque sus deudos se alborotaron, los sosegaron con decirles que en el parlamento se averiguaria si tenian culpa o no, y que si no la tubiesen se irian a sus casas.

CAPÍTULO XIII.

Viene el Gobernador Don Martin de Moxica con los dos campos a Quillin a confirmar las pazes que los indios de guerra y toda la tierra habia dado al Vedor general en diferentes parlamentos.

Llegan el Gobernador y el Vedor general al lugar del parlamento y recíbeles el Gobernador con honra. — Llegan los caciques y mucha gente al parlamento. — Siéntanse en parte distinta los españoles de los indios. — Vuélveles a notificar las capitulaciones. — Propone otras capitulaciones y haze otros razonamientos Llancagueno, cacique amigo.

Para el dia señalado de veinte y dos de Febrero, en que se avia de hazer el parlamento general en que se avian de confirmar las pazes, vino el Gobernador Don Martin de Moxica con los dos campos de Arauco y de Yumbel, y al mismo tiempo llegó a Quillin el Vedor general con sus compañeros y los presos. Ya estaba alojado el exército quando llegó, y avisado el Gobernador de su venida le mandó hazer una alegre salva y le salió a recevir echándole los brazos al cuello y agradeciéndole lo bien que avia servido a su Magestad y mostrando en los agasaxos y honras que le hizo quan pagado estaba de la buena disposicion con que tenia concertadas las pazes y ganadas las voluntades de los indios. Al mismo tiempo concurrieron los caciques de todas las provincias con una infinidad de indios y gente que vino a la novedad, trayendo sus mugeres y hijos, y como el hambre que en sus tierras tenian era grande, venian en mayor numero por gozar de la abundancia del matalotage y viveres de los españoles, que liberalmente repartian con ellos cuanto tenian. Y el Gobernador, demas de averles repartido muchas vacas y harina por que remediassen su necesidad, tenia cuydado todos los dias de hazer llamar a los mas principales a que comiessen en su mesa y lo mismo hazian los maestros de campo, capitanes y demas gente de posible. Y viendo que avia mucha gente menuda, que no servian sino de gastadores de los viveres, los despidieron, quedando solamente la gente principal que pertenecia al parlamento.

El domingo a los veinte y cuatro de Febrero mandó el Gobernador que oyessen todos la primera misa, y aviéndose hecho una ramada en medio de la vega, se pusieron en la frente los tercios y la caballeria, toda por compañias de manpuesto en los altos, y la de el Gobernador, que consta de Maestro de campo y capitanes reformados, asistiendo al lado de su persona con el guion delante, gobernado por el Sargento Mayor Francisco Rodriguez, los quales se apearon y hizieron

cuerpo de cabildo con el Gobernador y Vedor general y seis sacerdotes, y estando sentados vinieron todos los caciques que daban la paz en un cuerpo y los indios amigos de nuestras fronteras en otro, y poniéndose el Capitan Juan de Roa en medio, les comenzó a traher a la memoria los parlamentos que se avian hecho, los caminos que el Vedor general avia andado, el aplauso con que en todas partes avian sido oidos los tratos de las pazes, los empeños en que se hallaban viendo quan bien les estaban, pues antes de averlas comenzando el Gobernador se vian con resuello y contentos, libres de ser maloqueados, gozando de sus tierras, hijos y mugeres. Lo qual considerado, avian entregado los toquis y flechas para enterrar en el parlamento en que se hallaban los instrumentos de la guerra, y que cesasse de todo punto, y con quebrarlos y meterlos debajo de tierra se sepultassen todas las injurias y agravios pasados, y que el Gobernador queria y era su voluntad, para confirmar las pazes con su presencia, se les volviessen a repetir las condiciones que en ellas se han de guardar, las quales todas se les volvieron a promulgar una por una, con mucha distincion, a que respondieron todos lo mismo que respondieron en los demas parlamentos particulares de que las admitian y observarian puntualmente.

Aqui se les añadieron otras, que mas eran declaracion de las pasadas que nuevas obligaciones. Sola una fué particular, que contenia el no hazer borracheras ni juntas sin licencia dél y asistiendo los españoles que se les señalaren, en que vinieron, aunque la ventilaron algo por serles tan en connatural al beber. Acabado el parlamento del Capitan Juan de Roa, hizo otro el cacique y toqui general de nuestros amigos, Llancagueno, exortando a los que de nuevo daban la paz a la firmeza y lealtad, trayendo para en apoyo de este su argumento muchas y muy elegantes razones; y respondiendo a los dos Chicaguala, hizo su parlamento reduciéndole a tres puntos: el uno, a agradecer al Gobernador el bien que les avia hecho en admitirles los contratos de paz; el otro, al empeño en que a él y a toda la tierra avia puesto en darle libertad a él y a todos los caciques, y el otro, en ponderar la voluntad con que todas las provincias habian recevido la paz y las capitulaciones, refiriendo las muestras de contento que en todos los parlamentos avian dado todos los caciques. Con que se acabó el parlamento con las ceremonias acostumbradas, y quebrando y enterrando los toquis y las flechas de su parte, y de la nuestra tambien algunos instrumentos de guerra. Y al sonido de las caxas y trompetas y de la salva de la mosqueteria y arcabuceria, se dieron todos muchos abrazos y parabienes, reciviéndolos el Gobernador de todos con mucho gusto, por aver concluido felizmente una accion tan deseada y jamas vista en Chile, de aver puesto la tierra de paz y averla jurado todas las provincias desde la Concepcion a Osorno.

CAPÍTULO XIV.

Manda el Gobernador dar garrote a Curiguanque y a otros dos por cabezas del rebelion. Conjúrase su gente con Calla-calla, y en venganza de su muerte quitan mil vacas y doscientos caballos que embia el Gobernador a Valdivia y matan siete indios.

Haze la causa a Curiguanque. — Los amigos los condenan. — Ninguno defiende a los traidores. — Dispónese para su salvacion Curiguanque. — Rebélase la gente de Curiguanque por su muerte. — Quitan mil vacas que lleva a Valdivia Don Juan de Espexo. — Escápase la gente. — Pónese en arma Valdivia. — Sienten los que han dado la paz este rebelion

Acabados los regocijos de el parlamento y confirmacion de las pazes, mandó el Gobernador traher en presencia de todos los caciques a Curiguanque, Catinao y Maliante presos, para que se les hiziesse la causa alli en público, aguyéndoles y convenciéndoles los demas caciques, sin poder negar su delito, y alli confesaron la traicion armada, diciendo que avia sido por codicia del despoxo y inducidos por Maliante, uno de los tres, indio tan inquieto, que su mismo padre quando lo supo dixo: "Es posible que este mi hijo ha de ser tan malo que siempre se ha de hallar en estas inquietudes?" Convencidos Curiguanque y los demas, sin tener qué responder en su defensa, dixo el Gobernador a los caciques que si tenian algo que alegar en su favor, que lo hiziesen; porque no aviendo causa que les escusasse, ni razon ninguna en su defensa y abono, era justo que se executassen las capitulaciones y que pagassen la culpa los que fuessen traidores y procurassen perturbar la paz; que las leyes no se escribian para quedarse escritas, sino para executarlas.

Respondieron todos que no tenian qué alegar en favor de una traicion tan clara y tan manifiesta, y que era muy justo que los malos pagassen su delito con la pena, y que sirviessen a los demas de escarmiento. Que ellos avian querido ir a castigarlos y abrazar todas sus tierras, pero que el Vedor general los avia templado e ido a la mano porque no se volviesse a abrir la guerra y porque no se hiziesse demostracion tan grande sin orden de su señoria. Y que si ahora les daba licencia, irian a executar el castigo en toda aquella tierra, porque se viesse quánto aborrecian la traicion y quán deseosos de conservar la paz, pues estaban dispuestos a hazer cruda guerra a quien la perturbase, aunque fuesse de su propria sangre. Agradecióles el Gobernador su buena determinacion y muestra de fidelidad, y díxoles que, usando de su piedad y de la benignidad que la real justicia en semejantes ca-

sos acostumbra a usar, no queria castigar a la provincia toda de aquellos caciques, atendiendo a que en ella habria muchos inocentes, sino a las cabezas de la conjuracion, quitándoselas de los cuellos para que otra vez no intentassen semejante traicion, y con el castigo de pocos correjir y enseñar a muchos. Dixo luego a Chicaguala que hiziesse sus causas y los defendiesse si tenia algo que decir en su favor.

Varios pareceres ubo entre personas entendidas, juzgando muchos que seria mejor tenerlos presos y no quitarlos la vida, porque con su muerte no se perturbasse su provincia, como lo hizo, y tras ella otras. Y sentian que las capitulaciones, aunque estaban publicadas, no estaban firmadas de el Gobernador. Y Dios sabe quál era lo mas acertado y rige (1) a los que gobiernan, y el Gobernador Don Martin tuvo buen zelo de la justicia y deseo que los caciques le pidiessen que los tuviesse presos, y aun si le piden que los dé libertad, segun su gran nobleza, se la daria. Pero ninguno le tocó a las puertas de la misericordia y ninguno rogó por ellos. Y Chicaguala respondió a la propuesta de el Gobernador que no tenia qué alegar en su defensa y que tampoco a él le tocaba, sino a los caciques de su propria tierra, que ninguno entre ellos haze las causas de la agena. Y diciéndoles el Don Antonio Chicaguala a los caciques de su parcialidad de los culpados que volviessen por ellos y alegassen si tenian algo en su defensa, ninguno respondió ni habló palabra, o por ver la evidencia de culpa tan manifiesta, o porque no pareciesse que tenian parte en ella; ni tampoco quisieron rogar por ellos, prevaleciendo el odio que tenian a Curiguanque contra el amor a la nacion.

Sustanciada pues la causa, mandó el Gobernador que les diessen garrote. Con que se deshizo la junta y los caciques fueron a beber muchas botijas de vino que el Gobernador les dió liberalmente y a consolarse de la muerte de sus caciques, si tenian alguna pena, que el beber se las quita todas. Los sacerdotes que alli avia, particularmente el Padre Juan Moscoso, de la Compañia, cuidaron de disponer a los sentenciados para una buena muerte, y como dice el Padre Juan Moscoso en una relacion que hizo de ella, sin duda permitió Dios que ninguno rogasse por ellos y que muriessen en esta ocasion para salvar por aquel medio sus almas; porque Curiguanque era christiano de los que se bautizaron antiguamente en las ciudades perdidas, y se llamaba Alonso, el qual, como vió que se llegaba su dia y que no tenia esperanza de vida, porque su delito avia sido tan mal parecido a todos, que ni aun los suyos avian querido rogar por él, se dispuso con una confesion de toda su vida y muchos actos de contricion y conformidad con la voluntad de Dios. Los otros dos eran infieles; dispúsolos el Padre y recivieron la fe y el agua del santo bautismo, el de la Mariquina con mas muestras de piedad y devocion que el otro.

El dia siguiente mandó el Gobernador decir todas las misas por los difuntos, y una de cuerpo presente cantada, a que asistió con toda su compañia, acompañando todos al entierro, que se hizo con mucha solemnidad al pie de una cruz que se avia levantado para el parlamento. Retiróse el exército, y los dos campos cada uno a su tercio, y el Gobernador a la ciudad de la Concepcion, adelantándose con mucha prisa y dexando que marchasse el exército con sus pausas. No se sintió bien

(1) Así está en el orijinal. Parece que debiera decir *i lo que rije.*

de esta priesa, que los maliciosos siempre juzgan mal, y no tengo por bien juzgar intenciones. El juicio mas legitimo, volviendo a Curiguanque, fué que sus indios, desde que le prendieron, tubieron siempre postas sobre los españoles para ver en lo que paraba la prision y temerosos de que le avian de quitar la vida; y assi al punto que le dieron garrote, volvieron las espias con toda prisa a dar aviso a su tierra de cómo le avian muerto y de la muerte de los otros dos, de que hizieron grande sentimiento, porque aunque todos quieren justicia, ninguno la quiere por su casa. Y assi se arrestaron, y mordiendo el freno determinaron executar con efecto lo que antes avian intentado y vengar las muertes de sus caciques, aunque les costase las vidas y tubiessen contra sí las provincias que avian dado las pazes a los españoles en las froteras; y prometiéndose hazer de su parte a las provincias de Calla-Calla, Valdivia y Osorno, las procuraron acaudillar y solicitaron con mensages, diciéndoles quanto mal pudieron de los españoles, y que aun no avian bien comenzado las pazes quando ya iban ajusticiando caciques; que el intento de las pazes no era otro sino acabarlos y con lima sorda ir poco a poco consumiendo a las cabezas para enseñorearse de los demas y ponerlos en servidumbre; que volviessen por sí, por su libertad y su patria, y las demas razones que con grande abundancia de palabras y sentencias les dictaba el sentimiento.

Cayóseles la sopa en la miel, como dicen, y vínoseles rodada la ocasion como la pudieran desear; porque con la seguridad de las pazes y el haberse abierto el camino para llevar bastimentos a Valdivia, el Gobernador Don Martin de Moxica, que se dolia de los soldados de aquella plaza y queria tenerla proveida con abundancia, avia mandado traer mil vacas y doscientos caballos. Despachólos con algunos indios amigos de San Christóval y Talcamavida y algunos soldados españoles a cargo del Capitan Don Juan de Espexo, sobrino del Vedor general Francisco de la Fuente Villalobos, que iba proveido por Vedor de la plaza de Valdivia, el qual fué caminando con sus vacas y caballos por Boroa, Tolten y la Mariquina, muy seguro y escoltado de los indios de aquellas provincias y muy descuidado de lo que poco despues le sucedió mas adelante en frente de la misma poblacion de Valdivia, de esta banda del rio. Y fué: que como los indios de Curiguanque vieron tan buena ocasion para executar su intento y vengar la muerte de su cacique, convocaron a los de Calla-calla y los convecinos, apretando en las diligencias, sin que fuesen menester muchas, por apretarles mas la codicia y tirarles con mas fuerza lo sabroso del pillage. Dieron de repente sobre los que llevaban las vacas y caballos y mataron siete indios de San Christóval, y los demas se escaparon echándose al monte, que con la confianza de que iban por tierra de paz y que cuatro dias antes la avian jurado todos en Quillin en presencia del Gobernador, iban sin armas, y aunque ellos, rezelosos, las avian querido llevar, les mandaron sus capitanes y el Vedor general que no las llevassen porque era mostrar poca confianza y hazerse sospechosos. El Capitan Don Juan de Espejo, el Capitan Diego Xil Negrete, sobrino del Gobernador de Valdivia, y el Teniente Luis Gonzales de Medina, que iban con él, tuvieron lugar de echarse al monte al ruido del enemigo, y viendo que eran mas de quinientos y que tres hombres solos no podian hazer nada, hizieron harto en escapar las vidas. Y con aver sucedido el caso en las riberas del rio Calla-calla, que entra en el rio de Valdivia, y en frente de la

poblacion, en un puesto que llaman del Manzano, por un manzano grande que alli hay, no salieron los españoles ni los indios que iban con las vacas en mas de doce dias de entre aquellas espesuras, hasta que en una canoa que hallaron pasaron el rio y fueron a la ciudad de Valdivia flacos y exhaustos.

Ya el Gobernador de aquella plaza avia tenido nuevas del caso, porque un soldado de Valdivia, que estaba en aquel mismo parage guardando algunas vacas de las quinientas que avian llegado a Valdivia con el Capitan Pedro de Soto y los que arriba se dixo, al ruido del enemigo se echó tambien al monte, y como era mas señor de la tierra y sabia las entradas y salidas, salió luego y pasó como pudo el rio y avisó al Gobernador de lo que pasaba y cómo el enemigo se avia llevado no solo las mil vacas que traia el Vedor Don Juan de Espexo y los doscientos caballos para montar una compañia de a caballos, sino tambien las vacas que él estaba guardando, y cómo avia muerto algunos indios amigos de San Christóval y los otros y los españoles se avian escapado por aquellos montes. Nueva que causó grandissimo sentimiento en Valdivia por ver que volvian a estar aquellas armas en el aprieto que antes y cercadas de enemigos, sin recurso a Chile, que era todo su alivio, y sin poderles venir vacas y viveres, que era el mayor desconsuelo. Pusiéronse todos en arma, doblaron las postas y las centinelas, avocaron las piezas, amunicionaron la gente y todos en arma estuvieron esperando algun acometimiento de los rebelados, porque no se persuadieron sino a que ya declarados con esta demostracion avian de venir a pelear a la ciudad. Pero no vinieron, que con el repartimiento del despoxo y la fiesta que hizieron al triunfo y a un hecho tan célebre, no trataron de ir a pelear, demas de que no fueron muchos los que entraron en esta conjuracion, como despues se supo, sino los de las tierras de Curiguanque, Calla-calla y otros vecinos: que como fué un repente y sucedido a los cuatro dias del parlamento de Quillin, los que se hallaron cerca de Calla-calla lograron la ocasion, sin que pudiessen venir de lexos, no porque a los inquietos y de mal natural no les pesaria de no aver entrado a la parte de un saco para ellos de tanta estima, como caballos y vacas; mas lo comun de toda la tierra lo sintió en extremo, y todas las provincias que de voluntad avian dado la paz, tuvieron gran pesar de una traicion tan grande y de ver que avia de volver la guerra, pues era fuerza que los españoles castigassen a los traidores. Cada uno procuraba dar satisfaccion de su parte y manifestar cómo no avia tenido parte en la conjuracion, y los que avian tenido, para tener mas que les ayudassen, procuraban atraer a otros a su sequito. Luego aprestó el Gobernador de Valdivia las embarcaciones y subió el rio arriba y entró en el de Calla-calla en busca de los indios amigos y de los españoles que trahian las vacas, y no dando con ellos por averse metido la tierra adentro en la montaña, buscó al enemigo y tampoco le halló porque todos se retiraron con la presa.

CAPÍTULO XV.

Cómo habiéndose amotinado la gente de Curiguanque y Callacalla por el castigo de sus caciques traidores, hizieron de su parte al Gobernador de Osorno Alcapangui. De las trazas que dió para cōger algunos españoles, cómo cogió un barco con ocho y vino con una junta de tres mil indios sobre Valdivia.

Fíngese enfermo Alcapangui. — Consejo dañado.—Entretiene al Padre para matarle. — Múdase el Padre a otra casa.—Retírase el Padre a Valdivia. — Fíngese malo y llama al Padre que le confiese. — Conoce el Gobernador el ardid y no dexa ir al Padre. — Va un barco por Alcapangui.—Convida con fruta a los soldados para que salgan a tierra.—Saltaron en tierra los del barco y salen los indios de emboscada y cogen el barco, y matan a cuatro y captivan los demas. — Queda mui contento Alcapangui de haber hecho la presa y engañado a los españoles. — Haze una borrachera y vanidad de los captivos, y anima a todos a tomar las armas. — Tienen varios reencuentros con los indios los soldados de Valdivia.—Haze una junta Alcapangui de tres mil indios para destruir la poblacion de Valdivia. — Reta Alcapangui a los soldados de Valdivia. — No sale el Gobernador por no haber campaña descubierta donde pelear y espera a que acometa Alcapangui. — Dispara la gente de Alcapangui flechas y piedras y no se atreve a acometer.

Los rebeldes de Calla-calla y Curiguanque hizieron grandes diligencias por hazer de su parte a los caciques de Osorno y al Toqui general de ellos, Alcapangui, que como indio astuto y sagaz no quiso luego declararse por enemigo de los españoles, sino que estuvo trazando algunos ardides para coger debajo de seguro. Y el primero que trazó fué embiar a Valdivia a su hijo a decir al Gobernador como su padre estaba enfermo desde el dia del parlamento, en que se halló el Capitan Juan de Roa, Manquecante y los padres Juan Moscoso y Licenciado Juan de Toledo; que con la solicitud que personalmente avia puesto en ir en persona a convocar los caciques para que todos reciviessen la paz, cayó enfermo y no avia vuelto en sí; que le embiasse algunas medicinas y al Padre Francisco de Vargas, de la Compañia, que avia estado en sus tierras en el primer parlamento y predicádoles la ley de Dios y aficionádole mucho a ella y a procurar el bien de su alma. Oido este mensage, le mandó dar el Gobernador muchos regalos y medicinas, y sabiendo el Padre Francisco de Vargas como le llamaba para disponer las cosas de su alma, se offreció a ir con grande voluntad y fervoroso zelo. Fué allá con solo un mozo y el hijo de Alcapangui por guia, y aunque avia sucedido lo de las vacas, no se pensó en Valdivia que Alcapangui avia maleado ni se supo cosa, antes se aseguraron viendo que iba allá su hijo y que continuaba la comunicacion que antes. Ni el Padre vió señas de rebelion en Osorno, porque Alcapangui le recivió con gran disimulacion, ha-

ciéndole muchos agasagos y tratando de las cosas de su alma, que era lo que el Padre deseaba. Decíale cómo él avia sido christiano y bautizado en la iglesia de la ciudad antigua de Osorno, que oia misa y confesaba; contábale de las procesiones de la semana Santa y de otras cosas: con que tenia engañado al Padre y entretenido. Oia con mucho gusto las cosas espirituales y misterios santos que el Padre le enseñaba, y hacia juntar a toda su gente para que oyessen los sermones del Padre, con que el apostolico varon estaba contentisimo viendo las demostraciones de christiano que Alcapangui hacia y se prometia que avia de aver alli una gran christiandad, segun la continuacion en oir la palabra divina. Entre estas conversaciones fué al disimulo vomitando la ponsoña que tenia en su pecho, y le dixo al Padre: "muy pobre vienes y muy solo de soldados y españoles que te acompañen y hagan escolta. Y estos indios no estiman a uno mas de conforme se trata, y como te ven pobre y desacompañado no hazen tanto caso de tu doctrina, ni de tu persona. Si vinieras como un Gobernador acompañado de mucha gente noble o como un capitan acompañado de muchos soldados, te estimarian y obedecerian mejor. Toma mi consejo, que yo te quiero bien y deseo que hagas christianos a todos mis indios, y ven acompañado de soldados y capitanes reformados, que con eso harán concepto y estima de tí y no dudarán de recevir tu doctrina."

Esto decia Alcapangui para coger al Padre con muchos soldados y capitanes en su tierra y degollarlos a todos y declararse por enemigo con un hecho señalado. Y como el Padre era un santo y de corazon sincero, no penetraba las malicias del traidor, y con otras razones espirituales satisfacia a sus marañas, con decirle cómo los apostoles fueron a predicar por el mundo pobres y desacompañados, con otras razones que no hazian al intento del mal intencionado. El qual tuvo al Padre entretenido con frivolas razones algunos diez y ocho dias, sin que sospechasse cosa ninguna, hasta que viendo que avian ido Namonlican, cacique principal de Cabimapu y cuñado de Curiguanque, y Ayllapillan, cacique de Calla-calla, y avian estado dos dias con Alcapangui en grandes secretos, comenzó a sospechar que avia algun mal, por ser los dos de los rebelados y fautores de el caso de las vacas y caballos. Y con este cuydado se pasó de la casa de Alcapangui a la de un mulato llamado Aleman, el qual avia estado veinte años entre los indios y avia hecho fuga del estado de Arauco e ídose a los enemigos, y capitaneándolos, hecho muchas entradas y daños en los christianos de aquel estado, y el temor de caer en las manos de los españoles le obligó a retirarse a los llanos de Osorno y a lo mas interior de la tierra. Este mulato en el primer parlamento que se hizo en Osorno regaló mucho al Padre y solicitó con los caciques que no se le hiziesse daño ninguno, hablándoles muy bien de los españoles y poniédoles estima de los sacerdotes y amor a las pazes. Y conociendo el Padre su buen agasajo y el amor que tenia a la nacion española y estima de los padres, se fué a faborecer de él a su casa.

Estando en casa de Aleman vino a media noche muy alborotado el Toqui general Alcapangui diziéndole al Padre que por qué se avia salido de su casa y venídose a la de Aleman; que venia por él para tenerle seguro en su casa, porque le avia venido aviso de que los rebelados de Curiguanque y Calla-calla andaban inquietos y no queria que en sus tierras corriesse algun riesgo su persona. A lo qual res

pondió Aleman que él aseguraba aquella noche al Padre, sin que corriesse riesgo su vida, y que por la mañana se le llevaria a su casa, y por ser ya tan tarde se hizo asi. El Padre, viendo esto, trató de retirarse a Valdivia, porque juntando la venida de aquellos caciques, sus hablas secretas y la venida tan a deshora y con tanta turbacion de Alcapangui, juzgó que le querian matar, y corrió voz en Valdivia de que le avian maltratado, y al mozo que llevaba le avian dado algunas heridas. Disimuló Alcapangui su intento y dixo al Padre que no se fuesse, que seguro estaba en su compañia, y que si queria irse, que fuesse y tragesse algunos soldados y capitanes que le asegurassen y diessen mas autoridad a su predicacion. El Padre disimulando admitió una oferta que le hizo de ir en su compañia para que no corriesse riesgo, y en un camarico, donde Alcapangui y los demas estaban bebiendo, dió una trasnochada y dejándolos bebiendo se vino a Valdivia con el mozo por aquellos malos caminos, diciendo en Valdivia al Gobernador lo que le avia pasado, alabando los buenos deseos que mostraba Alcapangui de ser buen christiano y que los suyos lo fuessen y diciendo los recelos que le avian causado las demas cosas que avia visto, assi de los secretos de los caciques enemigos, como de la instancia que le hazia en que fuesse acompañado de soldados.

Viendo Alcapangui que el Padre se habia ido y no volvia con los españoles que él le avia dicho que tragesse en su compañia para autorizar su persona y su doctrina, y que Maqueante no traia tampoco los españoles y capitanes que les avia prometido traherles quando le tuvieron preso para que en ellos ensangrentassen sus lanzas y tuviessen buena presa y mas despojos, conociendo que eran promesas de captivo y que no hallaban ocasion de declararse por enemigos con alguna presa de importancia, trazó otro ardid el astuto Alcapangui, y fué fingirse enfermo y a la muerte y con capa de piedad y ocasion de confesarle traher otra vez al Padre y a algunos españoles a su tierra y matarlos. Embió a su hijo al Gobernador de Valdivia con un mensage, dándole a entender el amor que siempre avia tenido a los españoles y a las pazes y que se estaba muriendo en una cama y ya no pensaba vivir mas, pero que llevaba aquel consuelo a la otra vida de ir en paz con los españoles y dejar a sus indios en tanto sosiego y amistad con ellos. Que él era christiano y tenia su corazon con los christianos y con Dios, a quien deseaba ir a ver al cielo; que para limpiar su alma le embiasse aquel santo Padre que se la tenia robada para confesarse con él. Y que ya que no podia ir en persona a dar los ultimos abrazos al Gobernador y despedirse de él mostrándole el amor que le tenia, que embiasse con el Padre a su hijo Don Florian Xil Negrete, que viéndole y despidiéndose de él haria cuenta que se despedia de su padre y partiria gustoso con este consuelo a la otra vida, y que para la seguridad de los caminos, que andaban por ellos los inquietos de Calla-calla y Curiguanque, podian llevar algunos soldados, que él tambien embiaria indios de los suyos a cortar y asegurar los caminos.

Muy bien armado le pareció que tenia el lazo al astuto cazador para hazer presa en todos; pero el Gobernador, prudente, que estaba mucho mas adelante de sus astucias, le respondió mostrando el sentimiento del riesgo de la vida en que estaba su padre, ofreciéndole medicinas y regalos quantos quisiese llebar; pero que el Padre Francisco de Vargas ni su hijo podian ir ahora por ocupaciones forzosas que tenian. Bien que el Padre, creyendo que era ver-

dad que Alcapangui se moria, y que pudiera ser porque habia andado enfermo, hizo grandes diligencias por ir, aunque arriesgasse su vida, porque no se perdiesse aquella alma; pero templó sus fervores el Gobernador, diciéndole que no convenia ponerse a ese riesgo, que demas de que su pérdida fuera grande para aquella plaza si se declaraba por enemigo Alcapangui, Gobernador de toda aquella tierra de Osorno, podia dar mucho cuydado. Y por no faltar a la caridad y si su enfermedad era verdadera, le embió a decir que viniesse como pudiesse hasta la orilla del rio de Calla-calla, que él embiaria alli un barco para que le traxesse a Valdivia, y alli se confesaria y le regalaria y haria curar como a su propria persona.

Volvió el hijo de Alcapangui con la respuesta de el Gobernador, y como vió frustrada aquella traza, toma otra diabólica, y embia a decir que agradece mucho la oferta, y por no morir sin el consuelo de la confesion y de ver al Gobernador, que iria aunque en el camino se quede muerto, y que para tal hora fuesse el barco, que a la misma llegaria él a la orilla del rio. Assi se hizo, y mientras venia el barco urdió él la suya y puso una gran junta de indios con sus armas emboscados en las montañas junto al surgidero de el barco. El Gobernador Francisco Xil Negrete, como tan prudente y versado en las malicias de estos indios, embió ocho soldados con sus armas en el barco y el Capitan Lunel por cabo, dándole órden que ninguno saltasse en tierra ni se llegasse el barco a la orilla, sino que algo apartado reciviesse en él al toqui general Alcapangui y a otra persona que le acompañase, sin consentir que se embarcassen mas indios. Bien lo avia ordenado el astuto y sagaz Gobernador; si los ministros y soldados guardassen puntualmente los órdenes, no sucedieran tantas desgracias. Llegaron con su barco a dar vista a Alcapangui, que ya estaba a la orilla de el rio aguardando a caballo, él solo, con un indio a las ancas, haciendo tan bien el papel de el enfermo y disimulando con tanta arte su malicia, que estando en el caballo daba vaivenes a un lado y al otro, cabisbaxo y macilento, haciendo del que se caia y no se podia tener. Saludáronle desde el rio y digéronle que entrasse en el barco, y él respondió con voz quebrada, muy en tiple y con pausas de agonizante. Teníales alli a los soldados alguna fruta, manzanas y otras cosas, y engañólos como a Eva con la golocina, diciéndoles que acercassen el barco a tierra y tomassen aquel refresco que les avia traido; y como no vian a nadie mas de el fingido enfermo, y ese tan descaecido, y qual la serpiente que engañó a nuestros primeros Padres, les decia como a ellos: "¿que os recelais de saltar en tierra? que no ay quien os haga mal, ni morireis," saltaron en tierra a comer la fruta, y al mismo instante salieron bandadas de indios de las montañas, y cerrando con ellos mataron alli luego cuatro y embiaron sus cabezas por varias partes para provocar a otras provincias a la guerra, y a los otros cuatro los llevaron captivos; y Alcapangui llevó al Capitan Lunel, que luego que saltó en tierra le abrazó, y fué el abrazo de Judas para venderle y seña para que saliesen los indios a coger la presa. Hiciéronla tambien en el barco y le deshizieron para aprovecharsse de la clavason, para hacer lanzas y demas instrumentos de guerra, que como no tienen hierro, qualquier clavito le estiman y le aprovechan.

Muy jactancioso quedó Alcapangui con este hecho, y muy contento por aver logrado sus intentos con tan buena suerte, que aunque no pudo llevar, como trazaba,

algun padre y cantidad de españoles para hacerse famoso, este hecho le hizo memorable, y mas por aver cogido a los españoles estando ya sobre aviso y con recelo, gloriándose de ser mas ingenioso que ellos en las trazas y de aver salido con victoria de todos sus recatos y prevenciones. Con esto se declaró toda la provincia de Osorno y Cunco por enemiga, y los llanos de Valdivia, Calla-calla y Banague, con otros circunvecinos, que con las cabezas ganaron para su devocion. Hizo Alcapangui una grande borrachera para celebrar la victoria, sacando a ella a su prisionero el Capitan Lunel y los otros cuatro, a quienes dió la vida por tener en las borracheras con que ostentar grandeza, haciendo alarde de los prisioneros y vanidad de que le sirviessen los españoles. Y exortó a todos a tomar las armas y a mostrarse valerosos y no desistir de su intento hasta echar de Valdivia a los españoles o consumirlos y acabarlos a todos con asedios y asaltos; y assi desde entonces comenzaron a ponerles celadas cerca de la ciudad, y como hay tanta montaña y paredes de las casas antiguas, no salia hombre de Valdivia que no saliesse arresgado, ni salian ya como antes sino con mucha prevencion, y las compañias con las armas en las manos para qualquier escolta, porque vian al enemigo que por todas partes andaba asechando para coger alguno, y en algunas refriegas hubo heridos de ambas partes; y como no avian acabado de cubrir las casas de Valdivia y era necesario ir a traer madera y paja para cubrirlas, muchas veces se trahia a fuerza de lanzadas y peleando con el enemigo.

Esforzó su gente Alcapangui y hizo una gran junta, en que gastó mucha chicha y ovejas de la tierra para convocar a los circunvecinos y atraher a otros muchos, a quienes hizo un parlamento muy grave y eficaz, exortándolos a dar un asalto a la ciudad de Valdivia y a quitar de alli aquella iga que los españoles avian puesto en sus tierras y echarlos a todos de ellas, y que para esto no quedasse indio que no acudiesse con sus armas, proponiéndoles la grandeza del despojo, la honra que ganarian y el provecho en quitar de alli un padrastro como aquel. Juntáronse tres mil indios, y por su General Alcapangui, y viniendo a la poblacion de Valdivia, ocultándose en los montes, aparecieron todos sobre la ciudad al amanecer, con mucho estruendo de voceria y muchas lanzas, macanas, flecheria y pedreros. Y no atreviéndose a dar asalto al quartel de los españoles, llegaron muy cerca de él a retarlos, desafiando Alcapangui al Gobernador y todos los soldados con grande sobervia y arrogancia. El Gobernador Francisco Xil Negrete mandó poner silencio y que no se les respondiese nada, y que aparejassen la artilleria y la avocassen en los cubos, aguardando a ver si daban el asalto; pero no quisieron llegar sino con la lengua, diciéndoles muchos baldones, que impacientes los soldados los oian y pedian salir a campaña al Gobernador a vengar su agravio y castigar el atrevimiento de aquellos bárbaros. Mas el prudente Gobernador, entrando en consejo sobre la salida, resolvió con los mas que pues el enemigo los venia a buscar, que le esperassen a ver qué movimiento hacia. Y lo que mas le movió fué el ver que no avia campaña descubierta donde poder pelear y poner su gente en esquadron, a causa de las grandes montañas y paredones antiguos que avia al rededor de su quartel.

Visto por el enemigo que no salian, aunque no se atrevió a llegar a la empalizada ni dar asalto por temor de las balas, disparó grande llubia de flechas enarboladas y grande número de piedras. Para

el reparo de las flechas acudió el Gobernador con muchas frazadas que mandó poner en la estacada, donde se embarazaban y no ofendian a ninguno. Viendo el Gobernador Negrete que el enemigo no se acercaba, sino que hazia la guerra galana desde lejos, impaciente de aguardar, mandó dar fuego a las piezas de artilleria, y tras ella que disparassen la mosqueteria y arcabuceria; y viendo el bárbaro que caian muchos muertos, se retiró a gran prisa, y retiró a los muertos arrastrándolos al rio por encubrir la mortandad. Mientras esto sucedia, se arrojaron sin ser vistos algunos indios a la isla de Valenzuela, nadando y en canoas, y hurtaron algunos cuarenta caballos que tenian los soldados, dexándolos a pie.



CAPÍTULO XVI.

Cómo el Gobernador Don Martin de Moxica mandó castigar a los indios rebelados, y cómo los nuevos amigos de las fronteras, que dieron la paz, estubieron firmes y tomaron a su cargo el castigo de los rebeldes.

No consienten los nuevos amigos que los españoles hagan fuerte, diciendo que ellos son su muralla. — Dan aviso los Capitanes al Gobernador de las traiciones de los rebelados. — Avisan los Capitanes al Gobernador cómo los nuevos amigos quieren ir a castigar a los rebeldes. — Embia órden el Gobernador para que vayan los nuevos amigos a castigar los rebeldes. — Ordena el Gobernador que los esclavos sean de los que los cogen. — Quita el Gobernador una mala costumbre de quitar a los indios los esclavos. — Pone el Gobernador aficion y codicia a los nuevos amigos para que por sí hagan la guerra a los rebeldes. — Piden los de la Imperial por su Capitan a Francisco de Almendras y dalo el Gobernador. Havíase criado entre ellos y retirádose con las pazes a bien vivir. — Salen todas las provincias a castigar a los rebeldes. — Lleva cada escuadron tres o cuatro españoles. — Júntanse cinco mil indios. — Llegan primero los pegüenches y hazen grande estrago en los rebeldes. — Captivan algunos que pertenecian a Manqueante. — Vuelven otra vez los amigos con mas gente al castigo de los rebeldes y llevan mas de cinco mil indios. — Captivan los de parte de Manqueante en venganza otros de paz a Pichunlab y Mutumpillan. — Hai grandes sentimientos por estos captivos entre Chicaguala y Catimaguel. — Va Manqueante a pedir al Gobernador su justicia.—Haze el Gobernador muchas honras a Manqueante y remite a Roa que justifique la causa de los esclavos. — Va Pichunlab a pedir su gente y alega de su fidelidad. — Matan a media noche a Mutumpillan porque no vaya al Gobernador.— Honra mucho el Gobernador a Pichunlab y mándale volver sus piezas. — Lo mucho que el Gobernador celaba el buen tratamiento de los indios y lo que importa para conservarlos en paz. — Hazen los amigos dos entradas a castigar a los puelches. — Trábase guerra entre los puelches, y los nuestros los provocaron sin causa justa.

Quando el Gobernador Don Martin de Moxica hizo el parlamento general en Quillin y el asiento de las pazes con los caciques de guerra, a peticion suya y por conveniencia del servicio del Rey dexó algunos españoles repartidos en varias provincias para que gobernassen a los indios, los conservassen en paz y justicia y no les dexassen hacer borracheras sin su licencia y asistencia para evitar inconvenientes. Con Don Antonio Chicaguala quedó el Capitan Don Luis Ponce de Leon en Maquegua; con Catinaguel, cacique de mucho mando en toda la cordillera, quedó el Capitan Andres de Riveros en Meliregue; con Tinaqueupu quedó el Teniente Pedro Galas en Culacura; con Lincopichon, el Teniente Gregorio Lopez; con Guenchunanco, Francisco Lazo en Tolten; con Picunlab, el Teniente Manuel Mendez, y en Boroa el Capitan Juan de Roa con diez soldados, los quales, aunque quisieron hacer un modo de fuerte y estacada para su defensa, no lo consintieron los caciques de Boroa, Igaitaro, Guentelican y otros, diciendo que ellos y todas las demas provincias estaban en su guardia y que antes moririan ellos que español ninguno; que era descredito suyo y poca confianza entender que en sus tierras no estaban muy seguros, como se vió, por el effecto, que lo estuvieron siempre, y muy agasajados y

servidos de los indios y caciques recien reducidos, y donde quiera que llegaba algun español de aquellos, le trahian en palmas y no sabian el regalo que hazerles, y como en sus proprias tierras, andaban de unas en otras hasta la Mariquina y tierras de Don Juan Manqueante, que desde Boroa hasta allá, y desde Nacimiento a Boroa, por espacio de cincuenta leguas, estaban todos de paz, muy firmes y constantes, y grandemente sentidos de la traicion y rebelion de los de Curiguanque, Calla-calla y Osorno, y rabiosos por ir a castigarlos y a vengar las muertes que avian hecho de los indios de San Christóval, quitada de las vacas que iban a Valdivia y invasiones que la avian hecho.

Mas los españoles que estaban con ellos los detuvieron hasta avisar al Gobernador Don Martin de Moxica y tener órden suyo para hacer la guerra y castigar a los rebelados. Avisaron los capitanes que estaban en estas fronteras de las traiciones y invasiones referidas y de la irritacion de los indios que avian dado la paz contra los que la avian quebrantado, y cómo ellos solos se ofrecian a irlos a castigar sin que su Señoria viniesse, ni los indios amigos que estaban al abrigo de los tercios de Arauco y de Yumbel viniessen a ayudarlos; que ellos eran muchos y estaban mas cerca y les sobraba gente y brios para consumir a los rebelados; que pues los avian tenido para sustentar ellos solos la guerra contra los españoles, enemigos mas poderosos, por tantos años, mejor los tendrian para hazerla a unos indios que no eran soldados sino mugeres, que metidos la tierra adentro nunca les avian querido ayudar a hazer la guerra por estarse comiendo y bebiendo, y como no avian sabido de los trabajos de la guerra, no avian sabido estimar los bienes de la paz; pero que ellos los apretarian de modo y les asentarian la mano de suerte que viniessen a pedir misericordia cruzadas las suyas.

Mucho gusto recivió el Gobernador de saber la firmeza de todas las provincias que avian dado la paz desde el Nacimiento hasta Boroa y desde Tolten a la Mariquina, y que tubiessen tan buenos deseos de castigar ellos por sí a los rebeldes, sin que fuessen necesarias las fuerzas que en la Concepcion y en los dos campos tenia: que si hubiera de ir con ellas tan lexos, costaran muchas dificultades y fuera mucho el empeño y aun el riesgo por si se mudaban las cosas, que no hay firmeza en ninguna de este mundo. Y assi, aviendo entrado en consejo de guerra, salió de él órden para que el Capitan Juan de Roa, con los indios de sus provincias; el Capitan Don Luis Ponce, con los de las suyas, y el Capitan Andres de Riveros, con la gente de Catinaguel, que son los serranos y pegüenches, saliessen cada uno por su camino (que cada provincia de estos tiene sus caminos diferentes y sus rayas, que llaman Utanmapu, y los de un camino y raya no van jamas por los del otro, y assi tienen tres caminos: uno de la costa, otro de la cordillera y otro en medio), y que arrastrando con todos los indios que pudiessen, entrassen en las tierras de los rebelados y los castigassen abrasándoselas, y que los esclavos que cogiessen y apresassen fuessen del que los cogiesse, y los indios se aprovechassen de ellos y los vendiessen a su gusto, para con esto alentarlos y meterlos en codicia, que siempre el despojo es el aliento del soldado y por él no duda de padecer trabajos ni de meterse por las picas.

Anduvo en esto el Gobernador Don Martin muy christiano, justo y desinteresado, que hallando por costumbre mal introducida que los gobernadores, maestros de campo y sargentos mayores hacian mer-

cancia y estanco de los esclavos, tomando para su aprovechamiento quantas piezas de esclavos cogian en la guerra los indios amigos, pagándoselos a ellos a tres varas de paño o tres botijas de vino, cantidad de doce pesos, las vendian en doscientos. Dixo que no queria pieza ninguna de esclavos para sí, ni se la quitó a indio ninguno por ningun precio, y ordenó con bando que ningun ministro se las quitasse, ni los indios las vendiessen sino a quien gustassen y por el precio que mejor les estuviesse, vendiéndolas a quien mejor se las pagasse, pues eran suyas y les costaba su trabajo y el arresgar la vida, y el despojo es siempre del que le pilla, reservando el quinto de los esclavos para su Magestad, sobre lo qual se le ha suplicado que sobresee en este Reyno por ser los despojos de poca consideracion y no tener los soldados y los indios otros provechos. Atendió tambien en esto a poner en codicia a los nuevos amigos para que ellos solos hiziessen la guerra a los rebeldes, y entraron en tanta, que como la guerra los avia dejado pobres de ganados, caballos y hazienda, quisieron enriquecer y restaurar lo perdido a costa de los de su propria nacion, y como en los de Osorno y Calla-calla nunca avia tocado la guerra por estar tan tierra adentro ni se avian gastado acudiendo a ella, tuvieron bien en que meter la mano y metiéronla hasta los codos. Embióles el Gobernador a los nuevos amigos algunos hierros de lanzas, por estar sin ellos, y algunos caballos, y uno bueno de su caballeriza a Don Antonio Chicaguala, a quien hizo Maestro de campo y Gobernador de los indios.

Pidiéronle con grande instancia los indios de la Imperial al capitan Francisco Almendras para que los gobernasse, y aunque él lo rehusó harto, le obligó el Gobernador con buenas razones y por ser conveniencia del servicio del Rey, para tener gustosos y de paz aquellos indios. Este Francisco de Almendras fué captivo quando mozo de los indios en la ciudad de Valdivia y avia estado hasta estos tiempos con los indios, viviendo entre ellos con sus costumbres, con muchas mugeres, y llegó a tener algunos cincuenta entre hijos y nietos. Y como todavia no estaba en él muerta de todo punto la piedad y la christiandad, quando vió la ocasion de las pazes se retiró a vivir entre los christianos a la Concepcion y procuró ajustar su vida con una confesion general y dexando las costumbres que se le avian pegado de la comunicacion con los indios. Y como ellos le querian bien, pidieron al Gobernador que les diesse para su capitan y para que los conservasse en paz y los gobernasse con amor, como quien ya los conocia. Y considerando que era servicio de entrambas Magestades, le obligó el Gobernador a dexar su retiro, aunque él sentia dexar la misa, los sermones y exercicios de piedad a que se daba muy de veras por soldar los yerros de la vida pasada, rehusando volver a la soldadesca y mucho mas a las ollas de Ejipto. Y ubo de ir por obediencia, pero portóse con mas señorio entre ellos, no sujetándose a sus vicios y gentilidad como antes.

Con el órden referido del Gobernador se aprestaron para la guerra todas las provincias que estaban de paz con grandissimo gusto, assi por la inclinacion que tenian al exercicio de la guerra en que se avian criado, como por mostrarse fieles amigos y por el interes del pillage. Salieron de las provincias y camino de Catinaguel con el Capitan Andres de Riveros algunos dos mil pegüenches, que assi llaman a los serranos. De las provincias que gobernaba Don Antonio Chicaguala con Don Luis Ponce de Leon, mil y quinientos indios de

Maquegua, Tolten y la Mariquina. De Boroa, la Imperial y Queule, que es el camino de la costa, con el Capitan Juan de Roa y Capitan Francisco de Almendras, otros mil y quinientos indios, y en cada esquadron de estos, tres o cuatro españoles no mas, de los pocos que tenia a su cargo el Capitan Juan de Roa. A estos españoles los llevaban los indios como en andas y cuydando no les faltasse ni les matassen ninguno de ellos, aunque de los indios muriessen muchos, porque los estimaban mucho para que los animassen y que disparassen algun arcabuzaso en alguna ocasion; y se entregaban de ellos con cargo de volverlos sanos, so pena de que se les haria cargo de qualquiera que muriesse; y por la presuncion y que se conociesse su fidelidad, los trahian en palmas. Marcharon estas tropas para Calla-calla y tierras de Curiguanque. Llegó primero la de los pegüenches, y sin aguardar a las demas, hizo grande estrago en los ganados, porque es gente hambrienta que no los tiene, y en la gente cogiendo muchos esclavos, en que se alargaron a mas de lo que debieran, captivando algunos de la jurisdiccion de Don Juan Manqueante y de la Mariquina. Que como en ella estaban mezclados los indios de Curiguanque el traidor y los de Don Juan Manqueante, o avia poca division entre unos y otros, y la gente serrana y el furor de la guerra no da tanto lugar a estas distinciones, quedaron captivos algunas mugeres y niños que no debian serlo, que como diremos fué luego a pleitearlos Don Juan Manqueante a la Concepcion ante el Gobernador y fué causa de algunas venganzas.

Al dia siguiente llegaron las tropas de Boroa, Tolten, la Imperial, Maquegua y Culacura, y hallaron a los pegüenches con las vacas, caballos y gente que avian captivado, y esparciéndose por varias partes, hizieron grande daño, quemando ranchos llenos de comida, consumiendo ganados y talando los campos, sin que hubiesse quien hiziesse resistencia a tan numeroso exercito, porque los culpados no cuydaban sino de buscar los montes mas retirados donde esconderse, y aun de alli los sacaban. Quedaron los nuevos amigos engolosinados con esta presa y castigo y volvieron a convocarse para la luna siguiente, y embiando a pedir al Capitan Juan de Roa otros ocho soldados, con veinte que eran ya, tuvo soldados que repartir por todas las provincias para convocar los indios y regir las tropas. Juntáronse mas indios que la vez pasada y corrieron la tierra, haziendo gran destrozo en los ganados y sementeras, abrasando muchisimas casas. No pelearon en parte ninguna, porque a tanta gente no avia quien hiziesse oposicion: apresáronse algunos indios e indias. Revuelta la gente de Chicaguala y los de su camino y mando, que son unos con los de Don Juan Manqueante, y los de un camino y Utanmapu, se ayudan unos a otros y vuelven por sus causas, como en la entrada pasada la gente de Catinaguel, que son los serranos, avian captivado algunos de Don Juan Manqueante que no eran culpados, por desquitarse maloquearon al cacique Pichunlab y a Mutumpillan, y cogiéronles muchas mugeres y niños y los llevaron por esclavos.

Hubo con esto sus sentimientos de entrambas partes entre Catinaguel y su gente por averles llevado estas piezas de su jurisdiccion, y entre Chicaguala y la suya por aver ellos comenzado y llevádose las piezas que pertenecian a Manqueante, que alegaba que no eran culpados, y Catinaguel que sí que lo eran por aver hallado en su poder veinte vacas de las mil que quitaron quando las llevaban a Valdivia. Y no pudiendo los capitanes meterlos en

paz, (porque cada uno les parecia que tenia razon, y si Chicaguala era poderoso, Catinaguel presumia tanto como él y blazonaba que tenia tres mil indios de lanza a su mandado; y como hazia piernas, sus enemigos le tenian y sospechaban de sospechoso), remitieron la causa al Gobernador Don Martin de Moxica, y el cacique Manqueante fué a la Concepcion a ver al Gobernador y a pedir que le mandasse volver las piezas de esclavos que de sus tierras sin ser culpados le avia llevado la gente de Catinaguel. El Gobernador se holgó mucho de verle y le agradeció la fidelidad y amor que siempre avia mostrado a los españoles de Valdivia, sus vecinos, rogándole lo continuasse, prometiéndole muchos premios, y tambien la fineza con que avia mostrado su fidelidad yendo al castigo de los rebeldes de Curiguanqui y Calla-calla sus vecinos y de una misma provincia la Mariquina. Dióle el Gobernador para que continuasse la guerra un excelente caballo de su caballeriza, una espada ancha; vistióle y hízole otros muchos regalos y agasajos. En quanto a volver las piezas, lo remitió al Capitan Juan de Róa que lo justificasse, y si hallasse que no eran de gente culpada, se las hiziesse volver.

De la otra parte lastimada fué Pichunlab, cacique de mucha estima y muy valiente, que por serlo tanto criaba barba, bien singular entre estos indios, porque son pocos los que la crian, y ninguno se atreve a traerla menos de que sea muy valiente y tenga muy probada su intencion en la guerra. Y la lástima fué que el otro cacique, Mutumpillan, a quien tambien mataron mucha gente, no pudo ir a pedir su justicia por averle cortado los pasos con una lastimosa y alevosa muerte, porque siendo uno de los mas fieles amigos, de los que mas avian agasajado al Vedor general y que tenia papeles suyos y certificaciones de su lealtad, y que para aquella entrada avia echado en campaña trescientos indios, como se quejaba de que estando sus indios sirviendo al Rei por venganza de los esclavos que avian captivado a la gente de Manqueante, le hubiessen captivado los de su jurisdiccion, hiziesse amenazas de que avia de ir a quexarse al Gobernador y llevar sus papeles y alegar sus servicios, y que los esclavos que se avian cogido de la gente de Manqueante avian sido muy bien cogidos, pues se avian hallado las vacas de el Rey que iban a Valdivia en su poder, y que avian entrado a la parte en el robo y ahora se querian valer de Manqueante y decir que eran de los leales; temiendo que avia de hablar lo que algunos no quisieran oir, entraron cuatro embozados a media noche en su casa y le degollaron porque no hablasse, pero habló Pichunlab por sí y por él con grande desenfado y vizarria. Conociendo el Gobernador su justicia, y que siendo de los de paz y sin sospecha ninguna, y que con tanta fineza avia acudido al castigo de los rebeldes, y que estando actualmente sirviendo al Rey, le fuessen por venganza a castigar su gente y la de Mutumpillan, sintió mucho su muerte y el robo de las piezas y mandó que se le volviessen todas, y le consoló y animó, excusando lo mexor que pudo el desórden de los indios; hízole muchos regalos y caricias, con que volvió contento. El Capitan Roa le hizo volver muchas de las mugeres y niños que le avian llevado, pero muchas le ocultaron y no se pudieron cobrar, assi de Pichunlab como de Manqueante, que la codicia las hizo carne y sangre, y por aqui por alli las vendian escondidas.

Entró el imbierno y cesaron las malocas, y los indios que avian dado la paz y avian pasado mucha hambre aquel año, co-

mo vivian ya con gusto y sin temor a los españoles, ni rezelo de que les fuessen a dar los sobresaltos que tenian quando estaban de guerra, y como deseaban mostrarse puntuales en guardar las capitulaciones, salieron de los montes y sembraron y hicieron sus casas en los valles; fueron embiando a sus tierras a los forasteros, venian a nuestras tierras a feriar y comerciar con los españoles con grande amistad. Con la seguridad que avia en nuestras tierras iban acreeentándose las haciendas de los españoles y multiplicándose los ganados y assi de entrambas partes avia mucho gusto y aumento con la paz. El Gobernador estaba muy contento de ver la fidelidad de los indios y cuidaba mucho de su buen tratamiento, encargándoselo a todos los cabos y officiales, amenazando con grandes castigos al que los hiziesse mal tratamiento, y como se hacia temer tanto, todos le procuraban dar gusto: que no hay otro medio para conservar en paz los indios que guardarles justicia y hazerlos buen tratamiento, y celar el que gobierna que ninguno les haga agravio; que a buen seguro que no se alcen, que quando dan la paz la dan siempre con esta condicion: durará la amistad quanto durare el buen tratamiento: haremos conforme hizieren con nosotros. Y assi en tiempo de este gran Gobernador se conservaron los indios amigos, en gran fidelidad y amistad con los españoles, y ellos solicitaban el castigo de los rebeldes.

Vióse bien en Tinaquenpu y otros caciques, que luego que apuntó la primavera y la nieve de la cordillera comezó a derretirse, hicieron una grande junta y con algunos españoles que les dió el capitan Roa pasaron la cordillera y fueron a maloquear a los puelches, coloreándolo con decir que avian venido mil puelches al saco de las mil vacas que diximos avian cogido los de Curiguanque y Calla-calla, y no fué sino por enemistades antiguas que tenian unos con otros; maloquearon las tierras del cacique Ginuebilu, toqui general de aquella gente, y cogiéronle muchas piezas de esclavos; ganados tenian pocos, que las guerras se los avian consumido. Como es gente pobre y humilde y que nunca han tratado de guerra como estotros, dexaban coger como ovejas. Tras esta entrada hizieron otra, y en las dos les cogieron mas de cuatrocientos esclavos, con que los obligaron a tomar las armas y a venir a la venganza a las tierras de los que los avian acometido injustamente, como despues diré quando los ponga de paz, que compadeciéndome de ellos se la procuré. Doblemos la oja a las guerras, porque nos dobla a muerte la ciudad de Santiago, penosa y afligida por los muchos muertos que un espantoso temblor sepultó este año en las ruinas de aquella ciudad: cuyo dolor aun se explicara mejor con el silencio, pero no es bien que se pase en él un caso tan notable en que mostró Dios el rigor de su justicia mezclado con tantas misericordias.

CAPÍTULO XVII.

Del horrible temblor de la ciudad de Santiago y su partido. Ruina de los templos y edificios; muertes y casos singulares.

Los temblores suelen venir por castigo de pecados. — Temblor que sucedió a los hijos de Israel en el desierto. — Otros temblores provienen de causas naturales. — El temblor de Santiago vino sin preceder ruido. — En un instante derribó toda la ciudad. — Ruina de los templos y de el mas hermoso el de la Compañia. — Libróse la de San Francisco por la enmaderacion, pero cayó su torre y mató a un santo lego. — Las casas casi todas cayeron. — Mueren muchos ahogados del polvo. — Libranse las monjas que estaban en el dormitorio recojidas. — Fué grande el pavor, la confusion y lágrimas. — Causa mayor llanto el ver las ruinas de los templos y el destrozo de las cosas sagradas. — Los sacerdotes con gran zelo acudieron a desenterrar y a confesar a muchos. — El Obispo con un Santo Cristo en las manos exhorta a todos a penitencia. — Pide a Dios que detenga e castigo. — Ciérranse los acueductos y los rios y sale agua negra por las averturas de la tierra. — Murieron mil y doscientas personas. — No hizo daño en la Concepcion el temblor. — Embia el Gobernador de limosna catorce mil pesos. — Limosnas del Arzobispo. — Limosnas de el Virrey.

Ciudades y reynos enteros han destruido los temblores de la tierra, que a veces suceden por particular voluntad de Dios y para castigo de culpas, como en el temblor de la ciudad de Jerusalen, que las casas de los judios y el templo que con tanta pujanza volvian a reedificar en tiempo de Juliano Apostata, que hasta los instrumentos con que en él trabajaban eran de plata, un temblor, en castigo de su perfidia, le derribó, escupiendo hasta los cimientos porque no quedasse piedra sobre piedra y se cumpliesse la amenaza de Christo que no quedaria piedra sobre piedra; sucediendo una maravilla, que aviendo el temblor derribado todas las casas de los judios, no ofendió a ninguna de los christianos. Y el que sucedió a los hijos de Israel en el desierto, que temblando la tierra se abrió y tragó las tiendas de los que avian murmurado contra Moises, con sus habitadores, quedándose en el aire los hijos de Core que no avian delinquido en la murmuracion, en cuya memoria y de caso tan raro compuso el Rey David el psalmo 45, que intituló *pro filiis Core*.

Otros temblores suceden por varias causas naturales, dexándolas Dios obrar para ostentacion de su poder y aviso de su justicia, juntando con ella su misericordia. Tal fué el temblor de tierra que sucedió el año de 1647 a 13 de Mayo en la ciudad de Santiago, a las 10 de la noche, sintiéndose en todo el Reyno de Chile hasta el Tucuman. Pero donde mas se enfureció su conmocion y donde mas bateria hizo, fué en la dicha ciudad y su distrito, asolando todas las casas y templos. Y aunque a otros temblores suele preceder algun ruido y conmocion que avisa y da lugar a la gente de salir de las casas y ponerse en seguro, este temblor fué tan repentino, que sin rumor ninguno, instantaneamente, con impetu vehemente, vatió

todos los edificios y conmovió los cerros y la grave pesadumbre de los montes y sierra nevada, volando sus paredes y los riscos como quando se enciende una gruesa mina de polvora, que por desembarazarse de la opresion violenta que padece el fuego, arroja con violencia quanto le oprime encima, haziendo mayor bateria en lo que por su mayor fortaleza le haze mayor resistencia.

No de otra suerte el temblor levantaba las paredes desde los cimientos, o ya porque las exhalaciones ígnitas oprimidas debaxo de la tierra o el viento oprimido buscasse respiradero, haciendo mayor bateria donde hallaba mayor resistencia, como se vió en los templos de Santiago, que por ser de cal y canto y por resistirse mas, hizo en ellos mas bateria, viéndose en un instante hechos montones de piedra los que eran hermoso adorno de la ciudad. Cayeron la iglesia mayor, Santo Domingo, San Agustin y la Compañia, que era de hermosa arquitectura, cubierta de laceria y artezones muy curiosos, y en la capilla mayor, una boveda sobre ayrosos arcos de piedra con vistosa laceria y artezones, obra que avia costado ciento y cincuenta mil pesos, y en un instante se vió toda deshecha y convertida en polvo. Solo la iglesia del Seráfico Padre San Francisco, aunque tambien era de piedra y mamposteria, aunque quedó algo molida, se reservó de la ruina por tener tan valiente enmaderacion de unas maderas muy gruesas y muy juntas, con canes y sobrecanes, y vigas que la abrazan, embebidas en la mesma pared, haziendo solamente bateria y derribando una hermosa torre que estaba arrimada al coro y matando con su ruina un santo religioso lego que estaba alli en oracion, tenido por toda la ciudad por tal por ser su trato con Dios tan continuo y su vida tan exemplar y penitente.

Fueron muy pocas las casas que se eximieron de este rigor, y esas quedaron tan molidas, que mas servian para el pavor que para el abrigo, huyendo todos de ellas por verlas amenazando a cuantos se les acercaban. Ocupó luego la turbacion a todos con este repentino suceso; causó estupendo pavor el estruendo de la ruina de la ciudad entera en un instante y de los montes vecinos, que se estremecian y derrumbaban, cayendo grandisimos peñascos, y del cerro de Santa Lucia, que está sobre la ciudad, rodaron hasta las casas algunos de excesiva grandeza. Juzgaban que el mundo se acababa y que era ya llegado el dia del juicio, y sin saber unos de otros ni poderse valer, sin tino y a ciegas, por quitarles la vista el polvo, unos huian a las ventanas y se echaban por ellas. Y a uno, al sacar la cabeza por una ventana, se la cortaron los umbrales que cayeron de arriba. Otros huian a las puertas y hallábanlas cerradas con las ruinas, y si salian a las calles, alli hallaban, tropezando en los montones de tierra, mayor peligro, porque de uno y otro lado les alcanzaban las paredes que se caian. A muchos cogió ya dormidos, que fueron a despertar a la otra vida, y a otros que al susto despertaron, al querer salir les cerraba las puertas mas la turbacion que la llave, o por no dar con ella quedaban sepultados de las paredes o ahogados del polvo. Muchos por providencia Divina hallaron su remedio en medio del mayor riesgo, porque cayendo hácia fuera las paredes, los cogió debaxo el enmaderamiento, guardándolos entre los huecos y haciéndoles bobeda la enmaderacion que al caer se quedaba en pie.

Assi sucedió en los dos conventos de monjas de San Agustin y Santa Clara, que con singular proteccion guardó la Divina Magestad a sus queridas esposas que estaban ya durmiendo en su dormitorio, y

despertando al ruido despavoridas y acudiendo las preladas a buscar las llaves, con la turbacion no dieron con ellas, y luego las paredes dieron en el suelo, con admirable providencia, hácia la parte de afuera, ladeándose de suerte que dieron lado al peligro. No fué assi en otras casas, que no merecieron esta singular proteccion que estos santos conventos, porque cayendo las paredes hácia dentro, a unos mataban y a otros quebraban las piernas y a otros los brazos, y con la obscuridad de la noche, el espanto del temblor, el asombro del repentino y terrible ruido de terribles ruinas, la ceguedad del polvo y la confusion del inopinado suceso, los unos atropellaban a los otros y perecian muchos atropados, encontrando con la muerte donde huian presurosos a buscar la vida. Era lamentable espectaculo ver tantos cuerpos muertos, tantos destrozados, tantos que debaxo de las ruinas daban lamentables vozes, y a los que escapaban, andar ciegamente tropezando y con gemidos del alma pidiendo a vozes misericordia, y llorando la madre al hijo, la esposa al marido y el padre a la familia. Ponia horror el oir los clamores, el confesar a voces sus pecados o publicar cada uno que por los suyos les enviaba Dios aquel castigo; el ver, aun despues de caidas las iglesias y las casas, repetirse los temblores y el temor de otro mayor castigo. Acudian a las iglesias y hallábanlas caidas, los retablos deshechos, las imagenes por los suelos, y lo que mas lastima, las sagradas custodias del Señor abolladas y las divinas formas revueltas en el polvo y las astillas. Esto causaba mayor llanto y obligaba a todos a dar mas dolorosos gemidos, viendo que no tenia a donde hallar descanso su pena ni donde pedir misericordia su culpa.

Salieron luego los sacerdotes, assi seculares como religiosos, y discurriendo por la ciudad y penetrando por medio de las ruinas, oian de confesion a unos y sacaban de confusion a otros y de los entierros, acudillando gente para apartar las ruinas y sacar a muchos que ya estaban para expirar, y medio desenterrados los confesaban y absolvian, acudiendo a otros que estaban en el mismo aprieto de las paredes y del alma. Con el santo celo con que acudieron a unas partes y a otras, sin reparar en los riesgos ni en las paredes que quedaron amenazando, fueron causa de que muchos muriessen con el consuelo de la confesion y con la esperanza de su salvacion. Las religiosas, que son muchas en numero, aunque ya no tenian clausura por estar los conventos y las cercas caidas, detenidas en sus claustros de la honestidad y de la clausura espiritual, daban voces pidiendo confesores, y a Dios perdon por sí y por los pecados del pueblo y que las favoreciessen en aquel riesgo, a que muchos acudieron con piedad.

Los que escaparon libres, y muchos aunque maltratados y heridos, se acogieron a la plaza que estaba mas desocupada, donde hallaron a su Ilustrissimo prelado Don Fray Gaspar de Villarroel, que por intercesion de San Francisco Xavier, a quien invocó afectuosamente y de quien es muy devoto, salió con vida y con una pequeña herida en la cabeza, aviendo estado mas de una hora enterrado y en gran peligro de la vida, que reconoció siempre debérsela al Santo, a quien hizo una particular letania y despues una fiesta muy solemne en que predicó sus alabanzas, echando el resto de su sabiduria, elocuencia y affecto. En esta ocasion en que hablaban mas sus lagrimas que sus palabras, con un Santo Christo en las manos exortó fervorosamente a todos a la penitencia y a aplacar la ira divina, con lagrimas y proposito de la enmienda de la vida. Y

eran tantas las que derramaban y tantos los gemidos y suspiros, pidiendo a voces perdon de sus culpas, que si fué mucha la pérdida de casas, haziendas y bienes temporales, fué mucho mas lo que ganaron de los espirituales, que es la ganancia que pretende Dios en estas pérdidas. Y con tiernos y amorosos coloquios pedia el devoto Prelado al Señor que tenia en sus manos, que se apiadasse de su afligido pueblo, deteniéndole el brazo con su poderosa oracion, para que no descargasse el golpe y cortasse de todo punto el arbol, saliendo por fiador y prometiendo como el otro mayordomo del Evangelio, de beneficiarle aquel año, de regarle con su doctrina y ayudarle con su fomento, y que con el que no diesse fruto otro año, entonces le podria cortar.

Quando al siguiente dia comenzó el claro sol a descubrir sus rayos, se descubrieron los rostros de todos los de la ciudad hechos imagenes de la muerte, denigrados del polvo y macilentos del espanto y de la pena, sin aver una gota de agua de que echar mano por averse cerrado a piedra y lodo todos los acueductos, convertidas en barro sus corrientes, los rios secos por averles atajado sus corrientes las ruinas de los altos montes, la campaña denegrida de las aguas negras y sulfureas que avia brotado la tierra por differentes aberturas. Arrasadas las torres levantadas, asolados los conventos y sus iglesias, los hermosos balcones destrozados, las portadas lucidas por el suelo, las calles llenas de montones de tierra. Cada qual comenzó a desenterrar sus muertos, que se llevaban a carretadas a los cementerios de las iglesias, sin tener la gente ni plebeya mas pompa funeral que la gente de servicio que los desenterraba, atendiendo cada uno a los de su casa, con cuyo triste espectaculo se volvia a renovar el dolor. El mismo estrago padecieron las estancias del distrito de la ciudad de Santiago, cayendo todos sus edificios y causando su ruina muchas muertes, de donde cada dia venian repetidas nuevas de dolores y lástimas. Los ministros publicos, como los Oydores, Corregidor y Alcaldes, acudieron como solicitos zeladores del bien comun quando el tiempo daba lugar a las necesidades publicas; y hecha por su orden minuta de los muertos, pasaron de ochocientos en sola la ciudad, y agregados a estos los de las estancias de su distrito, son mas de mil y doscientos, sin otros muchos que salieron destrozados y heridos, y que para no ser las ciudades de las Indias tan pobladas de gente como las de Europa, fué numero muy grande.

Voló la triste nueva a la ciudad de la Concepcion, que dista de Santiago ochenta leguas, donde llegó el terremoto ya desvanecido, y assi no hizo mas que estremecer los edificios y tocar las campanas, sin hacer daño ninguno. Causó en los corazones de todos grande lástima el suceso, y quien entre todos lo sintió mas fué el Gobernador, que como cabeza sintió mas los males y trabajos del cuerpo. Acudió liberalmente a remediarlos en quanto pudo y de su casa embió dos mil pesos, y de la hazienda real y de lo que pidió entre los soldados y vecinos, doce mil pesos, para que se repartiessen de limosna entre los conventos y personas necesitadas, y sabiendo que las monjas avian quedado sin habitacion, las embió sus toldos y tiendas de campaña, quedando la ciudad sumamente agradecida al beneficio, que fué bien menester para el socorro y abrigo de tantos pobres, cuyas alajas quedaron sepultadas, y cada uno quedó con lo que le cogió el temblor encima, que como fué de noche, unos salieron en camisa, otros medio vestidos, y todos con tanta incomodidad, que a no tener algun socorro lo

pasaran muy mal en el rigor del invierno, que ya entraba con la espada desnuda.

Los que antes no se contentaban con palacios y salas muy adornadas, ya tenian a dicha el poder hazer unos pequeños ranchos que componian de la madera y texa de las ruinas, viviendo en las huertas y corrales, ya en toldos, ya en pavellones mal abrigados. Pasando la misma incomodidad las monjas y religiosos, sin dexar su clausura, que por entonces eran los claustros y huertas sin paredes, viniendo a parar la hermosura de tan bella ciudad en una desaliñada campaña, estando todos como en pampa rasa a las inclemencias del cielo. Y lo que antes era hermoso y apacible objeto de la vista, remedo de la corte, emporio de Chile y el epilogo de todos sus bienes, quedó convertida en desfigurado retablo de dolores, teatro de desdichas, universidad de penas y lamentable tragedia de la insconstancia de los bienes temporales, que al fin se vienen a convertir en polvo.

No anduvo menos pio que el Gobernador el Obispo de Santiago, que vendió todas sus alajas para dar de limosna, y quando no tuvo que vender, vendió su pectoral y la libreria que le quedaba, sustentando de pan y de otras miniestras el convento de las monjas agustinas todos los dias, con ser mas de seiscientas personas las que ay dentro entre monjas y criadas; sin el Excelentissimo señor Marques de Mansera, que supo en el Perú la desgracia de este terremoto y las necesidades que pasaban los pobres y los conventos, embió una gran limosna y mandó dar mil pesos a cada convento, que todos quedaron demas de arruinados, pobres, porque tenian sus rentas en los censos impuestos en las casas y estancias, y como todos se arruinaron, perdieron gran parte de sus rentas. Y porque de todo punto no las perdiessen, puso la Real Audiencia tasadores para que rebajassen los censos, conforme a la cantidad y calidad de la pérdida de las haziendas en que estaban impuestos, y en lo demas quedasse la obligacion.

CAPÍTULO XVIII.

Prosigue la misma materia del temblor, y refiérense algunos casos milagrosos y otros singulares que sucedieron en él.

Todas las imágenes de Nuestra Señora quedaron en pié.—Maravilla del Santo Christo de San Agustin.—Jubileo y procesion de San Agustin. — Maravilla del Santo Christo de la Compañía, que se sustentó en el clavo de los pies. — Libra San Xavier al Obispo y a su compañero que estaban debaxo de las ruinas. — Sanó repentinamente San Xavier al hermano del Obispo.—El modo con que el Santo libró al Obispo y a su compañero.—Milagro de San Xavier con un Padre de la Compañía.—Mueren dos Padres de la Compañía.—Un emplazado confiésase el dia del temblor y muere en él. — Vuélvele Dios el juicio a un religioso loco: confiesa el dia del temblor y muere en él.

Fué cosa singular y maravillosa que aviendo en los conventos y iglesias héchose pedazos los retablos y los santos que en ellos avia, las imagenes de Nuestra Señora quedaron todas en pie y sin lesion, y algunas con postura milagrosa vueltas hácia el Santisimo Sacramento, pidiendo a su precioso Hijo que templasse el enojo y que el castigo fuesse en lo temporal de las haziendas y no en lo espiritual de las almas. En la Catedral quedó en pie y sin daño la imagen de bulto de Nuestra Señora y San Joseph. En la Merced cayó el retablo de Nuestra Señora de las Mercedes, que es muy milagrosa, y la Santa imagen quedó en pie. Y entre los santos de aquella Iglesia quedó su patron San Pedro Nolasco en pie vuelto al Santisimo Sacramento. En la Compañia de Jesus permaneció en su lugar Nuestra Señora de Loreto, sin moverse de su nicho. Lo mismo sucedió en el Hospital y en Santa Clara, que la Virgen se quedó en su altar, y la Santa cayó en pie y quedó vuelta al Sacramento como en guardia suya y pidiéndole favor para sus hijas.

El Santo Christo del Convento del glorioso Patriarca San Agustin de la Iglesia, obró una cosa que se tuvo por maravillosa y hasta ahora se conserva para memoria, y fué que la corona que tenia en la cabeza de agudas espinas, con los remezones del temblor se fué cayendo por el rostro abaxo y por el cerebro hasta la garganta, y assi la tiene hasta hoi colgada al cuello como gargantilla en memoria de tan maravilloso suceso, que no quiso perderla ni que se cayesse en el suelo, en señal de que no quiere perder la corona de Rey y Señor de estas Indias occidentales. Es un Cristo de cuerpo entero, de grande veneracion, que pone miedo y respeto a cuantos le miran, y mueve a lagrimas y penitencia a toda la ciudad, que en memoria del temblor han alcanzado de su Santidad los Religiosos de aquel sagrado convento un jubileo plenissimo para los que visitaren su iglesia y hizieren oracion de-

lante de aquel Santo Cristo, a quien sacan todos los años en procesion a la misma hora del temblor, a que acude toda la ciudad de tantos penitentes y diciplinantes como en la Semana Santa. Las confesiones y comuniones de aquellos tres dias son tan frecuentes como las del jueves santo, haziéndose muchas penitencias, limosnas y ayunos, y pidiendo todos en la procesion perdon de sus pecados y implorando a voces la misericordia Divina. Esta renta de buenas obras puso el cielo con el temblor para cada año, y esta cosecha coge aquel Divino Labrador, demas de haberse granjeado tanta devocion y amor como toda la ciudad tiene a este Santo Christo, y assi mismo se la tienen a otro de cuerpo entero, muy devoto, de la Compañia de Jesus, que aviendo caido sobre él la máquina de piedras de aquella iglesia, una le rompió la corona y la cabeza y corrió sangre por su bendito rostro, y otras le cortaron los brazos, y sin ellos se quedó en pie sobre el clavo de los pies, sustentando en él todo el cuerpo, que es bien pesado: que fué cosa maravillosa no averse caido ni torcido con los vaivenes y golpes de las piedras, y sustentarse en solo el clavo de los pies.

Los milagros del glorioso Apostol del Oriente San Francisco Javier, que no es menos milagroso en el Occidente con sus devotos, fueron dos, con dos devotos suyos, que viéndose enterrados debajo de las ruinas, le llamaron en su ayuda y esperimentaron su favor. Y porque no fué solo el Ilustrisimo señor Arzobispo Don Fray Gaspar de Villarroel, sino tambien su compañero el R. P. Presentado Fray Luis de Lagos, aunque arriba toqué el caso, no puedo dexar de referirlo aqui mas en particular para que luzca mas la proteccion del Santo, aviendo librado a dos tan lucidas personas. Estaba cenando el Obispo al tiempo que vino el temblor, y los paxes como mas prestos salieron luego, quedando el último el Obispo; quando fué a salir y pasar una sala para ganar el patio, al pasar de un pasadizo le asió de un brazo su compañaro viendo que la sala se iba ya cayendo y toda la casa, y le dixo: "Deténgase Vueseñoria, que se cae toda la casa." Paráronse alli los dos viendo por todas partes el peligro, y el Obispo comenzó a llamar a su gran devoto San Francisco Javier, diciéndole: "Amigo y señor mio: para estas ocasiones son los amigos; Santo mio, favorecednos;" repitiendo muchas veces: "San Xavier, favor en este aprieto; San Xavier, defended a vuestros amigos y devotos." Y dixo vuestros devotos, porque no era menos devoto del Santo su compañero el Padre Presentado Fray Luis Lagos y su hermano el Doctor Don Juan de Cardenas, a quien poco antes avia sanado el Santo de repente de una gravissima enfermedad con solo ponerle encima una imagen suya; y con la confianza que tenian y experiencia en la proteccion del Santo, le llamaban con grande esperanza; y fué caso milagroso que cayendo el transito sobre los dos, al Obispo le dió una biga en la cabeza y le hizo una pequeña herida para memoria del caso, y le tuvo en hueco debaxo de gran multitud de adobes y tierra, haziendo otra viga lo mismo con su compañero. Fué segundo milagro del Santo que no les ahogasse en tanta estrechura el polvo que quitó la vida a muchissimos. Llamaban al Santo y a la gente que les favoreciessen, y oyéndose algunas confusas voces ácia donde estaban enterrados, acudió la gente a cabar y desembarazar las ruinas, y quando el Obispo vió que tenia ya libre la mitad del cuerpo, levantando las manos al cielo como quien resucita de muerte a vida y sale de la sepultura, dió gracias a Dios y al Santo y dixo que le dexassen assi

medio enterrado y fuessen a sacar a su compañero que estaba alli cerca; hiziéronlo assi, y sacaron a los dos con grande gozo de todos y admiracion del caso, que publicaban haciéndose lenguas en la devocion y alabanzas del Santo.

No fué menor proteccion la que experimentó el Padre Antonio Felix Sarmiento, religioso de la Compañia de Jesus. Vivia en unos cuartos altos, y quando vino el temblor se acababa de acostar y de decir una conmemoracion a San Francisco Xavier con su antifona y oracion, como tenia de costumbre por ser muy devoto del Santo; acabada de decir, comenzó a temblar y venirse todo el edificio al suelo. No tuvo otro remedio, ni le pareció otro mexor, que meterse debajo de la cuja, que era de cuero de vaca, que se sustentaba en cuatro pies de palo; viendo que toda la casa se caia, invocaba a San Francisco Xavier que le favoreciesse con grande fe y confianza, y no le salió vana, porque viniéndose al suelo todo el edificio de cuartos altos y bajos, y cayendo un monte de adoves y madera sobre la cuja, se hizieron pedazos los tres pies y quedó solamente en uno, hácia donde tenia la cabeza, haziéndole hueco con que la pudiesse librar y tener como respirar. Mas parece imposible no haber quedado en tanta estrechura ahogado de tanta inmensidad de polvo, pero este imposible lo venció la dicha de haber quedado tapada la cara con parte de la ropa de la cama; quedó el cuerpo oprimido contra el suelo con la cuja y el peso de la madera y adoves, y invocando al Santo la fué levantando poco a poco y salió libre de aquel peligro, estimando mucho el favor del Santo, que fué mayor a vista de otros dos padres de la Compañia que murieron, el uno sepultado en el aposento del Provincial, que estaba visitando el colegio de la Concepcion, y si se hubiera hallado alli hubiera quedado enterrado, y el otro, que salió maltratado, poco despues murió.

Otro caso sucedió para manifestacion de la justicia Divina, pero mezclado con gran misericordia. Avia el Capitan Don Lorenzo Paniagua (1) hecho un agravio a un mulato, el qual a la hora de la muerte le citó para ante el tribunal de Dios. Dixéronlo lo que pasaba, y aunque al principio hizo chanza, despues le dió cuydado y el angel de su guardia le dió un fuerte aviso, de suerte que el dia del temblor, por la mañana, que era el tercero en que le avia emplazado, confesó y comulgó por lo que pudiese suceder, y aquella noche sucedió el temblor, y yendo a salir huyendo por una ventana, cayó un umbral y le cortó la cabeza y la sangre corrió por la ventana abajo.

A otro Fraile lego del convento de Santo Domingo le avia prohibido su prelado que confesase y comulgase por estar loco y dementado del juicio; pasó assi algun tiempo, y cercano al temblor, reconoció el superior que ya hablaba con juicio y que podia confesar y comulgar y dióle licencia para que lo hiziesse; y aviendo confesado y comulgado el dia del temblor por la mañana, a la noche cayó sobre él una pared y le quitó la vida: que como a siervo de Dios le volvió el juicio piadosamente quando fué necesario.

(1) Ovalle llama en su historia a este caballero don Lorenzo de *Moraga*.

CAPÍTULO XIX.

Sale el Gobernador Don Martin de Moxica con todo el exército a poblar en la tierra que era de guerra el fuerte de Boroa y el de Tolten.

Motivo de hazer estas poblaciones. — El principal motivo de la poblacion de Boroa fué la conversion de los indios. —Pide el Gobernador Padres de la Compañia para Boroa. — Cúpome la suerte de ir a Boroa con el Padre Astorga. — Llega el Gobernador a Tucapel. — Cae enfermo el Gobernador y vuélvese a la Concepcion.— Sale el Maestro de campo a hazer la poblacion. — Escogen por mexor el sitio de Boroa. — Buenas calidades del sitio de Boroa. — Salen los caciques de Boroa a recevir al Maestro de campo. — Disposicion del fuerte. — Cúrsase el camino de Valdivia. — Dan libertad a los captivos. — Queda Roa por Capitan y Gobernador de Boroa. — Despídese el Maestro de campo de los caciques y encárgales la paz y la cristiandad. — Parlamento de Clentaro a los indios de Boroa encargándoles los Padres. — Díceles cómo han de estimar a los Padres.— Responde Chicaguala que no ha faltado por ellos la paz, ni faltará. — Apercibe Roa a los indios para ir a castigar a los rebeldes. — Fruto que se cogia en Boroa en la conversion de los infieles.

A primero de Enero del año de 1648 salió el Gobernador con los dos campos a poblar el fuerte de Boroa y el de Tolten. El motivo de hazer estas poblaciones fué el hazer paso a Valdivia para socorrer aquella plaza; poner a los indios de Boroa, Tolten, Maquegua, Imperial y Villarica, que avian dado la paz y estaban firmes en ella, quien los gobernasse, conservasse en la amistad de los españoles y defendiesse de los enemigos, y ir ganando tierra y adelantando nuestras armas; poner alli un freno al enemigo, y españoles que juntamente con los nuevos amigos castigassen a los rebeldes, que aunque los amigos se ofrecian a hacerlo por sí solos, necesitaban de españoles que los animassen y de bocas de fuego que los defendiessen, y para que Boroa fuesse plaza de armas y desde alli con mas facilidad se hiziesse la guerra a los enemigos de Calla-calla y Osorno que se avian rebelado; que desde los tercios de Arauco y San Felipe era casi imposible o muy dificultoso el hacerlo por estar Osorno mas de ochenta leguas y Calla-calla setenta, y aver de ir y venir cada dia desde tan lexos, era un imposible y no avia de aver caballos que sustentassen una guerra tan distante, y desde Boroa era mas facil por estar cuarenta leguas la tierra adentro y en medio de los indios, que antes eran de guerra y ya estaban de paz.

Lo principal que le movió al Gobernador, fué el ir cumpliendo lo que tanto le encargó el Rey a la despedida: que procurasse la salvacion y conversion de los indios y el descargar la conciencia de su Magestad poniéndoles sacerdotes que doctrinen a los que se reducen a su obediencia. Y como los indios los deseaban y avian pedido padres de la Compañia por saber el zelo y edificacion con que acuden a este ministerio, el agrado y agasajo con

que tratan a los indios y el buen ejemplo que les dan, pidió el Gobernador dos padres que asistiessen en Boroa y que hiziessen misiones por todos aquellos indios que avian dado la paz; escribió al Padre Vice-Provincial Luis Pacheco, diciéndole que pues la Compañia deseaba tanto emplearse en la conversion de los infieles y Nuestro Señor avia ya abierto una puerta tan dilatada en Boroa para sus deseos, que se sirviesse de darle dos padres que supiessen la lengua de los indios, que los queria poner de su mano en Boroa y llevarlos consigo para encargarles a los indios el respeto con que los avian de tratar y la voluntad con que los avian de oir y recevir la doctrina del Santo Evangelio, que era lo principal que deseaba introducir en sus almas y el primer motivo de aquella poblacion que iba a hazer, ofreciendo darles el sinodo competente. Cúponos la suerte al Padre Francisco de Astorga y a mí. El Padre estaba en la mision de Buena Esperanza y yo en la de Arauco. Partimos luego a la Concepcion, donde el Gobernador nos recivió con grande gusto, y con grande liberalidad nos mandó dar lo necesario para el camino y que se buscase en la Concepcion el mexor ornamento que hubiesse, que él le mandaria pagar, para que los indios hiziessen concepto de las cosas de Dios y cobrassen estima del Santo Sacrificio de la Misa viendo la belleza del ornato: tanto como esto cuydaba del culto divino para que los indios hiziessen concepto de las cosas de Dios y se aficionassen a ellas.

Determinó el Gobernador ir por Tucapel, por ver aquella nueva poblacion, y ordenó que el tercio de San Felipe saliesse por el Nacimiento y se juntassen en Puren. Y assi, con la compañia de los capitanes reformados y otras de Tucapel que le vinieron a hazer escolta, pasó por Arauco y agasajó aquellos indios, y acompañándole todos fué a Tucapel. Vió la buena disposicion del cuartel, vinieron a verle todos los indios de aquella tierra y propúsoles el intento de su viage y los fines que tenia de poblar a Boroa, y todos los alabaron y se ofrecieron a irle sirviendo y acompañando para ayudar a trabajar en la fábrica del fuerte, para que se acabasse mas presto y por mostrar que eran servidores del Rey y que avian dado la paz los primeros para serlo en todo lo que fuesse de su servicio. Y estaba apercevido el campo y todos los indios de las provincias de Tucapel a punto para salir el dia siguiente, quando el Gobernador se sintió tan malo de gota que ni a pie ni a caballo se podia menear. Hiziéronsele algunos remedios y no aprovechaban; afligíasse por ver que pasaba un dia y otro y que tenia en campaña el otro tercio y el de Tucapel con las espuelas calzadas. Esperó a ver si mexoraba, y viendo que ya eran pasados quince dias y que no tenia remedio, se determinó (aunque con grande sentimiento de no poderse hallar en la poblacion que queria hazer de su mano y a su gusto) a volverse a la Concepcion en una como litera que alli le hizieron, y que el Maestro de campo Juan Fernandez Rebolledo fuesse a hazer la poblacion con su tercio y el del Sargento Mayor y los indios amigos que están a su abrigo.

Marchó el Gobernador enfermo a la Concepcion y el Maestro de campo a la poblacion, y juntándose con el otro tercio en Puren consultaron qué lugar seria mas conveniente para la poblacion. A muchos les pareció que la Imperial era sitio mas a proposito para resucitar las memorias de la ciudad antigua por la comodidad de los dos rios que la bañan, el de las Damas y el de Cauten. Otros proponian varios sitios, porque el Gobernador avia dexado la

puerta abierta para que escogiessen el mexor. Ultimamente prevaleció el parecer de los que juzgaron por mexor sitio el de Boroa, donde estuvo el fuerte de Don Juan Rodolfo, porque aunque fué desgraciado en su muerte y en la pérdida de la mexor gente de sus soldados y fué fuerza despoblarle y retirar los pocos que quedaron muertos de hambre, no fué por defecto del sitio sino por averle cogido el enemigo fuera del fuerte y a su gente descuydada y sin prevencion de armas, como se dixo en su lugar. Es sin duda el sitio del fuerte de Boroa el mexor, el mas fuerte y el de mexores calidades que hay en toda la tierra de guerra, porque lo que se debe atender para una poblacion es el agua, la leña, la yerba, la sanidad del sitio y su fortaleza, y todo esto se hallaba en Boroa con mayores ventajas que en otras partes. Porque la Imperial, tan alabada, tiene muy lexos la leña y mas lexos la madera para las casas. El agua del rio de las Damas se la puede quitar el enemigo, como se la quitó quando destruyó la ciudad; la del rio de Cauten, aunque pasa al pie del cerro donde estaba la ciudad, está distante y no se puede ir por ella sin caer en manos del enemigo. Mas, Boroa tiene infinidad de leña y de madera cerca, el agua al pie del cerro, de modo que ni se la puede quitar el enemigo ni divertir el rio Quepe, que por alli pasa. Por otra parte, las campañas son admirables de yerba, fertiles y alegres, los ayres puros, el sitio fuerte y resguardado del rio por las espaldas. Está en medio de toda la tierra en el camino real de Valdivia. Experimentamos la bondad del sitio en el alzamiento que ubo de alli a ocho años, que con valentia y esfuerzo admirables se defendieron en él cincuenta soldados de cinco mil indios y mas que los combatieron y tuvieron sitiados un año y un mes, y todos reconociamos que demas de la proteccion divina nos avia ayudado el sitio y sus buenas calidades.

Luego que Chicaguala, Lincopichon, Tinaqueupu y Juan Ygautaru, señor de las tierras de Boroa, supieron que el Maestro de campo iba a poblar a sus tierras, le salieron a recevir al camino acompañados de otros muchos caciques y soldados, y agradeciéndole que fuesse a poblar a sus tierras, se las ofrecieron con mucho gusto y de trabajar en la poblacion que era tan suya, sin que fuesse necesario que los amigos que traia de las fronteras se ocupassen en eso. Saludaron despues a los indios amigos que iban con el exército y eran mas de dos mil de Arauco, Tucapel y las fronteras de afuera, y agradeciéndoles el que les traxessen a los españoles a sus tierras para tenerlos por amigos como ellos y estar debaxo de su abrigo. Llegados a aloxar al sitio del fuerte antiguo, hizieron los indios de Boroa varios parlamentos, traxeron muchos camaricos y regalos a los españoles, de gallinas, corderos, chanchos y frutos de la tierra, y para los amigos de nuestras fronteras su mayor, regalo que es mucha chicha, y su mayor lisonxa, que fué matarles muchas ovejas de la tierra, repitiendo sus ceremonias, que dexo por referidas. Afirmándose en la amistad los unos con los otros, contentos y alegres de ver que se hubiessen acabado ya las guerras entre sí y dexado los antiguos odios y enemístades, venian las indias y los indios a bandadas a ver a los españoles y a los indios amigos, y comunicábanse unos a otros con grande familiaridad y gusto, feriando y contratando unos con otros con grande amor y confianza.

Tratóse luego de poner por obra la poblacion, hízose en el mismo sitio del fuerte de Don Juan Rodolfo, aunque no tan grande porque solo se hacia para dos compa-

ñias que avian de quedar alli, una de a caballos y otra de infanteria. Hízose un fuerte quadrado con dos cubos, el un lienso arrimado a la barranca del rio con una escalera para baxar a él, el otro que miraba a la Imperial, y los otros dos uno a Maquegua y otro a la Concepcion y al camino real. Cabóse al rededor un profundo foso y púsose su estacada y contraestacada de fuertes maderos. Edificóse iglesia y casa para los Padres de la Compañia, guardia y faturia, todo en breve, porque como trabajaban todos los españoles, los indios amigos de las fronteras y los nuevos amigos de la misma tierra, sobraba gente. Al mismo tiempo embió el Maestro de campo gente que fuesse a hazer otro fuerte cuatro leguas mas adelante, camino de Valdivia, sobre el rio de Tolten, en que trabajaban los indios proprios de aquella tierra, sin que les costasse mucho trabajo, porque fué pequeño, no mas que para diez o doce soldados, y la madera la tenian a la mano, tan alta que se sube a los cielos, y en tanta cantidad, que de alli a Valdivia, que dista mas de veinte leguas, todo es montañas espesisimas. Fué muy importante este fuerte de Tolten, y labróse a fin de asegurar el paso de aquel rio, que es muy sondable, y poner en él un barco para hacer camino fácil para Valdivia y la Villarica, y poner alli españoles que gobernassen y mantuviessen en paz aquellos indios.

Puestas estas dos escalas, iban y venian a Valdivia españoles y indios. Cursóse el camino y facilitóse la comunicacion yendo y viniendo unos y otros con la seguridad que por el camino de la Concepcion y de Santiago. Agasajaban los indios de la tierra a los pasageros llevándoles a porfia a regalarlos a sus casas, haziendo vanidad qualquiera de ellos de que se aloxasse un español en su casa. El tiempo que estuvo el exército en la poblacion de Boroa, le logró bien en sacar muchos captivos que estaban en toda la tierra de guerra, dándoles los indios libertad sin interes ninguno, como avian prometido al Gobernador y al Vedor general, y solo pidiendo trueque por los captivos que se avian hecho en la guerra que les hizo el Marques de Baydes, que esos los trocaban por los que los españoles tenian en sus tierras. Quedó por cabo y gobernador de aquel fuerte y de todas aquellas provincias de Boroa, Imperial, Tolten, Maquegua y Villarica, el Capitan Juan de Roa, con una compañia de a caballos para que con ella acudiesse a todas partes y hiziesse la guerra a los rebeldes de Calla-calla y Osorno, que viendo esta poblacion que se hacia para su destruccion comenzaron a temblar, aunque no quisieron sugetarse sino sufrir obstinados los golpes de nuestras armas. La compañia de infanteria que quedó en el fuerte, fué para su resguardo y defensa para qualquier accidente y para que quando la compañia de a caballos saliesse a las facciones de guerra quedasse en defensa del fuerte.

Bien dispuestas ya todas las cosas, se despidió el Maestro de campo de todos los caciques, encárgandoles que hiziessen la guerra a los rebeldes juntamente con los españoles que les dexaba, que fuessen firmes en la paz y que la diessen al Santo Evangelio, que para eso les dexaba a los Padres, que los respetassen como a Vicarios de Dios y reciviessen su doctrina para la salvacion de sus almas. Y dispidiéndose los caciques unos de otros, hizieron sus acostumbrados parlamentos, y hablando el cacique Don Agustin Clentaro, el mas estimado y mas valiente de Arauco, a quien los de Boroa y la Imperial respetaban mucho, les dixo: "Muchos años ha que andais ofreciendo pazes y quebrantándolas luego,

y siempre os ha llovido a cuestas (1); ya es tiempo de que cobreis desengaños y de que sepais estimar la amistad de los españoles y la dicha de tener padres que os enseñen la ley de Dios y os guien para el cielo; yo siempre he estado de paz con los españoles y nunca me ha pesado de tener su amistad, por averme tenido por ganancioso en ella. Y la mexor ganancia ha sido el aver tenido por su causa Padres en mi tierra y el averme hecho christiano y enseñádome a rezar y el camino del cielo. Aqui está mi padre y mi Maestro, y porque vosotros goceis de este bien, me privo de él y os le dejo acá para que os haga christianos; mi corazon os dexo en él, mi Padre y mi consuelo; si no le aveis de estimar y traher en palmas, me le volveré a llevar, que allá en Arauco quedan todos llorando por él, y yo le dexo con harto sentimiento. Si le aveis de hazer algun mal tratamiento, desde luego tomad las armas y declaraos por enemigos, que a mí me tendreis por enemigo vuestro. Y si le quereis, sabed que le aveis de respetar como a padre y mirarle como a lugarteniente de Dios, que su mano es mano de Dios para levantaros, y su brazo, brazo de Dios para favoreceros y perdonaros vuestros pecados por medio de los sacramentos. En llegando a vuestras tierras aveis de venir desalados a oir sus sermones, dexando todas las ocupaciones; a quanto os mandare aveis de obedecer con promptitud, y cuanto os enseñare lo aveis de recevir con verdadera fe y humildad. Por los rios le aveis de pasar en hombros, en los caminos le aveis de dar guias, en vuestras tierras le aveis de hazer camaricos; estimad mucho a estos padres, que no son como los antiguos que tuvisteis, que os dieron malos exemplos y os recabades de ellos, que yo los he tenido en mi tierra y los tengo porque son diferentes de los otros, y porque tienen amor a los indios y los defienden y amparan con entrañas de padres."

Con mucho gusto oyeron este parlamento los caciques de Boroa y las demas provincias, y respondiendo por todos Chicaguala, dixo que siempre ellos avian querido la paz, y que por cuentos, por malos informes y por desconfianzas que de ellos avian tenido, les avian hecho la guerra y obligádoles a tomar las armas, y que el peor tercio que avian tenido con los españoles avian sido los indios amigos de las fronteras, que siendo de su propria sangre avian sido mas crueles para con ellos, y por la codicia de tener esclavos que vender a los españoles, no querian que hubiesse pazes y ponian mal corazon a los españoles contra ellos; que siempre avian querido la paz y deseado padres que les baptizassen sus hijos, y a falta de padres se los llebaban a los españoles captivos a que se los baptizassen, y que pues siempre avian querido y deseado la paz, la estimarian, ya que la gozaban, y serian firmes en ella y finos en hazer guerra a los que la quebrantassen, y que pues nunca avian sido enemigos de la fee y avian deseado y pedido sacerdotes, que los traherian en palmas, que los oirian con gusto, recevirian su doctrina con amor y les entregarian sus hijos para que los enseñassen y baptizassen. Con esto se deshizo el parlamento y el exército se volvió a sus tierras, y el Capitan Juan de Roa, juntando todos los caciques, les dixo los fines para que se avia poblado aquel fuerte, y que uno de los principales era conocer su fee y su constancia y ver cómo ellos por sí mismos y sin necesitar de los indios de las fronteras

(1) **Esta frase está así en el orijinal.**

castigaban a los rebeldes; que tenia órden de hazer una entrada y el Gobernador le mandaba que con todos los indios amigos de aquellas provincias fuesse a castigar a los rebeldes y que se juntassen las armas suyas con las de Valdivia para el efecto; que él despacharia aviso al Gobernador de Valdivia y las cartas que tenia del Gobernador Don Martin; que ellos despachassen aviso por todas las provincias para que todos saliessen a esta jornada. A que respondieron todos muy contentos que eso era lo que deseaban y que no quedaria mozo ni viejo que no saliesse a la venganza.

Mientras se aperciven para la guerra, diré en breve, dexándolo para la conquista espiritual, donde se tratará mas de profeso, que con la voluntad con que obedecian a quanto les mandaban a estos indios, assi en las cosas tocantes a la guerra como en todo lo demas que era servicio del Rey, con esa misma acudian a todo quanto les mandábamos en servicio de Dios. Acudian a oir la doctrina christiana chicos y grandes, dando sus hijos para que los baptizássemos. Ponian cruces en sus casas y en los caminos, adorándolas y reverenciando a los sacerdotes. Fueron muchos los baptismos que se hizieron y los indios que se convirtieron a nuestra santa Fee. En estando enfermos y a la muerte, los christianos antiguos se confesaban y los infieles se baptizaban sin repugnancia, antes con grande gusto recevian a los padres los brazos abiertos. El primer dia que llegamos a Boroa supimos de dos caciques de mucha importancia que estaban muy al cabo y por eso no venian a ver al Maestro de campo: el uno era el Toqui general de la Imperial, llamado Lemullanca, cacique de mucha estima y que tenia grande amor a los españoles y avia sido baptizado en la ciudad de la Imperial; el otro, el Toqui general de Boroa, tio de Igantaru, que por su muerte heredó el ser Toqui. Fué el Padre Francisco de Astorga a ver al cacique de la Imperial y yo al de Boroa. El de la Imperial, luego que llegó el Padre a su casa, se levantó de la cama y le salió a recevir los brazos abiertos, diciendo, como otro Simeon: "Ahora, Señor, saldré de este mundo en paz y moriré con gusto porque han visto mis ojos lo que deseaba, que era un padre para confesarme y limpiar mi alma de las manchas de una vida tan larga y tan mala." Confesóse y luego murió. El Toqui general de Boroa era infiel y me recivió con grandissimo gusto y agradecimiento de que le hubiese ido a ver, y le tuvo mayor quando le dixe a lo que iba: que era a salvar su alma y enseñarle el camino del cielo. Dispúsose con grande fe y arrepentimiento de su vida pasada para el baptismo; recivióle y aquel dia murió y se fué al cielo. Muchos de estos casos ubo admirables y de grande consuelo, y no es decible el que tuvieron muchos españoles y españolas captivos y otros que desde niños lo avian sido en las ciudades destruidas cincuenta años antes, viendo sacerdotes en sus tierras con quienes confesarse, oir misa y comunicar sus aflicciones y desconsuelos. No se puede decir en breve el fruto que alli se hizo: dexémoslo para su lugar y vamos a la jornada, que los indios están ya impacientes para hazerla.

CAPÍTULO XX.

Cómo el Gobernador de Valdivia con su tercio de españoles, y el Capitan Roa con los indios de Boroa y las demas provincias, fueron al castigo de los rebeldes, y lo que les sucedió.

Entra el enemigo de Osorno en la Mariquina con 800 indios y es rechazado y muerto el Capitan Namonlican. — Embia Negrete a llamar a Roa, y viene con cinco mil indios a la venganza. — Disponen el viage Negrete y Roa. — Espera el Gobernador Negrete y busca al enemigo y tala las m rgenes del Rio Bueno. — Presa de esta jornada.

El enemigo de Calla-Calla y Osorno, juzgando que si debilitaba las fuerzas de Manqueante y la Mariquina, tendria quebrantados a sus enemigos y que no habria quien le hiziesse oposicion, hizo una junta de ochocientos indios, cuyos caudillos fueron Alcapangui, Namonlican y Ayllapillan. Dieron en la Mariquina al amanecer y juntándose cien indios con Maaqueante y pocos españoles que alli se hallaron, cerraron con la junta con tanto valor, que pusieron en huida al enemigo, quedando muerto Ayllapillan, el mayor cosario, y mal herido Namonlican, con otros muchos muertos y heridos, peleando valerosamente de entrambas partes y matándonos ellos un español y cuatro indios amigos. El Gobernador de Valdivia Francisco Xil Negrete, luego que tuvo la voz del arma, salió a pie con doscientos infantes en busca del enemigo y ya le halló derrotado y solo las huellas de su huida y agradeciendo a los españoles y a los indios el valor con que se avian portado rechazando al enemigo; y lo que tuvo mas que agradecer fué la fineza que hizo en esta ocasion Don Alonso Tanamilla, hermano de Don Juan Manqueante, que teniendo aviso de que el enemigo entraba, recogió unas vacas y caballos que tenian alli cerca los españoles de Valdivia, y porque el enemigo no hiziesse presa en ellas, las metió en un sembrado que tenia suyo de maiz bien cercado, queriendo antes que se perdiesse su sementera y quedarse todo el año sin que comer, que no que se perdiesse una vaca ni un caballo de los españoles. Que fué mucho para lo que estos indios estiman sus sembrados, que son el sustento de todo el año de sus hijos y mugeres. Pero no le faltó el sustento, que demas de averle agradecido el Gobernador Negrete la fineza, le dió en Valdivia racion abundante para todo el año.

Con la ocasion de esta entrada del enemigo a la Mariquina, escribió el Gobernador Francisco Xil Negrete al Capitan Juan de Roa quan insolente estaba el enemigo y que era necesario apresurar su venida para irle a castigar y baxar la cresta. Vino

luego el Capitan Roa con sesenta soldados de a caballo de su fuerte de Boroa y cinco mil indios amigos de sus provincias, y trazando con el Gobernador de Valdivia la disposicion del viage, determinaron que el Gobernador Negrete, que no tenia caballeria sino sola infanteria, saliesse por el camino de Angachilla, que es atajo para el rio Bueno, y el Capitan Roa con toda su caballeria fuesse por Calla-Calla haziendo quanto daño pudiesse al enemigo, y se juntassen en los llanos. Dispuesto assi, salió el dia siguiente el Gobernador Francisco Xil Negrete a pie con doscientos y cincuenta españoles y doscientos indios amigos, llevando cada uno las armas y el matalotage que podia cargar, sin mas viveres ni vagaje; y el Gobernador no llevó para todo el viage mas de lo que pudieron cargar cuatro negros suyos. Caminaron talando montes y abriendo caminos desusados a juntarse en el camino señalado. El Capitan Juan de Roa entró por Calla-Calla abrasando la tierra y talando las sementeras. Llegó al rancho de Alcapangui y pególe fuego, y alli se juntaron el Gobernador de Valdivia, que tambien venia talando sementeras y quemando casas, y el Capitan Roa. Desde aqui a dos manos fueron haziendo daño al enemigo en tanto grado que dentro de poco tiempo se vieron abrasados una gran multitud de ranchos que avia en aquellos llanos, comenzando por el del cacique Caniutaro (sin que quedasse ninguno) hasta la mas pequeña choza, representándose alli una imagen viva de Troya o de Sodoma ardiendo.

Como el Capitan Juan de Roa se adelantó con la caballeria talando y abrasando quanto encontraba, encontró con lo que deseaba, que era con el enemigo, que junto le estaba esperando en buen órden. Trabóse una reñida batalla, peleando de entrambas partes con esfuerzo y valentia. Apresuró su infanteria el Gobernador Negrete con aviso de Manqueante de la batalla, y aunque importara mucho que hubiera durado mas y se hubiesse hallado en ella tan gran general para que hubiesse quedado mas castigada la osadia del enemigo, no quedó poco, porque la caballeria del Capitan Roa y los amigos apretaron de suerte al enemigo, que le pusieron en huida, con muerte de trescientos indios y muchos heridos, y si no se escapan los demas metiéndose por las espesuras de los montes, no queda ninguno. Cogiéronse muchos prisioneros, muchos caballos y ganados. Sirvieron de luminarias a esta victoria mas de doscientos ranchos que se quemaron. Entre los muertos se contaron doce caciques, y con la cabeza del cacique Tacaquisto cantaron los nuestros la victoria, teniendo solo que llorar la muerte de un español y de seis indios amigos. Llegó el Gobernador a tiempo de coger el fruto de su buena disposicion, y reciviendo muchos parabienes de todos les dió las gracias de lo bien que avian obrado, alabando la fidelidad y empeño de los indios amigos.

Aloxáronse aquella noche cerca del rio Bueno, donde fué el palenque de esta victoria; y por noticias que tuvieron de que el enemigo reforzado con mil indios que le avian llegado de refresco, queria pasar el rio y probar ventura, dispuso el Gobernador Negrete toda la gente para esperarle en un esquadron tan fuerte y vistoso, quanto digno de su arte militar; y aviéndole esperado, impaciente de que no viniesse, fué en busca suya al son de los pifanos, caxas y trompetas, a cuya vista, tomando el enemigo mexor consexo, rehusó presentarle la batalla y se retiró; con que esparciendo su gente por toda la orilla del rio Bueno, taló las mexores vegas y abrasó los mexores ranchos que avia en toda la tierra de Osorno. Quiso

pasar el rio y llegar a la ciudad antigua, pero los amigos que avia veinte dias que faltaban de sus casas y vian que las aguas iban entrando, le dixeron que bueno era aver talado y pisado las margenes del rio Bueno, donde no avia llegado español ninguno desde el alzamiento general, y que se contentasse con la victoria pasada y con dexar al enemigo sin que comer y sin casa en que vivir. Ajustóse a su parezer y dieron la vuelta, divirtiéndose del camino a una y otra parte para que ni quedasse rancho ni sementera. En estas divertidas hallaron muchos indios divertidos o descuydados de que se retirasse por alli la gente, con que mataron y captivaron algunos, dexando asolada toda la tierra y assombrado al enemigo con mil caballos que le quitaron, trescientas vacas, cuatrocientos ranchos quemados por todos, trescientos indios muertos y cuarenta prisioneros, y rodeado y talado todas sus tierras.

En Calla-Calla se dividieron los amigos, y el Gobernador Negrete agradecido a Manqueante, Chicaguala, Tinaqueupu, Guilipel y los demas, la fidelidad con que servian a su Magestad y el valor que avian mostrado. Aqui les llegó otra buena nueva, de que un trozo del enemigo avia dado en la Mariquina, mientras el campo estaba en sus tierras con la seguridad de que no avia quien les pudiesse ofender; mas hallaron algunos soldados y indios que el Gobernador avia dexado en resguardio, los quales les quitaron quince piezas que avian captivado y a lanzadas los echaron al rio y los aislaron en una isla.

CAPÍTULO XXI.

Puebla el Gobernador Don Martin de Moxica el Nacimiento, y haze el Capitan Roa una maloca, captiva quinientas piezas y manda el Gobernador que las den a todas libertad por ser de paz.

Poblacion del Nacimiento y sus motivos. — Motivo importante el quitar a los soldados de entre las estancias. — La importancia de conservar los tercios aunque los indios estén de paz. — Haze poner barcos el Gobernador en el Nacimiento y Tolten. — Haze Roa una entrada y házele restituir las piezas. — Haze una maloca a tres caciques de paz y captívale quinientas piezas. — Avisa el Autor al Gobernador del agravio que se habia hecho a los indios de paz. — Quita el Gobernador de Boroa y embia en su lugar al General Urra. — Quedan los caciques agradecidos. — Que no se haga maloca sino que los Padres de la Compañia digan que es tierra de guerra.

De retirada de la poblacion de Boroa y Tolten, ordenó el Gobernador Don Martin de Moxica al Maestro de campo Juan Fernandez Rebolledo que, despachando su tercio a Tucapel a cargo del capitan de a caballos mas antiguo, pasasse con el tercio de San Felipe de Austria y le poblasse en el puesto que llaman del Nacimiento, sobre el estero de Vergara y de la otra banda del rio Biobio. Los motivos de hacer esta poblacion fueron: adelantar las armas, abrigar con ellas las reducciones de indios amigos, que con las pazes se avian venido de la tierra de guerra a vivir debaxo de nuestras armas y estaban unos de esta banda de Biobio y otros (que eran los mas) de la otra, y porque si el tiempo mudasse los ánimos de los indios de la tierra adentro y volviesse la guerra, tuviessen estos indios, que avian venido de paz arrimándose a nuestras armas, el abrigo y amparo necesario en ellas: que donde antes estaba aloxado el tercio de afuera tenia dos rios de por medio caudalosos, el uno la Laja y el otro Biobio, que estorvaban mucho para qualquiera disposicion pronta y para el socorro de las reducciones de Santa Fee, Santa Juana, Loncomacho, Nacimiento y otras.

Tambien movió mucho al Maestro de campo (que solicitó esta poblacion) el apartar a los soldados de las estancias de los vecinos que se avian poblado por todo el partido que llaman de Rere o la estancia del Rey, que como las tierras eran fertiles, muchos capitanes y personas que avian servido al Rey pedian por alli tierras y plantaban viñas, metian ganados, hacian sementeras y llenaron todo aquel partido de abundantes estancias o granjas en que tenian mucha grangeria. Y como los soldados tienen como por profesion el hazer mal, y en Chile ninguno es novicio, sino que todos son profesos en la pecorea o en la picardia de hurtar y hazer daño en los ganados, en las viñas y en los

sembrados, por quitarlos de la ocasion se juzgó por mejor quitarlos de entre las estancias y pasarlos de la otra banda de Biobio al Nacimiento, de donde no tenian tan facil la salida ni el recurso a sus madrigueras y correrias por ser gran freno el rio, que si no es por barco y por contadero, no se puede pasar, y demas de evitarse con esta poblacion los grandes daños que los soldados hazian a los vecinos, se evitaban muchos que recevian los soldados con divertirse mucho por las estancias, faltar de sus compañias, no estar la disciplina militar tan ajustada y vender gran parte de su vestuario, armas y caballos entre los vecinos.

Hízose la poblacion sobre una loma que está sobre el estero de Vergara, y la compañia que alli avia pasó a Boroa y alli se hizo aloxamiento capaz para todas las compañias de caballeria y infanteria del tercio, iglesia, fatúria, cuerpo de guardia y casa del Sargento Mayor. Acudieron a la fábrica, demas de los soldados, todos los indios amigos de San Christóval y Talcamavida y los nuevos amigos de Santa Fe, Santa Juana, Malloco y Molchen. Hízose un fuerte pequeño en Santa Juana y iglesia para la doctrina de los nuevos amigos, que estaba a cargo de los padres de la Compañia de la mision de Buena Esperanza, y otro fuertecillo en Santa Fe para abrigo de las escoltas y de los indios nuevamente reducidos entre Biobio y la Laja. Con esto quedó alli el tercio abastecido de comida, con mucha leña, yerba, agua y todas las comodidades que se pudieran desear para una buena poblacion, y mas en tiempo de paz, que la guerra estaba en Boroa y aquella era la plaza de armas, desde donde se hazian las entradas a tierras del enemigo, y los tercios no servian mas que de resguardio para lo que pudiesse suceder y para acudir a qualquier movimiento de los indios, que como nunca hay seguridad en sus pazes, es forzoso sustentar en Chile los tercios, porque si hay un alzamiento y los españoles se hallan sin fuerzas con que resistir a su violencia, lo arrasan todo, y quando están mas de paz, es necesaria mas vijilancia y las fuerzas mas a punto y que lo reconozcan ellos, porque sino, les hace mas valiente nuestra flaqueza y nuestro descuydo mas osados.

Mandó el Gobernador hazer los barcos y pontones necesarios para el pasage de Biobio al Nacimiento y para navegar por el rio arriba y llevar los viveres necesarios para el tercio, y como era eficaz en sus ordenes y se hacia obedecer con prontitud, luego se hicieron. Donde mas se mostró su eficacia y la facilidad con que hacia vencer todas las dificultades, fué en hacer llevar un barco desde Valdivia para el fuerte de Tolten y pasage de aquel rio, porque todos los hombres de mar tenian por imposible que pudiesse entrar por la boca del mar al rio por causa de los arrecifes y bancos de arena, y al fin hizo que entrasse, y fué de mucha importancia para el paso de Valdivia y para las entradas a tierras del enemigo, que por él pasaban los soldados españoles y indios a todas las facciones de guerra.

En este tiempo hizo una entrada el Capitan Roa para maloquear algunos indios que estaban de esta banda del rio de Vanegue, y algunos que tenian gana de esclavos y hambre de piezas le avian dicho que eran enemigos y que se avian alzado. Y quando fué allá, los halló a todos quietos y pacificos en sus casas; y quando supieron que iba hácia sus tierras, le salieron a recevir con camaricos, con que no hizo presa ninguna. Mas, poco despues, estando en Boroa, le avisaron que tres caciques principales, llamados Paillaguapi, Llancagueno y Lubchiante, estaban enchiguando

sus cosechas, y aunque es ordinario el hacerlo assi para guardarlas en sus casas o en silos, lo interpretaron a su gusto, diziendo que se querian ir con toda su gente a hazerse de parte de los enemigos, y sin mas causa ni averiguacion embió al Teniente Manuel Mendez con algunos soldados que aperciba mil o dos mil indios y que maloquee las tierras de aquellos caciques. Hiciéronlo tan bien que les destruyeron sus ganados, ranchos y cosechas y les captivaron quinientas personas, y entre ellos trageron al fuerte de Boroa treinta indios captivos con los dos caciques Paillaguapi y Llancaguenu, escapándose Lubchiante. Fuílos a ver a la guardia donde los tenian presos y luego me dieron la quexa que cómo y por qué los avian maloqueado, siendo de paz y aviéndola dado con los demas y acudido con sus soldados al castigo de los rebeldes y no hallándose en ellos delito ni traycion, y que en qué les cabia que por sola codicia de esclavos les hubiessen hecho tan grave daño en sus ganados, casas, haziendas y en sus personas.

Avisé al Gobernador Don Martin de Moxica del agravio que se avia hecho a aquellos caciques, de la prision en que estaban y de lo que alegaban en su defensa, y que por averme encargado la doctrina y defensa de los indios de las provincias de paz, le suplicaba se sirviesse de mandar averiguar si aquellos indios avian cometido alguna traicion o delito que mereciesse se les hiziesse la guerra, como se les avia hecho a fuego y sangre, y no hallándole, les mandasse dar libertad, y que lo principal que le suplicaba era que no consintiesse que se hiziesse maloca ninguna sin su orden particular y sin examinar muy diligentemente a dónde se hazia, porque con titulo de castigar a los rebelados maloqueaban a otros que no eran comprendidos en el rebelion, y los indios amigos de Boroa levantaban mil testimonios a los de la tierra adentro por maloquearlos y tener esclavos que vender: con que la guerra se hazia a los amigos y no a los enemigos, y se venia a convertir en venganzas entre los de paz unos con otros y no en justo castigo de los rebeldes.

El Gobernador, como era tan justo, tan defensor de los indios y desinteresado, que no quiso que hubiesse guerra, aunque en ella podia tener muchos provechos, sino que diligenciaba la paz con el zelo christiano de que los indios lo fuessen, sintió gravisimamente esta maloca y que el Capitan Juan de Roa, con tan poco informe y sin averiguar el delito ni hazer causa a aquellos caciques, les hubiesse hecho guerra y maloqueado. Y assi, por esta causa le reformó, y embió a ser cabo y gobernador de Boroa al General Ambrosio de Urra, que lo avia sido poco antes en la provincia de Chiloé y ocupado los puestos de capitan de infanteria y de a caballos muchos años en el tercio de Arauco con mucha satisfaccion, y dióle orden para que hiziesse informacion de la inocencia o de la culpa de aquellos indios y caciques maloqueados, y hecha se la remitiesse, la qual hizo luego. Y constando por ella su inocencia y el agravio que se les avia hecho, embió al Gobernador un bando muy apretado en que mandó que todas las personas que tuviessen esclavos de aquellos caciques, Paillaguapi, Llancaguenu y Lubchiante, luego al punto los pusiessen en libertad y se los entregassen a dichos caciques, y que todos los caballos, ganados y qualquiera otra cosa que les hubiessen cogido en el saco de sus tierras y casas, se les volviesse, so pena de la vida. Dió luego libertad Ambrosio de Urra a todos los indios y a los caciques que estaban presos en la guardia de Boroa y a las indias y

muchachos que alli se hallaron, y publicó el bando mandando juntar a todos los caciques de las provincias para que le oyessen y publicassen en sus tierras, mandando a sus soldados que lo obedeciessen puntualmente y diessen libertad a los esclavos que tenian de aquella maloca, ponderándoles el sentimiento que el Gobernador tenia de que se hubiesse hecho semexante agravio a unos indios de paz y que no la avian quebrantado ni hecho hostilidad ninguna, y que no queria que por codicia de piezas se hiziessen agravios; que aquello era defenderlos a ellos mismos, pues todos los que estaban de paz debian ser unos y vivir hermanados, aunándose contra los enemigos y rebeldes.

Mucho estimaron todos los caciques esta accion del Gobernador, reconociendo su justificacion y desinteres, y los tres caciques maloqueados quedaron muy alegres por verse libres de la prision y de la calumnia y mandadas restituir sus piezas, que fueron recogiendo de unas partes y otras, aunque muchas les ocultaron gente de poco temor a Dios, y los daños hechos a los ganados y las casas no tuvieron remedio. Para obviar en adelante semexantes desordenes, ordenó el Gobernador al cabo y gobernador de Boroa que de alli adelante no se hiziesse entrada ni maloca a tierra de guerra ni a parte ninguna sin particular orden suyo y sin consulta de los padres de la Compañia de Jesus que asistian en Boroa, no para que los padres fuessen del consexo de guerra, que ni lo admitirian ni era de su profesion, sino para que fuessen defensores de los indios de paz, pues todos estaban debaxo de su cargo y amparo, y no consintiessen que se hiziesse entrada ni daño alguno a los que la avian dado y no la avian quebrantado, y que las entradas y castigos fuessen a los rebeldes, y que en contradiciendo dichos padres alguna entrada, por ser a indios de paz o que no estuviessen declarados por traydores y de guerra, no se hiziesse. Cosa que importó mucho para proceder con justificacion y no hacer las malocas tan a ciegas como se hizieron estas y se avian hecho las de los puelches antes de estar los padres en Boroa, y aunque despues que llegué las contradixe y escribí al Gobernador las causas que tenia para ello, en órden a que diesse libertad a las piezas que se avian cogido y las mandasse volver, no se pudo ajustar, porque aviendo remitido la causa a su Auditor general, el Licenciado Don Juan del Pozo y Silva, halló informes en contra de los indios, entonces tales, que le obligaron a dar sentencia contra ellos. Mas, despues que ubo mas luz del caso, en tiempo del Gobernador que se siguió, hice hacer nuevos informes en que se declaró su inocencia.

Pero como en estos tiempos no estaba declarada, antes avia sentencia de juez competente contra ellos, el General Ambrosio de Urra, juzgando que la guerra que se hazia a los puelches era de su parte justa, y hallándola viva, porque ellos, en venganza de sus agravios y de las dos malocas que diximos les avia hecho el Capitan Juan de Roa y viéndose tratar como enemigos y que los iban a buscar de la otra banda de la cordillera, venian ellos tambien a esta y hazian sus malocas a los indios amigos, haziendo tambien presa en sus ganados y en sus mugeres y hixos, prosiguió haziendo la guerra.

CAPÍTULO XXII.

De la guerra que se hizo a los enemigos desde Boroa; de la raya que se puso en Vanegue entre ellos y los amigos, y cómo se quitó por reconocer ser injusta y contra los amigos.

Ofrecen la paz los pegüenches de Epulabquen. — Házenles guerra los de Boroa. — Fuertes de los puelches. — Resistencia que hizo Antegueno en su fuerte. — Asaltan y gánanle el fuerte los españoles. — Házense fuertes en las cuevas. — Acógense a guarecer en las lagunas. — Hazen guerra los españoles en las tierras de Vanegue. — Raya que se hizo en Vanegue para division de los amigos y enemigos. — Injusticia de la raya de Vanegue. — Era ocasion de muchas injusticias. — Contradice el Autor esta raya y mándala quitar el Gobernador.

Luego que el general Ambrosio de Urra llegó a Boroa vino un cacique de Epulabquen de la tierra de los pegüenches que habitan en la cordillera, embiado de los de su tierra a dar la bienvenida al nuevo Capitan del fuerte de Boroa, y a decir como ellos querian estar de paz, y que siempre lo avian estado pidiendo que no les maloqueassen; al qual, aviéndole oido el general y los caciques de Boroa, le dixeron que se volviesse a su tierra, que sabian como todos ellos avian tomado las armas juntamente con los puelches, y que pues querian guerra que se la avian de hazer: con que se volvió triste, y quedó asentada la guerra con los puelches y pegüenches, con los de Calla-Calla y Osorno y con los de Vanegue, que se hizieron de parte de los de Calla-Calla. Y assi comenzó a hazer desde luego el general Ambrosio de Urra por todas partes, porque como los indios de paz eran muchos, dividíanse en quadrillas y unos iban con tres o cuatro españoles a una parte, y otros con otros tantos a otra. Y de ordinario hazian presa y trahian piezas de esclavos que vender, sucediéndose las malocas las unas a las otras, y aviendo tres y cuatro que a un tiempo iban a diferentes partes. Las de los puelches eran las mas seguras, porque como no era gente guerrera ni tenian mas armas que las flechas, que no usan de otras, los cogian y captivaban mas facilmente, sugetando un español o un indio de Boroa a tres y cuatro de los puelches por ser gente mas humilde y de menos ánimo.

La defensa que tenian era acogerse a sus fuertes, no porque ellos los tuviessen ni fuesse gente que tratasse de milicia, sino porque en aquellas cordilleras y empinados montes ay algunos lugares eminentes, que estando por los lados tajadas las peñas naturalmente, son como unos fuertes segurissimos y incontrastables, que si ellos tuvieran arcabuzes con que defender la entrada, no los conquistaran tan facilmente; mas como no tienen vocas de fuego y solo los defienden las piedras, facilmente

los vencen y los ganan los españoles. A estos fuertes se acogian quando tenian nueva de que los españoles e indios de Boroa les iban a maloquear, y se defendian con piedras y arrojando galgas. Asi lo hizo el cacique Antegueno, que aviendo tenido aviso de que los españoles y los indios de Boroa le iban a maloquear, se acogió con toda su gente a un fuerte de estos, y se defendió peleando tres dias, y dándole varios asaltos sin poderle entrar, hasta que los españoles con gallarda determinacion subieron trepando y sufriendo las pedradas, que era lo menos, porque disparaban muchas flechas envenenadas, y para resistir y que no les pasassen al cuerpo, iban vestidos de pellexos de carnero, la lana para afuera, porque en ella se embotan las flechas y no pasan por mas violencia que lleven. De esta suerte armados y con sus rodelas y espadas anchas resistieron la lluvia de flechas y los rindieron, captivando todos los que se avian encerrado, que eran mas de ciento y cincuenta personas.

En otras malocas se vencieron otros fuertes de éstos con mas facilidad, y assi los puelches buscaron otro modo de defenderse, y fué acogerse a unas cuevas que avia en las peñas muy profundas; y como la entrada y la boca era angosta, la defendian con mas facilidad porque a pedradas y flechazos guardaban la puerta. La traza que tomaban para rendirlos y obligarlos a salir, fué pegarles fuego a las bocas de las cuevas y quemar mucho agi o pimiento, para que aquel humo, que tanto ahoga y encarcabina, les hiziesse salir; mas no aprovechó mucho, porque las cuevas eran muy hondas y no llegaba el olor a lo hondo, y si llegaba iba amortiguado. Viendo que aun en las cuevas peligraban, se metian en las lagunas y en islas que hay dentro de ellas, como en Epulabquen, que significa dos mares, por dos lagunas que hay muy grandes entre las cordilleras, pasada la Villarica, las quales hazen olas como el mar. Una de estas tiene en medio una isla capaz para alguna gente y buena para sembrar. Acosados los indios de Epulabquen por todas partes, se metieron en esta isla que haze la laguna, y como alli no les podian entrar sino con embarcaciones y no las llevaban los españoles, ni los indios amigos se escapaban de sus manos, aunque no dexaban de coger a muchos echándoles emboscadas y haciendo que se retiraban, y luego quando salian en sus canoas, entendiendo que ya se avian retirado, los hallaban sobre sí, y saliendo de las emboscadas los pescaban.

Por la parte de Vanegue se hizieron algunas malocas a los rebeldes, que tambien se valian de los fuertes de peñas vivas y de las islas de las lagunas. Hallóse alli alguna dificultad para distinguir quáles eran amigos y quáles enemigos, quáles los fieles y quáles los rebeldes; porque como no tienen pueblos ni ciudades, sino que todos viven en campaña y esparcidos, están en muchas partes mezclados los amigos y los enemigos; que como todos son emparentados y unos de otros no se tienen por enemigos, por ser todos de una sangre y de una nacion, y entre estos indios no pelean ni vengan enemistades sino quando están borrachos, avia grande mezcla, y quando los españoles iban a maloquear, juzgando que daban en tierras de enemigos, hallaban que no eran sino amigos. Y para quitar esta confusion y que se apartassen los amigos de los rebeldes, que se avian aunado con los de Calla-Calla y Osorno, ordenó el General Ambrosio de Urra que se hiziesse raya entre unos y otros y que los enemigos se estuviessen de la otra banda del rio de Vanegue y los amigos se pasassen de esta banda, con apercebimiento que al que se hallasse en

la otra banda o que comunicaba con los rebelados tendria la misma pena que ellos y se daria por esclavo el que se cogiesse. Echado este bando se hizieron algunas malocas y se cogieron mas de ochocientas piezas, y las mas de ellas venian clamando que eran de gente de paz y sugetas a los caciques amigos Pichunlab y Quicheneeul, alegando que las avian obligado a pasarsse de esta banda del rio y dexar allá sus sementeras, y que en esta banda no hallaban qué comer y perecian de hambre, y por solo que pasaban a la otra banda del rio a coger sus proprias sementeras y buscar el sustento necesario para la vida, las cogian y hacian esclavas. Y la codicia de las piezas obraba con mil fraudes, levantando mil testimonios a las pobres indias, que andaban con la grande necesidad que pasaban buscando que comer por aquellos campos, diciendo que se iban al enemigo y que las avian encontrado y cogido en el camino.

Por lo qual, viendo que esta raya era injusta y que solo el Rey podia hacer esclavos y justificar la causa para que lo fuessen, lo qual no podia hacer un cabo de Boroa, y que solo el pasar la raya no era causa bastante para hacerle a uno esclavo, y mas en ocasion en que los indios y indias estaban pereciendo de hambre y el Rey no los sustentaba ni podia darlos lo necesario por estar en parte tan retirada, y que era derecho natural buscar sustento donde quiera que le hallassen, y mucho mas en las sementeras que ellos mismos avian hecho; y que estando sugetos a caciques de paz, y ellos obedientes a quanto les mandaban los ministros del Rey, y acudiendo a las malocas y otras facciones de guerra, era contra toda razon y justicia hazerlos esclavos por una delicadeza como pasar una raya y hablar con sus parientes que estaban de la otra parte del enemigo, y todo esto ocasion de muchas injusticias y agravios, pues qualquiera que queria hazia a otro esclavo y le hazia la causa a la medida de su deseo, diciendo que le avia cogido yéndose al enemigo o de la otra banda de la raya, aunque fuesse de esta; con que atendiendo a la defensa de estos indios de Vanague, puse grande aprieto en que no se hiziessen malocas por aquella parte y que la raya se deshiziesse por injusta y hecha sin autoridad de quien la pudiesse hazer. Y escribí al Gobernador Don Martin de Moxica todas estas razones, el qual, aviéndolas hecho ventilar y convencido de la justicia de ellas, y sentido del agravio que se les hacia a los indios, como tan defensor suyo y amigo de la justicia, embió luego orden que se deshiziesse la raya y assi se hizo.

CAPÍTULO XXIII.

De las poblaciones y fuertes que hizo el Gobernador de Valdivia Francisco Gil Negrete en tierras del enemigo y de los amigos, y la guerra que desde esos fuertes se hizo a los rebeldes.

Viéndose Manqueante con poca defensa y con muchos enemigos, va a pedir soldados a Valdivia que pueblen en sus tierras. — Razonamiento de Manqueante. — Pondera su amor a los españoles. — Lo que pasó con el ingles por ser amigo de españoles. — Cómo recibió a los españoles. — Los empeños que ha hecho por los españoles. — Pide españoles para hazer su causa y la de ellos. — Concédele el Gobernador Negrete lo que pide. — Haze un fuerte en Tanacura llamado de la Presentacion. — Pone por Capitan a Francisco Lunel, que salió de captiverio. — Poblacion del fuerte de la Mariquina. — Criase una compañia de a caballos a cargo del Vedor Don Juan de Espexo y una de infanteria. — Hizieron exército aparte con los amigos. — Fué de mucha importancia el fuerte de la Mariquina y lo que se obró en él. — Aprobacion del Capitan Luis Gonzalez de Medina. — Inúndase con una avenida el fuerte de la Presentacion. — Múdase el fuerte de la Presentacion a las Cruces. — Puéblase el fuerte de las Animas. — Del fruto que los Padres de la Compañia hacian en los soldados y en los indios infieles. — Muestra el Gobernador Don Martin de Moxica el gozo que tiene de la conversion de los infieles. — Embia el Gobernador Don Martin de Moxica dos mil rosarios a los Padres de Valdivia y Boroa para los indios que se van convirtiendo. — Húyense de Valdivia en un barco veinte y seis soldados. — Entrégase de la compañia de a caballos de la Mariquina el Capitan Luis Gonzalez de Medina. — Razonamiento del Capitan Luis Gonzalez a los indios. — La fama que adquirió el Capitan Luis Gonzalez en la Mariquina con sus hechos.

Quando nuestro fiel amigo Don Juan de Manqueante se vió en la Mariquina cercado de enemigos y que todos los rebeldes de Calla-calla y Osorno ascstaban los tiros a él, asi por ser amigo de los españoles como por aver sido enemigo de Curiguanque, y que los daños que recevian de los españoles se los cargaban a todos porque él les servia de guia y los ayudaba con su consexo y con sus armas, reconociendo el riesgo en que estaba, que tenia poca gente para resistir a tantos rebeldes, que los indios de Tolten y Boroa estaban lexos para socorrerle en los asaltos repentinos y assimismo sus españoles, que su jurisdiccion era Valdivia y su gobierno, por quien él se regia y a cuyo amparo estaba, se determinó ir con otros caciques de de la Mariquina a Valdivia y pedirle al Gobernador que hiziesse un fuerte en sus tierras y poblasse en ellas en nombre de el Rey y le dexasse algunos españoles para que le ayudassen a defender sus proprias causas. Y assi vaxó en sus canoas a Valdivia, y aviéndole recevido el Gobernador con el agaxo que solia y que merecia su mucha fidelidad, avida audiencia le dixo: "Gobernador: aqui vengo con todos estos mis caciques; y yo, como Toqui general de todos, te quiero proponer el fin de nuestra venida y el motivo de nuestra demanda. De mis padres y antepasados heredé lo mas noble de la sangre de la Mariquina y lo mexor fino de ella, que fué la fine-

za y amor a los españoles, y aunque ha estado tantos años la tierra de guerra y ella nos dividió a los unos de los otros, nunca los tuve ausentes ni miré como enemigos, sino que siempre los tuve presentes en mi alma y los quise y miré como a la principal parte de mi corazon, y a los españoles que en estos tiempos han pasado por aqui con sus navios los he salido a recevir con los brazos abiertos y offrecídoles mis tierras y rogádoles que vengan a poblarse en ellas, y quando vinieron los holandeses, sabiendo que eran enemigos de los españoles y de profesion hereges, no los quise ver ni hablar, antes busqué ocasiones para matarlos y hacer la causa de los españoles, mas no la hallé y mis enemigos la buscaron para entregarme a ellos, y Curiguanque, uno de ellos, solicitó mi muerte, pero mis diligencias me libraron de sus manos. Luego que vino aqui embiado del Virrey el Capitan Don Alonso de Moxica, sabiendo que era español le vine a ver y me offrecí al servicio del Rey, y quando vino a poblar el hijo del Virrey le offrecí mis tierras, mi persona y mi gente y tuve singular contento por ver cumplido mi deseo de tener españoles en mis tierras. Bien has visto como mi amor no es fingido, como mi amistad no es de cumplimiento, y que mi fidelidad ha hecho generosas pruebas, assi buscándote amigos, como castigando a tus enemigos. Bien viste lo que solicité las paces de Boroa y Tolten; como te trage aqui a todos sus caciques y al Vedor general; lo que hize y me arriesgué por traher a tu obediencia las provincias de Calla-Calla, Osorno, Cunco, Ranco y Llanguillangico; como en Osorno me tuvieron preso por sospechoso; como me quisieron quitar la vida por amigo de españoles y enemigo de mi sangre; lo que despues intentó contra mí Curiguanque; las victorias que te he dado contra los rebeldes; las cabezas que he cortado de tus enemigos, sin perdonar a mi sangre, teniendo por mas propria la tuya que la mia. Hoy estoy resistiendo los golpes de tres enemigos, y porque no den en tí me pongo yo delante: ayúdame a defenderme con tu gente, que tu causa hago, y a tí te defiendes amparándome a mí. Aqui tienes tu gente encerrada y sin caballeria; desde aqui ni puedes ofender al enemigo ni defenderme a mí. Haz un fuerte en mis tierras, dame algunos españoles que asistan en él, que yo te los guardaré y te los aseguro, y ellos me harán a mí espaldas quando yo ponga el pecho por ellos, y quando quieras ofender al enemigo y pisar sus tierras, no será menester que tú vayas, que yo lo haré con mis soldados amparado de los tuyos; y viendo el enemigo que tengo españoles en mis tierras, me tendrá mas temor, me mirará con mas respeto y envidiará mi fortuna y temblará de mi poder."

Oyó con gusto el Gobernador Negrete el discreto razonamiento de Don Juan Manqueante y su demanda, y siendo tan a la medida de su deseo, le respondió agradecido y le concedió liberal lo que pedia; y assi apercibiendo luego su gente subió con doscientos soldados rio arriba con sus embarcaciones, llevando todo lo necesario para la poblacion de un fuerte, y aviendo reconocido varios puestos llegaron al de Tanacura, que es lo mas que pueden subir los barcos y de donde no pueden pasar. Era este puesto tierra de Manqueante, jurisdiccion de la Mariquina y dos leguas de su casa, y juzgando todos que era el mexor, atendiendo a que podia ser socorrido con los barcos y que por el rio se podian comunicar, pobló alli un fuerte dia de la Presentacion de Nuestra Señora y tomó ese feliz nombre de la Presentacion. Dispuso la planta el Gobernador y executó

la disposicion el Sargento Mayor Juan Ruiz del Rincon, soldado antiguo de Arauco, de mucho nombre, de grande arte militar y conocimiento de esta guerra, a quien por tenerle tan grande y ser tan necesario en la nueva poblacion de Valdivia proveyó en aquel puesto el Gobernador Don Martin de Moxica. Hecho en brevedad el fuerte con la ayuda de los indios de la Mariquina, quedó en él por cabo el alferez Francisco Lunel, a quien luego embió el Gobernador Don Martin titulo de Capitan, y como tal le gobernó con acierto y vigilancia, escarmentado de la burla que le hizo Alcapangui quando fingiéndose enfermo y cebándole con el señuelo de la fruta le cogió el barco y le captivó a él y a sus soldados, en cuyo captiverio estuvo cinco meses, y por saber bien la lengua de los indios y ser sagaz le conservaron la vida y tuvo modo para salir de captiverio.

En este fuerte se hizieron muy buenas facciones de guerra, saliendo al ataxo al enemigo y defendiendo a los amigos de la Mariquina, y alli acudian los indios a feriar con los soldados, entrando y saliendo las indias con gran familiaridad y los niños, con que comenzaron los Padres de la Compañia a comunicarlos, doctrinándolos y bautizando a muchos que con voluntad se disponian para el santo bautismo. Tenia este fuerte algunos pocos soldados de a caballo, que en aquellos principios era mucho tener un caballo. Y con la buena ocasion de averse poblado el fuerte de Boroa y Tolten, que estaba de la Mariquina diez leguas, y estar todos aquellos indios de paz, se determinó el Gobernador de Valdivia de poblar un fuerte en la Mariquina en las mismas tierras de Manqueante, dos leguas mas arriba del fuerte de la Presentacion, rio arriba, aunque no se podia ir por el rio sino que se iba por tierra, por camino que se abrió para el proposito por la montaña. Comenzóse a trabajar en el fuerte, de vuelta de la entrada que hizo el Gobernador Negrete a Osorno con el Capitan Juan de Roa y con la ayuda de algunos caballos que le dejó para montar una compañia de a caballos, que fué el terror del enemigo y lo grande de aquel fuerte. Diósele parte del intento al Gobernador Don Martin de Moxica y aprobóle y embió titulo de Capitan de a caballos al Vedor Don Juan de Espexo, y de su Teniente a Francisco Sedeño, y al Capitan Juan de Salazar titulo de Capitan de infanteria. Y assi el Vedor Don Juan de Espexo escogió de todas las compañias de Valdivia los soldados mas alentados y de mexor disposicion y levantó una compañia de carabinas y lanzas, y con otra de infanteria a cargo del Capitan Juan de Salazar, quedó aquel fuerte bien fortalecido, con las espaldas a la barranca del rio y con sus piezas de artilleria en los cubos para barrer los lienzos. Con esto salieron a volar los soldados de Valdivia y a campaña rasa, y con los amigos de la Mariquina, Tolten el baxo, Queule, la Villarica y Chedeu hacian exército aparte con Boroa y ponian asombro y terror al enemigo, y los amigos se alegraban y se engreian contra los rebeldes viendo que tenian españoles de a caballos en su ayuda y en su defensa.

Fué de grande importancia esta compañia de a caballos, porque si el enemigo entraba a infestar las tierras de los amigos, los convocaba el Capitan Don Juan de Espexo y salia con ellos al ataxo, y peleando valerosamente los rechazaban; y si entraban por algun camino oculto los aguardaban a la retirada en los pasos estrechos y alli a valazos los derrotaban. Hizo algunas entradas a tierras de el enemigo con grande felicidad, desaloxándolos de sus tierras, cautivándoles sus hijos y mugeres

y abrasándoles sus ranchos y sementeras; y con las presas que hizo al enemigo se fué rehaciendo de caballos y reforzando su caballeria, con que tuvo muy buenas suertes y muchas piezas que le valieron muy bien, ganadas por su valor y buena diligencia, que era muy capaz, muy prudente y de muy buena disposicion. Y ayudóle mucho el Teniente que poco despues tuvo, que fué Luis Gonzales de Medina, soldado que avia sido del tercio de San Felipe, para quien solicitó el mismo Capitan Don Juan de Espexo la merced de su propria compañia, escribiendo al Gobernador Don Martin de Moxica el estado en que tenia aquel fuerte y lo que avia obrado con su compañia de a caballos, que le era forzoso retirarse a la poblacion de Valdivia a cuidar con mas asistencia del oficio de Vedor, y que su señoria le embiasse la merced de capitan de a caballos de su compañia para su Teniente Luis Gonzales de Medina, que demas de ser su Teniente y deber solicitarle su aumento y el premio de sus buenos servicios hácia la causa de su Magestad y del bien comun, proponiendo para aquella compañia de tanta importancia el soldado mas a proposito que avia para ella, el de mas valor, experiencia y mas temido del enemigo y querido de los amigos por su buen agrado y por saber la lengua de los indios exelentemente, calidad muy grande para ser querido de los indios amigos y temido de los enemigos, porque los que saben bien la lengua saben agasaxar a los amigos y los estiman por verles hablar en su lengua; y los temen los enemigos porque saben sus mañas, y con oirlos retar en su propria lengua los ponen mas miedo.

Mientras vino la merced de capitan al Teniente Luis Gonzales, sucedió que una grande avenida del rio de Valdivia inundó el fuerte de la Presentacion por ser el terreno de Tanacura algo baxo; escapáronse los soldados a Dios misericordia, y vino el Capitan Don Juan de Espexo con su compañia a socorrerlos desde el fuerte de la Mariquina. Y aviendo experimentado con aquella avenida que por ser tan bajo el terreno no era a proposito para el fuerte, se pasó toda la gente y soldados dél a otro que llaman de las Cruces por aver puesto alli unas el Capitan Don Alonso de Moxica quando embiado del Virrey reconoció todo el rio de Valdivia. Este puesto es eminente sobre el rio, muy fuerte por naturaleza, y en él se hizo un fuerte muy bien fabricado, con sus cubos y fosos y sus piezas de artilleria, con que quedó inexpugnable, y las veces que el enemigo ha intentado asaltarle ha sido con grande daño suyo y pérdida de muchas vidas.

Otro fuerte hizo el Gobernador Francisco Xil Negrete como una legua de Valdivia sobre el rio Calla-calla que entra en él, assi para ataxar por alli el paso al enemigo y que sirviesse de centinela para sus designios, como para guardar las vacas para el sustento de aquella plaza que el Gobernador Don Martin de Moxica la avia embiado, no obstante la pérdida de las mil que cogió la gente de Curiguanque y Calla-calla; y porque la isla de Valenzuela donde las tuvieron algun tiempo era estrecha y servia para algunas sementeras que hacian los soldados, las hubieron de pasar a que gozassen de los pastos de Calla-calla de esta otra banda del enemigo, y para rodearlas y cuydar de ellas se pusieron en aquel fuerte cuatro soldados de a caballo, y otros catorce infantes que cuydassen de el fuerte a cargo del Teniente Francisco Sedeño. Llamóse este fuerte de las Animas, y presto lo fueron de el purgatorio todos diez y ocho soldados.

Todos estos fuertes visitaban los Padres de la Compañia como capellanes que son

de la plaza de Valdivia, diciéndoles misa a los soldados, predicándoles, exortándoles a la virtud y administrándoles los sacramentos, acudiendo juntamente a los indios amigos, particularmente en el fuerte de la Mariquina, que por ser aquellos indios, con el exemplo de Manqueante, su toqui general, tan amigos de españoles, gustaban de oir la palabra divina a los Padres que alli asistian, convirtiéndose muchos y reciviendo el agua del santo bautismo con gran fruto de sus almas y gozo de los españoles, que en los bautismos eran sus compadres, y con el parentesco que contrahian con los indios los ganaban mas la voluntad y entre unos y otros tenian sus correspondencias amigables, regalándolos los indios con corderos, terneras, chanchos, gallinas y frutas de la tierra, y correspondiéndoles los españoles con otros dones que ellos estimaban de achas, cuchillos, cuentas de vidrio y cosas de ropa.

Quando el Gobernador Don Martin de Moxica supo del fruto que con la comunicacion de los indios por medio de estos fuertes hazian los Padres en sus almas y quan domésticos estaban y deseosos de recevir nuestra santa Fee, holgóse en estremo por ver que se iban cumpliendo sus deseos y los de su Magestad de la conversion de la gentilidad, y dió muchas gracias a Dios, y escribió a los Padres estimando las diligencias que hacian por salvar aquellas almas, animándoles a proseguirlo, y con su gran piedad les embió dos mil rosarios para que repartiessen a los indios que se christianassen, y lo mismo hizo con los Padres de Boroa, que sabiendo la voluntad con que aquellos indios recivian la fee y los bautismos que se hacian, nos embió otra partida de rosarios y nos escribió una carta muy christiana y pia y como la pudiera escribir un obispo, exortando a la predicacion del evangelio y a la extension del nombre de Christo y dilatacion de su fee santa, con un celo y fervor que emprendia fuego.

Por este tiempo se huyeron de Valdivia veinte y seis soldados y un negro en un barco, hombres todos pusilanimes y cansados de los trabaxos de la milicia, y de baxos pensamientos por lo que despues hizieron; iban saliendo de la barra del puerto con intento de irse costa a costa al Perú, y en este tiempo quémasse un rancho de paxa en el castillo de San Pedro de Mansera; tocóse a fuego y hubo grande ruido en el castillo, y persuadiéndose los que iban en el barco que aunque era de noche los avian visto hazer la fuga y que eran sentidos, temiendo que si iban en su alcance los avian de dar caza antes de salir de la boca del puerto, tomaron por consexo el volver atras y enderesaron su derrota por el torno de los Galeones, y subiendo rio arriba por aquel brazo determinaron vilmente el hazer fuga al enemigo temiendo el rigor de la justicia; pero allá les alcanzó la de Dios, porque aviéndose entrado por el camino de Angachilla a las tierras de los enemigos rebeldes, ellos como enemigos de españoles los fueron matando en sus borracheras uno a uno, y solo el negro y otros dos se escaparon metiéndose la tierra adentro y pasando la cordillera nevada con gran trabaxo y despues las pampas y tierras de los puelches, con peligro cada dia de la vida, hasta que vinieron a salir a Buenos Ayres, y conociendo alli que era gente fugitiva, los prendieron las justicias, y despues, compadecidos de ver los trabaxos que avian pasado para llegar alli, los soltaron.

Embió el Gobernador Don Martin de Moxica el titulo de capitan de a caballos que le avia pedido el Capitan Don Juan de Espexo para su teniente Luis Gonzales

de Medina, y aviéndole entregado la Compañia se fué a Valdivia a proseguir su oficio de Vedor solamente. Fué muy bien recibido de los españoles el Capitan Luis Gonzales y assimismo de los indios de la Mariquina y demas amigos, que como le conocian y avian experimentado su valentia, su agrado y buena disposicion para la guerra, se holgaron mucho, y le cobraron mayor aficion por el parlamento que los hizo en su lengua a todos juntos ofreciéndose a servirlos, a guardar sus tierras, defender sus casas, guarecer sus hijos y cuidar de sus sembrados, diciéndoles como era su hermano de un mismo corazon y de una misma lengua, y que ellos le ayudassen, cuydando de poner centinelas en los caminos; que le avisassen quando entraba el enemigo para salirle al ataxo y cogerle en emboscadas; que todos tuviessen las armas y los caballos a punto para la ocasion, que este enemigo entra como ave de rapiña y hace la presa y luego se retira en un vuelo; y que contra esta ave de rapiña avian de ser ellos como el aguila que con apresurado vuelo la da caza y la despedaza entre las uñas. Con estas y otras razones dichas a su estilo de los indios los tuvo la boca abierta oyéndole y todos se le ofrecieron para quanto les quisiesse mandar y para poner sus vidas en su ayuda y defensa.

En esta Compañia del fuerte de la Mariquina ganó grande nombre el Capitan Luis Gonzales, porque en varias ocasiones que entró el enemigo a infestar la Mariquina le salió al ataxo y le derrotó con muerte de muchos indios; y al cacique Alcapangui, aviendo entrado con una junta, le dió caza y le traxo a mal traher, y valiése de una mestisa hija de la tierra en muchas ocasiones, que por gracia la decia que avia de ser su muger, y ella le daba los avisos necesarios y parte de quanto intentaba el enemigo y por donde entraba, que tenia artificio y modo para saberlo, y con eso se emboscaba donde el enemigo pensaba que tenia mas seguro el paso, y alli daba de repente sobre él, teniendo grandes aciertos sin pérdida de sus soldados, que los queria y miraba como hijos y por ellos se ponia valerosamente a qualquier riesgo, como le aconteció con uno que pasando un rio se le llevó la corriente y le metió en un raudal muy hondo, donde ya estaba para ahogarse. No le sufrió el corazon ver a su soldado en semexante peligro, y fiado en su valor y en caballo castaño, bello animal que le avia sacado de todos los peligros de la guerra, se echó a nado al raudal. Admiracion causó ver un gigante sobre las aguas cortándolas con su caballo como si fuera vagel, y mas el ver como llegando al soldado le asió de los cabellos, y sacándole del caballo y de las aguas, le puso a las ancas del suyo, que nadando como si fuera un delfin los sacó a los dos a la orilla.

CAPÍTULO XXIV.

Cómo por muerte de Pedro Ramirez entró a ser Sargento Mayor Ambrosio de Urra, y Francisco Rodriguez cabo y Gobernador de Boroa. De cómo hizo la guerra y comenzó la usanza por una grande hambre.

Año de 1649. — Muere el Sargento Mayor; sucédele Ambrosio de Urra. — Entra a ser cabo y Gobernador de Boroa el Sargento Mayor Francisco Rodriguez. — Fué honroso y provechoso el puesto de Boroa. — Era Boroa otra Guinea. — Reciben grande gusto los caciques de Boroa con su Gobernador Francisco Rodriguez. — Presenta a Francisco Rodriguez Tinaqueupu esclavos, agradecido a que le dió libertad, y ofrecióle otros muchos. — Malocas de Don Luis Ponce a Epulabquen. — Métense los de Epulabquen en una isla de una laguna y desde allí hazen grandes daños. — Capitanean a los de Epulabquen dos holandeses y un negro que se huyeron de Valdivia. — Dispone Francisco Rodriguez la jornada a Epulabquen contra los indios y holandeses. — Sale Don Luis Ponce a la jornada de Epulabquen con mil indios y diez y seis españoles. — Los holandeses y el negro animan a los indios a pelear y danles la traza cómo han de vencer. — Consultan los hechizeros al demonio y díceles que vencerán. — Trazan la pelea los holandeses. — Anima Don Luis Ponce a los indios con un parlamento y embárcanse. — Batalla naval de los nuestros con los enemigos. — Salen vencedores los nuestros. — Pelean con los que están en tierra un dia sin dejarlos saltar en ella. —Victoria en tierra de los nuestros. — Matan los nuestros doscientos indios y cogen trescientas piezas. — Húyense los holandeses a Buenos Ayres porque no los maten los indios. — No murió en tantas batallas sino un español de Boroa.— Hambre grande que hubo en Boroa. — Venden los indios los esclavos por comida. — Los que no tienen esclavos que vender, venden los hijos con la necesidad. — Comenzaron estas ventas de la usanza en Boroa.— La justificacion con que se hazian las ventas de usanza en Boroa. — Los provechos que se seguian de la usanza. — Que la usanza bien hecha fué justa y provechosa. — La codicia envició la usanza. — Está prohibido el encomendar los de usanza.

Faltóle al tercio de afuera un gran ministro y a toda la milicia un gran maestro por la muerte del Sargento Mayor Pedro Ramirez Zabala, persona de gran capacidad, prudencia, entereza en la justicia y arte militar, muy al gusto del gobernador Don Martin de Moxica, que se pagaba mucho de hombres enteros y eficaces. Y mientras pensaba a quien poner en el tercio que supliesse tan grande falta, ordenó al Sargento Mayor Francisco Rodriguez del Manzano que le gobernasse, hasta que embió a llamar a Boroa al General Ambrosio de Urra y le entregó el tercio de Nacimiento y el baston de Sargento Mayor; y al Sargento Mayor Francisco Rodriguez le hizo Cabo y Gobernador de Boroa, que como está alli la frontera de la guerra y era la plaza de armas, y de conservar en paz aquellos indios dependia la conservacion de las pazes, siempre procuró poner persona de peso, de experiencia y buen zelo como lo fué el Sargento Mayor Francisco Rodriguez; y aunque avia tenido puesto mayor de Sargento Mayor del Reyno y que parecia baxar de su puesto tan preeminente a ser capitan de un fuerte que estaba sugeto al Maestro de Campo y al Sargento Mayor, todavia se juzgó por ascenso por tener titulo de cabo y Goberna-

dor de Boroa y ser alli la plaza de armas y donde se hacian las facciones de guerra, y que era digno de que le ocupassen los que huviessen tenido los mexores puestos de la guerra y los que mejor la supiessen hazer. Y ultimamente, como el provecho es el titulo mas principal, y el mayor interes la mayor honra, no avia puesto como el de Boroa, por ser en estos tiempos otra Guinea y estar alli la casa de la contratacion y todo el trato de las piezas y esclavos con que enriquecian los cabos y gobernadores de Boroa y hazian ricos a otros; porque alli acudian de Santiago, de la Concepcion, de Chillan y de todas partes a comprar esclavos, y rodaba la plata y los generos, pasándolo los de aquel fuerte, con estar tan retirado y en el riñon de la guerra, con grandissima abundancia de todo, porque al señuelo de las piezas iban las arrias con la provision de quanto era menester para pasar la vida con abundancia.

Mucho se holgaron todos los caciques de Boroa de tener cabo y Gobernador tan a su gusto como el Sargento Mayor Francisco Rodriguez, y luego le vinieron a ver y a dar la obediencia de todas partes, particularmente Chicaguala, Buchamalab, Lincopichon y los demas que avian estado presos antes de las pazes, reconociendo que él avia sido gran parte para que el Gobernador las hubiesse admitido y los hubiesse soltado de la prision; y quien mas celebró su venida fué el cacique Tinaqueupu, que fué su esclavo, le trató como libre y hizo grandes honras, teniéndole siempre a su mesa hasta que le embió libre a tratar las pazes con su hermano Ayllacuriche; presentóle dos esclavas y ofreciósse a darle muchas mas y a ir luego a una maloca con el Teniente Diego Galaz, y pidióle cuatro soldados arcabuceros, que con ochocientos indios que él sacaria no eran menester mas para hollar las tierras de los puelches y Adantelabquen, y assi se puso luego en camino y sin ser sentido dió en las tierras del enemigo y cogió ciento y sesenta piezas.

Avia hecho el Capitan Don Luis Ponce de Leon algunas entradas a las tierras de Epulabquen, que están en medio de la cordillera nevada, entre el volcan de la Villarica y otro famoso que está junto a él, que es el mas alto de la cordillera y se divisa de la otra banda y de esta, y aunque avia cogido y hecho buenas suertes, los pegüenches de aquella tierra se le emboscaban y acogian, en sabiendo que iban a maloquearlos, en una isla que hacian las dos famosas lagunas de Epulabquen, cuyo nombre significa dos mares, porque parecen dos mares en su grandeza y en las olas y movimientos que hazen con qualquier viento, y como en esta isla vivian seguros de que los españoles y los indios de Boroa no les podian entrar, hacian burla de ellos y desde alli salian en sus embarcaciones y venian a hazer malocas a los indios de paz, y poco antes avian hecho una en Challiupen, tierras del cacique Pichunlab, y llevádose algunos cautivos, y en la refriega muerto algunos de entrambas partes. Tenian estos indios de Epulabquen una cosa que los hacia mas valientes y atrevidos para hazer mucho daño en nuestros amigos, que era el tener consigo en aquella isla dos holandeses y un negro que los animaban y capitaneaban. Los holandeses eran de los que se le huyeron al General Enrique Braut quando vino a poblar a Valdivia, que metiéndose por la tierra adentro pasaron la cordillera y estaban en la parte de ella que se llama Epulabquen, que es ya como de la otra banda y que mira a las pampas de Córdova y de Buenos Ayres, donde ellos intentaban ir a salir, y como los indios tenian guerra con nosotros y sabian que eran

nuestros enemigos, se valian de ellos para hacérnosla. El negro era uno de dos que se huyeron de Valdivia del navio de Don Pedro de Alvarado, caballero del habito de Christus, y entrándose por las tierras de los enemigos fueron llegando hasta estas de Epulabquen, y el uno estaba en ellas con los holandeses, y el otro andaba de aqui para alli vendido de los mismos indios.

Pues sabiendo del Capitan Don Luis Ponce de Leon el Sargento Mayor Francisco Rodriguez la resistencia que avia hallado en Epulabquen por tener estos indios una isla tan fuerte y consigo a los dos holandeses y al negro fugitivo que los capitaneaban y les decian que no diessen la paz a los españoles, y con su ayuda infestaban las tierras de nuestros amigos, puso todo su esfuerzo en quitar esta ladronera y en conquistar esta isla. Y assi convocó a todos los indios amigos y les mandó que escogiessen los mexores soldados y mas animosos para ir a Epulabquen a maloquear y pelear con los indios y los holandeses, si los hallaban en tierra y en sus sementeras, y si estaban en la isla dar forma como hacer embarcacion y entrar a pelear con ellos. Y como el Capitan Don Luis Ponce de Leon avia cursado aquellos caminos y tenia tanta experiencia de aquella guerra, le encomendó a él aquella jornada y le dió los soldados necesarios y los arcabuzeros que escogió mas briosos y alentados.

Salió el Capitan Don Luis Ponce de Leon con diez y seis soldados españoles y mil indios de los de Chicaguala, Catinaguel, Tolten y la Villarica, y por un camino que hay por ella que parte la cordillera y hace una abra de treinta leguas de largo entre cordillera y cordillera, llegó a Epulabquen y corrió la tierra sin hallar persona ninguna, porque tuvieron noticia de su venida y se metieron en la isla de la laguna. Buscó canoas y no las halló, con que resolvió el hacer valsas de madera, y assi echó toda la gente a buscar madera seca y a cortar la necesaria por aquellos montes. Los enemigos que estaban en la isla, viendo tanta gente contra sí y que iban haciendo valsas para entrarles, temieron con razon, mas los holandeses y el negro los animaron diciéndoles que no tenian que temer donde ellos estaban y que peleassen varonilmente, pues tenian tanta ventaxa que ellos estaban en tierra y los españoles en el agua, ellos en parte firme y sus enemigos en lo inconstante de las aguas, y que no hiziessen caso de las valsas que estaban haciendo de madera, que antes eran en su favor, pues en apretándoles con sus canoas los avian de hundir en el agua; y que pues ellos tenian tan buenas canoas y eran buenos remeros, que los saliessen al encuentro y los desbaratassen en sus mal formadas valsas, y si llegassen a tierra, los de tierra peleassen con esfuerzo cara a cara, y los de las canoas les diessen por las espaldas, y no quedaria español ni indio amigo que no fuesse a pique.

Con esto los animaron a pelear y desecharon el parecer de algunos que decian que era mucha gente y que mexor era dar la paz y sugetarse a los españoles que perder sus tierras y ser llevados por esclavos a las extrañas. Y lo que mas les animó y quitó el recelo, fué que sus echiceros consultaron al demonio sobre el caso, preguntándole si darian la paz o la batalla, y el demonio les respondió que peleassen, que alcanzarian victoria de los españoles, con lo qual todos se aprestaron para la pelea, poniendo a la orilla del agua dispuesto los pedreros y flecheros y entreverada la piqueria para no consentir que saltasse ninguno en tierra. Apercibie-

ron todas sus embarcaciones con buenos flecheros para dar una acometida a los españoles, con órden que si de la primera no los pudiessen derrotar y echar al agua, que se abriessen y los dexassen pasar, que los de tierra los estorbarian el saltar en ella. Y que mientras estuviessen peleando con ellos, llegassen por las espaldas y los cogiessen en medio con sus canoas, que con eso no se escaparia ninguno y escarmentarian para no intentar el venir a asaltarles la isla. Y que si acaso saltassen en tierra, los que estaban en la mar echasen a pique o deshiziessen sus valsas y se volviessen a tierra, que con eso quedarian alli todos por suyos y tendrian esclavos que les sirviessen y que repartir, y los holandeses decian que a ellos les avia de servir Don Luis Ponce y los demas españoles, que ellos los tratarian como merecian, y los demas indios serian sus esclavos y los repartirian ellos como quisiessen.

Quando Don Luis Ponce de Leon tuvo hechas cien valsas de madera, echó en cada una a seis y a ocho indios, conforme podian sustentar, escogiendo los mas valientes y animosos, y hízoles un parlamento a su modo, que sabia admirablemente la lengua por aver nacido entre ellos y ser hijo del Capitan Juan Vasquez, que siendo captivo en la pérdida de la Villarica con su muger estuvo muchos años entre los indios y ubo este hijo en el captiverio. Animados con el parlamento hizieron la ceremonia de hacer temblar la tierra, y para que temblasse el mar saltaron en sus valsas repartiendo en las primeras un español en cada una, y yendo él delante en su valsa con vandera de capitana hecha de una sabana, fueron navegando con buen órden a la isla, quando, en medio de la laguna sálenles al encuentro las canoas de los enemigos, que como sus embarcaciones eran mas ligeras y con mexores remeros, les dieron no poco cuydado, porque los rodearon por todas partes y los acometieron con tal furia de pedradas y flecheria desde lexos, sin llegar a bordar, que los dieron mucho en que entender, y mas por ser sus valsas de palos atados tan pesadas y tan sin gobierno que apenas podian caminar hácia delante. Pero el valor venció todas las dificultades, y en esta batalla naval salieron los nuestros vencedores, porque la arcabuceria hacia en ellos grande risa, con que despues de un gran rato de batalla rompieron y fueron prosiguiendo su navegacion todos juntos en demanda de la isla, sin que la esquadra naval del enemigo se lo pudiesse impedir, antes fueron navegando y cantando victoria con la cabeza de un indio que cogieron de una canoa que echaron a pique, y levantándola en alto la llevaron por estandarte para atemorizar al enemigo de tierra.

Mas quando llegaron a querer saltar en ella los recivieron con tan grande lluvia de piedras y de flecheria, que estuvieron casi todo el dia peleando por desocupar la marina y saltar una barranca que por alli hacia la isla, sin poder ganar un palmo de tierra ni dexarles el enemigo poner el pie en ella. Dábanles grandes voces los holandeses y el negro, diciéndoles mil oprobios y que ya era llegado su dia, en que avian de pagar sus maldades y los agravios que hacian a los indios, y a Don Luis Ponce y a los demas soldados que les avian de servir de esclavos y los avian de moler a palos y darles tan mala vida como ellos daban a los indios, y que como a mugeres los avian de tener ocupados en hacerles chicha; que se hartassen de ver el sol, que ya no le avian de ver mas, que alli avian de morir todos sin poder volver a sus tierras, y para que no pudiessen volverse y para que los encerrassen en medio, hizieron señas desde tierra y dieron voces

a la esquadra naval que les acometiesse por las espaldas; y pudieron alli hacer mucha vateria, porque como los arcabuzeros estaban en la frente haziendo sus diligencias por saltar en tierra, dieron mucho cuydado, hasta que viendo el aprieto embió el Capitan Don Luis Ponce algunas valsas de arcabuceros a las espaldas a defender la retaguardia, donde se peleó con el mismo valor y arresto que en la frente y en la vanguardia.

Ya estaban desesperados de tanto pelear y el sol iba declinando, quando repararon que medio cuarto de legua mas abaxo hacia la isla una playita pequeña, y considerando que alli podrian saltar todos en tierra y entrar en escuadron a pelear con el enemigo, enderezaron las proas para allá, donde sin tanta resistencia del enemigo saltaron en tierra, dexando la guardia necesaria para sus embarcaciones. Saltado que hubieron en tierra, dieron un Santiago al enemigo con tanta valentia y esfuerzo, que aunque los indios pelearon con arresto y desesperacion (que alli no tenian donde huir ni acogerse), los derrotaron y vencieron, matando mas de doscientos indios, sin otros que desesperadamente se arroxaron a la laguna, y los que se dieron buena maña huyeron en las canoas, entre los quales se escaparon los dos holandeses y el negro, dexando alli, como en un corral de ovexas, toda la chusma de mugeres y niños, en que se cogieron mas de trescientas piezas: con que quedó desierta y vencida la isla encantada y se alcanzó una de las grandes victorias que tuvo el fuerte de Boroa por la valentia y buena disposicion de sus cabos Francisco Rodriguez y Don Luis Ponce de Leon. Los nuestros con esto volvieron cargados de despoxos, y los holandeses y el negro, temiendo que no los matassen por aver sido causa de tan grande pérdida, se fueron huyendo por aquellas pampas y fueron a salir a Buenos Ayres.

De otras muchas malocas y batallas que tuvo la gente de Boroa con el enemigo pudiera decir mucho, mas por no aver en ellas cosa singular, mas de coger piezas y salir el enemigo a la demanda y pelear sobre defenderlas con varios sucesos, las dexo por no contener cosa especial. Solo tenian de singular el que nunca peligró soldado español ni mató el enemigo a ninguno de Boroa, sino es a uno en la batalla de Epulabquen, que salió un soldado herido de una flecha y murió a los cuatro dias. Lo notable que ubo en este tiempo fué una grande hambre entre los indios de Boroa, tan general, que en todas partes perecian, y andaban por los campos como bestias paciendo las yerbas, y con la necesidad no dexaban caballo que hallasen a tiro que no le metiessen en el monte y alli se le comiessen; con los ganados era menester tener grandissimo cuydado, porque sino daban en ellos sin temor. Pues como en este tiempo avia en Boroa tantos esclavos, iban muchas personas a comprar los de los indios, y llevaban para el rescate de ellos vacas, ovejas y caballos y otras cosas que los indios apetecian y feriaban a trueque de estos generos, con que remediaban su necesidad los que avian cogido esclavos en las malocas, y como muchos no tenian esclavos que vender y se vian en la misma necesidad y hambre sin tener con que sustentar sus familias, tomaron por medio el vender sus hijos, sus hijas, sus parientes pobres y sus mugeres. Y assi el que tenia muchos hijos vendia a su usanza uno, y con las vacas y caballos que le daban sustentaba las mugeres y a los demas hijos, y el que tenia un pariente pobre y huerfano de padre y madre, que le avia criado en su casa y estaba debaxo de su dominio, le vendia, y si uno tenia

una muger que no era a su gusto o le avia hecho alguna traicion, hacia lo mismo y la vendia: que por el adulterio de mexor gana venden estos indios las mugeres que las matan, porque matándola, pierden la hacienda que les costó, y vendiéndola, la recobran, y en éstos no obra tanto el punto de la honra como el interes.

Comenzáronse a hacer estas ventas de la usanza ante el Cabo y Gobernador de Boroa, el Sargento Mayor Francisco Rodriguez, y con asistencia de un padre de la Compañia, que examinaba con toda justificacion si era su hijo el muchacho que el indio vendia, o si era su pariente y no tenia padre o madre, o si era su muger que la pudiesse vender a su usanza y recobrar sus pagas. Sin esto se examinaba si el muchacho o la india vendida iba con su gusto y queria servir a los españoles, porque sus mismos padres les decian que les fuessen a servir y tuviessen a bien que remediassen su necesidad con las pagas que los españoles les diessen por ellos, y los hijos venian en eso con mucha voluntad, y hijas, por estar entre ellos tan asentado que sus padres las vendan para mugeres y recivan las pagas ellos y los parientes de los que las compran. Y de esta suerte adquirian los españoles servicio, se les hacia grande bien, y mayor a los indios, porque los padres quedaban remediados de su necesidad, los hijos entre españoles que los enseñaban policia y la fee de Jesuchristo, a los indios se les quitaba parte de sus fuerzas y a ninguno se hacia violencia ni agravio, porque el padre vendia el hijo en tiempo de necesidad, y el hijo gustaba de ello y se mejoraba con el español, que le trataba como hijo y le vestia y regalaba mexor que su proprio padre y le hacia christiano, con que quedaba mexorado en tercio y quinto.

Por estas y otras muchas razones que puse en el libro primero en el capitulo particular de la usanza, la tuve por licita y importantissima para el bien de entrambas republicas, de los españoles y de los indios, como se haga del modo que comenzó en este tiempo y del modo que siempre se ha usado en este Reyno, que desde que se comenzó a conquistar ha avido usanza, y estas ventas entre los indios y los españoles del modo referido, y entre los indios unos con otros desde *ab inicio*, porque es uso suyo inmemorial el vender las hijas para mugeres, como diximos que lo usaron otras naciones, y los hijos en tiempo de necesidad, y en el vendérselos a los españoles con estas condiciones, no hay cosa intrinsecamente mala y de ello se siguen muchos bienes; mas la codicia, que todo lo vicia, echó a perder este trato, haciendo muchas injusticias, hurtando los hijos y las mugeres agenas para venderlas, llevando a muchas por fuerza y contra su voluntad a vender, haziendo trato y grangeria de gente libre, revendiéndolos y haziendo armadillas como de negros, como despues se verá; por lo qual se hubo de prohibir por evitar inconvenientes, y su Magestad la prohibió con cedula particular, mandando que se diessen por libres todos los indios y indias comprados a la usanza y que no se pudiessen encomendar, por quanto eran de los que avian dado la paz y de la otra banda de Biobio, que por cedulas antiguas está prohibido el encomendarlos y con esa condicion admitieron las pazes. Y como este privilegio es personal, donde quiera que estén los indios los libre de encomienda, y las que de ellas se hicieren, serán nulas y contra justicia, assi de indios particulares como de reducciones.

CAPÍTULO XXV.

De la desgraciada muerte y en todo el Reyno sentida de el Gobernador Don Martin de Moxica y lo que en ella sucedió.

Va el Gobernador Don Martin a Santiago con intento de levantar las Iglesias y embia ocho mil pesos para limosnas. — Confiesa y comulga antes del viage y dispónese para el de la otra vida, que ignoraba. — Promete dos mil pesos al guardian de Malloa para que vuelva a levantar su Iglesia y convento caido. — Limosnas del Gobernador Don Martin de Moxica. — Muerte del Gobernador Don Martin de Moxica. — Fuó su muerte como la del Conde, cuyo matador ni se sabe ni se esconde.

Solicitaban el pecho compasivo y piadoso del Gobernador Don Martin de Moxica las lastimas de la ciudad de Santiago, destruida con el temblor, y con el deseo de fomentar la reedificacion de los templos y de favorecer con sus limosnas a los conventos, determinó de ir a imbernar a aquella ciudad. Embió por delante ocho mil pesos de su hacienda para repartirlos en los conventos y iglesias y obras pias, y antes de salir de la Concepcion confesó y comulgó, disponiéndose para el camino que emprendia y para la jornada de la otra vida que ignoraba, que quanto tiene de cierta tiene de incierto el dia, y assi el sabio siempre se dispone para ella, porque nunca sabe quando le obligarán a hacer, y como suele impensadamente venir el executor a embargar los pasos, es discrecion tener pensado y dispuesto con tiempo el viage.

Quando llegó al pueblo de Malloa hizo alto en el convento de San Francisco destruido con el temblor, y viendo caida la iglesia, sin serca el convento y las celdas de aquellos santos religiosos postradas por los suelos, recivió grande sentimiento de pérdida tan grande. Y como es de generosos pechos pasar de la compasion a la conmiseracion, que no se compadece bien del mal ageno quien pudiéndole de él no le favorece, no solo se compadeció de la incomodidad de aquellos santos religiosos, sino que preguntándole al guardian que con quánto se atreveria a levantar otra vez el convento y la iglesia, como le respondiesse que con dos mil pesos que él tuviera le volveria a poner en el estado que antes estaba, le dixo: "pues yo daré los dos mil pesos en llegando a Santiago; reedifique Vuesa Paternidad su convento."

Llegó a la ciudad de Santiago, donde fué recevido como un angel del cielo y como su reparador, que con las limosnas que les avia embiado les avia socorrido en gran parte sus necesidades, y con las que venia a hazer y el fomento que pensaba dar a todos los conventos y iglesias, tenian todos en él puestas sus esperanzas y le miraban como al comun remedio de sus trabaxos.

Embiáronle las monjas, que son muy regaladoras, algunos jarros y dulces, y no los quiso recevir sin pagarlos, diciendo que no venia a que le regalassen sino a darlas limosnas, como lo hizo, que en razon de limosnas era muy pio y liberal; tanto, que tenia mandado a su mayordomo que a todos los que viniessen a pedir limosna les diesse a patacon o a cuatro reales; y diciéndole el mayordomo que no podia su renta llegar a tanto, respondió: "No vine a Chile a buscar hacienda ni a ser rico: con un habito de San Francisco que tenga para enterrarme moriré contento." Y quando salia el Señor le acompañaba siempre, y le dexaba al enfermo debaxo de la almohada los cincuenta o los cuarenta pesos.

Con estas obras de misericordia y con las demas buenas calidades de su gobierno, era de todos grandemente amado, y al paso que le deseaban larga vida y que les gobernasse por muchos años, sintieron que les faltasse y que muriesse una muerte tan desgraciada y tan repentina. Estaba sano y bueno, y acabando de oir misa y sermon vino a comer al tercer dia que llegó a Santiago; la comida era de ostentacion, los convidados muchos, y al primer plato que le pusieron de una ensalada, apenas la comenzó a comer quando sintió la fuerza de un eficasissimo veneno, y echando con bascas y espumas se le trabó la lengua, levantóse de la mesa, fuése a la cama, y dentro de una hora murió enagenado de los sentidos. Quedaron todos atonitos y espantados de una muerte tan acelerada de un Gobernador tan querido, de tan grandes prendas, de tan acertado Gobierno; y mostraban el sentimiento en los ojos, no habiendo persona que no le llorasse. Fueron varios los juicios que se echaron sobre la muerte. El dia del juicio se sabrá quien la hizo, si es que fué veneno, como dixo el comun; pero las justicias no se persuadieron a eso ni a que un caballero tan bien quisto y tan amado tuviesse enemigo que le quitase la vida, y assi no hicieron averiguacion ni pesquisa sobre su muerte; mas, si preguntan al mentidero quién le mató, dirá lo que dixo del conde: ni se sabe ni se esconde. Enterróse el dia siguiente con la pompa, con el concurso y sentimiento que tan grande Gobernador merecia; y luego se abrió la carta secreta de el Virrey en que nombraba la persona que avia de gobernar en semexante caso, y se halló el que dirá el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XXVI.

Entra por nombramiento del Virrey a ser gobernador el Maestro de Campo Don Alonso de Figueroa. Sosiega el movimiento de unos indios, y abrasa el enemigo el fuerte de las Animas con muerte de algunos de los españoles y de el captiverio de otros.

Año de 1649. — Pidióse al Rey que no entrassen como solian a gobernar los Oidores sino los Maestros de campo. — Manda el Rey al Virrey que nombre tres Maestros de campo, que suceda el mas antiguo al Gobernador que muriere. — Fué nombrado Don Alonso de Figueroa, y pretende el Oidor mas antiguo entrar él. — Fué recevido por Gobernador Don Alonso de Figueroa con grande gusto de todos. — Sale el Gobernador Don Alonso de Figueroa a componer un alzamiento que trazaba Lebuepillan. — Quedó la centella del alzamiento escondida en la ceniza. — Hizo mercedes a muchos el Gobernador y no mudó los puestos mayores. — Despacha a una maloca el Gobernador a los indios sospechosos. — Lleva la gente el Capitan Juan Muñoz. — Dan la paz el cacique Cheine y los de Epulabquen a Boroa. — Maloquea el Capitan Juan Muñoz a Cheine a causa de venirse de paz a su tierra. — Va Cheine noventa leguas a pedir sus piezas y vuelve vacio. — Vínole a Gil Negrete el gobierno del Tucuman y dexa en su lugar al Sargento Mayor Juan Ruiz del Rincon. — Ofrece un fugitivo, Juan Gomez, a los indios el ganarles el fuerte de las Animas. — Da la traza. — Entra Juan Gomez a media noche con trescientos indios en el fuerte de las Animas y mata a los soldados. — Quema el enemigo el fuerte, y juzgan desde Valdivia que son luminarias por ser víspera de Navidad. — Mata el enemigo al traydor Juan Gomez y no se fia de él. — Elecciones.

Por muerte de el Gobernador Don Martin de Moxica, se abrió en la Real Audiencia de Santiago un pliego del Virrey en que estaba la nomina secreta del que avia de suceder en el gobiero en caso que muriesse el Gobernador; y aunque hasta ahora avia sido la práctica que lo fuesse el oydor mas antiguo por cedula de su Magestad, mas a pedimento de la milicia y de los gobernadores, que propusieron a su Magestad y que era mas conveniente para el gobierno de las armas que entrase a gobernarlas en estos casos uno de los maestros de campo mas antiguos que no un oydor, porque como son diferentes facultades y cada una requiere exercicio, el letrado que solo se ha exercitado en revolver hojas de libros no es tan pronto en revolver la hoja de la espada, y quien dispone bien un parecer o una relacion no sabe disponer una batalla ni un esquadron, y en estos intermedios se han reconocido algunos desaciertos y quiebras en la milicia, y asistiendo su Magestad a esta propuesta, ordenó al Virrey del Perú que embiasse a Chile un pliego cerrado en que, aviéndose informado de los maestros de campo de Chile, nombrasse tres que sucediessen unos a otros en caso que hubiesse muerto alguno, y que el alli nombrado fuesse gobernador y capitan general y presidente de la Real Audiencia, hasta que su Magestad avisado ordenasse otra cosa, abrióse el pliego que en esta con-

formidad avia embiado el Virrey, y en él estaban nombrados Don Fernando de Sea, Alfonso de Villanueva y Don Alonso de Figueroa: con que, por muerte de los dos primeros, le cupo la buena suerte al tercero; mas pretendió barajarla el oydor mas antiguo Don Nicolas Polanco de Santillana, alegando que aquel nombramiento no tenia ya valor por aver acabado su officio el Virrey que le hizo, y que con su muerte expiró su disposicion, y assi que se avia de estar a la comun y a la antigua en que su Magestad mandaba que por muerte del Gobernador entrasse a gobernar el oydor mas antiguo, y aviéndose controvertido la materia en la Real Audiencia, salió auto en que se mandó que entrasse a gobernar el Reyno de Chile el Maestro de Campo Don Alonso de Figueroa, caballero de Córdova muy calificado y que desde diez y seis años avia servido en la guerra de este Reyno, ocupando todos los puestos de ella con la aceptacion, aplauso y buenos sucesos que quedan referidos en esta historia.

A los nueve dias de la muerte del Gobernador Don Martin de Moxica, se recivió en la Concepcion por gobernador y capitan general Don Alonso de Figueroa, con grande aplauso de aquella ciudad y general regocixo de la milicia, por ver premiados tan caros servicios y por tener gobernador de tanto valor, meritos y experiencia. Y fué grande aliento para los que servian el ver que podrian conseguir algun dia semejante dicha, alegrándose los soldados, por la enemiga que tienen con los letrados, de que no les fuessen a gobernar. No bajó a Santiago a recevirse de presidente en la Real Audiencia por asistir a los accidentes de la guerra, que tuvo presto uno que le dió cuydado y hubo menester acudir con presteza a su remedio, sino que embió su poder al Oydor Don Nicolas Polanco para que se reciviesse en su nombre, y él salió luego en campaña y fué a Tomeco a componer un movimiento que querian hazer los indios de esa parcialidad y la de Guadaba y Malloco. Corrió voz de que se querian alzar, descontentos de que los hacian trabajar en escoltas y otras ocupaciones. Y Lebuepillan, que era su cacique, como estuvo preso por sospechoso en tiempo del Marques de Baydes, tenia contra sí la presuncion de que querria vengarse. Juntó el Gobernador a los caciques, averiguó las sospechas, y no descubriendo cosa que le obligasse a hacer demostracion grande, contentóse con reñirles y aconsejarles lo que les estaba bien; pero la centella que el traidor de Lebuepillan avia encendido se quedó viva debajo de la ceniza y despues emprendió un grande incendio, porque él fué el primer motor del alzamiento general que dentro de seis años hubo, porque sus descontentos de verse entre españoles y la mala voluntad reconcentrada que los tenia, levantó despues la llama, levantando toda la tierra.

Como el Gobernador Don Alonso de Figueroa avia servido tanto en esta guerra, sabia estimar los servicios de ella y quisiera tener mucho que dar a los que servian honradamente, y assi honró a muchos con compañias y banderas y atendió cortés a honrar a los criados del Gobernador Don Martin de Moxica, su antecesor, porque tenia criados de prendas que despues tuvieron puestos eminentes y gobernaron la guerra, y assi hizo Capitan a Don Martin de Ecrize y a Don Ignacio de la Carrera, que despues fueron Maestros de Campo; borró a otros las plazas, hizo otras mercedes, y con el conocimiento que tenia de que los puestos mayores de Maestro de campo y Sargento Mayor que no era bien que se mudassen facilmente, y

mas exercitándolos personas de suficiencia y meritos, atendiendo a los muchos del Maestro de Campo Juan Fernandez Rebolledo, le dejó en su puesto diciéndole que quisiera darle el suyo, pues le tenia tan merecido. Y assimismo dexó a Ambrosio de Urra en el puesto de Sargento Mayor, y en el de cabo y Gobernador de Boroa al Sargento Mayor Francisco Rodriguez, y a Luis Gonzalez de Medina en el de la Mariquina.

Quiso el Gobernador empeñar a los indios de Tomeco y a Lebuepillan y que hiziessen alguna faccion con el enemigo, y mas fué solicitacion de los lenguas y algunos deseosos de piezas que viendo que la guerra estaba en Boroa y allá solo los provechos de los esclavos, quisieron desde el tercio del Nacimiento hazer una entrada a las tierras de los puelches de la otra banda de la cordillera, y assi ordenó al Sargento Mayor Ambrosio de Urra que embiasse algunos soldados de su tercio y los amigos de Tomeco y San Christoval, a cargo del Capitan Juan Muñoz, que hiziessen una maloca a los puelches; y aunque el camino era largo y trabaxoso, le emprendieron, y caminando a raiz de la cordillera convocaron en su ayuda a Tinaqueupu, Guilipel y Legipichun, que llevaron todos sus soldados, y aunque estos eran indios de Boroa y aquel viage se debiera consultar con el cabo y gobernador de Boroa, no se le dió parte porque no la tuviesse en las piezas; y aunque hizieron una buena maloca y cogieron algunas ciento y cincuenta piezas, hicieron un grande yerro y quebrantaron la fe a un cacique con quiebra que jamas se soldó, porque pocos dias antes que saliessen a esta maloca avia embiado sus embaxadores el cacique Cheine, de la otra banda de la cordillera, y los caciques de Epulabquen al Sargento Mayor Francisco Rodriguez a Boroa pidiendo que los admitiesse a la paz, que andaban desterrados de sus tierras huyendo de la guerra y que conocian quan errados avian andado; y assi que los admitiessen en su gracia, que se vendrian con eso otra vez a sus tierras y alli estarian como los demas amigos.

Trajo estos embajadores el cacique Catinaguel, que era el toqui general que estaba cercano a Boroa y tenia su mando hasta los puelches; y assi se vinieron a amparar de él para que los pusiesse en gracia con los españoles. Oyó su embaxada el Sargento Mayor Francisco Rodriguez, hallándome yo presente y toda la gente de Boroa; y pareciéndole justa su peticion y que qualquiera que viene rendido a dar obediencia y rendir vasallage a su Magestad se le debe admitir, los recivió por amigos a todos aquellos caciques y debajo de la proteccion real, y les embió a decir saliessen de los montes y se viniessen de las tierras de los enemigos, a donde se avian ido huyendo de el rigor de la guerra, que ya no se les haria mas, y que se poblassen en sus proprias tierras y acudiessen desde alli a lo que se les ordenare en servicio del Rey. Volvieron con esto muy contentos los embaxadores, y en fee de esta palabra se vinieron a poblar sus tierras, quando a pocos dias que avian llegado y acimentádose en ellas, llega la maloca del Capitan Juan Muñoz y da en ellos descuydados y con el seguro de que estaban de paz y cógelos como unos corderos, y aunque decian que eran de paz, como avia sabido lo que habia pasado en Boroa y él pasó como a escondidas apartado por la montaña de la sierra, no hizo caso y llevólos todos captivos. No dudo sino que entonces lo hizo con buena fee, porque no sabia que avian dado la paz; pero despues que lo supo debió volverles las piezas, y súpolo despues, porque el cacique Cheine,

maloqueado, vino a Boroa a pedir sus piezas y su justicia, y diximosle como de aquel fuerte no se le avia maloqueado, sino del tercio del Nacimiento; que fuesse allá y al Gobernador a pedir su justicia. Fué y caminó desde su tierra a la Concepcion noventa leguas y volvióse vacio, porque ya se avian repartido y hecho carne y sangre, y hallaron razones para no dárselas.

En este tiempo le vino al Gobernador de Valdivia Francisco Xil Negrete merced de su Magestad del gobierno del Tucuman, y dejando encomendado el gobierno de la plaza de Valdivia a su Sargento Mayor Juan Ruiz del'Rincon, se vino por mar a la Concepcion, donde saltó en tierra con mucha salva de artilleria mas galante que el sol, con un vestido de grana bordado y un hermoso penacho de plumas; salióle a recevir a la playa el Gobernador Don Alonso de Figueroa, que era muy cortes, y aunque Negrete tuvo las cortesias que se debian a la superioridad del puesto y de el gobierno, le venció Don Alonso de Figueroa y le llevó a su mano derecha y le aposentó y regaló en su casa. Poco despues de aver salido de Valdivia sucedió que de los veintiseis soldados que diximos en el capitulo veintidos pasado (1) que se huyeron en el barco, y por las grandes olas y por entender que eran sentidos, se volvieron, y por Angachillas se fueron al enemigo y le entregaron el barco que le deshiciessen, uno de ellos llamado Juan Gomez, por tener cabida con los indios y porque le diessen la vida les prometió que les entregaria en sus manos el fuerte de las Animas y a los soldados que en él estaban. Diéronle la vida y él les dió la traza para entrar sin ser sentidos y se ofreció a guiarlos. Hizo Alcapangui una gran junta, y con su gente y los de Calla-calla, en cuyos términos estaba el fuerte a la orilla del rio de ese nombre, y escogiendo trescientos indios, escogió Juan Gomez para hazer mejor su hecho la vispera de Navidad, discurriendo que con las fiestas de la noche buena quedarian cansados y se echarian a dormir y se la podria dar el mala. Estuvo aquel dia en el presidio y la ciudad de Valdivia el Teniente Francisco Sedeño, cabo del fuerte de las Animas, y el Sargento Mayor Juan Ruiz del Rincon, que tenia nuevas de la junta que hacia el enemigo, sin saber para donde guiaba sus intentos, receloso no diesse en el fuerte de las Animas, le dijo al Teniente Sedeño que se fuesse luego a su fuerte, que avia nueva de junta y que viviesse con cuidado y tuviesse la gente en vela.

La vela que tuvo fué la de bien morir, no de la vigilancia que debiera, porque todos se durmieron y a media noche vino Juan Gomez con la junta, y por un montecito que estaba junto a la estacada fué abriendo camino sin ser sentido y metió toda la gente dentro del fuerte sin que recordassen los mas de los soldados hasta la otra vida. Algunos que recordaron cogieron sus armas, pero ya tarde y con poco fruto, que cercados de tantos indios no pudieron hacer nada. El Cabo Teniente Sedeño, con una espada ancha, peleó valerosamente y hizo mucho daño en los enemigos; mas no se pudo librar de sus manos, que al cabo le mataron y le comieron los brazos a vocados de rabia por ver la valentia con que avia peleado y el daño que avia hecho. No escapó de muerto o cautivo ninguno de todos los diez y ocho ni quien llevasse la nueva a Valdivia, aunque aquella misma noche la pudieron saber o barruntar, porque desde Valdivia, que

(1) El capítulo citado corresponde al XXIII, por error de la numeracion orijinal.

estaba como una legua del fuerte de las Animas, se vieron grandes fuegos en él a media noche, y parciéndoles que por ser vispera de pascua de Navidad se estaban los soldados holgando y tenian luminarias, no entraron en cuydado hasta que vieron que el fuego duraba hasta el cuarto del alba (que como el enemigo quemó el fuerte, duraron las luminarias hasta entonces), que sospechando lo que pudiesse ser, embió el Sargento Mayor Juan Ruiz del Rincon un barco con algunos soldados bien prevenidos por el rio de Calla-calla, los quales, quando llegaron al fuerte, le hallaron todo convertido en ceniza, y aunque saltaron en tierra y dispararon para ver si salia algun soldado o se avia escapado alguno en aquellos montes, no salió ninguno, ni se supo, hasta que despues los indios contaron lo que avia sucedido y cómo ellos mismos mataron al traydor Juan Gomez, juzgando que quien avia sido traidor a los suyos, mejor lo seria para ellos, y que su viveza no prometia menos: con que tuvo su merecido castigo.

Luego que el nuevo Virrey del Perú, el Conde de Salvatierra, supo la muerte de Don Martin de Moxica y la eleccion de Don Alonso de Figueroa por Gobernador, no la confirmó por ser nombramiento de su antecesor y quiso poner gobernador en Chile de su mano, diciendo que en su tiempo avia muerto Don Martin de Moxica y que assi a él le tocaba el poner gobernador por cedula que tienen los virreyes de su Magestad para ello. Y assi eligió para Gobernador a Don Antonio de Acuña y Cabrera, y para Gobernador de Valdivia al Maestro de campo Don Diego Gonzales Montero, por los informes que le hizo de su persona, de sus meritos, de su nobleza y conocimiento de la guerra, junto con valor y obligaciones para hacerla, el Marques de Baides, a quien dixo el Virrey: "esta eleccion toda es de US.," a quien respondió el Marques: "el Gobernador Don Diego Gonzales es hechura de Vuecelencia; le sabrá sacar muy bien de empeños."

Mientras estos dos caballeros se aperciben y navegan para venir a sus gobiernos, sucedió un caso digno de notarse en que se muestra la inconstancia de los indios.



CAPÍTULO XXVII.

Del cautiverio de el Padre Agustin de Villasa, de la Compañia de Jesus. Traicion y sacrilegio de los cuncos y el castigo que hizo en ellos el General Don Ignacio de la Carrera.

Año de 1650.—Vienen a Chiloé embaxadores de Osorno y Cunco a dar la paz y a pedir un Padre de la Compañia y un español.— Respondióles el General Uribe que traigan reenes y les admitirá la paz y dará lo que piden.— Traen reenes de caciques de Osorno y Cunco y determinasse que vaya un padre y un español. — Andan en santa competencia los Padres y delante del Señor determinan que vaya el Padre Agustin de Villasa. — Va el Padre Villasa a Osorno y Cunco con el Capitan Antonio Nuñez sin dexar reenes. — Recíbenlos con muchas fiestas y regalos. — Embia el Gobernador a Don Ignacio de la Carrera por Cabo y Gobernador de Chiloé.— Siente el General Don Ignacio que el Padre haya ido en tan mala ocasion a predicar. — Escribe el General Don Ignacio de la Carrera al Padre Villasa que se vuelva a Chiloé. — Acometen sesenta indios al Padre estando diciendo misa. - Consume el Padre de priesa, y despójanle de las vestiduras sagradas y de su ábito. —Házeles el Padre Villasa a los indios un sermon con un Christo en las manos ofreciéndose a la muerte.— Tratan de matarle y defiéndele el cacique Nancopillan y llévale a su casa y agasájale. — Revelacion del Padre Villasa del castigo de los sacrílegos. — Sale el Sargento Mayor Francisco Rodriguez con cinco mil indios de Boroa al castigo de los rebeldes. — Pelean en varias partes y alcanzan victoria los nuestros.— Supimos lo que le habia sucedido al Padre Villasa, y queriendo hazer diligencia para sacarle, nos digeron los indios que ya habia salido por Chiloé. — Lleva el enemigo las cabezas de dos centinelas de los españoles de Chiloé. - Apercibe su gente el General Don Ignacio para castigar a los enemigos. — Allana y facilita las dificultades que le ponian el General animoso Don Ignacio. — Sale en campaña y coge lengua. — Entra Nicoante a hablar al General y a decir que no era culpado. — Promete Nicoante traher al Padre y al Capitan y pide al General que no les haga mal. — Trahen al Capitan Antonio Nuñez, a su hijo y los indios de Chiloé y al Padre no. - Enojóse el General y pide al Padre. — Embia el enemigo al Padre Villasa pensando volverle a recobrar y vencer a los españoles. — Recibe el General Don Ignacio al Padre de rodillas y todos con grande alegria como a santo. - Confiesa aquella noche el Padre a los soldados y animalos con la revelacion que habia tenido de la victoria. — Embia el enemigo una espia y quieren acometer al recevir al Padre. — Detiene el General la espia. — Acometen los enemigos y sale el Padre con un Christo a ellos, y díceles que no peleen, que sabe de cierto que han de morir, y aterra a los indios. — Embisten los dos campos, mata el enemigo cuatro y a él le matan trescientos. — Insigne batalla y victoria de Don Ignacio de la Carrera. — Cantan victoria con la cabeza del que arrebató el Caliz, y mueren todos los sacrílegos menos dos.—Queda el enemigo en todas partes tan quebrantado, que da la paz. - Gloria del gobierno de Don Alonso de Figueroa que sugetó a todos los enemigos.

Era cabo y Gobernador de la provincia de Chiloé el General Martin de Uribe, y a los primeros de enero de mil y seiscientos y cincuenta le vinieron embaxadores de Osorno y Cunco ofreciéndole la paz y pidiéndole que le diesse un padre de la Compañia, el Padre Juan Lopez, de cuya virtud y zelo tenian mucha noticia; porque como las provincias de Boroa y Tolten estaban de paz y tenian españoles que los gobernassen y padres de la Compañia que les doctrinassen y bautizassen sus hijos, y avian hecho iglesia en Boroa, Tolten y la Imperial, assi querian tener ellos un español que los gobernasse, un padre que los doctrinasse, y hacer una iglesia donde

oyessen la palabra divina y se diesse a Dios el debido culto; alegando que entre ellos avia muchos christianos de los antiguos que tenian cruces en sus casas, que se acordaban de aquel tiempo en que oian misa y los sermones, tenian sus procesiones y otros exercicios de christianos. Con esto mismo avian venido algunas veces al General Navarro, su antecesor, y conociendo sus mudanzas o recelándose de sus traiciones, no avia concedídoles lo que pedian. Mas ahora el General Martin de Uribe, por no ser de todo punto incredulo, y pareciéndole que pues ya los caciques de las provincias de Boroa avian dejado las armas, que tambien estos de Osorno y Cunco querrian dexarlas, les respondió que pues mostraban tener tanta voluntad a las cosas de Dios y deseo de tener amistad con los españoles, que él les daria un padre y un español que supiesse bien su lengua y le tuviessen en su tierra para que los gobernase; pero que le avian de traher reenes mui a su gusto, y que de otra manera no se fiaria de ellos. Respondieron agradecidos al buen despacho y digeron que luego traherian algunos caciques en reenes para que se viesse la voluntad con que ofrecian la paz y pedian al padre y al español. Regalólos mucho el General, y los padres de la Compañia les hicieron muchos agasaxos, y despedidos, volvieron dentro de pocos dias con la misma demanda y trageron algunos caciques de Osorno y Cunco que se quedassen en reenes.

Viendo el General Martin de Uribe la perseverancia de los indios y que no dudaban de traher reenes, entró en consexo y todos digeron que no tenia que dudar, sino que se quedasen los caciques en Carelmapu y fuesse un Padre, que seria de grande gloria de Nuestro Señor la conversion de aquellas almas, y un español que los gobernasse, que con eso se conservarian en paz y se conseguiria una cosa tan deseada y de tanta importancia como era poderse comunicar por tierra con Valdivia, Boroa y la Concepcion. Los padres de la Compañia, que con su santo zelo de la conversion de los infieles trabajaban apostolicamente en la provincia de Chiloé, deseosos de ganarle a Dios otras provincias, tuvieron entre sí una santa competencia, porque el Padre Agustin de Villasa, que era tenido por santo de gran fervor y de un zelo apostólico, dijo al Padre Juan Lopez Ruiz que a él le tocaba esta comision por hallarse desembarazado, y que quando él muriesse en la demanda haria poca falta, y que el padre Juan Lopez Ruiz era el superior de aquella casa y no podia faltar de ella; el Padre Juan Lopez alegaba que a él le llamaban y que su deseo le tiraba con mayor fuerza, y que su falta qualquiera de los Padres la podria suplir. Ultimamente se comprometieron a irlo a consultar con el Santissimo Sacramento y saber de su Divina Magestad su voluntad y a quién escogia, y despues de una larga oracion se determinó que fuese el Padre Agustin de Villasa, que recivió la obediencia con grandisimo júbilo de su alma. Determinó el General Uribe que fuesse en su compañia el Capitan Antonio Nuñez, que sabia excelentemente la lengua y era persona de muy buen trato y de mucho agasaxo para con los indios, un hijo suyo, seis indios criados y un indiesito que llevó el Padre para que le ayudasse a misa y a hacer el catecismo y la doctrina christiana a los niños, por saberla muy bien y ayudar a los Padres en eso. Partieron con los embaxadores. Al salir de Carelmapu y al aver de dexar alli dos caciques en reenes, le pareció al General Uribe, a los padres y a otros que no era necesario que se quedassen, que bastaba

aver visto su buena voluntad, y que seria obligarlos mas el hacer confianza de ellos; con que les dijeron que se fuessen con el Padre, que hacian confianza de ellos, pues venian con tanta voluntad a ofrecerse a estar en Chiloé y carecer de sus casas y familias. Con que partieron a veintidos de Febrero, y a los nueve dias escribió el Padre Agustin de Villasa como le avian recebido todos los caciques de Osorno y Cunco con grande gusto y regocixo, haciéndole muchos camaricos, fiestas y escaramuzas toda la caballeria, y que quedaba en Cunco y le estaban haciendo una ramada de prestado para que digese misa mientras hacian una iglesia.

En este tiempo llegó a la provincia de Chiloé un navio con el situado que despachó desde la Concepcion el Gobernador Don Alonso de Figueroa y en él el Capitan Don Ignacio de la Carrera.... (1), a quien el Gobernador hizo comisario de la caballeria, y conociendo sus brios, su prudencia y arte militar, le eligió por Gobernador de la provincia de Chiloé con titulo de General, como le tienen los de aquella provincia, y le ordenó que por alli hiziesse la guerra a fuego y sangre a los de Osorno y Cunco como a rebeldes y traidores, y que los cogiesse por las espaldas y los castigasse el atrevimiento que avian tenido en el fuerte de las Animas matando y cautivando todos los españoles de él; que por la frente quedaba disponiendo que entrassen cinco mil indios de Boroa y Tolten y la Mariquina; el Sargento Mayor Francisco Rodriguez con su compañia de Boroa y el Capitan Luis Gonzalez con la suya de la Mariquina, y algunos soldados escogidos de la plaza de Valdivia, para que por una y por otra parte se hiciesse un gran castigo en Alcapangui y todos los rebeldes. Llegado a Carelmapu el navio y el General Don Ignacio de la Carrera, fué recebido de todos con mucho gusto, y luego le dió parte su antecesor, el General Martin de Uribe, de todas las cosas de la provincia y de lo principal, que era de cómo los enemigos con quien aquella provincia de Chiloé tenia guerra, muy de atras avian venido a dar la paz desde el rio Bueno hasta alli, en que se contienen las provincias de Osorno y Cunco; cómo se la avia admitido y embiado para que les predicasse al Padre Agustin de Villasa, un Padre tenido por santo y baron apostolico, y al Capitan Antonio Nuñez para que los gobernasse, y cómo acababa de recebir cartas suyas del gusto y regocixo con que los avian recevido todos los caciques.

Quando oyó esto el General Don Ignacio de la Carrera, sintió grandemente la ida del Padre y el Capitan, recelando algun mal suceso, diciendo que no sabian a quienes avian entregado aquel santo varon y refiriéndoles las traiciones de Alcapangui y la gente de Osorno y Cunco, y como la noche buena avian destruido el fuerte de las Animas, el órden que trahia de castigarlos, y las prevenciones que allá se quedaban haciendo para una entrada de grande aparato. Trató luego de echar gente a los caminos para coger lengua y saber lo que pasaba, y de escribir al Padre Agustin de Villasa lo que pasaba para que se volviesse a Chiloé o que obrasse conforme viesse que se hubiesse obrado por la parte de Boroa; que avian de venir cinco mil indios y el Sargento Mayor Francisco Rodriguez abrasando la tierra hasta el rio Bueno, y que quizá pasarian de esta otra parte; que aunque era muy proprio de los hijos de la Compañia el arriesgar sus vidas por la conversion de los infieles,

(1) Palabra inintelijible. Parece dijera *tur guicn*, es decir, el segundo apellido de Carrera, que era Iturgoyen.

que al presente estaban mal dispuestos los indios, muy rebeldes contra los españoles y relamiéndose en su sangre, pues acababan de cautivar y matar todos los soldados del fuerte de las Animas, y que sus paces eran fingidas y no avia sido tiempo oportuno para averse puesto en semejante riesgo sin esperanza de fruto, aunque acá le avian concevido, y assi que le suplicaba se volviesse con brevedad buscando ocasion y dándoles buenas esperanzas de que volveria en otra mexor.

Por presto que fué esta carta del General Don Ignacio de la Carrera al Padre Agustin de Villasa, ya le avian preso y cautivado los indios, como se supo de un indio que cogieron las centinelas, y mas en particular por una carta del mismo Padre que escribió del cautiverio, y la pondré mas latamente en su vida, y en suma dice: que luego que escribió del gusto con que le avian recebido, estando en Cunco diciendo misa en la ramada que le avian hecho, y oyéndola el Capitan Antonio Nuñez, su compañero, y ayudándole el indiesito que avia llevado, vino una tropa de sesenta indios con grande algasara y griteria diciendo como suelen: ¡Lape, Lape! que quiere decir: ¡muera, muera! Acababa de alzar la segunda hostia, y a este alboroto tan grande tomó el caliz en una mano y en la otra la hostia y consumió apriesa la sangre de Christo, porque no corriesse peligro de que la derramassen aquellos barbaros, y luego la hostia, y poniendo el caliz sobre el altar, llegaron furiosos a tirar de los manteles y le derribaron en el suelo, y le cogió el indiesito que ayudaba a misa, y acudiendo unos a desnudar a pedazos al Padre de las vestiduras sagradas y de sus vestidos, otros acudieron a desnudar al Capitan Antonio Nuñez, y tirando uno un machetazo, el indio que ayudaba a misa al Padre extendió la mano con el caliz para reparar el golpe, y viéndole el agresor se le quitó y le desnudó tambien, andando todos a la rebatina por el ornamento sagrado y los libros que el Padre llevaba. Llevaron preso al Padre y al Capitan delante del Concilio de los caciques que estaba alli cerca juntos, y unos decian ¡muera, muera! y otros detenian el furor de los mas rebeldes.

El Padre Agustin de Villasa, tomando un santo Christo en las manos, que avia defendido de los que le despojaron, dixo a los indios con gran fervor: "No me pesa de la traicion y sacrilegio que aveis hecho por mí, sino por vosotros, que os ha de castigar Dios un atrevimiento tan grande y una traicion tan de barbaros, pues aviendo yo entrado en vuestras tierras debajo del seguro de vuestra palabra y viniendo a enseñaros el camino del cielo y a procurar el bien de vuestras almas, me aveis despojado de las vestiduras sagradas y de mis vestidos, y ahora me trahis aqui para matarme: ojala me matáredes, que para mí fuera grande dicha morir por la fee de mi Señor Jesuchristo. No penseis que temo el morir ni que deseo el vivir, antes me holgaré verme estirado en un palo, como lo fué este Señor por nosotros; a este Señor aveis ofendido, él es el que os puede salvar y siempre tiene los brazos abiertos para recevir a los pecadores."

Ibales haciendo el Padre un fervoroso sermon y ofreciéndose a cuantos martirios le quisiessen dar, y atajáronle diciendo que no hablasse mas. Ubo entre ellos su consexo sobre si los matarian alli luego o lo dejarian para despues, y el cacique Naucopillan, Toqui General de Osorno de la banda del rio Bueno que mira a Chiloé, los favoreció y rogó a los demas que los dejassen con las vidas para lo que en adelante se pudiesse ofrecer; hízole volver al Padre su capa, el breviario y los libritos,

y en calzon y jubon, desnudo de pie y pierna y descubierta la cabeza, le llevó consigo a su rancho y le agasaxó mucho y le buscó unos zapatos; y alli tuvo tambien al Capitan Antonio Nuñez y al indio de el Padre, regalándolos con quanto tenia, y quando los indios de Cunco, que son mas inquietos y mas caribes, andaban por matar al Padre y al Capitan, los escondia en las montañas. Tuvo el Padre Agustin de Villasa revelacion de Dios, entre otros muchos favores que su Divina Magestad le hacia, del castigo que les avia de venir a los indios sacrilegos, y con lagrimas y sentimiento de la perdicion de sus almas se lo dixo un dia al cacique Naucopillan, que viéndole llorar al Padre sin consuelo y sin querer comer bocado, le preguntó qué tenia o quién le avia offendido en su casa? A quien respondió el Padre: no lloro por mis ofensas sino por las de mi Dios, y porque me ha dicho el castigo que os ha de venir, y siento que se han de perder muchas almas.

Ordenado avia, antes que esto sucediesse en Cunco, el Gobernador Don Alonso de Figueroa que saliesse el Sargento Mayor Francisco Rodriguez al castigo de los indios de Calla-Calla y Osorno que están de esta banda del rio Bueno, assi por su rebelion como por aver pegado fuego al fuerte de las Animas y cautivado y muerto todos sus soldados, y en execucion de este órden salió con su compañia de Boroa con cien soldados que le embió el Gobernador del Nacimiento, los soldados de la Mariquina y algunos a cargo del Capitan Luis Gonzalez, el Capitan Baltazar Quixada con los de Tolten y el Capitan Don Luis Ponce de Leon con Chicaguala y Manquecante, Catinaguel, Tinaqueupu y cinco mil indios de las provincias de paz, y talando las tierras de Alcapangui y abrasando todas sus rancherias, pasaron haciendo los mismos daños y destrozos hasta el rio Bueno. Hallaron al enemigo junto y que tenia echadas en los pasos angostos sus emboscadas, y llegando a Guichaco, salieron de repente algunos indios con españoles fugitivos con sus arcabuces y cortaron la marcha de los nuestros, pero acudiendo la arcabuceria y el Capitan Luis Gonzalez con ella, los derrotó, sin daño considerable de nuestra parte, mas de dos o tres indios amigos heridos. Pasaron a los llanos de Valdivia y Osorno y alli presentó el enemigo la batalla; pelearon valerosamente el Capitan Luis Gonzalez, Don Luis Ponce y todos sus soldados, y señaláronse de los amigos, Tinaqueupu, Guilipel y Chicaguala, que victoriosos cortaron la cabeza de un indio principal, de muchos que mataron, y cantaron victoria derrotando al enemigo y cautivándole muchos indios. De estos supimos lo que le avia sucedido al Padre Agustin de Villasa de la otra banda del rio Bueno, como le avian querido matar y que Naucopillan le avia defendido y tenido en su casa. Y tratando yo con el Sargento Mayor Francisco Rodriguez de que pasássemos a la otra banda del rio Bueno a sacarle o que embiássemos mensageros a los indios para que nos le diessen en trueque de los prisioneros que teniamos, nos dijeron los indios que ya no estaba el Padre en Osorno, de la otra banda del rio, porque el cacique Naucopillan que le tenia le avia llevado a Chiloé, con que desistimos de hacer diligencia por sacarle. Y verdaderamente nos mintieron los indios: que todavia estaba en Osorno y en cautiverio, y guardaba Dios la gloria de sacarle y una gran victoria para el General Don Ignacio de la Carrera, como se verá.

Para asegurar los caminos embió el General Don Ignacio de la Carrera ocho es-

pañoles y diez indios que hiziessen centinela mientras apercibia su gente para salir a campaña a rescatar al Padre Agustin de Villasa, Capitan Antonio Nuñez y los demas, y sacarlos con maña o a fuerza de armas, y castigar a los traidores y sacrilegos. Y estando guardando los caminos los referidos, les acometió una tropa de cien indios teniendo en su resguardio cuatrocientos, y degollando dos en la folla (1), se retiraron con sus cabezas, sin que fuesse posible darles alcance los españoles y indios que despachó en su seguimiento. Encendióse mas en corage el General viendo el atrevimiento de los indios y quan fingidas avian sido las paces que avian venido a dar poco antes a su antecesor, y assi apercibió para salir al castigo la mas gente española y indios amigos que pudo, que fueron hasta cuatrocientos. Muchas fueron las propuestas y contradicciones que asi españoles como indios hicieron a esta jornada, diciéndole al General que mirasse que estaban ya en mediado Abril, que en aquella tierra es por aquel tiempo el invierno, las lluvias continuas por estar en tanta altura y tan cerca al Estrecho, que los pantanos y rios se hacian invadeables, que iban mas expuestos a perder que a ganar, y que el Padre y el Capitan estaban vivos y bien tratados del Gobernador de Osorno Naucopillan, que a la primavera se haria la jornada con mas logro y menos riesgo.

A todas estas dificultades respondia el General Don Ignacio que no era tan poco mirado que quisiesse ir a perder sino a ganar, ni pelear con los tiempos sino sugetarse a ellos, pero que saliesse a campaña, que si el tiempo les terciaba bien penetraria a la tierra del enemigo, venciendo dificultades; que esta ocasion era en la que se avia de mostrar el ardimiento de tan valerosos soldados y la que pedia que todos hiciessen mas de lo posible; que siendo la causa tan de su Divina Magestad, tan de aquella provincia ofendida, tan de la religion ultrajada, se podian asegurar el favor del cielo, y con estas y otras discretas y fervorosas palabras se animaron todos a salir a la venganza y restauracion de los suyos.

Previno para llevar cuatro embarcaciones capaces de a treinta hombres cada una para pasar el brazo de mar que divide a Carelmapu y la provincia de Chiloé de la tierra firme de Chile y Cunco, y para lo que se pudiesse ofrecer en los rios, que como era ya invierno era prevencion advertida y forzosa. Llegó a veinte y siete de Abril tres leguas de la poblacion del enemigo, aviendo caminado por la espesura de los bosques por no ser sentido, y abriendo nuevos caminos y sintiendo el enemigo en ese alojamiento, tocó arma con sus cornetas y vocinas y todos se pusieron a vista de los españoles y a reconocer sus intentos. Fortificóse el General y embió al mismo tiempo cien caballos a coger lengua, ordenando al Capitan Antonio Perez de Mendoza, cabo de la gente, que no intentasse otra faccion, y sucedióle tan felizmente que dentro de una hora se retiró, trayendo prisionero uno de los corredores del enemigo, de quien se informó el General de quanto le pareció conveniente, de cómo el enemigo se iba juntando para pelear. Llovióles aquel dia con la fuerza y teson que suele en aquel pais, y amaneciendo claro el siguiente prosiguieron la marcha y a pocos pasos descubrieron los corredores de la manguardia una tropa de cien caballos en una eminencia y por capitan de ellos el cacique Nicoante, el qual se vino solo rendidas las armas a hablar al General Don Ignacio y propuso

(1) Asi dice el orijinal.

que su corazon era fiel y no de los culpados en la traicion; que el Padre Villasa y el Capitan estaban vivos y en casa del cacique Naucopillan, gobernador de Osorno, y que para restaurarlo el medio mas eficaz seria no maloquearles ni correr la campaña; que con este seguro él se ofrecia a embiar luego por ellos, disponiendo primero la voluntad de los caciques mas principales para entregárselos.

En esta fee concedió la propuesta, atendiendo a que el negarla podria resultar en daño de los prisioneros cuyo rescate y libertad era el principal blanco de aquella jornada; y aviendo partido a la execucion Nicoante, contento y agradecido a la piedad del General, prosiguió la marcha y se fortificó aquella tarde en la vega de Naucopillan, ribera del rio de Osorno. Ordenó que ningun soldado, pena de la vida, hiziesse daño al enemigo, cuya poblacion tenia a la vista, estando siempre alerta por lo que pudiera suceder. El dia siguiente recivió carta del Padre Agustin de Villasa, y le trageron al Capitan Antonio Nuñez, a su hijo y los demas indios que avian ido con él de Chiloé, sin traer al Padre; embiándole a decir los caciques que el Padre estaba lejos y que por eso no le traian, con otras razones frívolas; a lo qual les respondió el General Don Ignacio que sabia que estaba alli y que si no le embiaban conoceria que le querian entretener y que le faltaban a la palabra prometida, y tomaria venganza de su agravio, y que no usase mal de su benignidad, porque le sobraban alientos, y su gente estaba como leones atados por vengar sus injurias, y si los soltaban, él y ellos harian tal risa en su gente que les pesasse de no averles cumplido la palabra que el dia antes le avian dado en traerle al Padre. Pidiéronle que no se enojasse, que aquel dia vendria el Padre antes de puesto el sol.

Avian hecho tiempo los indios para que se juntassen todos sus soldados; por eso detenian al Padre, y muchos eran de parecer que le retuviesen y presentassen la batalla a los españoles. El cacique Naucopillan les dixo que le entregassen, que assi como assi le avian de restaurar y al Capitan Antonio Nuñez, pues todos los españoles y indios amigos eran suyos, siéndoles imposible librarse de sus manos por ser tan pocos. Pareció a todos bien el consejo y embiaron al Padre, a quien recibió el General Don Ignacio de la Carrera incándose de rodillas y teniéndole el estrivo para que se apeasse, mirándole como a santo y reverenciándole como a varon apostólico, le besó la mano, y echándole los brazos encima se enterneció con él, diciendo que quisiera averse puesto a mayores riesgos y vencido mas dificultades, por la dicha de ver y sacar de cautiverio a un varon tan santo. Fué igual el regocijo en todos los soldados y indios amigos, que todos le amaban y reverenciaban como a varon del cielo, y lloraban de gusto de aver empleado tan bien su jornada, animándose tanto con su presencia que no hacian caso de las prevenciones que supieron que hacia el enemigo para acometerles y quan fiado estaban en la multitud de indios que se avian juntado, que eran mas de dos mil, todos con soguillas para atar cautivos christianos. Animó el Padre la gente española para pelear por la causa de Dios, certificándoles que avian de alcanzar victoria, porque avia tenido revelacion de ello de Nuestro Señor y assi les aseguró de la victoria. Estuvo confesando toda la noche a quantos pudo, y al cuarto del alba, haciendo con todos un fervoroso acto de contricion y una breve plática con un Christo en las manos, absolvió a los que no se avian podido confesar.

Pero antes de embiar al Padre los ene-

migos, despacharon un indio muy práctico y buen soldado al General Don Ignacio, con un cordero por señuelo y para disfrazar su intento, que era de que reconociesse el cuartel de los españoles y volviesse avisar por qué parte podria acometer al tiempo que llegase el Padre y estuviessen divertido en su recevimiento y abrazos. Mas el astuto General recivió el cordero y con buenas palabras y con promesa de embiar en correspondencia algunas prescas a los caciques, detuvo a Capulavin, con que él desde el cuartel dió voces al campo del enemigo que estaba cerca, diciendo como el General los detenia para que les llevasse algunos regalos; y como puede tanto en éstos la codicia, por no perderlos le respondieron que ya iba el Padre y que reciviesse los presentes y los tragesse; y con el cuidado y advertencia con que estaba no le dejó ir, y el enemigo, que estaba brotando fuego para embestir, le tocó aquella noche once armas, haciendo otras tantas veces amagos de acometer; pero no se atrevió hasta la mañana, que lo executó embistiendo con quinientos caballos y mil y quinientos infantes.

Y derribó en el suelo el General Don Ignacio de la Carrera la estacada con que se avia fortificado para que su gente pelease con mayor brio y sin esperanza de acogida, y salió al encuentro del enemigo con grande valor y bien ordenado esquadron. Aquí se adelantó el Padre Villasa con un Christo en las manos, descalso y en cuerpo, como salió del cautiverio, y les dijo a los enemigos, con una voz terrible, que ellos mismos digeron despues que les avia asombrado y que les avia parecido que salian rayos de su boca: "Mirad lo que haceis, desdichados, deteneos, no peleis; mirad que aveis de morir infaliblemente; y no dudeis en ello, que lo sé de cierto, y me duelo de la condenacion de vuestras almas; no os metais en pelear, que venis ciegos a pagar la pena que merecian vuestras traiciones y sacrilegios."

El general don Ignacio, viendo que el padre, llevado del fervor, le iba empeñando, le retiró al medio del batallon, y haciendo señas de acometer, lo hizo con vizarria al son de sus caxas y trompetas con doscientos hombres de a caballo y doscientos infantes. El enemigo con la furia del primer encuentro le mató al General Don Ignacio su trompeta y dos españoles, y mas encendido en saña con la sangre de los suyos, embistió segunda vez, siendo siempre el primero, y detuvo el furor del enemigo, matándole muchos indios. Pelearon de entrambas partes con igual arresto y perseverancia, durando la batalla mas de dos horas, hasta que el enemigo, viendo tantos cuerpos muertos y tantos heridos, y el esquadron de los españoles siempre entero y sin poderle hacer mella, fué volviendo las espaldas y huyendo a toda priesa. Quedaron trescientos indios muertos, fueron casi otros tantos heridos, que como era ya invierno murieron muchos de ellos; de los nuestros murieron dos españoles solos y dos indios.

Fué una de las insignes victorias que se han alcanzado en Chile y de singulares circunstancias, porque las dos primeras cabezas que se cortaron para cantar victoria, sin eleccion entre tantos muertos, fueron la del cacique Nemucheo, que fué el que acaudilló la gente sacrilega y el que arrebató el caliz consagrado, y de otro su compañero, y de los sesenta que acometieron al Padre y le despedazaron las vestiduras sagradas, murieron los cincuenta y ocho, escapando solo dos que despues pagaron su pecado. Retiróse el victorioso General con muy buen concierto, y hallando que el enemigo le tenia cogido un paso forzoso, apeó la caballeria y dióle una em-

bestida en que le mató ocho indios y le puso en huida, con que no le hizo mas oposicion y llegó con bien a Chiloé, con dos indios prisioneros y la gloria de aver sacado de cautiverio al Padre y al Capitan, que fueron recividos en Chiloé con grande aplauso y fiesta, dando al Señor muchas gracias por tan feliz suceso a todos visos grande.

Lo mayor de esta victoria fué aver quebrantado de tal suerte la altivez del enemigo, que temeroso de mayores castigos se rindió y embió mensages de paz, pidiendo misericordia, yendo y viniendo los caciques a Carelmapu a ofrecerla con muestras de muchas veras y de mucho arrepentimiento de lo pasado. Y fué universal este quebranto de el enemigo, porque los de Calla-Calla y la otra parte de Osorno fueron tambien, rendidos al castigo que les avian hecho las armas de Valdivia, a ofrecer la paz a su Gobernador, haciendo lo mismo los puelches, embiando sus mensageros al cabo y Gobernador de Boroa, pidiendo ser admitidos a la paz y que cesassen las malocas en sus tierras, pues ellos nunca avian sido enemigos ni tomado las armas, sino provocados; y tras los mensages vinieron los caciques de Epulabquen y la otra banda de la cordillera a ofrecer la paz. Gloria fué esta grande del Gobierno de Don Alonso de Figueroa, que debiera durar siglos enteros, pues en solo un año quebrantó de suerte al enemigo que le deshizo toda su arrogancia y la rueda con que se pavoneaba, y con su trabaxo sembró lo que otros cogieron, como se verá en el libro siguiente.



LIBRO X.

LAS PACES DE ACUÑA.

REBELION JENERAL.

LIBRO DÉCIMO.

HISTORIA GENERAL DEL REYNO DE CHILE
Y NUEVA ESTREMADURA.

CHILE PACIFICADO Y VUELTO A REBELAR.

EN QUE SE TRATA DE LAS PACES GENERALES QUE EL GOBERNADOR DON ANTONIO DE ACUÑA Y CABRERA ASSENTÓ EN TODO EL REYNO, SIN QUE QUEDASSE PROVINCIA REBELDE QUE NO DIESSE LA PAZ; Y CÓMO AL FIN DE SU GOBIERNO SE REBELARON TODAS, CAUSANDO EL MAS LAMENTABLE ALZAMIENTO QUE HA HABIDO EN CHILE.

CAPÍTULO I.

Elige el Virrey del Perú para Gobernador de Chile al General de el Perú Don Antonio de Acuña y Cabrera; toma posesion del gobierno y ordena que no se haga guerra a los puelches.

Año de 1650. — Elige el Virrey para gobernador a Don Antonio Acuña y Cabrera. — Escógele entre muchos. — Carta de el Virrey a Don Antonio de Acuña y Cabrera llamándole al Gobierno. — Leva una compañia y embárcase para Chile. — Entra en la Concepcion a cuatro de Mayo. — Solicita la provision de los tercios y presta plata para comprar víveres. — Avisa el autor al Gobernador cómo dan la paz los puelches. — La guerra que se ha hecho a los puelches se ha conocido ser injusta. — Ordena el Gobernador que no se haga guerra a los puelches.

Aviendo dado cuenta el Gobernador Don Alonso de Figueroa al Conde de Salvatierra, Virrey de el Perú, de la muerte de su antecesor Don Martin de Moxica, hizo el sentimiento que la falta de tan grande Gobernador merecia, y con el conocimiento de sus grandes prendas, la llamó gran pérdida a la suya; y como para aver de nombrar sucesor que llenasse tan gran vacio entrasse en mucho cuydado y quisiessen muchos entrar en él, o por pretensores o por favorecidos, tubo mucho que pensar. Hallábase con un hermano que pudiera llenar este y otro mayor puesto, y sin mirar a particulares respetos, puso la mira en el Maestro de campo Don Antonio de Acuña y Cabrera, que lo era del tercio de el Callao y General de todos los Reynos de el Perú, el primero que estrenó esta plaza de mano de su Magestad, singular por rara y inestimable por primera. Y con estar doscientas leguas

distante, ocupado en el officio de corregidor de Cabaña y Cabañilla con retencion de sus puestos, no estorvó la distancia para poner en él los ojos con mas cariño que en otros que a su vista servian y solicitaban su agrado: que a quien discierne meritos no hacen estorvo las distancias. Conocia el Virrey los de Don Antonio de Acuña por el nombre que le avian merecido sus servicios en Flandes y por las experiencias que tenia de su arte militar, y assi le buscó y solicitó, mirando al mayor servicio de Dios y de el Rey, escribiéndole una carta a su corregimiento que por trasladar en ella el Virrey su recta intencion y su mira al mayor servicio de el Rey y la estima que hacia de Don Antonio de Acuña y Cabrera sobre todos quantos avia en el Perú, siendo assi que avia muchos que descollaban entre muchos grandes, la pondré aqui, y es de el tenor siguiente:

"Señor Don Antonio: bien me conoce Vm. y yo conozco sus buenas partes y experiencias militares, porque aquello que se exerce en la juventud jamas se olvida. Yo amo tanto el serviçio de el Rey, que pongo a Dios por testigo que nunca me he apartado de todo aquello que he juzgado por mas conveniente a él. Tubo aviso de Chile de que avia muerto el Señor Don Martin de Moxica, que gobernaba aquellas provincias, y sentílo como pérdida tan grande, porque sus partes eran de grande estimacion. Halléme aqui con un hermano con quince años de Flandes en guerra viva, y sus achaques, de no hallarse con buena salud, me hacen buscar a Ud. en Cabaña y Cabañilla, pareciéndome algo el servicio de el Rey, y confio en Dios ha de ser de este mi acierto. Véngase Vm. quanto antes, que aqui le daremos sus despachos de Gobernador, Presidente y Capitan general, esperando de su Magestad confirmacion a Vm. en este tan lucido puesto, a que yo no desayudaré. Y aceptando y teniendo los despachos, ya se dexa considerar quán diferente es la cortesia. Guarde Dios a Vm. y le traiga con bien.—Lima, primero de Julio de mil y seiscientos y cuarenta y nueve. —*El Conde de Salvatierra.*"

Recevida por Don Antonio esta carta, se puso luego en camino, dejando su casa para que le siguiesse, y llegado a la ciudad de los Reyes fué recevido de el Virrey con mucho gusto y cortesias y con mucho aplauso de toda la ciudad. Dispuso el Virrey que se levasse en Lima una compañia de infanteria española y por capitan de ella el Alferez Don José de Salazar, y aviendo levado setenta y cinco hombres de buena disposicion, se embarcaron con el Gobernador en el navio que trahia el real situado, a cargo de el Capitan Juan de Alderete, haziéndose a la vela en el puerto de el Callao a veinte y seis de Marzo de mil y seiscientos y cincuenta. Duró la navegacion cuarenta y dos dias y entraron a los cuatro de Mayo en el puerto de la Concepcion con una tormenta desecha que ya levantaba el navio a las estrellas y ya le sumergia en el profundo. Mas, favorecidos de el patrocinio de Nuestra Señora de las Nieves, que con singular proteccion favorece los situados, llegó con bien a dar fondo a la barra y el dia siguiente tomó posesion de su gobierno con grande regocixo, aplauso y salvas de artilleria, como se acostumbraba recevir a los gobernadores. Trató luego de hazerse capaz de las materias de el Reyno y de la guerra, que en materias de guerra no ha de aver dilacion para otro dia. Informóse del Maestro de campo de el Reyno Juan Fernandez Rebolledo, que como tan capaz le advirtió de todo muy por menudo, y sabiendo que los tercios necesitaban de bas-

timentos, vacas y caballos, y que los soldados estaban desnudos, prestó catorce mil pesos, por no aver plata en las caxas reales, para comprar viveres, vacas y caballos, cometiendo el cuydado de hacer esta provision al Capitan Don Gonzalo Gonzales de Mendoza, que lo hizo con la puntualidad y cuydado que pedian sus obligaciones. Embió a su cuñado Don Juan de Salazar a la ciudad de Santiago para que levasse una compañia de a caballos y quiso hallarse presente a la distribucion de el real situado y visitar los tercios y los fuertes, assi para pasar muestra como para conocer a los soldados y darse a conocer a todos y dexarlos consolados, vestidos y socorridos de su mano: que alienta mucho al soldado la vista de su general, y su asistencia es de grande importancia para que se les distribuya el socorro con igualdad y entereza.

Viniéronle a dar la bien venida de todas partes diversos embaxadores, de la ciudad de Santiago, de Chillan, de los tercios y de el fuerte de Boroa; y en esta ocasion escribí a su Señoria dándole la bien venida y parte de las pazes que ofrecian los indios puelches de la otra banda de la cordillera y de cómo la guerra que se les avia hecho hasta aqui no avia sido justificada de nuestra parte, por quanto aquellos indios avian dado la paz en tiempo del señor Gobernador Don Martin de Moxica, y no aviéndola quebrantado, les comenzó a maloquear el Capitan Juan de Roa y los amigos de Boroa, y ellos por defenderse de sus invasiones avian hecho tambien algunas malocas, y que la causa de aver comenzado nosotros a hazerles guerra, avia sido por mal informe que el Capitan Juan de Roa avia tenido de los amigos de que avian venido mil puelches a coger las mil vacas que iban a Valdivia, llamados de los de Calla-Calla y Curiguanque; y con las pazes que los de Calla-Calla ofrecian avia hecho informacion del caso y todos los caciques avian declarado cómo ni avian llamado a los puelches en su ayuda, ni avian venido, ni avia habido lugar de venir de la otra banda de la cordillera, porque el robo de las vacas fué un pensamiento, que no hicieron sino llegar y dar de repente en ellas. Y assi, que se avia convencido y aclarado su inocencia y quán sin causa los avian comenzado a hazer guerra, y que los puelches jamas nos la avian hecho, ni aun quando se destruyeron las ciudades antiguas ni ahora la querian hazer, y assi que su Señoria se sirviesse de mandar que no se les hiziesse maloca ninguna. Consultó el Gobernador el caso, y vistas y ponderadas por todos los del consexo de guerra y por muchas personas doctas las razones, ordenó su Señoria al cabo y Gobernador de Boroa que en ninguna manera se hiziesse maloca ni guerra alguna a los puelches, y a mí me escribió agradeciendo el aviso y estimando que defendiesse la causa de los inocentes y que no avian concurrido a la traicion ni dado causa para hacerles la guerra, y que no dejasse de favorecerlos y darle los avisos necesarios para el servicio de el Rey y conservacion de los indios de paz; que su deseo era ampararlos y conservarlos sin mirar a intereses de piezas ni esclavos. Y siempre conservó este desinteres y buena intencion, y de su parte fué un Gobernador acepto y querido de la milicia y que mostraba grande amor a los soldados y se compadecia de los pobres. Y assi los socorrió y consoló en sus trabaxos, visitando los fuertes y los tercios, ocupacion en que tuvo bien que hacer y en que le dexaremos hasta despues.

CAPÍTULO II.

Cómo el Maestro de Campo Don Diego Gonzales Montero entró a ser Gobernador de Valdivia y le dieron la paz Osorno y Calla-Calla.

Elige el Virrey por Gobernador de Valdivia al Maestro de Campo Don Diego Gonzales Montero. — Titulo de Maestro de Campo de Don Diego Gonzales Montero. -- Tormenta que tuvo en el mar el Gobernador Don Diego Gonzales Montero. — Es bien recevido y trata de hazer la guerra. — Trata con Cobiante de hazer la guerra y de rescatar los captivos. — Ofrécele Cobiante el poner de paz la tierra y darle los captivos. — Da libertad el Gobernador Don Diego Gonzales a Cobiante y a otros. — Parlamento de Cobiante a los caciques de Osorno y Calla-Calla, rebeldes en orden a la paz. — Ofrecen dar la paz, como les perdonen lo pasado, los caciques de Osorno. — Vuelve Cobiante a Valdivia con nuevas de paz y con dos captivos, y es causa de que salgan muchos mas de trescientos. -- Lleva Cobiante a los caciques de Osorno y Calla-Calla perdon y licencia para venir a ver al Gobernador de Valdivia. — Determinan los caciques ir a Valdivia y embiar mensage de paz a Chiloé, Boroa y Mariquina. -- Admite el Gobernador de Valdivia la paz con los de Osorno y Calla-Calla.

Como para elegir Gobernador para el Reyno de Chile, la entereza y atencion del Virrey de el Perú, Conde de Salvatierra, dexados otros respectos particulares, puso la mira en buscar y elegir a la persona que juzgó ser mas digna y mas aproposito eligiendo a Don Antonio de Acuña y Cabrera, assi para elegir Gobernador para el Presidio de Valdivia, por ausencia y promocion de el Gobernador Francisco Xil Negrete, eligió la persona que juzgó mas digna y de mayores meritos, que fué al Maestro de campo Don Diego Gonzalez Montero: que en la eleccion de ministros no se ha de ladear el principe al interes ni al favor, sino atender con rectitud a los meritos, y mas para puestos militares que piden hombres no como quiera sino muy hombres. Alexandro Severo mereció los aplausos de Emperador prudente porque supo elegir gobernadores y generales para la guerra y no para el interes, y no merece menos aplausos el Conde de Salvatierra por buscar hombres para los puestos y no puestos para los hombres, y por elegir los ausentes, olvidados de pretensiones, dejando los presentes que las solicitaban. Tal fué la eleccion del Maestro de campo Don Diego Gonzalez Montero, que estando, no doscientas leguas distante, como Don Antonio de Acuña, sino quinientas, le escogió de Valdivia, mirando solo al servicio de el Rey y a poner persona de las prendas para Gobernador de la nueva poblacion necesarias para un puesto de tanta reputacion. Y porque se vean las de el Maestro de campo Don Diego, pondré aqui el titulo que le dió de Maestro de campo el Marques de Baydes, que fué el informe que de su persona hizo al Virrey como de el mas digno de aquel puesto.

Don Francisco Lopez de Zúñiga, Marques de Baydes, Conde de Pedroso, Señor de las nueve Villas, de los Estados de Zúñiga y Tobar, Caballero de la Orden de Santiago, de el Consexo de su Magestad, Gobernador y Capitan general de este Reyno de Chile y Presidente de la Real Audiencia de él. Por quanto al servicio de su Magestad conviene probeher la plaza de Maestro de campo general de este Reyno y de el real exército y gente de guerra de él en persona de entera satisfaccion, calidad y partes, y de experiencia en cosas de la guerra, en lugar de el Maestro de campo Alfonso de Villanueva Soberal, y porque estas y otras muchas y las necesarias para el dicho oficio concurren en la persona de el Maestro de campo Don Diego Gonzales Montero, por la autoridad de su persona, capacidad y actividad, notoria y conocida nobleza y ser hijo lejítimo de el Capitan Antonio Gonzales Montero y Marmolexo, que passó a este Reyno de los de España, llamado para servir en él a su Magestad por el Señor Don Rodrigo Gonzales Marmolexo, su tio, primer Obispo de este Reyno, mas ha de ochenta años, donde se ocupó en el real servicio mucho tiempo, como se motiva y parece en la merced y título que tiene de la encomienda de indios y consta de informacion fecha de oficio en la Real Audiencia de Santiago y por otra fecha en la de los Reyes de el Perú. Consta assimismo que el dicho Señor Obispo fué electo en esta dignidad por la catolica y real Magestad de el Señor Emperador Carlos V, por los muchos y calificados servicios que le hizo en las conquistas de el Perú, que continuó en este Reyno, asi en lo espiritual como en lo temporal, procurando con todo affecto y amor de Dios y zelo de la religion christiana, para bien de las almas, plantar y extender la fe entre los naturales de este Reyno con su doctrina y educacion, a donde assimismo vino por Vicario general para su conquista y ayudó a ella con muchas dadivas y prestamos de hazienda y teniendo un navio en las costas de este mar para abastecer de mantenimientos a la suya la gente de guerra de su Magestad, proveyéndoles de caballos y otros pertrechos, con que los señores gobernadores de aquel tiempo tubieron mucha ayuda y socorro en las ocasiones de necesidad, con que se consiguieron muchos y buenos effectos en el real servicio, y aunque, como unico heredero de el dicho su padre y de los dichos servicios, le eran al dicho Maestro de campo Don Diego Gonzales Montero muy meritorios; deseando tenerlos personales, a imitacion de los dichos su padre y tio y de los demas sus antepasados, que como gente noble sirvieron a los Reyes catolicos de Castilla, lo ha hecho en la guerra de este Reyno de cuarenta años a esta parte, aviendo empezado de muy tierna edad, en que continuándola ha ocupado los puestos honrosos de la milicia y otros de administracion de justicia, como todo consta de sus papeles, a que me remito, y en ellos certifica Don Francisco de Villaseñor y Acuña, Vedor general que fué de el real exército de este Reyno en 30 de Mayo de 1620: que el año de 1604, que llegó a esta ciudad a assentar y entablar su oficio, halló sirviendo plaza de soldado en este exército al susodicho, y que le consta que antes de esto avia servido a su costa en algunas campeadas, y que por averse llevado las listas y papeles originales de aquel tiempo a la Contaduria Mayor de Lima no podia certificar el tiempo en que avia assentado su plaza. El año siguiente de 1605, por Febrero de él, el Señor Alonso de la Rivera le nombró por alguacil mayor de gobierno, con facultad de nombrar tenientes para el uso de el dicho oficio, con título de capitan a guerra, y en 4 de Agosto de 1606 el Señor Gobernador Alonso Garcia Ramon le proveyó por capitan de una compañia de a caballos ligeros lanzas para la guerra de este Reyno, y en 10 de Noviembre de 1614, el Señor Alonso de la Rivera, en su segundo gobierno, le proveyó por capitan de a caballos de una compañia de el número de la ciudad de Santiago, y por muerte de el dicho señor Gobernador se aprobó y ratificó la dicha eleccion con nuevo título por el señor Licenciado Fernando Talaverano, que le sucedió en el gobierno el año de 1617, y en 10 de Junio del año de 1622 el señor Gobernador Don Pedro Osores de Ulloa le proveyó por capitan de la misma compañia, y en 8 de Setiembre de el mismo año le nombró por uno de los benemeritos de este Reyno; y en 13 de Marzo de 1623, el mismo señor Gobernador le proveyó por corregidor de esta ciudad de la Concepcion, con título de Maestro de campo y su fuerte y partidos y capitan de la compañia de infanteria que está de presidio en ella. Y en ocasion que ubo nueva de que los enemigos de Europa infestaban estas costas y estaban en el puerto de el Papudo, por Julio de el año de 1624, por provision de los señores Presidente y Oydores de la Real Audiencia de este Reyno, se le dió patente de capitan de los vecinos encomenderos de la ciudad de Santiago y de los capitanes reformados, cuya lista se le dió firmada por el Maestro de campo Don Florian Giron, corregidor y teniente de capitan general en ella. Y en 12 de Marzo de 1625 el señor Gebernador Don Fernando de Alaba y Norueña le proveyó por corregidor de dicha ciudad, con título de Maestro de campo y capitan a guerra; en primero de Junio de dicho año el señor Gobernador Don Luis Fernandez de Córdova le volvió a reelijir y nombrar en el dicho oficio de corregidor, con título de su teniente de capitan general, y en quince de Febrero le nombró por uno de los beneméritos de este Reyno, y en el mes de Marzo de 1628 fué proveido por cabo de la compañia de capitanes reformados que servian cerca de la persona de el dicho señor Gobernador, y le eligió y dió título de su consegero de guerra. Y estando nombrado por procurador general de

el real exército de este Reyno para ir a cobrar el situado a la dicha ciudad de los Reyes, se le dió licencia por seis años para poder asistir en dicha ciudad o pasar a España a sus pretensiones. Y aviendo pasado al Perú a esta diligencia, por lo bien que acudió a ella y a lo demas que llevó a su cargo a ojos de el señor Virrey, Conde de Chinchon, fué proveido por corregidor de la Villa de Cañete y Maestro de campo de ella y sus costas, y juez de bienes de difuntos. Y aviendo dado las cuentas y residencia de dichos officios y vuelto a este Reyno, el señor Gobernador Don Francisco Lazo de la Vega, mi antecesor, le proveyó por corregidor y justicia mayor y alcalde de minas de la ciudad de la Serena, sus puertos y jurisdiccion, con título de su teniente de capitan general. Y en todos los puestos y oficios que ha ocupado, desde el de soldado, siempre ha dado muy buena cuenta de su persona, cumpliendo con sus muchas y honradas obligaciones y con mucho lustre de su persona, armas, criados y caballos, haziendo muchos gastos para ello de su propria hazienda y caudal, con servicios muy particulares en la guerra y obras memorables en las republicas que ha gobernado, siendo padre y amparo de ellas y de los pobres, defensor de el patrimonio y jurisdiccion real. Que por la aprobacion con que ha servido y ha acudido a estos puestos, a satisfaccion de los señores gobernadores mis antecesores, ha sido querido y estimado, y lo es de mí, por el celo que he conocido y experimentado ha acudido y acude al servicio de su Magestad, a que se me offreció desde que llegué al gobierno de este Reyno, para seguirme en las campeadas y otras facciones, como lo hizo el año de 1641 a los principios de él y fines de el de 1640, en que se trató de la reduccion de los indios rebeldes, a que ayudó con su parecer y consexo. Y aviendo reconocido su mucho talento y capacidad, tengo hecha eleccion de su persona para que, como Procurador general de este Reyno, vaya a los de España a representar y dar parte a su Magestad del estado de él y de la guerra y sus necesidades, por tenerlas entendidas y serlo en lo militar y politico, y para que mexor lo pueda hazer y reconozca de nuevo el estado de la reduccion de dichos enemigos y de el real exército, y fiado que con la aprobacion que siempre ha de continuar el servicio de su Magestad, por la presente, en su real nombre y como su Gobernador y Capitan general y en virtud de sus reales poderes, elijo, nombro y proveo a vos, el dicho Maestro de campo Don Diego Gonzales Montero, por Maestro de campo general de este Reyno y de el Real exército y gente de guerra de él, y os doy poder y facultad para que le useis y exerzais en todos los casos y cosas a él anexas y concernientes, y para que con la insignia de tal Maestro de campo rijais y goberneis la gente de este Reyno y real exército, castillos, fuertes y fronteras de él, teniéndola y manteniéndola en buen orden y disciplina militar y con la prevencion que os pareciere convenir, saliendo con ella a la defensa y castigo de el enemigo las vezes que os pareciere, usando de el dicho cargo segun y de la manera que lo han usado, podido y debido usar los otros maestros de campo que lo han sido de este dicho Reyno y su exército y de los demas de su Magestad. Y mando al Sargento Mayor de él, castellanos, capitanes de a caballos y de infanteria, cabos de los fuertes y fronteras y a los demas maestros de campo y sargentos mayores de ciudades y partidos, capitanes de milicia y de indios amigos, lenguas y otros ministros de guerra, oficiales y soldados, os hayan y tengan por tal su Maestro de campo y os obedezcan, respeten y acaten, etc.

Estos fueron los motivos de el titulo y merced que el Virrey hizo de Gobernador de Valdivia y sus presidios al Maestro de campo Don Diego Gonzales Montero, el qual, luego que los recivió, solicitó bastimentos en la ciudad de Santiago y se embarcó en el puerto de Valparaiso con su muger y hijos. Y aviendo tenido cuatro tormentas deshechas en que se vieron perdidos, y la gente de mar determinada a barar en tierra y a coger la barca, los animó con grande esfuerzo y valor diziéndoles que a Valdivia o al cielo. Y ya velas y arboles rotos, perdidas tres anclas y maltratado el navio, llegó al puerto de Valdivia y metió el socorro en aquella plaza a tan buen tiempo que estaba pereciendo de hambre y a tiempo que, desesperados de recevirle por ser ya fin de Mayo, no le esperaban. Consoló, alegró y abasteció a los soldados, visitó los fuertes y passó muestra a toda la gente de guerra, y sin descansar comenzó luego a obrar lo necesario en los reparos de los fuertes y su artilleria y a informarse de los intentos del enemigo para comenzar luego, sin perder tiempo, a hazerle la guerra y castigar sus traiciones. Y como halló todavia humeando los fuegos de el fuerte de las Animas que abrasó el enemigo, y frescas

las lagrimas de los soldados que cautivó y mató en él, aunque se le hizo tanto daño y se le castigó tan valientemente por los soldados de aquella plaza juntos con los de Boroa y sus provincias, quiso por sí assentarles con mas fuerza y con mayor rigor la mano; pero como ya era lo riguroso de el imbierno, templó su fervor y fué disponiendo las prevenciones para quando cesassen las aguas.

Halló el Gobernador Don Diego Gonzales Montero algunos indios prisioneros en la guardia de la entrada, que avian hecho a los llanos de Valdivia y Osorno, y entre ellos al cacique Cobiante, gobernador de los llanos y indio de mucha autoridad y valor, que estuvo tambien preso en la Concepcion. Trabó con él pláticas el Gobernador diciéndole los intentos que tenia de guerrear, la gente que esperaba, quan ofendidos estaban los españoles de las traiciones de todos los de sus tierras, y que pues él estaba ya en las nuestras avia de ayudar a su castigo. Y como su principal intento, mientras se llegaba el tiempo de salir a campaña, era el sacar de captiverio los españoles que estaban en tierras de el enemigo, y que pues él era señor de esas tierras, le diesse el medio que podria tener para conseguirlo, que en eso gastaria de muy buena gana quanto fuesse necesario para sus rescates. A que le respondió Cobiante que si fuera posible perdonar a los suyos tantos delitos, él se ofrecia compadecido de su gente a ponerlos de paz, y a ir y decirles los grandes daños que se les aparexaban para que de una vez acabassen de dar la paz con firmeza. Y que los cautivos españoles que deseaba sacar, él se los traheria todos, añadiendo que no eran aquellas promesas de prisionero, que es ordinario en los tales prometer mucho por verse libres y luego no cumplir nada. Que la paz le salia de corazon y siempre la avia deseado y le avia importado mucho el aver estado cautivo entre los españoles para estimarlos mas y conocer su buen trato, y si por algo deseaba volver a su tierra, era para decirles a todos a vozes quan bien les estaba la paz, y si no la quisiessen recevir algunos, venirse con los suyos a los españoles y hacerlos guerra.

El Gobernador Don Diego Gonzales, agradado de los discursos de este cacique y usando de liberalidad con él, le dixo que le daria libertad y que no solo a él sino a otro indio que tenia alli de mucha estima, llamado Pelenamon, se la daria, y a los demas que quisiesse llevar de los presos, assi para que conociesse su nobleza, como para que a él le estimassen mas los suyos, viendo que por su causa avia dado libertad a los cautivos, y esto por obligarle mas a que él le tragesse los españoles cautivos. Quedó notablemente agradecido el cacique Cobiante y dixo al Gobernador que dentro de pocos dias volveria con los españoles que hallasse mas cercanos y con la respuesta de los caciques, y que si no quisiessen dar la paz, él se vendria con dos mil indios que tenia de lanza y le ayudaria con ellos a los buenos intentos que tenia de guerrear, que le avia agradado mucho el verle tan valiente y tan compasivo, y que en serlo conocia que era valiente, porque los que lo son, como saben pelear en la ocasion, saben tambien ser compasivos fuera de ella.

Partieron de Valdivia Cobiante y Pelenamon con los demas prisioneros que pidió, y fué a sus tierras, donde fué recevido con grande contento y con no menos admiracion de verle libre y redemptor de cautivos. Convocó toda la tierra, dió parte a todos los caciques de Osorno, Valdivia y Calla-Calla de la liberalidad que el Gobernador habia usado con él, del agrado

de su persona, de su mucha nobleza, de lo bien que hablaba la lengua de los indios y los aficionaba con la dulzura de sus palabras y con decirles que era su pariente; y de la determinacion en que estaba de hacer la guerra a fuego y sangre, y como iba previniendo el juntar con sus fuerzas todas las de Chile y Boroa, y como estaba esperando mil hombres de España, gente de Lima y de Santiago para consumirlos y poblar sus tierras con los españoles; y que para no experimentar estos rigores, sobre los que ya avian visto usar con ellos el exército español, mexor les era el dar la paz de una vez con firmeza, gozar del descanso de que gozaban los demas indios de paz, y no verse arrastrados, desterrados a los montes, abrasadas sus casas, degollados sus ganados, cautivos sus hijos, desposeidos de sus mayores, ultraxados sus caciques con destierros y cautiverios como él se avia visto; y que a no aver sido por su mucha nobleza, por su mayor ventura y por la gracia que avia hallado en los españoles, hasta ahora estuviera llorando el destierro de su patria, la ausencia de sus hijos, la falta de sus mugeres, al triste son de unos pesados grillos.

Con grande gusto oyeron todos a Cobiante y con una misma voz y un corazon le digeron: que pues él avia tenido tanta gracia con los españoles y tanta mano, que les alcanzasse perdon de sus traiciones y el seguro de sus vidas; que con mucho gusto se sugetarian a la obediencia de el Rey; que ya lo estaban ellos deseando por verse tan quebrantados y acosados por todas partes de los españoles y de los indios amigos, pues Boroa por la frente, Valdivia por el costado y Chiloé por las espaldas, todos los acosaban, todos los iban apretando y entre todos los avian de consumir bien presto, al paso que les iban haziendo la guerra. Volvió Cobiante a Valdivia con estas buenas nuevas y recados de todos los caciques y cartas que escribieron por medio de dos cautivos españoles, el uno de ellos Juan de Cáceres, que avia mucho tiempo que estaba cautivo. Traxo dos españoles, prometiendo de ir trayendo los demas, y lo cumplió, porque luego que el Gobernador de Valdivia respondió a los caciques que si de verdad querian dar la paz y no con los fingimientos que hasta aqui, se la admitiria y dieron libertad a los cautivos y trageron los indios y se vinieron de el cautiverio veinte y cinco españoles y mas de trescientos indios y indias cautivas de los amigos que en varias entradas avia aprisionado el enemigo, que fué no pequeño fruto de las pazes.

Volvió Cobiante muy agasaxado de el Gobernador y muy contento con la buena nueva de el perdon de los delitos pasados y con franca licencia para que los caciques viniessen a Valdivia a tratar con el Gobernador de el ajustamiento de las paces. Fué muy bien recevido de todos, y juntándose a consexo determinaron que veinte caciques los mas principales fuessen a Valdivia en compañia de Cobiante a dar la obediencia a su Magestad y a rendir las armas al Gobernador, y que otros fuessen a Chiloé a los mismos tratos para que la paz fuesse una por todas partes, y que assimismo se despachassen mensageros a Boroa, donde estaba la mayor fuerza, y por medio de Catinaguel, Chicaguala y Guenchuñanco, se solicitasse la amistad de el cabo de Boroa, y por medio de Manqueante la de el fuerte de San Joseph de la Mariquina, y que para que el Gobernador de Valdivia conociesse su buen pecho, le diessen todos los cautivos asi españoles como indios que avia en sus tierras. Despacháronse a un mismo tiempo los mensageros para todas partes, y salió Co-

biante con veinte caciques para Valdivia, a los quales recivió el Gobernador con salva de toda la artilleria y arcabuceria y con mucho agasaxo y regalo. Y en presencia de todos los capitanes, de los Padres de San Francisco, la Merced y la Compañia y otros reformados, puestas las compañias en ala con sus armas en la plaza de armas se trató del concierto de las paces, y con parecer de todos se las admitió el Gobernador Don Diego Gonzales Montero, advirtiéndoles que si no las avian de dar con firmeza o alguno no venia de su voluntad en ellas, que hablase claro y sin temor, que le aseguraria la vuelta a su tierra, y que el ultimo ajustamiento de las paces se avia de hacer ante el Gobernador y Capitan General Don Antonio de Acuña y Cabrera, cabeza de el Reyno de Chile, de Valdiva y de Chiloé. Y assi que él le daria luego aviso, y si les reciviesse la paz, quedaria asentada y firme para siempre, en que vinieron con mucho gusto.

CAPÍTULO III.

Viénenle nuevas al Gobernador Don Antonio de Acuña y Cabrera de cómo toda la tierra le da la paz, con mensage de Chiloé por tierra.

Embia el Gobernador de Valdivia Don Diego Gonzales a dar cuenta de las pazes de los de Osorno al Gobernador de Chile. — Carta del Gobernador Don Diego Gonzales Montero al Gobernador de Chile dándole cuenta de las pazes que ofrecen los rebeldes. — Dan todos los enemigos paz en tiempo de Don Antonio de Acuña. — Viene por tierra mensage de Chiloé con admiracion, avisando cómo dan la paz los de Cunco, Ranco y Osorno. — Recibe la paz el General Don Ignacio de la Carrera y avisa al Gobernador, dejando cuatro caciques en reenes. — Quiere el Gobernador ir a Boroa y Valdivia en imbierno, y contradicenselo todos. — Habla el Gobernador al Vedor general para que vaya otra vez a tratar las pazes con los de Osorno y Calla-Calla. — Haze elecciones el Gobernador Don Antonio de Acuña. — Lleva el Vedor general caciques de todas partes en su compañia y el cacique Clentaro y los de Boroa. — Convoca el Vedor a parlamento en Pelecaguin, raya entre Valdivia y Boroa. — Competencia de jurisdiccion entre el Gobernador de Valdivia y el Vedor general. — Apercibe los campos para Boroa el Gobernador para atajar la competencia y por hallarse al trato de las pazes.

Socorriendo el tercio de Tucapel estaba el Gobernador Don Antonio de Acuña y Cabrera, quando llegó el Sargento Mayor de Valdivia Juan Ortiz de Requena acompañado de algunos capitanes y reformados, embiado por embaxador de el Gobernador de Valdivia Don Diego Gonzales Montero a darle la bien venida al Reyno y parte de las paces que ofrecian las provincias de Osorno y Calla-Calla, que hasta ahora avian estado rebeldes, con el qual le escribió la carta siguiente:

"Ya las circunstancias parece que acreditan uno de los mayores movimientos que en cuarenta años han sido vistos, de que debe US. dar muchas gracias a Nuestro Señor, pues para su tiempo parece tuvo Dios, y para el mio, sin merecerlo yo, guardada la general demostracion con que se nos va sazonando la felicidad de el restituirse al conocimiento de Dios tantas almas. Ayer ocho del corriente, que fué el dia señalado, de los llanos de Osorno y todos sus confines llegaron sus mensageros, sin faltar una hora de lo prometido, que en tan rigurosos tiempos es muy ponderable. Vino el Gobernador de aquellos paises, llamado Cobiante, y traxo en su compañia dos soldados de los cautivos en la rota de las Animas, llamados Manuel de Cela y Gaspar Ogeda, los quales con muchas evidencias y seguros, que parece nos los deben dar, de no aver fraudes, de que siempre yo viviré receloso. Aguardo otros seis españoles, y no dudo de que traherán los demas que quedan en la tierra, sin que quede ninguno por recobrar. Traxo assimismo caciques principales y mensageros de otros, y aunque ha avido lenguages de que de la otra parte del rio Bueno, que es mayor fortaleza y donde estaba la ciudad antigua, no queria reducirse, por todos lo

aseguran estos mensageros, y consta por relacion de los españoles y otras evidencias, que este gobernante Cobiante, a quien reconocen dos mil lanzas, hallando alguna repugnancia a sus persuasiones, que fielmente se sabe aver hecho, se declaró por nuestra amistad, amenazándolos de que con sus armas y las de los españoles los destruiria a todos si no venian a la paz: con que todos unanimes y conformes se determinaron a dármela y para eso vinieron a esta ciudad.

Y aviendo llamado a consexo y junta de guerra en la iglesia de la Compañia de Jesus a todos los religiosos de esta plaza, por lo que tocaba a la Religion, y al Sargento Mayor, castellanos y capitanes, y assimismo a Manqueante, con mucha copia de caciques, capitanes y soldados de los indios amigos de la Mariquina, Queule y Tolten el baxo, y entrando los caciques que venian con el cacique Cobiante al tal acuerdo, les hice proponer su demanda, en que hablaron los caciques mas principales en nombre de los demas que alli estaban presentes y de los de sus tierras, que por ser en el rigor de el imbierno no podian venir, y aviendo dicho cómo su venida era a dar la paz y reconocerse por vasallos de su Magestad y hijos de la Iglesia y dar la obediencia debida a Dios y al Rey, gastando mucha retorica en ponderar su firmeza, conformidad de voluntades y rendimiento a quanto se les mandasse de parte de su Magestad y sus ministros, les dige que si venian con las solapas y traiciones de su costumbre, que se volviessen libres, excusando darnos causas y nuevos sentimientos. A que satisficieron, assi a los españoles como a los naturales amigos, con muchas razones de seguros, y resolví que nuestras pocas fuerzas nos obligaban y la justificacion con Dios Nuestro Señor y la voluntad y obediencia de nuestro Rey y señor, que con tanta piedad recive a su gracia a sus vasallos, quando reconocidos se acogen a su clemencia, y por varias cedulas ordena a sus ministros que reciban a los indios que aviéndose rebelado le volvieren a reconocer por su Rey y señor, a que los reciviese debajo de su amparo y les admitiesse las pazes, que podria ser su mocion por disposicion divina, alzando la mano de su rigor en tan continuada guerra, y si de aqui discrepaba, sin duda era movimiento de alguna gran traicion de las acostumbradas, y que para mayor acierto remitiéssemos al señor Gobernador y Capitan general Don Antonio de Acuña y Cabrera el aviso de el estado de las cosas. Y assi pareció a todos, por lo qual despacho a mi Sargento Mayor Juan Ortiz Requena para que dé a US. cuenta de lo mas singular y US. ordene, en razon de estas pazes, lo que fuere su voluntad, que siempre será lo mas conveniente al servicio de entrambas Magestades, y a mí me mande lo que fuere de su gusto.—Guarde Dios a US. De esta poblacion de Valdivia y Julio 10 de 1650. —*Don Diego Gonzales Montero.*"

Fué de mucho gusto para el Gobernador Don Antonio y para todo el Reyno esta nueva, y recivióse en todas partes con grande regocixo y repiques de campana, ponderando la felicidad con que comenzaba el gobierno, pues de los puelches avia tenido mensages de paz de la otra banda de la cordillera y ahora le tenia de Osorno por Valdivia, pasando en el rigor de el imbierno y cruzando los españoles aquel camino antes tan cerrado. Mucho gusto y admiracion causó en todo el Reyno esta nueva y el ver cursado este camino con tanta seguridad; pero mayor la causó el ver que estando el Gobernador Don Antonio en Catequichai aloxado, ocho leguas de Tucapel, llegasse el Ayudante Pedro

Maldonado de Chiloé por tierra con cartas de el General Don Ignacio de la Carrera, porque su llegada causó la mas extraordinaria admiracion, que se puede significar por una novedad jamas vista despues de la pérdida de las ciudades de arriba; pues nunca se vió pasar español alguno por tierra, penetrando ochenta leguas que ay de tierras de enemigos desde Chiloé a Tucapel. El fin de su venida fué a dar cuenta al Gobernador cómo los indios de Cunco, Ranco y Osorno, del a otra banda de el rio Bueno, que tenazmente han conservado la rebeldia desde la destruccion de la ciudad de Osorno, ofrecieron la paz, y en esta conformidad avian embiado sus mensageros al Gobernador y General de Chiloé Don Ignacio de la Carrera, obligados de el temor y asombro que les avia causado con la mortandad y destrozo que hizo en ellos en la batalla, en que sacó al Padre Agustin de Villasa, de la Compañia de Jesus, y al Capitan Antonio Nuñez, con algunos indios suyos que tenian cautivos, y que avian entrado en Carelmapu los caciques a dar la paz, diciendo cómo Cobiante les avia hablado en un parlamento y exortádolos a dar la paz, y de él avian salido convenidos y partido los caciques de esta banda de el rio Bueno a tratar las pazes a Valdivia y los de la otra banda a Chiloé. Y que aviéndoles recevido la paz el General Don Ignacio de la Carrera, les avia dicho cómo era forzoso avisar al Gobernador y Capitan general de Chile, que era de quien todos dependian y a cuyo orden se suspendian o se movian las armas, y que diessen forma y camino para que un español fuesse por tierra a llevarle cartas y el aviso de todo, pues por mar era imposible por ser el rigor de el imbierno. A lo qual dixeron que ellos le llevarian en palmas por tierra y le pasarian los rios en sus canoas y le volverian bueno y sano, y para su seguro quedarian en reenes cuatro caciques mientras volvia. Y assi se hizo, porque quedaron en Chiloé cuatro caciques y al Teniente Pedro Maldonado le trageron los demas hasta Osorno y de alli le dieron guias hasta Tucapel, donde supo que estaba su Señoria, no causando menos admiracion entre los indios que entre los españoles el ver un soldado español que venia de Chiloé por tierra y el oirle contar el agasaxo y regalos que le hacian por todo el camino los indios por donde pasaba, saliéndole a ver las indias y la demas gente como a una cosa nunca vista.

Con estas nuevas tan alegres y con las que tuvo el Gobernador Don Antonio de Acuña y Cabrera de Boroa, de que los puelches avian embiado mensages de paz, estaba contentissimo, y dió a su Divina Magestad muchas gracias, por ver que por todas partes se sugetaban los enemigos rebeldes a su Dios y a su Rey, y que sin derramamiento de sangre ni diligencia de su parte le hubiesse Dios dado esta gloria de que viesse a toda la tierra de paz en su tiempo. No cabia de gozo y de contento y no podia sosegar hasta ir a coger el fruto, y desde Tucapel quiso ir de ligera a Boroa y a Valdivia, pero disuadióselo el Maestro de campo y todos los capitanes, diciéndole que no era tiempo por ser el riñon de el invierno y estar los rios muy crecidos; que el verano era el tiempo acomodado para ir Su Señoria con los dos campos, y para que los indios de la otra banda de la cordillera y los de Osorno, de Cunco, Ranco y Calla-Calla, se pudiessen juntar y venirle a ver y capitular con Su Señoria las pazes y proponerles las capitulaciones convenientes. Parecióle bien el suspender su ida para mexor tiempo; pero quiso antes de ir que alguna persona de autoridad y experiencia fuese a reconocer el ánimo de los indios que daban la

paz y a proponerles las capitulaciones que avia hecho en las otras pazes el Gobernador Don Martin de Moxica y algunas nuevas que queria añadir. Y tratándolo con el Vedor general Francisco de la Fuente Villalobos, a quien tanto conocian y querian todos los indios, se ofreció a volver a entrar la tierra adentro por hacer ese servicio a su Dios y a su Rey, para dar ese gusto al Gobernador y hacer una diligencia de tanta importancia para el bien, salvacion y quietud de estos indios. Passó el Gobernador visitando y socorriendo el tercio de el Nacimiento y los fuertes, y hizo Maestro de campo general al Sargento Mayor Ambrosio de Urra, Sargento Mayor al Capitan Carlos de Bayona, Cabo y Gobernador de Boroa al Capitan Don Juan de Salazar, su cuñado, y otras mercedes de capitanes, alferezes y sargentos, con que se volvió a la Concepcion.

El Vedor general Francisco de la Fuente Villalobos trató luego de aviarse para la jornada, y embió a percevir los caciques mas principales de San Christóval, Talcamávida y Arauco, para que le acompañassen y apadrinassen la accion, hablando a los caciques que ofrecian la paz y aficionándoles a ella con referirles el gusto y el descanso con que vivian siendo amigos de los españoles y estando al amparo de sus almas. Y por ser el cacique Clentaro el de mas autoridad y nombre en Arauco y el mas temido y respetado en la tierra de el enemigo, le rogó que le acompañasse en aquella jornada para que le ayudasse con su autoridad, y luego se puso en camino, y marchando todos hasta Boroa, alli se ofrecieron a acompañar al Vedor gereral los caciques Chicaguala, Tinaqueupu, Lincopichon, Guenchuñanco y Catinaguel, con otros muchos, agradeciéndole este segundo trabaxo que tomaba por pacificar la tierra de venir de tan lexos una persona de su edad y autoridad. El Capitan Don Juan de Salazar, Cabo de Boroa, le ofreció la escolta necesaria y todo lo demas que ubo menester para la funcion de su oficio y comision que llevaba de el Gobernador. Y desde alli embió mensages a todas las tierras de los enemigos rebeldes que avian ofrecido la paz en Valdivia y en Chiloé, dándoles aviso de su venida y señalándoles el dia y el lugar adonde se avian de juntar al parlamento; y el lugar fué en Pelecaguin, entre Tolten y la Mariquina, en medio de la jurisdiccion de Boroa y de Valdivia, para donde convocó tambien a los amigos de las provincias de la Imperial, Boroa, Tolten, Mariquina y la Villarica, para leerles en publica junta a los que ofrecian la paz, las capitulaciones de el gobernador don Martin de Moxica, y las que el Gobernador Don Antonio de Acuña y Cabrera avia añadido especialmente para los que ahora de nuevo daban la paz, y confirmarlos en ella. A cuyo llamado acudieron todos los amigos por el grande amor que le tenian por averlos puesto de paz y por ver que solicitaba el poner de paz a los enemigos; y las que lo avian sido y querian reducirse a nuestra obediencia, vinieron con mayor gusto, sabiendo que el Vedor general, a quien todos tenian por padre y amparo, los llamaba y venia a concertar los tratos de paz, que se concluyeron con su presencia, autoridad y agrado con grande felicidad. mas con apercivimiento de que el señor Gobernador Don Antonio de Acuña y Cabrera lo avia de confirmar en la Concepcion o viniendo a Boroa, a donde se determinó a venir Su Señoria por ver a todos los caciques, assi amigos antiguos como a los que de nuevo daban la paz, y tambien por quitar una competencia de jurisdiccion que con esta ocasion se avia levantado entre el Gobernador de Valdivia

Don Diego Gonzales Montero y el Vedor general Francisco de la Fuente Villalobos, porque el Gobernador de Valdivia queria que el parlamento y los tratos de paz se hiciessen en su presencia y en su jurisdiccion, por ser de su mando los indios que prometian la paz, y averla comenzado a dar en aquella plaza por su industria, solicitud y buena disposicion, y porque el Gobernador Don Antonio, guardándole el respeto debido y atendiendo a todas esas razones, le escribia que embiaba al Vedor general a esa faccion para que corriesse por su mano, como dueño, y la fomentasse como quien la avia principiado.

Y el Vedor, por no entrar en jurisdiccion agena, se avia puesto en la raya y en trelas dos jurisdicciones de Valdivia y Boroa, y aunque todos con buen zelo pretendian una misma cosa y iban a un fin, y en el zelo de el servicio de el Rey eran iguales y sin competencia, pero como la competencia era sobre las jurisdicciones y esta suele ser ocasion de disturbios, chismes y contradicciones, y el remedio único era ataxar las contiendas y aplicar el remedio antes que se encancere la llaga, quitando la materia que pudiera criar postema, quiso prudentemente ponerse en campaña el Gobernador Don Antonio y avisó que para el dia veinte y cuatro de Enero, en que se avia de hacer el último parlamento general, se diesse aviso a todos los caciques que para ese dia se juntassen en Boroa, que sin falta estaria allá, y avisó al Vedor que sin hacer segundo parlamento viniesse a Boroa a encontrarle con los parlamentarios, que en su presencia se daria fin al trato de las paces y cesarian las competencias. Y en esta conformidad echó bando en la Concepcion a ocho de Diciembre, para que los campos y los capitanes reformados se apercibiessen para salir a campaña y hallarse en Boroa a la celebracion de la paz, para veinte y cuatro de Enero.

Dejémolos apercibiendo, y referiré el viage que hize por órden del Gobernador Don Antonio a la otra banda de la cordillera a poner de paz los puelches y a volverles algunas piezas que les avian maloqueado.

CAPÍTULO IV.

De la jornada que hizo el Autor a la otra Banda de la Cordillera, por orden de el Gobernador, a volver unas piezas cogidas sin orden y a poner de paz los puelches, y cómo todos la dieron.

Hazen una maloca a los puelches contra el orden de el Gobernador unos indios y matan al cacique Chaclaye.— La causa de las guerras de unos indios con otros fueron unos ratones. — Maloquea Tinaquecupu a los puelches por enemistades antiguas. — Encuentra Don Luis Pence dos caciques de la Cordillera que vienen a dar la paz. — Avisa el Autor al Gobernador del desorden y injusticia de estas dos malocas y ofrécese a ponerle de paz los puelches. — Siente el Gobernador Don Antonio las malocas hechas contra justicia y sus órdenes, y manda volver todas las piezas, y al Autor que vaya a poner de paz los puelches. — Consejo que hizo en la Concepcion el Gobernador sobre el caso. — Orden de el Cabo de Boroa para que se le entreguen todas las piezas al Padre Diego de Rosales. — Entrega todas las que tiene el Cabo de Boroa. — Que les dé a entender la pena del Gobernador, y que haga las amistades el Padre Diego de Rosales entre los caciques. — Va un indio a dar la buena nueva. — Acompaña Catinaguel al Padre Diego de Rosales y ayúdale mucho a las pazes. —Causa admiracion ver volver los esclavos a sus tierras. — Sale a recevir al Padre el cacique de Epulabquen enfermo y baptízase. — Júntanse al parlamento en las tierras de Piutullanca. — Lo que se trató en el parlamento. — Haze parlamento Catinaguel. — Responde a todo Malopara en dos lenguas y haze su parlamento.— Que nunca han hecho guerra, ni querido hacienda ni señorios. — Que viven vida comun con las bestias y las fieras. — Que cuandc los otros indios hacian guerra, ellos miraban los toros de afuera. — Prueba que nunca hicieron guerra a los españoles porque no tienen despoxos ni mugeres suyas ni mestizos. — Que dieron la paz con los demas y no faltaron a ella. — Que los indios los maloquearon sus haciendas, y luego los hijos y mugeres. — Oyen la doctrina christiana con gusto. — Tiene mucho gusto el Gobernador Don Antonio de que todos le den la paz. — Viene el Padre Juan Moscoso con los caciques de Osorno, Cunco y Ranco a Boroa.

Aunque el Gobernador Don Antonio de Acuña y Cabrera, con zelo christiano y desinteresado, avia embiado dos ordenes al cabo y gobernador de Boroa para que no consintiesse que se hiciessen malocas ni guerra alguna a los puelches que habitan de la otra banda de la cordillera nevada, por averle informado de la poca o ninguna justificacion con que de nuestra parte se hacia esta guerra, por aver dado esos indios la paz quando todos los demas en tiempo de el Gobernador Don Martin de Moxica, y no avérseles hecho causa ni probado el aver quebrantado la paz ni hecho hostilidad ninguna, con todo eso el cacique Millacuga, pegüenche, o por no aver llegado a su noticia los ordenes de el Gobernador, por vivir entre las dos cordilleras, o por la antigua enemiga que tienen estos indios con los de la otra banda, juntó una quadrilla de indios de su mando y fué a maloquear a las tierras de el cacique Chaclaye y le mató y cautivó diez piezas. La causa de la antigua enemistad de estos indios se originó de que ahora veinte años un indio de la otra banda prometió darles a los de esta un remedio para consumir a todos los españoles sin guerrear

con ellos ni derramar sangre, como se lo pagassen muy bien; y con el deseo de verlos fuera de sus tierras o acabados, le dieron muy buenas pagas de antemano, y él les traxo de su tierra una olla de ratones, diciéndoles que los echassen en las tierras de los españoles y que multiplicarian y serian una peste que les destruyesse sus sembrados, y luego darian tras los españoles y los matarian, entrándoseles por la boca, por las narices y por las orexas. Echaron los ratones y no hicieron efecto ninguno, antes los españoles se hallaron mas boyantes y les hicieron mas cruda guerra. Sentidos de verse engañados de el puelche embustero y corridos de aver sido tan faciles en creerle y darle su hacienda, fueron a cobrarla; y como él no tuviesse ya tras que caer muerto, maloquearon a sus parientes, segun su usanza, que lo que uno no paga lo cobran de sus parientes, y de aqui se fué encendiendo la guerra de unos con otros, maloqueándose y procurando desquitarse de el mal que avian recevido, y aunque dieron la paz todos al español, quedó entre ellos por apagar este fuego.

Esta fué la causa de las primeras malocas que Tinaqueupu hizo a los puelches en tiempo de el Capitan Juan de Roa, a quien por vengar sus pasiones y por ayudarse de los españoles para hacer guerra a sus contrarios, le digeron que avian venido mil puelches a ayudar a coger las mil vacas que iban a Valdivia, lo qual se probó aver sido falso, y que por sus enemistades antiguas los avian maloqueado, no porque hubiesen faltado a la paz prometida, y lo mismo hizo ahora el cacique Millacuya, maloqueando y quitando la vida al cacique Chuclaye que avia embiado mensages de paz. Sin esta hizo otra maloca el Capitan Don Luis Ponce de Leon a los puelches contra los dos ordenes referidos de el Gobernador, porque aviendo determinado el hacer una entrada a las tierras del cacique Guircañanco, que aun no avia embiado mensage de paz y era de los rebeldes, y marchando hácia sus tierras torció el camino hácia la cordillera, o porque en lo de Guircañanco avia de aver muchas lanzadas o porque en los puelches tenia mas segura la presa, y encontrando en el camino de la cordillera al cacique Malopara y a otro cacique de igual estimacion que venian a dar la paz al cabo y gobernador de Boroa y pedirle que los dexassen vivir con descanso en sus tierras, que ellos ni eran gente de guerra ni jamas se la avian hecho a los españoles, les obligó a que de el medio de el camino se volviessen y que le guiassen a donde pudiesse coger piezas. Y quisieron que no quisieron, ubieron de volver y guiarle a las tierras de unos pobres cerranos, donde cogió treinta piezas, sin las que se ocultaron, y vino con ellas a Boroa, siendo bien recevidas de su cabo Don Juan de Salazar, que en la justificacion de su esclavitud escrupulizó tan poco como Don Luis Ponce: que como soldados no miran mas de al interes, y lo demas les da poco cuidado y menos escrupulo.

Viendo este desorden y la poca justificacion de estas malocas, avisé al Gobernador Don Antonio de Acuña y Cabrera de estas dos que se avian hecho contra dos ordenes suyos y contra toda razon, suplicándole que se sirviesse de hacer justicia y mandar volver aquellas piezas a sus tierras, y que si me daba licencia, yo iria a llevarlas y a ponerle de paz todas las tierras de los puelches, porque estaba cierto que no querian guerra ni jamas avian sido enemigos nuestros, por aver comunicado a muchos de ellos y averse favorecido de mí para que los dexassen vivir con descanso en sus tierras. Recevida esta carta, res-

pondió el Gobernador mostrando un christiano zelo y el sentimiento que avia recevido de que se les ubiessen hecho esas dos malocas a los puelches, assi por averse contravenido a sus ordenes como por estar tan informado de la voluntad de esos indios, de su rendimiento al Rey nuestro señor y de la poca justificacion con que se les avia abierto y hecho la guerra de nuestra parte, aviendo dado la paz con los demas y no faltado a las capitulaciones de ella; y agradeciendo mi oferta, la estimó con grandes encarecimientos y me suplicó o mandó que hiciesse un servicio tan grande como esse a su Magestad y un bien tan señalado a aquellas almas de ir a poner de paz y assegurar a aquellos indios, que no se les haria ya mas la guerra ni entraria español ni amigo a maloquear sus tierras, y que llevasse todas las piezas que se avian cogido en aquellas dos malocas tan mal hechas y tan contra sus ordenes y se las volviesse a sus caciques, y que para esto pidiesse al cabo y gobernador de Boroa toda la gente que me pareciesse necesaria y el avio, matalotage y todo lo demas que juzgasse ser conveniente; que para todo le embiaba ordenes muy apretados y para que luego me entregasse todas las piezas que tenia y hiziesse entregar las que qualesquiera otros tubiessen, so pena de la vida, y las que en otra maloca avia cogido el Capitan Don Luis Ponce. Obró en esto su Señoria con gran christiandad, desinteres y zelo de la justicia y con el consejo de todos los maestros de campo, capitanes y personas doctas de la Concepcion, a quienes consultó en una grave junta, y todos fueron de parecer que assi se executasse, atendiendo al servicio de Dios y de el Rey, a la justificacion de la causa y a la inocencia de estos indios.

Luego que recivió el orden de el Gobernador Don Antonio de Acuña, su cuñado, el Capitan Don Juan de Salazar, me entregó las piezas que tenia esclavas y me dió toda la ayuda que pedí, que fueron solamente dos soldados, que no quise llevar mas, y al Capitan Don Luis Ponce de Leon, que era el que mas los avia maloqueado y hecho cruda guerra, para que se hiciesse amigo con ellos y echassen de ver que ya no les avia de maloquear mas ni hacerles guerra. Y para que se me entregassen las demas piezas y que en todas partes se me diesse el ayuda y favor necesario, dió el orden siguiente el dicho cabo y gobernador de Boroa Don Juan de Salazar, por escrito: "Por aver tenido orden de el señor Gobernador y Capitan general de este Reyno para entregar al Padre Diego de Rosales, de la Compañia de Jesus, Superior de las misiones de este gobierno de Boroa, todas las piezas que cogió el Capitan Don Luis Ponce de Leon en dos malocas que hizo por el mes de Noviembre de mil y seiscientos y cincuenta y las que estaban aqui detenidas, que se cogieron en una maloca que hizo el cacique Millacuga, para que su Paternidad las lleve y restituya a sus caciques y tierras naturales, procurando con medios suaves la pacificacion y quietud de los indios de la otra banda de la cordillera, por esta se las entrego todas las que al presente se han podido recoger, quedando a mi cargo el juntar las demas para el mismo efecto. Y ordeno y mando a todos los ministros de guerra, caciques y qualquiera otras personas, le den a dicho padre todo favor y ayuda necesaria, sin poner ningun impedimento ni estorbo, por convenir al servicio de ambas Magestades la execucion de estos intentos. Iten: ordeno y mando que si algun soldado o cacique amigo ubiere hecho alguna maloca de la otra banda de la cordillera y ubiere cogido piezas, se las entriegue a dicho Padre Diego de Rosales pa-

ra que las restituya a sus caciques y tierras naturales, sin que en esto haya contradiccion ninguna. Y por quanto el intento de su Señoria es que se satisfagan las partes offendidas y se quieten los ánimos perturbados de esos indios de la otra banda de la cordillera, encargo a Vuesa Paternidad que en la parte que le pareciere mas conveniente, haga llamamiento de todos los caciques, y en parlamento público les entriegue las piezas, dándoles a entender el sentimiento que su Señoria ha tenido de que les hayan maloqueado quando deseaba que todos se pacificassen por suaves medios y el gusto que tendrá de que se sugeten todos a la corona de su Magestad y a la ley de el Santo Evangelio, olvidando los agravios de una y otra parte. Y assi mismo les encargará V. Paternidad a todos los caciques que vivan en paz, sin maloquearse unos a otros, y para esto será importante que V. Paternidad tome la mano y haga todo lo posible para que queden muy amigos unos con otros, olvidando los agravios y causas de enemistad que de una y otra parte ha habido.— Fecha en este fuerte de Boroa en nueve de Diciembre de mil seiscientos cincuenta años.—*Don Juan de Salazar Solis y Enriquez.*"

Con esto saqué de prision cuarenta y cuatro esclavos, hombres y mugeres, y despaché por delante un indio de buen corazon que fuesse a avisar a toda la tierra de la otra banda de la cordillera cómo ya estaban libres todos sus compañeros y el Gobernador avia sentido en extremo las malocas que se les avian hecho y mandado que todas las piezas se volviessen a sus tierras, y cómo yo partia con ellas para entregárselas a los caciques y a assentar con ellos una paz perpetua como la deseaban, y que se juntasse toda la tierra para quando llegasse. Voló el indio como pajaro que se ve libre de la prision de una jaula, y quando llegó con el mensage apenas creian una cosa jamas vista, que los españoles y los indios amigos les volviessen las piezas maloqueadas. Salí con ellas y embié a pedir al Vedor general Francisco de la Fuente Villalobos, que estaba en Peleeaguen esperando que se juntassen los caciques de Osorno para assentar con ellos las pazes, que me embiasse a un cacique amigo llamado Catiñaguel que tenia en su compañia y corria voz de que era sospechoso y se recelaban de él, que avia de hacer mal tercio en las pazes; que le queria yo llevar conmigo, por ser los puelches sugetos a su mandado y que me podia ayudar mucho, y quitarle de la sospecha que allá tenian de él; y de verdad el indio era muy amigo de que hubiesse pazes, y sentia mal de las malocas, y llevaba peor las que se hacian injustas, y los que eran amigos de piezas y de malocas sentian mal de él, porque las contradecia, y vióse su buen zelo en esta ocasion, porque vino a mi llamado y me acompañó y ayudó grandemente a componer las pazes con su autoridad, razones y elocuencia en los parlamentos. Y luego que llegó a Boroa y le dige para lo que le avia llamado, se holgó mucho de que le llamasse para ir a assentar pazes entre indios a donde alcanzaba su jurisdiccion, y embió por todo el camino mensages a sus vasallos diciéndoles como yo iba a llevar aquellas piezas, que me saliessen al camino con camaricos de comida, caballos y lo que ubiesse menester para mí y para los indios que llevaba.

Causaba admiracion a los indios amigos el ver volver tantas piezas a sus tierras: era cosa que nunca la avian visto en tantos años como avian guerreado con los españoles; y causábales grande edificacion el ver que los padres los defendiéssemos y quitássemos a los españoles las piezas

esclavas que ya tenian por suyas, y conociendo que eran de paz, se les quitaba el escandalo que les avia causado el verlos maloquear por pobres retirados y serranos, y por el camino me dieron los indios algunas piezas que tenian de estas malocas para que las volviesse, viendo que los españoles avian dado las suyas. Y porque el cacique Buchamalab, de Boroa, reusaba darme una que tenia por decir que la avia comprado y gastado su hacienda, le pagué lo que le avia costado por no dexarla y porque él no quedasse descontento. Quando pasé a la otra banda de la cordillera y llegué a Epulabquen, se levantó de la cama el cacique Antulien, que estaba muy malo, y salió con toda su gente a recevirme y a agradecerme el bien que les iba a hacer en llevarles los cautivos y ponerlos de paz. Puse una cruz en sus tierras, que adoraron todos de rodillas; prediquéles los misterios de nuestra santa fe, que creyeron, pidiendo el bautismo, y porque ya se iban juntando todos los caciques y gran numero de gente, pasé adelante y solo bauticé alli algunos niños y al cacique por estar muy peligroso.

Juntáronse al parlamento en las tierras de Piutullanca gran numero de puelches embixados, pintadas las caras y el cuerpo de diferentes colores, cubiertos de pellones de guanacos, y las mugeres tambien pintadas y con el mismo trage, y a la novedad de ver volver las piezas cautivas, y a un sacerdote, que en su vida avian visto ninguno, y decian que venian a ver a un Perimunto, a un Gueeubu, que significa entre ellos una cosa rara y nunca vista. Quando vieron las piezas, levantaron una grande algazara de contento y alegria, llorando de gusto unos con otros por volverse a ver quando no lo esperaban. Juntos ya todos los caciques, enarbolé una cruz, que todos adoraron, y aviéndoles hecho un sermon y explicado los misterios de nuestra santa fe, y como el Rey nuestr señor lo que pretendia de ellos, y para lo que deseaba su quietud y que estuviessen de paz, era para que oyessen la palabra divina y que fuessen christianos, respondieron que lo querian ser. Dígeles cómo el Gobernador les enviaba estas piezas por averles moloqueado contra su orden y contra su voluntad, porque avia sabido como avian dado la paz y de su parte no la avian quebrantado. Que ya no les inquietarian mas, que viviessen seguros y con gusto y olvidassen los agravios pasados, sin hacerse malocas unos a otros; y que estuviessen dispuestos a que si los españoles quisiessen poblar en sus tierras, a recevirlos como vasallos de el Rey y ayudar a trabaxar en las poblaciones. Y en esto y en todo lo demas que les propuse vinieron con grande voluntad, diciendo que ellos nunca avian sido enemigos de españoles ni le querian ser, y que estaban obedientes para quanto les mandassen, y deseosos de tener algun sacerdote en su tierra que los doctrinasse y bautizasse.

Hízoles luego Catinaguel un elocuente razonamiento, exortándolos a la paz, a recevir el Evangelio, a ser fieles a Dios y al Rey y a vivir en paz unos con otros, a que respondió el cacique Malopara, el mas noble y estimado entre ellos. Es indio de grande estatura, bien dispuesto; venia vestido de un pellon de tigre muy pintado, con su arco y flecha en la mano, su carcax al hombro, en la cabeza un tocado de una red y un rollete de hilos de varios colores, y entre la red y el rollete entretegidas muchas flechas con punta de pedernal blanco y plumas de colores en el otro extremo. Púsose en medio con su flecha en la mano y habló en dos lenguas haciendo su parlamento, prime-

ro en la lengua de Chile, respondiéndome a mí y al cacique Catinaguel, y luego en lengua puelche, para que entendiessen lo que nosotros y él aviamos dicho los que no sabian la lengua de Chile sino la puelche, que es en todo diferente. "Desdicha nuestra ha sido el aver nacido puelches, el ser una gente que vive vida comun con las bestias y tiene semejanza con las fieras. Aqui hemos nacido y aqui nos hemos criado, y como no sabemos de otro mundo, este nos parece el mexor y en este estamos hallados. Vivimos vida comun con las bestias por no aver conocido a Dios ni aver tenido quien nos dé noticia de él hasta 'ahora, y porque no aspiramos mas que a vivir ni tenemos otro modo de sustentar la vida que las bestias, porque nuestras tierras, por ser tan calidas que el sol con ardientes rayos las abrasa, no dan frutos ninguno en los arboles, ni producen las semillas, que avarientas se las guardan, o esteriles las consumen. Y assi nos vemos obligados a sustentar la vida paciendo yerbas o osando raices, y quando este sustento nos falta, nos hacemos de la banda de las fieras, y vestidos de su naturaleza y de sus pieles, como yo ando vestido con esta piel de tigre con el arco y la flecha, nos sustentamos cazando animales, y a costa de su sangre y de su sustancia sustentamos la vida y alimentamos nuestra sustancia, imitando a las fieras, al leon y al tigre, que como fieras mas poderosas se sustentan a costa de la sangre del humilde cordero y de el animal mas tímido. No se han levantado jamas nuestros pensamientos a mas que los de una bestia y de una fiera, que es de sustentar la vida; no hemos apetecido reynos, tierras, ni señorios; no hacienda, oro, plata, galas ni arreos: que la vida humana se contenta con poco quando no es mal contenta ni ambiciosa, y assi nunca hemos hecho guerra, ni pretendido amplificar nuestro señorio, ni aumentar nuestras haziendas. Las que tenemos las llevamos siempre con nosotros; nuestra habitacion es el campo, nuestra vivienda unas casas de pellexos o unas cuevas.

Solo en la razon nos mejoró la naturaleza a las bestias y a las fieras, y esa nos ha contenido para no tener enemistades con nadie. Quando los españoles poblaron antiguamente a Chile, aqui nos dexaron, despreciándonos por pobres y motexándonos de inutiles. Con los de Chile tuvieron sus tratos y sus comercios, y esos, ingratos a sus beneficios, se volvieron contra ellos y los hicieron guerra, quitándoles las vidas, las haciendas y las mugeres y engendrando hixos en las españolas, levantando de punto su natural con el multiplico de los hijos blancos y mestizos de dos sangres, mistas de indio y español. En ese tiempo nosotros nos conservamos en nuestros humildes exercicios; miramos los toros desde afuera, no tomamos las armas contra los españoles, ni se nos alzaron los pensamientos a hacerles guerra, assi por no ser de nuestro natural el hacerla, como porque los mirábamos con respeto, como a viracochas o hijos de el sol. Y todo el tiempo que los de por allá han estado haciendo la guerra a los españoles, nos hemos estado nosotros acá de esta banda de la cordillera en nuestras ocupaciones. No quiero mas prueba de esto, sino que tendais la vista por toda la gente que ha concurrido a este parlamento, que es mucha y de diferentes lenguas. Mirad sus galas, sus arreos, que para esta, que es la mayor fiesta que jamas han tenido, para el mas solemne concurso, para el dia de el mayor regocixo, han traido todas sus joyas, todos sus arreos y todas sus galas. Ved si hay algun despoxo de españoles, mirad si entre tantos soldados hay al-

gunas armas de acero, alguna cota, alguna espada, alguna lanza o arma de español alguno; arcos y flechas vereis no mas para pelear con las fieras. Aqui están todas nuestras mugeres, mirad si hay alguna española; aqui han venido todos nuestros hixos, ved si alguno tiene mezcla de otra sangre; y pues aqui no hay despojos, armas, ni mugeres, ni sangre de españoles, buena prueba es de que jamas les hemos hecho guerra, que no hemos tenido codicia de su hacienda ni derramado su sangre.

"Quando los de Boroa, la Imperial, Tolten y Osorno dieron la paz al Marques, concurrieron nuestros caciques, no tanto a darla, porque no la aviamos quitado, sino a dar el reconocimiento al Rey, como sus vasallos. Por inutiles nos dexaron y por pobres no hicieron caso de nosotros. Pero los indios de la otra banda, como hicieron paces con los españoles y no hallaban modo como cebar su codicia en ellos y hartar su hambre en sus carnes, se volvieron contra nosotros, y como fieras mas poderosas se sustentaron de nuestras carnes y se alimentaron de nuestra sangre, haciendo presa en nuestros ganados, y quando los ubieron consumido todos, viéndonos humildes corderos y temerosa caza, dieron en cazar nuestros hixos y mugeres para vendérselos por esclavos a los españoles, y llamándolos en su ayuda al cebo de la segura presa, nos iban consumiendo y acabando; y acabaran sin duda con nosotros si el Gobernador no se ubiese dolido de nosotros, y el Padre que ha sido nuestro padre y nuestro redempter no ubiesse venido a apadrinarnos y a redimirnos de tantas vexaciones, a sacarnos de las gargantas de los lobos y librarnos de las rapantes uñas de los tigres y fieros leones. Ya desde hoy viviremos seguros y contentos, pues conocemos a Dios y tenemos quien nos ampare y defienda. De paz hemos sido siempre y de paz somos; y aunque no tenemos toquis ni instrumentos de guerra, por no faltar a la ceremonia quebraré estas flechas para que se entierren al pie de la cruz."

Y assi lo hizo; y el cacique Guinulbiela, en lugar de ovexa de la tierra, que ni una tienen ni de las de Castilla, mató una vaca, que sola le avia quedado y era la unica en toda la tierra, y hicieron sus acostumbradas ceremonias en las paces.

Acabadas, me pidieron que les enseñase los misterios de nuestra Santa Fee, y en las tierras de el cacique Cheine, donde estuve algunos dias, oyeron el catecismo con grande gusto y bauticé algunos niños. Temian mucho los caciques a los indios pegüenches, que eran sus mortales enemigos, y rogáronme que ya que les avia asegurado que los españoles no le maloquearian mas, que hiciesse las amistades con los pegüenches de Millacuga, Guiliguru y Legipilun y los dexasse confederados; y por darles gusto y ataxar la guerra caminé cincuenta leguas atravesando cordilleras, y fuí haciendo parlamentos por las tierras de Guiliguru, Millacuga, Pocon, hasta los pegüenches de las salinas, que están junto al cerro nevado que está camino de Mendoza; encargándoles a todos la paz y intimándoles el órden de el Gobernador que no se maloqueasse mas a los puelches, ni unos entre otros tuviessen guerras, y todos prometieron de hacerlo y agradecieron que ubiesse metido la mano para pacificarlos y hécholes tanto bien de darles a conocer a Dios y de ponerles cruces en sus tierras.

Volví a tiempo que ya llegaba el Gobernador Don Antonio de Acuña y Cabrera a Boroa para establecer las pazes con los de Osorno, Ranco, Cunco y Calla-Calla, y quando corria voz que me avian

muerto los puelches a mí y a los tres españoles que llevé en mi compañia, entré en Boroa con cuarenta caciques que avia dexado de paz, cuyos nombres dexaré por no causar molestia, contentándome con poner los de los mas principales, que fueron: Piutullanca, Malopara, Guinulbilu, Cheine, Painecalquin, Aguayama, Maripobtun y los demas. Fuimos recevidos con mucho gusto de el Gobernador y con grande aplauso de ver en su tiempo reducidos tantos vasallos a la obediencia de su magestad; y fuése acrecentando el gusto porque llegó tambien al mismo tiempo el Vedor general Francisco de la Fuente Villalobos, que avia ido a Pelecaguin, como digimos, a pacificar los indios. Y porque se viesse que la accion era suya, el Gobernador de Valdivia Don Diego Gonzales Montero embió al Padre Juan Moscoso, de la Compañia de Jesus, superior de la mision de Valdivia, de gran zelo de la conversion de los indios, y muy acepto entre ellos, a los llanos de Osorno y Valdivia, a que hablasse a los caciques y les digesse que viniessen a Boroa a asentar de una vez las pazes en presencia del Gobernador y Capitan general, y con el Capitan Baltazar Quixada los traxo a este mismo tiempo a Boroa, donde se hizo el parlamento de las pazes, de que dirá el capítulo siguiente.

CAPÍTULO V.

Va el Gobernador Don Antonio de Acuña oculto y de ligera a Boroa. Dale la paz todo Chile, cual nunca se vió, y admiten los rebeldes las nuevas capitulaciones que les impuso.

Año de 1651. — Sale el Gobernador de la Concepcion al Nacimiento con seis hombres. — Pasa el Gobernador Don Antonio desde el Nacimiento a Boroa, oculto y de ligera, con solos seis hombres. — Censuróse mucho de temerario el arroxo por el peligro en que se puso con tan poca gente. — Salió bien, y a unos pareció bien y a otros mal, y van los capitanes a alcanzarle a Boroa. — Júntanse en Boroa al parlamento los amigos y los que dan la paz de nuevo. — Razonamiento de Chicaguala. — Responde Deumacan conviniendo en todo. — Habla el lengua general en nombre de el Gobernador y notifícales las capitulaciones. — Capitulacion 1.ª: Han de entregar los captivos. — Capitulacion 2.ª: Han de ser encomendados en cabeza de su Magestad o de los beneméritos. — Capitulacion 3.ª: Los de la Mariquina son excentos de encomienda. — Capitulacion 4.ª: Han de salir de los montes. — Capitulacion 5.ª: Han de rendir las armas. — Capitulacion 6.ª: Han de oir la doctrina christiana. — Capitulacion 7.ª: Han de dar cien indios de mita para Valdivia. — Capitulacion 8.ª: Han de trabajar en las ciudades y fuertes. — Capitulacion 9.ª: Han de dexar ir a los españoles a los que quisieren. — Capitulacion 10.ª: Han de cercar las sementeras y hacerlas. — Capitulacion 11.ª: Han de hazer la guerra los que quedaren con armas. — Suplican los indios de la capitulacion de ser encomendados. — Remítelo el Gobernador a su Magestad que declare su voluntad. — No se ha visto en Chile paz tan universal como la de el Gobernador Don Antonio de Acuña. — Ruega el Gobernador al Padre Juan Moscoso que vaya a Osorno a notificar a todos las capitulasiones. — Avisa el Padre la felicidad con que las recibieron.

Poco avia que Doña Maria de Salazar, muger de el Gobernador Don Antonio de Acuña y Cabrera, avia llegado a la Concepcion con otra hermana suya, muger de el Capitan Don Pedro de Palacios, y sin que le embarazassen estos cariños salió el Gobernador para el Nacimiento acompañado de el Capitan Don Pedro Palacios, Don Joseph de Salazar, Don Melchor de Cárdenas, Don Juan de Espexo, Don Martin Cerdan y su ayudante, y porque ya se llegaba el dia veinte y cuatro de Enero, que era el señalado en que se avian de juntar en Boroa al parlamento de las pazes todos los caciques amigos y los que de nuevo avian de jurarlas, sin aguardar a los tercios ni llevar la compañia de los capitanes reformados que siempre acompaña al Gobernador, ni mas escolta que los seis arriba dichos, se determinó salir de el Nacimiento para Boroa y en dos dias ponerse allá de ligera, sin que los indios amigos lo entendiessen, y con tal secreto, que quando lo llegassen a saber indios y españoles, ya estuviesse allá. Embió al Secretario Don Melchor de Cárdenas catorce leguas adelante que le tuviesse prevenida remuda de caballos, y dejando orden para que los tercios se juntassen en Lumaco y desde alli despachassen las escoltas, salió a los diez y nueve de Enero con los capitanes Don Pedro Palacios, Don Joseph de Salazar, Juan de Roa, Don Martin Cerdan, Pedro de la Serna y

Marcos Rodriguez, y en dos dias se pusieron en Boroa impensadamente, causando admiracion su llegada y novedad su venida solo con seis hombres. Los lisongeros alababan su determinacion, los aduladores su ligereza, los de su séquito su ánimo y gallardia; pero los tercios, los capitanes reformados, los que bien sentian y todo el Reyno sintió tan mal de la accion y censuraron tanto el arroxo, que no avia otra cosa sino corrillos y temores de alguna pérdida total de el Reyno.

Porque como estos indios son tan advertidos para no perder una buena ocasion de lograr un desorden y avia sido la perdicion de el Reyno un descuido de el Gobernador Loyola, pues aun viniendo acompañado de tantos capitanes le mataron a él y a ellos unos indios que le vieron con poca gente y menos cuidado en un camino, recelaban prudentemente no le ubiesse sucedido lo mismo, y aunque despues supieron que avia llegado con bien, no dexaban de censurar el arroxo y de condenar el empeño. Que ay acciones que aunque se salga bien con ellas, siempre llevan la censura de poco prudentes por lo mucho que en ella se arriesga, y mas quando se pueden conseguir con seguridad y sin aventurar, como esta, que se pudo hacer con suficiente escolta y sin dexar sentidos a los dos tercios y a los capitanes reformados de no aver acompañado a su capitan general, penetrando la tierra de el enemigo, que aunque ya eran aquellos indios amigos, como eran enemigos reconciliados los miraba el recelo como a enemigos. En fin, él fué un arroxo que como salió bien pudo salir mal, y por esa parte le tomaban los que toman siempre el yerro por donde quema, y, como no se erró, otros lo tuvieron por acierto por averse hecho con secreto, con cautela y diligencia, con que no se les dió ocasion a los indios de lograr ninguna ocasion, y una puede pasar. Marcharon luego los capitanes reformados, que como compañia tan principal, hace honrada presuncion de estar siempre al lado de su general, y acompañáronle en Boroa, dando con su asistencia mas autoridad al parlamento, que se tubo a veinte y siete de Enero en una ramada capaz fuera de el fuerte de Boroa.

Sentóse el Gobernador en una silla magestuosa muy galan y lucido, aumentando su autoridad, dando nuevo lucimiento al acto los capitanes y personas de su séquito, y entraron de las provincias de Boroa, Tolten, Imperial, Maquegua y la Villarica, siete Toquis generales, ciento y treinta y siete caciques, sin otro gran numero de indios amigos, soldados, viexos y mozos que avian venido a la novedad de el acto. Reciviólos el Gobernador con mucho agasaxo y caricias y dióles asiento a un lado. Ofrecíle los caciques puelches que de la otra banda de la cordillera avian dado la paz y holgóse mucho de verlos y con abrazos y caricias los agasaxó y mandó sentar entre los amigos antiguos, tratándolos en todo como a tales por averse ajustado que no avian hecho guerra ni faltado a la paz, sino antes padecido muchas invasiones. Entraron el Vedor general Francisco de la Fuente Villalobos y el Padre Juan Moscoso, superior de la mision de Valdivia, con los caciques que avia traido de la otra banda y de ésta de el rio Bueno: Deumacan, Toqui general de esta banda; el hijo de Naucopillan, Toqui de la otra y gobernador de Osorno; Gualmiau, Toqui general de Cunco; Guemapillan, Caniutaro y Guaiquiñanco, de los llanos; Millacalquin, Toqui general de la Punta de la galera; Cobiante, de Osorno; Paillalebi, Toqui general de Cunco el baxo; Linquigueno, de Llanguillanguico; Tupuanca, de Tumare; Mirén de Pubilcun: sin otros muchos caciques cuyos nombres dexo por evitar la molestia que cau-

san nombres no conocidos. Entraron todos con sus ramos de canelo como quienes venian a dar la paz, y dando el gobernador asiento a su lado al Vedor general y luego inmediato al Padre con los demas sacerdotes que alli estaban, recivió a los nuevos amigos con grandes agasaxos y cortesias, de que se pagan mucho, por ser indios de razon y que tienen tambien sus puntos de nobleza. Mandólos sentar al otro lado de los amigos antiguos, con quienes tuvieron sus cortesias.

Hizo el primer parlamento Don Antonio Chicaguala, hablando con los huespedes, significándoles el gusto que su Señoria, todos los españoles y los amigos tenian de ver que hubiessen caido en la cuenta de quan bien les estaba el sugetarse a la obediencia de la Iglesia y de el Rey nuestro señor y tener paz con los españoles; que desde que ellos avian tambien caido en la cuenta, estaban todas las provincias de Boroa en sumo contento, con grande abundancia y libres de los sobresaltos y penalidades de la guerra. Tenian Padres que les predicassen, quien les diesse a conocer a Dios, quien les bautizasse sus hijos, quien los amparasse en sus trabaxos y ayudasse en sus necesidades; que con los españoles estaban hermanados, con ellos feriaban, por ellos vivian, y al abrigo de sus armas no avia enemigo que los ofendiesse. Que supiessen conocer el bien que tendrian dando con firmeza la paz, pues serian participantes de estos bienes y a ellos los tendrian por amigos y por hermanos, a que no se podian negar, pues lo eran en la sangre. Y que viessen lo que avian ganado con sus traiciones, pues no solo a los españoles avian grangeado por enemigos, sino que a ellos con ser de su nacion los avian concitado a que lo fuessen, violentando su natural, no pudiendo dexar de tomar por suya la ofensa, pues agraviaban a su nacion, infamándola de traidora, fácil, doblada y inconstante, y a no aver tomado contra ellos las armas, se sospechara de su fidelidad y se entendiera de ellos que estaban aunados en las traiciones.

Que si estas pazes avian de ser para quebrantarlas luego, que mexor era volverse y no empeñarlos a ellos en salir por sus fiadores; que si gustaban de guerra, mas gusto tenian ellos, pues a su costa comian, bebian y vestian, pues se sustentaban de sus ganados, bebian vino con los esclavos que trahian de sus tierras y con sus hijos y mugeres; hallaban entre los españoles los caballos, las capas, los capotillos, los sombreros y la ropa y preseas que no tenian en sus tierras; que la guerra les avia dexado pobres guerreando con los españoles, y la guerra los avia hecho ricos teniéndola con ellos, y en esta suerte de guerra jugaban a lo seguro por tener de su parte a los españoles, que con la fuerza de sus armas los aseguraban, y ellos vivian siempre arriesgados, pues no tenian de quien favorecerse. Pues pensar que en nuestras provincias de Boroa aveis de tener ayuda, es pensamiento vano, porque ya estamos cansados de ser fronterizos y de sustentar la guerra, y los yerros nos han hecho sabios, y la vexacion nos ha despertado el entendimiento. Y como vosotros nos dexasteis solos guerrear, sin darnos ayuda, y os estábades comiendo y bebiendo la tierra adentro en el cuerpo de la salud, mirando los toros desde afuera y descansando a costa de nuestro sudor y de nuestra sangre, os pagaremos en la misma moneda, dexándoos maloquear de Chiloé, de Valdivia y de la Mariquina, y quando vengais a pedir favor, el que tendreis de nosotros será, con el favor de los tercios de Tucapel, el Nacimiento y de este invencible fuerte de Boroa, dar sobre vosotros cinco y seis mil indios de mis

provincias, y renovar la llaga que os hubieren hecho las otras fronteras por las espaldas, y haceros otras nuevas por la frente y por el pecho.

Y que hasta ahora no avia querido llamar para hacerles la guerra a los amigos de las fronteras de Arauco, Tucapel, San Cristóval, Talcamavida y Puren. Que de esas provincias podia convocar otras cuatro mil lanzas, y que quiénes eran ellos sino unas ormigas para hacer oposicion a tantos gigantes. Que alababa su cordura y se olgaba de que hubiessen caido, aunque tarde, en la cuenta y venido a rendirse a la clemencia de tan grande Gobernador; que en él hallarian padre y amparo, como ellos lo esperimentaban y lo podrian conocer en los caciques que alli estaban presentes de la ótra banda de la cordillera y puelches de nacion, pues reconociendo su fidelidad, les avia mandado volver las piezas esclavas que les avian maloqueado, y ordenado que ninguno les hiciesse mal alguno, y los avia agasaxado y recivido como a vasallos de su Magestad, sentándolos entre ellos, ordenando que se les guarden las mismas excenciones y privilegios por no aver sido traidores. Pero que a ellos, demas de las capitulaciones antiguas y comunes a todos los de paz, por aver sido traidores se les avian impuesto otras nuevas y a eso avia ido el Vedor general a ver si querian admitir la paz debaxo de esas condiciones, y ahora delante de su Señoria se les volverian a repetir para que libremente las aceptassen o nó: que viessen lo que les convenia. Y acabó su parlamento vuelto a los suyos y diciendo en voz alta *Ou*, que es el final de los parlamentos, a que respondieron todos a una *ou*, que es como confirmar cuanto se ha dicho.

Atentos oyeron los que venian a dar la paz a Chicaguala, y para que respondiesse señalaron a Deumacan, que levantándose y puesto en medio con su canelo en la mano, hizo una elegante oracion, resumiéndola en tres puntos: en dar las gracias al Gobernador y a los amigos de Boroa porque los reciviessen en su amistad y les perdonassen los delitos pasados; en ponderar la firmeza y veras con que daban la paz, y en significar su rendimiento y humildad para obedecer en quanto se les mandasse y recivir las capitulaciones que su Señoria les habia embiado a notificar con el Vedor general. Y acabado mandó el Gobernador al Capitan Don Simon de Soto, lengua general, que les digesse la voluntad y el agrado con que los admitia a la paz y por vasallos de su Magestad; los bienes que experimentarian en servicio de tan gran Monarca, que lo principal que de ellos deseaba era la salvacion de sus almas, y con eso su quietud, su comodidad y aumento. Y que oyessen las capitulaciones con que les admitia a la paz y se las declarase, y aviéndoles leido y declarado las capitulaciones que hizo el Gobernador Don Martin de Mogica y declarádoselas, añadió y les leyó las que el Gobernador avia hecho para ellos en particular, demas de las otras, que son las siguientes:

"Hanse de obligar los indios de Osorno y Calla-Calla, y todas las demas provincias rebeldes que de nuevo ofrecen la paz necesitados de sustento y demas comodidades que carecen, a restituir todos los prisioneros que estuvieren en su poder, fugitivos o cogidos en la guerra, españoles, indios o negros de ambos sexos, y de qualquiera calidad o edad que sean, assi los que han tomado prisioneros en el tiempo presente, como los de la antigüedad y alzamiento general en que debelaron las ciudades de este Reyno.

"Hanse de obligar a ser encomedados en cabeza de su Magestad o de las perso-

nas benemeritas a quien se hiciere merced, quando yo lo dispusiere o qualquiera de mis sucesores en este gobierno, y las dichas encomiendas se han de hacer con las mismas calidades y condiciones que las de los actuales domesticos de este Reyno.

"Han de ser libres de ser encomendados los caciques e indios de las reducciones de Mariquina y demas provincias que se han conservado fieles en dicha plaza de Valdivia, en satisfaccion y premio de su lealtad y memorable privilegio de que no deben gozar los que conspiraron.

"Hanse de obligar a salir de los montes y asperezas en que están retirados y poblarse en los llanos, en parte descubierta y en las mismas provincias de que son naturales y en que estaban antiguamente, de manera que formando pueblos se les pueda administrar justicia y los conserven en paz, y en las partes donde se poblaren se les darán a los toquis, caciques y personas principales y a los demas indios que estuvieren a su orden, las ojas de tierras que hubieren menester para sus sementeras y chacaras, aventaxadamente a los que gozan los demas naturales de estas provincias, como lo experimentarán, sin que de esto deban tener recelo alguno.

"Han de rendir las armas y no usar de ellas en ninguna manera en poblado ni fuera de él, si no es aquellos a quien yo o mis sucesores las permitiere para castigo de los que no vinieren en esta paz o de los que conspiraren contra ella, pena de que serán tenidos por sospechosos y castigados como traidores.

"Han de oir la doctrina christiana y enseñanza de la fe catolica, para que instruidos en ella puedan ser bautizados los que voluntariamente pidieren con viva fe este sacramento. Y los hijos menores de edad de éstos que se bautizaren los han de dar sus padres para que assimismo se bauticen, por ser conforme a lo que dispone y nos manda la Santa Madre Iglesia, y los hijos de los que no fueren bautizados se han de obligar a embiarlos a oir la doctrina christiana los dias y las horas en que se dispusiere para que con esta educacion puedan ser bautizados quando fuere conveniente y lo pidieren.

"Hanse de obligar a dar cien indios de mita a la poblacion y fortificaciones de Valdivia, para lo que se ofreciere en ella en cada un año, prorratándose entre las parcialidades, de suerte que sea igual el trabaxo, a los quales se les pagará el que tuvieren conforme a la real tasa y como se les paga a los demas domesticos de este Reyno, en cuya puntualidad se pondrá especial cuydado, y los dichos cien indios se han de mudar por tercios en cada un año, porque no se les grave en mas de lo que deben ni se exceda en lo que su Magestad manda.

"Ha de quedar a mi arbitrio el hacer las poblaciones de ciudades o fuertes que pareciere convenientes al real servicio y a la conservacion de la paz, para cuyo efecto, corte de maderas y su conduccion y otros generos necesarios, han de trabaxar y ayudar voluntariamente los mismos indios, lo qual han de fomentar los toquis y caciques con su asistencia, sin que ninguno se atreva en todo ni en parte de lo referido a hacer resistencia por su persona ni por otro medio, pena de ser tenidos por enemigos declarados y como tales se procederá al castigo de los culpados.

"Hanse de obligar a dar paso franco a todos los indios y indias grandes y pequeños que de su voluntad quisieren venirse a vivir solos o con sus familias a las reducciones de estas fronteras o a los pueblos de estos partidos entre los españoles.

"Hanse de obligar a hacer cercas, guar-

das, y defender las sementeras que se dispusieren de trigo, cebada y otros generos de menestras y legumbres, para el sustento y el abasto de la plaza y fortificaciones de Valdivia, para cuyo efecto se les dará el apero necesario de bueyes, puntas y arados, a que han de acudir fiel y gustosamente, sin permitir su cuidado y vigilancia el menor hurto ni daño en ellas.

"Asimismo se han de obligar a mantener la guerra, los que dexare con armas, contra los enemigos que rebeldes no vinieren a esta paz, y han de salir a las facciones cada vez que se les ordenare y en la manera que se dispusiere por mí o por los ministros que les han de asistir a cuyo cargo estuviere su gobierno.

"Hanse de obligar a abrir paso en los caminos capaz de marchar por él, talando los montes, haciendo puentes y canoas en los rios y esteros en que fueren necesarias."

Con declaracion de que estas doce capitulaciones se añaden a las diez y seis que juraron en la paz que celebró en Quillin el señor Don Martin de Mogica el año pasado de seiscientos y cuarenta y siete, y unas y otras han de observar los que ultimamente la pretenden y solicitan, sin que por ninguna manera falten a cosa alguna de su parte; pues por la de su Magestad, en cuyo real nombre las juró y las celebró, no se faltará jamas en la mas mínima cosa de quanto contienen en favor, como lo tienen experimentado todos los de su nacion por tantos años como ha que tratan españoles.

En todas las capitulaciones vinieron los indios, y solo de una suplicaron, que fué de averlos de encomendar, y assi pidieron estar en cabeza de su Magestad como los demas amigos, por quanto las encomiendas y la opresion de los vecinos avia sido la causa de su alzamiento, y aviendo altercado sobre esto un buen rato, resolvió el Gobernador que no se encomendassen por estos diez años, hasta avisar a su Magestad y saber su voluntad, y que si mandasse que se pusiessen en su cabeza, no se haria mudanza, pues desde luego lo estaban, y si mandasse que se encomendassen a los vecinos y benemeritos, avian de sugetarse a ello, en lo qual vinieron con mucho gusto, y despues de avérselo dado a entender el lengua general, me dixo a mí su Señoria que se lo diesse tambien a entender en su lengua porque en ningun tiempo alegassen ignorancia, y assi lo hice, y respondieron que tendrian mucho gusto en obedecer a lo que su Magestad dispusiesse.

Varios pareceres y diferentes opiniones ubo sobre el encomendar a estos indios, que los que miran al interes particular quisieran que luego se encomendassen; mas el Gobernador, que prudentemente atendia al bien comun y a no exasperarlos y perderlo todo, ya que la voluntad de su Magestad, quando les ha convidado con la paz, ha sido que estén en su cabeza y libres de encomienda, sin servir a nadie ni querer de ellos mas de que sean christianos, dexó la determinacion de este punto a su voluntad por no ponerse a riesgo de ir contra ella.

Acabóse con grande regocixo de todos el juramento de las paces, y fué este dia el mas festivo que se ha visto en Chile, por no averse visto jamas, si no es hoy, todo de Chile de paz desde Copiapó a Chiloé, sin que hubiesse en todo el Reyno indio ni provincia de guerra, que si bien muchas veces y en tiempo de otros gobernadores se han celebrado paces, siempre han quedado alguna y algunas provincias de guerra; pero ahora no quedó provincia que no se hallasse en este parlamento y diesse la paz a Dios y al Rey. Quisiesse Dios que fuesse perpetua para que por su me-

dio se consiguiesse la conversion de tantas almas.

No se contentó el Gobernador con aver notificado las condiciones de la paz y que los caciques que alli se avian hallado presentes hubiessen aceptado las capitulaciones, sino que quiso que todos los caciques y indios particulares de Osorno, Valdivia, Cunco, Ranco y Calla-Calla, las oyessen, entendiessen y aceptassen de su voluntad, sin apremio ni respeto a su presencia. Y assi rogó al Padre Juan Moscoso que pues avia trahido aquellos caciques en compañia de el Capitan Baltasar Quixada, y pues era tan querido y acepto entre ellos y tan de su profesion y santo celo el ganar aquellos indios para Dios y para el Rey, que fuesse con dicho Capitan a Osorno y alli convocasse toda la tierra y juntos les notificasse y diesse a entender aquellas capitulaciones para que de su voluntad y en su libertad las aceptassen o no. Y assi lo hizo con feliz suceso, de que dió parte despues al Gobernador, causándole grande gusto y teniendo por obra del cielo la conformidad de voluntades en todos y la paz universal de que gozaba el Reyno.

CAPÍTULO VI.

Cómo el Gobernador fué oculto (aunque lo supieron los indios) y con poca gente a Valdivia; visita la plaza, los fuertes y castillos, y de vuelta le salen a recevir los indios mostrando su fidelidad.

Llega la caballeria a Boroa.—Va el Gobernador Don Antonio de secreto a Valdivia con diez hombres.—Disuádele el viage el Maestro de campo Juan Fernandez y no desiste. — Viene a recevir al Gobernador Don Antonio el Gobernador de Valdivia Don Diego Gonzales. — Visita la ciudad, el puesto y los castillos. — Da la vuelta y sálenle a recevir y a festexar los indios por los caminos. — Sale el Sargento mayor con la caballeria a recevirle al rio de Quetatue. — Vuelve el Gobernador a la Concepcion y celébrase en todas partes la paz general. —Grande es la inconstancia de los indios y se mueve mas con las ocasiones.

El dia siguiente a la celebracion de las pazes llegó la caballeria de los tercios, que constaba de trescientos y cincuenta soldados, a cargo de su comisario Don Francisco de Figueroa, en busca de su Gobernador y Capitan general, y los tercios con la infanteria hicieron alto en el camino, caminando muchos a la desilada con la seguridad de las pazes y con sentimiento de los soldados antiguos que sentian el ver que se diesse ocasion a los indios de lograr la que vian en tanto desorden. Y quando juzgaban que el Gobernador uniria la gente y volveria a la Concepcion al abrigo de sus fuerzas, supieron que avia tomado otra determinacion antes executada que sabida de ninguno, que fué de ir a ver la poblacion y fortificaciones de Valdivia oculto y con solos diez hombres y su ayudante. Y no tan oculto que no lo entendiessen los indios de Tolten y de las tierras que hay desde Boroa a la Mariquina, distancia de diez y ocho leguas, y que no dexassen de reparar en el arroxo y riesgo en que se avia puesto, diciendo que por qué no les avia avisado, le ubieran ido todos a hacer escolta porque no le sucediesse alguna desgracia. Y si los indios reconocieron el riesgo, quién duda sino que le advertirian los españoles y le recelarian con mayor cuydado y sobresalto, viendo a su capitan general puesto en tanto riesgo y que avia dexado las fuerzas que le pudieran servir de resguardio, poniendo al tablero todo el resto y embidando a unos indios tan arrestados que no desechan embiste y con qualquier punto doblan la parada. Salió el Gobernador a prima noche de el fuerte de Boroa con achaque de ir a ver el aloxamiento de los amigos y el bado de el rio de Quepe, y pasó de la otra banda con el Capitan Juan de Roa, Don Melchor de Cárdenas, comisario Don Francisco de Figueroa, Don Martin Cerdan, Pedro de la Cerna, Marcos Rodriguez, Pedro de Torres, su mayordomo y su ayudante, con el

Vedor de Valdivia Don Diego Canencia, Capitan Luis Gonzales y Domingo de Amor, que le avian venido a dar la bien venida. Y despidiéndose de el Maestro de campo Juan Fernandez Rebolledo, se declaró con él y le dixo como iba a Valdivia y que de trasnochada se avia de poner en Tolten y en otro dia y otra noche en la Mariquina; que importaba su ida. Procuró el Maestro de campo Juan Fernandez disuadirle de ella por el riesgo en que ponia el Reyno; que si los indios le vian solos, por la gloria de matar a un gobernador y la esperanza de acabar con todo el cuerpo, derribando la cabeza, harian qualquier empeño, y que pues tenia alli la caballeria española, ya que se determinasse a ir la llevasse para el resguardio y la decencia de su persona. No vino en cosa ninguna de estas, diciendo que el Virrey le avia encargado que viesse y fomentasse a Valdivia, y que con menos ruido iba y mas de ligera con pocos hombres. Y assi partió luego, llevando por guia al Capitan Juan de Roa, que con aver andado cien veces aquel camino se perdió, y con luces que iban encendiendo de cañas bravas iban penetrando la montaña y buscando camino, hasta que a las primeras luces del alba llegaron al barco de Tolten, y desde alli amanecieron el dia siguiente en la Mariquina, de donde salió a recevir al Gobernador (por averle llegado aviso de su ida) el Capitan Don Gonzalo Gonzales de Mendoza con su compañia de a caballos de la Mariquina, admirando todos una cosa tan nueva como era ver alli un gobernador y que con tan poca gente ubiesse pasado por aquellos caminos, que aunque muy cursados de los particulares, en quienes los indios no hacen empeños, jamas hollados de gobernador ninguno despues de la pérdida de las ciudades.

Sabida su llegada, vino el Gobernador Don Diego Gonzales Montero por el rio con todas sus embarcaciones y recivió al Gobernador Don Antonio de Acuña en ellas, con mucha salva, grandes festexos y agrados, estimando la honra que hacia a aquella plaza de Valdivia, la ligera que avia dado y la vizarria de su determinacion tan bien executada. Fueron por el rio abajo, tratando de el viage y de las conveniencias de aquella plaza, y al llegar a ella le hicieron una lucida salva, repitiendo sus ecos la artilleria y la arcabuceria sus respuestas, y todos las voces de alegria y contento de ver a su Capitan general que por venirlos a ver avia atropellado tantos riesgos. Vió la ciudad, reconoció el presidio, pasó al puerto, visitó las fortalezas y castillos, alegró a los soldados, pasó muestra y hizo mercedes. Y aviendo prevenido lo necesario, si le quedó algo por prevenir al cuydado de el Gobernador Don Diego Gonzales Montero, muy regalado y cortexado de él dió la vuelta a la Mariquina. Desde alli pasó, festexado de los indios amigos que le salieron a recevir por los caminos con camaricos, haciéndole escaramuzas y celebrando su venida, a que dió principio el cacique Tipaicheuque y prosiguieron los demas, abriéndole y allanándole los caminos hasta Boroa, mostrando su grande afecto y la fidelidad que tenian en su pecho y dándole amorosas quexas de averle zelado su ida a Valdivia, por aver perdido la ocasion de servirle y acompañarle en sus tierras.

Hízoles el Gobernador notable agasaxo y regalo de lo que trahia, agradecióles su buena voluntad y las muestras de fidelidad, y satisfaciendo con agrado a su querella, les dixo que por no darles cuydado avia hecho su viage secreto y que estaba de su amistad tan seguro que visitaba sus paises sin recelo. Halló en el rio

de Quetatue, cuatro leguas mas allá de Tolten, al Sargento Mayor de el Reyno con toda la caballeria, que le avia ido a esperar, no les sufriendo el amor a su Capitan general el dexarle solo en los peligros. Acudió tambien la compañia de los capitanes reformados, y de vuelta halló en Boroa todos los caciques que le dieron la bien venida y la quexa de no averles avisado de su ida a Valdivia para irle acompañando; mas él les satisfizo y agradeció su buen deseo, y aviendo ordenado lo necesario, se partió a la Concepcion, donde fué recevido con mucho regocixo y festexo. Y en la ciudad de Santiago se celebró la buena nueva de las paces universales con muchas fiestas y accion de gracias a la Divina Magestad, por ver que en las mismas aras en que se daba culto al demonio, se da veneracion al verdadero Dios; que la rebeldia se ha trocado en amistad, las lanzas en arados, el odio en amor, la traicion en lealtad, la furia en obsequio, la valentia en agrado, las sendas estrechas en caminos abiertos, la zelada en seguridad, la guerra en paz y la paz en comercio; cerrado el templo de Marte y abierto el de Diana, libertado el oprimido Chile por Don Antonio de Acuña, como la afligida Roma por el gran Traxano. Mas como en lo líquido de las aguas de el mar no hay consistencia y su facilidad y inconstancia tiene muchos que la conciten, porque ya un soplo las mueve, un viento las altera, un uracan las ensobervese, y en erguidos montes crespas las que ayer estaban en leche, hoy espumosas amenazan muertes y embravecidas ocasionan naufragios: assi estos indios, de suyo faciles, libianos y inconstantes, movidos y concitados ya de mal intencionados, que con el soplo de chismes y mentiras los alteran, y ya alborotados y conturbados del cierzo de la codicia y del uracan de el interes, levantan olas, mueven tormentas y perturban el sosiego de la paz, convirtiendo en tormentas las serenidades y las calmas en naufragios, como se verá en los capitulos siguientes en la fuga de un mal christiano a los infieles, a quienes perturbó con sus mentiras y falsedades, y en la pérdida de un navio que dió en las costás de Cunco, cuya hacienda perturbó la codicia de los barbaros de Cunco para que, mas impios que el mar, quitassen las vidas y las haciendas a quienes él se las avia perdonado.



CAPÍTULO VII.

De las revueltas que un sargento fugitivo de Valdivia causó en los indios con sus mentiras. Requiéreles varias veces el Gobernador que se le restituyan; va a castigar su rebeldia: humíllalos y entréganle el fugitivo; satisface en público y arcabucéale.

Un mal hombre que para vestir a su amiga hurtó el vestido y joyas de la madre de Dios; se huyó con una india a los infieles. — Siembra entre los indios que los españoles dan la paz fingida para matarlos, embarcarlos y quitarles las mugeres. — Pertúrbanse los indios y concítanse unos a otros. — Embia el Gobernador varios mensages a los indios, diciendo que no crean los embustes de el soldado fugitivo y que se le restituyan. — Responden los indios con excusas y ampáranle. — Reta el Gobernador y amenaza a Millacalguin y Ancata por desovedientes y traidores. — Responden con sobervia y tiémplase el Gobernador. — Sale el Gobernador Don Diego Gonzales al castigo de Millacalguin. — Coge seis piezas en una emboscada. — Estratagema del Gobernador Don Diego Gonzales en que coge cinco centinelas y seis canoas. — Pasa el rio Chaguin y pone miedo a la tierra y vánsele rindiendo muchos. — Da libertad a un captivo que vaya a desafiar a Millacalguin cuerpo a cuerpo y campo a campo. — Viénense de paz mil y quinientas almas y ríndese Millacalguin. — Traben los Cuncos a Valdivia el español fugitivo. — Da satisfaccion delante de los caciques que como todo cuanto dixo contra los españoles fué mentira. — Confiesa en público el sacrílego fugitivo como aunque queria huirse no podia, porque queria Dios que pagasse sus delitos.

No hay hombre tan feliz que pueda poner un clavo a la rueda de la fortuna para detener su inconstante dicha, ni hay felicidad que no sea un vapor que el viento le lleva, un humo que el soplo le deshace y una niebla que el aire le desvanece. Quando mas felicidades se prometia el Reyno de Chile y quando los que le gobernaban tenian mas bien fundadas las esperanzas de perpetuar su gloria, por aver puesto de paz todos los enemigos y rebeldes de el Reyno, por la parte de la cordillera y de Boroa, por la de Calla-Calla y Valdivia, por la de Cunco, Osorno y Chiloé; quando los caminos, antes cerrados, estaban ya a todos abiertos y seguros, y los españoles y los indios se comunicaban y comerciaban con familiaridad, pasando por tierra de Chiloé a Chile, a Valdivia y a Boroa; y que Valdivia era ya el centro del comercio, el corazon de la tierra y el medio de todas las felicidades, salió de alli una idria del infierno que pegó fuego a una parte de la tierra y sembró odios y enemistades en los indios mas belicosos que hai desde Boroa a Chiloé, que son los cuncos y millacalquines, y de esta centella se fué poco a poco emprendiendo un grande fuego.

Estaba en Valdivia un sargento reformado llamado Pedro Rodriguez, hombre de malas costumbres, de viles pensamientos y de infames hechos, el qual, apasionado en una mala amistad de una muger, daba escándalos y causaba ruidos, sin dar oido a las amonestaciones de perso-

nas religiosas y de su Gobernador Don Diego Gonzales, que con su buen zelo le procuraba ganar con amor por no llegar al rigor; mas él llegó a perder tanto el temor a Dios y la vergüenza a los hombres, que se atrevió a hacer un vil y sacrílego robo, hurtando a la Virgen un manto y algunas presëas suyas y de la iglesia, las quales empleó en adorno de su amiga, con indecoro y ofensa de tan sagrado dueño. Conocido su delito, le embió desterrado el Gobernador Don Diego Gonzales al Castillo de San Pedro de Mansera, y como hombre dexado de la mano de Dios se fué precipitando en mayores delitos, porque alli hurtó una india y se fué con ella a la Punta de la Galera, tierras del cacique Millacalguin, a vivir con los infieles en su libertad y vicios, y no paró aqui su despeño, sino que fué a derramar zizaña entre los indios, pareciéndole que con eso seria mexor recevido de ellos; y les dixo a los de Millacalguin y a los cuncos (que todos están en la costa del mar y son de un aillo que llaman Utanmapu) que las pazes que trataban con ellos los españoles eran fingidas y todo embuste y traicion; que él, que estaba entre ellos, lo sabia muy bien y se lo oia platicar al Gobernador y a los capitanes; que por quererles bien y tenerles lástima se avia huido de los españoles, que en cosa trataban verdad, y se avia ido a vivir con ellos, que eran hombres llanos y sencillos y tenian el corazon en la boca, y como a gente sin las malicias y reveces de los españoles, los engañaban con alagos fingidos. Que su intento de los españoles no era otro que dexarlos descuidar con la seguridad de las paces, y en teniéndolos asegurados, embarcar a los caciques para el Perú a que sirviesen de remar en las galeras, y a los indios soldados meterlos en algunas casas de paxa, llenas tambien de cebo, y pegarlas fuego y abrasarlos a todos, y coger luego las mugeres y los niños inocentes y llevarlos a sus casas para servirse de ellos como de esclavos.

"Sabed que están en este dictamen, de que sois unos traidores, de que siempre lo aveis de ser, que no ha de aver otro modo de sugetaros sino acabaros; y las paces que vosotros tratais con sencillez y verdad, ellos las tratan con mentira, doblez y traicion. Pobres de vosotros que os engañan como a niños, y su codicia no se ve harta de vuestras riquezas, su sed no se satisface de vuestra sangre, y su tirania no se ve coronada si no es con vuestra libertad."

Con estas y otras muchas cosas que este sacrílego fugitivo dixo a los indios, los perturbó de suerte que como mar inconstante comenzaron a fluctuar, y espumando enoxos, unos a otros se concitaban, considerando que aquel hombre no podia dexar de saber los secretos que pasaban entre los españoles y que llevaban mucho camino sus razones, fundadas en la codicia y deseos que los españoles tienen de esclavos y en el mal concepto que tienen de su inconstancia, confirmada con tantos alzamientos. Y como las olas las unas se rempuxan a las otras y se conmueven, assi se iban moviendo y poniendo mala voluntad a los españoles y a sus paces los unos a los otros. Corrió la voz por la tierra, y aunque algunos mas faciles daban asenso, otros mas prudentes y maduros no querian moverse ni creerse de ligero, con la esperiencia de los chismes que de una parte y de otra suelen correr y causar alborotos, y de que siempre los fugitivos traen un embuste para hacerse lugar, y todos estaban a la mira.

Sabida de el Gobernador de Valdivia la fuga, previno como prudente y esperimentado a los indios, avisándoles como aquel era un mal christiano, y que por

vivir en sus vicios y temiendo no le ahorcasse por sus delitos, se avia huido; que no le creyessen nada de lo que digesse, pues sabian que los fugitivos eran unos descomulgados, hombres perversos y mentirosos y que no oyessen sus embustes, pues por tener cabida siempre derraman voces falsas y siembran zizaña; que se le embiassen, pues eran amigos y avian capitulado el no recevir en sus tierras los fugitivos ni amparar ladrones y malhechores. Fué el mensage al cacique Millacalguin, señor de las tierras de la Punta de la Galera, donde se avia acogido, y al cacique Acata, fronterizo de Cunco, y respondieron dando algunas excusas. Tuvo el Gobernador Don Diego Gonzales vivas noticias de el daño que iba causando con sus mentiras y volvió a embiar otros mensageros, encargándoles que mirassen el daño que iba causando con enredos, de que les avia prevenido; que se le embiassen. El fugitivo se amparaba de el Millacalguin, que era indio de mucha autoridad, presencia y mando, y ya compadecido, ya receloso, no queria soltar la prenda y volvió a responder con tiviesa. Fueron y vinieron siete o ocho mensages de el Gobernador, y en lugar de embiarle, le metieron la tierra adentro, o él temeroso se pasó a Cunco; hasta que viendo el sufrido Gobernador que ya venia a ser tanta tolerancia desprecio de su autoridad y nota de poco brio, para que entendiessen que le sobraban los alientos y que si no querian obedecer les humillaria la cerviz, les embió a decir en el último mensage que hasta ahora los avia esperado y pedido una y otra vez su soldado por buenos medios, sin cansarse de intentarlos y esperar a ver su obediencia y sugecion, y que si no reconocian a su Gobernador tenia muchos brios y mucha fuerza para hacerse obedecer y castigar deslealtades.

A este mensage respondieron Millacalguin y Ancatá que ellos tambien eran gobernadores de sus tierras, que eran valientes y tenian muchas fuerzas para abaxar los humos a qualquiera que les quisiesse hacer oposicion.

Mucho sintió el Gobernador Don Diego Gonzales Montero esta libertad y desobediencia y quiso muchas veces, por el exemplar, entrar a castigar su desvergüenza; pero fué templando con su prudencia su enoxo por no dar motivo a que se tuviesse a facilidad procurar por una parte paces y por otra hacer guerra, y por justificar mas la causa dió largas al tiempo para ver si se reducian a la obediencia, y como en este tiempo averiguasse que Millacalguin con los cuncos, gente criada en traiciones, trataban de alzarse y con sus platicas iban perturbando a los otros, aviéndolo consultado con su consexo de guerra y con el Gobernador Don Antonio de Acuña y Cabrera, quando estuvo en Valdivia, y sacado orden suyo, se puso en campaña con valiente resolucion y con doscientos infantes, dos capitanes vivos, algunos reformados y ciento y cincuenta indios amigos de la Mariquina, Tolten el baxo y Queule; se arroxó a las costas y tierras de Millacalguin, a pie y cada uno con la mochila al hombro, y el Gobernador con el corto sustento de los soldados y solos dos caballos, uno para el capellan, el Padre Andres de Lyra, de la Compañia de Jesus, grande haliento de los soldados, y otro para subir él a ratos, marchando lo mas ordinario a pie como el mas humilde soldado, desmintiendo sus años y causando halientos a todos, igualmente con la adarga a la cabecera y sobrepujando a todos en la vigilancia, penetrando montes y abriendo sendas por caminos jamas hollados de españoles. Y echando delante a coger lengua al Capitan Domingo Garcia de Amor con diez y seis arcabuceros y

quince indios, echadas sus emboscadas, cogió seis piezas que dieron noticia de lo que avia en la tierra y cómo se avian escapado dos indios que fueron a tocar arma.

Prosiguió el Gobernador la marcha, y llegando a pisar las margenes de el rio Chaguin, de mas de tres brazas de fondo, echó de noche tres españoles y tres indios que cogiessen las canoas que ubiesse en la otra banda para pasar en ellas. Arrojáronse a nado y hallaron las canoas baradas en tierra y a cinco indios en su guardia de posta, y luego se oyeron tocar bocinas y cornetas, con que se tocó arma y se convocaban los indios, y de la otra banda del rio comenzaron a retar a los españoles y a decirles oprobios. Hízoles frente el Gobernador y estuvo hablando con ellos, y entretanto embió algunos indios amigos y españoles que pasassen el rio a nado por mas arriba y cogiessen por las espaldas a los indios que de la otra banda estaban hablando y retando. Echáronse a nado cuarenta indios, dos negros y tres españoles, con las lanzas atadas a los brazos y las camisetas en la cabeza, y con la oscuridad de la noche pasaron a coger las espaldas a los indios con gran disimulo, y el Gobernador los divertió con tanta sagacidad, que hablando con ellos les decia que se queria volver por ser el rio tan hondable y que agradeciessen a la muralla que en él tenian. Y entretenidos en estas y otras platicas, llegó por las espaldas la gente que avia pasado a nado y les dió un Santiago, fingiéndose ser de los suyos, tan de repente, que sin poder distinguir si eran enemigos, los cogieron en medio y cautivaron cinco centinelas y cogieron seis canoas.

Passó el Gobernador con todo su campo el rio Chaguin, y por montes y asperezas fué marchando a la punta de la galera y tierras de Millacalguin. Iba tambien dispuesta la gente, en ileras divididas, que con ser poca, representaba un exército muy copioso y ponia tanto pavor al enemigo, que por el camino le salian los indios a recevir con cruces, diziendo que eran christianos, que los tuviesse compasion y no hiciesse mal a sus casas ni a sus sembrados. Recivió a veinte indios que le salieron a dar la obediencia y agrególos a los amigos, y como no pretendia destruir sino edificar, no hacer guerra sino entablar la paz y justificar la causa de su desobediencia, sin hacer daño en la tierra, embió algunos mensageros a Millacalguin y a Ancatá que se rindiessen y sugetassen a la obediencia, porque sino soltaria la gente a destruir y abrasar sus tierras. Y para que los buscasse, que andaban fugitivos por los montes y convocando los cuncos, dió libertad a un cautivo y le dixo que fuesse a avisar a Millacalguin cómo estaba en sus tierras, y que pues decia que era gobernador él tambien y muy valiente, que alli le aguardaba para que los dos, lanza a lanza y cuerpo a cuerpo, probassen quien lo era mas; y si quisiesse pelear con su gente campo a campo, que viniesse con todos sus soldados, que alli le aguardaria dos dias enteros con los suyos. Y assi lo hizo, causando tanto pavor y miedo a los indios, que no se atrevieron a parecer. Y como no venian a pelear, esparció la gente con buen orden a quemar las caserias y talar las sementeras: con que rendidos y humildes le vinieron a dar la paz mil y quinientas almas, y aloxándolas de esta parte de el rio de Chaguin, debaxo de nuestras armas, volvió triunfante y victorioso sin derramar sangre. Y el mayor triunfo fué ganar a Millacalguin y a Ancatá, que humildes y rendidos fueron a Valdivia a darle la obediencia y las excusas de su tardanza en restituir el fugitivo, prometiendo de hacerle traer de Cunco, donde

se avia ido huyendo y temeroso de el castigo: con que se volvió a sosegar la tierra y a pacificar los indios que avian mostrado querer alterarse.

Y acabáronse de quietar y conocer el buen trato y verdad de los españoles con averiguar la falsedad de las mentiras de el fugitivo español y oir de su boca dar pública satisfaccion y desmentirse de quanto avia dicho. Porque los cuncos, a persuasiones de Millacalguin, que les dixo que no amparassen a un fugitivo, que entre los españoles avia hecho graves delitos, y por averle él querido amparar y compadecídose de él, se avia puesto en peligro de perder la amistad de los españoles y a punto de que le costasse muy caro, aviendo tocado no poco de varato, le cogieron y se le embiaron al Gobernador de Valdivia con dos indios, el qual confesó publicamente sus delitos y que merecia justamente la muerte por ellos. Y haciendo juntar a todos los indios amigos y a los de Cunco y Millacalguin, le mandó el Gobernador que les diesse pública satisfaccion de el escandalo que les avia causado y de las revueltas en que los avia traido. Y assi, en presencia de todos los españoles y indios, dixo que sus pecados y maldades le avian traido a tal perdicion y desatino, que avia hurtado las joyas y manto de la Madre de Dios para adornar su amiga, y huyendo de sí mismo y de su mala conciencia se avia ido al enemigo y procurado alterar los animos de los indios con falsedades y enredos, diciendo que las paces eran falsas y con traicion de parte de los españoles, que el intento de el Gobernador era degollar y embarcar los caciques y hacerse señor de toda la chusma y venderlos por esclavos. Todo lo qual dixo que para el paso en que estaba era mentira; que él estaba condenado a muerte y conocia que la debia justamente y que Dios le avia traido a que pagasse las ofensas que contra su Divina Magestad y contra su Santissima Madre sacrilegamente avia cometido, y que esto lo conocia mas claro porque aviéndole traido solos dos indios y pudiendo averse huido de ellos y aviéndolo querido hacer, nunca pudo porque le parecia que le ataban de pies y manos invisiblemente y que le faltaba la vista y las fuerzas, y que avia sido voluntad de Dios que él pagasse y satisficiesse a todos; que les rogaba le perdonassen de el escandalo y mal exemplo que les avia dado y le alcanzassen perdon de Dios para que se salvasse su alma, pues le avia costado a Dios su sangre. Quedaron con esto los indios muy satisfechos y pedian al Gobernador que le perdonasse; mas, por el exemplar de los demas, les dixo que convenia, para la satisfaccion de la justicia, que muriesse, y assi le hizo arcabucear: que en esto viene a parar una mala inclinacion poco reprimida y una pasion ciega y aficion desordenada. Los indios volvieron contentos con el desengaño y mucho mas por la liberalidad con que el Gobernador les volvió las piezas que les avia cautivado a Millacalguin y los demas.

CAPÍTULO VIII.

Pérdida de el navio de el situado de Valdivia en la costa de Cunco; muerte cruel que dan los indios a los que escaparon vivos de el naufragio y robo de la hacienda de el navio.

Cegó la codicia a los cuncos para un robo y muertes alevosas. — Habian los cuncos jurado las pazes en Boroa ante el Gobernador Don Antonio de Acuña. — Habia ido Juan Moscoso a Osorno y Cunco a que toda la tierra jurasse la paz. — Mandó el Gobernador Don Antonio que de Chiloé fuese un Padre de la Compañia y un Capitan a Osorno y Cunco a asentar las pazes. — La confianza que el Gobernador Don Antonio tenia de los Padres de la Compañia. — Concurren de todas partes a Osorno. — Reciben todos los de Osorno la paz y la Fe que los Padres de la Compañia les predican. — Tormenta furiosa en que se perdió el navio de el situado de Valdivia. — Da en la costa de Cunco el navio en las peñas y salen muchos vivos. — Salen doscientos indios a los de el navio perdido, y dícenles que son amigos y toda la tierra está de paz. — Aseguran a los españoles que los llevarán a Valdivia, y el Capitan les ofrece toda la hacienda porque lo hagan. — Entran en consexo los infieles y sale de él que maten a todos los christianos para aprovecharse de la hacienda y que no haya quien avise de ello. — Dispónense para morir. — Matan los infieles a los christianos que habian salido. — Riñen sobre llevar cada uno las mugeres y mátanlas para quitar la diferencia. — Líbrase un español porque sabia la lengua, y mátanle despues de tiempo porque no les descubra. — Porque no haya quién descubra el hecho hazen pedazos un Christo y le hechan al mar y una imágen de Nuestra Señora. — Lo que hacen por encubrir su delito. — Roban los cuncos toda la hacienda que hallaron y deshacen parte de el navio. — Los Padres y Capitanes que estaban en Osorno componiendo las pazes quieren ir a traher los españoles de el navio perdido y no les dexan ir los cuncos. — Va el cacique Cobiante a traher a los españoles de el navio con treinta indios. — El sentimiento que hacen las demas provincias por ver que los cuncos hayan perturbado la paz. — Lo que sintieron la muerte de los de el navio el Gobernador Don Antonio y Don Diego Gonzales con sus soldados. — Házense diligencias sin provecho por ver el navio perdido y por estorvarlo los cuncos. — Van soldados de valor y el Capitan Munitones a descubrir el lugar de el navio perdido, determinados a no volver sin descubrirlo. — Acompáñanles cuarenta caciques de Osorno y entran a pesar de los cuncos. — Ven las calaveras y los güesos de los españoles y el navio hundido en el agua. — Retan y amenazan a los cuncos y trahen razon de todo el suceso.

La codicia que cegó al discípulo de el Señor para que debaxo de amistad le entregasse a la muerte, cometiendo, demas de el hurto infame, alevosia, movió a los indios de Cunco a cometer, demas de un robo, una infame alevosia, quitando la vida a todos los españoles que salieron a sus costas arroxados de una furiosa tempestad, estando ya de paz ellos y toda la tierra, y estando actualmente jurándola y concertando los tratos de las pazes. Porque, como digimos arriba, el Gobernador Don Antonio de Acuña y Cabrera celebró en Boroa las paces mas generales que se han visto en Chile, pues no quedó provincia rebelde ni de guerra que no concurriese a jurarlas, con grandissima conformidad y con mucho conocimiento de quán bien les estaba el dar la paz, por no tener contra sí, demas de las armas españolas, el poder de tantos indios amigos como estaban debaxo de su abrigo y todas las provincias

de Boroa y la Mariquina; y assi hicieron paz los rebeldes y los de guerra con Valdivia y con Chiloé, por ver que todas esas armas y poderes se juntaban contra ellos.

Y para que no solamente los caciques que de todas partes se avian juntado en Boroa, jurassen las paces y entendiessen las capitulaciones con que el Gobernador se las admitia, sino que los demas que por la mucha distancia no avian podido venir, contentándosse con embiar sus toquis generales y plenipotenciarios, jurassen tambien las paces y se les diessen a entender las condiciones con que se les admitian, embió el Gobernador de su parte y de la de Valdivia al Padre Juan Moscoso, de la Compañia de Jesus, misionero de gran zelo de el bien de las almas, de espiritu apostolico, grande lenguaraz y que avia entrado muchas veces a la pacificacion de los infieles, y tenia con ellos mucha mano y aceptacion, juntamente con el Capitan Baltazar Quixada, que avia sido capitan de naciones en Arauco y sabia bien la lengua de los indios, para que fuessen a Osorno y alli hiciessen junta general de toda la tierra de Osorno, Calla-Calla, Cunco y Ranco, para que assi los caciques como los indios soldados viniessen de su propria voluntad en lo que avian jurado y prometido sus toquis generales y admitiessen las capitulaciones y las entendiessen, explicadas por el Padre y el dicho Capitan. Y como los cuncos y los de Osorno, de la otra banda de el rio Bueno, que son los fronterizos y los mas cercanos a Chiloé, avian dado la paz al Gobernador de aquella provincia Don Ignacio de la Carrera, el qual embió por tierra al Teniente Maldonado, siendo el primero que atravesó la tierra de guerra despues de la pérdida de las ciudades antiguas, a dar aviso al Gobernador y Capitan general de la paz que avia admitido, para que aquellas provincias la capitulassen tambien, no solo por medio de sus caciques en Chiloé y en Boroa, sino en sus proprias tierras, en presencia de todos los caciques y soldados, escribió el Gobernador Don Antonio de Acuña y Cabrera con el mismo Teniente Maldonado, que volvió a Chiloé atravesando toda la tierra de guerra con gran seguridad, que embiasse a Osorno y Cunco a un Padre de la Compañia, de los misioneros de aquella provincia de Chiloé, con un Capitan, para que en junta general les declarassen a todos las capitulaciones y los exortassen a la paz y a la firmeza de ella; que de el zelo de los Padres de la Compañia en el servicio de Dios y de el Rey y de el buen concepto y estima que de ellos tienen los infieles, fiaba esta accion, que quisiera él ir a hacer en persona y era tan propria suya.

Y en esta conformidad y en virtud de este órden, concurrieron por el mes de Marzo de este año de 1651 en Osorno, de la parte de Chiloé, el Padre Francisco de Vargas, varon de mucho espiritu y que en Valdivia y en Chiloé avia trabaxado con gran zelo en la conversion y pacificacion de los indios, y el Capitan Don Gaspar de Albarado, vecino encomendero de Chiloé, muy entendido en la lengua de los indios y de mucho conocimiento de su trato y costumbres; y de la parte de Valdivia y su Gobernador Don Diego Gonzales Montero y de la de el Gobernador y Capitan general Don Antonio de Acuña y Cabrera, que como diximos los embió, el Padre Juan Moscoso y el Capitan Quixada. Y aviendo hecho algunas juntas generales, assi de esta banda de el rio Bueno en las tierras de los caciques Deumacan, Gualmiau y Caniutaro, que eran los que se mostraban mas fieles y amigos de españoles, juntamente con el cacique Cobiante, que tanto avia solicitado las paces, como

de la otra, en las tierras de el cacique Naucopillan, donde concurrieron todos los cuncos, sus vecinos, y jurando todos las paces, admitido las capitulaciones y hecho muchas fiestas y regocixos en señal del gusto que tenian de verse ya hermanados con los españoles de Chiloé, Valdivia, Boroa y la Concepcion, y con todos los indios amigos de esas ciudades y provincias. Estaba toda la tierra con gran paz y sosiego, y se comunicaban por tierra de unas partes a otras, desde Chiloé a la Concepcion, assi españoles como indios, por espacio de algunas cien leguas y mas que hay a la ciudad de Castro desde la Concepcion, feriando unos con otros y reciviendo los indios a los españoles en sus casas con grande hermandad y agasaxo, y con el que hacian a los Padres Juan Moscoso y Francisco de Vargas se estuvieron en Osorno y en los llanos mas de un mes predicando a los indios, instruyéndoles en los misterios de nuestra santa fe y bautizando las criaturas, oyendo todos con grande gusto los sermones y reciviendo todos en general la fe.

El demonio, invidioso de tanto bien, tomó por instrumento para perturbarles a los cuncos, incitándolos a hacer una de las grandes traiciones que se han visto. Y fué la ocasion que a tres de Marzo hubo un gran temporal que duró tres dias, y con la furia de los vientos de la travesia, que en estos mares mueven fatales tormentas, dió a las peñas en las costas de Cunco, veinte leguas mas abaxo de el puerto de Valdivia, con el navio de el Capitan Gabriel de Leguiña que llevaba el real situado y el socorro de los soldados de aquella plaza; y aviendo descaecido de el puerto de Valdivia con la tormenta desecha esas veinte leguas, dando puntas a la mar y a la tierra, le vieron los de la de Cunco que se les iba acercando a las peñas; y sin poder gobernar por tres dias, andaba zozobrando y alijando la carga, hasta que chocando con las peñas se hizo pedazos, y salieron algunos vivos a tierra bergando con las olas de el mar y aporreados contra las peñas, quedando otros muchos sepultados en las aguas y estrellados en los escollos de el mar; y el casco de el navio, llevado de las resacas, vino a encallar en la boca de un rio y alli quedó sumergido debajo de las aguas, aunque no dejaba de descubrirse mucha parte de él; y por la playa quedó esparcida gran cantidad de fardos, caxas y otras cosas, que como se fué serenando el mar se fueron descubriendo. Los que salieron vivos dieron a Dios muchas gracias de aver escapado con la vida de semexante peligro y juntaron en un monton todo quanto hallaron esparcido por la rivera de el mar y encaxado entre las peñas, y no sabiendo dónde estaban ni qué camino tomar, recelando otro mayor peligro por verse en una costa que sabian que era de indios de guerra, fieros y inumanos.

Vieron venir a ellos doscientos indios que avian estado a la mira, de la gente de Cunco y otras parcialidades cercanas. Temieron el peligro; mas los indios llegaron a ellos sin armas, aunque algunos llevaban algunos garrotes escondidos y no tan encubiertos que no los viessen los españoles y les causassen mayor recelo. Saludaron los indios a los españoles con muchas muestras de amistad y mostrando dolerse de su trabajo y digéronles que no tuviessen recelo, que todos eran amigos y que ya no avia indio ninguno de guerra, porque avian dado la paz poco antes al Gobernador de Boroa y en Valdivia al Gobernador de aquella plaza y en Chiloé al general de aquella provincia, y que los padres de la Compañia y capitanes de una y otra parte avian venido a sus tierras a

confirmar las pazes; que ellos les llevarian a Valdivia. Díxoles el Capitan Gabriel de Legiña que pues eran amigos les hiciessen ese bien de llevarlos a Valdivia, que no querian mas que salvar las vidas, que de la hazienda no hacian caso, que alli se la dexaban toda para que se aprovechassen de ella, pues Dios la avia echado en sus playas. Pero mucho me recelo de que sois enemigos o que nos quereis matar, porque aveis venido muchos y he visto a algunos con garrotes escondidos. No seais mas crueles que el mar, y pues él nos perdonó y nos dexó con la vida, quitándonos la hacienda, dexadnos vosotros con ella y aprovechaos de quanto aqui hay.

Aseguráronlos y lleváronlos a una quebrada alli cerca de la mar, donde los tuvieron tres dias, consultando los indios entre sí qué harian de ellos, porque hubo varios pareceres y unos decian que les diessen las vidas, pues les concedian las haciendas, que era lo que ellos podian desear, y otros que no, sino que los matassen a todos para aprovecharse de la hacienda con seguridad, porque sino, decian, en llegando estos a Valdivia han de dar cuenta de la hacienda que han dexado aqui, y como es hazienda de el Rey y socorro de los soldados, han de venir todos los de Valdivia y convocar a los de Boroa y la Concepcion para buscar quanto hay y llevarlo, y si en nuestro poder hallaren alguna cosa nos han de castigar y dar tormentos sobre enterar lo que falta, y aunque estos dicen ahora por escapar que nos aprovechemos de la hacienda, como no es suya sino de el Rey, mañana han de volver a cobrarlo todo. De este navio y de su pérdida no se sabe en parte ninguna, nuestra ventura nos le ha traido aqui, esto es nuestro; para qué queremos ponerlo en pleito y que estos vayan a dar el bramo? Mexor es que mueran todos, porque uno que quede se ha de saber y lo hemos de pagar.

Luego que salió la sentencia en contra de los christianos comenzaron los infieles a dar vozes, diciendo *lape, lape*, que quiere decir mueran, mueran. Estaban en su consexo alli cerça a la vista, y oyendo los españoles el murmullo que entre los indios se levantó y las voces, conocieron de cierto su peligro, y levantándose en pie el licenciado Don Diego Clavero, que venia por capellan y sabia la lengua de los indios, y de Chile avia ido al Perú y volvia en este navio, tomó en la mano una cruz en que estaba pintado un santo Cristo, y incándose todos de rodillas les hizo una ferviente exhortacion, diciéndoles como ya aquellos infieles se estaban preparando para venirles a dar la muerte y avian pronunciado todos la sentencia diciendo *lape, lape*, y que era sin apelacion, pues no tenian a quien apelar sino al tribunal de Dios, y que asi todos hiciessen actos de contricion y se dispusiessen para la absolucion de sus culpas, pues tenian dicha de alcanzar quien se las pudiesse perdonar: con que todos comenzaron a llorar amargamente sus pecados, desabrochando los pechos y sacando unos las imagenes de devocion, otros las cruces y reliquias que trahian, y hiriendo sus pechos y los aires con gemidos, pedian a Dios misericordia y al Padre absolucion de sus pecados. Estaban los infieles riyéndose de ver llorar a los christianos, mofando de su contricion y penitencia y diciendo: "Embusteros, ahora vereis como os libra vuestro Dios de nuestras manos y si os valen vuestros llantos y exclamaciones." Todo esto y lo siguiente contaron despues los indios mismos de aquella tierra donde sucedió, que se llama en su lengua Dotolabquen.

Quando los indios, mas crueles que las fieras, acabaron su iniquo consexo, fueron

de carrera, y cercando a aquellos humildes corderos, que de rodillas se avian ofrecido a Dios en sacrificio y a morir confesándole y en testimonio de su fe, arremetieron a ellos, y con las porras y garrotes que tenian prevenidos, los fueron matando a todos, sin reservar al venerable sacerdote, aunque conocieron que lo era y les avia hablado y pedido que se hubiessen humanamente con ellos, pues no les avian hecho daño ninguno y los hacian señores de sus haciendas, anunciándoles el castigo que les avia de venir de Dios y de los hombres. A dos mugeres españolas avian perdonado por llevárselas para sus mugeres; pero levantóse entre los caciqués una gran diferencia sobre cuyas avian de ser, que cada uno las queria para sí; pero los mas sobervios y mas crueles digeron: "Qué pleiteamos aqui por unas malas españolas? Fáltannos, por ventura, mugeres mejores que ellas?" Y dándolas con las porras, las mataron alli luego. Un español que sabia bien la lengua de los indios se escapó en el monte, y por hablarles bien le dieron la vida y le tuvieron en su casa los hijos de un cacique llamado Guitaante, que era señor de aquella tierra y tenia su casa una cuadra de donde sucedió este desastrado caso. Y yendo de alli a ocho meses y pasado el imbierno unos capitanes y soldados de Boroa y de Valdivia a reconocer el lugar donde avia sucedido el caso y la pérdida de el navio, embió el cacique mas principal de Cunco, llamado Para, a decir a los hijos de Guitaante cómo iban aquellos españoles, que matassen al español que tenian porque no le sacassen de rastro y por él se supiesse todo el suceso. Y assi lo hicieron, que le quitaron la vida despues de averse librado de tantos naufragios. Fueron las personas que mataron treinta y dos: un sacerdote, diez y ocho españoles, dos mugeres, cuatro negros y los demas gente de servicio, y éste que se avia escapado y le mataron despues porque no les descubriesse.

Fué tanto el cuidado que pusieron en que no quedasse persona ni cosa que les pudiesse descubrir los homicidios, que mataron hasta un perro que avia salido de el naufragio, y a un santo Christo que hallaron de cuerpo entero en su caxon, le hicieron pedazos y le echaron al mar, diciendo: "Este ha de hablar y nos ha de descubrir," y lo mismo hicieron con una imagen de Nuestra Señora unos mocetones que la hallaron en una peña, y raspándole lo dorado, pensando que era oro maciso y viendo que no lo era, la arroxaron a la mar porque no hablasse. Que hasta las santas imagenes quisieron padecer ultrages por acompañar en la pena a los fieles y a aquellos dichosos hombres, que por medio de tantas desdichas alcanzaron la felicidad eterna, muriendo tan bien dispuestos y haciendo a Dios holocausto de sus vidas. Los españoles que entraron despues hallaron entre los indios una cabeza de un Niño Jesus, un San Antonio, entre unos indios la cabeza, entre otros el cuerpo y entre otros los brazos sin manos. Demas de esto se concertaron en guardar los caminos y no consentir que español ni indio de otra parcialidad entrasse en aquella parte donde el navio se avia perdido y avian muerto a los que avian naufragado, y que si se supiesse de la pérdida de el navio, digessen que los de él avian muerto en el mar, ahogándose todos, pues aun el mismo navio estaba undido debaxo de las aguas.

Quando se vieron libres de quienes les pudiessen descubrir, se entregaron al saco de los fardos y caxas que alli avian juntado los dueños de el navio, repartiendo toda la hazienda. Y luego entraron en el navio, que estaba algo descubierto, y saca-

ron quanto avia y echaron buzos que entrassen dentro, que sacaron tambien muchas cosas, mas no todo lo que avia debajo de el agua, porque no eran tan diestros que pudiessen sin mucho riesgo empeñarse mucho: con que deshicieron todo quanto se descubria de el navio fuera de el agua para sacar los clavos y pernos, ya con achas, ya con fuego. No pudo aver secreto entre tantos ni permite Dios que aya cosa oculta que no se revele, y assi luego corrió la voz de que se avia perdido el navio de el situado de Valdivia y que avian salido algunos españoles vivos. Los que primero lo supieron fueron el Padre Juan Moscoso, el Padre Francisco de Vargas, el Capitan Don Gaspar de Alvarado y el Capitan Baltasar Quixada, que estaban en Osorno, bien cerca de a donde se avia perdido el navio, y luego pasó la nueva a todo el Reyno. Quando los Padres lo supieron quisieron ponerse luego en camino para ir a ver y consolar a los naufragantes y darles el ayuda necesaria, y los indios que lo querian encubrir no les daxaron ir. Veian alli en los parlamentos a muchos indios con ropa y despojos de el navio, a unos con bandas de piezas de catalufa y a otros con camisas, sombreros, vestidos de españoles, piezas de plata, como fuentes, jarros, platos y salvillas; y causábales gran confusion el no quererles dexar ir a ver a los españoles ni que embiassen un criado, y mucho mas las voces que cada momento pasaban de que avian muerto los cuncos a los españoles de el navio y robádoles la hacienda, y las otras parcialidades que no avian tocado nada en el despoxo ni avian tenido parte en las muertes, hablaban mas claro y abominaban de el caso: con que los padres pidieron al cacique Cobiante, que era hombre poderoso, y a Deumacan, que se preciaba de muy fiel a los españoles, que pues eran tan finos amigos diessen traza de traerles los españoles de el navio perdido y de ver como se podia acarrear la hazienda de él a la plaza de Valdivia. A que les respondió Cobiante que no les diesse cuydado que él les traeria los españoles que hubiessen salido a tierra, y subiendo a caballo con treinta indios, se partió para Dotolabquen; mas encontrando con los cuncos, que tenian gente armada en el camino para que ninguno pasasse, no le dexaron proseguir su viage y hubieron de andar alli a las lanzadas unos con otros y se hubieron de volver: con que se confirmaron los padres y los dos capitanes en la sospecha de que los avian muerto y en que la voz que de ello corria, aunque confusa, era verdadera.

Sintieron mucho el caso los indios de Osorno y de los llanos con todos los demas que acababan de celebrar las pazes, y sintieron tan mal de él, que abominaban de la codicia y de la traicion de los cuncos y les baldonaban de infames y revolvedores, teniéndolos por enemigos de la patria y de el bien comun, por ver que los españoles avian de vengar su agravio y avia de volverse a perturbar la quietud que con tanto trabaxo y diligencia avian solicitado. Y conjurándose todos contra los cuncos prometieron estar firmes de parte de los españoles, y assi lo estuvieron los caciques Deumacan, Gualmiau, Cobiante, Caniutaro y Naucopillan con todas sus parcialidades. No fué menor el sentimiento y la irritacion que tuvieron los amigos de las provincias de Boroa y de Chiloé viendo que acababan de pactar amistades los cuncos con ellos y con los españoles y luego hacian una traicion tan enorme. Y si los indios sintieron tan mal de el caso y mostraron tan justo enoxo, bien se dexa ver el que tendria el Gobernador Don Antonio de Acuña y todos los

españoles, mas por la muerte alebosa y cruel de sus hermanos, que por la pérdida de la hacienda; pero el sentimiento y enoxo de el Gobernador de Valdivia Don Diego Gonzales Montero y de sus soldados, como los interesados, es sobre toda ponderacion. Mandó el Gobernador Don Antonio de Acuña y Cabrera hacer varias diligencias para certificarse de el caso, para ver si avia algun español vivo y para diligenciar el recobrar la ropa o sacar de el plan de el navio la plata. Diligencióle el Gobernador de Valdivia con veras y eficacia, y nunca se consiguió nada por la resistencia de los cuncos y el cuidado que ponian en que no pasasse persona ninguna por el camino, aunque ellos se mostraban amigos fingiéndose muy fieles y disimulando el aver hecho el robo y traicion que se decia, porque ninguno de otra parte lo avia visto ni pasado al lugar donde sucedió.

Hasta que poniendo todo esfuerzo y estando ya los caminos mas tratables y los rios mas baxos, por el mes de Octubre y la primavera, embiaron el Gobernador de Valdivia y el cabo y Gobernador de Boroa algunos capitanes y soldados de valor y noticia de la tierra y de la lengua de los indios, que lo fueron el Capitan Juan de Salazar Munetones, que lo era de una compañia de infanteria de Valdivia, Antonio Albarez, Pedro Labraña, de Boroa; Pedro de Almonací, de la Mariquina, y Miguel Pacheco de la compañia de las Peñuelas: los quales fueron juramentados de morir en la demanda y no volver sin ver por sus ojos el desengaño. Fueron a Osorno valiéndose de los caciques Gualmiau, Deumacan, Cobiante, Caniutaro, Naucopillan y otros fieles amigos; de el cacique Guenchuñanco, de Tolten, y otros que llevaron de Boroa y Mariquina para que los apadrinassen, y les digeron cómo el Gobernador del Reyno, el de Valdivia y el de Boroa, los embiaban a ver si avia algun español vivo de el navio perdido y el lugar donde se perdió, y a diligenciar si se podia sacar la plata que venia en él para el pagamento de los soldados, que la ropa ya no avia que hacer caso; y que venian determinados a morir antes que volver, sin verlo por sus ojos, a los de sus generales; que pues eran tan fieles amigos, diessen traza y abriessen el camino para llegar a Dotolabquen.

Ofreciéronse luego con grande voluntad y resolucion a ir con ellos cuarenta caciques los mas principales de la tierra con los referidos y una buena escolta de soldados arriscados, y a pesar de los cuncos, llegaron al lugar de el naufragio y vieron la parte de el navio hundida en la boca de el rio, que las resacas la encubrian y descubrian; cuatro cuadras de alli, una quebrada y un llano apacible, donde hallaron poco distantes unos de otros los huesos y calaberas de los muertos, de que contaron treinta y dos, y esparcidos por alli cabellos rubios. Hallaron la cruz de el Capellan Don Diego Clavero, sacerdote, con un Christo pintado y un brazo menos; una santa Ines de vitela y las porras con que avian muerto a los españoles. Y diciéndoles Deumacan a los cuncos que alli vivian, de quienes se informaron de todo el suceso, que cómo no avian echado aquellos güesos y calaberas a la mar para que no hubiesse quedado rastro ni señal de tan infame hecho, respondieron que no avian reparado en eso ni pensado que llegasse alli español ni indio forastero, y que a no ser ellos indios y caciques tan principales y aver venido tantos, no volviera ninguno; y preguntando si los españoles les harian algun mal, les respondió el Capitan y los caciques que aunque se metiessen debaxo de la tierra avian de venir a

quemarlos y abrasar sus tierras, y avian de traher a Chicaguala, Tinaqueupu, Catinaguel y los amigos de las fronteras de Arauco, Tucapel, San Christoval y Talcamavida, y destruirlos y arrancar hasta las yerbas de el campo y sembrar de sal sus tierras por traidores, para que no naciesse yerba en ellas: con que los dexaron bien tristes, y trageron todas las noticias que se deseaban y se han referido.

CAPÍTULO IX.

Baxa el Gobernador a Santiago a recevirse de Presidente de la Real Audiencia. Tiene nueva de la pérdida del navio y delito de los cuncos; y consulta y determina castigarlos sin abrir la guerra.

Va el Gobernador Don Antonio a recevirse de Presidente de la Real Audiencia de Santiago. — Haze Sargento mayor a Don Juan de Salazar y Cabo de Boroa al Capitan Roa. — Va el Capitan Don Gaspar Alvarado a dar parte al Gobernador de las pazes de Osorno y de la pérdida del navio. — Inclínanse el Gobernador y la Real Audiencia a que no se haga la guerra a los cuncos. — Escribimos el Padre Juan Moscoso y yo al Gobernador que no abrasase la tierra para evitar mayores daños. — Carta de el Gobernador en que dice la atencion con que se mira el castigo de los cuncos, sin publicarles guerra. — Segunda carta de lo mismo y que reserva a sí el castigo. — Ruega al Autor el Gobernador que con suavidad gane a lo scuncos. — Recélanse mayores daños de abrir la guerra. — Va el Capitan Don Gaspar de Alvarado con buzos desde Chiloé a Cunco a sacar la plata del navio perdido. — Trátanse como amigos los cuncos. — Quiere el Gobernador ir al remedio. —Avisa el Gobernador al Virrey de lo sucedido y pide nuevo socorro para Valdivia.

Baxó este imbierno a la ciudad de Santiago el Gobernador Don Antonio de Acuña y Cabrera a recevirse de Presidente de la Real Audiencia, dexando toda la tierra de paz. Hizo Sargento Mayor a su cuñado Don Juan de Salazar, que avia sido Cabo y Gobernador de Boroa y de alli avia salido mal recevido de los españoles y de los indios, y en el tercio de el Nacimiento, donde fué Sargento Mayor, se dió a querer tan mal, que fué haciendo la cama para los movimientos que despues hubo y se dirán a su tiempo. En su lugar entró a ser Cabo y Gobernador de el fuerte de Boroa y sus provincias de amigos el Capitan Juan de Roa, el qual despachó a la ciudad de Santiago al Capitan Don Gaspar de Alvarado, que avia venido de Chiloé a Osorno a asentar las pazes con los de Osorno y Cunco en compañia de el Padre Francisco de Vargas, y despachando al Padre a Chiloé, vino él a Boroa para desde alli pasar a Santiago a dar parte al Gobernador de el asiento de las pazes y de la pérdida de el navio del situado de Valdivia, y lo que avia oido y entendido de que los cuncos avian muerto a los españoles que de él avian salido a sus playas por robar la hacienda y encubrir su delito; y cómo él y los Padres avian hecho diligencia por ir allá y los cuncos se lo avian estorvado, y cómo con todo esto se daban por amigos y se tenian por de paz.

Oido esto por el Gobernador, llamó a consexo a las personas mas entendidas y prácticas en la guerra. Tubo varias consultas con los Oydores de la Real Audiencia; miróse mucho el caso y ponderóse con la atencion que pedia. Unos eran de parecer que se les hiciese la guerra a fuego y

sangre, y se castigasse tan enorme traicion de modo que fuesse escarmiento para los demas, sin dexar hombre ni muger que no los pasasen a cuchillo. El Gobernador, los Oydores y otras personas pias y atentas, eran de parecer que pues ellos no se declaraban por enemigos ni querian mover guerra, que se les procurasse conservar en nuestra amistad con agrado y sin atemorizarles, porque ya que toda la tierra se via en la mayor felicidad que jamas avia tenido, pues estaba toda de paz, y vian en Santiago mensageros de Chiloé que en medio de el imbierno pasaban por tierra no hollada de español en tantos años, no se perturbasse este sosiego, por no inquietar a sus convecinos, haciéndoles guerra a ellos. Que el delito que como barbaros avian cometido se podia castigar con otro genero de castigo, sin mover guerra, y que su Magestad era piadoso y no la movia sino a mas no poder, y pudiendo dar otro castigo para la satisfaccion pública, lo hacia, remitiendo mucha parte de la pena, y que este delito avia sido como el de unos salteadores y bandoleros que por quitar la hacienda quitan tambien las vidas a los pasageros, y que a los tales no se les castigaba haciendo guerra a sus provincias ni en todos los culpados, sino en las cabezas para escarmiento.

Sobre este mismo punto y sobre el mismo parecer escribió el Padre Juan Moscoso desde Osorno al Gobernador, receloso no volviesse otra vez la guerra, y yo le escribí lo mismo desde Boroa, temiendo lo que vino a suceder, que por castigar a una provincia, haciéndola la guerra, se avian los soldados de desmandar a otras, y los mismos indios invadidos avian de obligar a sus convecinos a tomar las armas en su ayuda y en defensa de la patria; y como las olas de el mar las unas mueven y impelen a las otras, y todo él se conturba por una ola que se mueva, assi avia de suceder en estos indios, provocándose los unos a los otros a la guerra, y que con ella se vendrian a perder mas vidas y mas haciendas que las que se avian perdido en aquel navio. A que me respondió el Gobernador la carta siguiente, mostrando en ella su piedad y la atencion con que lo disponia; y aconsexaban los Oydores el castigo, sin hacer otra vez la guerra:

"Con la relacion que me traxo el Capitan Don Gaspar de Albarado de la pérdida de el navio de Valdivia y la que me repite el Capitan Quijada, se han asegurado las confusiones de otras, y por lo que estos dicen veo certidumbre en la culpa y traicion de los cuncos, aunque no todos. Y como esta materia, segun lo que Vuesa Paternidad y el Padre Juan Moscoso sienten, requiere mucho acuerdo y tiento para la resolucion de el castigo y forma de él, la he consultado con estos señores de la Real Audiencia, donde se resolverá lo mas justo y conveniente, y en el entretanto ha parecido que seria bien que por los medios mas suaves y con menos empeño y riesgo de nuestra gente se procure sacar la plata que se presume por cierto está todavia dentro de el medio casco de el navio, a que se ha ofrecido el Capitan Don Gaspar de Albarado por sí solo con los buzos necesarios, y asegura el efecto. Le he ordenado vea a Vuesa Paternidad y comunique el caso, para que vaya advertido de lo que en esta parte se le ofreciere, cuya vida guarde Dios muchos años. —Santiago y Agosto diez de mil y seiscientos y cincuenta y uno.—*Don Antonio de Acuña y Cabrera.*"

Y en otra de trece de setiembre dice:

"Nunca he querido que el acuerdo de todas mis disposiciones tengan execucion sin preceder el de Vuesa Paternidad, por la satisfaccion con que me aseguro los

aciertos, y en esta conformidad en quantas he escrito al Capitan Juan de Roa no le ordeno otra cosa con mas aprieto, que es que en todo quanto dispusiere sea ajustándose al dictamen y parecer de Vuesa Paternidad, y ahora y siempre le repetiré lo mismo. La que tuvo mia para el castigo de los cuncos, fué quando le consideré empeñado en él y que se hallaba en la Mariquina; pero despues, conociendo las causas que Vuesa Paternidad me propone, le volví a ordenar suspendiesse el efecto, y antes procurase divertir este intento con caricias y agasaxos, reservando a mí mismo el castigo, porque hoy se debe proceder cautelosamente y con arte para muchos efectos y desvelar sus intentos a los indios traidores. Esta es resolucion que no excederá de ella Juan de Roa, sosegando qualquiera movimiento, hasta que, como digo, me ponga en campaña y con el parecer de Vuesa Paternidad y lo que estos señores de la Real Audiencia tienen determinado, se execute lo mas conveniente. Y Vuesa Paternidad, de su parte, entendido esto, se sirva de disponer los ánimos de esos indios con toda suavidad, de suerte que conozcan la seguridad con que viven y la confianza con que los tratamos, por lo mucho que importa. Y porque con el Capitan Don Gaspar de Alvarado escribí a Vuesa Paternidad en esta y otras materias, no se me ofrece mas en esta, deseando me dé muchas ocasiones en que servirle, cuya vida guardeDios.—Santiago y Setiembre trece de mil y seiscientos y cincuenta y uno.—*Don Antonio de Acuña y Cabrera.*"

Bien se manifiesta por estas cartas el buen ánimo de el Gobernador Don Antonio y como quiso prudentemente ni abrir la guerra por no abrir la puerta a mayores daños e inconvenientes, ni faltar a la justicia y satisfaccion pública, mirando con madurez el castigo que avia de dar a los cuncos, reservando a sí mismo el executarlo para que ningun ministro excediesse de lo justo y de lo prudencial. Y en esta conformidad escribió a todos los ministros, como al Gobernador de Valdivia, al General de Chiloé y Cabo y Gobernador de Boroa, cuyas cartas traxo el mismo Capitan Don Gaspar de Alvarado, que sirvió mucho a su Magestad en estas paces, y deseoso de continuar el real servicio y de hacer un bien grande, fué por tierra a Chiloé, de donde avia venido. Y llevando algunos indios buzos de su encomienda y otros que buscó buenos nadadores de la provincia de Chiloé, volvió a Cunco, y con la mano y autoridad que tenia con los indios tuvo modo para llegar al navio perdido y hizo todas las diligencias posibles por sacar la plata de el real situado; mas no lo pudo conseguir y se volvió a Chiloé, andando seguro entre los cuncos, que no se querian mostrar ser enemigos ni abrir la guerra, antes comunicaban con los españoles que iban y venian y con los indios amigos de las fronteras, comerciando con ellos de los despoxos y ropa que avian cogido en la playa y sacado de el navio, diciendo que aquella hacienda se la avia dado su fortuna y el mar se la avia echado a sus playas, y que como los indios de otras parcialidades se ubieran aprovechado de ella, mas derecho tenian ellos por ser señores de aquel mar y de aquellas playas, y que siendo ya cosa perdida y desamparada, podian ellos averse aprovechado de ella. Todas razones de gente barbara y que procuraba paliar su hecho tan injusto, y que pudiera aver hecho lo que hizo, dando vida a los españoles y llevando a Valdivia a los que avian naufragado, pues les hacian dueños y les dexaban liberalmente quanta hacienda alli avia; y si con este pacto se ubiessen apro-

vechado de ella, se ubiera disimulado con ellos y agradecido la accion de llevarlos a Valdivia. Pero cególes la codicia para que hiciessen otro mayor delito.

Apresuró el Gobernador la vuelta de la ciudad de Santiago a la de Concepcion por este accidente, con intento de ponerse en campaña con el exército y sosegar el alboroto que los cuncos avian causado, por el medio mas suave y mas conveniente. Compró caballos para los soldados y echó derrama, a que los vecinos acudieron con la liberalidad que suelen; dispuso los embios de bastimentos para la Concepcion y gente de guerra, y con mayor cuydado y mas abundancia para que se llevassen a la plaza de Valdivia, que demas de aver tenido aviso de su Gobernador (que solícito procuraba el alivio y el sustento de sus soldados) de como estaban desnudos, descalzos, trabaxados y pereciendo de hambre, sustentándose con solas manzanas silvestres, consideraba la falta que les avia de hacer el situado perdido y se compadecia tiernamente de sus trabaxos. Y assi despachó un navio cargado de todo quanto pudieran desear y les escribió consolándoles en sus trabaxos. Y embió aviso al Virrey de el Perú de la pérdida de el navio de el situado, y que los soldados pasaban grandes necesidades y desnudez y que les embiasse otro. Avisó tambien de la desgraciada muerte de el Capitan Gabriel de Leguiña y de los demas que avian escapado del naufragio, y assi mismo de la paz general que avia en toda la tierra, y cómo los cuncos, que avian sido los agresores, estaban todavia de paz y no se avian declarado por enemigos, y cómo no tenia determinacion de romper la guerra con ellos por no causarla en otros, sino de conservarlos en paz con buen agrado y darles algun castigo proporcionado, juntando con el rigor la piedad, mas para corregir que para destruir, para escarmentar y no para destrozar. Dictamen prudente que puso en execucion el General Don Ignacio de la Carrera, Cabo y Gobernador de la provincia de Chiloé, luego que volvió el Capitan Don Gaspar de Albarado de los cuncos y le dió relacion de cómo se conservaban en paz y se trataban como amigos, aunque avian hecho el robo y los homicidios de los que avian naufragado. Que los castigó como a amigos, dando garrote a los tres mas principales fautores, y perdonando a los demas, los dexó escarmentados y en paz a todos, como se dirá en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO X.

Cómo el Gobernador de Valdivia Don Diego Gonzales Montero fué al castigo de los cuncos por haber muerto a los españoles de el navio perdido, y habiendo de pasar el rio Bueno, no pudo; y cómo de la Otra Banda le aguardó el Gobernador de Chiloé Don Ignacio de la Carrera y executó el castigo en tres caciques los mas culpados, perdonando a los demas y dejándolos de paz.

Ordena el Gobernador Don Antonio de Acuña que se castigue a los culpados de Cunco sin hacerles guerra. — Manda que se junten el Gobernador de Valdivia y el de Chiloé para ello. — Conciertan Don Diego Gonzales y Don Ignacio de la Carrera de juntarse de la otra banda de el rio Bueno. — Excúsanse todos de salir con el Gobernador. — Hubo recelos de que los indios de los Llanos querian acometer al exército y dicen que Don Ignacio se volvió. — Retírase con buen órden el Gobernador Don Diego y sin pérdida. — Aguarda Don Ignacio al Gebernador Don Diego Gonzales. — Vienen los caciques de la otra banda de el rio Bueno al llamado de Don Ignacio. — Razonamiento de Don Ignacio a los caciques de Cunco y Osorno. — Pondérales los bienes que tienen con la paz. — Responde el cacique y Gobernador de Osorno, Naucopillan, apoyando lo que ha dicho Don Ignacio. — Propóneles el delito de los cuncos. — La necesidad de satisfacer la justicia, y cómo no la quiere tomar haziendo la guerra. — Que por sí la pudiera hazer con mucho daño suyo, como lo experimentaron el año pasado. — Que quiere perdonar a la muchedumbre porque conozca la piedad christiana. — Que escojan tres los mas culpados que paguen por todos y queden de paz como antes. — Señalan los caciques a tres de los mas culpados y piden que los castigue y perdone a los demas. — Díceles el Gobernador Don Ignacio que vayan los caciques a ver al Gobernador y darle satisfaccion y parte de cómo quedan de paz, y van veinte. — Pídeles Don Ignacio los indios que llevó el holandes a Valdivia, y dánle noventa que allí habia de Chiloé. — Danle el Cáliz que los cuncos quitaron al Padre Villasa. — Déxalos a todos de paz y van a ver al Gobernador veinte caciques. — No faltó quien censurasse el haber Don Ignacio castigado a los tres caciques. — Defensa de la accion de Don Ignacio, que no los recibió debaxo de la palabra real.

Procuraron con grandes veras los cuncos encubrir su delito, temerosos de el castigo, y no se declararon por enemigos ni quisieron hacer hostilidad ninguna, porque como se veian solos, echaban bien de ver que no tenian fuerzas para poderse declarar; pero como cosas mas ocultas permite Dios que se sepan, ésta, que no lo era por aver pasado entre tantos y averse divulgado con tantas señales de su certeza, se vino a hacer notoria, y porque los delitos publicos piden castigo, assi por el exemplar como por la satisfaccion que se debe a la justicia punitiva, aviendo tratado el caso con toda madurez el Gobernador Don Antonio de Acuña y Cabrera y consultádole con la Real Audiencia y otras personas prudentes y de buen zelo, con su parecer ordenó al Gobernador de Valdivia Don Diego Gonzales Montero que por su parte hiciesse tadas las diligencias posibles por castigar a los mas culpados, sin hacer guerra, sino judicialmente o de el modo que mejor le pareciesse. Y que para eso

diesse traza de juntarse con el General Don Ignacio de la Carrera, gobernador de la provincia de Chiloé, para conferir la materia y elegir el medio mas conveniente para la satisfaccion pública, y lo mismo escribió y ordenó al General Don Ignacio de la Carrera. Y assi los dos gobernadores concertaron entre sí de juntar las armas de la otra banda de el rio Bueno, y Don Ignacio quedó de llevar piraguas para el pasage de el exercito de Valdivia, y que juntos de la otra banda de el rio Bueno determinarian lo mas conveniente al servicio de su Magestsd, al bien de la tierra y la satisfaccion pública. En esta conformidad aprestó cada uno sus soldados. Don Ignacio apercivió a los soldados, vecinos y indios amigos de Chiloé, y previno las piraguas necesarias para el pasage de el rio Bueno y las despachó con gente de escolta, y él marchó con el resto de el exercito, y pasando por Cunco sin hacer daño ninguno, llegó a Osorno, donde se aloxó, esperando el exercito de Valdivia, y dando aviso a todos los caciques de Cunco, Osorno, Llangillangico, Ranco y los llanos de su venida, y cómo venia de paz a verlos y a tratar materias importantes al bien comun, que pues todos eran amigos, le viniesen a ver. Dexémosle aqui, mientras se juntan los caciques y otra gran multitud de indios a ver a su gobernador de su provincia.

El Gobernador Don Diego Gonzales Montero hizo junta en Valdivia de los caciques de los llanos, Deumacan, Cauiutario y Gualmiau; llamó de la Punta de la Galera a Millacalguin y a Ancatá; de la Mariquina a Manqueante, Tanamilla con otros muchos caciques. Trató con ellos la materia y el castigo que el Gobernador Don Antonio mandaba que se diesse a los cuncos por la traicion y muertes de los españoles de el navio perdido; y aviendo hecho sus parlamentos, se animaron los unos a los otros a la jornada y quedaron con el Gobernador de acompañarle y llevar todos sus soldados; y por decir que necesitaban de cuchillos, les repartió muchos, y a Millacalguin, que le pidió algunos españoles para que le ayudassen a convocar y capitanear su gente, le dió cinco soldados españoles que llebó a su tierra. Pidió gente el Gobernador Don Diego Gonzales al Capitan Juan de Roa para que los de Boroa, Tolten y la Imperial le embiassen los indios soldados, y quedó de embiárselos; pero quando llegó el tiempo de la salida, se halló el gobernador sin indio ninguno, porque el Capitan Roa le escribió que los indios se excusaban por las muchas aguas que avian precedido y porque con ellas venian los rios muy crecidos. Los de la Mariquina no acudieron por poca gana, los de Millacalguin faltaron porque tuvo siempre la mira a dos partes y estuvo como Jano con dos caras, y los de los llanos tampoco, porque aunque su cacique Deumacan mostraba buenos deseos, sus indios no quisieron hacer empeños.

Pero el animoso y esforzado gobernador, aunque los indios le faltaron, con solos doce, y Manqueante entre ellos, que le quisieron seguir, salió para el dia señalado con doscientos soldados infantes españoles, cada uno con ocho libras de racion para el viage no mas y con mucho valor para oponerse a qualquiera invasion. Marchó con gran concierto hasta llegar a los llanos de Valdivia, donde esperó a ver si los indios venian a incorporarse con su exercito, como avian quedado de hacerlo. No parecia ninguno, y yendo un soldado con el Padre Juan Moscoso a saber la causa, se ubieron de retirar al exercito recelosos de algun daño y estuvieron en peligro de ser muertos o cautivados. Hubo

muchos indicios de que estaban armados y a punto de pelea, y el gobernador puso su gente en esquadron y en medio de los esquadrones los publicó por traidores si dentro de seis horas no venian a su obediencia. Lo qual, o no llegó a su noticia o no quisieron declararse por enemigos ni tampoco hacer guerra a los cuncos por estar tan juntos los unos con los otros. Finalmente, despues de averlos aguardado el gobernador para pelear si quisiessen guerra, y de averle dicho Deumacan y otros que Don Ignacio de la Carrera avia llegado a Osorno y que se avia vuelto, y que era cansancio en valde el querer pasar a la otra banda de el rio Bueno, aunque lo intentó, muchos de sus capitanes le digeron que ya la gente estaba muerta de hambre y cansada de tanto caminar a pie; que no era poco salir de entre tantos indios con reputacion y sin pérdida, que mexor era volverse. Con que hubo de retirarse por otro camino, receloso de que los indios de los llanos no le embistiessen, y con mucha gallardia se volvió, señoreándose por sus tierras y dispuesta su gente y ganosa de mostrar sus brios; y como les dixo despues Manqueante, estuvieron para embestir al gobernador y a su gente, y lo hubieran hecho si el Manqueante no les hubiera dicho que no embistiessen porque el Gobernador iba muy prevenido y tenia siempre su gente en vela y en esquadron; que en otra ocasion mexor les entregaria los españoles. Que de esta suerte los divertia Manqueante quando le trataban secretamente de algun rebelion, haciéndose de su parte y entreteniéndolos con promesas de ocasion mas segura para lograr sus malos intentos: con que llegó el exercito sin pérdida ninguna y con reputacion, aviendo esperado con valentia, sin excusar qualquiera encuentro.

El General Don Ignacio de la Carrera estuvo esperando en Osorno con las piraguas hasta el término señalado y algo mas, que aunque los indios le digeron al Gobernador Don Diego Gonzales que ya se avia retirado a Chiloé, no fué assi: que se lo digeron por divertirle de el intento y porque no pasasse a la otra banda de el rio Bueno, temerosos de que tanta gente española junta y con las armas en las manos no hiciessen algunos castigos atroces; y porque a los de los llanos no les echassen la culpa de que los avian llevado allá a los españoles para su castigo, reusaron todos el acompañar al Gobernador de Valdivia, no queriendo obrar como debian a ley de amigos y que se daban por de paz, ni tampoco declararse por enemigos haciendo invasion alguna. Los indios y caciques de la otra banda de el rio Bueno, que son los de Cunco, Osorno, Ranco y Llangillangico, viendo al General Don Ignacio de la Carrera en sus tierras y que les llamaba como a amigos y gente de paz, para verlos y tratar cosas importantes al bien comun, vinieron a su aloxamiento sin armas y con camaricos de aves, corderos, chicha y frutas de la tierra para presentarle. Recibiólos con mucho amor y agasaxo; y despues de abrazos y cortesias ordinarias, se sentaron y el Gobernador les hizo un razonamiento por medio de el lengua general en esta forma:

"Toquis generales, caciques, capitanes y demas soldados: sabed que en fee de las paces que con vosotros capitulé en Calbuco, fuerte de Chiloé, y en virtud de la que toda la tierra ha dado al Gobernador Don Antonio de Acuña y Cabrera, nuestro Gobernador y Capitan General, desde Boroa a la Mariquina y desde Osorno a Cunco, vengo a veros, como a vasallos de el Rey, como a soldados suyos y amigos y hermanos en armas de los españoles, y assi vengo de paz, no a maloquear ni a hacer gue-

rra a ninguno, ni a campear ni cortar una espiga, y si algun soldado mio la cortare, le cortaré yo la cabeza. No es mi intento haceros mal ninguno, sino defenderos de qualquiera que os le quisiesse hacer; mi deseo es conservaros en paz, que goceis de vuestros sembrados, de vuestras tierras, de vuestros hixos y mugeres, sin los sobresaltos de la guerra y los trabaxos en que hasta aqui os aveis visto, viviendo vida comun con las fieras en los montes y habitando con las aves nocturnas en los desiertos. No se paga con el oro de el Arabia ní con las piedras preciosas de el Oriente la felicidad de que gozais, comiendo y bebiendo sin sobresaltos, bailando y haciendo vuestras fiestas y borracheras sin recelo de la maloca y de el español que os viene a cautivar el hijo mas querido y la muger mas amada. Quien os quiere quitar esta paz y os sobresalta este sosiego, ese es vuestro enemigo, ese es el traidor a la patria, y por eso el Rey, el Gobernador y yo, quando capitulamos con vosotros las pazes, una de las capitulaciones y la mas importante para el bien comun y para la conservacion de la patria, fué que si alguno quisiere perturbar la paz, le tengais por enemigo y como tal sea castigado y se le haga." Y volviéndose a los caciques, les dixo: "Hablad vosotros que sois las cabezas y señores de la tierra; decid si es esto assi o no y qué es lo que sentis de lo que os he propuesto."

Oyendo esto el Gobernador de Osorno, Naucopillan, se levantó en pie y con un razonamiento grave y elocuente agradeció al Gobernador Don Ignacio el averlos ido a ver y alegrar con su presencia, engrandeciendo los bienes de la paz y ponderando el gusto y sosiego con que vivian mediante ella, y los trabaxos, sobresaltos, muertes, cautiverios y desdichas que trahia la guerra, y cómo era muy justo y estaba muy puesto en razon que los traidores a la patria y los perturbadores de la paz y de el bien comun se castigassen, que la buena medicina enseña que el miembro podrido se corte porque no encancere todo el cuerpo, y la justicia pide que los malos y perniciosos sean castigados y quitados de la República para que con sus escandalos no inficionen a los otros, y la misma razon dicta que el fuego que al principio se enciende en la campaña, se atage con tiempo y se apague antes que vaya cundiendo y abrase los sembrados y los montes.

Prosiguió entonces el General Don Ignacio con su razonamiento y díxoles: "Bien decis, y como... (1) que es bien cortar el miembro podrido, castigar al delincuente y ataxar el fuego antes que cobre cuerpo y haga mayor daño, y eso a mí me toca y me pertenece, como a Gobernador que soy vuestro y que me ha puesto el Rey en vuestras tierras para mirar por vosotros y conservar el cuerpo de esta vuestra República sano, para castigar los delitos y ataxar los males que pueden, cobrando cuerpo, causar graves daños, y de una chispa volverse a encender un grande fuego y una guerra mas ardiente y sangrienta que la pasada; y a vosotros tambien, que sois cabezas de vuestras provincias y repúblicas, os toca aun mas de cerca el cooperar conmigo para vuestro bien y conservacion. Bien sabeis cómo dió un navio que trahia el socorro de los soldados de Valdivia en las costas de Cunco y no ignorais la traicion y alevosia que usaron los indios de Cunco, no contentándose con aprovecharse de la hacienda, que ya se la daban de

(1) Hai aquí una quemadura en el orijinal, como si fuese por una chispa de cigarro.

gracia, sino quitando inhumanamente las vidas a los que escaparon de la tormenta, no queriendo perdonar a los que el mar perdonó, y esto debaxo de amistad y aviendo acabado de celebrar conmigo las paces. Bien conoceis quan grande ha sido aqueste delito; aqui están presentes todos los que le cometieron. Escusada es la prueba en caso tan notorio, y que aunque le han procurado encubrir, temerosos de el castigo, no han podido por ser un caso atroz y tan manifiesto. Bien sé que los de Osorno, los de Llangillangico, Ranco y los llanos de Valdivia no aveis tenido parte en el delito y que solos los cuncos gozaron a solas de el despoxo y dieron la muerte a tantos sin causa.

"Bien pudiera hacerles la guerra a fuego y a sangre, abrasándolos a todos y a sus hijos y mugeres, sin dexar memoria de hombres tan crueles, y con vuestra ayuda consumirlos a todos, y sin ella, que bien sabeis que me sobran fuerzas y experimentasteis mi valor el año pasado quando vine a sacar al Padre Agustin de Villasa y al Capitan Antonio Nuñez, y cómo, en venganza de los agravios que les hicisteis, degé estas campañas regadas de sangre y maté doscientos indios sin que me matásedes ninguno. No es mi intento derramar sangre, quitar vidas ni volver a abrir la guerra; ni quiero castigar a todos los culpados, porque para eso avia de ser forzoso degollar toda la provincia de Cunco, pues toda se ensangrentó en los españoles. Justo fuera el castigo en todos; pero para que conozcais la piedad christiana y que los españoles siempre perdonamos mucho de vuestras injurias y no tomamos la venganza debida ni pedimos la satisfaccion por entero, quiero en esta ocasion usar de piedad y perdonar a la muchedumbre, y no solo no hacer guerra ni castigar con armas, pero ni como justicia hacerla en todos los que debiera y pudiera, sino que en los mas culpados, que fueron los que incitaron y movieron a los demas, se execute la justicia, para que ni de todo punto quede sin satisfaccion, ni se deje de poner escarmiento en los demas para lo de adelante.

"Vosotros, caciques de Cunco, Osorno y las demas parcialidades, conoceis los mas culpados; señaladme tres que paguen por todos, que con la muerte de esos quedará castigado el delito y los demas perdonados; que el Gobernador me ha ordenado que venga a vengar las muertes de sus españoles y los robos de la real hacienda y a castigar a los culpados, y es tan pio y tan noble que sé que con el castigo de solos tres se dará por satisfecho y perdonará a los demas, pidiéndoselo yo y vosotros, y con eso ni se tratará de hazer guerra, aunque lo merecíades, porque no se encienda algun grande fuego que emprenda en todas las provincias, ni se pedirá mas satisfaccion ni la hacienda robada, y se echará tierra sobre todo y proseguiremos en la amistad y concordia que hemos capitulado. Decid pues ahora, Caciques y Toquis generales, si este medio os contenta, que si no yo os daré tiempo y libertad para que tomeis las armas, que yo con ellas tomaré entera satisfaccion y vengaré de suerte la ofensa que me sobre la satisfaccion por las nubes y corran arroyos de sangre por los campos."

Oidas estas razones, entraron los caciques en consexo y respondieron al Gobernador que en todo tenia mucha razon y que le agradecian el que no quisiesse mover guerra y castigar con armas un delito tan grande y que a todos les avia causado gran lástima la muerte de aquellos españoles inocentes y grande irritacion contra los culpados; que era muy justo que lo pagassen los que lo avian hecho y que se

conociesse que las demas provincias no avian tenido parte en el delito; y nombrando a tres caciques de los que alli estaban presentes, dijeron al Gobernador Don Ignacio que aquellos avian sido los mas culpados, que hiciesse justicia en ellos y se apiadasse de los demas; que con la muerte de esos escarmentarian los otros y quedaria purgada la infamia, que en las demas provincias avia cundido por su delito de ellos. Salieron alli en público los tres caciques, y convencidos delante de todos, no tuvieron que responder palabra, y con parecer de todos los caciques los dió sentencia de muerte el General Don Ignacio, y aviéndolos dispuesto los sacerdotes que alli se hallaron presentes, los mandó dar garrote y descuartizar alli en presencia de todos y que los cuartos los pusiessen en los caminos. A todos pareció bien la justicia, y acabada de hacer, les habló el General Don Ignacio con mucho amor y agasaxo, y ellos le rogaron que bastasse con aquel castigo y que la tierra se quedasse como se estaba de paz, que todos la querian y la amaban por lo bien que les estaba. Entonces les dixo el General Don Ignacio que él no queria guerra ni consentiria que ninguno se la hiciesse, y que para que el Gobernador y Capitan General Don Antonio de Acuña y Cabrera, que avia mandado castigar a los culpados, supiesse como ya lo avia hecho y que no pidiesse mas castigo ni satisfaccion, y assimismo para que supiesse cómo toda la tierra quedaba de paz, que fuessen de todas las provincias los caciques mas principales a verle y a pedirle que aplacasse su justo enoxo: que el Gobernador era tan christiano y tan piadoso, que con su vista se desenojaria y tendria mucho gusto de saber cómo todos querian conservarse en la paz y obediencia de su Magestad. Parecióles bien a todos y nombraron veinte caciques de Osorno, Cunco, Ranco y las demas provincias, los mas principales, y entre ellos a Deumacan, Caniutaro, Gualmiau y otros, los quales pidieron al General Don Ignacio que les diesse un español que fuesse su capitan y los gobernasse y en esta ocasion fuesse con ellos para apadrinarlos con el Gobernador. Y aviéndosele concedido, escogieron al Capitan Antonio Nuñez, que avia entrado a sus tierras con el Padre Agustin de Villasa y sabia muy bien la lengua y todos le querian mucho y le estimaban por su buen trato y amor con que acariciaba a los indios, y aunque estaba el Gobernador en la Concepcion, noventa leguas de alli, se determinaron a ir con mucho gusto por dexar asentada la paz en sus tierras y que el delito de los cuncos quedasse perdonado con la satisfaccion de la muerte de los tres caciques mas culpados.

Díxoles mas el General Don Ignacio: que pues ya la tierra estaba de paz y todos contentos gozando de sus tierras, que le diessen los indios y familias de Chiloé que el holandes avia llevado de Chiloé a Valdivia y estaban entre ellos, que cada uno queria gozar de sus tierras con la paz y que esos indios tambien querrian irse a Chiloé y los españoles los pedian por ser suyos. A lo qual respondieron todos los caciques que se fuessen muy en buena hora y que gozasse cada uno de sus tierras, que ellos no los detenian, y antes de partirse Don Ignacio le juntaron noventa almas de los naturales de Chiloé y se los entregaron que los llevasse a su tierra, y mas le dieron el caliz que los cuncos avian quitado al Padre Agustin de Villasa de la Compañia de Jesus quando, como diximos arriba, le acometieron estando diciendo misa y le despoxaron de los vestidos sacerdotales y de los suyos de religioso y le tuvieron para matar, yéndoles a predicar la palabra divina, que

siempre los cuncos han sido traidores y de malos naturales.

Despidióse el General Don Ignacio de la Carrera de todos los caciques, y ellos de él con muestras de grande amor, aviéndose comunicado los indios con los españoles y con los amigos de Chiloé con grande conformidad y feriado unos con otros como con amigos; fuéroule acompañando algunas jornadas los caciques mas principales, y luego se pusieron en camino con el Capitan Antonio Nuñez para ir a ver al Gobernador a la Concepcion, y llegaron a Boroa. Lo que despues sucedió, diremos adelante y la causa de averse alzado todos, que no lo fué el General Don Ignacio, como algunos, que lo miraban de lexos, y no supieron el caso quisieron decir: que Don Ignacio los dexó de paz y contentos y no hicieron mocion ninguna los cuncos ni los de Osorno, antes fueron como a ver al Gobernador, ni el aver castigado a los tres caciques, aviendo entrado todos a verle a su quartel, fué la causa, ni la accion fué mala ni contra justicia, como imaginaron los que no supieron el hecho. Antes fué acto de justicia, exercitado no solo por su persona y como juez y Gobernador de aquellas provincias, sino por todos los caciques de ellas, que los entregaron y juzgaron por dignos de muerte y tuvieron a misericordia que no se usasse con ellos de mayor castigo, teniéndole tan merecido, y que se castigassen por via judicial los cuncos y no moviéndoles guerra: que es cauterio mas rigoroso y fuegos que siempre saltan sus centellas a otras provincias y a todas las abrasa, y no entraron en el quartel pidiendo salvo conducto ni debaxo de la palabra real, que no necesitaron unos ni otros de ella, sino que entraron todos como amigos que eran, llamados assi de su Gobernador, y vinieron los que quisieron, y los que tuvieron ocupacion o no tuvieron gusto no vinieron y entraron como el ladro oculto en la ciudad y como matador secreto que piensa que no se sabe su delito y conocido le prende la justicia. Y quando hubieran entrado esos caciques debaxo del seguro de el salvo conducto, está tan lexos de ser reprensible la accion de Don Ignacio de la Carrera, que antes por ella merece muchos elogios, pues su execucion cautelosa tiene el apoyo de las divinas letras, el patrocinio de las leyes eclesiásticas, los exemplos de las historias que la autorizan y los dichos de los Santos Padres, que afirman que al pérfido y traidor no le vale la inmunidad de el salvo conducto y derecho de las gentes, como lo prueban con muchos ejemplos y razones los doctíssimos Petronio Bello, el Obispo Valenzuela y Hernando Hayora en el arbitrio entre el Marte Frances y vinditias Gallicas, capítulo 10, n.° 194. Y el Rey de los israelitas Jehu, para juntar los sacerdotes de el ídolo Baal que huian de sus armas, fingió que queria rendir adoraciones a aquel ídolo y ofrecer sacrificios, y para esta solemnidad les mandó que concurriessen todos en su Corte, y dice el sagrado testo: *Porro Jehu faciebat hec insidiose, ut disperderet cultores Baal*, que Jehu insidiosamente los llamaba al sacrificio para acabar con todos los sacerdotes de Baal. Ardides fueron y astucias de este Rey para aver a las manos a los que de otro modo no pudiera coger. Abonan este hecho el Tostado, San Agustin y San Gerónimo, y el Derecho Canónico que dice: *Utilem simulationem et in tempore assumendam*, que es util la simulacion y el ardid, y se debe usar de él en las ocasiones, como lo enseña el exemplo de Jehu, Rey de Israel, que no pudiendo aver a las manos a los sacerdotes de Baal para castigarlos, fingió que queria sacrificar, y con eso vinieron al templo de su ídolo y alli los mató a ma-

nos de sus soldados. *Nisi finxisset velle idolum colere,* dice el derecho: que si no fingiera que queria sacrificar al ídolo no los hubiera cogido. En que tiene apoyo qualquiera ficcion que el General Don Ignacio hubiesse hecho para aver a las manos a los traidores y culpados en tan grave delito, siendo probable que de otra manera no los pudiera aver a las manos.

CAPÍTULO XI.

De la traicion de Millacaguin, cacique de la Punta de la Galera, y cómo mató doce españoles de Valdivia debaxo de amistad.

Pesca el barco y a los pescadores el traidor de Millacalguin.—Mata en una borrachera Millacalguin a los españoles y reparte las cabezas por las provincias para que se alcen.

Oculto escollo donde la mas segura nave peligra y abismo impenetrable es el corazon humano, en cuyos senos se esconden sin poderse rastrear los secretos o intenciones ocultas y dobladas. Entraba y salia el cacique Millacalguin, señor de las tierras de la costa, que llaman de la Punta de la galera, por formar sus cerros a la vista de los navegantes una galera. Tratábase como amigo y comerciaba con los soldados con gran familiaridad, y aviendo de salir el Gobernador de Valdivia Don Diego Gonzales Montero a los llanos al castigo de los cuncos, se ofreció a ir con los demas caciques en su compañia, como digimos en el capítulo pasado, y aviendo pedido algunos españoles para el efecto, le dió cinco el Gobernador fiado en su amistad, y en medio de tan solemne paz y de tan amigable familiaridad, se movió a una cruel infidelidad a impulsos de su ánimo atraidorado, con la seguridad que les ofrecia la paz a los soldados de Valdivia y a los de el castillo de el puerto de el Corral, que confina con las tierras de Millacaguin y la Punta de la galera.

Tenia el castellano Domingo Garcia de Amor unos carneros en casa de un indio a guardar, donde embiaba por algunos quando necesitaba de ellos, y iban y venian sus criados con grande seguridad como a rancherias de indios amigos. Y en esta confianza de que no avia enemigos en la costa por ser amigos todos los de Millacaguin, embió un barco con siete españoles y un criado suyo mulato a pescar para el alivio de los soldados y divertimiento de las hambres que de continuo pasan en aquella plaza. Los pescadores embiaron al mulato de el castellano por un carnero en casa de el indio como de ordinario solia ir. Dióle el carnero, y como entre la conversacion supiesse cómo avia venido con unos soldados con un barco a pescar a la costa, vínole al indio la codicia de pescarlos, dió parte al cacique Millacalguin de el lance tan bueno que la ocasion le ofrecia, y trató de no perderle. Convocó a su gente y estando los pescadores descuidados echó su red y los pescó a todos y al barco, que luego deshizo para aprovechar el hierro.

Quando se vió con siete españoles de el barco y cinco que el Gobernador le avia dado para la xornada, no trató de ella sino de despacharlos a todos y hacerse célebre

con la pesca y con sus cabezas; y para convocar toda la tierra con ellas y incitar a los caciques que se levantassen y tomassen las armas, levantando bandera con las cabezas de aquellos españoles, hizo una gran borrachera y en ella los fué degollando. Y repartiendo las cabezas, embió una al cacique Piutuquedin, de Cunco, provocándole a la venganza para que tomasse las armas y vengasse las muertes de sus tres caciques y hiciessen la guerra a los españoles que avian ido a hacer justicia a sus tierras. Otra embió al cacique Paillante, Gobernador de Osorno, diciéndolo que levantasse bandera contra los españoles y no consintiesse que entrassen mas en sus tierras. Embió otra al cacique Alhuetipai, de los llanos, con un mensage de que con aquel estandarte levantasse gente para acabar a los españoles y que no tubiesse amistad con gente que no era de su sangre; otra embió al cacique Colicheo, de Cunco el baxo, provocándole a juntar sus armas con los de Cunco el alto y hacer guerra a los españoles, ofreciéndose él a ayudarlos a todos para engrandecer su nombre. Mucho daño hizo, pero los mas tuvieron a mal la traicion y no quisieron seguirle, y ninguno hizo hostilidad (1)....................

(1) Concluye aquí bruscamente el manuscrito de esta estensa historia de Chile, i como hoja posterior del cuadernillo, está bastante maltratada ésta que es la última del orijinal.

Hai, sin embargo, plena constancia de que el autor, que escribió esta obra en diversos períodos de su vida i hasta por los años de 1674, es decir, veinte años despues de los sucesos a que se refiere este último capítulo, la continuó a una época mas avanzada i probablemente hasta el período del gobernador Henriquez (1670-1682), en cuyo tiempo murió.

Cómo se ha estraviado el resto precioso de esta obra? Fué mutilada espresamente? Fué su pérdida debida a viaje, a descuido o a la polilla de los años? Hé aquí un punto sobre el cual solo pueden hacerse vagas conjeturas, segun espusimos al tratar de la vida del autor i de sus obras.

Existe, sin embargo, un estracto que abraza dos capítulos mas del presente libro X, i son el 12 i el 13, en que trata de las nuevas venganzas que el débil i manejable gobernador Acuña mandó hacer entre los cuncos al capitan Roa, lo cual fué causa de su alzamiento i en seguida del de toda la Araucanía hasta Chillan, que es lo que se ha llamado la *segunda gran rebelion del siglo XVII*. Cuenta tambien el padre Rosales, en el capítulo 13, que resume el *Estracto*, las operaciones de los dos Salazar, cuñados del gobernador, sobre el rio Bueno, cuando por su codicia i su torpeza perdieron "el mas florido ejército que nunca se vió" en Chile, compuesto de 800 españoles i 2,500 auxiliares, i al narrar este descalabro, interrúmpese tambien el estracto, como cortado o suspendido intencionalmente.

Ocúrrese en consecuencia aquí una duda i una conjetura. Cayó, por ventura, el libro de Rosales entre parciales, deudos o adictos de los culpables de aquel gran desastre público, i porque su historia minuciosa no pasase a la posteridad, lo desgarraron en esa parte esencial?

No nos parece aventurado ese juicio, porque, en efecto, el padre Rosales, aunque jeneralmente cortesano con los gobernadores, i en particular con Acuña, al comienzo de su gobierno, le trata mal en seguida, i a sus dos cuñados peor, como que a su cargo echa toda la responsabilidad de aquel cataclismo, en el cual el mismo Acuña perdió su gobierno i casi la vida, a manos de sus propios soldados.

Hé aquí otra conjetura, i esta es de otra índole i pertenece a una época posterior.

En el márjen del *Estracto* que acompaña la obra de Rosales i que adquirimos en Valencia junto con el testo, se encuentran muchos apuntes de letra mas moderna, como si dijéramos del último tercio del siglo XVIII, i todos sumamente violentos contra los jesuitas, a quienes el autor de esas anotaciones echa la culpa de cuanto malo pasaba en Chile, con evidente odiosidad contra su órden. Así, por ejemplo, cuando Rosales atribuye a los *codiciosos* el alzamiento jeneral de 1654-55, el comentador pone al márjen estas palabras en lugar de "codiciosos"—*los infames jesuitas autores de la maldad*. —I mas adelante, en la misma pájina donde se consignan los sucesos del castigo de los indios cuncos, estas otras: — *Cómo altera los hechos i las fechas este autor para cubrir las maldades de los de su ropa, i él* (Rosales) *con ellos, fuéron los que volvieron a envolver la tierra i los que guiaron a los cuncos i demas rebelados!*

Ahora bien: ¿quedó en Chile el manuscrito de Rosales hasta la época de la espulsion de los jesuitas (1767), i cayendo en España en manos de algunos de sus encarnizados enemigos, lo mutiló éste, o arrojó al fuego la parte en que comenzaba la gloriosa defensa de Boroa hecha por aquellos i por el autor?

Esa es otra conjetura como la anterior, i nosotros solo damos cuenta de ellas por su interes bibliográfico i para llevar hasta la ultima hoja de este libro el cuidadoso empeño que hemos puesto en presentarlo tan completo como nos ha sido posible.



NOTA FINAL.

En la última foja de la *Historia general i natural de las Indias* del capitan Gonzalo Fernandez de Oviedo, que se publicó en Madrid desde 1850 a 1855, i cuya estension es la misma, mas o menos, de la presente (tomando en consideracion el tipo i el formato), el académico encargado en último término de darla a luz, anotarla i comentarla, don José Amador de los Rios, puso la siguiente nota:—"COMENZÓSE A IMPRIMIR EL PRIMER TOMO DE ESTA OBRA EN ONCE DE SETIEMBRE DE MIL OCHOCIENTOS CINCUENTA, I SE ACABÓ ESTE CUARTO I ÚLTIMO EN SEIS DE FEBRERO DE MIL OCHOCIENTOS CINCUENTA I CINCO AÑOS."

De suerte que en la publicacion de esa obra clásica de la literatura i de la historia española, altamente protejida por una docta Academia e impresa en la capital de España, emplearon sus dos editores, don Luis López Ballesteros (que en el trabajo falleció) i don Amador de los Rios, *cuatro años, cuatro meses i veinte i seis dias*.

Ahora bien: esta *Historia jeneral del Reino de Chile* por el padre Diego de Rosales, ha sido sacada a la publicidad por la imprenta de EL MERCURIO, en Valparaiso, entregándose las primeras carillas de la copia en limpio a los cajistas el 15 de Junio de 1877 i concluyéndose totalmente su impresion el 30 de Setiembre de 1878.

De suerte que en la publicacion total de esta obra, que ha carecido absolutamente de toda cooperacion oficial (que en Chile no ha faltado, *por empeño o favor*, ni a los formularios de botica ni a las novenas de iglesia), se ha empleado el breve tiempo de un año, 3 meses i 15 dias.

Para el logro de este objeto se ha contado esclusivamente con la participacion del público intelijente en todo el pais, habiéndose limitado la Universidad a suscribirse por *diez ejemplares*.

Pero, gracias al desprendimiento, constancia i celo del propietario de la imprenta de EL MERCURIO, don Camilo Letelier, i a la consagracion e intelijencia del encargado especial de la tipografía de esta edicion, don Nemecio Marambio, todo ha podido llevarse a cabo en medio de la prolongada escasez i duro quebranto de las fortunas particulares i de la industria que aqueja al pais desde 1873.

Pongo esta nota como un homenaje debido a los cooperadores de esta obra nacional, que habria desaparecido bajo la lenta carcoma de los siglos, que en parte ya traia devorado el manuscrito orijinal, i para mi propia satisfaccion al dotar las letras de mi pais, i en jeneral la lengua española, con este verdadero monumento de ciencia i de lenguaje, de crónica i de historia, escrito por un contemporáneo ilustre de las épocas a que se refiere, ilumina, comprueba i narra.

SANTIAGO, Setiembre 30 de 1878.

BENJAMIN VICUÑA MACKENNA.

ÍNDICE.

LIBRO VII.

DEL GOBIERNO DE FERNANDEZ DE CÓRDOVA AL DE LAZO DE LA VEGA. 1625 - 1639.

LIBRO VIII.

LAS PACES DE BAYDES.

LIBRO IX.

EL TERREMOTO DE 1647.

LIBRO X.

LAS PACES DE ACUÑA.—REBELION JENERAL.

ÍNDICE

DE LAS

COSAS MAS NOTABLES.



A

B

C

D

E

F

G

H

I

J

L

M

N

O

P

Q

R

S

T

V

Y


FIN


Stanford University Libraries
3 6105 013 852 699

